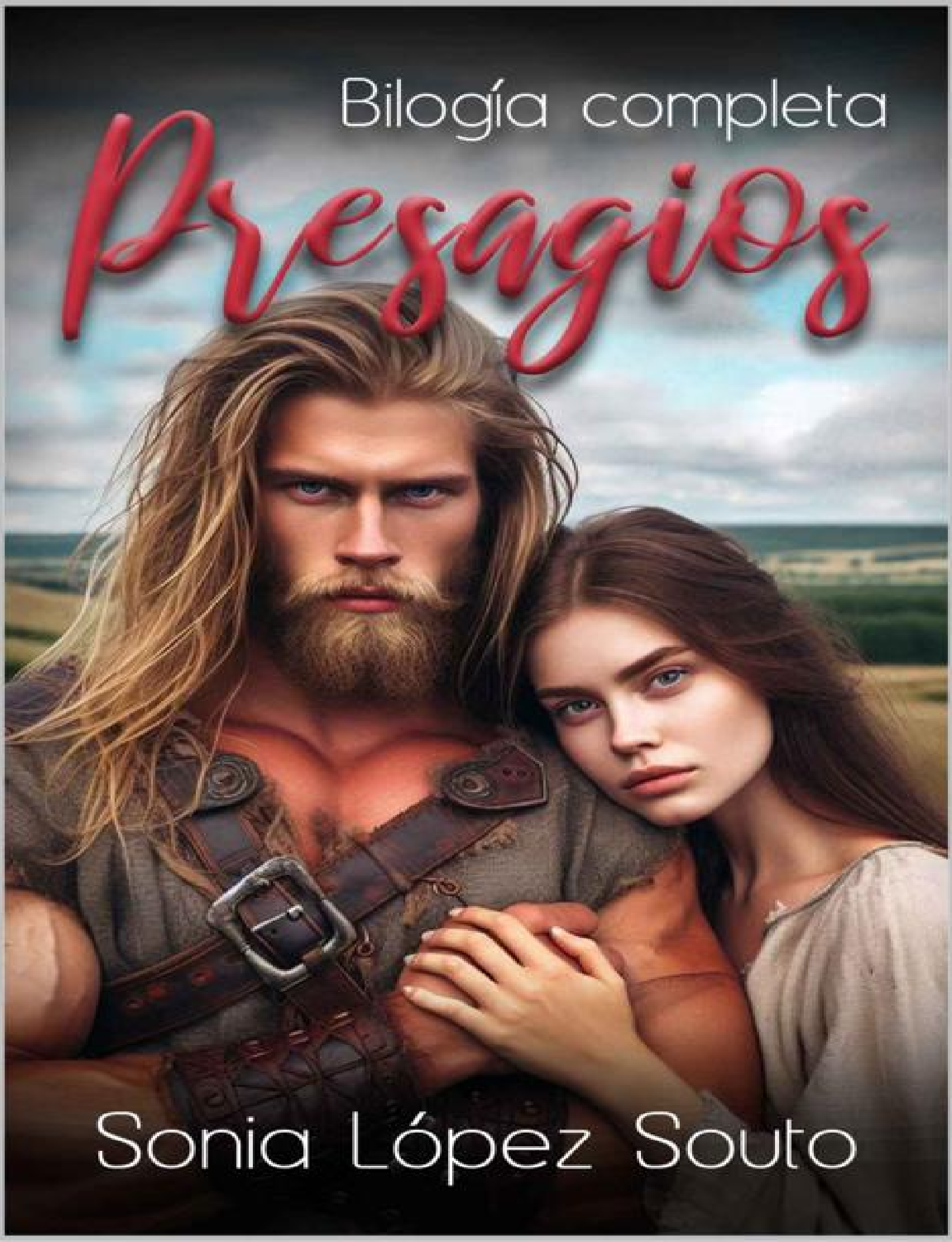
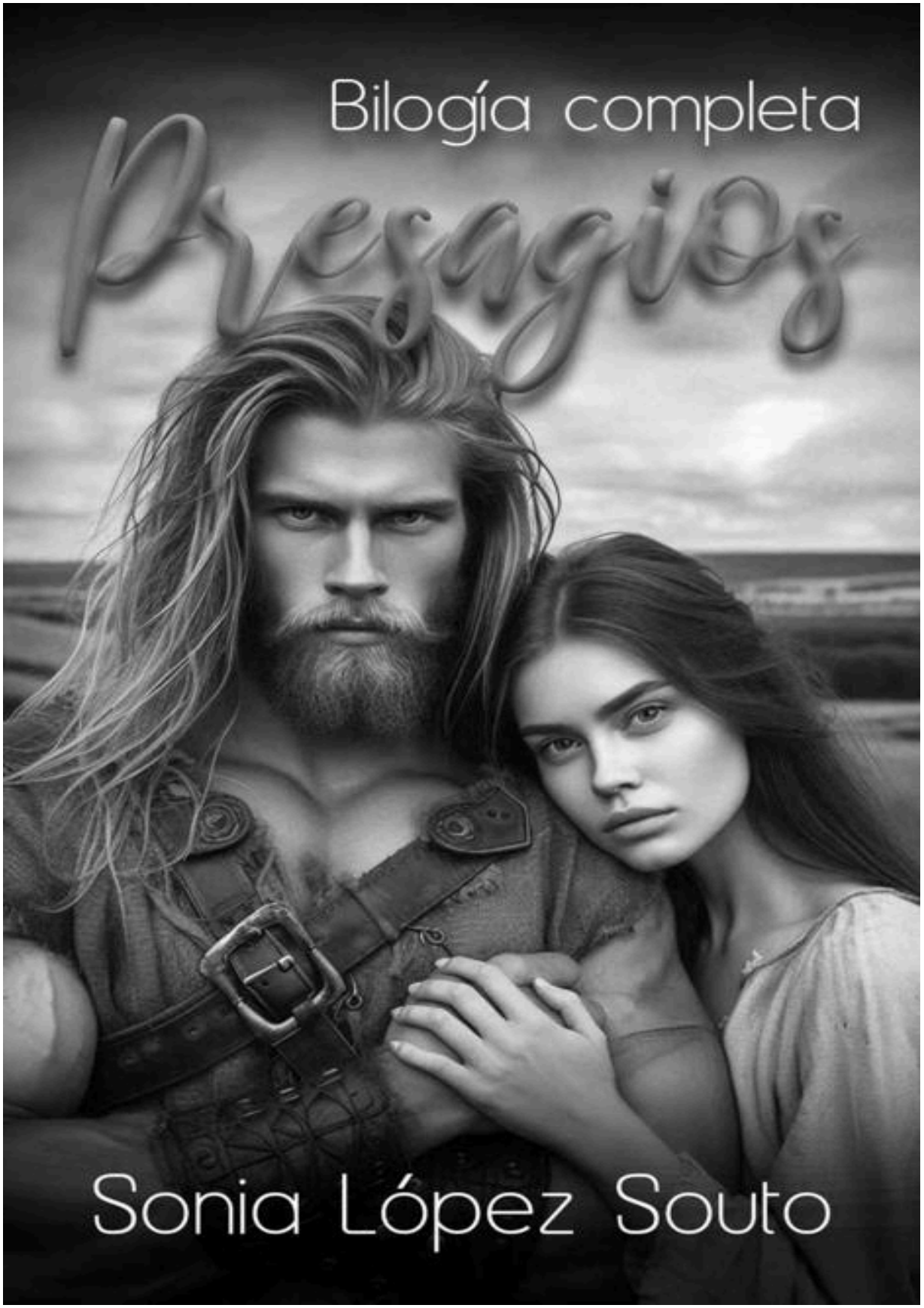
Bilogía completa

Presagios



Sonia López Souto


Bilogía completa
Presagios
Sonia López Souto

ÍNDICE

Seré tu luz

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Seré tu fuerza
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Biografía

Algunas obras de la autora

Seré tu luz

Sonia López Souto



Presagios 1

Sonia López Souto

No alabes el día hasta que haya llegado la tarde;
No alabes a una mujer hasta su pira;
No alabes una espada hasta haberla probado;
No alabes a una doncella hasta que se haya casado;
No alabes el hielo hasta haberlo cruzado;
No alabes la cerveza hasta haberla bebido.

(Proverbio Vikingo)

Capítulo 1

Año 822, Reino de Sussex

—El rey ha muerto. El rey ha muerto.

Los gritos despertaron al niño mucho antes del amanecer, pero en su duermevela, no pudo entender lo que decían. Se sentó en la cama, indeciso y restregó sus ojos para despejarse. Las voces seguían escuchándose en la distancia y se levantó, dirigiéndose finalmente hacia la ventana para intentar averiguar qué había alterado la paz de su hogar a horas tan tempranas. Mientras caminaba sobre el frío suelo, su pequeña mano revolvía todavía más su ensortijado cabello.

Alguien apareció de repente en su alcoba, obligándolo a vestirse, sin darle tiempo a asomarse fuera. Le entregó la ropa que debía poner, mientras más personas llegaban. Nadie le hablaba si no era para darle órdenes y él, como siempre hacía, las obedecía sin protestar. Había sido educado con mano férrea y respondía tal como se esperaba que lo hiciese. Sin preguntas y sin vacilaciones.

—Vamos, muchacho —lo instaban—. Debes prepararte. No hay tiempo.

Lo llevaron escaleras abajo hasta la gran sala principal de la casa, donde se encontraban la mayoría de los hombres de confianza de su padre. Conocía personalmente a cada uno de ellos, a pesar de su corta edad. Su padre siempre lo había mantenido al tanto de todo, según él, preparándolo para el futuro que le esperaba como su primogénito y único heredero. Todos parecían ansiosos y preocupados, hablaban en susurros y no dejaban de vigilar con ojo crítico lo que ocurría a su alrededor. Veía correr de un lado para otro a los sirvientes, arreglando el salón para algún tipo de ceremonia. El

niño intentó hacer memoria, pero no recordaba haber oído decir a su padre que harían algo así. Mucho menos a aquellas horas. Lo único que sabía era, que todo aquel ajetreo, empezaba a asustarlo un poco.

—¿Qué ocurre? —se atrevió a preguntar al fin, al no ver a su padre por ninguna parte.

Winoc, el mejor amigo que su padre tenía y su mano derecha, se lo llevó aparte para hablar con él. Era un hombre alto, así que se agachó frente a él, para cruzar sus miradas. Había duda en sus ojos y cierto toque de miedo, que no hizo sino preocuparlo más.

—¿Por qué padre no está aquí?

—Godric, ahora has de ser tan valiente y fuerte como tu padre espera que lo seas —comenzó, vacilante Winoc—. Esta noche ha sucedido algo terrible y muchos querrán apoderarse de lo que te corresponde por ley. Debemos actuar prestos para impedirlo.

—Padre me defenderá —dijo el niño, con convicción.

—No, hijo. Tu padre ya no podrá hacer nada más por ti. —Lo sujetó por los hombros, con sus ojos fijos en él, para asegurarse de que entendía lo que estaba a punto de revelarle—. Tu padre ha muerto, Godric. Cayó en batalla hace unas horas. Ahora tenemos que coronarte, antes de que sus enemigos sepan lo que ha sucedido y traten de hacer lo mismo contigo para quedarse con el reino.

—Pero padre me ha dicho que todavía soy joven para ser rey. —El miedo se instaló en su pecho.

—Tu padre ya no estará más aquí, Godric. —Apretó sus hombros —. ¿Lo entiendes? Tu gente ahora depende de ti.

—¿Y si no puedo protegerlos?

—Yo te ayudaré —dejó la mano en el hombro, mientras la otra viajaba hasta su pecho, justo encima de su corazón —. Mi lealtad estaba con tu padre y ahora estará contigo. Juro por mi honor, que mientras me quede un soplo de vida, contarás conmigo para aconsejarte y con mi gente para luchar junto a ti.

Godric miró a Winoc. Era un hombre en la plenitud de la vida, alto y fuerte, forjado en la batalla, pero aun así juicioso y sabio. Decidió que, si su padre había confiado en él hasta el punto de poner su vida en sus manos, también él podría hacer lo mismo. En

sus ocho cortos años de vida, jamás había visto equivocarse ni una sola vez a su padre.

—¿Qué tengo que hacer? —La resolución brilló en su mirada y el alivio cubrió la de Winoc.

—Sígueme —lo instó, levantándose del suelo, donde se había arrodillado para prestar su juramento de lealtad.

Lo acompañó de nuevo al trono, donde estaba todo dispuesto para la coronación, mientras le explicaba lo que se esperaba de él durante la ceremonia. Godric apenas entendía lo que el hombre le decía, pero memorizó cada una de las palabras que debía pronunciar, para no parecer indeciso o temeroso ante sus súbditos. Lograría que su padre estuviese orgulloso de él.

Las siguientes horas se cubrieron de bruma en su mente. Apenas recordaba lo que había pasado, salvo haberse dejado llevar por los demás, seguro de que sabrían qué hacer mucho mejor que él. Su vida estaba cambiando para siempre aquella noche y su mente parecía no querer hacerse cargo de ello por el momento. Nadie lo juzgaría, eso lo sabía, después de todo, no era más que un niño. Pero una voz en su interior clamaba por hacerse oír. Una voz que decía que ya no era un niño, sino un rey. Y justo cuando comenzaba a aceptarlo, lo escuchó a viva voz en boca de sus súbditos.

—¡Larga vida al rey Godric!

Permaneció de pie, impasible, observando a todos los que se habían reunido allí. Algunos lo miraban con esperanza, otros, en cambio, se veían temerosos de lo que fuese a ocurrir después de aquella noche. Muchos mantenían una expresión de férrea determinación, que le decía que lo seguirían hasta la muerte si eso era lo que el futuro les deparaba. Aun así, fuese cual fuese su actitud ante los recientes acontecimientos, Godric supo que a partir de ese momento dependían de él y de su inexperiencia.

La mano de Winoc, apoyada en su hombro derecho, le infundía un valor que no sentía en aquel momento. Era demasiado joven para gobernar, su padre así se lo había dicho en innumerables ocasiones. Ahora, muy a su pesar, no tendría más opción que aceptarlo e intentar hacerlo lo mejor posible. Por suerte, el rey le había enseñado bien y el niño sabía qué se esperaba de él. Solo deseaba

tener el arrojo suficiente como para llevar a cabo tamaña tarea, que se le antojaba imposible.

—Ya puedes retirarte a tus aposentos si lo prefieres así, Godric —le susurró Winoc después de los vítores, excusándolo—. Lo has hecho muy bien. Hablaremos más tarde, cuando hayamos resuelto este caos. Descansa, necesitarás toda tu energía para el nuevo día que se avecina.

Godric asintió, todavía perdido en la neblina en que su mente se había refugiado, y se alejó entre felicitaciones y condolencias. Una extraña mezcla en una extraña noche. Una de las sirvientas lo siguió en silencio hasta sus aposentos y lo ayudó a recostarse de nuevo en su cama. Le habían concedido unas horas más de sueño, antes de enfrentarse a la dura realidad de su nueva vida, pues apenas empezaba a despuntar el día.

—Lo haréis bien, majestad —susurró la joven mientras lo arropaba—. Vuestro padre os enseñó y seréis un gran rey para vuestro pueblo. Su muerte no será en vano.

Cuando la muchacha se marchó, la mente de Godric se despejó, como los rayos del sol que se abren paso a través de las negras nubes en la tormenta, y comprendió la magnitud de lo que había sucedido esa noche. Su padre había muerto y no volvería a verlo. Tampoco recibiría más consejos ni lo vería sonreírle con orgullo. No lo reprendería ni lo corregiría con paciencia, como tantas otras veces había hecho. Había muerto y lo había dejado solo, para gobernar a su pueblo, en medio de una guerra contra el reino de Mercia. Y él no era más que un niño de ocho años. Un niño asustado y solo, que sabía lo que debía hacer, pero que dudaba de su propio valor para llevarlo a cabo. Cerró los ojos por un momento, como si ese gesto pudiese borrar aquella fatídica noche.

«Nada es sencillo en esta vida, hijo, ni te viene regalado», escuchó en su cabeza la voz de su padre. «Si quieres algo, has de lucharlo. Has de merecerlo. Nunca permitas que el miedo te venza o será el fin para ti y tus metas. Has de proteger a los tuyos a cualquier precio, no lo olvides».

Todavía oía las voces en el salón cuando abrió los ojos. Parecían hablar con urgencia y alzarse unas por encima de las otras. Era

evidente que mantenían una discusión y esta no parecía tener una pronta solución. Incapaz de dormir, se vistió de nuevo y bajó, dispuesto a cumplir con su deber como nuevo conde. Si la muerte de su padre era un problema para su pueblo, como habían asegurado, entonces no se quedaría en cama mientras su gente luchaba en su nombre.

—Seré fuerte, padre —susurró, justo antes de entrar en el salón y acallar con su presencia las voces de todos.

—Godric. —Winoc se le acercó—. No deberías estar aquí.

—Te equivocas, Winoc. Aquí es precisamente dónde he de estar —dijo con voz firme—. No permitiré que mi pueblo sufra tras la muerte de mi padre mientras yo me escondo en mi alcoba. Ahora soy el rey y me debo a mi gente.

La admiración por el niño que se había convertido en rey creció entre los allí presentes, así como los vítores, y la determinación del pequeño se fortaleció. Para cuando amaneció y el rey de Mercia acampó frente a las puertas de su hogar, Godric ya estaba preparado para presentar batalla.

Capítulo 2

Año 824, Reino de Sussex

Godric odiaba la guerra. Había visto suficientes batallas en dos años de reinado como para saberlo. A pesar de su corta edad había estado en todas, más para infundir valor en los hombres con su presencia y conservar su lealtad, que por lo que pudiese aportar en los enfrentamientos. Su guardia personal lo mantenía lejos del peligro, pero nada podían hacer para evitar que viese las barbaries que allí se cometían o el dolor que estas causaban después, ya de regreso en el hogar.

Los consejos de Winoc siempre habían resultado útiles y gracias a ellos habían ganado muchas batallas, pero el rey estaba harto de tener que hacer valer su dominio a fuego y espada en sus propias tierras o contra sus vecinos, dejando tras él, pérdidas humanas y hogares destrozados. Quería la paz. No quería que su pueblo tuviese que sufrir más penurias ni más miseria. Quería que los niños fuesen niños y que los ancianos fuesen los únicos que supiesen de la guerra.

Winoc le repetía con insistencia que no era posible, que en los tiempos que corrían, en una tierra donde convivían siete reinos, no sería capaz de obtener esa paz que tanto ansiaba. Siempre se encontraría con alguien que querría imponerse a los demás. Que ambicionaría más de lo que ya tenía y que intentaría arrebatar por la fuerza lo que no le pertenecía por derecho. En sus incansables discusiones, Winoc ponía como ejemplo a Beornwulf, el rey de Mercia, que llevaba años intentando someterlos. Ese hombre había llevado a la muerte a su padre dos años antes y era quien seguía luchando por apoderarse de su pequeño reino, por suerte, sin éxito. Muchos se sorprendían de que no lo hubiese logrado aún, porque los superaba en número y fuerza.

Y esa era otra razón por la que Godric había trazado un plan, después de que hubiese confirmado cuán ciertos eran los rumores que corrían de boca en boca por todo el país desde hacía tiempo. El suyo era un plan arriesgado, pero sabía que podría obtener lo que tanto ansiaba con él. Tal vez no fuese tan definitiva como le habría gustado, pues conocía las limitaciones que la época que les había tocado vivir les imponía, pero disfrutarían de largos años de relativa paz. Motivo suficiente para intentarlo, a pesar de la firme oposición de su más fiel consejero y amigo.

—Son solo rumores, Godric —dijo una vez más Winoc, tratando de hacer que viese la locura que, a su juicio, estaba a punto de cometer—. Es imposible saber con seguridad que Egbert de Wessex esté creando ese ejército del que hablan. Nadie tiene tanto poder.

—Pero lo tendrá si lo logra, Winoc. —Se paseó intranquilo por la sala, como cada vez que debía tomar una decisión importante—. Egbert es un rey con ansia de poder. Eso no puedes negarlo.

—No lo hago.

—Comprenderás que esta es nuestra única oportunidad para sobrevivir, entonces. Jamás podremos ganar en dos frentes, Winoc. Mercia está dispuesto a hacernos claudicar a cualquier precio. Casi lo consigue dos años atrás —le recordó—. Si Wessex decide intervenir también, estaremos perdidos, incluso si lográsemos hacerles frente en un primer momento. Incluso con tus consejos, soy demasiado joven e inexperto para luchar contra dos ejércitos tan poderosos. No estamos preparados. Apenas podemos con uno.

Su juventud le preocupaba en demasía. Aunque había madurado a marchas forzadas desde su coronación, todavía necesitaba aprender muchas cosas. Pero ya no se sentía un niño. Sus responsabilidades para con su pueblo le habían obligado a olvidar los anhelos infantiles para dar cabida a otros más adultos que velasen por el bien de su gente. Salvar la vida de sus súbditos era más importante que cualquier otra cosa y, si tenía que someterse a un rey más poderoso, al menos, sería uno de su elección.

—Plantearemos mejores estrategias —le sugirió Winoc en un acto desesperado para hacerle cambiar de opinión—. Atacaremos por la

noche y a traición como los mercenarios. Buscaremos nuevos aliados si es necesario…

—No me convertiré en un asesino desleal para proteger a mi pueblo —detuvo a su amigo—. Busco la paz, pero no a cualquier precio, sino a uno justo.

—Lo que le vas a ofrecer a Egbert no es justo, Godric. — Suspiró, frustrado, al no poder hacérselo ver.

—Sé que te cuesta aceptarlo —dijo, conciliador —. Pero es lo que se debe hacer.

—¡No!

—Egbert llegará de un momento a otro —prosiguió Godric, ignorando la protesta—. Necesito que me apoyes. Si ve fisuras entre nosotros las aprovechará en su beneficio. Tenemos que mostrar fortaleza para que esto salga bien.

—Estás pensando en cederle voluntariamente el reino — lo acusó—. Se está aprovechando sin pretenderlo, Godric. Tu padre dio la vida por el pueblo y tú pretendes entregárselo sin más a otro rey. Sé que estaría de acuerdo conmigo en que esto es una locura.

—Mi padre me daría la razón. —Sonrió con calma—. Él, mejor que nadie, sabría ver que debo hacerlo, precisamente, por el bien del pueblo. Por nuestra supervivencia.

Winoc se removió, inquieto, sopesando las alternativas. Conocía al muchacho, pues eso era todavía para él, y sabía que no había vuelta atrás. Después de dos años bajo sus órdenes, conocía sus ideales y a lo que estaba dispuesto a llegar para alcanzarlos. Puede que al principio se dejase guiar por los consejos que le daba, pero con el paso de los meses, había empezado a forjar su propio carácter y no se sometía como antes. Tomaba sus propias decisiones y, una vez hecho, nadie podía obligarle a claudicar.

En eso, era como su padre, salvo por el pequeño detalle de que sus intereses no eran los mismos. El anterior rey de Sussex había dado su vida para defender al pueblo a toda costa, pero Godric pretendía alcanzar la paz cediéndolo. Le estaba dando a elegir entre darle la espalda o apoyarlo y, sin embargo, la decisión ya había sido tomada dos años atrás, cuando le prometió a su amigo que cuidaría

de su hijo. Solo podía seguirlo a donde fuese y por el camino que hubiese elegido.

—Solo falta saber si tú estarás a mi lado —añadió.

Godric esperaba la respuesta con la entereza de un rey, pero Winoc vislumbró, bajo la máscara, al niño que una vez fue. Aquel que no había podido serlo más por las circunstancias. Sintió pena por él, como otras tantas veces. Se estaba convirtiendo en un gran hombre y lo admiraba por la fortaleza que demostraba cada día, a pesar de no compartir todas sus ideas. Y aunque había intentado hacer que entrase en razón apelando al recuerdo de su padre, sabía que su amigo estaría orgulloso de él. Y de las duras decisiones que le había tocado tomar para salvar al pueblo. Aun así, no podía dejar de sentir que aceptar lo que pretendía hacer era, de algún modo, traicionar a su amigo. Tantos años desperdiciados en la guerra, tantas muertes a sus espaldas para defender las tierras y ahora todo sería entregado a un nuevo rey de forma pacífica y voluntaria. El reino de Sussex iba a desaparecer y Godric parecía no sentir remordimientos, como lo hacía él mismo.

—Te apoyaré, Godric —le dijo, no obstante—. Pero no me gusta la idea.

—Lo sé. —Lo miró con condescendencia y eso le gustó menos todavía—. Y te lo agradezco.

Ambos sabían que el futuro estaba a punto de cambiar. Godric estaba convencido de que sería para mejor, pero él no se sentía tan seguro. Después de más de veinte años al servicio del rey, saber que probablemente Godric acabase siendo un súbdito más al despuntar el día sería su muerte.

Unos minutos después, su conciencia lo estaba martirizando por la decisión tomada, pero cuando se dispuso a retractarse, el anuncio de la llegada de Egbert de Wessex se lo impidió. O eso se quiso decir a sí mismo, pues sabía que no lo habría hecho por más que le pesase. Había jurado a su padre protegerlo y acompañarlo en el camino y eso haría, con todas las consecuencias.

Aunque hubiese preferido alejarse para no presenciar las negociaciones que acabarían con su hogar tal como lo conocía, se

obligó a permanecer junto a Godric, como le había prometido, para apoyarlo.

El rey de Wessex imponía con su sola presencia. No porque triplicase la edad de Godric, sino también por su tamaño. A su lado, el joven solo parecía el niño que debería haber sido, y Winoc creyó que caería ante él sin siquiera poder presentar batalla. Vio el fin de Sussex mucho antes de que alguno de ellos hablase y con unas condiciones ínfimas para los suyos. Vio la caída de un reino pequeño pero poderoso al que había amado, en manos de un rey naciente que, tal vez, no hubiese sido capaz de conquistarlo por más que Godric pensase lo contrario. ¿Cómo lo convenció de aceptar que aquello era lo que Sussex necesitaba? ¡No era más que un niño!

Y, sin embargo, Godric lo sorprendió en cuanto dieron comienzo a las negociaciones. Supo estar a la altura, aun teniendo las de perder, y no dio su brazo a torcer por más que el otro lo apretase y usase su experiencia para obtener el reino sin perder demasiado en el proceso. A lo largo de la mañana, su percepción sobre el rey fue cambiando, de tal modo, que dejó de ver al niño con el que había estado discutiendo unas horas antes. Godric se había convertido en todo un hombre a sus ojos de la noche a la mañana.

Capítulo 3

Año 871, condado de Sussex

Casi medio siglo atrás, Godric se había convertido en conde de Sussex en compensación por haber claudicado en favor del rey de Wessex y por haberle jurado lealtad por iniciativa propia. No habían sido unas negociaciones fáciles, pero terminaron satisfaciendo a ambas partes.

Winoc, quien había sido en el pasado el mejor amigo de su padre y un gran consejero para él después, había dudado del resultado de aquella decisión e intentó rebatirla en más ocasiones de las que podía recordar. Sin embargo, solo dos años más tarde pudo entender que había sido un acierto porque Egbert ocupó por la fuerza los reinos de Surrey, Kent y Essex en una única y decisiva batalla que se llevó a cabo en Ellandun y que supuso la desaparición de los tres. Godric sentía que había sido una pérdida innecesaria de vidas humanas, pero no había estado en su mano impedirlo.

Etelred, que sucedió a Egbert años después, le había concedido mayor libertad como gobernante de Sussex, al ver que no ansiaba más poder del que ya poseía. Había sabido recompensar su lealtad incuestionable y sus sabios consejos, con una hegemonía mayor sobre el condado. Así era como administraba sus tierras, con estrategias bien planificadas y acuerdos tácticos que le permitían vivir sin usar las armas, salvo en los casos más necesarios, por lo que mantenía solo un pequeño ejército, suficiente para no parecer débil y defender sus fronteras si hacía falta, pero que no supusiese una amenaza para su rey. Conocía de primera mano lo que una guerra le hacía a un pueblo y no quería eso para el suyo. Desde hacía años, había logrado mantener un remanso de paz en su hogar, con algún que otro conflicto menor inevitable, pero que no suponía un gran inconveniente para su gente.

—Se acerca alguien, mi señor.

Godric estaba supervisando las recientes ampliaciones acaecidas en el castillo cuando escuchó el grito del centinela. Era uno de los pocos que contaba con una fortaleza hecha enteramente de piedra. La mayoría había amurallado sus hogares en un intento de protegerlos desde que las incursiones de los hombres del norte comenzaron, pero él quería más seguridad para sus hijas, en compensación por el escaso ejército que poseía.

Sus dos únicas hijas habían llegado demasiado tarde a su vida, cuando ya creía que sería imposible engendrar herederos. Había amado a su primera esposa con locura, pero no fue suficiente para que le diese hijos. Durante veinte años habían disfrutado del amor, tratando de que la esterilidad no les afectase. Pero lo hizo, con su difunta esposa. La mujer, que se había ido marchitando con los años al ver que no le podía dar los hijos que necesitaba, se había quitado la vida después de que él renegase una y otra vez de repudiarla para buscar otra esposa que sí pudiese. Se había alejado de forma drástica y cruel para darle la libertad que se negaba a aceptar. Después de tantos años, aún le dolía recordarlo.

Tardó cinco años en casarse de nuevo, igualmente enamorado. Había sido afortunado al encontrar a dos hermosas mujeres, tan distintas la una de la otra, pero que habían sabido cómo conquistar su corazón. Le habían proporcionado felicidad, ambas, a su modo. Su segunda esposa le dio, además, dos regalos maravillosos. Dos niñas hermosas y perfectas a las que amaba sin condición. Le hubiese dado también el tan ansiado heredero si no hubiesen muerto ambos en aquel terrible y complicado parto. Godric se sintió tan abrumado por la pérdida que renegó de casarse otra vez.

Desde entonces, había estado criando solo a sus hijas y, aunque sabía que las consentía demasiado, no podía ni quería evitar hacerlo. La pequeña se parecía mucho a él y estaba muy orgulloso de ella, pues jamás le daba motivos de preocupación, sino más bien, le facilitaba el trabajo. Pero la primogénita, en quien recaía la responsabilidad de procurarle un sucesor, era un poco caprichosa y temperamental. Aun así, no podía amarla menos que a la otra.

—¿Cuántos son? ¿Reconoces a alguno? —gritó de vuelta, dirigiéndose hacia él.

El centinela observó el horizonte, antes de regresar su atención a él. Lo vio negar con la cabeza. Estaba tan pálido que se preocupó y ordenó cerrar las puertas incluso antes de ir al parapeto a comprobar quién había causado semejante reacción en el centinela.

—Se parecen a los bárbaros de los que tanto hablan, mi señor —le dijo el hombre en un susurro, una vez a su lado.

Comprendió de inmediato. Nadie tenía buena opinión de los hombres del norte, con sus salvajes costumbres y su interés por conquistar tierras inglesas, así fuese a sangre y espada. Hasta el momento, en Sussex solo los conocían por habladurías, pero eran lo suficientemente explícitas como para atemorizarlos.

La muerte del rey Etelred en la batalla de Marton, en abril de aquel mismo año, estaba todavía reciente en la memoria de todos. El miedo se había instalado en el reino desde entonces y, ni Alfred, su hermano y sucesor, había logrado eliminarlo. El caos fue tal, que apenas pudo organizar las tropas antes de que los daneses atacasen en Wilton, solo un mes después. Wessex fue derrotado de nuevo y Alfred tuvo que negociar la paz con los bárbaros. Ahora gozaban de un periodo de paz, pero sería solo cuestión de tiempo que los tuviesen bajo asedio una vez más. Aquellos hombres eran insaciables y parecían vivir por y para la guerra.

—No son muchos —intentó tranquilizarlo—. Hablaré con ellos.

—¡No pretenderéis salir ahí fuera, mi señor! ¿Solo? ¿Sin protección?

El hombre lo observó con consternación y Godric reprimió una mueca de disgusto. El miedo irracional a lo desconocido, basado en los comentarios de terceras personas que, en la mayoría de los casos ni conocían, le apenaba. Si se hubiese dejado llevar por las habladurías cada vez que tuvo que tomar una decisión, o por el pánico, probablemente no estarían teniendo aquella conversación. Habría llevado a su pueblo directo a la desgracia.

—Permaneced alerta —pidió, antes de dirigirse solo al portón de la muralla.

Atravesó la pequeña puerta lateral y se encaminó hacia los hombres, sin montura ni armas. No pretendía hacerse ver más de lo que era, pues no lo necesitaba. La seguridad que emanaba de él por los años de experiencia era suficiente protección. Se plantó frente a ellos con actitud desafiante, sabiendo que vacilar podía suponer la diferencia entre el éxito y el fracaso. Y nunca le había gustado perder.

A medida que estos se acercaban, pudo apreciar cuán jóvenes eran. Rondaban la veintena, como mucho, aunque su corpulencia podía dar origen a confusión. El que, a su parecer era el líder del pequeño grupo, desmontó y se acercó con las manos desnudas como muestra de buena voluntad.

—Buenas tardes. —Su fuerte acento delataba el origen extranjero y, sin embargo, no podía sino admirar el hecho de que se hubiese aprendido el idioma—. Mi nombre es Leif Erickson.

Godric lo estudió detenidamente antes de hablar, intentando discernir si lo podía considerar confiable o, por el contrario, debía tener cuidado. Había desarrollado la técnica con los años y casi nunca se equivocaba en sus conclusiones. El hombre, o más bien muchacho, permaneció estoico ante su mirada, sin bajar los brazos en ningún momento, hasta que decidió que era amigable y le ofreció la mano con cordialidad.

—Soy el conde Godric —se presentó—. ¿En qué puedo serviros?

Leif estrechó su mano con seguridad y le sonrió abiertamente. Aquella sinceridad en el gesto reafirmó la primera impresión del hombre. No venían buscando batalla y eso le agradó.

—No es sencillo encontrar a alguien dispuesto a hablar con nosotros —admitió este.

—Temo que la reputación de vuestro pueblo os precede —asintió.

—De esa reputación venimos huyendo precisamente — confesó —, pero veo que tampoco será fácil aquí.

—¿En qué puedo serviros? —repitió.

—Querríamos hablar con vuestro rey, pero me temo que es un hombre de difícil acceso. No puedo decir que me sorprenda, habida cuenta de las circunstancias. —También él lo estaba estudiando con

discreción—. Y hemos oído decir que vos sois cercano a él y que sois un hombre razonable. Pensamos que, tal vez, podríais ayudarnos.

—Tal vez —admitió a medias, con curiosidad—, si me contáis cuales son vuestras intenciones con respecto a ese encuentro.

—Tenemos una petición que formularle. Algo que puede que le interese.

Godric sopesó las opciones. Podía exigirle que le hablase allí mismo o darle la bienvenida a su hogar y comentarlo con más tranquilidad en un lugar menos expuesto. Parecían suficientemente amigables como para hacerlos pasar, pero temía la reacción de la gente, cerrados de mente en muchos sentidos. También estaban sus hijas. No querría exponerlas al peligro sin necesidad, aunque no creía que lo fuesen a estar en ningún momento.

—Creo que podríamos compartir una cena —sentenció al final—. Y vos podríais contarme sobre esa petición.

—Será un honor compartir la mesa con vos, conde. —Se inclinó en una reverencia.

—Sed bienvenidos. —Señaló el castillo antes de dirigir la mirada a los centinelas—. Abrid el portón. Vamos a entrar.

Vio la consternación en sus rostros tras sus palabras y supo, sin necesidad de mirar atrás, que su invitado también lo había hecho. No obstante, este permaneció en silencio, mientras esperaban a que las puertas se abriesen. Los tres vikingos que habían quedado atrás se acercaron a ellos a una señal del cabecilla y lo saludaron con una leve inclinación de cabeza, sin decir nada.

—Me temo que soy el único que habla vuestra lengua —le explicó Leif—. Por el momento.

—Con uno es más que suficiente —le aclaró—. Por el momento.

No le pasó desapercibida la sonrisa del joven, así como tampoco lo hizo la palidez en los rostros de quienes se cruzaban de camino al interior del castillo. Chasqueó la lengua con disgusto y movió la cabeza con pesar. No era así como pretendía que diesen la bienvenida a los invitados, pero sabía que no podría hacer mucho más por ahora.

—Al menos no huyen —susurró Leif, lo que llamó su atención.

—Demasiados rumores. —Se sintió en la necesidad de disculparlos.

—Es comprensible, no los culpo —asintió.

A pesar de disgustarle la reacción de la gente, sintió alivio al comprobar que sus hijas no estaban en el gran salón cuando dio paso a los norteños. No estaba seguro de cómo reaccionarían y prefería hablar con ellas antes de presentárselos, si llegaba a hacerlo. Todo dependería del tiempo que fuesen a quedarse y de lo que entrañase la petición al rey.

—Todavía faltan un par de horas para la cena —informó —. Tal vez os apeteciese asearos un poco y descansar hasta entonces. Parece que habéis hecho un largo viaje hasta aquí.

—Os lo agradecemos. Llevamos días cabalgando, preguntando por vos en los pocos lugares donde se atrevían a hablarnos. Ha sido un viaje… interesante.

—Y nadie os ofreció su hospitalidad —sentenció, seguro de que el joven jamás lo admitiría, aunque lo pensase—. Hilda, muéstrales el camino.

La mujer, siempre risueña y complaciente, se acercó a ellos con una actitud abierta y distendida. Precisamente la había elegido por eso. La conocía y sabía que los atendería como correspondía, fuesen quienes fuesen. Hilda no tenía miedo a nada ni a nadie y eso era algo que le gustaba de ella. Por ese motivo, le había pedido que lo ayudase con el cuidado de sus hijas tras la muerte de su segunda esposa. La vio alejarse con ellos, parloteando sin cesar, y sonrió. Aquello que el pueblo les había negado a los invitados, se lo entregaría Hilda con creces y, para cuando terminase con ellos, estarían deseando alejarse de Sussex para descansar de sus atenciones.

Mientras tanto, empezaría a planear la velada de aquella noche, que resolvió, sería íntima y tranquila. Quería conocerlos un poco más, antes de tratar el tema que los había llevado hasta él. La presencia de los suyos podría resultar desastrosa, sobre todo, al ver la desconfianza con que los habían recibido.

Y aunque había pensado presentarles a sus hijas, decidió, en el último momento, que no acudiesen a la cena. Eran demasiado

jóvenes e impresionables. Sabía que a Lynna no le supondría un problema mantenerse lejos de ellos, pues se había encerrado en la alcoba en el mismo momento en que los había visto. Parecía tan asustada, que se prometió ir a hablar con ella más tarde. En cambio, Ivalyn había protestado cuando le dijo que no las quería cerca mientras permaneciesen en el castillo. Sentía curiosidad por los norteños.

Los pocos hombres que se había decidido a convocar a la cena habían ido abandonando la cautela a medida que avanzaba la velada. Al final de la misma, ya habían logrado mantener una conversación banal, pero relajada con sus invitados. Leif había sabido incluir a sus hombres, de forma natural, traduciendo con rapidez para todos ellos y Godric se había sorprendido al descubrir su vena divertida. Cuanto más tiempo pasaban juntos, menos les recordaban a los bárbaros de los que tanto hablaban en los últimos tiempos.

—Hablemos de esa petición vuestra —pidió, después de que sus hombres abandonasen el salón y los dejasen solos. Aquel era un tema que prefería mantener en privado.

—Tal vez deba explicaros primero de donde provenimos —le dijo Leif— para que podáis entender el porqué de la misma.

—Os escucho —lo aleccionó.

—Venimos de un país donde las luchas de poder y las traiciones están a la orden del día —hablaba con cautela, eligiendo cada palabra cuidadosamente—. Soy el cuarto y último hijo de uno de los hombres más poderosos del país y, por tanto, me he visto rodeado de esa locura desde mi más tierna infancia. No es algo que haya podido elegir ni que desee. No quiero formar parte de más juegos de guerra, donde la posibilidad de morir a manos de tu propia familia es lo habitual. Quiero vivir tranquilo y en paz, sin tener que vigilar mis espaldas en todo momento. Por eso, me aventuré a viajar tan lejos, después de escuchar que estas eran buenas tierras.

—Os entiendo —asintió, comprensivo—. Pero aquí también estamos en guerra. Vuestras espaldas estarían igualmente en peligro.

—Tengo la intención de negociar eso —le confesó—. Tal vez pueda llegar a un acuerdo con vuestro rey para mantenerme al margen. No deseo entrar en más conflictos, sino hallar un lugar al que poder llamar hogar.

Le recordaba tanto a sí mismo que se emocionó. También él había ansiado la paz por encima de todo desde que se convirtió en rey. Y la había logrado, en cierta medida. Al menos la mayor parte del tiempo. Leif Erickson parecía un hombre honorable y sincero, tan directo como él, y se estaba planteando seriamente ayudarle con Alfred. Observó a sus cuatro invitados y vio una honestidad que difícilmente encontraría en algunos de sus vecinos. Asintió para sí mismo, antes de continuar curioseando con la petición.

—¿Qué es lo que proponéis?

—A nuestra llegada, descubrimos una isla frente a Rye, creo que así se llama el pueblo. —Godric asintió y Leif continuó—. Nos dijeron que estaba deshabitada, por lo que sería perfecta para nosotros. Somos hombres de mar y nos agrada la idea de estar rodeados por él.

—No es más que un pedazo de tierra salvaje y yerma. —No pretendía desanimarlos, pero debía hacerles saber que tal vez no lograsen vivir en ella por mucho tiempo.

—No lo será más —negó—, si vuestro rey nos concede la oportunidad de asentarnos en ella. Sabemos cómo cuidar de la tierra para que sea productiva.

—No seré yo quien os lleve la contraria. —Permanecería incrédulo por el momento—. ¿Y qué pretendéis ofrecerle a cambio? Alfred es un hombre ambicioso. Razonable, pero ambicioso.

—Cualquier cosa que nos pida salvo luchar por él. No escapamos de las guerras en nuestra tierra para someternos a otras aquí.

—No será fácil de lograr. —Mientras hablaba, calculaba las posibilidades—. Alfred necesita soldados ahora, pero es posible que podamos hacer algo al respecto. Estoy dispuesto a ayudaros porque lo que pedís no es excesivo. Tal vez podamos conseguir que no os exija demasiado a cambio de la isla.

Continuaron hablando hasta tarde sobre las opciones que tenían y sobre el mejor momento para proponerle aquel trato al rey.

Cuando Godric descubrió a Ivalyn espiándolos, fingió no verla. Había miedo en sus ojos, pero también curiosidad por saber más sobre ellos. En muchas ocasiones, se había lamentado de que no fuese un varón, pues habría sido un gran líder y gobernante. Sin embargo, el destino había decidido concederle dos niñas y, aunque las amaba en igual medida, también hubiese preferido que ella fuese la mayor.

Un par de días más tarde, había logrado audiencia con el rey y partía con los vikingos rumbo al corazón de Wessex. Sabía que la misiva que había enviado despertaría su interés y no se opondría a atenderlos. Y aunque el plan inicial había sido que viajasen solos, Godric decidió acompañarlos para interceder por ellos. No solo era buen negociante, sino que conocía las debilidades de Alfred, por lo que podría serles de mucha utilidad.

Durante aquellos dos días de espera había podido conocerlos mejor y había comprobado que su intuición no le había engañado. Quería que se quedasen en la isla y quería tenerlos como aliados en el futuro, pues, aunque lograsen el propósito de no luchar, tarde o temprano acabarían haciéndolo. Así como lo había tenido que hacer él en alguna ocasión. Estaba convencido de que cuando se sintiesen parte de la tierra, cuando la considerasen su hogar y la viesen peligrar, actuarían en consecuencia, pues defender lo que era de uno formaba parte de la naturaleza humana.

Puede que en su tierra no lo hubiesen visto de ese modo porque, en el fondo, no tenían nada que considerar como propio. Era el hijo menor de un gran hombre, sí, pero como tal, no poseía nada en propiedad. Si el rey les concedía esa isla desértica y austera y la convertían en su hogar, algo que todavía no era capaz de visualizar ni en sus mejores pensamientos, les pertenecería. No sería la tierra de sus padres, sino la suya. Su isla.

Por eso había acudido con ellos. Se proponía hacérselo ver de igual modo a Alfred. La paciencia era una de sus virtudes y apelaría a ella. En unos años, aquellos hombres del norte serían una gran aportación a la causa, si sabían cómo tratarlos ahora. Darles un incentivo para quedarse y después atraerlos con la excusa de defender lo propio. Era un plan infalible.

Con ese pensamiento había abandonado su hogar, dejando a su hija de once años a cargo de todo. A pesar de su corta edad, era más capaz que otros. Más de lo que lo fue él cuando se convirtió en rey aquella fatídica noche hacía ya medio siglo. Le recordaba tanto a sí mismo que asustaba. Quería que disfrutase de la infancia, algo que a él no se le había permitido, pero para su desdicha, Ivalyn había cambiado hacía tres años. Siempre había sido una niña risueña y optimista. Cantaba a todas horas y animaba a los demás con su espontaneidad. Después de la terrible experiencia que había vivido a los ocho años, había dejado de cantar y, a veces, la notaba incluso taciturna. No había dejado de ser alegre y seguía viendo lo bueno en los demás, pero ya no tenía la actitud infantil que la caracterizaba y había decidido hacerse cargo de muchas de las responsabilidades que le corresponderían a su hermana por ser la primogénita.

Debería haberlo impedido, pero no se vio capaz. Aquello había evitado que su joven hija sucumbiese a la desesperación y al miedo. Nunca hablaba del tema, pero sabía que las pesadillas continuaban plagando sus sueños por las noches. Era una joven fuerte y valiente. Responsable y dinámica. El orgullo de cualquier padre.

Lynna, aunque era capaz de cumplir con sus obligaciones igual que su hermana, era lo contrario a ella. Caprichosa e infantil. Un poco egoísta y desafiante cuando no lograba lo que quería. Se valía del gran corazón de Ivalyn para delegar en ella aquellas tareas que le disgustaban, aunque su corazón no era menos grande que el de la otra. Eso lo había hecho bien, porque debía admitir que, en lo demás, siempre las había consentido, temeroso de que la falta de una madre que las amase, pudiese afectarles de alguna manera. Pero tampoco había hecho diferencias entre ellas a la hora de criarlas y, sin embargo, habían desarrollado sus propias personalidades a lo largo de los años. Y la mayor era más inconsciente y despreocupada de lo que sucedía a su alrededor. Había intentado involucrarla en los deberes que un día serían los suyos, pero mostraba muy poco interés. Era joven todavía, pero que Ivalyn fuese tan dispuesta lo condicionaba a desear que ella también lo fuese.

—Escuché decir que tenéis dos hijas, conde. —La voz de Leif lo trajo de regreso al presente—. No creo haberlas visto.

—Son jóvenes —sonrió al pensar en ellas—. Apenas unas niñas.

—Entiendo entonces que las protejáis con tanto celo.

—Son mis tesoros —asintió—. Lo más importante que tengo y por lo que lucho cada día. Quiero ofrecerles una vida mejor de la que yo tuve.

—Algún día espero poder hacer lo mismo —añadió Leif —. Tener a alguien a quien proteger y dejar un legado libre de maquinaciones e inquinas.

—Tarea harto difícil, me temo.

—No hay nada imposible en esta vida, conde. Os lo aseguro.

—El entusiasmo juvenil —rio—. Lo perderéis con el tiempo.

—No se trata de eso, sino de ir a por lo que uno quiere y lograrlo. Os lo demostraré con la isla, si vuestro rey nos concede lo que le pedimos.

—Estaré encantado de verlo, muchacho.

Cuanto más tiempo pasaban juntos, más interés sentía por Leif y su gente. Y si lograba convencer a Alfred de que les permitiese quedarse, mantendría el contacto con ellos y les ayudaría en los inicios. Aunque solo fuese por saber si realmente podían lograr, en la isla, todo cuando le había dicho que harían. Tenía sus dudas al respecto, pero el joven se mostraba tan convencido de ello que estaba dispuesto a esperar para comprobarlo.

—Lo veréis —le había sonado a promesa y Godric supo que aquel sería el inicio de una interesante relación entre ellos.

Capítulo 4

Año 877, condado de Sussex

—No puedes hacerme esto, padre. —Lynna estaba histérica —. No quiero.

—Eres mi primogénita, Lynna. No tienes elección. Harás lo que te diga y lo harás porque es lo correcto. Por el bien de tu pueblo.

—Es injusto.

Lynna salió del salón furiosa con su padre y con el mundo. Le gustaban los privilegios de ser la hija de un conde, pero no sus responsabilidades. Al menos, no aquella en concreto. Godric sabía que era culpa suya, por haberla consentido desde pequeña, pero ya no podía hacer nada para remediarlo. Si, al menos, se pareciese un poco más a su hermana.

—¡Qué voy a hacer con ella! —suspiró con impotencia, mientras la veía huir.

Lynna entró en la habitación de su hermana pequeña, hecha una furia. Pequeña, por distinguirlas, pues se llevaban tan solo dos minutos. Y, a pesar de tener la misma edad, Ivalyn siempre había sido su confidente y consejera. A sus diecisiete años, era más sensata y responsable que muchos de más edad. Incluso más que ella, a pesar de ser gemelas y haber sido criadas de igual modo. A ella le nacía ser así, cosa que Lynna no compartía.

—¡Padre quiere casarme con el bárbaro!

Se dejó caer en la cama, ocultando el rostro en los almohadones. Estaba tan asustada por lo que su padre pretendía hacer como para llorar, pero se negó a claudicar.

—No hables así de él, Lynna. —Se sentó a su lado y le acarició el cabello para consolarla—. Sé que no te gusta esta situación, pero no podrás evitarlo en esta ocasión. Tenemos muchos privilegios y eso conlleva ciertos sacrificios. Ofrecer una alianza beneficiosa para

nuestro pueblo a través de un matrimonio de conveniencia es uno de ellos. Ya lo sabíamos. No sé por qué te afecta tanto.

—Porque se trata de ese hombre, Ivy. —La miró un segundo, antes de cubrir el rostro bajo el cojín de nuevo—. No quiero ser la esposa de un bárbaro del norte. No me importa lo bueno que sea para el condado.

—No es para tanto —le restó importancia—. Un hombre es un hombre, venga de donde venga. Además, sabes que el rey lo tiene en gran estima. Y padre también. Ha ayudado mucho estos últimos años en la lucha contra los daneses. Eso ya es bueno de por sí.

—Ponle ropa elegante y dale un castillo si quieres, pero seguirá siendo un salvaje. Por eso padre quiere que me case con él. Sabe que vencerá a cualquier enemigo.

—Porque es un gran guerrero.

—Porque es un bruto y un asesino.

—Lynna, será mejor que dejes de pensar esas cosas —la reprendió por aquellas palabras—. Vas a tener que desposarte con él, aunque no te guste. Eres la primogénita.

—Odio mis obligaciones —gimió desconsolada—. Y odio a padre por elegir a ese hombre para ser mi esposo.

En los últimos años, Lynna había empezado a hacerse cargo de la mayoría de las responsabilidades propias de su estatus como heredera, aunque intentaba delegar en Ivalyn aquellas con las que todavía no se sentía cómoda. Así había sido siempre, pues la pequeña solo buscaba su tranquilidad.

—Ese hombre es como nuestro padre —le recordó—. No busca guerra y no quiere luchar si no es necesario. Eso ya lo aleja de la definición de bárbaro que te empeñas en imponerle. Tal vez, si te das la oportunidad de conocerlo mejor, comprobarías que no es tan malo como crees.

—Tengo miedo, Ivy. —La miró de nuevo—. Me iré muy pronto a un lugar donde no conozco a nadie y donde viviré en medio de una horda de bárbaros el resto de mis días. Me moriré antes de la boda. Lo sé.

—Eres una exagerada. —Se mordió el labio inferior para reprimir una carcajada—. Ni vivirás siempre allí, ni va a ser tan malo como te

empeñas en verlo. Cuando lo conozcas un poco…

—No. Seguro que es peor —la interrumpió—. Lo digo en serio, Ivy. Estoy asustada y, por más razones que me des, nada me hará sentir mejor.

Ninguna hizo mención a la razón por la que regresaría al castillo, pues temían que se cumpliese. No estaban preparadas para una vida sin su padre, aunque eran conscientes de su edad y de que había rebasado todas las expectativas de la época. Cualquier otro con una salud más delicada habría muerto años atrás.

—No quiero ir —continuó—. Tendré que dejar atrás todo lo que conozco y a los que amo. Me moriré sin vosotros.

—Hablaré con nuestro padre para que me permita acompañarte —sugirió después de un momento de reflexión—. Le diré que quiero ayudarte con los preparativos de la boda. No te emociones, que nos conocemos. Tendré que volver en unos meses, pero por lo menos estaré a tu lado hasta que te adaptes.

—¡Oh, gracias! —La abrazó—. Eres la mejor, Ivy.

—No cantes victoria tan pronto. —Le sonrió—. Primero debo convencerlo de que me lo permita.

—Sé que podrás. —Había alivio en su voz.

Ivalyn quería esperar a la cena para proponerle el plan, pero Lynna insistió tanto en que no se tranquilizaría hasta saber que iría con ella, que acabó yendo a por él. Mientras bajaba las amplias escaleras de piedra, se asomaba por las ventanas de vez en cuando, por si lo veía fuera. El campo de entrenamiento, al igual que las caballerizas, situados en la parte de atrás del recinto amurallado, eran algunos de los sitios más probables para encontrarlo.

Le vino a la mente el recuerdo de la primera vez que vio a Leif Erickson. Lo había conocido en aquella única visita al condado seis años atrás. No era un hombre fácil de olvidar. A pesar de que era joven por aquel entonces, a ella le había parecido un gigante de cabello dorado y ojos más negros que una noche de tormenta. Estos la habían perturbado en sueños durante meses.

Siempre había sido una niña impresionable. Al igual que su hermana. Pero Lyna lo había temido entonces y lo seguía haciendo, incluso cuando habían pasado años y el norteño había demostrado

que era más civilizado que sus vecinos, los daneses. Ella seguía viendo al bárbaro que la asustó con su imponente presencia y no parecía dispuesta a olvidar la primera impresión.

Ivalyn le había oído decir a su padre que los primeros años desde su llegada habían sido duros. No solo porque le tuviesen miedo, algo que, por experiencia, entendía, sino por su procedencia. Desconfiaban de él, incluso con el beneplácito del rey y la ayuda constante del conde. Se había tenido que esforzar para ganarse a los vecinos. Haber hecho renacer la isla donde se asentaron, cuando todos la creían estéril, le ayudó bastante. Después de ver los resultados, muchos se interesaron por aquellas novedosas técnicas de agricultura y ganadería. En unos pocos años, Leif Erickson se ganó tanto la admiración como el respeto de muchos. Y los que no, seguían temiéndolo, algo que no le perjudicaba tampoco.

Su padre sabía que una alianza duradera con él le daría el apoyo y la fuerza necesarios para mantener al pueblo a salvo en una tierra cada día más hostil. El conde no servía para la guerra y, por eso, había decidido ofrecer el título de a Erickson, a través del matrimonio. El rey había estado de acuerdo con él —a pesar de la inicial reticencia a ofrecer el condado de Sussex a un extranjero—, porque había sabido ver los beneficios. Aquel matrimonio le daría lo que tanto había buscado desde que Leif le consiguió la mejor flota de barcos que jamás había soñado tener, a cambio de una isla a la que no había otorgado valor alguno hasta ese entonces. Una flota que habían aprovechado durante los dos últimos años, cuando los daneses quisieron conquistar Wessex una vez más, al dar por finalizada la tregua. En Exeter, habían tenido mucha suerte, gracias a la tormenta que retrasó a la flota vikinga y les otorgó la ventaja que los llevó a la victoria. Eso les estaba permitiendo gozar de un nuevo periodo de paz que esperaban que durase.

Recorrió parte del castillo antes de dar con él en el salón, conversando con algunos de sus hombres. Era un recinto amplio, ricamente decorado y con enormes ventanales por los que entraba suficiente luz natural para no necesitar emplear los candelabros durante el día. A pesar de que su padre tenía un cuarto privado donde atender sus asuntos, rara vez lo utilizaba. El salón era

acogedor y luminoso, más apto para mantener a la gente relajada y animada mientras hablaban. El calor de la gran chimenea central ayudaba a mantener el ambiente en días tan fríos como aquel.

Se habían sentado en la mesa principal, la que presidía el salón. La única que no se desmontaba nunca. Solían añadirse otras más sencillas para los banquetes, según la afluencia de invitados. Los hombres, sentados frente a él, le daban la espalda a ella, aunque sabía quiénes eran. Y también de qué estaban hablando. La decisión de su padre de ceder el condado a Erickson no había sido bien acogida por algunos de los lores leales al conde y estaban dando problemas.

—Lord Irwin no parece muy feliz últimamente —oyó decir—. Creo que esperaba que su hijo ostentase el título algún día.

—Lo sé —respondió su padre, con calma—, al igual que la mayoría de los que han rechazado abiertamente el compromiso. Lord Irwin es un hombre avaricioso y egocéntrico. Aunque es un buen negociante no sería apto para el puesto. Y su hijo menos todavía. Solo es un títere en sus manos. No les cederé el condado mientras pueda evitarlo. Lo llevarían a la ruina en aras de su propia codicia.

—Los que se han opuesto al matrimonio lo han hecho porque no desean ser gobernados por un extranjero. No les importa cuán beneficioso que sea comerciar con él o tenerlo de nuestro lado en la batalla. Han rechazado la invitación para asistir a la ceremonia de compromiso como protesta.

—No me importa si no les gusta —repitió Godric—. Haré lo mejor para el pueblo, como siempre. No para unos pocos que ocuparían el puesto con gusto si tuviesen la oportunidad, así fuese acabando con mi vida. Además, necesito que mis hijas estén protegidas después de mi muerte.

Su padre la descubrió cuando trataba de escabullirse sin ser vista para no interrumpir una reunión que se le antojaba más importante que su petición. Aunque, seguramente, su hermana no lo viese de ese modo.

—Ivalyn, hija, acércate.

—No importa, padre —se disculpó en la distancia—. No interrumpáis la reunión por mí. Hablaré contigo más tarde.

—Acércate, cielo —insistió—. Sería bueno escuchar tu opinión. A menudo has demostrado ser mejor consejera que alguno de los presentes.

Las risas resonaron en el salón, pues nadie se había ofendido, porque su padre no había faltado a la verdad. Aunque la opinión de las mujeres solía estar reservada para las labores del hogar o en relación a la familia, a Ivalyn siempre le había gustado mantenerse informada y había ayudado a su padre en más de una ocasión en algunos asuntos que otros considerarían inadecuados para ella. Era una joven práctica y sensata, herencia paterna, y daba su opinión con franqueza, defendiéndola con ferocidad en caso de ser necesario.

Godric hubiese deseado que Lynna se involucrase de ese modo en los asuntos del condado, pues era quien ocuparía su lugar un día, pero no había sido capaz de inculcarle el mismo interés por las labores como líder. Y por ese motivo había elegido a un hombre tan fuerte y seguro como Leif para acompañarla en aquel arduo camino. Alguien con la integridad necesaria para hacer lo correcto, a pesar de que todo estuviese en su contra.

—Comentábamos el actual descontento de algunos lores, mi señora —le informó uno de los hombres.

Lo observó por un momento, pensativa. Colla era joven, aunque unos años mayor que ella y, sin embargo, era más alto que su hermano Dunstan, el actual lord Wynne. Ambos tenían un cuerpo atlético, mantenido en forma con disciplina y entrenamiento, constantes. Su cabello castaño desmerecía frente a unos increíbles ojos grises que la miraban con respeto.

—Os he oído —asintió—. No podemos permitir que el enfado de unos pocos determine el futuro del pueblo —dijo, mientras se sentaba junto a su padre—. Necesitamos más protección y un poder militar que satisfaga al rey cuando sea necesario ir a la guerra. Y Leif Erickson es el único al que todavía no ha conseguido reclutar para la causa. De esta forma lo conseguirá. No hemos coincidido en persona aún, pero, a juzgar por cómo habla mi padre de él, sé que es un

hombre que cumple su palabra y, ahora mismo, cuando el peligro nos acecha desde tantos frentes, necesitamos gente leal a nuestro lado.

—Estamos de acuerdo en eso, mi señora, pero el descontento es por haberle ofrecido el condado a un extranjero cuando hay lores con hijos casaderos que han demostrado la misma lealtad que Erickson desde hace más tiempo.

—No importa a quien elija mi padre como sucesor — negó—, siempre habrá quien no esté de acuerdo. No se puede contentar a todos, así que hemos de quedarnos con la mejor opción que, en este caso, es Erickson. Ha demostrado que será de gran ayuda para los intereses del rey, al crear una flota de barcos casi indestructible para él. Sabe que es hora de exigirle más y el matrimonio será la excusa perfecta para ello.

—Tal vez debería haberle ofrecido una alianza de otro tipo —sugirió su padre, aún sabiendo la respuesta. Quería ponerla a prueba—. Tierras u oro, quizá.

—Erickson no participará en una guerra que ha estado evitando desde hace años por más tierras o por oro, padre. Las tierras se pierden y el oro se gasta, pero un matrimonio es una alianza duradera. Y la familia es un buen motivo por el que involucrarse, diría yo.

—Tan sabia como siempre —sonrió su padre con orgullo.

—Y hablando de matrimonios —dijo, un poco cohibida, raro en ella—, necesitaba hablar contigo de algo, padre.

—Bien. —Miró a los presentes a modo de despedida—. Si me disculpáis…

Uno a uno, se fueron retirando tras saludarlos. Ivalyn era consciente del honor que suponía que la incluyesen en las reuniones y tuviesen en cuenta su opinión. También sabía que a muchos les habría gustado que fuese la primogénita, pensamiento que no la complacía, pues no deseaba relegar a su hermana del lugar que le correspondía por nacimiento.

En los últimos años, Lynna había estado haciendo un gran esfuerzo en interesarse por los asuntos del condado, aun cuando decía que aquello no era cosa de mujeres, pero sabía que le

quedaba un largo camino por recorrer. Aceptar el matrimonio solo era un paso más y, por eso, ir con ella era una buena solución. Estando a su lado podría ayudarla a asimilar el cambio de forma más tranquila y ordenada. Solo tenía que convencer a su padre de ello.

—Tú dirás —la alentó este cuando se quedaron solos.

—Lynna ha venido a hablar conmigo. —Buscó la mejor forma de decirlo—. Está un poco nerviosa por el compromiso con Erickson.

—Un poco nerviosa —sonrió por la benévola descripción de su hija—. Yo diría que está desquiciada. Hemos tenido una gran discusión. No sé que voy a hacer con ella.

—Creo que solo está asustada, padre —negó—. Hemos escuchado tantas historias terribles sobre los daneses que teme lo que su futuro esposo representa, a pesar de que no sea como ellos.

—Supongo que tienes razón —suspiró—, como siempre. Erickson es un hombre juicioso y leal. Podría haber conquistado la isla por la fuerza, sin embargo, prefirió hacer un trato con el rey, demostrando una nobleza de la que carecen los daneses. Se ha ganado no solo mi respeto, sino el del rey. Y el de muchos otros. Lo he elegido como sucesor por sus logros, no por la fuerza bruta; si acaso algún día accede a usarla, pues es tan reacio como yo a la guerra.

—Me temo que Lynna no lo ve de esa forma —le dijo con pena.

—Pues tendrá que hacerlo —alzó la voz, sin pretenderlo, impaciente—. Es la primogénita y deberá hacer lo correcto. Por una vez en la vida, se ocupará de sus responsabilidades como heredera sin protestar.

—Y lo hará, padre. —Ivalyn sabía que aquellas palabras encerraban una advertencia para ella también—. Pero he pensado que, tal vez, si yo la acompañase, no se sentiría tan sola en la isla. Además, sé que podría animarla a conocer mejor a su prometido antes de la boda. Y podría ayudarla con los preparativos. También la aleccionaría a hablar con las mujeres para que se sienta más cómoda entre ellas — había ido añadiendo ventajas sin descanso para tratar de convencerlo—. Por supuesto, sería algo temporal. En cuanto se hubiese adaptado, regresaría contigo.

Su padre la miró intensamente por un momento, estudiándola. Seguramente trataba de descubrir si bajo aquel ofrecimiento había

algo más que el deseo de ayudar a su hermana en esa nueva etapa de su vida. No sería la primera vez que Ivalyn cumplía con obligaciones que no le correspondían antes de que su padre lo pudiese impedir, motivo de la muda advertencia que le había lanzado antes. Sin embargo, justo en el momento en que supo que cedería, no pudo evitar sonreír.

—Con esos argumentos, no puedo negarte nada, hija. — La abrazó—. ¿Por qué no es tu hermana un poco más como tú? La adoro tal y como es, pero me facilitaría tanto las cosas con ella.

Capítulo 5

Tan solo dos días después, un pequeño grupo a caballo entró en el castillo. No era el primero ni sería el último, pues ese día celebraban el compromiso de Lynna con Erickson. Ambas jóvenes podían verlo desde la torre donde se habían refugiado para espiar a los invitados. Habían descubierto el lugar siendo niñas y, desde entonces, solían subir a observar desde las alturas a todos los que llegaban, antes de bajar a recibirlos junto a su padre.

A la cabeza del grupo iban tres hombres fuertes y altos. Ivalyn supuso que el del centro era el prometido de su hermana, más por la posición que por su aspecto, aunque su cabello era igual de rubio como lo recordaba. Si pudiese ver mejor sus ojos, estaría totalmente segura de cuál de ellos era porque nunca los había podido olvidar. Lo que podía certificar era que los otros dos eran hermanos. Aunque, para ser sincera, en la distancia todos se parecían bastante. Un cuarto jinete se les unió poco después, cabalgando al trote para darles alcance, y comenzó a dudar de su primera impresión sobre el anterior, pues el hombre tenía el cabello todavía más dorado.

Los observó mientras conversaban entre ellos. No podía oír lo que decían, por la distancia, pero se notaba que había una conexión entre los cuatro que iba más allá de una simple deferencia hacia su jefe. Era más bien camaradería y pura confianza. En tal medida, que no podía asegurar cuál de ellos era el cabecilla del grupo sin conocerlos de antemano.

—Son gigantes, Ivy. —Lynna parecía asustada—. Más de lo que esperaba. Podrían partirnos por la mitad solo con las manos.

Ivalyn no pudo evitar reír ante la ocurrencia, olvidandose así de su propio interés en descubrir quién de ellos era Erickson. Sabía que a su hermana le asustaban los nórdicos, pero no pudo evitar aquella reacción y se ganó una mirada furibunda de Lynna.

Regresó la atención a los cuatro hombres y tuvo que admitir que eran mucho más altos que cualquiera de los que ambas conocían. Más corpulentos también. Viéndolos allí, podía entender que describiesen a los daneses como bestias sanguinarias. Si compartían origen, era una posibilidad bastante factible que compartiesen constitución también. Por suerte para ellos, la sed de sangre no era algo que tuviesen en común.

—Lynna, no exageres. —Aun estando de acuerdo con ella, trató de restarle importancia a sus palabras para no asustarla. Se iba a casar con unos de ellos y no la beneficiaba temblar de miedo, incluso viéndolo de lejos.

—No me mires así. Sabes tan bien como yo que es cierto.

Sin pretenderlo, rio más alto y atrajo la mirada de los vikingos a los que habían estado observando furtivamente. De repente, se toparon con la mirada del más rubio, el que había llegado en último lugar, sobre ellas, mientras avanzaba hacia el interior del castillo.

Lynna tiró de su hermana para ocultarse de semejante escrutinio y se cubrió el rostro con las manos, enrojecido por la vergüenza. Ivalyn, en cambio, solo podía lamentar no haber visto bien sus ojos, ansiosa por saber si era el prometido de su hermana o no.

—Mira lo que has hecho con tu risa, Ivy —la acusó Lynna —. Ahora saben que los estábamos observando.

—Tampoco es el fin del mundo. —La abrazó para darle consuelo—. Vamos, bajemos. Deberíamos estar recibiendo a los invitados con padre y no espiándolos.

—Preferiría seguir espiándolos.

Ivalyn todavía reía cuando salieron al patio del brazo. La mayoría de los presentes se volvió hacia ellas. Ambas eran idénticas. Al menos, a simple vista. Pero si las observabas con detenimiento, podías apreciar ciertas diferencias entre ellas que las hacían únicas. Lynna era un poco más alta y esbelta que su hermana gemela, que poseía unas curvas más acentuadas. El cabello castaño de Ivalyn, en cambio, no podía competir con el color caramelo de su hermana, pero esa poca gracia se veía compensada con unos perspicaces ojos verdes claros, que brillaban cada vez que sonreía. Los de Lynna eran más oscuros y recordaban a la húmeda pradera primaveral. A pesar

de aquellas leves diferencias, decían que ambas se parecían a su madre, aunque ninguna de las dos la recordaba. Había muerto cuando todavía eran muy pequeñas, al dar a luz a su tercer hijo: un varón que habría de heredar el condado, pero que tampoco sobrevivió a la madre.

Pero la verdadera diferencia entre ellas radicaba en su carácter. Lynna era infantil y superficial en muchos aspectos. También era impulsiva y terca, aunque sabía ser encantadora cuando le interesaba. Ivalyn era curiosa, creativa, sensata y muy servicial. Tal vez demasiado, pues su hermana mayor, por dos minutos, solía aprovecharse de ella para que le hiciese las tareas que más le desagradaban, cuando eran pequeñas, aunque la alegría innata de Ivalyn y su positivismo le habían ayudado a eliminar, en los últimos años, algunas de esas costumbres. Sobre todo, después de que su padre les prohibiese hacerse cargo de las tareas de la otra. Pero a pesar de sus diferencias, el pueblo las amaba por igual, pues ambas tenían un corazón gentil y un alma pura. Se unieron a su padre, sin ser conscientes de toda la expectación que habían creado, para dar la bienvenida a los invitados, uno a uno, como venía siendo costumbre desde que tenían recuerdos. El conde usaba aquel acto, no solo para mostrarles cierta deferencia, sino como un modo de hacer que se sintiesen cómodos y acogidos en su hogar. Era otra de las tantas estrategias que había usado a lo largo de su vida y que tantos beneficios le habían acarreado.

Ivalyn observó a su hermana mientras hablaba animadamente con Deniel, el hijo de lord Irwin. Había crecido con ellas y ambos jóvenes habían conectado desde el principio. El padre de Deniel poseía las tierras contiguas a las suyas, así que se pasaba gran parte del día en el castillo. En su infancia, había aprendido a apreciar su compañía, pero eso fue antes de descubrir que aquel interés que mostraba ni era tan genuino ni tan desinteresado como les había hecho creer. Deniel solo pretendía gobernar Sussex algún día y, para ello, necesitaba a Lynna. Ahora le resultaba tan evidente, que verlo hablando con su hermana y coqueteando con ella, aun sabiendo que ya no tenía ninguna posibilidad, le enfermaba. Hacía tiempo que la relación entre ellos se había vuelto tensa e Ivalyn había intentado

abrir los ojos a Lynna, pero esta se negaba a creer que, quien consideraba su mejor amigo, fuese tan ruin como ella le decía. A falta de pruebas, no podía hacer nada más para alejarla de él.

—Buenos días, Deniel —lo saludó con educación cuando le llegó el turno.

—Buenos días, Ivy. Tan hermosa como siempre. —Aquel tinte irónico en su voz restó sinceridad al halago—. Lástima lo de tu hermana. Me refiero a que se tenga que marcharse lejos. Este lugar no será lo mismo sin ella, desde luego.

—Desde luego —murmuró con la mandíbula tensa.

—La echaré de menos.

—No me cabe la menor duda, Deniel. —No abandonó la sonrisa, aunque lo que menos le apetecía era mostrar simpatía hacia él—. Pero no te apures, regresará algún día. Junto con su esposo. Y, tal vez, algún hijo ya.

Sintió el gesto enfurecido que le regaló al alejarse como un pequeño triunfo y le ayudó a soportar de mejor talante el saludo a lord Irwin. Para él, las gemelas no merecían más que unas palabras de cortesía fingida, pues habían supuesto una piedra en su camino hacia el trono desde el momento en que nacieron. Porque ambos, padre e hijo, buscaban lo mismo, aunque Deniel hubiese sabido disimularlo mejor.

Se parecían mucho, tanto en carácter como en físico. Eran altos, si no se comparaban con los hombres del norte, y tenían el cabello oscuro. Los ojos de Balfour eran marrones, demasiado simplones para una mente tan retorcida como la que tenía. Había sabido aprovecharlo en su beneficio, al menos, hasta que conocían su verdadera personalidad y sus ansias de poder. En cambio, Deniel tenía unos dulces ojos azules que le conferían al rostro una inocencia que no tenía. Eso la había desconcertado cuando descubrió cómo era en realidad. Y, aunque no quería creer que todo en su infancia juntos había sido falso, ya no podía confiar en él.

El siguiente en saludarla fue Mael, el hijo de lord Alden y otro vecino suyo, al que podía contar como amigo. Su hermana Annick y él se habían criado en el castillo también y ambos eran personas

confiables y de buen corazón. Así como la sonrisa que regaló a Deniel había sido forzada, a Mael se la dedicó sin reservas.

—Hola, Spunky —le dijo, imitándola. Así solía llamarla desde el día en que, siendo todavía niños, la había encontrado junto al río blandiendo, de forma tosca, una espada de madera que alguien había olvidado en el campo de entrenamiento. Se había reído de ella una semana entera, hasta que Ivalyn se vengó con una exasperante insistencia para que le enseñase a usarla. Aquellas largas tardes juntos los habían unido más todavía.

—Hola, Mael. Hacía mucho que no nos deleitabas con tu presencia.

—He estado bastante ocupado. —Se encogió de hombros —. Las cosas no están precisamente calmadas últimamente.

Ivalyn sabía a qué se refería, pues su padre la mantenía informada a petición suya. Mael era cuatro años mayor que ella, pero ya formaba parte de la pequeña guardia privada de su padre desde hacía tres. Lord Alden era leal al conde y, por tanto, su hijo también. Había estado vigilando a los lores desde que se anunció el compromiso de su hermana, algo que, sumado a los continuos intentos de los daneses de traspasar las fronteras de Wessex, los tenía a todos bastante atareados.

Lo observó un momento y pudo ver que estaba muy cambiado. No en su aspecto, que seguía siendo el mismo de siempre, tan perfecto y bien cincelado. Sabía que las mujeres suspiraban por su moreno y atlético amigo, pero lo que notaba ahora, era un cambio más profundo, más permanente que un simple físico trabajado por la espada. Mael había madurado. Sus responsabilidades habían ido en aumento y con ello, el compromiso con la defensa de Sussex. Aun así, todavía brillaba en sus ojos azules aquella picardía que ella recordaba, la misma que lo hacía bromear con todos y reír a todas horas.

En eso, se parecían mucho. Tanto, que el año anterior, su padre les había propuesto unirse en matrimonio, creyendo que aceptarían. Sin embargo, su negativa fue directa, tajante y dicha al mismo tiempo por ambos, de modo que al conde no le cupo duda alguna de que ninguno de ellos deseaba aquella unión. Su amistad era mucho

más importante para ellos que cualquier otra opción. Se consideraban más hermanos que amigos, en realidad, y pensar en un matrimonio entre ellos les resultaba incómodo.

—Lo sé. —Todavía mantenían las manos unidas—. Me preocupa también.

—Pues no debería. —Le guiñó un ojo—. Hoy es un día para celebrar.

Después de besarle las manos a modo de despedida, dejó el lugar a su hermana, otra gran amiga de las gemelas. Tan leal y sincera como su familia.

—¡Annick! —No pudo evitar abrazarla de la emoción—. Te he echado de menos.

Annick era más rubia que su hermano, aunque tenía sus mismos ojos azules. Sin embargo, Ivalyn veía tanta bondad e inocencia en ellos, que siempre temía hacer o decir algo que la rompiese. Desde pequeñas, había sentido la imperiosa necesidad de protegerla, a pesar de que tenían la misma edad. Sin llegar a comprender cómo había sucedido, se había hecho cargo de mantener a salvo a su hermana y a su amiga de malas influencias o, al menos, lo había intentado. Con Deniel había fracasado.

—Y yo a ti —se quejó—. Con Mael y padre estando tan ocupados, me han tenido cautiva en mi propio hogar. ¡Qué te parece!

—Que han hecho bien, aunque eso signifique no poder vernos.

—Al menos hoy podremos ponernos al día. Estoy deseando hablar con tu hermana con más calma. Estará tan emocionada por la boda.

Ivalyn solo acertó a sonreír. Jamás se le ocurriría describirla de aquel modo, sino más bien como aterrada, aunque nadie más lo diría porque se estaba comportando como la doncella a punto de comprometerse que se suponía que era. Tal vez toda aquella atención sobre ella hacía que ya no le pareciese tan terrible su situación.

«O sí», pensó, en el mismo instante en que vio cómo Leif Erickson la saludaba. Lynna menguó considerablemente bajo la atenta mirada del hombre, si es que era posible, y el rostro le palideció, aunque no abandonó la sonrisa. Era un punto a su favor, considerando lo asustada que se veía en ese momento. Ivalyn

supuso que el hombre había notado el terror que le había causado, porque apenas le dirigió un par de palabras y se alejó. Vio como su hermana suspiraba aliviada en cuanto se vio libre de él.

Y de repente, se encontró alzando los ojos más arriba de lo que jamás habían ido nunca para mirar a alguien. Leif Erickson era tremendamente alto. Y nada tenía que ver con que ella fuese más bien baja, porque no conocía a nadie capaz de superar en altura al hombre. Su cabello largo y tan rubio como recordaba, lucía despeinado por el viaje, pero no le disgustaba, pues le daba un aspecto más mundano. Su cuerpo era fuerte y musculoso, podía notarlo a través de la camisa de lino. Estuvo tentada de tocarle el pecho para comprobar si era tan duro como parecía, pero frenó el impulso a tiempo, avergonzada de sus propios pensamientos. Nunca antes había reaccionado de aquel modo ante nadie, pero tampoco había podido evitarlo.

Observó su rostro, entonces, tan perfectamente equilibrado. No se veía rudo, a pesar de que todo su aspecto hacía pensar en los bárbaros que intentaban hacerse con el control de la isla y de los que solo había escuchado habladurías. Y sus ojos, de un negro penetrante, podrían clamar peligro, pero, en cambio, reflejaban calma y una fortaleza que iba más allá de la fuerza bruta. Algo en lo que no había reparado seis años atrás, cuando los vio por primera y última vez. Era probable que aquel detalle le hubiese evitado tener pesadillas por su causa durante varias noches seguidas. Y ahora sabía, también, por qué su padre había decidido interceder por él ante el rey y por qué lo quería como yerno.

En general, le causó una buena impresión y no entendía por qué su hermana se había puesto tan pálida al hablar con él. No se lo veía más salvaje, ni menos civilizado de lo que podían serlo sus convecinos.

—Espero haber pasado la inspección —le sonrió este.

Ivalyn se sonrojó al comprender que había estado observándolo con tanto descaro que el hombre se había dado cuenta. Por un segundo apartó su mirada. Fue tan solo una pequeña vacilación, pero suficiente para que la sonrisa del vikingo se ampliase.

—Lo lamento. No pretendía ser tan desconsiderada.

—No tienes que disculparte, estoy acostumbrado a que la gente me estudie para decidir si soy o no de fiar debido a mi origen. —Se acercó ligeramente a ella—. ¿Lo soy?

—Yo diría que sí —sonrió, tratando de tranquilizar a su alocado corazón—. Pero no soy de las que juzga por el aspecto exterior, aunque os lo haya parecido. Tendría que conoceros mejor para decidirme.

—Entonces tendré que esperar un poco por la sentencia final —aventuró.

—De todas formas, os pido disculpas de nuevo por haber sido tan grosera con vos.

—Disculpas aceptadas. Pero no te tortures demasiado por ello. —Ya se retiraba, cuando regresó sobre sus pasos y se inclinó de nuevo hacia ella—. No recuerdo haber escuchado tu nombre.

—Ivalyn —se apresuró a presentarse, avergonzada de nuevo por haber olvidado sus modales—. Ivalyn de Sussex.

—Un placer, Ivalyn de Sussex.

La joven sonrió sinceramente ante la educación del hombre. Si no supiese sobre su pasado, simplemente hablando con él, nadie sería capaz de creer que pudiese haber llegado a aquellas costas dispuesto a saquear y a asesinar como lo hacían sus congéneres. Ella no podía, ni aunque lo intentase, verlo matando por el simple placer de hacerlo. Sí, defendiendo lo que era suyo.

Tuvo que admitir que su padre había sabido elegir bien a quién cedería el condado. Sería un gran aliado para el rey y para él. Y un buen gobernante, llegado el momento.

Cuando se terminaron las presentaciones, se acercó a Lynna, solo para descubrir que seguía pálida, y decidió que, antes de la cena, tendría una pequeña charla con ella.

Capítulo 6

—Me sorprende que no echase a correr en cuanto le dio la mano. —Arik tenía un pie sobre el banco bajo la ventana y apoyaba un codo en su rodilla mientras observaba a sus compañeros.

—No es la primera vez que alguien se asusta al ver al jefe, Arik. No deberías burlarte de la pobre muchacha. —La sonrisa de Olin desmentía la seriedad de sus palabras y le decía a su compañero que opinaba como él.

—Pues no sé, Olin, se la veía muy pálida. No me extrañaría nada que se haya escondido en alguna parte, temblando de miedo.

Estallaron en carcajadas, algo que habían estado haciendo desde que la recepción terminó y acomodaron a Leif en aquella alcoba dentro del castillo. Ellos dormirían en el barracón, con los demás soldados, pero no les molestaba. Al igual que no les había preocupado el hecho de ser excluidos de las presentaciones formales. Presenciarlas resultó mucho más entretenido, sobre todo, al ver el miedo que Leif le inspiraba a su futura esposa. Ahora se dedicaban a bromear sobre el asunto, para exasperación del jefe. Sin duda, aquello era más divertido que tratar con los aburridos lores de Sussex.

El cuarto que le habían asignado era grande y espacioso, y con un enorme ventanal por el que entraba mucha luz. Recogida hacia un lado, estaba la gruesa cortina con la que se cubría durante la noche, para alejar el frío. Aunque pequeña, en comparación con el resto de la estancia, la chimenea calentaba el ambiente de forma agradable. Leif no había traído mucho equipaje, pues no pensaba permanecer tanto tiempo en el castillo, pero no por ello dejó de admirar el guardarropa, tan finamente tallado. Su vista se paseó por las paredes también, que estaban embellecidas con grandes telares bordados con maestría, que representaban escenas de la vida del

castillo. Y el frío suelo de piedra, se hallaba cubierto de esterillas y alfombras tejidas en vivos colores, dando un toque acogedor a todo el conjunto. En comparación con su adusta y austera residencia en la isla, podía comprender por qué los llamaban bárbaros. Nunca habían necesitado tanto lujo alrededor y se preguntó que opinaría su prometida del que sería su nuevo hogar por un tiempo. O si podría llegar a considerarlo algún día como propio cuando descubriese que no se parecía en nada al lugar dónde había crecido.

—Dejadlo ya —vociferó. Pensar en el miedo que había inspirado a Lynna, lo ponía de mal humor y comenzó a pasearse por la habitación como un animal enjaulado.

Nunca le había importado que lo temiesen, pues le daba ventaja, pero que su prometida no se hubiese atrevido ni a mirarlo a los ojos para hablarle lo había inquietado bastante. Después de todo, compartirían más que unas palabras corteses tras la boda. Y, aunque en su momento había dudado de la decisión del conde de enviarla a la isla después de formalizar el compromiso, ahora podía ver las ventajas. Al parecer, Godric ya había intuido el miedo de su hija y había creído conveniente que se fuesen familiarizando poco a poco. Debería haber sabido lo que pasaba, pues el hombre era un gran estratega.

Pero si intentar borrar la expresión de pánico en su rostro le parecía una empresa casi imposible en aquel momento, pensar en que tendría que ayudarla también a adaptarse a un nuevo estilo de vida, lejos de las comodidades a las que estaba acostumbrada, solo lo frustraba más. Empezaba a creer que no debería haber aceptado aquel compromiso antes de conocer a la muchacha, pero era demasiado tarde para arrepentimientos. Había dado su palabra y cumpliría. No solo estaba en juego el ofender al conde y al rey, sino su propio honor.

—Vamos, muchachos, esto no tiene ninguna gracia. La muchacha se va a convertir en la esposa de Leif. Si es que consigue llegar al altar y pronunciar sus votos.

—¿Tú también, Olsen? —lo reprendió el aludido, mientras los otros dos reían.

Olsen era el mayor de todos y el más sensato. Aunque circunspecto se asemejaba más a lo que era en realidad. Parco en palabras y falto de espontaneidad, pocas veces lo había visto sonreír, menos aún reír. Quien lograse semejante hazaña, tendría su admiración por el resto de sus días. Y por ese motivo, tampoco era dado a las bromas. Aunque, al parecer, aquella era una ocasión especial. Sin embargo, tal y como había dicho su amigo, no era gracioso, sino preocupante. Porque no podía vivir con una mujer asustadiza, que lo rehuiría hasta en una conversación normal. Eso sin pensar en cuando tuviesen que compartir algo más íntimo.

—Venga ya, Leif. —La ligera curvatura en sus labios amenazaba con ser una sonrisa en breve—. Admite que tiene su gracia. Poca, pero la tiene.

Pero él seguía sin vérsela. Era su futuro el que peligraba. Y el de la familia que algún día había pensado crear.

—Siempre puedes cambiarla por la otra. —Arik volvió a la carga. La mirada asesina de Leif no lo amedrentaba—. No parecía asustada.

—Cierto. —Olin sonreía abiertamente, algo que lo diferenciaba de Olsen, su hermano—. Qué manera de mirarte. Incluso dejé de respirar hasta que te dio el visto bueno.

—Nadie notaría la diferencia —continuó Arik, refiriéndose al hecho de ser gemelas.

—Nadie salvo tú, claro. —Olin rio más alto, acompañando a su amigo. Y sus carcajadas se escucharon más allá de los muros del castillo.

Nunca les había importado si los consideraban ruidosos cuando salían de la isla, pues les gustaba reír y bromear. Era camaradería, algo que los mantenía unidos más allá de las alianzas o las promesas. Igual que la toma de decisiones. Aquello era cosa de todos, ya que, como la gran familia que formaban, les afectaban por igual. Y, aunque no todos los jefes vikingos aceptaban esas condiciones, Leif siempre los había hecho partícipes de cada hecho importante. Ahora, gracias a ello, eran mucho más que un pueblo a las órdenes de un hombre. Eran iguales.

Por ese motivo habían discutido juntos, meses atrás, el aceptar o no la propuesta del conde de Sussex. A lo largo de aquellos años, habían demostrado no necesitar ninguna alianza para subsistir, pues eran lo suficientemente fuertes e independientes como para que alguien pensase siquiera en meterse con ellos. Ni los daneses, que tan atemorizados tenían al resto, se atrevían. La promesa al rey de proporcionarle una gran flota de barcos vikingos había sido cumplida hacía ya dos años y la deuda había sido saldada.

Sin embargo, Leif ansiaba mucho más. No solo deseaba poseer la tierra que se le había dado en pago por la flota, sino también formar parte de ella. Deseaba no sentirse más un extranjero, por muy apreciado que fuese, en el que ya consideraba su hogar. El trato del conde le estaba ofreciendo esa posibilidad, aun cuando sabía que aceptar les acarrearía más responsabilidades para con el rey de las que habían querido asumir seis años atrás. Si para obtener el reconocimiento del pueblo y sentirse uno más, debía implicarse en los problemas del rey con los daneses, lo haría con gusto. Sus compañeros lo sabían y por eso lo apoyarían hasta el final. Querían sentir que pertenecían a ese lugar también y que no eran los hombres del norte, los vikingos amistosos, sino alguien con derecho propio a estar allí.

Habían abandonado su tierra natal, huyendo de rencillas entre clanes, de incursiones y saqueos en lugares donde, en ocasiones, no tenían ni cómo defenderse, de traiciones e inquinas. Ninguno de ellos había deseado aquella vida y habían llegado en busca de paz. Durante seis años, habían logrado mantenerse al margen de la guerra que se libraba en la isla, pero eso había impedido su total integración en ella. Y por eso, cuando el conde les ofreció una alianza, no dudaron en aceptar, incluso si ello les obligaba a regresar a las armas. Y en esa ocasión lo harían para defender su tierra de los invasores. Por primera vez, iban a estar en el bando correcto y eso era suficiente para querer involucrarse en aquella guerra que tanto tiempo había estado evitando.

—Ya que no pensáis hacer nada útil aquí —dijo Leif, cansado de pensar en lo que aquella decisión les acarrearía a él y a su gente—,

vayamos a inspeccionar el exterior del castillo. Veamos qué clase de gente hemos decidido tener como aliados.

Sabía la respuesta, no obstante. Conocía sus debilidades, pues nunca se las había ocultado, pero conocía sus puntos fuertes también. El conde era un hombre muy prudente y juicioso, que había logrado mantener un reducto de paz en su hogar, a pesar de las circunstancias. Se había ganado su respeto por ello, y también por poseer una mente tan brillante como la suya. Tal vez no pudiese aportar una gran fuerza defensiva a la alianza, pero le entregaría aliados fuertes y preparados, a pesar de su reducido número. Y, sobre todo, leales hasta la muerte.

—Como sean como tu prometida, mejor nos hubiéramos quedado tal y como estábamos.

Olin y Arik aún reían cuando todos salieron del castillo, rumbo a las caballerizas y el campo de entrenamiento. Los que se cruzaban en su camino, en especial las mujeres, los observaban con clara curiosidad. Se habían acostumbrado a llamar la atención allá donde fuesen, y no solo por su lugar de procedencia, que generaba más desconfianza que interés, sino por su tamaño y la ferocidad que su aspecto desprendía. Los hombres solían mantenerse alerta en su presencia, al menos, hasta que descubrían que no traían malas intenciones. Las mujeres sentían, en cambio, mucho más que curiosidad al mirarlos. Había deseo en sus ojos al admirar sus cuerpos, cincelados por la actividad física diaria, y sus rasgos exóticos, herencia de su procedencia nórdica.

Arik era el más joven, aunque aventajaba en altura a la mayoría de ellos. Sus penetrantes ojos azules, enmarcados con espesas y largas pestañas, hacían las delicias de las mujeres. Y no solo sabía el efecto que causaba, sino que se aprovechaba de ello. Era un conquistador y disfrutaba de las atenciones femeninas casi tanto como de una buena broma.

Olin y Olsen eran hermanos y no había que fijarse mucho para verlo, pues Olin era un calco de su hermano, con menos años encima. Ambos tenían los ojos claros y el pelo largo y rubio, aunque Olin mostraba una tonalidad más oscura. La espesa barba de Olsen contribuía a que su aspecto amenazante se intensificase, en

contraposición al rostro de su hermano pequeño, desenfadado y atrayente.

Leif, en cambio, emanaba integridad por todos los poros de su piel. Era tan guapo como sus compatriotas, pero la seguridad y la tenacidad que veían en su mirada podían intimidar incluso a la más aventurera de las mujeres. Pocas se atrevían a acercársele si él no las alentaba de algún modo primero.

Sin embargo, suspiraban cada vez que Arik les dedicaba, a todas ellas sin excepción, una de sus miradas sugerentes y llenas de promesas, que probablemente, no cumpliría más allá de un par de noches. Y aunque Olin no se quedaba atrás, el más joven siempre dejaba, al menos, a media docena de conquistas a su partida.

—Algún día te meterás en un lío, Arik. —Olsen lo miraba con rictus serio cuando prodigaba atenciones a más de una mujer en el mismo lugar. Estaba convencido de que en aquella visita no sería diferente, aunque también sabía que su advertencia caería en saco roto. Su máscara de impasibilidad le era inherente y rara vez la abandonaba. Olsen era un hombre inflexible y decidido, que no se amedrentaba con facilidad ni se permitía mostrar sus sentimientos abiertamente. Tal vez los años habían contribuido a ello, pero la experiencia, sin duda, había sido la más influyente en la forja de su carácter arisco.

—Si es con ella, no me importará en absoluto —sonrió a una joven de cabellos castaños que lo miraba embelesada y, cuando le guiñó un ojo, la muchacha suspiró de manera audible. Arik rio, encantado.

—Los hay que no cambian, hermano. —Olin palmeó la espalda de Olsen—. Arik es un caso perdido en cuanto a las mujeres se refiere. Por más que insistas, no lograrás hacerlo cambiar.

—Es imposible que este cuerpo sea para una sola mujer. —Se señaló mientras hablaba—. Sería egoísta no compartirlo con todas, Olsen.

—Sería más sensato que lo compartieses con una sola.

Después de recorrer, con admiración, parte del perímetro amurallado del castillo, llegaron al campo de entrenamiento, en la parte posterior del mismo. No había actividad, pues se estaban

preparando ya para el gran banquete, así que pudieron estudiarlo a su antojo. El lugar estaba dividido en secciones de tierra, donde habían dispuesto dianas para practicar con arco y unos pocos muñecos de cuero y paja contra los que blandir las espadas. Había también otra pista en un lateral, con varios objetivos colgantes, que seguramente usarían para cargar sobre ellos a caballo. Era bastante completo, aunque tan reducido, que ni la cuarta parte de sus hombres podría entrenar allí. No necesitaban ver a los soldados en acción para saber cuáles serían sus carencias. La más significativa, su limitado número.

—Me temo que es peor de lo que pensaba —murmuró Olsen.

—Está claro por qué el conde necesita una alianza fuerte. No sé ni cómo han podido conservar sus tierras tantos años. —Olin estaba de acuerdo con su hermano.

—El conde es un buen estratega. —Leif sintió la necesidad de justificarlo—. A lo largo de los años, ha conseguido mantener la paz con acuerdos y alianzas, sin necesidad de recurrir a las armas en ningún momento.

—Algo digno de admirar, sin duda. —Olsen los miró a todos con calma—. Pero me temo que los tiempos están cambiando y las promesas ya no bastan. Las lealtades fallan en aras del poder. Se avecinan batallas que el conde no podrá ganar solo con astucia e imagino que ahí es donde entramos nosotros.

—Para ganarlas por él —lo acusó Olin.

Era la antítesis de su hermano en cuanto a carácter. Varios años más joven, era impetuoso e impulsivo. Algo que tenía en común con Arik, por lo que siempre se estaban metiendo en líos. Aunque la cordura de Olin, tal vez debida a su hermano, evitaba siempre que sus enredos llegasen demasiado lejos o causasen un daño irreparable.

—No —insistió Leif—. Para ganar con él. Me ha ofrecido un matrimonio con su primogénita para que nos involucremos legítimamente. Como ya he dicho, es un estratega. Sabía que el oro o las tierras no nos habrían tentado porque no necesitamos más de lo que ya tenemos. En cambio, nos ha ofrecido lo único que no rechazaríamos: la pertenencia por derecho a este lugar.

—Lástima que su hija no lo vea de igual modo —rio Arik por lo bajo para retomar las burlas.

El joven vikingo era el más jovial y despreocupado de ellos y, sin embargo, jamás desatendía sus obligaciones. Disfrutaba de las bromas y solía explotar la misma hasta que encontraba otra mejor.

—Basta, Arik —Leif lo reprendió por enésima vez, a sabiendas de que no serviría de nada—. Regresemos al castillo. Tenemos una cena a la que asistir.

—Olin, ¿qué te apuestas a que la muchacha ni aparece? —Arik no pudo resistirse a lanzar una última pulla sin importarle la advertencia en la voz de su jefe.

Las carcajadas se elevaron por el aire de nuevo.

Capítulo 7

—Se están riendo de mí, Ivy. Lo sé. ¿No los oyes?

Aquellas últimas carcajadas, tan cerca del castillo, habían llegado al cuarto de Lynna a través de la ventana. Era la alcoba más amplia del castillo y la mejor situada, pues permitía tener una visual de gran parte de los exteriores sin necesidad de salir de ella. Había pertenecido a su padre, como heredero al trono, y ahora era suya por la misma condición.

La enorme cama con dosel se encontraba en el medio, pegada a una pared decorada con los colores de su padre. El gran armario, cerca de la ventana, estaba también junto a la puerta que daba a un pequeño baño privado. Suponía un lujo contar con uno, pero cuando se lo había pedido a su padre después de oír hablar a un viajero que pernoctó en el castillo sobre él, este había sido incapaz de negárselo.

El tocador, junto a la puerta de entrada, tenía un enorme espejo en el que Lynna veía el reflejo de su hermana, a la que miraba con cara de preocupación. La vergüenza coloreaba de rojo sus mejillas también.

—Lo dudo. —Ivalyn le sonrió con infinito cariño.

Había acudido a verla en cuanto hubo terminado de organizar la cena e impartir las órdenes necesarias para que todo fuese perfecto aquella noche. Y aunque su hermana era la primogénita y, por ende, debería encargarse de aquellas tareas, Ivalyn había asumido tiempo atrás esa responsabilidad porque necesitaba sentirse útil y tener la mente ocupada en todo momento. Ni su padre ni Lyna protestaron por ello.

Sabía que Lynna estaba nerviosa por la cena, o más bien, por lo que vendría después. Desde el final de la recepción, no había vuelto a salir de su alcoba y eso la preocupaba. Si decidía encerrarse de

ese modo cuando estuviesen en las tierras de su prometido, les resultaría imposible conocerse y su hermana no perdería el miedo que había demostrado tenerle ya.

—Relájate, Lynna —continuó al escucharla bufar—. No tienes que estar asustada de…

—Asustada no, Ivy. Estoy aterrada —la interrumpió—. ¿No has visto lo grande que es? Podría aplastarme sin pestañear. ¡Oh, Dios! En nuestra noche de bodas me partirá en dos. Ahora sí estoy segura de ello.

Ivalyn dejó de recoger su cabello un instante, para observarla a través del espejo. No sabía si reír por su ocurrencia o temer que lo estuviese pensando de verdad. Si era lo último, tenía mucho trabajo por delante para desechar cada una de las renuencias de su hermana por aquel matrimonio. En ocasiones como aquella, se sentía mucho más mayor, a pesar de ser gemelas.

—Lynna, por favor, no exageres. Vale, tienes razón en que es muy alto y fuerte —admitió, al ver su gesto de incredulidad—, pero no creo que sea un bruto. A mí no me lo pareció. Además, es muy guapo. No puedes negarlo.

—¡Oh, qué bien! —Pintó de ironía sus palabras—. Me aplastará un hombre guapo. Ese, sin dura, será un gran alivio.

Ivalyn rio esta vez, sin poder evitarlo. Su dramatismo la divertía, aun cuando sabía que estaba sufriendo de verdad por esas ideas locas que se le estaban pasando por la cabeza. Se mordió el labio para extinguir la risa y trató de apaciguarla nuevamente, aunque podía ver reproche en su mirada, por lo que había considerado una ofensa.

—He hablado con él y no creo que le interese aplastar a nadie.

—¿Eso lo has decidido después intercambiar unas pocas frases con él o es tu naturaleza optimista quien habla?

—No suelo equivocarme al juzgar a la gente —le reprochó que se lo tomase como una nueva ofensa—. Y lo sabes perfectamente.

—Pues que sepas que eso no me sirve de consuelo, Ivy. —Miró su reflejo en el espejo y luego suspiró—. Se supone que hoy debería ser la noche más especial para mí, pero no creo que vaya a poder disfrutarla.

—¡Pero qué voy a hacer contigo, hermana! —La abrazó con fuerza—. Si tan solo pudieses ver a la gente con mis ojos…

Permanecieron abrazadas, reconfortándose en silencio, pues, a pesar de bromear sobre sus miedos infundados, Ivalyn sufría por Lynna. Se había convertido, sin planearlo, en una especie de madre para ella. Era su conciencia, su límite en las emociones extremas y su apoyo en los momentos bajos. Con gusto se habría cambiado por ella, solo por no verla padecer de ese modo por un matrimonio que creía que la haría infeliz.

—Trata de no pensar en ello —le dijo finalmente—. Disfruta de la cena y baila un poco. Si hoy no quieres hablar con tu prometido, no lo hagas más allá de lo necesario para no resultar descortés con él. Todavía hay tiempo para conoceros antes de la boda, no tienes por qué agobiarte el primer día. Además, sabes que voy a estar contigo hasta que llegue el momento decisivo. Te ayudaré.

—No sé qué haría sin ti, Ivy.

—Te las arreglarías. —Continuó recogiendo su cabello.

—Estoy temblando.

—Durante la cena, tómate un par de copas de vino. —Le guiñó un ojo—. Eso te calmará.

—No bromeo, Ivy.

—Yo tampoco. —Consiguió arrancarle una sonrisa y se sintió mejor. Quizá no estuviese todo perdido. Sabía que su hermana no descartaría sus prejuicios por su futuro esposo esa noche, pero estaba convencida de que podría lograrlo antes de la boda con su ayuda.

Cuando terminó de peinarla, la observó en el espejo y le sonrió. Estaba preciosa con aquel recogido que enmarcaba su rostro y la túnica que había elegido hacía resaltar sus oscuros ojos verdes.

—Deja el ceño fruncido en tu alcoba —añadió— y serás la envidia de las demás mujeres esta noche, hermana.

—Tendré que tomarme ese par de copas para lograrlo. —Ivalyn rio y su hermana se le unió, al fin.

Rota la tensión, salieron de la habitación, rumbo al gran salón. A buen seguro, su padre estaría esperándolas para dar comienzo a la velada. Siempre era el primero en llegar y el último en irse para

asegurarse de que todo estaba como debía. Bajaron las escaleras enganchadas por sus brazos y charlando animadamente. Ivalyn pretendía mantener ocupada a su hermana, para que alcanzar su lugar en la mesa no se convirtiese en un tira y afloja entre ellas en cuanto se encontrasen con su prometido. La conocía y sabía que era una posibilidad bastante factible.

Sus ojos se desviaron hacia el nórdico nada más franquear la puerta, pero por suerte, Lynna estaba centrada en responder a su pregunta y ni siquiera lo vio. Un intenso sonrojo cubrió sus mejillas cuando sus miradas conectaron y le sonrió con timidez, antes de centrar su atención en lo que su hermana le estaba diciendo. Achacó su reacción al descaro con que lo había observado durante la bienvenida. Todavía se sentía avergonzada por eso.

Cuando su padre las vio, les sonrió con infinito amor. Y, como cada vez que eso sucedía, Ivalyn se sintió afortunada por tener un padre tan afectuoso como él. Se acercaron y se colocaron en sus respectivos lugares, después de besarle la mejilla a modo de saludo. A su padre nunca le habían molestado esas muestras de cariño y se las ofrecían con gusto cada vez que tenían ocasión.

Godric golpeó la copa varias veces para que los invitados guardasen silencio. Una vez que obtuvo la atención de todos, comenzó a hablar:

—Antes que nada, muchas gracias a todos por estar aquí en un día tan importante para nuestra familia y por querer celebrarlo con nosotros. Es todo un honor para mí, anunciar el compromiso de mi primogénita con Leif Erickson, a quien muchos conocéis ya por haber…

Continuó el discurso, pero Ivalyn dejó de escucharlo tras las primeras palabras porque las conocía. Le había ayudado con eso. En cambio, lo observó mientras hablaba. Su padre siempre había sido un hombre fuerte, con un porte regio, a pesar de no ser tan alto como la media. Su cabello había perdido el brillo de antaño, dejando paso a blancas y espesas canas. No lo veía tan mayor, tal vez por el amor que le tenía y su miedo a perderlo, pero decían que estaba viejo y, aun así, irradiaba vitalidad. Su espíritu combativo y su deseo de paz por encima de todo, lo habían mantenido alerta y en forma.

Todo cuanto había logrado, se lo había otorgado su inteligencia y no la fuerza bruta que desgastaba y consumía la energía de quien la usaba. Tal vez debido a eso, estaba sobreviviendo a todos sus coetáneos.

Ivalyn lo admiraba por no ser uno más entre todos esos hombres que preferían la violencia para solucionar los conflictos. En ocasiones, no había otro camino que la guerra, pero se sentía orgullosa de que su padre siempre agotase las demás vías antes de lanzarse de cabeza a la batalla.

—Y sin más dilación, que empiece el banquete —dijo, alzando su copa en un brindis por los futuros novios.

Un rugir de voces se alzó con fuerza, en el salón y ya no cesó en lo que duró la cena. Había demasiada gente en un lugar donde todos querían hacerse oír, sobre todo, cuando llevaban unas copas de más en su haber. Pero a pesar del alboroto, Ivalyn disfrutaba de aquellas veladas, aunque le supusiesen un trabajo extra.

Su hermana se sentó a la derecha de su padre, tal y como dictaba el protocolo por ser la primogénita. Ella cedió su lugar a la izquierda, al invitado de honor; en esta ocasión, el prometido de Lynna. Sabía que eso supondría un descanso para su hermana, pues hablar con él, por encima de su padre, sería incómodo para ellos. Claro que este parecía encantado de poder compartir unos momentos con su padre. Nunca había tenido ocasión de verlos juntos, más allá de aquella primera vez en que los vikingos se presentaron en su hogar con una petición de ayuda y ahora estaba comprobando que mantenían una agradable complicidad y un entendimiento que solo resaltaba lo que tenían en común: su deseo de paz por encima de todo. Leif encajaría bien en su familia si su hermana le daba la oportunidad de demostrárselo. Y, por el bien de todos, necesitaba hacerle entender que debía hacerlo.

Le hubiese gustado participar en la conversación, pero prefería pasar desapercibida en aquella ocasión. Después de su descarada inspección cuando se conocieron y de su inoportuno sonrojo al verlo de nuevo en el salón, creyó más prudente mantenerse al margen. Se había puesto en ridículo suficientes veces en un día ante él.

—Tu padre me ha dicho que el banquete es obra tuya, Ivalyn. Mis más sinceras felicitaciones. Está todo delicioso. —Se sobresaltó al oír su voz, pues no esperaba que le prestase atención. Se suponía que debía estar pendiente de su hermana y de su padre.

—Gracias —le respondió, después de aclarar la garganta. Su corazón se había acelerado también y no lograba calmarlo—, pero el mérito no es mío, sino de los cocineros.

—Dudo que los cocineros hayan organizado todo esto. —Señaló el salón—. No te quites mérito.

—Simplemente he dado las órdenes oportunas. —No se sentía cómoda con los halagos y mucho menos por cumplir con su deber. Lynna era la que más los disfrutaba y sabía cómo aceptarlos sin sonar presuntuosa por ello—. El mérito es de quien hace el trabajo, no de quien lo exige.

—Está bien —sonrió—. Veo que no te gusta demasiado recibir cumplidos.

—No aquellos que no merezco. —Encogió los hombros.

Leif sonrió de nuevo. Le agradaba aquella muchacha, sincera y directa. Sabía que no debía ser tan informal en su trato con ella hasta que se lo pidiese explícitamente, pero deseaba aquella confianza. Desde que lo había estudiado con un descaro poco disimulado al conocerse, decidió que le gustaba su carácter abierto y desinhibido y que no podía sino tratarla de tú a tú, como a una más de los suyos, por muy incorrecto que le pareciese al resto esa familiaridad. Ahora estaba descubriendo que se sentía muy a gusto hablando con ella también. No como con su hermana, su prometida, con la que apenas había sido capaz de intercambiar más de dos palabras sin que a la muchacha le temblase la voz. Se había puesto pálida al verlo y ni una sola vez lo había mirado a los ojos. Y, sin embargo, no parecía tener reparos en mantener una animada conversación con el hombre junto a ella, con el que mostraba una complicidad preocupante.

—Tu hermana parece encontrarse mejor. —No estaba dispuesto a admitir que le molestaba que coqueteara con otros. No porque sintiese celos, pues no se conocían todavía y era imposible que tuviese sentimientos de tal calibre hacia ella, sino porque iba a ser

su esposa y le debía cierta lealtad. O al menos respeto. El mismo que él también le dispensaría.

—Sí, bueno, a veces exagera un poco sus reacciones. —Obviamente, la defendería y Leif no esperaba otra cosa. Ivalyn era una mujer con una marcada lealtad hacia los suyos. Otro rasgo más a destacar—. Tened en cuenta que se ha enterado mucho después que vos del matrimonio, así que todavía no ha tenido tiempo de asimilarlo. Y, en el fondo, todas las mujeres soñamos con casarnos por amor, aunque sepamos desde pequeñas que no será posible.

—Diría que ahora mismo no parece muy afectada por eso. —Ambos miraron en su dirección para observarla.

—Deniel siempre ha sabido entretenerla. —Notó cierta amargura en el tono de voz, pero no supo interpretar el motivo —. Somos amigos desde pequeños y nos conocemos bastante.

—Deniel. —El nombre sonó a pregunta. No recordaba quién era, aunque creía haber escuchado aquel nombre en alguna ocasión. El conde le había puesto al día en cuanto a los subordinados que tenía, pero le costaba recordar a todos.

—El hijo de lord Irwin. —Mientras lo nombraba, señaló disimuladamente al hombre alto y con incipiente calvicie que estaba hablando a voces, como si tuviese derecho a ser más escuchado que el resto.

Leif lo estudió detenidamente por un momento y llegó a la conclusión de que era un hombre simplón y fanfarrón que se daba de importante. No había tenido el gusto, o disgusto, de conocerlo todavía, aunque había oído historias sobre él que decían que su aspecto no iba a la par de sus ambiciones.

—No lo subestiméis —le advirtió ella, adivinando sus pensamientos.

—¿No debería? —La miró con interés.

—En realidad, estas cosas deberíais comentarlas con mi padre. —Un ligero rubor cubrió sus mejillas, mientras se recostaba en el respaldo de su silla.

—En la mayoría de las ocasiones, las mujeres tenéis una opinión más acertada —la invitó a continuar.

Ciertamente, el conde le había hablado de la situación actual con los lores cuando habían tratado los términos de la alianza, pero sentía curiosidad por saber lo que opinaba ella del asunto. Desde su llegada al castillo, había oído numerosos rumores acerca de Ivalyn y deseaba saber qué tenían de ciertos.

—Mi padre siempre dice eso —le sonrió, mientras se sentaba de nuevo erguida y orgullosa en la silla—. Está bien. Lord Irwin es un hombre de lealtad cambiante. Siempre irá con el que le haga ganar más. Y aunque parece poca cosa a simple vista, en realidad es un gran estratega como mi padre, solo que falto de los escrúpulos que mi padre sí tiene. Desde que tengo uso de razón, no recuerdo un solo día que no haya deseado ocupar su lugar. Además, no le importa usar los métodos más viles para alcanzar sus fines. Sé que ha intentado congraciarse con el rey para que, llegado el momento, le ofreciese el condado, ya fuese por matrimonio con mi hermana, cosa que ya no puede ser, o por renuncia de mi padre. Obligada, por supuesto. Por suerte, no ha tenido mucho éxito por el momento, porque el rey sabe que mi padre gana batallas sin llegar a las armas y eso lo convierte en un excelente aliado. Lord Irwin jamás se enfrentará directamente a mi padre sin el favor del rey, pero la amenaza que suponen los daneses para el reino podría cambiar las tornas y proporcionarle lo que tanto ansía. Si mi padre no puede ofrecer un ejército al rey que le ayude a ganar, tal vez pierda su ventaja frente a lord Irwin. El rey es justo, pero ambicioso y no dudará en beneficiar a quien lo apoye del modo en que él quiere que lo hagan.

A Leif le gustó la forma tan natural en que trató la cuestión de sus compatriotas. La mayoría intentaba evitar ese tema cuando hablaban con él, como si esperasen que los defendiera. Pero a él jamás le habían gustado sus prácticas crueles e inhumanas ni sus ansias de obtener por la fuerza, lo que podían lograr con diálogo y entendimiento.

—Vuestro compromiso con mi hermana conseguirá apaciguar al rey y le asegurará a mi padre la continuidad como conde de estas tierras, pero me temo que os habéis granjeado nuevos enemigos entre los lores de la zona. Al menos de aquellos que pretendían el

puesto que ostentáis vos ahora. Están tan furiosos con mi padre porque entregará las tierras a un extranjero, que ni han venido a la cena hoy, a modo de protesta. Lo que no comprenden es que ya no sois ningún extranjero. Ni aunque no desposaseis a mi hermana. Los años que lleváis viviendo aquí y lo que habéis hecho por el rey, os convierte por derecho propio en uno de los nuestros. Por desgracia, hay gente tan obtusa que no ve más allá de sus narices ni de sus propios intereses. Empezarán una disputa que solo fraccionará las fuerzas del rey contra los daneses. Al menos hasta que el matrimonio ya sea un hecho consumado y no haya duda sobre quién gobernará estas tierras. O eso quiero creer.

Leif estaba tan fascinado con el modo en que hablaba Ivalyn, con tal pasión que hasta le brillaban los ojos, que no la habría interrumpido ni aun queriendo hacerlo.

—Pero a mi modo de ver, el problema real al que se enfrenta mi padre, no son ellos, sino lord Irwin —continuó hablando—. Es muy astuto y no mostrará sus cartas antes de tiempo. Estoy segura de que está detrás de las revueltas, manejándolos e incitándolos desde las sombras, para no perder los privilegios que ahora tiene y que necesitará en un futuro para intentar derrocar a mi padre si llegase a cometer algún error. Mi padre conoce su avaricia y su egoísmo, pero lo subestima. Cree que, si lo mantiene cerca, podrá controlarlo y eso es totalmente falso.

—Algo me dice que no permitirás que se descuide con él. —No pretendía que sonase como una pregunta, pero tampoco le sorprendió que ella respondiese igualmente, como si la hubiese formulado.

—Ojalá pudiese hacerle ver que debe intensificar la vigilancia sobre él y no sobre los demás lores. Si no lo hace, se llevará una sorpresa con él, y no precisamente agradable. Es el más peligroso, porque no conoce límites. Tiene mil caras y venir a la cena, a pesar de que todo el mundo sabe de su oposición a vuestro matrimonio, es una muestra más de su astucia. Estoy segura de que no trama nada bueno. No me fio de él.

—¿Y su hijo?

—Deniel es igual de ambicioso que su padre. —Su mirada se ensombreció y la curiosidad de Leif por la relación que existía entre ellos aumentó—. Aunque creo que solo es un títere en sus manos. Siempre ha estado más pendiente de mi hermana que de cualquier otro en el grupo que formábamos. Pensaba que era porque tenían mucho en común, pero con el tiempo descubrí que lo hacía por ser la primogénita. El interés que mostró jamás fue genuino, sino impulsado por su padre, en vistas a una futura unión entre ellos que pondría Sussex en sus manos.

—Un plan ambicioso. —Con cada palabra pronunciada, Leif se sentía más fascinado por ella.

—Sí, pero Deniel no me preocupa tanto como su padre. Esta noche se ve más desesperado porque se le está escapando de entre los dedos la oportunidad de ser conde algún día, pero no hará nada al respecto.

—Pues yo diría que lo está intentando todo. —Leif los observó y comprobó que seguían hablando animadamente, absortos el uno en el otro. Ahora que Ivalyn le había abierto los ojos, le gustaba menos aún que estuviese tan cerca de su prometida.

—No son más que palabras —le restó importancia—. Además, esta noche será la última vez que la vea antes de la boda. No podrá hacer mucho más que soñar con lo que está a punto de perder.

—Entonces, a quien debemos vigilar, según tú, es a su padre.

—Yo lo haría. —Se encogió de hombros—. Pero no soy el conde.

—Bien podrías serlo.

En ese instante, una muchacha menuda se acercó y susurró en el oído de Ivalyn, sin dejar de observarlo a él con un interés poco disimulado. Después de eso, la joven hija del conde se disculpó y se marchó con ella. Había estado tan entretenido escuchándola, que no se dio cuenta de que el banquete ya casi había finalizado. En su tierra natal, las mujeres también participaban de la política y tenían voz y voto propios, a veces con más fuerza que algunos hombres, pero Ivalyn era la primera mujer, ajena a su pueblo, que conocía desde su llegada, capaz de tratar temas de gran importancia con tal sensatez y realismo.

—Veo que habéis tenido una profunda conversación con mi hija. —Godric lo miraba con una amplia sonrisa; el orgullo se reflejaba en sus ojos—. Es una lástima que no sea muchacho. Sería un gran conde.

—Eso me ha parecido.

Ivalyn regresó poco después y se acercó a Lynna. Al inclinarse sobre ella, su ondulado cabello, que había dejado suelto aquella noche, cayó en una suave cascada castaña por su costado. Leif vio cómo más de un hombre la observaba, admirado. No solo tenía la evidente belleza de su hermana, sino unas cualidades personales que la hacían irresistible a ojos de todos.

—Lynna, ¿tocarías el arpa si te lo pido?

—¿Qué? ¿Por qué?

—El bardo que contratamos no se encuentra en condiciones de actuar en este momento —dijo con fastidio—. El muy cretino se ha pasado con el vino. Y los músicos se están preparando todavía. Solo serán un par de canciones, por favor.

—No creo que pueda hacerlo, Ivy —dijo, nerviosa—. Hay demasiada gente.

—Yo sé que puedes —la animó—. Por favor, Lyn.

—Me prometiste que no tendría que tocar. —La desesperación tiñó sus palabras. Amaba tocar el arpa, pero solo para la familia o un reducido grupo de amigos. La atención sobre ella la ponía nerviosa.

—Lo sé y lo siento. No te lo pediría si no fuese importante —se lo pensó, antes de añadir—: Imagina que es como un obsequio de tu parte para tu prometido. A todos les encantaría escucharte.

—Ojalá pudieses cantar conmigo —se lamentó, pues sabía que no se lo podía pedir. Habría supuesto un alivio para ella que compartiesen aquel momento.

—Sabes que lo habría hecho encantada si pudiese, Lynna —se disculpó—. Añoro cantar contigo.

—Y yo contigo —suspiró, resignada a hacerlo sola.

Desde que su padre le había dicho, dos días antes, que aquella noche anunciarían su compromiso con el vikingo de sus pesadillas, le parecía que todo iba de mal en peor. Sentía que le habían puesto una soga al cuello y se empeñaban en tirar de ella hasta asfixiarla.

Aun así, se dejó guiar por su hermana hasta el arpa, que siempre adornaba un rincón del salón; estratégicamente situado, para que, al usarlo, los presentes pudiesen observarla sin problema. Lynna se sentó frente a él y acarició sus cuerdas con cuidado de no sacar ninguna nota todavía. Estaba tan nerviosa, que temía errar y quedar en ridículo delante de su prometido y de todos los demás. Sería tan vergonzoso.

—Tú puedes —le susurró su hermana, antes de dejarla sola ante los presentes en el salón.

Inspiró profundamente para serenar su loco corazón y cerró los ojos. Cuando sus manos dejaron de temblar, los abrió y comenzó a tocar. El salón se vio envuelto en una dulce melodía que fluía como un torrente invisible entre los invitados. Cada sonido, cada nota, los transportaba a un lejano lugar, a través de antiguas historias tocadas con verdadera pasión. Porque Lynna adoraba el arpa y siempre ponía el corazón y el alma en ello. Y aunque no cantaba, porque era Ivalyn la que había sido bendecida con una dulce e hipnótica voz, los presentes conocían la canción que había elegido y recordaban su letra también. Nadie parecía dispuesto a decir nada, pero estaban pendientes de la reacción del conde ante tan desacertada elección, puesto que narraba la historia de un amor malogrado por las maquinaciones de un rey déspota y despiadado, de una pareja de amantes.

Ivalyn comprendió que su hermana intentaba hacerle saber a su padre lo disgustada que estaba por obligarla a desposarse con un hombre al que temía, en contra de su voluntad, pero le horrorizaba el modo y el momento que había elegido para hacerlo. Con tantos testigos de su muda protesta, no podría salir nada bueno de allí. Contuvo el aliento y observó a su padre, temerosa de lo que pudiese estar pensando en ese momento. Jamás lo había visto tan furioso, al menos no con ellas. Lynna se arrepentiría de aquella insensatez en cuanto terminase de tocar y descubriese el enfado de su padre, pero si la interrumpía sería peor.

El salón entero permaneció en el más absoluto de los silencios al finalizar. Deniel fue el primero en comenzar a aplaudir y, poco a poco, los demás lo acompañaron. «Como no», pensó Ivalyn con

rabia. Aunque no lo hubiese hecho por él, no desperdiciaría la ocasión de unirse, a su modo, a la protesta.

Lynna vio cómo Ivalyn la instaba a seguir, pero había cometido el error de mirar hacia su padre y el enfado en sus ojos la había puesto todavía más nerviosa. Consciente de que había errado con la canción, apenas rozó el arpa con sus dedos, estos se le enredaron en las cuerdas y un horrendo sonido salió de ellas.

—Lo siento —susurró la disculpa antes de intentarlo de nuevo y fracasar otra vez. Se arrepentía de su arrebato, pero ya era tarde para ponerle remedio.

Ivalyn sabía lo que estaba pasando por la mente de su hermana en ese momento. Tenía un gran corazón, pero su impulsividad le impedía, en ocasiones, valorar las consecuencias de sus actos antes de hacerlo. Se sentía mal y había querido expresarlo a través de la música, pero no había sabido elegir el momento. Si consiguiese, al menos, tocar de nuevo, podría diluir la tensión que ella misma había creado.

La miró esperanzada, y le sonrió, intentando transmitirle su ánimo. Sin embargo, cuando falló por tercera vez y vio las lágrimas de impotencia en sus ojos, supo que no podía permitir que todos la viesen derrotada. Y aunque no quería hacerlo, su corazón le ganó la batalla a su mente y comenzó a cantar sin pensar en las consecuencias.

Su voz era un don, pero también una maldición. Al menos, así lo sentía cada vez que sufría las consecuencias por cantar. Por eso había decidió no volver a hacerlo. Sin embargo, ver sufrir a su hermana le parecía un buen motivo para romper su juramento por una noche. Su sonrisa de alivio y de gratitud le bastó para saber que había hecho lo correcto, a pesar de todo.

Antes de que Ivalyn decidiese abandonar el canto, solían pasar largas horas inventando sus propias canciones. Lo habían empezado cuando eran niñas, como un juego, pero al hacerlo, se sentían más unidas que nunca. Eran dos mitades que se fundían y se completaban. Tal y como estaba sucediendo en aquel momento.

Me siento tan pequeña

En la inmensidad de un mundo sin ti.
Somos mitades de una misma pieza,
Rotas por una distancia obligada.
Te extrañaré cuando te hayas ido
Y mi corazón llorará por ti.
Tu ausencia dejará un gran vacío
Que partirá en dos mi alma.
Si sientes que no puedes hacerlo,
Cierra tus ojos y piensa en mí.
Borra de tu mente el miedo
Y recuerda que tu gemela te ama.
Sabré que estarás bien donde vayas,
Si al marchar, una sonrisa me regalas.

Al terminar, las muchachas se abrazaron, llorando, y los vítores no se hicieron esperar. El reproche oculto en la primera actuación se olvidó por lo emotivo de la segunda. Y los nervios de Lynna se disiparon un poco al comprender que, ni el tiempo ni la distancia, podrían separarla de su hermana y que siempre podría contar con ella.

—Gracias, Ivy —le susurró al oído—. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, Lyn. Eso no va a cambiar por más lejos que te vayas.

Y entonces se desmayó.

Capítulo 8

Se despertó con un intenso dolor de cabeza que nada tenía que ver con que su hermana no hubiese podido frenar a tiempo su caída, sino con la parte de su don que odiaba y que lo convertía en una maldición. Podía soportar cualquier cosa, por más dura que resultase, pero lo que venía después de cantar era demasiado, incluso para ella. La razón por la que se negaba a hacerlo, a pesar de lo mucho que le gustaba.

—¿Estás bien? —Su hermana le sostenía la cabeza en su regazo, cargada de preocupación su mirada.

—Sí —acertó a decir, mientras intentaba incorporarse, sin llegar a lograrlo.

—No debiste hacerlo —se lamentó Lynna—. Esto es culpa mía.

—No. —Le acarició la mejilla—. No te culpes.

—Pero es la verdad —insistió—. Por si no hubiese hecho suficiente daño con la elección de la primera canción, ahora tú estás…

Godric llegó hasta ellas antes de que pudiese continuar. Cuando ayudó a Ivalyn, sus ojos la interrogaron en busca de una confirmación de lo que había sucedido mientras permanecía inconsciente. El recuerdo de la visión la abrumó y frunció el ceño, negando, al intentar comprender el mensaje oculto. Estaba pálida cuando susurró al oído de su padre.

—El rey huía hacia los pantanos. Y pronto, me temo.

Creía haber hablado lo suficientemente bajo para que solo él la oyese, pero también Leif lo había hecho y lo supo en cuanto sus miradas se cruzaron. Apartó la suya e intentó disimular su consternación con una encantadora sonrisa, que regaló a todos mientras hablaba en voz alta.

—Estoy bien, solo ha sido la emoción del momento. No todos los días se promete mi única hermana. Disculpad mi debilidad.

Leif continuaba mirándola fijamente, mientras instaba a los demás a que continuasen bebiendo y disfrutando de la velada, lo que la puso más nerviosa. La música comenzó a sonar a una señal suya para desviar la atención de su persona y poder desaparecer discretamente, pero él la siguió con la mirada hasta perderla de vista tras una puerta. No podía quitarse de la cabeza sus últimas palabras. «Disculpad mi debilidad. Y un cuerno», pensó. Ivalyn de Sussex era cualquier cosa menos débil.

Lynna pidió perdón a su padre en cuanto se quedaron a solas y decidió que la velada se había terminado para ella. Se sentía avergonzada por haber provocado el desmayo de su hermana y por haber dejado en evidencia a su familia con su insensatez, no quería añadir más errores a una noche que no parecía querer mejorar. En un acto de valentía, se acercó a su prometido y se despidió también de él, deseándole una agradable velada. En cambio, a Deniel, después de lo sucedido, tan solo le dirigió una disimulada mirada cómplice antes de abandonar el salón.

Cuando el ambiente se relajó un poco, Ivalyn reapareció sin que nadie se percatase de ello y se unió a la celebración. O al menos, eso creyó, porque no sintió la mirada que alguien puso sobre ella desde el mismo momento en que entró de nuevo.

—Una noche interesante. —Olsen bebía con sus compatriotas, a un lado del gran salón, observando cómo algunos bailaban al son de la música.

—Una mujer interesante —sugirió Arik.

—¿Cuál de ellas, Arik? —inquirió Olin, sabiendo a quién se refería.

—Supongo que las dos —le sonrió, divertido.

Leif no había vuelto a hablar desde la actuación de Lynna. El intento de vengarse de su padre con su música, por obligarla a casarse con él, no le había molestado. Una canción no cambiaría su compromiso, aunque le habría gustado averiguar si detrás de aquel enfado había algo más escondido. Sobre todo, después de lo que Ivalyn le había dicho sobre Deniel Irwin. Ella le había restado importancia a lo que había visto, alegando que se conocían desde

pequeños y que no haría nada para impedir aquel matrimonio, pero si estaba tan segura de que debían cuidarse del padre, por qué no hacerlo del hijo también. Él no pensaba subestimar a ninguno. Alguien que se valía de los deseos de su padre para enmascarar, posiblemente, los suyos propios, debía ser considerado igual de peligroso que su progenitor.

Pero en ese momento, no estaba pensando precisamente en Lynna o en Deniel, sino en las palabras que Ivalyn había susurrado a su padre. Y en lo que supondrían, pues si eran lo que él creía, se avecinaban malos tiempos y su entrada en la contienda sería más pronto que tarde. Era posible que no pudiese celebrar sus esponsales antes de que tuviesen que partir a la guerra.

—Sigo diciendo que la pequeña es mucho más apta para la alianza —prosiguió Arik, ajeno a los pensamientos de su jefe—. Cuando vea dónde vivimos, saldrá huyendo. O se muere directamente, para no tener que casarse.

—Dale un voto de confianza, hombre —le dijo Olin—. Según he oído por ahí, se acaba de enterar del compromiso. ¿Qué harías tú si te obligasen a casarte con alguien que ni has podido elegir? ¿No estarías igual que ella?

—Soy hombre. —Frunció el ceño—. Nadie me obligaría a nada que no quisiese hacer.

—Pues ella es mujer y no puede negarse —le recordó su amigo.

La muchacha a la que Arik había dedicado una de sus insinuantes miradas horas antes se contorneó hacia ellos. Había escuchado el final de su conversación y creyó entrever en ella, la posibilidad de acercarse y, tal vez, captar la atención del guapo vikingo.

—El conde quiso casar a Ivalyn el año pasado. —La miraron todos a una y se sintió cohibida por un momento—. Pero se negaron los dos.

—¿Con quién? —Fue Arik quien preguntó, pero todos sentían curiosidad.

—Con el hijo de lord Alden. —Señaló hacia el joven que bailaba con Ivalyn en ese momento.

La pareja se sonreía y mantenía una amena conversación al tiempo que se movían entre los demás bailarines sin dificultad. La

familiaridad con que Mael sujetaba a Ivalyn por la cintura y el modo relajado en que ella se dejaba llevar, les hacía pensar que podía haber mucho más que complicidad amistosa entre ellos. Sin embargo, quien los conocía, sabía que lo único que habían compartido en su vida era confianza ciega en el otro y una amistad inquebrantable.

—Es tan necia —continuó hablando la joven sin percatarse de que sus palabras no gustaban—. Podría haber tenido al hombre más guapo y valiente de todo Sussex, pero se negó a desposarse con él. Aunque yo creo que fue él quien dijo que no y ella fingió estar de acuerdo por no sentirse rechazada. A lady Ivalyn le costará encontrar esposo porque habla y se comporta como un hombre. Si hasta sabe usar una espada. ¿Para qué diablos querría una mujer aprender semejante habilidad?

—¿Para defenderse? —sugirió Arik al momento.

—¿Para proteger a su familia? —continuó Olin.

—¿Por qué le gusta? —añadió Olsen.

Al escucharlos, la joven comprendió que había hablado demasiado y se sonrojó intensamente. Agachó la cabeza, emitió una inaudible excusa y se alejó, tan apurada, que tropezó con todo a su paso.

—Arik, desde luego, tienes buen ojo para elegir siempre a la más simple de las mujeres del lugar —rio Olin, después de que la muchacha desapareciese de su vista.

—Menos complicaciones. —Se encogió de hombros con una sonrisa pícara en los labios.

—Eso por descontado.

—Muchachos —Olsen llamó su atención, golpeando a su hermano con el codo y señalando hacia la pista—, algo me dice que el buen conde se ha equivocado de prometida. Definitivamente, debería haber ofrecido a la pequeña.

Las carcajadas se escucharon por encima de la música y la algarabía de voces, y retumbaron en los oídos de Leif mientras avanzaba, decidido, hacia la joven que había le llamado tanto la atención desde que fueron presentados esa mañana. No se molestó en mirar a sus compañeros, porque su único objetivo era volver a

hablar con ella y no quería que algún otro se la llevase antes de darle alcance. Se decía a sí mismo que solo quería enterarse de la verdad sobre lo que les había dicho la joven sajona, porque no quería admitir que saber que había estado a punto de comprometerse con aquel hombre le molestó. Así como lo hizo el cariño que le había mostrado durante el baile.

—Tienes una voz preciosa, Ivalyn de Sussex.

—Gracias. —La había sobresaltado y retrocedió un paso al descubrirlo tan cerca cuando se dio la vuelta—. Mi padre dice que es un don que me legó mi madre. Supongo que tiene razón, como siempre.

Además de inteligente, sensata y eficiente, era modesta. Una nueva cualidad a añadir a una larga lista que crecía cada minuto. Cuanto más conocía de ella, más le agradaba. Se sentía muy intrigado y la buscaba con la mirada constantemente, solo para saber qué estaba haciendo y con quién. Y quería creer que Lynna sería igual, una vez abandonase su recelo inicial a hablarle, porque le irritaba que pareciese dispuesta a evitarlo a toda costa. Sobre todo, porque temía obsesionarse con la hermana, si resultaba que el único parecido que tenían era el físico.

—Y tu hermana toca el arpa maravillosamente —añadió, sin faltar a la verdad—. Aunque debería elegir mejor las piezas.

—No os lo toméis a mal —una vez más, la defendió—. Estoy segura que se siente lo suficientemente mortificada por lo que ha hecho como para no volver a actuar sin pensarlo primero.

—Que indulgente por tu parte.

—Os aseguro que es una mujer increíble. Pero un tanto compungida en ocasiones —rio—. Sobre todo, cuando está nerviosa. Estoy convencida de que cuando la conozcáis, veréis que sus virtudes abundan en detrimento de todos sus defectos.

Intentó convencerse a sí mismo de nuevo de que se había acercado para sonsacarle información, pero, finalmente, tuvo que admitir que su compañía le agradaba demasiado. Después de observarla un instante más, decidió que las preguntas podían esperar.

—Y mientras eso no sucede —le sonrió—, tal vez me concederías un baile. Admito que esta parte de las veladas no me suele interesar, pero puesto que la fiesta se celebra por mi compromiso, me siento en la obligación de hacer un esfuerzo.

—Estaré encantada de acompañaros. —La sonrisa le iluminó el rostro y lo dejó sin aliento por un momento—. Y descubriréis que bailar puede ser muy agradable si elegís bien la pareja. No hay nada que me guste más que bailar.

—Tal vez cantar —aventuró.

—No, milord. No suelo cantar. —La sonrisa desapareció al momento y Leif se arrepintió de haber sacado el tema—. Me ha traído más desgracias que alegrías, así que prefiero no hacerlo.

—¿Puedo preguntar por qué? —inquirió, aun así, con curiosidad.

—Es una larga historia con un contenido de lo más desagradable. —Volvió a sonreír, como si lo que la había incomodado ya no existiese o lo hubiese enterrado en lo más hondo de su mente—. Y quiero conseguir que disfrutéis del baile, así que contároslo no ayudará a mi propósito.

Lo arrastró al centro del salón donde bailaban las más parejas y se sujetó a él con firmeza. Leif sintió un ligero cosquilleo inesperado allí donde las manos de su menuda compañera de baile lo tocaban y, sin pensarlo demasiado, la acercó más a él. Si ella lo percibió como algo incómodo, no lo demostró. Siguió explicándole los pasos, mientras lo dirigía por la pista, danzando sin miedo. Apenas notaba los pequeños toques que daba con sus manos para indicarle hacia dónde debían ir. A su lado parecía un bailarín experto.

Por el rabillo del ojo vio cómo sus camaradas se sorprendían de que no la hubiese pisado todavía. Ni siquiera le importó que la sonrisa pícara de Arik le presagiase futuras burlas. Lo único en lo que quería concentrar su atención era en la joven que tenía entre sus brazos y en el olor a rosas que desprendía. Le seducía los sentidos y los embotaba de tal forma que, aunque la joven hablaba con él todo el tiempo, no sabía lo que estaba diciendo. En cambio, era consciente de sus movimientos y de cómo el vuelo de su falda le rozaba las piernas en cada giro. Estaba seguro de que Ivalyn no pretendía provocar ninguna reacción de ese tipo en él, pero no pudo

evitar excitarse igualmente, algo que lo contrariaba por ser, precisamente con ella, la hermana de su prometida. Sin duda, era un mal presagio para su matrimonio. Y por eso se separó casi de inmediato de ella al finalizar la canción.

—Ha sido muy instructivo, Ivalyn de Sussex —aclaró la garganta al notar lo ronca que sonaba su voz. Había estado a punto de besarla—. Gracias.

—Estoy a vuestra entera disposición si deseáis repetir, mi señor.

Aquellas palabras amenazaron con destruir el poco control que aún le quedaba, cuando su propia mente quiso imaginar lo que no había insinuado. Se giró bruscamente, después de inclinarse levemente ante ella a modo de saludo y caminó en dirección opuesta, tratando de no caer en la tentación de regresar y acabar lo que había estado a punto de hacer. Salió fuera del castillo en busca de aire fresco, y un poco de cordura, y para cuando regresó, pudo comprobar que ella continuaba ejerciendo de anfitriona. A falta de la verdadera protagonista, se había hecho cargo de las obligaciones de esta y uno a uno, todos sus amigos pasaron por sus expertas manos.

Aunque se tuvo que recordar que era la hermana de su prometida en muchas ocasiones, no pudo evitar admirarla. Era una mujer increíble y el hombre que la desposase sería, sin duda, muy afortunado. «De haber querido, podría estar ya casada», recordó. Aunque al final, no se había acordado de preguntarle sobre eso ni creía que fuese a tener ocasión de hacerlo más adelante. No se arriesgaría a entablar una relación más íntima con ella, por más que fuese a convertirse pronto en parte de su familia.

Durante el resto de la noche intentó ignorarla, concentrándose en las conversaciones que mantenía con el conde y sus hombres, pero seguía buscándola constantemente con la mirada de vez en cuando. Vio cómo aceptaba cada petición de baile sin perder la sonrisa y hablando con todos, sin hacer distinciones, salvo con Deniel Irwin. Aunque no se negó a bailar con él, su rictus permaneció serio. La tensión entre ellos era palpable, incluso para quien no supiese que no se agradaban el uno al otro.

Horas después, cuando hubo bailado con todos y cumplido su deber como anfitriona no oficial de la velada, se acercó a ellos y rodeó a su padre por la cintura para después depositar un beso en su mejilla. El hombre la abrazó y sonrió, con el orgullo pintado en su rostro. Estaba claro que amaba a sus hijas, pero sentía cierta predilección por la más joven.

—Me temo que es hora de retirarme —les dijo a todos, en general—. Mi cuerpo no soportará más bailes. Ha sido un placer, no obstante. Nos vemos mañana, caballeros.

Besó a su padre en la mejilla por segunda vez y le susurró algo al oído que lo hizo sonreír mientras asentía. Después dirigió un gracioso gesto despedida a todos los presentes, que asintieron hacia ella también, y abandonó el salón con paso cansado pero decidido.

—Tenéis una hija estupenda —dijo Olsen en cuanto la vio desaparecer por la puerta—. Las dos lo son.

Se corrigió al instante para no menospreciar a Lynna, pero todos sabían que no había comparación. Al menos, no aquella noche.

Realmente, esperaban poder conocer mejor a la prometida de su jefe antes de la boda y poder considerarla una más de su familia, o sería un tanto incómodo convivir con ella.

Capítulo 9

—Te has perdido una gran noche, Lyn.

Ivalyn estaba tumbada boca arriba en la cama de su hermana, jugando con un rizo de su abundante cabello. Su vestido se desparramaba a su alrededor, sin ocultar sus torneadas piernas en absoluto. «Una postura nada aceptable», habría dicho su padre si la viese, pero no importaba, pues estaba a solas con Lynna. Era temprano todavía y había decidido comprobar si estaba más animada.

—Bueno, por poco la estropeo con mi estúpida canción, así que no me arrepiento de haberme ido.

—¡Oh, Lynna!

—No me mires así, Ivy. Ya bastante mal me siento. No soy como tú, yo me vuelvo tonta en las situaciones que me superan.

Ivalyn rio con ganas. Su hermana, como siempre, era una exagerada. Pero la adoraba y no quería verla sufrir, así que se levantó y la besó en la frente con cariño antes de sujetarle las manos entre las suyas. Intentó levantarla del banco bajo la ventana en el que se había sentado cuando ella llegó.

—Paseemos —le pidió—. Todavía tenemos tiempo antes del desayuno.

—No quiero.

—Venga —insistió, tirando de ella—, te vendrá bien salir fuera y respirar aire puro.

—¿Cuál? ¿El de los establos o el de la forja? —Blanqueó sus ojos, pero le sonrió.

—Cualquiera de los dos. —Le devolvió el gesto—. Ya sabes que, si no nos matan, nos harán más fuertes. Te vendrá bien reunir más de eso.

La arrastró fuera ignorando sus protestas. A pesar de que ya estaban en pleno invierno, la mañana se presentó cálida y seca. «Perfecta para un paseo matutino», pensó Ivalyn, emocionada. Hacía tiempo que no se escabullían del castillo y menos aún fuera de la muralla que lo cercaba, porque los tiempos en que vivían no lo permitían ya. Sin embargo, en aquella ocasión, decidió que no pasaría nada si transgredían un poco las normas de su padre. Lynna lo necesitaba.

El ruido de la fragua, las voces de aquellos que entraban y salían del castillo, el chocar de las espadas en el campo de entrenamiento, los relinchos de los caballos en los establos, todo ello formaba parte de la vida diaria y lo disfrutaba, al igual que la calma en los días que prefería quedarse dentro, leyendo o bordando. No era habitual que una mujer supiese leer o escribir, pero había comprobado, en más de una ocasión, que su padre no hacía las cosas como el resto de la gente. Y siempre se había alegrado por ello.

Esa mañana el ajetreo era mayor, pues después del desayuno, habían organizado una cacería para abastecer las despensas, menguadas por el abundante banquete ofrecido por el conde. Los lores y sus séquitos partirían de regreso a sus tierras una vez finalizada, lo que mantenía a Lynna nerviosa porque también ella abandonaría el castillo, a sabiendas de que no regresaría en mucho tiempo. Esa era otra de las cosas que su padre no hacía como los demás, pues lo habitual habría sido que se trasladase a las tierras de su prometido después de la boda. Sin embargo, había acordado enviarla antes para que el cambio fuese más gradual, pues la conocía bien y sabía lo difícil que le resultaba adaptarse a nuevas rutinas.

Ivalyn apretó su mano y decidió alejarse del bullicio. La llevaría al río, donde podrían estar solas y hablar de todo un poco para que Lynna se relajase y olvidase que en breve se iría lejos de su hogar para convivir con desconocidos que se convertirían en su familia después de la boda. Además, le apetecía mucho visitar su lugar predilecto en el río, aquel que habían encontrado por casualidad una calurosa tarde de verano en que habían decidido ir a bañarse con sus amigos.

Ivalyn y Mael iban delante, corriendo, como siempre. Eran los más activos del pequeño grupo que formaban. Annick, Lynna y Deniel los seguían de cerca, pero más pausados. Este iba bromeando con las dos, como siempre hacía. Era muy zalamero. Ivalyn siempre creyó que le salía solo hasta que, años más tarde, descubrió sus verdaderas intenciones.

Cuando Mael y ella llegaron al río, no pudieron frenar a tiempo y se precipitaron al agua entre accesos de risas incontrolables. Al intentar subir a una gran roca que sobresalía en la orilla, esta se desplomó con gran estruendo, arrastrándolos de nuevo al agua. Por suerte, ninguno sufrió daños graves, salvo un par de rasguños, pero descubrieron, con asombro, que en el hueco que había dejado la roca había una entrada a una cueva, que se convirtió en su refugio, en un lugar donde dar rienda suelta a su creciente amistad sin miradas cargadas de reproche ni reprimendas por un comportamiento más que censurable. Allí eran ellos mismos, un grupo de cinco, que disfrutaba bromeando y riendo juntos. Habían dejado de ir cuando sus responsabilidades aumentaron, pero Ivalyn todavía recordaba aquellas maravillosas tardes que habían pasado juntos, antes de que las intrigas y el ansia de poder de algunos corrompiese su inocencia.

—Hacía muchos años que no veníamos. —Lynna se veía encantada con la sorpresa.

—Lo sé. Pensé que estaría bien volver, por los viejos tiempos.

—Los viejos tiempos —suspiró—. Ojalá todo fuese como entonces. La vida era más sencilla y despreocupada.

—Sí. —También los echabas de menos en ocasiones, cuando las cosas se complicaban en su día a día y el estrés podía con ella.

Y aunque la había llevado para hablar, permanecieron en silencio, tumbadas en la cueva, sumidas en sus propios pensamientos. Puede que recordando ese tiempo que añoraban, o tal vez, pensando en el futuro que se avecinaba.

—Podría quedarme aquí para siempre, Ivy.

—Podrías —sonrió, segura de ello—, pero no debes.

—¿Por qué no? —suspiró de nuevo.

—Porque no puedes huir de tus obligaciones eternamente, Lynna. En algún momento tendrás que hacerte responsable del papel que te ha tocado representar, y actuar en consecuencia.

—Echaré de menos tus consejo-reprimendas, hermanita —rio por lo bajo.

—Pero todavía no. —Se incorporó para besar su mejilla —. Vas a tener que aguantarme un tiempo más. No me iré hasta haber comprobado que eres feliz en tu nuevo hogar.

—Entonces te quedarás conmigo para siempre.

Regresaron al castillo, más tranquilas y relajadas. La actividad, antes frenética, había cesado, pues ya era la hora del desayuno. Ivalyn fue directamente a la cocina para supervisar los últimos detalles. Había ido antes de subir a ver a su hermana, pero le gustaba volver a veces, sin previo aviso, para comprobar que se cumplían sus órdenes.

—No os preocupéis, milady. Está todo listo.

—Bien, comenzad a servir. Querrán empezar pronto con la cacería para poder regresar a sus hogares antes de que anochezca. Después vendré a hablar contigo, Norma. Estaré fuera un tiempo y quiero darte algunas indicaciones. Por el bien de mi padre y del castillo —bromeó al final.

—Sí, mi señora —le sonrió, segura de saber sobre qué hablarían.

Ivalyn era una mujer exigente pero justa. Jamás pedía más de lo que pudieran darle, pero si alguien no explotaba todo su potencial, se encargaba de sacarlo fuera. Los sirvientes no obedecían por miedo, sino por respeto.

Vio cómo depositaban las bandejas en las mesas, repartiéndolas entre todas, para que a nadie le faltase de nada. Los comensales empezaron a comer, entusiasmados, y en cuanto comprobó que estaban servidos, decidió sentarse a disfrutar de su propio desayuno. Y como no era una ocasión tan formal como la noche anterior, cuando vio a su hermana sentada entre su padre y su prometido, treta seguramente orquestada por el conde, buscó a otro con quien compartir mesa. Al final, se sentó junto a Annick y Mael.

—Como siempre, Spunky, una comida inmejorable. Es difícil elegir entre tanta exquisitez. —Mael la rodeó con su brazo atrayéndola

hacia él en el banco. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro por un momento.

—Para ti toda la comida es inmejorable, Mael. Jamás he conocido a un hombre que coma tanto como tú —rio, cogiendo un panecillo caliente y untándolo con miel—. No sé dónde lo metes.

—Mael sería capaz de comerse los restos de la noche anterior. —Annick quería contribuir a la broma.

Cierto era que los restos nunca se guardaban. La mayoría de los lores solía tirarlos a los cerdos, pero allí los repartían, después de pasar una inspección previa para asegurarse de que no entregaban comida en mal estado, entre los menos afortunados. A Ivalyn desperdiciar alimentos por no haber podido comerlos el día anterior, le parecía un sacrilegio.

—Lynnie no parece muy contenta —le susurró, después —. ¿Se encuentra bien? Ayer no pude hablar con ella.

—Creo que el viaje le asusta un poco, Annick —la excusó —. O más bien, el hecho de que no volverá a casa en bastante tiempo.

—A mí también me asustaría —asintió—. Pero su prometido no se parece en nada a esos hombres del norte de los que hablan en casa. Se ve amable y considerado. Además, es muy guapo. Tu padre ha sabido elegir bien.

—Supongo que sí.

Miró hacia su hermana. Seguía pálida, pero al menos estaba hablando con él. Tal vez no le fuese tan mal, después de todo, en su nueva vida. Si conseguía perderle el miedo, podrían llegar a ser felices. A ella no le hubiese importado desposarse con él. Le parecía encantador. Un poco intimidante a primera vista, pero te olvidabas de ello al hablar con él tan solo unos minutos.

—Supongo que la echarás de menos —Mael la regresó al presente.

—Me voy con ella, Mael.

—No me lo habías dicho. ¿Para siempre?

—Claro que no —le sonrió, parecía afectado por sus palabras—. Solo hasta después de la boda. Lynna está tan nerviosa con esto, que decidí acompañarla para ayudarla con los preparativos. Ya sabéis cuánto le cuesta adaptarse a los cambios.

—A mí no me importaría ir con ella. —Annick se sonrojó al decirlo.

Ivalyn siguió la dirección de su mirada y se encontró con Arik, el guapo y pícaro vikingo, que según había oído, había levantado más faldas en una sola noche que muchos allí en un mes. Sonrió a su amiga, pero decidió que debía aclararle que pensar en aquel muchacho era una mala idea. Y mucho menos de ese modo.

—No eres su tipo —le susurró para que Mael no la oyese —. Bueno, en realidad sí. Pero es que todas son su tipo, me temo.

—¡Oh! Yo… —Se sonrojó todavía más—. No lo decía por eso. De verdad que no.

En realidad, lo había hecho, pero no discutiría con ella con su hermano delante. No quería avergonzarla. Además, sabía que no pasaría nada entre ellos por más que suspirara ahora por él. Lo había visto.

—Tengo que irme. —Se levantó, provocando que Mael la imitase—. He de hacer algunas cosas antes del viaje.

—Te echaré de menos, Spunky.

Mael la abrazó sin previo aviso, pero no le molestó ni le sorprendió. Siempre sería su más querido e íntimo amigo, aunque no se hubiesen visto mucho en los últimos meses. Le correspondió apretando su cintura y sintió las lágrimas en sus ojos, amenazando con dejarla en evidencia delante de todos. Parpadeó varias veces y lo miró.

—Volveré antes de lo que crees —le dijo, tratando de no delatarse con la voz. Se había emocionado—. Y te aseguro que te arrepentirás de que no me haya quedado más tiempo con ellos.

—Eso nunca, Spunky. —La abrazó de nuevo, alzándola hasta que sus pies no tocaron el suelo.

—Suéltame, granuja. —La oyeron reír—. Me aplastas.

De todos los presentes en el gran salón, solo los invitados de honor se extrañaron de aquella muestra de espontaneidad. Quienes conocían a la pareja sabían que era habitual. Por situaciones como aquella, el conde les había propuesto un compromiso pensando que sería de su agrado. Algo que no fue así.

Mael le dio un sonoro beso en la mejilla, antes de dejarla en el suelo. Cuando Ivalyn se retiraba, no pudo evitar darle una fuerte palmada en el trasero, a lo que ella respondió con otra protesta y una carrera para alejarse.

—Son incorregibles —suspiró Godric—. Disculpadlos. Cuando están juntos son como niños pequeños.

—Son como hermanos —susurró Lynna, pretendiendo salir en defensa de su hermana, como tantas otras veces lo había hecho esta con ella.

—Sí, como hermanos —repitió él.

Leif notó en el conde cierta desilusión y pudo entenderlo. Una boda entre su hija pequeña y el hijo de su mejor amigo habría sido, no solo beneficiosa para ambas familias, sino seguramente un deseo cumplido para ambos hombres. Los lazos fraternales entre los jóvenes debían ser realmente fuertes si se habían negado a aceptar un prometedor matrimonio en aras de la amistad que sentían. Y, aunque aquello no le afectase personalmente, se sintió conforme con que hubiesen decidido rechazar la propuesta.

Tras el desayuno, salieron de cacería. Muchos estaban deseando regresar a sus hogares en cuanto las despensas del conde estuviesen reabastecidas y, por ese motivo, Ivalyn ocupó parte de aquel tiempo en supervisar las raciones que cada familia llevaría en su camino de vuelta al hogar. Fue de un lado a otro, para mantener su mente ocupada y no pensar en que esa misma tarde también ella se alejaría de su padre.

No quería abandonar a su hermana, pero tampoco podía pensar en no ver a su padre en un tiempo y no sentirse mal. Él era su mayor apoyo, quien la comprendía y le daba libertad para actuar según ella creía que debía hacer. Quien la aconsejaba en sus momentos de duda y quien la animaba cuando decaía. Lo echaría mucho de menos, pero sabía que su hermana la necesitaba ahora. Podría vivir unos meses lejos de su hogar para que ella alcanzase la felicidad en su casa nueva.

Lynna seguía encerrada en su cuarto, lamentando tener que irse lejos de su hogar. Podía imaginar que estaría rezando para que sucediese algo que retrasase su partida y suspiró, frustrada. No

sabía qué más hacer, salvo acompañarla e instarla a hablar con su prometido para que viese que no era tan mal hombre como ella creía. Y aunque no cejaría en su empeño, temía que no fuese suficiente. Sintió crecer la ansiedad y decidió acudir a los establos, pues cepillar y alimentar a los caballos siempre la había tranquilizado. En ese momento, lo necesitaba más que nunca.

—Ojalá pudiese mostrarle el mundo a través de mis ojos —le susurró al caballo, mientras lo cepillaba—. Vería que nada es tan malo y que solo hay que ponerle empeño. Pero no te preocupes, se me ocurrirá algo. No voy a desistir tan fácilmente y ella lo sabe.

—¿Sabías que los caballos pueden entender lo que les decimos?

Ivalyn se sobresaltó al escuchar una voz detrás de ella. No esperaba encontrarse con nadie allí y ahora se sentía ridícula por haber estado hablando con un animal. Era una costumbre que tenía desde pequeña y le ayudaba a despejar la mente, aunque siempre se había guardado de que alguien la oyese.

—Creía que estabais en la cacería. —Miró a Leif, una vez recuperada del susto.

—Y lo estaba. —Se acercó, tirando de las riendas de su montura—. Mi caballo ha sufrido un pequeño percance. Nada grave, pero necesitará tiempo para recuperarse.

Ivalyn notó, entonces, que cojeaba al caminar. Observó cómo Leif lo liberaba de la montura y revisaba la pata con cuidado, para no hacerle más daño. Vio cómo le trataba la herida sin vacilar, seguro de lo que estaba haciendo y pudo imaginarse que aquella no era la primera vez. Su mente curiosa quiso de repente, saber más del vikingo y su gente. Le fascinaban las diferencias entre sus culturas que había visto ya y quería saber cuántas más habría.

—Tendremos que posponer el viaje al menos un par de días. —Su voz la sobresaltó de nuevo.

No lo esperaba, pero comprendió que le había hablado porque ella no había dejado de observarlo durante todo el proceso. Bajó la mirada, avergonzada y terminó de cepillar el lomo del caballo.

—Podéis quedaros el tiempo que sea necesario —dijo, finalmente—. No debéis preocuparos por eso.

—No lo hacía. —Su respuesta la obligó a mirarlo. Su sonrisa invitaba a ser imitada.

—¿Serán suficientes un par de días?

—No es tan grave. —Observó la pata, como queriendo asegurarse—. Es probable que mañana esté recuperado, pero prefiero prevenir. El viaje será largo y me dolería tener que sacrificarlo si recae. Le tengo mucho aprecio y preferiría conservarlo.

—Cierto. —Se mordió el labio antes de hablar de nuevo —. Sabéis mucho de caballos.

—En mi pueblo es costumbre que cada quien cuide de sus animales. —La sonrisa no abandonó sus labios—. Y de sus tierras también. Eso te hace más consciente de su valor.

—Es una buena costumbre. —Palmeó a su caballo antes de guardarlo en su cubil.

—Tú misma lo haces —señaló, al ver cómo trataba al animal.

—Solo cuando necesito pensar —negó.

—¿Algún problema?

—Nada que no pueda solucionar —sonrió.

—Te creo capaz de todo. Eres una mujer increíble. —Dio un paso hacia ella cuando el caballo le golpeó la espalda al moverse, inquieto—. Muy interesante.

—Para nada. —Inconscientemente, su mano viajó al hocico del caballo de Leif para tranquilizarlo.

A pesar de no conocerlo, sentía que no habría problema en hacerlo. Nunca había tenido miedo de los animales, pues se entendía bien con ellos. Acarició al caballo, que cabeceó y se acercó más para recibir sus atenciones, mientras ignoraba de forma deliberada la mirada de Leif sobre ella.

—Tienes buena mano con los animales. —Estaban muy cerca el uno del otro—. Arvak no suele dejar que lo toquen sin una presentación formal primero.

—Arvak. —Lo miró, perdiéndose por un momento en la profundidad de sus ojos negros.

—Así se llama uno de los corceles de la diosa Sòl —le explicó—. Arvak y Aslvid remontan cada día los cielos, huyendo de Sköll. Es un

lobo que desea devorarlos, al igual que a la diosa. Se dice que son los cabellos resplandecientes de los caballos los que iluminan el día.

—Creía que os habíais convertido al cristianismo como parte del trato que habéis hecho con el rey. —No pretendía censurarlo, era curiosidad.

—No se puede olvidar en unos años toda una vida de creencias —concluyó.

—Eso es cierto —asintió.

No le pasó desapercibido que había evitado responder e imaginó que probablemente su conversión no había sido del todo real. Y aunque debería escandalizarse por ese engaño, en realidad no le molestaba, sino que hacía crecer su interés en ellos.

Arvak, viendo que había dejado de prodigarle caricias, la empujó con el hocico. Era un caballo enorme, con mucha fuerza, así que aquel sencillo gesto la desplazó a un lado, quedando a escasos centímetros de Leif. Las manos de este la sujetaron para que no terminase en el suelo y un escalofrío la recorrió del mismo modo en que le había sucedido durante el baile que compartieron la noche anterior.

—Es tarde —se disculpó, alejándose de él avergonzada —. Debo regresar al castillo. Informaré de que preparen más alcobas para vuestros hombres.

—No será necesario. No les molesta estar en los barracones.

—No —negó—, si os vais a quedar más tiempo, dormiréis en el castillo. Después de todo, pronto seremos familia. Es lo mínimo.

Tal vez necesitase decirlo en voz alta para no olvidarlo, aunque creía que era mejor evitar quedarse a solas con él de nuevo, por su propio bien. No era adecuado que sintiese tanto interés en un hombre que no sería para ella, sino para su hermana.

—Lo que tú decidas estará bien, Ivalyn.

Incapaz de hablar después de escuchar su nombre en labios de Leif, asintió y regresó al castillo, controlando su paso para que no resultase tan evidente que estaba huyendo de él.

Dos días más tarde, cuando se disponían a marchar a sus tierras, se había convencido de que solo había sido producto del momento y

de la admiración que despertaban en ella Leif y sus hombres. Le habían sorprendido la confianza y la lealtad que se profesaban, como si los lazos que los uniesen fuesen más fuertes que los de una familia, pues sabía que no estaban emparentados, salvo dos; le había gustado ver el modo en que se protegían los unos a los otros durante la batalla, pues habían estado practicando con los hombres de su padre aquellos días; y, sobre todo, se había sentido atraída por las historias que les habían contado por la noche, tras la cena, sobre su pueblo y sus leyendas. Se sentía atraída por una cultura de la que no sabía nada y se le antojaba casi tan misteriosa como ellos.

Durante el desayuno, apenas logró contener la ansiedad, aunque supo disimularla. Sin embargo, en cuanto pudo excusarse sin parecer descortés, salió del salón, dispuesta asegurarse de que todo estaría bien hasta su regreso. Corrió a la cocina, después de dar la orden de subir al carro su equipaje, para repasar una vez más las instrucciones que le había dado a Norma sobre qué servir en su ausencia, pues conocía a su padre y sabía que no cuidaría su alimentación si ella no se hacía cargo. Desde que empezó a ocuparse del castillo a sus tiernos ocho años, la salud de su padre había ido mejorando y, a pesar de sus años, se veía fuerte y enérgico. Quería que siguiese así cuando ella volviese.

—No importa lo que diga, Norma —insistió—. No tiene permiso para entrar en la cocina ni para decidir qué se ha de comer. Me encargaré de recordárselo antes de irme para que no dé problemas, pero tienes permiso para echarlo de aquí si se pone insistente. También se lo haré saber.

—No os preocupéis, milady —le sonrió—. Sabré hacerme valer.

—De acuerdo.

Cuando salió al patio exterior, su hermana ya la esperaba junto a la carreta cubierta. Parecía nerviosa y le sonrió para tranquilizarla, antes de acercarse a su padre y despedirse de él. Lo abrazó y le dio un beso en la mejilla, al tiempo que le susurró algunas advertencias al oído que, aunque lo hicieron reír, tuvo a bien no contradecir. Después, fue con su hermana y subió con ella en el carro donde viajarían.

—¿Vuestra hija menor también viene? —Leif se había sorprendido al ver los baúles que habían cargado, pero no había dicho nada pues, poco sabía él de lo que necesitaba una mujer como Lynna. Tampoco quería parecer grosero y desandar lo poco que habían podido avanzar en su precaria relación.

—Sí. Me temo que tendréis que soportar a la pequeña también. Cuando se trata de mis hijas no puedo decir que no. —Se encogió de hombros—. Acompañará a su hermana para ayudarla en la organización de la boda y, por qué no decirlo, en la adaptación. Dios sabe que la necesitará.

Leif no dijo nada y dio la orden de partir en cuanto subió en Arvak. Le alegraba y aterraba en igual medida, saber que Ivalyn de Sussex viviría en su hogar durante un tiempo.

Capítulo 10

—No puedo soportarlo más, Ivy. El movimiento me está matando. —Se cubrió la boca con las manos por enésima vez para controlar las arcadas. Su tez, clara de por sí, lucía aún más blanca en ese momento—. Creo que voy a vomitar.

Hacía varias horas que habían salido del castillo, pero el traqueteo de la carreta le había revuelto el estómago al inicio del trayecto. Nunca le había gustado viajar, porque no le sentaba bien. Las pocas ocasiones en que su padre les había permitido visitar a sus amigos, Ivalyn había tenido que convencerla de que fuese con ella.

—Relájate, Lynna o será peor. —Acariciaba su espalda, tranquilizadora—. Cierra los ojos e intenta dormir.

—¿Cómo voy a poder dormir con este vaivén? —La miró suplicante.

—Cierra los ojos —insistió.

—Cuéntame algo, Ivy —le pidió—. A ver si me entretengo y se me tranquiliza el estómago.

Ivalyn se sentía impotente al ver el rostro pálido de su hermana, pues sabía que nada podría evitarle el malestar. Habían pasado por aquello unas cuantas veces en el pasado.

—¿Sobre qué quieres que te hable? —le preguntó. Su prometido y su gente le parecían un buen tema, pero sabía que eso no la ayudaría a relajarse, así que prefirió que ella eligiese algo que no la alterase más.

—Me da igual —gimió, cuando una nueva arcada acudió a ella—. Lo que sea que me haga olvidar que el suelo no se está quieto.

Entonces, pensó en todas aquellas noches de tormenta, cuando eran pequeñas, en las que ambas se abrazaban asustadas y en las canciones que cantaba para calmar sus miedos. Aunque todavía

tenía fresca la visión de la cena de compromiso, no pudo sino cantar para ella.

—Por ti, Lynna —susurró, mientras le acariciaba el cabello—. Solo por ti.

Cierra los ojos, mi dulce niña
Cierra los ojos para descansar.
Yo estoy aquí, velando tu sueño,
Nadie jamás te perturbará.
Duérmete ya, duérmete ya
Tu hermana pequeña te protegerá.
Cierra los ojos, mi dulce amiga
Cierra los ojos para reposar.
Yo de tu lado nunca me iré
Cierra los ojos para soñar.
Duérmete ya, duérmete ya
Tu hermana gemela tu sueño velará.
Duérmete ya, duérmete ya
Tu hermana pequeña te protegerá.

Los ojos de Lynna se cerraron poco a poco y sus labios dibujaron una sonrisa aliviada justo antes de quedarse dormida. En cambio, Ivalyn no fue capaz de alejar las imágenes que se proyectaron en su mente en cuanto terminó la nana. Era como si pudiese oír el aullido del lobo a través de su visión, tan real y tan efímero al mismo tiempo. Sabía que no tardaría en ver a ese lobo, pero le perturbaba no poder concretar dónde o en qué circunstancias lo haría, porque era su hermana quien estaría involucrada en ello. La había estado tocando mientras cantaba.

Al abrir los ojos tras su desmayo, miró a Lynna preocupada. Se veía relajada y conservaba la sonrisa en los labios, y rezó para que eso no cambiase en breve. La cubrió con una de las mantas y cotilleó por la abertura trasera de la carreta, intentando olvidar su visión.

Le entusiasmaba la idea de conocer el que sería el nuevo hogar de su hermana. E incluso el camino hasta la isla. Le hubiese gustado montar a caballo para poder disfrutar del paisaje, pero ella no habría accedido nunca. Si la carreta la mareaba, el caballo era mucho peor. En eso no podían ser más distintas.

Al asomarse, solo pudo ver árboles. Altos árboles que apenas dejaban pasar la luz del sol. Sabía que era de día, pues no hacía ni una hora que el sol había estado entrando a través de la tela de la carreta, pero cada paso que daban los dirigía hacia la oscuridad del bosque. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, recordando al lobo. Aquel era un lugar donde podrían encontrarse con uno fácilmente. O con varios.

—No es un paisaje muy alentador.

Leif la estaba observando. La había oído cantar, a pesar de que apenas había sido un susurro. Tenía una voz fascinante y, casi sin darse cuenta, se había ido acercando para poder apreciarla mejor. Ahora que Ivalyn se había asomado, apenas unos centímetros separaban a su montura de la parte trasera de la carreta.

—Es bastante sombrío. —Se estremeció una vez más y sacudió la cabeza—. En la oscuridad se esconde el peligro.

—¿Te asusta a la oscuridad? —Habría jurado que no le tenía miedo a nada.

—Prefiero no enfrentarme a ella a ser posible. —Se cubrió con la manta que había arrastrado con ella al acercarse al fondo de la carreta, para desviar su mirada y que Leif no supiese que no era tan indiferente como intentaba hacerle creer—. Vivimos tiempos oscuros y no es fácil ignorarla, por desgracia.

—Cierto —admitió él—. Yo espero que podamos escapar de la de este bosque antes del anochecer, al menos. No me gusta.

Un escalofrío recorrió su columna y el lobo regresó a su mente. Se sacudió aquel pensamiento antes de hablar de nuevo con Leif. De nada le serviría preocuparse por algo que no podía controlar. Había aprendido aquella lección siendo todavía una niña.

—Nunca había estado aquí. —Hablar la entretendría.

—Hemos avanzado mucho en unas pocas horas porque el camino era bastante transitable, pero atravesar el bosque nos va a retrasar.

Los carros son muy pesados y anchos para moverse con facilidad entre los árboles. De todas formas, dudo que tu padre te hubiese dejado llegar tan lejos alguna vez. He visto cómo os protege a ti y a tu hermana.

—Tiene miedo de que nos suceda algo por el camino. Después de todo, somos las codiciadas hijas del conde —le sonrió, con pesar, pues aquel hecho había limitado mucho su vida—. Para vos será distinto, imagino.

—No me importa viajar, pero no me gusta. Parece como si llevase toda una vida haciéndolo. Como si nunca fuese a dejar de hacerlo.

—Pero así es, si no me equivoco. —Lo observó con curiosidad—. Llegar aquí desde vuestro hogar ha debido ser toda una odisea.

—A veces me pregunto dónde estará mi hogar. —Una sombra cruzó su rostro, pero desapareció tan rápido, que Ivalyn creyó haberlo soñado—. Allí de dónde vengo o aquí donde decidí quedarme.

—El hogar está donde os dicte el corazón, mi señor, pues las tierras se abandonan, se intercambian o se pierden, las casas se pueden destruir y la gente en ocasiones te traiciona. No es fácil elegir un lugar donde vivir, pero si el corazón es feliz, ahí es donde debéis estar.

—Eso es muy bonito, pero poco práctico. —No pretendía burlarse de ella, pero no era de los que se fiaban del corazón para tomar decisiones tan transcendentales.

—¿Poco práctico? —Sonrió, sin ofenderse—. Poco práctico es atarse a un lugar que no te llena. O seguir un camino que no es el correcto para ti, aunque todos te digan lo contrario. Poco práctico es vivir con gente a la que no aprecias o en la que no confías.

—Pero de eso encontrarás vayas donde vayas. Si basas tus criterios en algo así, nunca podrás tener un hogar.

—Un día —dijo después de pensar en ello— os despertaréis y pensaréis *me siento bien en este lugar.* Entonces, sabréis que habéis encontrado vuestro hogar al fin, aunque haya algo que no os guste del todo.

—¿Y si nunca llega ese día?

—Supongo que tendréis que aprender a querer el lugar donde os hayáis asentado. —Se encogió de hombros—. Pero diría que, si estáis pensando en involucraros en los asuntos de esta tierra después de seis años en ella, viviendo con una independencia que no muchos tienen, será porque os sentís a gusto aquí. Y que, a pesar de que no sea perfecto, pensáis quedaros o no habríais aceptado el compromiso con Lynna. ¿O me equivoco?

—Es posible que no te equivoques —le sonrió, dándole la razón.

—No os arrepentiréis de amar Inglaterra —suspiró soñadora—. Y a su gente. Hay muchas personas que merecen la pena por aquí.

—¿Tanto como para enamorarse? —No pretendía ser tan curioso, pero aquel suspiro le pareció sospechoso.

—Supongo. —Se encogió de hombros una vez más—. Tal vez, algún día.

—Entonces, ¿nunca has estado enamorada?

—Yo, caballero, estoy enamorada de la vida. —Su amplia sonrisa le iluminó el rostro.

Quiso decirle que no era lo mismo, pero se había entrometido ya demasiado con aquel asunto, así que cambió de tema. El amor era algo peliagudo para tratar con ella. Sobre todo, porque él tampoco se había enamorado nunca y no creía que fuese algo a lo que pudiese optar. Sabía cuál era su responsabilidad para con su gente y que eso no tenía cabida en su mundo. Al menos, no del tipo del que se escuchaba cantar y que lo removía todo en su interior, por el que se cometían locuras. No, el suyo no sería así, porque Lynna no despertaba sentimientos de esa índole en él. El suyo sería un amor forjado día a día, con confianza y con respeto mutuo. Aprenderían a quererse con el tiempo. O esperaba que así fuese, porque su prometida no parecía dispuesta a hacer aquel esfuerzo por el momento. Y aunque la presencia de su hermana podía ser un inconveniente para él, agradecía que estuviese allí para ayudar, porque no sabía qué más hacer para que Lynna perdiese el miedo.

Una hora más tarde, decidieron detenerse para comer y permitir a los caballos descansar. Todavía les quedaba un largo trayecto por delante por culpa de la carga que arrastraban con ellos. Si hubiesen ido solos, lo habrían recorrido en un solo día, pero con los carros,

tendrían que pernoctar en el camino. Solo esperaba poder salir del bosque antes de la noche. Nunca le había gustado aquel lugar y odiaba tener que ir por él cada vez que acudía a Sussex o los alrededores, pero era la única ruta posible.

Lynna se despertó al sentir que paraban y miró a su hermana, entre desconcertada y asustada. No recordaba haber cerrado los ojos tras la canción de Ivalyn, ni había estado allí para velar su desmayo después. Y, aun así, no se atrevió a preguntar sobre la visión. No quería saberlo.

—¿Hemos llegado? —dijo, en cambio.

—No creo. —Miró fuera—. Me parece que hemos parado para comer algo. Será mejor que bajemos, nos vendrá bien estirar las piernas un poco.

Olsen se apresuró a ayudarlas cuando Ivalyn apartó la tela que cubría el carro y les indicó dónde sentarse. Lynna se acobardó al ver su rictus serio, pero la joven correspondió a sus indicaciones con una sonrisa de agradecimiento, lo que frunció todavía más el ceño del hombre.

—Parece que a alguien no le gusta sonreír —le susurró a su hermana una vez sentadas, para rebajar la tensión.

El lugar no era cómodo, ni acogedor, pero teniendo en cuenta donde se encontraban, no podían pedir mucho más. La comida sería rápida, pues nadie quería permanecer allí más tiempo del necesario. Se veía en sus rostros, cargados de impaciencia y nerviosismo.

—¿Falta mucho todavía? —Se atrevió a preguntar Lynna, aunque su voz sonase en un simple susurro. Su curiosidad había podido más que el miedo, aunque se acercó ligeramente a Ivalyn después, como si ella le infundiese valor. O la protegiese de la respuesta.

—Tendremos que pasar la noche fuera. —Leif fue quien respondió—. Pero, si todo marcha según lo previsto, llegaremos a la isla mañana antes del anochecer.

—¡Oh! —La desilusión se reflejó en su voz.

—¿No estás ansiosa por ver dónde vas a vivir? —Ivalyn intentó animarla—. Yo me muero de curiosidad.

Hablaba en bajo para que solo ella pudiese escucharla, pero, en realidad, todos lo hacían. Eran incapaces de no prestarle atención a

ambas mujeres. Iguales en apariencia, pero con carácter diferente.

—Tú, al menos, podrás regresar a nuestro hogar cuando quieras —susurró de vuelta Lynna.

—Vamos, Lyn. No seas tan melodramática. —Chocó su hombro con el de su hermana—. Admite que tienes tantas ganas de llegar como yo. Sé que es así. Eres mi mitad, ¿recuerdas? Te conozco.

—Tu mitad mala. —Su sonrisa desmentía su reproche.

—Esa es mi hermana, la alegre —rio con ella, rodeándola con un brazo y depositando un beso en su mejilla después.

Se miraron, todavía sonriendo. Ivalyn había conseguido animarla con su comentario, al menos hasta que levantaron la vista y los hombres allí presentes intentaron, en vano, disimular que no las habían estado observando. Ivalyn sonrió todavía más y Lynna se ruborizó. No podían ser más distintas.

Cuando Leif dio orden de reanudar la marcha, Lynna corrió al interior de la carreta, agradecida de poder alejarse de nuevo. Ivalyn, en cambio, se fue retrasando mientras miraba a su alrededor. Parecía inquieta por algo.

—¿Algún problema, preciosa?

Arik se había acercado a ella, antes de que Leif pudiese hacerlo y este apretó la mandíbula al verlo.

—Me preguntaba si habría algún caballo que yo pudiese montar. Es mi primer viaje largo y no quiero perderme nada de lo que pasa.

—Me temo que no tenemos ninguno disponible. —Le guiñó un ojo—. Pero podéis cabalgar conmigo si queréis. Será un placer para mí compartir montura con vos.

La diversión brillaba en sus ojos, confiriéndoles un azul más intenso, y su sonrisa era espléndida. Sin duda aquel era un hombre atractivo y fascinante, sin embargo, había algo en aquella apostura que le incitaba a ser cautelosa con él. Se lo había advertido a Annick y ahora era ella quien debía tenerlo presente, aunque se prestase a participar en el juego. Asegurándose de no sobrepasar límites, podría resultar incluso divertido.

—Si prometéis mantener las manos lejos de mí, tal vez acepte —le dijo, con su mejor sonrisa.

La risa de Arik era una auténtica locura para los sentidos de cualquier mujer y podría seducir a miles tan solo con ella. Y ese pensamiento fue suficiente para que el embrujo se rompiese para ella. Ivalyn de Sussex no sería tan fácil de camelar.

—No deberíais decirme eso, preciosa, porque me tentáis a no cumplir mi promesa.

—En ese caso, tendré que conformarme con ver el paisaje desde la parte de atrás del carro como hasta ahora —suspiró exageradamente, provocando una nueva carcajada en él. Le gustaba la hilaridad del hombre, pero tendría que medir sus palabras, pues los que eran como él veían una invitación en cada gesto, por más inocente que fuese este.

—Yo te llevaré. Si todavía deseas ir a caballo, Ivalyn.

Leif se había acercado en cuanto vio las intenciones de Arik. Lo tenía en gran estima, pues era un gran guerrero y aún mejor amigo, pero conocía su fama con las mujeres y no iba a permitir que sedujese a Ivalyn. Probablemente, el conde no se lo perdonaría jamás.

—Gracias —le sonrió ella.

«Esa sí es una sonrisa arrebatadora», pensó Arik, que se alejó en cuanto percibió la intensa mirada de Leif sobre la muchacha. Y, aunque su jefe debía casarse con la hermana, estaba deseando ver qué sucedía entre esos dos cuando empezasen a convivir a diario en la isla. Porque veía que su amigo estaba tomando en demasiada cuenta a la pequeña de las gemelas.

—Esto va a ser muy interesante —le dijo a Olin, mientras veía a Leif rodear la cintura de Ivalyn antes de dar orden de reanudar la marcha—. Se admiten apuestas.

—Te apuesto una docena de botellas de hidromiel a que te estampará el puño en la cara como te vuelvas a acercar a la muchacha —rio Olin, mirando en la misma dirección que su amigo.

—Os apuesto esas mismas botellas a que Arik no tendrá nada que hacer con ella —dijo Olsen muy serio—. Es más, estoy seguro de que Leif no tendrá ni que pegarle para alejarlo. Se bastará ella sola.

—Hecho —sonrió—. Doce botellas para Olin si Leif me pega y doce para Olsen si ella me rechaza.

—¿Y tú?

—Yo no necesito botellas, amigos míos. Yo la tendré en mis brazos antes de que acabe el año. Esa será mi recompensa. —Una sonrisa de anticipación apareció en su rostro. Ya imaginaba las posibilidades y eran más que prometedoras.

Capítulo 11

A pesar de lo que lograron avanzar durante la tarde, la noche se les estaba echando encima y no parecía que fuesen a conseguir salir de bosque a tiempo. Al comprender que debían pernoctar allí, Leif maldijo por lo bajo para no despertar a Ivalyn, que se había dormido en sus brazos hacía un par de horas. Habían estado conversando animadamente hasta que el cansancio pudo más que ella.

La observó de nuevo, totalmente relajada en su regazo. Se sentía bien allí, pues encajaba a la perfección en el hueco de los brazos. Las largas pestañas rozaban sus sonrosadas mejillas. Tenía una nariz pequeña y bien cincelada, y unos labios tentadores. Algunos mechones rebeldes los rozaban, llamando la atención de sus ojos hacia ellos. Apartó el cabello con cuidado de no despertarla e incapaz de resistir el impulso, acarició su mejilla. Tenía una piel tersa y suave.

A pesar de haber disfrutado de la conversación con ella, sabía que no había sido una buena idea invitarla a cabalgar con él. Sentir el menudo cuerpo de Ivalyn contra el suyo, el balanceo de sus caderas al trote del caballo, el roce de su cabello en sus brazos, había sido una auténtica tortura. Había tenido que recordarse que no era su prometida, la que lo rehuía como si fuese una plaga, sino su hermana. Y, sin embargo, habría pasado por aquella tortura mil veces más, con tal de evitar que Arik se le acercase. Tenía en alta estima a su amigo, pero no permitiría que intentase seducir a la muchacha.

En cuanto frenó al caballo, Ivalyn se despertó. Por un momento no supo dónde estaba, tan profundo había sido su sueño, y su frente se arrugó. Cuando logró enfocarlo, la sonrisa iluminó su bello rostro una vez más. Al menos, su prometida tenía el mismo rostro. Y si algún día le permitía conocerla, estaba seguro de que sería igual de

atrayente que su hermana. Eso le facilitaría las cosas para tratar con Ivalyn y lo que le hacía sentir desde que se habían conocido.

—Vamos a acampar —le explicó.

—¿En el bosque? —Su ceño se frunció de nuevo mientras se enderezaba en la silla y lo observaba todo con ojos asustados.

—Me temo que sí. —La ayudó a bajar del caballo, antes de comenzar a montar el campamento con el resto.

Ivalyn corrió a la carreta donde estaba su hermana, pero no tardó en regresar con ella para ayudar en lo que pudiesen. Algo que no les permitieron, a pesar de las enérgicas protestas de la pequeña.

—¿Cómo has podido cabalgar con él? —le dijo Lynna en susurros cuando estuvieron lo suficientemente aisladas de ellos—. ¿No te asusta?

—Es un hombre bastante civilizado, Lynna. —El miedo irracional a su prometido la divertía, pero intentó no reírse, porque eso solo conseguiría empeorar más la situación—. Si te permitieses conocerlo, lo comprobarías ti misma.

—No creo que pueda —dijo mirándolo con temor en la distancia.

—Tendrás que hacerlo. Pronto será tu esposo.

—No me lo recuerdes —gimió.

—Alguien tiene que hacerlo. —La miró con enfado—. Ya que parece que tú te empeñas en evadirte de la realidad.

—Sabes que no es eso lo que hago —se defendió—. Solo necesito tiempo para asumir que tengo que casarme con él.

—¿Cuánto tiempo más necesitas, Lynna? Porque a este paso, lo asumirás en el altar. Y para entonces te estarás casando con un desconocido. Padre no te ha enviado a su casa como un castigo, sino para que os vayáis conociendo. Ya va siendo hora de que lo aceptes y actúes en consecuencia.

No le gustaba discutir con ella, pero en ocasiones, no lo podía evitar. Estaba siendo tan irrazonable, que la ponía frenética. Y, por eso, cuando llegó la hora de la cena, ni se molestó en intentar entablar una conversación en la que su hermana pudiese participar. Esa noche tendría que apañárselas sola. Pero nadie habló, estaban demasiado tensos por tener que pasar la noche en el bosque.

Lynna inspiró profundamente un par de veces, como intentando tomar valor, antes de disculparse con todos y retirarse al interior de la carreta para dormir. Ivalyn intentó convencerla de que se quedase junto al fuego, pero todo fue en vano.

—Estarás más caliente aquí —le había dicho.

—Prefiero tener intimidad y no calor. Buenas noches.

—Cabezota —había murmurado por lo bajo, antes de entregarle su manta también—. La necesitarás más que yo.

Como había dormido durante la cabalgata, aún no tenía sueño, así que se quedó sentada junto al fuego, removiendo las brasas con un palo largo que encontró por allí. Siempre, desde pequeña, le había fascinado el fuego, aunque solo fuese porque alejaba la oscuridad. Cada vez que pensaba en la negrura de un lugar sin luz, se estremecía de miedo.

—Deberíais dormir, preciosa. —Arik se había sentado a su lado sin que lo notase y le sonreía con aquel encanto, tan típico en él—. Mañana será un día muy largo.

—Podré con ello —le sonrió de regreso. Removió la ceniza en silencio, antes de hablar de nuevo—. ¿Tenéis algún parentesco entre vos? Bueno, sé que Olin y Olsen son hermanos…

—Muy observadora, mi señora —intervino el menor de estos.

—Tonterías —rio—. No hace falta ser muy listo para ver el parecido.

—Ellos son hermanos —dijo Arik—, pero Leif y yo no somos nada más que amigos. Aunque daría mi vida por él como si se tratase de mi familia de verdad.

—Todos lo haríamos —asintió Olsen.

—¿Sois muchos en la isla?

—Unos cuantos, sí —respondió Arik, que necesitaba ser el centro de atención para intentar ganar la apuesta—. Estos seis años hemos estado ocupados haciendo crecer la familia.

—¿También vos?

—Si lo ha hecho, no habrá sido con conciencia de ello — rio Olin, antes de ver el sonrojo de la joven—. Disculpad, no debí decir eso.

—Yo pregunté, ¿recordáis?

—¿Por qué queréis saber cuántos somos? —bromeó Arik —. ¿Tratáis de decidir si el matrimonio de vuestra hermana os resultará beneficioso?

—Solo estaba pensando en cuántos nombres me tendré que aprender cuando llegue.

—¿Acaso pensáis aprenderlos todos? —rio OIin.

—Me sobrará el tiempo. —Se encogió de hombros—. Como no estoy en el castillo, solo tengo una responsabilidad que atender, así que voy a centrar mi energía en planear la boda perfecta para mi hermana, pero también aprovecharé mis momentos de descanso para conoceros mejor.

Conversaron unos minutos más antes de que los vikingos se fuesen retirando uno a uno para descansar. Se iban a turnar para mantener el campamento protegido. Algo que le dio a Ivalyn cierta seguridad, porque no podía dejar de pensar en el lobo de su visión. Cuando estaba dispuesta a acostarse también, un ruido la alertó. Miró a Olin, que era el encargado de la primera guardia, tal y como había dicho, y vio que él también lo había oído. Permaneció en silencio cuando este llevó su dedo índice hasta la boca. Para ser un hombre tan alto y corpulento, se movía con mucho sigilo. Y con rapidez, pues en un par de zancadas se encontraba ya a su lado. Lentamente, la colocó a su espalda para protegerla del siguiente ruido que oyeron. Pisadas. «Demasiado débiles para ser humanas», pensó Olin. Ivalyn leyó sus labios. Un animal, le había dicho. Si era el lobo de su visión, ¿no debería haber aullado?

Como si hubiese oído sus pensamientos, el lobo gruñó desde lo profundo del bosque. Olin golpeó el pie de Arik para despertarlo y casi instantáneamente el guerrero estaba en pie, formando una barrera protectora delante de ella. Leif y Olsen no tardaron en unirse a ellos. Para cuando oyeron más pisadas, ya habían formado un círculo a su alrededor. Se sintió completamente segura, a pesar del peligro.

Se oían cada vez más cerca y las hojas caídas se movían en el bosque. Estaba segura de que los lobos, pues debía haber más de uno, los estaban cercando también. Los vikingos estaban más que dispuestos a enfrentarlos, pero ¿cómo podrían luchar contra ellos?

Eran animales salvajes, muy peligrosos para un puñado de hombres. Por más que su tamaño intimidase a cualquiera.

—Han de estar muy hambrientos —susurró Arik—, si se acercan al fuego de esta forma tan descarada.

—Estad preparados —advirtió Leif.

La pregunta de Ivalyn, de para qué debían prepararse, murió en sus labios cuando un par de enormes lobos saltaron hacia ellos mostrando sus dientes. El gruñido que salía de sus gargantas heló la sangre en sus venas. Los vikingos cerraron el círculo instantáneamente.

Más lobos salieron de las sombras. Diez, contó, contra tan solo cuatro, pues los demás dormían en los carros, ajenos al peligro. No los habían despertado porque solo eran campesinos que no equilibrarían la balanza. «Los carros», pensó horrorizada. Su hermana estaba en uno de ellos.

Antes de poder advertirles sobre ella, sucedió todo, tan rápido que apenas logró registrarlo. Los lobos atacaban con sus dientes afilados y sus largas garras, pero los guerreros frustraban una y otra vez su avance, con sus espadas. Y ella, histérica, solo era capaz de rezar para que a ningún lobo se le ocurriese buscar una comida más fácil de obtener en los carros, mientras los vikingos, la iban llevando tras ellos, para alejarla del peligro en cada ataque de los lobos. Parecía un baile mortal en el que no quería participar, pero en el que se veía obligada a hacerlo. Aun así, no podía ignorar que aquellos hombres la estaban protegiendo a riesgo de sus propias vidas y les estaba agradecida.

Contra todo pronóstico, consiguieron herir a algún lobo y los hicieron retroceder poco a poco hacia el bosque. Si no le hubiese preocupado tanto que pudiesen ir hacia los carros, en cuanto comprobó que sabían lo que hacían, habría disfrutado del espectáculo. Puro músculo y espadas contra dientes y garras. Una batalla digna de ser contada. Pero cuando todo estaba por finalizar, ocurrió lo que más había temido. La gente empezó a bajar de los carros, alarmados por el ruido de la batalla y su hermana estaba entre ellos. Ivalyn la vio al instante, pues no había dejado de mirar en esa dirección desde que el primer lobo asomó su enorme cabeza.

—Lynna —gritó.

Y supo que había sido un error en el mismo momento en que un gigantesco lobo negro, idéntico al de la visión, que había quedado rezagado en la huida, vio a la indefensa muchacha. Era una presa demasiado tentadora como para dejarla escapar, tras el fracaso que habían sufrido a manos de los vikingos. Saltó sobre ella e Ivalyn gritó de nuevo, pero el lobo no llegó a tocarla. Un gruñido lastimero salió de sus fauces y huyó cojeando hacia el bosque. Ivalyn miró a su derecha y se encontró con Olin, sudoroso y agitado, con un segundo puñal en su mano, apuntando hacia el lugar donde había estado el lobo, segundos antes.

—Gracias —le susurró, antes de correr hacia su hermana y abrazarla con fuerza. Estaba temblando. Ambas lo hacían —. ¿Estás bien, Lyn? ¡Qué miedo he pasado!

—Ivy —apenas conseguía hablar, asustada por haber estado a punto de morir a manos de aquel animal inmenso.

—Shhhh. —La abrazó más fuerte y se deslizaron hasta el suelo. Tampoco sus piernas las sostenían—. No tienes que decir nada, ya está. Se acabó. Estamos a salvo.

—Quiero irme a casa —susurró—. Odio todo esto.

—Todo va a estar bien, Lynna. Pronto llegaremos a casa.

—Quiero irme a la nuestra.

Ivalyn la apretó fuerte contra el pecho, pero sintió que su corazón se encogía al pensar que, tal vez, aquella aventura había superado a su hermana. La ayudó a levantarse pasados unos minutos y se acercaron al fuego en silencio. En ese momento, no era capaz de consolarla, por más que desease hacerlo. Nada de lo que dijese lograría quitarle el miedo del cuerpo, puesto que también ella estaba aterrada.

A pesar de que el resto de la noche había transcurrido sin incidentes, nadie había podido dormir ya. Permanecieron sentados alrededor de la hoguera, sin decir nada. Ivalyn abrazaba a su hermana con fuerza y acariciaba su cabello, temiendo que le sucediese algo si la soltaba. Había estado cerca, muy cerca, de perderla.

Miró varias veces en dirección a Olin a lo largo de la noche y le sonrió con gratitud, cuando él le devolvió la mirada. Se había ganado su admiración y su afecto en el mismo instante en que le salvó la vida a Lynna. No lo olvidaría mientras viviese.

Apenas amaneció, abandonaron raudos aquel lugar. Esta vez, Ivalyn permaneció junto a su hermana en la carreta. Después del susto que se habían llevado por la noche, no le molestaba perderse el paisaje. Su preocupación estaba ahora en el deseo de Lynna de regresar a su hogar. Lo poco que habían podido avanzar hacia la aceptación de su compromiso, se había perdido con el ataque del lobo. ¿Acaso lo creía una premonición?

—Lo vi —le dijo, una vez dejaron atrás el bosque.

—¿Qué viste?

—Al lobo. Después de cantarte.

—¡Oh, Ivy! —La abrazó—. No debiste hacerlo.

—No importa, Lynna. Habría sucedido de igual modo.

—¿Qué viste en la celebración de mi compromiso? —No preguntaba nunca por sus visiones porque les tenía miedo, aun así, no pudo contenerse esta vez. La curiosidad ganó la batalla.

—Pues…

—No, no me lo digas —se retractó al momento—. Si tiene que ver con nuestro padre o con alguna de nosotras prefiero no saberlo.

—Vi a nuestro rey huyendo por el pantano —continuó, mirando al vacío, como si pudiese recrearlo por el simple hecho de hablar de ello.

—Eso es terrible. ¿Sabes cuándo ocurrirá?

—Pronto, supongo. Había nieve.

—Yo no podría soportar tener un don como el tuyo, Ivy. —La abrazó de nuevo—. No deberías volver a cantar. Ni siquiera para mí.

—No importa, Lyn. Me gusta hacerlo.

—Pero lo de después…

—Lo que viene después no siempre es malo —le sonrió —. A veces, veo cosas buenas también.

—¿Cómo qué? —No se lo creía.

—¿Recuerdas aquella tarde en la cueva, hace ocho años, cuando canté para Annick?

—Sí —sonrió—. Le dijiste que la habías visto casarse.

—Vi mucho más que eso —sonrió—, pero no quise decírselo. A veces, es mejor descubrir las cosas por sí solas.

—¿Sabes con quién se va a casar? —Abrió la boca, asombrada.

—Sí y sé que tendrán, al menos, un niño precioso.

—¿Y quién es?

—¡Ah, no! —negó—. No voy a decírtelo. Te quiero, Lyn, pero no eres capaz de guardar un secreto como ese, aunque tu vida dependa de ello.

—Vamos, Ivy.

—Solo diré que es alguien a quien conocemos muy bien.

—¿Deniel? —Su voz sonó rota.

—No —intentó no sonar muy ruda—. Es más mayor que nosotros.

El alivio que vio en los ojos de su hermana la preocupó. Hasta ese momento había creído que Deniel era el único interesado y que ella solo lo veía como un amigo, pero esa mirada activó sus alarmas. Frunció el ceño antes de hablar.

—¿Te gusta Deniel?

—No. —La repentina rigidez en su cuerpo desmentía sus palabras—. Para nada.

—Sabes que tienes que casarte, ¿verdad, Lyn? Con el hombre que eligió nuestro padre para ti.

No quería ser insistente, pero necesitaba asegurarse de que lo entendía.

—Lo sé. Además, Deniel no me gusta, solo es un amigo. —Se recostó en la carreta—. Voy a dormir un poco. Creo que me estoy mareando de nuevo.

Y así dio por finalizada la conversación, dejando a una cavilosa Ivalyn mirando hacia su espalda.

Capítulo 12

La tarde estaba apenas comenzando cuando llegaron a Rye. Allí les esperaba el barco que los llevaría hasta la isla. Ivalyn trató de no mirar hacia su hermana mientras embarcaban, pues cada vez que lo hacía, la congoja en su rostro aumentaba su inquietud. No podía olvidar el alivio que vio en su rostro cuando le dijo que no era Deniel quien desposaría a Annick, ni cómo había reaccionado cuando la interrogó sobre él después. Las dudas la carcomían por dentro, pero no quería hablar más del tema porque, si sus sospechas eran ciertas, nombrarlo solo se lo recordaría más a su hermana. Y esa no era buena idea.

La travesía fue corta, pues no estaban tan lejos de la costa, pero Ivalyn disfrutó del viento en su cara y del olor a mar, e incluso cerró los ojos para intensificar sus otros sentidos. El balanceo del barco la relajaba y, por un momento, olvidó sus preocupaciones y una sonrisa escapó de sus labios. Cuando desembarcaron, fueron conducidas al asentamiento que los vikingos habían levantado en el otro extremo de la isla. El más fértil, les habían dicho, pero lo que más la sorprendió fue la fortaleza que servía de vivienda. Había esperado que fuese un impresionante castillo, digno de los guerreros más intrépidos y poderosos, pero se equivocó. En realidad, parecía un enorme barco colocado del revés y no pudo evitar inclinar la cabeza para tratar de averiguar si estaba en lo cierto. No vio la sonrisa de sus compañeros al descubrirla o se habría sonrojado por el gesto.

Tomó a su hermana del brazo y la arrastró detrás de los hombres al interior de la casa, para descubrir nuevamente, que era muy distinta a lo que conocían. El suelo, de tierra, no era plano, sino que seguía el nivel del terreno en una curva suavizada por la mano del hombre. Las paredes de los paneles verticales eran de madera, al igual que los pilares que sujetaban toda la estructura. Una gran

cantidad de ellos. Había una chimenea para calentar el lugar y cocinar. Las llamas reflejaban la luz contra las oscuras paredes, pues no había ventanas, sino respiraderos en el techo, que filtraban la luz del día y el humo. Las paredes habían sido adornadas con hermosas tapicerías, seguramente para suplir la falta de ventanas, y el cuarto estaba iluminado por lámparas de aceite de hígado de bacalao. Había utensilios de cocina por doquier, impecablemente limpios y ordenados, listos para ser usados en cualquier momento. También había un equipo para tejer y otras herramientas para la artesanía, todo en un mismo espacio. Al parecer, pasaban gran parte del día juntos en la casa. Algo que pudo imaginarse al ver también, los anchos bancos situados a lo largo de las paredes y cubiertos de gruesas pieles, que les proporcionaban un buen aislamiento contra el suelo húmedo, como más tarde les explicaron.

Siguieron avanzando hasta un gran salón, dejando atrás la zona comunitaria. El sitio del jefe, dijeron que se llamaba. Y en él, se exhibían los mayores lujos y comodidades de la casa. Contaba con dos entradas, una meridional, que era la entrada principal, y otra norteña, que llevaba a la granja. Estaba lleno de muebles tallados a mano y tapicerías tejidas ilustradas. Había una enorme chimenea justo en el centro, que daba calor a todo el cuarto. En un extremo del mismo pudieron ver el alto asiento del jefe y el de su esposa, que no tardaría en ocupar Lynna. Y aunque Ivalyn estaba segura de que su hermana también estaba pensando en eso, no se atrevió a mirar hacia ella todavía, porque temía ver su reacción ante el que sería su nuevo hogar, tan diferente a todo lo que conocían.

Se limitó a escuchar las explicaciones que les dieron y a disfrutar de sus descubrimientos. Según decían, en el salón se realizaban los grandes banquetes y las reuniones. Y era, también, donde se hacía mayormente la vida en común, junto con el lugar para la artesanía. Más allá de él, estaban las habitaciones privadas del jefe y de su guardia, así como otras muchas que utilizaban sus huéspedes. En aquel caso, ellas dos. Y al fondo, se encontraban el almacén y el establo, que era el cuarto más grande de la casa, para asombro de Ivalyn. Les habían dicho que los animales permanecían allí en invierno y por eso debía ser tan espacioso.

De nuevo fuera de la casa, pudo ver que había un cercado donde los animales domésticos podían pastar tranquilamente. Y había gran variedad de ellos, lo que las sorprendió a ambas: cerdos y ovejas, vacas y cabras, caballos y pollos. Su padre obtenía todo lo que necesitaba abasteciéndose en el pueblo o con los tributos que debían pagarles. E incluso con la caza. Pero nunca se le habría ocurrido criar animales, como hacían aquellos hombres. No solo eran los mejores guerreros, sino también unos excelentes granjeros, artesanos y, al parecer, cualquier cosa que se propusiesen.

¿Lo sabría su padre cuando las envió allí? Seguramente, pues había ido a visitarlos en innumerables ocasiones, después de que el rey les entregase aquellas tierras. Ivalyn comprendió que ese era el verdadero motivo por el que su padre había insistido en que su hermana conviviese con ellos incluso antes de la boda. La suya era una cultura totalmente diferente y le iba a costar adaptarse. Después de ver aquello, supo que su estancia allí se ampliaría más de lo que tenía previsto en un principio.

Las acomodaron en habitaciones contiguas para que estuviesen cerca e Ivalyn comprobó una vez más que allí todo era diferente. Aunque austero, le parecía un cuarto con cierto encanto. La cama ocupaba gran parte del espacio. Era enorme y tenía dosel, que además de impedir que la luz la despertase temprano, la salvaría también de los mosquitos en verano. Aunque esperaba no tener que quedarse tanto como para acabar comprobando su efectividad. El armario, junto a la ventana, era grande también, excesivo para su escaso vestuario, pero le gustó el modo en que lo habían embellecido con aquellas tallas florares, fiel reflejo de las reales. Su ebanista era verdaderamente diestro.

Al otro lado de la alcoba, había una pequeña mesa con un espejo diminuto y una jofaina para las abluciones matutinas. Justo al lado, había una chimenea que calentaba el local. O lo habría hecho si estuviese encendida. No tenía baño propio, pero no le importó. El cuarto era suficientemente amplio para que le llevasen la bañera cuando la necesitase. Por un momento, pensó en su hermana y en lo horrorizada que estaría con todo aquello, acostumbrada a las modernidades que su padre había adoptado para ellas. Decidió que

hablaría con ella, antes que nada, por más curiosidad que tuviese por explorar el entorno.

Salió de la alcoba y llamó a la puerta de la de su hermana. Entró sin esperar su permiso, como hacía siempre, y la encontró en medio de la habitación, de espaldas, completamente rígida. Podía imaginar lo que estaba pensando de aquel lugar y se mordió el labio inferior ligeramente antes de enfrentarla. Vio el espanto en sus ojos y deseó, una vez más, poder evitarle aquel mal trago, aunque sabía que no estaba en su mano.

—¿Estás bien? —Sabía la respuesta, pero necesitaba oírlo de sus labios.

—Esto es primitivo —respondió con un hilo de voz.

—Tiene su encanto —intentó animarla—. No es tan moderno como el castillo de nuestro padre, pero es acogedor.

—¿Acogedor? —La miró como si se hubiese vuelto loca —. Es una maldita cabaña.

—Una cabaña enorme —sonrió—. Vamos, Lyn, no es tan terrible como dices. Piensa que cuando seas la señora de la casa, podrás hacer tantos cambios como quieras.

—No quiero hacer cambios en una cabaña —gimió—. Quiero un castillo, rodeado de una enorme muralla que me proteja. ¿No te has fijado, Ivy? Ni siquiera está cercada. Seríamos masacrados sin problemas si alguien nos atacase.

—Dudo que alguien se atreviese a hacerlo.

—Lo tendrían muy fácil.

—Estamos en una isla, Lynna, esa es la mejor protección.

—No quiero que te vayas nunca. —La abrazó—. Si me quedo sola con estos bárbaros, me moriré.

—Lynna, no son bárbaros —le reprochó su actitud—. Y cuanto antes lo admitas, mejor para todos. Serán tu familia en menos de dos meses, así que ve haciéndote a la idea de que este será tu hogar a partir de ahora.

—Ivy, no creo que pueda hacerlo. —La desesperación en su voz no la dejó indiferente—. Estoy tan asustada.

Ivalyn la abrazó, incapaz de decirle algo más. Se sentía dividida en ese momento. Por un lado, quería consolarla, pero, por otro, la

enfadaba ver que ni siquiera intentaba darles una oportunidad, antes de juzgarlos y condenarlos solo por su lugar de origen.

—Vamos —dijo después de unos minutos en silencio—. Iremos juntas.

Tomó su mano con fuerza, más para obligarla que para confortarla, y salieron del cuarto. Un cuarto exactamente igual al suyo, aunque no lo notó en aquel momento, porque la congoja de Lynna había acaparado toda su atención. En el gran salón las esperaban Leif y sus hombres de confianza. Estaban junto a la gran chimenea, calentándose. Arrastró a su hermana hacia allí, a pesar de su reticencia. Solo pensaba en acercarse al fuego para olvidar el frío que había pasado en el viaje. Lynna se mantuvo cerca de ella, pero tan lejos como pudo de los vikingos. Le asustaba estar en aquel lugar, rodeada de hombres a los que temía.

—Esto es vida —suspiró Ivalyn—. Podría quedarme aquí el resto del día.

—Mandaré encender la chimenea de tu alcoba inmediatamente. —La voz de Leif parecía encerrar una disculpa—. No contaba con tu presencia en este viaje.

—No os preocupéis —sonrió—. No tengo intención de regresar por el momento. Hay mucho que explorar y muy poco tiempo antes de que oscurezca.

Lynna se excusó poco después, cuando Ivalyn decidió que podía abandonar ya el calor del fuego para salir fuera, y regresó a su alcoba. Su hermana se prometió que hablaría de nuevo con ella más tarde y que no se dejaría avasallar por sus lágrimas. Tendría que dejar de esconderse y enfrentarse de una vez por todas a su futuro como esposa de Leif. Ahora, prefería descubrir todos los maravillosos rincones que estaba segura que habría en aquel lugar. Al menos, los que le diese tiempo antes de que llegase la noche. Y, tal vez, si podía describírselos a su hermana, la animase a conocer su nuevo hogar. Tal vez no se pareciese a Sussex, pero no era tan terrible como para no poder ser feliz aquí.

Arik se ofreció a acompañarla y decidió que, esta vez, le daría una oportunidad. Aunque tuviese fama de conquistador, dudaba que intentase seducirla, pues era la hija menor de un conde y jugar con

ella le traería consecuencias. Por eso, cuando le ofreció el brazo, lo aceptó con una sonrisa sincera. Los conocería a todos, empezando por él, para ofrecerle a su hermana la mejor versión de todos ellos cuando la obligase a salir de su escondite.

—Me gusta la idea de tener una granja propia —le dijo después de recorrer los alrededores—. ¿También es así en vuestro país de origen?

—A veces. —Su sonrisa rivalizaba con el mismísimo sol.

—¡Ah! De modo que no os dedicáis tan solo al saqueo y al pillaje —estaba bromeando y Arik supo verlo—. Es bueno saberlo.

—Somos más civilizados de lo que la gente cree. —Se le acercó—. Aunque, si nos gusta algo lo suficiente, intentaremos conseguirlo a toda costa.

—Como todos —rio—. Eso no me impresiona, Arik.

—No pretendía impresionaros, preciosa.

—Sé lo que pretendéis, pero no funcionará. Puede que solo tenga diecisiete años, pero llevo desde los ocho haciéndome cargo de la casa de mi padre y soportando a hombres que me sacaban muchos años. Os aseguro que soy mucho más capaz de resistir vuestros encantos que otras mujeres de más edad y experiencia que la mía.

No había perdido la sonrisa en ningún momento y Arik no pudo sino admirarla por su franqueza. Rio ante su osadía, directa y sincera, pero aquello solo suponía un nuevo reto para él, porque seguía igual de dispuesto a ganar la apuesta. Observó su boca llena y rosada, que mostraba unos blancos y perfectos dientes; sus ojos verdes enmarcados por espesas pestañas largas y que lo miraban con desenfado; su pequeña naricilla, tan coqueta y que encajaba a la perfección en su angelical rostro. Puede que su futura señora e Ivalyn fuesen gemelas, pero cuanto más tiempo pasaba con ellas, más diferencias encontraba entre ambas. Eso sin contar con su disparejo carácter. Ivalyn era todo encanto y desparpajo, mientras Lynna se le antojaba misteriosa y tímida en exceso.

—Si no dejáis de mirarme de ese modo —lo reprendió—, me temo que tendré que explorar el resto del lugar yo sola.

Se mordió dulcemente el labio y los ojos de Arik volaron hasta allí. La joven retrocedió un paso, no porque le tuviese miedo, sino

por precaución. Rio por lo bajo y se giró para romper el contacto ocular. Se habría sentido halagada si no supiese que miraba a todas las mujeres de igual forma. Los hombres como él no le convenían ni le interesaban.

—Es difícil no hacerlo con una muchacha como vos.

La siguió apresuradamente, pues ya se había adelantado algunos pasos. Vio el ligero, pero inconsciente contoneo de sus caderas y supo que disfrutaría derribando cada barrera que ella levantase entre ambos. Le gustaban los desafíos e Ivalyn se le presentaba como uno.

—Me temo que no puedo creeros —fingió sentirse decepcionada—. Los hombres como vos tenéis los ojos ligeros, por no decir otra cosa.

—¿Y qué hombres son esos? —le siguió el juego, pues se estaba divirtiendo mucho con ella. Estaba claro que lo había calado, pero le gustaba que no montase una escena por ello.

—Pues… —Hizo una pequeña pausa para dar mayor dramatismo a sus palabras—. Creo que no habéis salido de debajo de la falda de una mujer desde que vuestra madre os parió hace… ¿cuánto?

—Veintitrés años.

—¿Veintitrés ya? —Chasqueó la lengua—. Ya es hora de que os lo toméis en serio, Arik. Antes de que os arruguéis demasiado y ninguna mujer os desee como esposo.

—Eso estoy haciendo, preciosa. —No desaprovecharía la ocasión para continuar con su asedio.

—¿Por cuánto tiempo? —rio ella, sin creerlo—. ¿Cuánto os dura el interés en una mujer que ya se ha rendido a vos?

Arik arrugó la frente porque sabía que aquella no era una pregunta hecha para continuar con la broma, sino genuina. Una cosa era que lo supiese un mujeriego, algo que era y que nunca había negado, y otra que una muchacha mucho más joven lo rechazase por eso. No lo hacía sentir orgulloso de sus hazañas amorosas.

—¿Os gustaría ir de nuevo en barco? —cambió de estrategia—. He podido comprobar que disfrutasteis del viaje.

La risa de la joven viajó hasta la casa y Leif se tensó al escucharla. Saber que Arik la había provocado, lo irritaba más de lo

que le gustaba admitir. No tenía derecho a sentirse ofendido si Ivalyn dispensaba sus atenciones a otro hombre porque él iba a casarse con su hermana, pero Arik no era un hombre cualquiera, era un conquistador. Y ella, una muchacha demasiado dulce e inocente que caería en sus garras si nadie lo impedía. O al menos, eso se decía para convencerse de que actuaba para protegerla.

Salió fuera y se acercó a ellos. Arik estaba apoyado en la valla del cercado y se inclinaba hacia ella con fingido desinterés, mientras le hablaba. Leif conocía aquel brillo de sus ojos y desinterés era lo último que sentía su amigo. Ivalyn lo miraba condescendiente, incluso diría que aburrida. Leif dudó un momento en interceder por ella, pues, tal vez, no necesitase que la advirtiese sobre él. La joven mantenía cierta distancia entre ellos y parecía no sentirse atraída por el magnetismo innato del hombre.

—Me temo que es un poco tarde. —La oyó decir—. Quizá en otra ocasión, si alguien más decide unirse a nosotros.

—¿Acaso me tenéis miedo?

—Por supuesto que no. —Rio—. Pero eso no significa que os vaya a ofrecer la posibilidad de arrinconarme en un barco, donde no pueda escapar de vos si os ponéis imposible. No soy idiota.

—Por supuesto que no —le devolvió sus palabras riendo.

Los vio alejarse hacia la playa después, seguramente para que ella pudiese admirar las vistas. Habían elegido aquella isla, no solo por su buena ubicación y las posibilidades que tenía y que solo ellos parecían ver, sino por las impresionantes vistas de la desembocadura del río y del infinito mar ante ellos. Decidió no inmiscuirse en esa ocasión, pero se prometió vigilar los pasos de Arik. No pretendía ofender al conde permitiendo que su jovial amigo sedujese a la menor de sus hijas mientras permanecía en su hogar.

Cuando empezaba a caer la noche, regresaron a la casa. Ivalyn tenía las mejillas sonrosadas y el pelo alborotado por la brisa del mar y Arik la miraba embelesado. Olin miró hacia su hermano y frunció el ceño. ¿Sería posible que aquel bribón de ojos azules lograse conquistar a la hija del conde? No querían creerlo, pero, por el momento, parecía disfrutar de su mutua compañía. «Algo tendrá

que decir Leif sobre esto», parecía que decía la mirada de Olsen, que no se veía tan preocupado.

—Iré a ver cómo se encuentra mi hermana. —Los miró a todos con la sonrisa todavía en los labios—. Gracias por el paseo, Arik, ha sido muy estimulante. Sobre todo, después de tantas horas de viaje en aquel espantoso carro.

—Ha sido un placer, preciosa. Podemos repetir cuando queráis.

—Estupendo —sonrió, entusiasmada con la idea—. Pero la próxima vez iremos todos juntos. Será más divertido.

La cara de Arik se descompuso cuando ella pronunció aquellas últimas palabras. Olin habría pagado por verla más veces, pero algo le decía que lo haría sin tener que gastar ni una sola moneda. No pudo evitar reírse y este lo atravesó con una furibunda mirada, pues no le hacía ninguna gracia que la muchacha lo hubiese rechazado de una manera tan sutil. Se había dedicado a provocarla con sus comentarios y a hacerla reír durante la última hora y creía que había conseguido avanzar con ella, pero sus palabras lo desmentían. Estaba claro que no sería una presa fácil, pero él era un cazador experto. Lo lograría.

—Parece que es inmune a tus encantos, amigo. —Olin todavía reía—. Eso es un punto para mi hermano, aunque no descarto que Leif te pegue un puñetazo cuando se entere de lo que te propones.

—Esperemos que no lo haga —lo amenazó—. Al menos, no por boca de alguien que conocemos todos. Eso anularía la apuesta.

—No tengo intención de decir nada. Es es más divertido de esta forma

Finalmente, la risa de Olin contagió a Arik. En realidad, no podía permanecer mucho tiempo serio porque no estaba en su naturaleza. Tampoco el rendirse y, por eso, después del pequeño fracaso que había sufrido, estaba dispuesto a intentarlo con más ímpetu.

Capítulo 13

En poco tiempo, se estableció cierta rutina. Ivalyn permanecía fuera de la casa tanto como podía y cada día conversaba con alguien nuevo, pues estaba empeñada en conocerlos a todos personalmente, mientras Lynna intentaba escabullirse con cualquier excusa para no permanecer entre los vikingos más tiempo del que ella consideraba estrictamente necesario. Lo que no facilitaba la tarea de su hermana de lograr un acercamiento real entre ella y su prometido. Su frustración crecía al mismo ritmo que los intentos de Lynna de mantenerse al margen.

Además, Arik continuaba rondándola con insistencia, a pesar de que nunca le había dado motivos para tener esperanzas con ella. Y, aunque creía que no iba en serio, pues Olin se burlaba continuamente de él por eso, siempre intentaba frustrar sus planes sutilmente, para no ofenderlo. También intuía que había algo más en aquel asunto y se proponía averiguarlo.

Había pensado que el viaje sería un descanso para ella de sus obligaciones, pero parecía tener más trabajo que nunca, aunque no fuese dirigiendo la casa, sino inventando formas de escapar del asedio de Arik y de hacer que su hermana hablase con Leif para que fuesen conociéndose. Al menos, con una de las tareas se divertía. La otra era más complicada de llevar a cabo.

—No quiero verlos pelear —se quejó Lynna mientras la arrastraba fuera—. ¿Qué hay de interesante en eso?

—Pues yo sí quiero —ignoró la pregunta—. Además, llevas dos días encerrada en tu alcoba. Creo que es hora de que respires un poco de aire puro.

—Hace frío —protestó de nuevo.

—Pues abrígate —sonrió hacia ella. No le iba a dar tregua ni le permitiría pensar en cosas negativas. Si quería que disfrutase de su

nuevo hogar, debía ser contundente.

Lynna suspiró y se dejó arrastrar hasta el campo de entrenamiento, donde los guerreros practicaban con sus armas. Era un espectáculo digno de ver, incluso para una mujer a la que no le interesaba el arte de la guerra. Tanto torso desnudo en hombres tan altos y atractivos, incitaba a observarlos con la boca abierta.

—¿Qué dices ahora, Lyn? —bromeó al verla observarlos sin ningún disimulo.

Lynna se sonrojó, pero no dijo nada. Ivalyn rio alto y su hermana la fulminó con la mirada porque había logrado captar la atención de los hombres. Pero esta se limitó a abrazarla y darle un beso en la mejilla, a lo que ella respondió con un sonrojo más intenso.

—A veces me pregunto dónde está tu sentido de la aventura, Lyn —suspiró.

—Creo que te lo has quedado todo tú —se permitió bromear.

—Buenos días. —Arik se acercó a ellas para saludarlas. Cualquier excusa era buena para hablar con a la gemela más joven.

—Buenos días, Arik. —Ivalyn le sonrió.

—¿Admirando las vistas?

—Desde luego —contestó, divertida, mientras Lynna se limitaba a mirar al suelo para no tener que hablar con él—. El mar se ve precioso desde aquí.

Arik rio, lo que atrajo más de una mirada hacia ellos. A pesar de los continuos rechazos que sufría de su mano y de que su orgullo de hombre se llevaba la peor parte, el vikingo disfrutaba de su ingenio. A esas alturas, ya estaba pensando seriamente en empezar a reunir las botellas de aguamiel para Olsen porque estaba seguro de que no avanzaría nunca con ella, aunque disfrutaba de sus originales rechazos.

—En realidad, queríamos ver qué tan buenos sois los hombres del norte luchando, ¿verdad, Lynna? —La abrazó para tratar de incluirla en aquella conversación.

—Si tú lo dices —murmuró esta.

—Tengo entendido que sabéis usar una espada. —Arik ignoró a la hermana mayor. No a propósito, sino porque se sentía incómodo con

ella. No le gustaba hablar con alguien que rehuía su mirada todo el tiempo.

—Un poco. —Se encogió de hombros, cohibida.

—Eso habrá que comprobarlo —dijo ofreciéndole una mano para que lo acompañase.

—Tal vez en otra ocasión —negó, temiendo quedar en ridículo—. Jamás he luchado si no es con Mael. No creo que sea tan buena idea.

—¿Le diréis eso a un enemigo cuando os ataque? —Alzó una ceja, entre curioso y divertido.

—Espero no tener que hacerlo.

—Ve, Ivalyn —susurró su hermana—. Yo estaré viéndote desde aquí.

Lynna sabía que era parte del problema. Ivalyn trataba de no separarse de ella cuando estaban rodeadas de vikingos, para que se sintiese segura y su integración fuese más llevadera, pero todavía no era capaz de mirarlos a los ojos y no sentir miedo, aun teniendo a su hermana al lado. Sabía cuánto disfrutaba de sus entrenamientos con Mael y quería compensarla por sus intentos frustrados con ella, así que la convencería de que estaría bien si se iba con Arik.

—¿Segura? —le preguntó en el mismo tono bajo.

—Por supuesto —le sonrió para hacerle ver que no había problema—. Dejaré que el sol bañe mi piel como querías, mientras disfruto del espectáculo.

—De acuerdo, entonces. —Aceptó la mano de Arik y lo siguió hasta el campo de entrenamiento.

Ni llevaba la ropa adecuada, ni tenía a mano su propia espada, que Mael había adaptado a su peso y constitución, pero tampoco es que pretendiese impresionar a nadie. Solo quería tomar una espada en sus manos y divertirse. Desde que Mael había entrado en la guardia de su padre, no habían vuelto a practicar y lo echaba de menos.

Arik le entregó la espada más pequeña que encontró, aunque le seguía resultando aparatosa y pesada. Sopesó el equilibrado, tal y como le había enseñado a hacer su amigo, y la balanceó en el aire.

Sabía que la estaban observando, pero fingió no verlos para no ponerse nerviosa.

—No sé si podré hacer mucho con ella porque pesa bastante —le dijo a Arik finalmente—, pero lo intentaré. De todas formas, no soy ningún portento con la espada. Sé lo suficiente para defenderme.

—Eso es lo importante —le aseguró Arik.

—¿Lucharé contigo? —le preguntó.

—Con el jefe —respondió Olin, antes de que Arik se ofreciese—. Siempre has de medirte con él en primer lugar. Es la costumbre.

—En primero y en último —rio, divertida—. No voy a hacer esto con nadie más o acabaré con los brazos y la espalda destrozados.

Leif se acercó, blandiendo su espada sin dificultad, a pesar de ser casi tan larga como él. Era impresionante verlo, con el pecho desnudo y los músculos de los brazos contrayéndose con cada movimiento. Apartó la mirada, turbada por la visión. Cada día le costaba más fingir que no sentía interés por él. Que fuese el prometido de su hermana solo lo complicaba.

—Iremos despacio —dijo, atrayendo su mirada de nuevo hacia él—. Y si necesitas parar, me avisas.

—No soy ninguna pusilánime —blandió la espada, ofendida—. Luchemos.

La risa de Arik la hizo voltearse y lanzarle una mirada furibunda. Estaba permitido que ella se quejase del peso de la espada o comentase que se cansaría por tener que usarla, pero no aceptaría que la creyesen menos hábil o incapaz.

Luego enfrentó a Leif y lanzó un ataque. El vestido era otro problema añadido, pues se enredaba en sus piernas en cada movimiento, pero no dejó de intentarlo. Y aunque le enfadaba saber que Leif se estaba conteniendo por ser ella, no dejó que sus sentimientos le impidiesen concentrarse. Tal y como le había enseñado Mael.

—Jamás te dejes llevar por la ira, Spunky —le había repetido una y otra vez durante los entrenamientos—. Te cegará y entonces serás vulnerable. Respira hondo y controla tus impulsos. Busca las debilidades en tu oponente. Eres pequeña y frágil en comparación

con cualquier hombre, así que tendrás que valerte de los engaños y las trampas para vencerlo.

—No quiero hacer trampas —protestaba ella siempre.

—No podrás vencer a un soldado experimentado limpiamente porque te supera en fuerza y corpulencia. Solo con eso ya te habrá ganado.

Mael trataba de enfadarla en cada entrenamiento, para demostrarle cuán fácil era hacerla perder si no se controlaba y, gracias a él, había aprendido a mantener a raya sus sentimientos no solo en la liza, sino en su día a día.

Centró la atención en Leif cuando este la atacó de vuelta, pues dejar vagar su mente tampoco era buena idea. A duras penas, lograba detener sus golpes, incluso cuando no empleaba toda su fuerza. Su intensa mirada, estudiándola, no ayudaba tampoco. La estaba poniendo nerviosa.

—Controla mis movimientos —le sugirió, después de frenar otro golpe— y aprovecha mi fuerza en tu beneficio. Desequilíbrame para poder atarme con más eficacia.

Le agradeció el consejo con una sonrisa e intentó hacer lo que le decía. En la siguiente ocasión en que él alzó su espada contra ella, no intentó detenerla, sino que se apartó hacia un lado y le ayudó con su espada a que esta se deslizase hasta el suelo. Leif vaciló un par de pasos, al no encontrar resistencia, aunque se recuperó rápidamente. Ivalyn sabía que no era rival para él, pero se sintió exultante con aquella pequeña victoria.

—Bien —asintió él—. Otra vez.

La atacó en varias ocasiones, sin permitirle descansar entre ellas, como había venido haciendo hasta entonces, y el cansancio empezó a mermar la rapidez en sus reflejos. Sus movimientos se volvieron más torpes, pero Leif, en cambio, parecía igual fresco que si no estuviese luchando.

—Podemos dejarlo cuando quieras, Ivalyn —le dijo, consciente de que estaba llegando a su límite. No quería que se forzase a ir más lejos.

—Estoy bien —negó. Pero un mal paso al pisar el vestido en uno de sus retrocesos, la llevó directamente al desastre: acabó con el

trasero en el suelo. Ahora, además de los brazos, le dolerían las posaderas y al pensar en ello, no pudo evitar reír.

—¿Estás bien? —Leif le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Creo que este es el final de la demostración para mí —dijo, aún con la sonrisa en los labios—. Habéis ganado. Enhorabuena.

—No era una competición. —Permanecieron unidos por las manos, uno frente al otro—. Eres buena ya, pero con un poco de práctica serías incluso mejor.

—Gracias.

—Podría enseñarte si quieres.

—No tengo intención de entrar en guerra con nadie —rio bajito—. Ya me buscaré un esposo que pueda defenderme mejor de lo que yo lo hago.

En cuanto lo dijo, se arrepintió. No quería hablar con Leif de eso, aunque no era algo que tuviese que ocultar. Era un hecho que algún día tendría que desposarse con alguien. «Y él no es para ti», se recordó. Retrocedió un par de pasos, separando sus manos en el proceso.

—Gracias por la lección —añadió, sonriendo—. Ha sido muy instructiva.

Regresó con Lynna. Sentía su corazón latir a destiempo y sabía que no había sido por la pelea, pero se negó a mirar hacia atrás, temiendo desmoronarse. «Esto no está bien», se repetía una y otra vez, mientras se acercaba a su hermana.

—Ha sido impresionante, Ivy —le dijo esta en cuanto la alcanzó.

—Volvamos a casa. —La cogió de la mano y la arrastró con ella—. Necesito un baño.

—¿Estás bien? —Intentó frenarla, pero no pudo.

—Estoy cansada. —La miró tratando de sonreír—. Y sudada. Solo necesito un baño con urgencia y estaré perfecta de nuevo.

—De acuerdo.

No quería hablar de lo que estaba sintiendo en ese momento y menos con ella. Debía analizarlo en profundidad y a solas, antes. Con suerte, se convencería de que solo era admiración. Leif era un hombre íntegro y leal, que cuidaba de su gente con gran celo.

También era fuerte, pero comprensivo. E inteligente, además de correcto en todo cuanto hacía. Aquellas eran cualidades que siempre había buscado en un hombre. Y era lo que debía estar confundiendo a su tonto corazón.

—En un par de días olvidaré esta locura —se dijo a sí misma una vez sola—. No es más que un hombre digno de admiración. Solo eso.

Se dejó caer en el agua y cerró los ojos para relajarse. Las emociones habían estado a flor de piel durante la lucha y era fácil confundirse de sentimientos. O eso quería creer, pues el otro motivo para sentirse así no era aceptable. No, cuando su hermana estaba prometida a aquel hombre.

Durante el resto de la mañana decidió evitar a Leif, algo que no le resultaría complicado, pues seguía entrenando con los demás. En cambio, se llevó a su hermana a la playa a dar un paseo y disfrutaron de unas horas para ellas solas.

—Admite que esto no es tan malo —dijo, sentadas en la arena, mientras observaban las olas ir y venir.

—Lo único bonito en esta isla —suspiró—. Siempre me gustó el mar.

—Eso es porque no le das una oportunidad al resto, Lynna.

—No sé cómo —admitió—. Me asustan, Ivy.

—Llevamos ya un tiempo aquí. —La miró, divertida—. ¿No crees que, si hubiesen querido hacernos daño, ya lo habrían hecho? No he visto que coman gente o que se maten los unos a los otros.

—No te burles de mí —protestó.

—No me lo pongas tan fácil. —Chocó sus hombros y le sonrió.

—Como si necesitases que te ayudase en eso —bufó.

—Ya sé qué te animará —dijo, de repente.

—¿Volver a casa y olvidar este mal sueño?

—¿Quién es la graciosa ahora? —canturreó—. No, no es eso. Será genial, ya lo verás.

—¿Qué? —Por un momento, se dejó contagiar por el entusiasmo de su hermana.

—Es una sorpresa. —No pensaba contarle nada y, por eso, se levantó y le tendió la mano para regresar—. Mañana va a ser un

gran día, ya verás.

Cuando alcanzaron la casa, vieron a los niños jugando con un lechón. Lo habían liberado y ahora intentaban atraparlo, pero el animal era tan escurridizo que no les facilitaba la tarea. Incluso Lynna sonrió al verlos.

—Ivy —gritó una de las niñas—. Ayúdanos a cogerlo.

En cuanto el asustado animal pasó cerca de ella, se lanzó tras él sin pensárselo. El suelo estaba resbaladizo por el barro y cayó de bruces, ensuciando su ropa y sus manos.

—Acababa de bañarme —rio, antes de levantarse y perseguir junto a los niños al lechón. Y aunque Lynna se negó a participar, los vio correr de un lado a otro, con una sonrisa en los labios. Era lo que necesitaba para entender que, si le daba una oportunidad, aquel lugar no sería tan malo para vivir.

—Por allí —gritó uno de los mayores—. Ivy, va hacia ti.

Ivalyn se preparó para atraparlo, usando la falda de su vestido a modo de red. A pesar de ser tan pequeño, tenía bastante fuerza y la tiró al suelo, sin que lograse aflojar su agarre sobre él. La risa amenazaba, en cambio, con hacerle perder el control del animal, pero llegaron en su auxilio y consiguieron evitar que se le escapase.

Todavía reía cuando los hombres regresaron del entrenamiento. La diversión brillaba en sus ojos, al verla tirada en el suelo, embarrada hasta las orejas y con un lechón furioso y pataleante en los brazos. Los niños también reían, pendientes tanto de ella como del animal. Ivalyn les entregó el cerdo para que siguiesen jugando o para guardarlo en el cercado, e intentó levantarse, pero solo logró embarrarse un poco más.

—¿Te ayudo? —Leif se adelantó a Arik y le tendió la mano.

—Gracias. —Todos sus esfuerzos por olvidar lo que provocaba en ella se fueron al traste en cuanto tocó su mano.

—Incluso llena de barro estáis encantadora, Ivalyn. — Arik no parecía dispuesto a dejarse ignorar y se acercó a ellos igualmente.

—El barro es bueno para la piel —rio ella, liberando su mano de las de Leif—. ¿No lo sabíais, Arik? Ayuda a mantener una piel suave y tersa.

—No necesitáis nada de eso, preciosa —le sonrió.

—No lo decía por mí. —Lo miró con picardía y le pasó la mano por el rostro, embarrándolo, antes de que pudiese retroceder—. Me temo que tendré que darme otro baño antes de comer. Si me disculpáis, caballeros.

Se alejó de ellos, ignorando las protestas de Arik y la mirada de Leif. Si el primero le agudizaba el ingenio, a pesar de que a veces le resultaba agotador, el segundo alteraba sus nervios. Al entrar en casa, deseó por primera vez desde que habían llegado, poder regresar a su hogar y alejarse así del hombre que la confundía. O quizá era ella, que equivocaba sus sentimientos, pues Leif jamás había hecho nada para alentarla.

Capítulo 14

A la mañana siguiente, Leif estaba sentado a la mesa junto a sus amigos, disfrutando de un copioso desayuno, cuando la razón de sus frustraciones entró en el salón. Era como una ráfaga de aire fresco en aquel lugar, algo que no solo él percibía. La muchacha irradiaba alegría constante y atraía las miradas como un imán los metales. Y aunque no fuese su intención, opacaba a su hermana en la mayoría de las ocasiones. O tal vez se debiese a que la otra parecía más dispuesta a pasar desapercibida que a hacer notar su presencia en la sala.

—Buenos días a todos. —Ivalyn sonreía como siempre.

Leif pudo ver cierto brillo en sus ojos que le decía que planeaba algo. Aunque se suponía que su prometida era la hermana y que era a ella a quien debía conocer antes de la boda, había aprendido a interpretar cada gesto y expresión de Ivalyn, mientras que Lynna seguía resultándole un completo misterio. Las escasas ocasiones en que su hermana conseguía convencerla para acompañarlos, la joven apenas hablaba y cuando lo hacía, emitía tantos monosílabos como podía. Sabía tanto de ella como el día de su llegada y eso lo frustraba, porque el día del casamiento estaba cada vez más cerca y ni siquiera sabía si tenía algo en común con su futura esposa. No pedía amor inmediato, pues era evidente que la joven tenía algún reparo por aquella relación, pero esperaba cierto grado de entendimiento entre ellos, al menos. El cariño y la complicidad podían surgir después, cuando lograse hacerle ver que su miedo era injustificado. Pero si no se dignaba ni a hablarle, nada de eso sería posible.

—Dadle tiempo —le había dicho Ivalyn en más de una ocasión, al ver cómo su hermana desaparecía de su vista en cuanto podía—.

Acabará acostumbrándose a vuestra presencia y cambiará. Os aseguro que cuando la conozcáis, os agradará de verdad.

Pero no tenía tanta paciencia. Había intentado demostrarle a su prometida que era un hombre amigable y, sin embargo, continuaba percibiendo el miedo en sus ojos cada vez que lo miraba o cada vez que hablaba con él. Sabía que podía ser una muchacha tan alegre como su hermana, pues había visto cómo se comportaba con ella cuando creía que nadie las estaba observando. Necesitaba que Lynna confiase en él y se relajase en su presencia, no solo porque fuesen a compartir el resto de sus vidas, sino porque creía que aquella era la única forma de eliminar los sentimientos que su hermana menor le provocaba.

Cada día se sentía más atraído por ella y el asedio sin tregua de Arik no ayudaba a refrenar sus emociones, sino todo lo contrario. Siempre que su rubio amigo la miraba o le sonreía, una furia incontrolable se apoderaba de él y tenía que apretar los puños fuertemente para no golpearlo. Solo saber que Ivalyn lo rechazaba en toda ocasión impedía que le estampase el puño en la cara. Aun así, le turbaba sentir celos cuando no tenía derecho a ello, y nada de lo que se dijese servía de justificación.

Las dos muchachas se sentaron a la mesa para desayunar junto a ellos. Ivalyn estaba radiante, como siempre, y Lynna, al menos, no temblaba de miedo esa mañana. Parecía más relajada que otros días e incluso se atrevió a inclinar la cabeza hacia él a modo de saludo, antes de apartar la mirada y centrarla en su plato.

—Me preguntaba si alguien nos podría llevar hasta Rye más tarde. —Y ahí estaba esa pícara sonrisa con la que pretendía encandilar a uno de ellos para que le ayudase con sus planes.

Leif contuvo el aliento para no suspirar de placer. Si al menos su prometida se pareciese en algo a ella. Eran gemelas, por el amor de los dioses. Algo del entusiasmo de su hermana se le debería haber contagiado.

—Yo mismo os llevaré, preciosa. Os recuerdo que me debéis un viaje en barco —se apuntó Arik, guiñándole un ojo, ante lo que Leif reprimió un gruñido, no con demasiado éxito. Al menos, no para sus hombres, que sonreían descaradamente por ello.

—En realidad ya tenía a alguien en mente.

—Me duele saber que no ocupo vuestros pensamientos a todas horas —Arik se llevó la mano al corazón.

Lo ignoró a propósito con una simple sonrisa y desvió su mirada hacia el mayor de todos ellos. El único que era más parco en palabras que la propia Lynna. Vieron la alarma en sus ojos aun cuando trataba de disimularlo cuando Ivalyn le sonrió, decidida a recibir un sí de su parte. Tal vez convencerlo no fuese fácil, pero no quería a nadie que no fuese él.

—Si no tenéis demasiado que hacer, Olsen —le dijo—, vos sois ideal para los planes que tengo en mente.

La risa se atragantó en la garganta de Olin, junto con el bocado que había metido escasos segundos antes en su boca al ver la confusión en los ojos de su hermano. Muy pocas veces lograban sorprenderlo, pero Ivalyn era experta en eso. Con todos ellos. Si no conociese a su hermano, diría que incluso se había sonrojado, pero la barba le impedía descubrirlo.

Arik no fue tan sutil, simplemente se rio en la cara de su amigo. Las bromas habrían durado horas de no ser por Ivalyn, que lo interrumpió después de un par, ansiosa por que aceptase.

—Vuestra discreción es lo que busco. —Miró con reprobación a Arik antes de continuar—. Otros no saben cuándo cerrar la boca.

—Me lo habéis puesto en bandeja, preciosa —sonreía con picardía.

—Sois demasiado avispado para que necesitéis de mi ayuda. Habríais encontrado cualquier otro motivo para reíros de él. Es lo que mejor se os da.

No había censura en sus palabras, pero Arik supo que una nueva barrera se estaba interponiendo entre ellos. Era una muchacha dura de roer, aunque disfrutaba de su lengua mordaz y de su reticencia a la conquista. Poco a poco y casi sin darse cuenta, aquella muchacha se estaba ganando su admiración. Y lo más impresionante, su amistad.

—Está bien —rio—. Desisto por hoy. Dejaré que Olsen os entretenga. Así comprobaréis cuánto me echáis de menos.

—Pero si yo os echo de menos todo el tiempo —rio—. Rechazar vuestras atenciones supone un desafío. Y yo los adoro.

La franqueza en sus palabras sobre la ineficacia de sus intentos de seducción, le indicó que había fracasado estrepitosamente. Ivalyn no tenía intención alguna de dejarse atrapar en sus redes. Nunca lograría tentarla lo suficiente. Miró a Olsen, que todavía no se había pronunciado.

—Has ganado, viejo —sonrió con pesar, porque hubiese preferido hacerlo él.

Pero se abstuvo de decir nada más, porque Ivalyn los observaba con curiosidad. Sabía que sospechaba que detrás de sus intenciones había más que el simple deseo de conquistarla, pero no sería él quien se lo dijese. Le guiñó un ojo y ella hizo un mohín.

—¿Nos acompañaréis, Olsen? —Decidió que lo que tenía en mente era más importante que unas intrigantes palabras en boca de Arik, y fijó su atención en el vikingo que le interesaba en ese momento.

Olsen miró hacia Leif buscando una confirmación que obtuvo a través de un ligero asentimiento. A Ivalyn no le pasó inadvertido el gesto, como no lo había hecho en otras ocasiones. Puede que entre ellos hubiese una camaradería poco habitual o que el propio Leif les pidiese consejo algunas veces, pero, ante todo, era el jefe y lo respetaban. Siempre buscaban su aprobación antes de hacer algo o de tomar una decisión.

No pudo evitar que su mirada quedase prendida en Leif por un momento. La seguridad y el magnetismo que irradiaba siempre, la atraían como la miel a las abejas. Cuando se encontraban en el mismo lugar, intentaba ignorar su presencia porque le despertaba sentimientos que no le correspondían. Sentimientos que no había sido capaz de controlar después de la lucha con espada del día anterior. Había tratado de convencerse de que aquello no era deseo físico, a pesar de que su cuerpo se estremecía cada vez que se rozaban sin querer, sino pura admiración por él, pero había fracasado. E imaginar que su hermana debía cumplir con sus deberes conyugales… bueno, aquello no podían ser celos. No tenía derecho a sentirlos. Puede que solo envidiase a Lynna y le molestase

que no mostrase un mínimo de interés en conocerlo. Le hubiera gustado zarandearla y gritarle que debería sentirse la mujer más afortunada del mundo, pero no podía hacerlo porque su hermana sufría. Lo veía cada día. No importaba que lograse sacarle alguna sonrisa con sus tonterías o que intercediese con Leif para intentar acercarlos, pues el miedo de Lynna era tan real y estaba tan dentro de ella que temía no poder arrancárselo.

Por eso, a falta de una semana para su cumpleaños, pensó que tal vez la animase con una fiesta. También llevaba algún tiempo sopesando la idea de comprar regalos para Leif y sus hombres, para agradecerles su buena acogida. Y esperaba que aquello le ayudase a incluir a Lynna un poco más en su vida. Tal vez debía haber empezado por ahí y no haberse centrado tanto solo en Leif.

Después de que Olsen aceptase acompañarlas, se relajó, pues él era el indicado para ayudarles a mantener en secreto la fiesta. Además, su personalidad tranquila y silenciosa no disgustaba a Lynna, por lo que podría intentar un acercamiento desde ese lado. Si alguno de ellos le mostraba la diferencia con los bárbaros del norte, tal vez su hermana pudiese perder el miedo de una vez por todas. Por eso, justo después del desayuno, partieron hacia Rye. El entusiasmo de Lynna le hizo creer que aquello podría funcionar. Sonrió al imaginar que iba por el buen camino.

—Estoy deseando hacer algunas compras —anunció su hermana sin abandonar la sonrisa—. ¿No echabas de menos pasear por las calles del pueblo?

—La verdad es que sí.

Durante el viaje, Olsen las sorprendió gratamente, pues a pesar de que su rictus perpetuamente serio inspiraba recelo, les había deleitado con una animada conversación. Incluso Lynna se relajó lo suficiente como para contribuir con algunos comentarios.

—Me teníais totalmente engañada, Olsen —le reprochó Ivalyn en una ocasión—. ¿Por qué permanecéis siempre en silencio?

Se habían detenido en una pequeña pero impoluta posada para tomar un refrigerio después de recorrer el pueblo entero hasta encontrar los regalos que buscaban.

—Hablo cuando tengo que hacerlo, milady.

—Pues deberíais hacerlo más a menudo. Es agradable hablar con vos.

—Prefiero escuchar lo que los demás tienen que decir. — Se encogió de hombros.

—¿Nunca sonreís? —Lynna se ruborizó después de preguntarlo. No había pretendido decirlo en voz alta.

—No, si puedo evitarlo.

—Con todo —añadió Ivalyn, para desviar la atención de Lynna—, inspiráis más confianza que otros que sonríen continuamente.

—No es su sonrisa la que provoca ese efecto. —Sabía de quién le hablaba—. Sino su comportamiento libertino. Y a pesar de ser un insufrible en la mayoría de las ocasiones, es buen muchacho.

—Me he dado cuenta —sonrió—. El día que desaparezca su coraza de indiferencia y se implique en serio con una mujer va a romper muchos corazones.

—Os advertiría sobre él, pero creo que no lo necesitáis.

—No es para mí —negó—. O más bien, no soy para él. Pero estoy segura de que llegará el día en que encuentre a la mujer que haga tambalear su mundo y me encantaría estar allí para presenciarlo, aunque temo que no podrá ser.

—Claro que podrás verlo —Lynna volvió a hablar—. No creas que te vas a deshacer de mí tan fácilmente. Quiero decir… de nosotros.

Se ruborizó una vez más y su hermana la miró con curiosidad. ¿Se lo había imaginado o estaba empezando a considerar por fin la posibilidad de que podía ser feliz en aquel lugar? Había hablado con Olsen aquella mañana más que en las últimas semanas con cualquier otro, a excepción de ella. Y quiso creer que, tal y como había esperado que sucediese, la serenidad del hombre hubiese roto la barrera que había erigido en torno a ella desde que supo de su compromiso.

—No tengo pensado desaparecer completamente de tu vida, Lyn, pero eso no significa que pueda quedarme aquí siempre.

—Lo sé —sonrió—, pero de momento lo harás. Al menos, hasta después de la boda.

Ivalyn le correspondió con una sonrisa esperanzada, pero se prometió hablar en privado, cuando volviesen a la isla, después de

comprar también todo un cargamento de telas para el que sería el vestido de novia más impresionante que se hubiese visto jamás. Ivalyn estaba decidida a hacer que la boda de su hermana fuese perfecta. Y no podía haber una boda perfecta sin el vestido perfecto.

Finalmente, necesitaron la ayuda de Arik y Olin para acarrear todas sus compras al dormitorio de Lynna. Ivalyn se aseguró de llevar el paquete donde estaban los regalos a su cuarto personalmente. Y como había esperado, Olsen no dijo nada por más que los otros lo interrogasen. Sabía que sentía curiosidad por su propio regalo, a pesar de que no les había preguntado por él ni una sola vez, fiel a su discreción. Y no lo habían comprado tampoco, pues tenía algo en mente para él que creía que apreciaría más que cualquier alhaja del mercado. Y no necesitaba gastar monedas para conseguirlo.

Esa noche, Lynna volvió a sorprenderla gratamente al acudir a la cena sin necesidad de que le insistiese y cuando trató de mantenerse en la conversación en vez de eludirla como hacía siempre. La notaba más relajada, incluso podría decir que alegre. Ilusionada era la palabra correcta. Definitivamente, tendría que hablar con ella para descubrir qué había causado aquel cambio. No es que no se alegrase, pero se sentía intrigada.

—He pensado que ya me había regodeado demasiado en mi desgracia, Ivy —le confesó horas después en la intimidad de su cuarto—. Si he de casarme con él, debo empezar a hacerme a la idea. Ignorarlo no hará que desaparezca.

Ivalyn asintió, feliz de que su hermana entrase en razón por fin. Sabía que, a partir de aquel momento, todo iría mejor. Si Lynna le daba una oportunidad a Leif, acabaría enamorándose de él. Era algo inevitable.

—Me ha costado abrir los ojos, pero por fin lo he hecho —dijo.

Entonces, ¿por qué sentía que le estaba ocultando algo?

Capítulo 15

Varias noches después, Ivalyn recorría en silencio el gran salón y salía por la entrada principal procurando no hacer ruido. Había intentado dormir, en vano, sin entender qué la mantenía en vela. Después de dar vueltas en la cama sin descanso, decidió salir a observar las estrellas, como tantas otras veces había hecho en su hogar. Siempre la ayudaban a conciliar el sueño o, al menos, a relajarse y así olvidar lo que pudiese estar atormentándola. Lo que no sabía era que Leif estaba sentado en el otro extremo del salón, oculto tras las sombras y que la había visto salir.

—No deberías estar aquí fuera. —Su voz la sobresaltó, al no contar con él ahí.

Estaba sentada en un pequeño banco de madera que había en un lateral de la vivienda, con la mirada puesta en el cielo. Había estado tan abstraída, pensando en lo que la atormentaba, que no lo oyó llegar. Lo miró sorprendida, pero pronto esgrimió una dulce e inocente sonrisa.

—No podía dormir —se justificó, tratando de ignorar lo que su loco corazón estaba haciendo desde que Leif le había hablado.

—Yo tampoco.

—Pensé que mirar las estrellas me ayudaría. —Miró de nuevo hacia el cielo mientras Leif se sentaba junto a ella—. Suele hacerlo.

—¿Qué te impide dormir?

—Cosas. —Encogió los hombros—. Preocupaciones que, en realidad, no debería tener.

Ese día había recibido una carta de su padre. Algunos de los comentarios le habían recordado la visión del rey y supuso que aquello era lo que le impedía dormir. Ahora que pensaba de nuevo en ello, tenía sentido. El invierno estaba prácticamente encima y sabía lo que eso implicaba.

—Tal vez pueda ayudarte —se ofreció—, si me lo quieres contar.

—Es difícil de explicar, la verdad. —Se ruborizó—. Ni siquiera sé si podríais creer lo que os diga.

—Pruébame.

—Supongo que acabaríais por averiguarlo después de la boda —le dijo, después de pensar en ello—. Seréis como mi hermano y esto no es algo que se pueda ocultar a la gente más próxima a mí.

Jamás la podría ver como a su hermana, pero decidió que ella no tenía por qué saberlo. Prefirió permanecer en silencio y esperar a que le contase aquello que la perturbaba.

—Tengo un don, si es que se le puede llamar así. Cuando canto… después de cantar —se corrigió—, tengo… algo así como revelaciones. Visiones de un futuro no muy lejano, para que lo entendáis. Estoy preocupada por algo que vi hace poco.

Leif sabía perfectamente de qué hablaba, pero permaneció callado, no porque no tuviese docenas de preguntas bullendo en la mente en ese momento, sino porque no quería abrumarla con ellas. Tal vez fuese mejor esperar a que ella decidiese si podía confiar lo suficiente en él como para contarle el resto.

—No me creéis, lo veo en vuestros ojos —lo acusó.

—Admito que es una idea difícil de asimilar —le siguió la corriente porque, en realidad, sí que la creía.

—Es comprensible —admitió, asintiendo—. Si no lo viviese cada vez que canto, tampoco lo creería. Podría haceros una demostración ahora mismo.

—No es necesario, Ivalyn —negó—. Una vez dijiste que preferías no cantar y lo respeto. No pretendo hacerte sentir mal.

—No os preocupéis. No me hace daño, solo me asusta lo que pueda ver. No me importa haceros una demostración para que entendáis cómo funciona. No debería haber secretos entre nosotros ahora que seremos familia. —Extendió las manos hacia él—. Para que la visión muestre algo de una persona, necesito mantener el contacto con ella. Funciona todavía mejor si canto sobre vos, así que no os riais por la letra. Nunca había hecho algo así con alguien a quien apenas conozco.

—No es necesario —insistió, nervioso por el roce de sus manos.

Eran tan suaves y cálidas, que deseaba ascender por sus brazos en una caricia y apretarla contra él para comprobar si se sentía igual de bien su cuerpo. Contenerse le estaba resultando difícil. La vio negar con la cabeza y cerrar los ojos, con un ligero rubor coloreando sus mejillas. Le resultaba encantadora, incluso en su faceta más tímida y le inspiraba una ternura que jamás había sentido por nadie. Sentía que debía protegerla y cuidarla, para que ningún mal le afectase. «Es la hermana de tu prometida», se recordó. Últimamente esa era su frase predilecta.

Desde el norte, envuelto en misterio, ha venido
Por compañeras, la brisa y la bruma
Un navegante intrépido, un guerrero aguerrido
En busca de gloria y fortuna
Valiente e impetuoso, es temido por muchos
Pero la belleza de nuestra tierra lo ha cautivado
Y su hogar, en la isla, ha decidido crear
Aunque extranjero lo sientan algunos
Tiempo ha que pertenece a este lugar

—¿Es así como me ves? —le preguntó curioso.

—Veo una voluntad inquebrantable —dijo con repentina timidez—. Buscáis el bien para vuestra gente por encima del propio.

Leif quiso insistir, porque sentía que estaba callando más de lo que le contaba, pero Ivalyn comenzó a marearse. Se sujetó con más fuerza a sus manos, que todavía estaban enlazadas y lo miró con ojos atemorizados.

—Ya viene. No me dejéis caer, por favor.

—Jamás —dijo él, pero ya no lo oyó porque se había desmayado.

Por un momento, Leif se arrepintió de no haber insistido más en que no lo hiciese. Estaba tan pálida y su respiración era tan débil que temió por ella. Parecía tan frágil entre sus brazos en ese momento. Durante el minuto más largo de su vida, Ivalyn yació en su regazo, completamente laxa. Aunque sus ojos no dejaban de moverse bajo sus párpados.

—¿Estás bien, pequeña?

—Sí —sonrió, con la mirada todavía entre tinieblas, cuando recobró la consciencia. Parpadeó varias veces—. Esa es la peor parte. La razón por la que prefiero no cantar.

—No deberías haberlo hecho si es tan malo. —Se sentía mal por no haberlo impedido—. Te habría creído igualmente.

—Necesitaba hacerlo. Aunque siempre tengo miedo de lo que vaya a ver. —Su mirada se ensombreció—. A veces es demasiado duro.

—¿Cómo en la cena de compromiso?

—Os disteis cuenta. Eso me pareció. —Miró a sus pies, intranquila—. No me atreví a preguntároslo por si me había equivocado.

—No te pediré que me cuentes lo que has visto —dijo—, si no me quieres hablar de ello.

—¿De aquella noche o de ahora? —Sus ojos buscaron de nuevo los de él.

—De ninguna de las dos.

—He visto una batalla —soltó, tras permanecer un instante en silencio—. Miles de guerreros ensangrentados, luchando entre sí. Y vos estabais en medio, con vuestros hombres.

—Se avecinan luchas —asintió—. Mi compromiso con tu hermana es una garantía de mi participación en ellas. Es hora de que nos involucremos en la defensa de nuestras tierras.

—He visto también la capilla donde os casaréis con mi hermana —le dijo mirándolo a los ojos—, pero estaba vacía.

—Puede que la hayas visto antes de la ceremonia — aventuró, sin saber qué otra cosa decir—. O después.

—No —negó—. Estaba totalmente desprovista de adornos y la sensación era de soledad.

—La visión podría tener cualquier significado —se apresuró a decir al ver cómo le afectaba—, y no necesariamente malo. Siempre hay más de una interpretación.

No le gustaba ver la preocupación en los ojos de Ivalyn y sentía que debía hacer algo para que su malestar desapareciese, pero se detuvo al notar que se había acercado más para besarla. No tenía

derecho a hacerlo. «Es la hermana de tu prometida», se repitió de nuevo.

—Creo que, en este caso, la imagen no es lo importante, sino lo que sentí —negó con la cabeza, como si intentase entenderlo—. Sé que hay mucho más de lo que vi en ella. Es desconcertante.

—No le des más importancia de la que tiene. —Le sujetó las manos—. Estoy seguro de que no es nada por lo que debamos preocuparnos.

—Tal vez tenga algo que ver con la batalla que vi antes. —Frunció el ceño, pero una luz de entendimiento brilló en sus ojos al mirarlo—. ¿Y si resulta que la boda no se puede celebrar el día que se ha fijado porque la batalla es inminente? ¿Y si tiene que ver con…?

Se detuvo. Leif vio cómo luchaba consigo misma para decidir si le decía el resto o no. Y comprendió que deseaba que lo hiciese, que confiase en él. En aquel mismo instante, comprendió que, más que cualquier otra cosa, deseaba que Ivalyn le contase todos sus secretos.

—¿Con tu visión del rey? —Estaba arriesgando mucho al delatarse, pero quería su confianza plena—. Oí cómo decías a tu padre que habías visto al rey.

—Sí —asintió—. Lo vi huir hacia los pantanos. Me temo que será pronto porque era invierno en la visión.

Leif reprimió una sonrisa triunfal mientras la escuchaba, porque lo que decía era serio. Ver al rey huir solo podía significar que los daneses atacarían de nuevo y que, por desgracia, en esa ocasión, vencerían.

—¿Tan pronto crees que será?

—Si ambas visiones están relacionadas, diría que sucederá antes de la boda. —Frunció el ceño de nuevo.

—Lo que nos deja un margen de tiempo escaso. —Leif también se preocupó—. Deberíamos avisar al rey, para que esté prevenido.

—No hay forma de explicarle cómo lo sabemos sin descubrir mi don y no quiero que salga a la luz jamás. —Una nueva sombra cubrió su eterna brillante mirada.

—Temes que quieran aprovecharse de ti.

—Sí.

—Entiendo. Es perfectamente razonable que desees mantenerlo en secreto.

—Gracias. —Lo miró, dudando un segundo, antes de continuar—. Ahora ya sabéis lo de mi don y respetáis mis deseos de ocultarlo, así que creo que debo contaros el resto de la historia para que entendáis porqué tantos recelos.

—¿Esa tan larga con un contenido de lo más desagradable? —le preguntó.

—Tenéis buena memoria. —Sonrió sorprendida de que recordase sus palabras exactas—. En cuanto la escuchéis, entenderéis por qué no quiero cantar, aparte de lo obvio, por supuesto.

—Por supuesto. —Todavía mantenían las manos unidas, pero ninguno parecía ser consciente de ello. O si lo eran, no pretendían hacer nada para cambiarlo por el momento.

—Tenía ocho años cuando sucedió. Siempre fui muy risueña y cantaba a todas horas. Por aquel entonces, las visiones eran tan fugaces que ni las recordaba. No tenía la sensación de caída libre que tengo ahora ni me desmayaba tampoco. Eran imágenes demasiado rápidas y difusas y la mayoría de las veces, podía, directamente, ignorarlas. Una noche, cantando para los hombres de mi padre durante la cena, sucedió. No sé si hice algo distinto o es que tenía que pasar así al llegar a esa edad o… no lo sé. El caso es que las imágenes vinieron con tanta fuerza y tan nítidas, que no pude detenerlas. Me dolía la cabeza y el salón se empezó a desdibujar ante mí. Cuando desperté, estaba en el suelo con la cabeza apoyada en pecho de mi padre. Me había desmayado, algo que ahora me sucede siempre. —Leif no sabía si se había olvidado de su presencia, porque no lo miraba, pero permaneció inmóvil, sosteniéndole las manos, sin interrumpirla—. Era demasiado joven para entender lo que había visto, pero mi padre lo interpretó con bastante acierto, la verdad. Cuando comprobaron que los daneses habían invadido Nottingham y que se disponían a pasar el invierno allí, tal y como predije, el consejero de mi padre por aquel entonces, el hombre en quien más confiaba él, creyó que mi don podría ser de gran utilidad para la causa, pero mi padre se negó a usarme como

un mero instrumento de poder y dio aquel asunto por zanjado. No supo ver su codicia y el hombre me secuestró para obligarme a cantar para él. Me ocultó en una cueva muy pequeña y húmeda, donde nunca entraba la luz del sol. Acudía cada noche para amenazarme con hacerme cosas horribles si no le obedecía, mientras recorría Sussex junto a mi padre por el día, buscándome y fingiendo que se preocupaba por mí. Cuando me rescataron, dijeron que había estado cautiva durante un mes, pero lo recuerdo como una eternidad.

Por un momento, Ivalyn dejó de hablar. Tenía la mirada perdida en algún lugar donde Leif no podía alcanzarla e instintivamente la atrajo hacia él para infundirle valor y hacerle saber que no estaba sola. Ivalyn lo miró, como si acabase de comprender que seguía allí con ella, y le sonrió.

—Mael fue quien me encontró —continuó, todavía abrazada a él—. Él y Annick se habían quedado con mi hermana aquella noche. No podía dormir y salió fuera a observar las estrellas. Eso era algo que solíamos hacer juntos. Entonces lo vio. Al principio no le dio importancia, pues apenas tenía doce años; qué sabía él de maquinaciones y conspiraciones, pero cuando vio que salía del castillo, decidió seguirlo, por curiosidad. Fue una suerte que lo hiciese, porque descubrió que había sido él quien me había secuestrado. Regresó al castillo y les contó a nuestros padres lo que había pasado. Me rescataron esa misma noche, aunque apenas recuerdo nada de eso. Tampoco sé qué le ocurrió a él. Para cuando me recuperé, simplemente no estaba y yo no pregunté. Desde entonces, guardamos en secreto mi don.

Pasó un tiempo antes de que Leif comprendiese que había terminado. Todavía la sostenía en brazos y le acariciaba el cabello con una mano. Ivalyn se enderezó y puso distancia entre ellos, avergonzada por la intimidad compartida. Alisó la ropa, más para evitar mirarlo, que porque necesitase hacerlo.

—Imagino —Leif rompió el silencio— que esa es la razón por la que no te gusta la oscuridad, My.

—Muy observador. —Le sonrió—. ¿Qué significa My?

—Puede que algún día te lo diga. —Le guiñó un ojo para evitar decírselo.

—No es justo. —Se cruzó de brazos, molesta—. Yo os he contado la peor experiencia de mi vida y vos ni siquiera podéis decirme lo que significa una simple palabra.

Leif fijó su mirada en aquellos tentadores labios, transformados en un tierno mohín. El deseo creció rápido y tuvo que hacer uso de todo su autocontrol para no borrarlo con un beso. Cómo le hubiera gustado poder hacerlo.

—Está bien —cedió—. Pero te advierto que tal vez después desees no haberlo sabido.

—Me arriesgaré. No ha de ser tan terrible —bromeó.

—Significa *hermosa dama* en mi idioma.

—¡Oh! —Un ligero sonrojo le cubrió las mejillas—. Deberíais guardar esos halagos para mi hermana.

—Ella no está aquí. —Se encogió de hombros sin dejar de mirarla—. Y no es un halago. Es la verdad.

—Entonces, se lo diréis a todas las mujeres que os parecen hermosas. —Se mordió el labio.

—Hasta ahora no lo había usado nunca.

Estaban peligrosamente juntos. Leif se había ido acercando a ella de nuevo, de manera instintiva, pero totalmente inconsciente. Ivalyn no se había movido, hipnotizada por aquellos ojos negros. Los mismos que le habían provocado pesadillas durante su infancia y que ahora la atraían sin remisión. Pero cuando Leif llevó la mano a su mejilla, la realidad lo golpeó con fuerza. Estaba totalmente fría. La miró como si fuese la primera vez que lo hacía en toda la noche y pudo ver que solo llevaba un camisón fino bajo una manta pequeña, que no cubría todo su cuerpo y que estaba descalza.

—Ivy, estás temblando de frío. —La levantó en los brazos y la llevó frente a la chimenea del gran salón, que él mismo había estado alimentando hasta que la vio salir—. Deberías haberme dicho algo.

—No me había dado cuenta hasta que lo habéis dicho —se excusó.

—Será mejor que te vayas a tu alcoba —le dijo— y que te metas en la cama. Entrarás en calor enseguida.

Le estaba frotando los brazos con las manos mientras hablaba. Ivalyn se apoyó contra él, con inocencia, atraída por el calor que emanaba de su cuerpo. Su intención no había sido provocarlo, pero lo había hecho. Leif detuvo sus movimientos y la miró con deseo. Apretó la mandíbula, para no cometer la insensatez de besarla. Tal vez había comprendido el peligro en su mirada, porque Ivalyn soltó una ininteligible escusa y huyó a su cuarto.

«Mejor así», pensó Leif, aunque hubiese preferido que se quedase. Y esa es una señal de alarma que no podía ignorar. Ivalyn no le pertenecía. No era ella quien ocuparía un lugar a su mesa por el resto de sus días, sino su hermana y no debía olvidarlo, porque, de cualquier otro modo, tener a Ivalyn de Sussex cerca acabaría matándolo.

Capítulo 16

El cumpleaños de las gemelas llegó solo una semana después de aquel incidente. Por suerte, la nueva actitud de Lynna le estaba permitiendo a Leif comprobar que su prometida era tan alegre y divertida como su hermana. Y cuanto más conocía de ella, más seguro estaba que, tal vez, podría ser feliz a su lado. Solo tal vez, porque, al contrario de lo que pensaba, los sentimientos hacia la otra no habían disminuido al intimar con la mayor. Continuaban tan latentes como antes, o más si cabe, tras aquella noche bajo las estrellas, cuando se había sincerado con él. Y aunque le agradaba la recién descubierta personalidad de Lynna, su cuerpo solo reaccionaba de forma visceral ante la presencia de Ivalyn. Era algo que no podía cambiar, por más que se dijese que en cuestión de físico, eran iguales.

Al principio, ambas jóvenes se habían sentido decepcionadas al saber que su padre no podría acompañarlas en su decimoctavo cumpleaños, pero la planificación de la cena las había mantenido ocupadas y no pudieron evitar que su entusiasmo creciese, hasta el punto de contagiar a los demás. Lo que había empezado como una cena íntima, terminó convirtiéndose en una celebración que duraría todo el día y donde todos participarían.

Como el tiempo, a pesar de que el invierno ya estaba encima, se había mantenido frío pero seco, habían organizado juegos al aire libre, para los que los vikingos aportaron grandes ideas. También se montaron mesas fuera con comida y bebida en abundancia para que cada uno fuese tomando lo que quería, cuando quería. Más cómodo y más efectivo.

Ambas muchachas recibieron regalos inesperados, la mayoría de ellos hechos por los propios isleños, lo que las impresionó más que si se los hubiesen comprado. Solo por el tiempo que habían tenido

que invertir en ello, los hacían valiosos. Pero la verdadera celebración, aquella que habían planeado desde el principio, dio comienzo por la noche: la cena en el lugar del jefe. Y aunque eran más de los que habían previsto en un principio, lograron organizarse para comer por turnos y bailar. La velada transcurrió tranquila y sin sobresaltos, igual que había sucedido durante todo el día. Incluso Lynna participó, algo que la gente apreció.

Después de incansables horas, los invitados se fueron marchando, hasta quedar tan solo ellas dos y los cuatro vikingos. Habían decidido esperar a estar solos para hacer el intercambio de regalos entre ellos, pues las jóvenes no habían contado con la presencia de tantos isleños y sentían no poder corresponder a su generosidad en igual medida. Ni siquiera les consoló que Leif les asegurase que tanto los juegos como la cena habían sido más que suficiente para ellos.

—Llegó la hora. —Ivalyn estaba entusiasmada e incluso Lynna parecía tan ansiosa como ella.

Fue esta la primera en abrir su regalo, el que Leif le había hecho. Sus manos temblaban, mientras desataba el cordel del pequeño paquete. Ivalyn estaba igual de emocionada, observándola, pero la sorpresa en su rostro no pudo rivalzar con el de su hermana, que abrió los ojos, fascinada por el bello anillo de oro y esmeraldas incrustadas, con el que su prometido la había agasajado. Nunca había visto nada así.

—Lo mandé elaborar para vos cuando llegamos —le explicó—. Os debía un regalo de compromiso.

—Es hermoso. —Le sonrió tímidamente—. Gracias.

Se lo colocó en el dedo y después se lo enseñó a su hermana con la mayor de las sonrisas engalanando su rostro. Ivalyn la abrazó, feliz. En los últimos días, desde que Lynna se había abierto a ellos, habían visto que la unión entre las jóvenes era mucho más fuerte que un simple lazo fraternal. Los gemelos tenían una conexión especial y la estaban descubriendo ahora en ellas.

Olsen le entregó el collar que le había comprado cuando fueron juntos a Rye. Era un obsequio que la propia Lynna había elegido, a petición del hombre, cuando este supo el motivo de su viaje.

—No hay mejor regalo que el que elige uno mismo —le había dicho en Rye, después de que Lynna se negase a decirle cuál quería.

—Muchas gracias, Olsen —sonrió, antes de colgárselo al cuello —. Ha sido una decisión muy acertada.

Solo Ivalyn sabía la verdad y contuvo la risa, ocultando la boca tras las manos. Cuando los demás la miraron, se limitó a animar a su hermana a que abriese el siguiente regalo.

—Para cuando sintáis nostalgia —explicó Olin, cuando Lynna vio la talla que le había regalado. Era el castillo de su padre.

—Muchas gracias. —Las lágrimas bailaron en sus ojos, sin decidirse a salir. Apretó la talla contra el pecho e inspiró profundamente para borrar la pena y la añoranza.

Arik, el bromista del grupo, le regaló una fusta, asegurándole que sería necesaria para que Leif no olvidase complacerla en la cama. El intenso sonrojo de Lynna le arrancó una fuerte risa.

—En realidad va a juego con una silla —confesó después —, pues estoy dispuesto a hacer que améis montar a caballo, mi señora.

Desde que Lynna había decidido dejar de esconderse, Arik había empezado a incluirla en sus bromas. Y en una de ellas, descubrió que no sabía montar a caballo. Ahora, hacía alusión a la promesa que le había hecho aquel día de enseñarle, aunque ella se había negado.

—No os lo pondré fácil —le aseguró—. Pero gracias por los regalos.

En pocos días, Lynna se había ganado el cariño y el respeto de la gente de Leif y eso se veía reflejado en el trato que le dispensaban. Ivalyn se sentía feliz de ver que todo iba encajando en su lugar al fin, aunque significase que su tiempo en la isla estuviese llegando a su fin.

—Os disteis cuenta —acusó a Olsen, cuando llegó su turno, al descubrir el broche que tanto le había gustado el día en que fueron de compras.

—Sería difícil no hacerlo. —Se encogió de hombros.

—Muchas gracias. —Su sonrisa amenazó con borrar la impasibilidad en el rostro del vikingo. Para sorpresa de todos, desde aquel viaje, Olsen se mostraba más comunicativo con las

muchachas. Y aunque Arik había desistido de intentar seducir a Ivalyn, nadie pudo dejar de notar que Olsen se interponía entre ellos cada vez que este le lanzaba alguna pulla. Al parecer, se había convertido en el protector de la muchacha, lo que era motivo de burlas por parte de sus amigos.

Y fue, precisamente Arik, el siguiente en entregarle su regalo, con una sonrisa pícara en los labios que no anunciaba nada bueno. Le gustaba provocarla, pues, aunque ya no pretendía seducirla, disfrutaba de su ingenio.

—Esto es bochornoso, Arik. —Sus mejillas estaban rojas por la vergüenza, como había sucedido con su hermana al oír la explicación sobre la fusta. Solo que su regalo no la necesitaba—. ¿En qué estabais pensando?

—Creo que es evidente —rio este—. Puede que algún día queráis mostrarme como os sienta.

Le había regalado un precioso, pero sugerente camisón de seda, que apenas cubriría su cuerpo, si decidía ponérselo algún día. Sugerente no era la palabra. Insinuante, tal vez. Indecoroso, desde luego.

—Podéis estar seguro de que eso no va a suceder nunca —lo reprendió. Pasado el sofoco inicial, había comprendido la broma y no pudo evitar añadir algo más—. Aunque mi esposo, cuando lo tenga, os lo agradecerá, sin duda.

La miró ceñudo, antes de estallar en carcajadas después del último comentario. Por un momento, Arik temió haberse sobrepasado, pero Ivalyn no se dejaba avergonzar con facilidad. Ni siquiera si apelaba a un tema en el que no tenía experiencia. Y con sus bromas, les pasó inadvertido el gesto de Leif al descubrir el camisón. Solo imaginarse a Ivalyn con él se había excitado al momento y se removió inquieto en su asiento, deseando que nadie descubriese su incomodidad. Inspiró varias veces seguidas, intentando borrar las imágenes eróticas que el regalo de Arik le había traído a la mente y maldijo a su amigo por ello.

Olin le regaló también una talla de madera, pero con la forma de una valkiria, haciendo alusión al día que les había mostrado su capacidad para manejar una espada.

—De modo que así son las valkirias —sonrió, encantada. Aquel día, Olin la había comparado con una y después había tenido que explicarse. Jamás había oído hablar de ellas, pero le resultó interesante conocer su historia—. Me gusta.

Después de agradecer el regalo, se giró hacia Leif para recibir el suyo. Le dedicó una mirada expectante e ilusionada que casi destrozó el poco control que le quedaba después de lo del camisón. Cuando sus manos se rozaron, un escalofrío en su espina dorsal le recordó que era peligroso tocarla. Maldijo de nuevo a su amigo por llevarlo hasta el límite con el libidinoso regalo y se gritó mentalmente que Ivalyn era la hermana de su prometida.

Esta desenvolvió el paquete sin demora. Abrió la pequeña caja y sacó el colgante de plata casi con devoción. Nunca había visto nada tan hermoso y tan finamente esculpido. Ni el anillo de su hermana podía competir con él. Pudo distinguir un par de alas a ambos lados de la pieza central, que parecía brillar a la luz del fuego. Era pesado, para su pequeño tamaño, pero al abrirlo, a instancias de Leif, vio que dentro había dos piedras ovaladas y una inscripción que no podía entender.

—Son sílex y pirita —le explicó Leif cuando lo miró con curiosidad—. Si las golpeas correctamente saltarán chispas.

—Para encender fuego. —Su mirada se iluminó al comprenderlo y una gran sonrisa adornó su rostro—. No podía haber deseado mejor regalo que este. Muchísimas gracias, Leif. Es realmente magnífico.

La complicidad en sus miradas hizo pensar a los demás que Leif sabía algo que a ellos se les escapaba. Lynna era la única que entendía la verdadera razón de aquel regalo, porque le sonreía a su hermana.

—¿Qué dice la inscripción? ¿En qué está escrito?

—Son símbolos rúnicos —respondió Leif, feliz del éxito del regalo—. Dice *Para que ilumines tu oscuridad*.

—Es perfecto —sonrió, mientras lo apretaba contra el pecho—. Lo llevaré siempre conmigo. Muchas gracias.

—¿Tenéis miedo a la oscuridad? —aventuró Olin.

—Desde los ocho años —le confirmó, sin sentir vergüenza por ello.

Mientras se colocaba el colgante en el cuello, Lynna dejó escapar un gemido, que llamó la atención de todos. Acababa de comprender qué significaba que Leif supiese aquello.

—¿Acaso se lo has contado, Ivy? —La miraba solo a ella, como si en ese momento no hubiese nadie más en el salón. Había reproche en su voz y puede que, incluso, un poco de miedo.

—Después de la boda seremos familia. —Le sujetó las manos y sonrió para tranquilizarla—. Merecía saberlo.

—Supongo que tienes razón, pero creía que… Es igual —sonrió— Si a ti te parece correcto, no me entrometeré.

—¿Nos estamos perdiendo algo importante? —Por primera vez desde que estaban conviviendo con Arik, este no sonreía.

—Primero terminemos de abrir los regalos —les sugirió Ivalyn, con una sonrisa conciliadora—. Prometo amenizar la velada con la historia de por qué temo a la oscuridad después. Si vos lo consideráis oportuno, Leif.

—Son de confianza —asintió.

—Lo sabía —asintió a su vez.

Lynna alargó una mano hacia los regalos que habían comprado y se los entregó a sus dueños uno a uno. Después se sentó junto a su hermana y enganchó su brazo al de ella, apoyando la cabeza en su hombro en un gesto de afecto, mientras esperaba a que los abriesen.

El primero fue Olsen, que se sorprendió al descubrir que lo que tenía entre las manos era un ungüento. Ivalyn sonrió al ver su cara de desconcierto.

—Es para vuestro hombro —explicó—. Veo cuánto os molesta, sobre todo, después de ejercitaros tan duramente. Es un remedio familiar que ha pasado de generación en generación.

—¿Lo habéis hecho vos?

—Lynna —negó—. Se le dan mejor estas cosas que a mí. Yo solo le ayudé a encontrar los ingredientes.

—Gracias. —Las miró a ambas. Luego se untó un poco en el hombro para probarlo y la sonrisa que apareció en su rostro dejó a todos anonadados. Nunca en su vida lo habían visto sonreír y,

mucho menos, de semejante forma. Ivalyn estaba encantada del éxito del regalo.

—A ver si ahora va a resultar que mi huraño hermano no sonreía por un pequeño dolor en el hombro —rio Olin.

—Sería toda una novedad verlo alegre a partir de ahora. —Arik tampoco pensaba desperdiciar aquel momento para burlarse de él.

—Olsen no es huraño. —Las dos hermanas replicaron al unísono, lo que provocó una nueva e inaudita reacción en el aludido. Su risa cesó toda conversación en la habitación. Si su sonrisa era insólita, eso los había dejado atónitos.

—Nunca creí que llegaría el día en que te vería reír, amigo. —Leif estaba realmente sorprendido—. Aunque me alegro de ello.

—¿Qué lleva ese ungüento? —preguntó Olin, tratando de arrebatárselo, sin éxito.

—Nada. Un poco de esto y un poco de lo otro —rio Ivalyn sin dar más detalles—. Y, por supuesto, mucho amor. Ese es el ingrediente principal.

—No os acostumbréis —dijo Olsen, adoptando su habitual rictus serio—. Ya soy mayor para las bromas. Ni las hago ni las soporto.

—Me temía que sucediese algo así —rio Olin—. Pero no le eches la culpa a la edad, hermano, eras igual de aburrido y de serio de pequeño. Creo que no te he visto reír más de tres veces en toda mi vida.

—Yo al menos podré morirme diciendo que he escuchado tu risa —le dijo Arik, palmeándole el brazo. Cuando recibió un gruñido, su risa contagió al resto.

—Dejadlo ya —intervino Olin—, que yo quiero abrir mi regalo.

Lo desenvolvió con impaciencia, curioso por ver qué habían elegido para él. Cuando descubrió un bello puñal, lo sostuvo en su mano y lo hizo girar con soltura, asombrado de su calidad.

—Para reemplazar el que perdisteis en el bosque al salvar la vida de mi hermana —le dijo Ivalyn.

—Es perfecto —le sonrió, encantado.

—Nunca os di las gracias —se sonrojó Lynna.

—No tenéis que darlas, mi señora. Mi deber es protegeros. —Las miró—. A ambas.

—Mi turno —los interrumpió Arik, sonriendo y frotando las manos con anticipación.

Si Olin había sido impaciente al abrirlo, su rubio amigo lo superó, pero cuando vio el aro plateado en la caja, su sonrisa abandonó sus labios. Lo giró en los dedos, estudiando con curiosidad el corazón y la corona, sujetos por unas manos, que tenía grabados. Era bonito, pero, lo supo sin necesidad de probárselo, demasiado pequeño para él.

—¿Un anillo? —protestó evidentemente contrariado—. Y ni siquiera me sirve.

—No es para vos —repuso Ivalyn.

—¿Me habéis dado el regalo equivocado?

—El regalo es el correcto, pero el anillo no es para vos. —No pudo evitar sonreír al ver su cara de desconcierto—. Es para la dama que decidáis desposar algún día.

—¿Acaso me estáis proponiendo matrimonio, preciosa? —Asomó en su mirada la burla.

—Más quisierais —rio—. Tampoco es para mí, Arik. Pero como ya os dije no hace tanto, deberíais empezar a tomaros en serio el cortejar a una única dama. Ese anillo será para la mujer que consiga robaros vuestro corazón.

—¿Y si ya lo habéis hecho vos? —Le guiñó un ojo.

—Lo dudo. —Lo miró un instante, antes de continuar—. Estoy segura que hay una mujer para vos en algún sitio. Una que os haga abandonar esa fachada de mujeriego que, en realidad, no va con vos. Y solo espero estar presente el día que suceda. Cómo me voy a reír de vos entonces.

—Tengo demasiado amor para una sola mujer. —Le divertía la situación.

—Eso ya lo veremos —lo retó.

—Y vos, mi señora, ¿no tenéis nada que decir al respecto? ¿No vais a defenderme?

—Estoy totalmente de acuerdo con mi hermana —le sonrió con timidez.

—¡Oh, vaya! —Exageró el gesto de desesperación—. Lo que me faltaba. Es como si hubiese bebido demasiada cerveza y estuviese

viendo doble.

Las carcajadas resonaron en el salón, cargando el ambiente de un halo de alegre festividad. Ivalyn se sentía aliviada al ver que su hermana empezaba a relajarse frente a los vikingos. Nada era más importante para ella que saber que sería feliz en su nuevo hogar, aunque aquello significase que su estancia no se alargaría mucho. Estaba contenta por haber contribuido con su granito de arena a hacer que Lynna se integrase en su nueva familia. Cuando Leif decidió abrir el regalo que su hermana le había hecho, no pudo evitar mirarla. Quería creer que también estaba más cómoda con él ahora.

—Ese es mi regalo para vos, mi señor —dijo Lynna, con cierto temblor en la voz. Habían discutido sobre ello, porque Ivalyn consideraba que era importante que Lynna obsequiase a Leif de forma personal. Después de todo, era su prometido.

—Gracias, Lynna. Es muy bonita.

Leif contemplaba la capa, encantado. Era de buena calidad, caliente, resistente e impermeable. El color le ayudaría a camuflarse si fuese necesario. Estaba seguro de que la usaría muy pronto, si las conclusiones de Ivalyn eran acertadas. La guerra estaba tan cerca que casi podía olerla.

—Yo también tengo un regalo para vos —se aventuró a decir Ivalyn, después de que Leif acomodase la capa en sus hombros para ver cuán cómoda era. Se lo entregó con vacilación.

Después de desenvolverlo, Leif estudió la pequeña bolsa de tela, sin saber qué debía hacer con ella. La abrió, pero su contenido no ayudó a aclarar sus dudas porque estaba vacía.

—Ivy —fue Lynna quien habló y su voz mostraba incredulidad—. ¿No lo dirás en serio? ¿Una bolsa de los deseos? Eso es cosa de chiquillos.

El sonrojo de Ivalyn se intensificó. Sabía que era una estupidez, pero había estado pensando en cientos de opciones y ninguna la satisfacía lo suficiente. No sabía por qué, pero era importante elegir un regalo perfecto para Leif Erickson y fue así como se le ocurrió lo de la bolsa. Si la encontraba después, podría descubrir lo que quería y si estaba en su mano dárselo, lo haría con gusto. Pero no quería

que descubriesen su verdadera intención o se sentiría más avergonzada aún, así que trató de restarle importancia al asunto, fingiendo que lo había hecho por no saber qué darle.

—Ya sé que no es tan útil como una daga o un ungüento —dijo, mirando directamente a Leif—, ni tan bonito como un anillo, pero creo que no hay nada que queráis, que os pueda ofrecer.

Cuan equivocada estaba, pues Leif podría darle cientos de ideas, pero sabía que no podría exigir ninguna porque no era la gemela correcta. «Es la hermana de tu prometida», se repitió por enésima vez, aunque eso no aplacase lo que sentía por ella. Cada día descubría cosas sobre ella que lo atraían más. Y aunque su prometida había decidido enfrentar su destino y empezaban a conocerse, tenía la sensación de que no era más que una mera copia de Ivalyn. No podía evitar preguntarse si ella lo sentiría así también y por eso siempre parecía escudarse en su hermana pequeña. Porque, aunque era la mayor, su gemela se hacía cargo siempre de las responsabilidades que deberían recaer en ella. Ya lo había comprobado en el castillo y ahora cada día desde que habían llegado, lo veía también. Ivalyn poseía una fuerza y una presencia que Lynna jamás tendría. Eran gemelas, sí, pero no se parecían en nada. Y se sentía mal por pensar eso, pero no podía evitarlo.

—Tenéis que guardar algo en la bolsa que os recuerde a lo que deseáis conseguir —continúo Ivalyn, haciéndole ser consciente de que le estaba explicando cómo funcionaba aquella bolsa de los deseos y casi se lo había perdido—. Y debéis esconderla en un lugar transitado. No ha de estar a la vista, pero tampoco tan escondida que no se pueda encontrar o no funcionará. Si pasa un mes y nadie la ha descubierto, vuestro deseo se cumplirá.

—Ivy —habló su hermana—. Sabes que no funciona.

—A mí me funcionó. —La miró risueña—. Una vez.

—¿En serio? —La mirada de incredulidad de Lynna provocó la risa de su hermana—. ¿Y eso cuándo fue, si puede saberse?

—Hace un par de años. —La desafió con la mirada a desmentirlo—. Aquel verano tan caluroso, ¿recuerdas?

—¡Oh! —Por el intenso sonrojo que la acompañó, supo que había averiguado cuál había sido el deseo que se cumplió. En realidad, lo

había pedido para Lynna, pero había funcionado. Y aunque no podía achacarle el resultado a la bolsa de los deseos, lo usaba para martirizar a su hermana con la idea.

—Gracias. —Leif intentó desviar la atención de todos de su abochornada prometida—. Es un regalo perfecto, Ivy. Y ya sé lo que pediré.

—Me alegra oírlo. —Fue su turno para sonrojarse—. He tenido dudas sobre si daros la bolsa era buena idea. Creí que lo considerarías una tontería.

—En absoluto.

Aunque la deslumbrante sonrisa que le dedicó, habría sido suficiente regalo para él.

Capítulo 17

Era la noche de Reyes y el rey Alfred presidía la mesa en una velada con sus hombres más leales. No todos habían podido acudir aquella noche, pero sí los suficientes y estaba satisfecho.

En el último año no había tenido ocasión de agasajarlos con una cena tranquila, pues cada vez que se reunían había algún plan que llevar a cabo. Los daneses habían estado muy activos hasta la firma del último tratado de paz aquel mismo otoño y ahora gozaban de una pequeña tregua. Por desgracia, sabía que no tardarían en romperla. Así había sido siempre con ellos. Una vez gastaban el botín, volvían a por más.

Alfred buscaba una solución definitiva al conflicto, para que sus arcas no sufriesen los embates de la guerra, pero aparte de echarlos de sus tierras, no veía cómo. No tenía ni la fuerza ni los hombres necesarios para vencer a un enemigo más diestro a campo abierto y las luchas en las fortalezas no le darían la victoria que necesitaba. Su única opción era conseguir más aliados y la boda de Leif Erickson con la hija de su fiel amigo, el conde de Sussex, se los proporcionaría. No le importaba renunciar al condado en detrimento de uno de sus hombres, si ganaba con ello a aquellos vikingos para su causa. Sabía que eso cambiaría las tornas en la guerra.

—Lo más crudo del invierno ya llegó —dijo uno de sus hombres—. Nadie se atreverá a atacar con este tiempo, ni siquiera los daneses. Podemos relajarnos, al menos por unos meses. Hasta que llegue la primavera, tal vez.

—No os fieis de ellos, Adelmar. Los daneses están forjados en el fuego y en el hielo. Nada parece detenerlos.

—Salvo el oro —repuso otro, dando voz a los pensamientos de muchos de los allí presentes.

—Y mientras les dure —constató Alfred—. No podemos seguir pagando para obtener una tregua efímera o acabarán por vaciar nuestras arcas.

—Que es justo lo que pretenden hacer al atacarnos.

—¿De verdad creéis que Erickson nos apoyará contra sus congéneres? —Habían discutido en varias ocasiones sobre su decisión—. Es tan vikingo como ellos. ¿No iría en contra de su deber moral?

—Leif Erickson no se parece en nada a los daneses. No vino a conquistar por la fuerza, sino a negociar. A cambio de las tierras que le otorgué, me consiguió una flota capaz de enfrentar en equidad a los daneses y creo que con eso ya ha demostrado que no le simpatizan. Hará lo que deba, una vez haya desposado a la hija del conde de Sussex.

—Aunque no me guste admitirlo —Edric habló ahora—, cada uno de sus hombres vale por dos o tres de los nuestros. Creo que, aunque solo se prestase a enseñarnos sus técnicas de combate, ya habríamos ganado con ese matrimonio.

—Hará mucho más que enseñarnos, Edric —le aseguró Alfred—. Luchará por sus tierras porque pronto será uno de los nuestros por ley y ante Dios. Si ha aceptado dar este paso es porque está dispuesto a pelear si se lo exijo.

De repente, se escuchó el tañido lejano de las campanas en la iglesia y la alerta saltó entre ellos. Muchos ya estaban en pie cuando un joven de no más de diez años entró en el salón, agitado y tan pálido como un muerto.

—Nos atacan, majestad —gritó, entrando en pánico.

Instantes antes había insistido a sus hombres en que no subestimasen a los daneses, pero jamás creyó que atacasen tan pronto. Y menos en una fecha tan importante para ellos.

—Debí imaginarlo —susurró, al comprender que precisamente era el mejor momento para hacerlo. Cuando más vulnerables estarían—. A las armas, mis valientes. Debemos refrenar su avance.

No eran suficientes para acometer semejante hazaña, pero no dejarían que Chippenham cayese en manos de los daneses sin luchar.

Tal vez, si sus hombres hubiesen podido acudir todos a su llamado, habrían tenido una oportunidad y lo supo en cuanto vio a los daneses arrasando con todo a su paso. Una horda de fieros vikingos cayó sobre ellos como si se tratase de una plaga, diezmando sus tropas en poco tiempo. Venían a por todas y parecía que lo conseguirían. Ni siquiera comprendía cómo Guthrum el Viejo estaba resultando tan contundente. Ya habían luchado en más ocasiones y en algunas había ganado, sí, pero jamás una batalla había estado tan desigualada como aquella. Ni siquiera ahora que Alfred contaba con menos hombres. Las fortalezas que había hecho construir desde que se iniciaron los ataques de los daneses, les habían servido como defensa y habían impedido que el avance de los vikingos fuese tan rápido como estos querían. Habían perdido peleas, pero no el territorio. Y en cambio, aquella noche, estaban perdiendo ambos. Habían cerrado las puertas, después de tener que replegarse, pero los daneses parecían decididos a derribarlas con sus arietes. Su fuerza y número hacían peligrar la única barrera que los separaba de ellos.

—Mi señor. —Adelmar se situó a su lado, mientras veía cómo golpeaban una y otra vez la puerta. El amanecer estaba próximo—. No podremos aguantar mucho más.

—El pueblo nos necesita —se negaba a huir. Ya habían perdido más en otras batallas, pero siempre habían sabido hacerlos retroceder. Si el oro era lo que buscaban por una nueva tregua en aquel lugar, se lo daría. No podía permitir que se apoderasen de Chippenham.

—Majestad —Edric insistió, junto al resto—, me temo que el pueblo ha caído. Y, si logran derribar esa puerta, no tardaremos en seguirlo. Esta vez no hay tregua posible. Los daneses no vienen a negociar.

Tenían razón, no obstante, pero Alfred se negaba a creer que perdería una de sus fortalezas en la noche de Reyes. Aquello no auguraba nada bueno para el futuro de Wessex.

—Mirad —gritó alguien, señalando hacia el horizonte.

Entonces, Alfred las vio. A lo lejos, tres figuras envueltas en un halo de aterrador misterio, realizaban movimientos extraños, como si

fuese una danza hipnótica, que instaba a avanzar a los hombres con ímpetu hacia la batalla. Se oía también un cántico que encogía el corazón. No podía entender qué decían, pero se sentía oscuro, peligroso.

—Son brujas —exclamó Adelmar a su lado.

—Imposible —negó Alfred—. Las brujas no existen.

—Son brujas vikingas. Estamos perdidos. Nos matarán a todos.

El miedo corrió entre sus filas, más veloz que el viento, y Alfred supo que no podría convencer a sus hombres de lo contrario. Nadie lucharía a su lado mientras aquellas figuras encapuchadas continuasen con sus cantos y sus bailes. Él no creía en brujerías, pero conocía el poder de la sugestión. Al parecer, Guthrum también lo hacía y aquella noche lo estaba aprovechando en su beneficio. Y no había nada que pudiese decir o hacer para que sus hombres no temiesen aquella visión. Había perdido la batalla y, por ende, la fortaleza de Chippenham.

—Adelmar —lo llamó—, reunid a tantos hombres como podáis e intentad llevar a lo que queda de nuestro pueblo a un lugar protegido.

—¿Vos que haréis, majestad?

—Lo que deba. —No quería dar detalles porque intentarían impedírselo—. Me reuniré con el resto más tarde.

—No podéis ir solo. —Edric había comprendido cuál era el plan y habló cuando Adelmar desapareció para cumplir las órdenes del rey—. Si al final son brujas de verdad…

—Las brujas no existen, Edric —repitió, mientras bajaba del parapeto y caminaba hacia la salida trasera que había hecho instalar en cada una de sus fortalezas. Una vía de escape por si la situación lo requería. Y en aquel momento tendría que hacer uso de ella, antes que su pueblo, para que nadie descubriese su plan. Era necesario.

—Si lo fuesen —insistió—, no podéis enfrentarlas solo.

—Guthrum está aprovechando nuestro miedo para hacernos claudicar. No se lo permitiré. —Lo miró—. Iré en pos de esas mujeres y demostraré a mi pueblo que no son más que eso.

—Os acompaño —repitió el hombre—. No podéis hacerlo solo, sean o no, brujas.

Alfred asintió y lo guió hasta la puerta. No seleccionaron a más de cuatro hombres, pues pretendían sorprender a las mujeres. Se las llevarían, para demostrar a su pueblo que no eran brujas, sino parte de una treta de Guthrum para infligir miedo entre sus filas.

—Silencio ahora —pidió, una vez en la espesura del bosque.

Rodearían el pueblo, que se había convertido en un mar de sangre y cadáveres, para alcanzarlas por la espalda. Ninguno quiso mirarlas para que el desánimo no los invadiese. Aquella había sido una de las derrotas más dolorosas que habían sufrido hasta el momento. Y la más devastadora.

Quizá, creyendo que nadie osaría acercarse a las mujeres, Guthrum se había adelantado junto a sus hombres para participar en la batalla. Tal vez esperaba poder capturar al mismísimo rey, pero este tenía otros planes en mente, como apresar a las mujeres que le habían regalado aquella victoria. Alfred no permitiría que lo hiciesen de nuevo.

Pronto acabaron con los escasos custodios que el danés había dejado con ellas, pero cuando pretendieron capturarlas, no prestaron batalla como habían supuesto, sino que se mantuvieron inmóviles, con la voz muda y la cabeza baja. Ocultaban sus rostros bajo las capuchas de sus capas y Alfred sintió cómo un escalofrío le recorrió el cuerpo entero. No creía en las brujas, pero aquellas lo parecían, a pesar de todo.

—No me dejaré intimidar por su aspecto —se dijo, antes de dar la orden de apresarlas—. Maniatadlas, pero no las dañéis. Tal vez les podamos sacar información útil sobre los planes de Guthrum más tarde. Ahora debemos marcharnos, antes de que vengan a por nosotros. O a por ellas.

Se situaron a su alrededor, más para evitar su huida, en caso de que lo intentasen, que para protegerlas y emprendieron el camino de regreso a la fortaleza. No pretendían entrar, sino bordearla para alcanzar a su gente, que debería haberse alejado, mientras ellos completaban su misión. Las puertas habían caído tiempo atrás y Guthrum no tardaría en descubrir que Chippenham estaba vacía.

—Deprisa —los apuró, temeroso de que el danés hiciese salir en su busca. Tenía la esperanza de que se conformase con haberse apoderado de la fortaleza, pero con él nunca se podía estar seguro de nada. Guthrum el Viejo era un hombre imprevisible.

—No puedo creer que lo hayan logrado —se lamentó Edric, mirando por encima de su hombro una última vez, el lugar donde había pasado los últimos años de su existencia. El fuego se propagaba por los tejados de las casas, imparable, consumiéndolo todo a su paso, y el hedor a carne quemada le picaba en la nariz. No habían tenido ninguna posibilidad. Y aunque el rey se afanaba en decir que esas mujeres no habían influido en el resultado, no pudo evitar mirarlas con resentimiento e, incluso odio. Para él, eran tan culpables como el ejército danés. Los vikingos eran escoria y los habría metido a todos en el mismo barco para prenderles fuego si no hubiese conocido a Leif Erickson y a su gente. Tal vez fuesen la excepción a una raza de guerreros que parecían haber nacido, en exclusiva, para hacer el mal.

—Cuidado —advirtió alguien, segundos antes de que una flecha volase sobre sus cabezas. Poco había faltado para que acertase la diana. Pero a aquella le siguieron más, que procedían de la fortaleza.

—Nos han descubierto —gritó Alfred—. Corred hacia el bosque. Ocultaos entre las ramas.

—¿No les preocupa acabar con la vida de sus propias mujeres? —se escandalizó otro de los hombres que los había acompañado.

—Ni siquiera valoran su propia vida —respondió su rey, esquivando una nueva flecha—, ¿por qué habían de velar por la de ellas?

Así de salvajes eran los norteños. Luchaban sin temor a la muerte o, más bien, buscándola. Alfred había oído decir a Erickson que morir en la batalla era el mayor de los honores en su cultura y que hacerlo en la cama, de viejo o enfermo, suponía una humillación entre los suyos. De ahí que algunos incluso luchasen a cuerpo descubierto. No temían a la muerte, la adoraban.

—Basta —gritó de repente una de las mujeres, blandiendo una vara que ni siquiera le habían visto antes. Tampoco comprendían

cómo se había liberado de las ataduras. Pero como fuese, las flechas dejaron de llegar al momento.

—Pero, ¿qué…?

Ninguno pudo terminar la pregunta porque la voz profunda y cargada de veneno de Guthrum se oyó alta y clara desde el parapeto.

—Matadlos a todos u os arrancaré la piel para hacerme un abrigo.

Las flechas iniciaron el asalto, pero para ese entonces ya habían alcanzado la seguridad del bosque. Y continuaron corriendo, sin entender por qué aquellos hombres habían dejado de disparar cuando la mujer se lo pidió, ni por qué los había salvado. Porque lo había hecho, de eso ninguno tenía dudas. Tampoco se detuvieron para arrebatarle la vara, ni para pedir explicaciones, su objetivo era alcanzar los pantanos antes de que Guthrum ordenase perseguirlos.

—No nos seguirán —oyeron murmurar a otra de ellas, instantes antes de que comenzase nevar.

—Brujería. —Se escuchó entre los hombres, como un rumor, que logró enfurecer a Alfred.

—Por el amor de Dios, las brujas no existen —bramó—. Os lo demostraré en cuanto atravesemos los pantanos y lleguemos a Athelney. Mientras tanto, mantened la boca cerrada y los ojos abiertos. No quiero caer en una emboscada solo porque creáis que ella ha hecho nevar para que no nos sigan. Estamos en invierno, lo extraño sería que no lo hiciese.

Era escéptico en cuanto a lo que sus ojos habían visto y, aun así, sintió un escalofrío cuando sucedió. Puede que no tuviese relación, pero la coincidencia había sido tal, que no podía reclamar a sus hombres que pensasen que ella lo había provocado.

—Es imposible que alguien controle el tiempo —murmuró por lo bajo. En cambio, sus ojos se desviaron hacia las tres mujeres con curiosidad.

Sus ataduras habían desaparecido, dándole a entender de ese modo, que los acompañaban por voluntad propia y no porque las obligasen. Eso también era algo que necesitaba racionalizar. Erickson había dicho que las mujeres en su cultura eran guerreras al igual que los hombres, por lo que dedujo que las tres debían pertenecer a

aquella clase. Quizá la que había ordenado que detuviesen el ataque era importante en la jerarquía de aquella gente y por eso obedecieron. Aunque, si era cierto, decía muy poco sobre el honor de Guthrum, al que no parecía haberle importado demasiado que pereciesen en la ofensiva, a riesgo de ser asesinadas por sus propios hombres. Cuanto más conocía de él, menos respeto le merecía. Solo era una bestia con piel de hombre, un demonio sediento de sangre y poder al que debían detener antes de que lo destruyese todo a su paso.

Athelney los recibió a media tarde, cansados y ateridos, pero ilesos. Tal y como había aventurado aquella mujer, nadie los había seguido en su huida, pero Alfred no estaba feliz. Habían perdido Chippenham y a gran número de soldados y plebeyos. Aquel no había sido un triunfo, sino un fracaso. Un fracaso que no estaba dispuesto a repetir.

—Bien —habló para las tres mujeres, una vez a salvo en la casa comunal. Una de las labores que llevaría a cabo allí, en cuanto descubriese qué sucedía con ellas, era construir una fortaleza en aquel lugar—, ¿cuál de vosotras me contará la verdad sobre lo que hacéis aquí?

Esperaba el mutismo como respuesta, tal vez resistencia antes de que le explicasen cómo habían acabado en el campo de batalla, fingiendo ser brujas, o incluso gritos y protestas por haberlas encerrado en lo que, a todas luces, jamás se podría considerar una celda en condiciones. Pero por el momento, no disponía de ningún otro lugar donde mantenerlas cautivas. En cambio, recibió una mirada firme de las tres y una única respuesta de la que parecía la mayor de ellas.

—Honor con honor, respeto con respeto y lealtad con lealtad. Así se ha pagado siempre y así ahora será. Nos habéis liberado de los daneses y os damos las gracias. Os serviremos fielmente, mi señor, hasta haber saldado nuestra deuda con vos.

Capítulo 18

Ivalyn se despertó con una sensación de ahogo que la obligó a toser en busca de un aire que, en realidad, no le faltaba. Se llevó la mano al pecho y sintió el fuerte latir del corazón, producto del recuerdo de un sueño que había sentido demasiado real. Un sueño que la asustaba más de lo que jamás querría admitir.

Se levantó en silencio y corrió hacia la salida, sin molestarse en cubrir los pies o el cuerpo para el frío nocturno. Necesitaba el gélido aliento del viento invernal en el rostro para intentar olvidar lo que había visto en el sueño. Necesitaba borrar la sensación que le había provocado y que le hacía pensar en que no había sido una pesadilla motivada por la ausencia de su padre aquellas Navidades. Porque no se lo había dicho, pero sabía que se estaba preparando para lo que se avecinaba. Para lo que ella había predicho la noche del compromiso de su hermana. Con las primeras nieves, su padre solo aguardaba el momento en que su rey lo llamase. También Leif y los suyos entrenaban más duro desde que les había contado la visión en su cumpleaños. El ataque al rey parecía inminente.

Estaba oscuro, aunque no lo suficiente para sentirse inquieta y, aun así, su mano tocó instintivamente el colgante que Leif le había regalado, sintiéndose reconfortada por él. Cerró los ojos e intentó olvidar aquel mal sueño, mientras ignoraba cómo el frío se le introducía en los huesos.

—Acabarás cayendo enferma si sigues saliendo fuera sin un abrigo, My.

Sofocó un gemido al escucharlo porque, en ese momento, necesitaba el consuelo de un amigo, pero temía que con Leif no fuese tan sencillo. Con él nada lo era, aunque solo podía culparse a sí misma y a los sentimientos que albergaba por él en secreto.

—Lo necesitaba —le confesó, sin mirarlo, ni cuando la cubrió con su propia capa—. He tenido un sueño demasiado vívido esta noche. Se parecía tanto a mis premoniciones que me asusté. Dios mío, no puedo tenerlas también al dormir. No lo soportaría.

—No debes dejar que te dominen, My. Tú deberías tener el poder sobre ellas, no al revés.

—No las pedí —negó—. No las quiero. No me gusta ser diferente al resto.

—En mi país, existen ciertas mujeres de gran prestigio y reputación por ser hechiceras, brujas, chamanes —le explicó, después de acompañarla al mismo banco donde habían hablado la vez anterior—. Las llamamos völur y son tratadas con una consideración especial y mucho respeto por sus dones.

—¿Qué dones?

—Curación, adivinación, premonición. —La miró a los ojos—. My, tú temes lo que ocurre después de cantar y, por eso, te hace daño. ¿Sabías que muchas de ellas usan el canto para una mayor concentración? ¿Para potenciar su don? Cuando me contaste lo que te sucedía, pensé en ellas. Quise decírtelo, pero creí que no te ayudaría, sino más bien que te asustaría. Creo que lo único que necesitas es aprender a dominar el poder. Hasta ahora es él quien te domina a ti y…

—Yo solo quiero que desaparezca —lo interrumpió.

—Si pudieses controlarlo, podrías usarlo a tu antojo — continuó como si Ivalyn no hubiese hablado—. Las völur son capaces de influir en ciertos acontecimientos, en la toma de decisiones o en las batallas. E incluso en el comportamiento de los más susceptibles a la magia. No digo que debas hacerlo, pero controlar la fuerza con que llegan tus visiones o el modo en que lo hacen, te daría la calma que pareces necesitar. Quizá no deberías negarlo, sino aprender a controlarlo.

—¿Influyen en las batallas? ¿Cómo?

—No lo sé. Las he visto alguna vez y, hagan lo que hagan, funciona, pero no sé cómo lo consiguen.

—¿Acuden al campo de batalla? —preguntó—. ¿Caminan entre los combatientes? ¿O se quedan quietas en algún lugar desde donde lo

ven todo?

—Algunas caminan y otras solo actúan desde la distancia —le respondió, antes de lanzar su propia pregunta—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque todo lo que me contáis se parece a mi sueño. —Se abrazó a sí misma para evitar que el miedo la dominase y Leif la rodeó con los brazos también, por su instinto protector—. Vi a tres mujeres danzando y cantando en una batalla. Y sentí que me estaban llamando, que ellas también me veían. ¿Y si esas mujeres existen? ¿Y si conecté con ellas de algún modo porque son esas völur de las que habéis hablado? ¿Y si esa batalla es la misma que profeticé la noche de vuestro compromiso con mi hermana? Porque en mi sueño también estaba nevando. —Con cada palabra que pronunciaba, se ponía más nerviosa.

—Ojalá pudiese ayudarte, My. —Le acarició la mejilla con suavidad, sin ser consciente de que se iba inclinando sobre ella, buscando un beso que no le pertenecía—. Pero no tengo las respuestas que buscas. Solo puedo ofrecerte mis oídos para escuchar y mis brazos para consolarte.

—Vuestros brazos no me pertenecen, Leif. Y vuestro consuelo debe ser para mi hermana. —Se alejó de él, molesta consigo misma por desear que le robase aquel beso—. Estoy cansada. Intentaré dormir de nuevo. Buenas noches.

—Buenas noches, Ivalyn.

Leif no se atrevió a seguirla para comprobar que iba realmente a su alcoba, por miedo a no poder reprimir el deseo de nuevo. Estar cerca de Ivalyn era una batalla constante contra sí mismo y contra sus sentimientos hacia ella. Cada día lamentaba más haber aceptado aquel compromiso sin conocer primero a ambas muchachas, pero había dado su palabra y no podía sino desposar a Lynna, aun cuando su corazón pareciese pertenecer a la menor. Nunca había pensado enamorarse y ahora lo había hecho de la persona equivocada. No quería creer que el destino hubiese decidido ser tan cruel con él, pero lo sentía así.

Cuando escuchó el lamento sofocado de Ivalyn en la cocina, supo que todavía no había ido a su cuarto y, aunque se prometió no

acercarse a ella de nuevo aquella noche, no pudo evitar hacerlo. Llegó a tiempo de ver cómo cojeaba hasta una pared y se apoyaba en ella para masajear el pie y pudo adivinar que se había golpeado con algo en la oscuridad, pues seguía descalza. Lo correcto habría sido irse antes de que ella lo descubriese, pero cuando Ivalyn estaba cerca, lo correcto luchaba en su mente contra lo incorrecto todo el tiempo y no solía ganar.

Ivalyn tuvo que reprimir una risa tonta, que amenazaba con despertar a todos, por su torpeza. Una vez que el dedo dejó de palpitar y su risa se esfumó, buscó a tientas lo que había golpeado para poder ponerlo en su lugar. Pero cuando se incorporaba, después de dejar todo donde estaba, la mesa en la que se apoyó se sacudió, provocando que una de las palas que la cocinera usaba para remover las cenizas, se deslizase irremediablemente hacia el suelo. Corrió hacia ella para evitar que el ruido despertase al resto, pero como tenía la mente dispersa después del casi beso de Leif, esta dio un golpe a uno de los cazos colgados en la pared cuando la alcanzó.

—Qué torpe estoy —murmuró, malhumorada. Pero no pudo decir más porque algo le cayó sobre la cabeza, sorprendiéndola. Por suerte, no le hizo daño, aunque las manos le temblaron al descubrir que era la bolsa de los deseos de Leif.

Comprendió que la pequeña olla que nadie usaría con frecuencia aun estando en un lugar tan transitado como la cocina era perfecta para esconderla. Y por un momento no supo qué hacer con ella. Su intención había sido buscarla para intentar averiguar qué deseaba Leif y poder ofrecérselo, si estaba a su alcance hacerlo, pero ahora que la tenía entre los dedos, no se sentía tan segura de mirar dentro. ¿Y si era demasiado privado? ¿Y si se enfadaba por violar su intimidad? Se suponía que, aunque la encontrasen, no debían abrirla, sino devolverla a quien la había escondido. Se mordió el labio, indecisa. Finalmente, su curiosidad venció y olvidada toda sensatez, se acercó a las brasas de la chimenea, que se negaban a extinguirse, para mirar su contenido.

—Me temo que ahora no se cumplirá —la voz de Leif la sobresaltó, pero no se giró hacia él, sino que escondió el objeto en

la bolsa y se aferró a ella con fuerza. Su respiración se agitó, acompañando al frenético latir de su corazón. ¿Cómo podría ahora volver a mirarlo a los ojos después de aquello? ¿Cómo podría permanecer a su lado un día más, sabiendo lo que deseaba? Era el prometido de su hermana, pero su razón no parecía dispuesta a recordarlo en ese momento.

—No pretendía… —dijo, observando las brasas de la chimenea de forma hipnótica y a sabiendas de que era una mentira lo que estaba a punto de decir. Tal vez por eso no terminó la frase, sino que la cambió por una disculpa—. No debí mirar, lo lamento.

—Y yo lamento que la hayas descubierto —respondió él, con voz ronca.

Ivalyn sentía su presencia junto a ella, pero no se atrevía a mirarlo. Sus manos todavía apretaban la bolsa, ocultándola a ojos de ambos, como si así pudiese olvidar lo que había visto. Pero cuando Leif le tocó el brazo, la invadió un torrente de emociones imposible de ignorar. Cerró los ojos y contuvo las ganas de abrazarlo y perderse en su calidez. Leif lo entendió como un rechazo y retiró la mano, dejando en ella una sensación de vacío que la lastimó.

—En realidad —habló él de nuevo—, lo que lamento es que no se pueda cumplir.

Ivalyn lo miró, sorprendida por las palabras, sin saber que aquel gesto sería un error, pues el deseo en los ojos de Leif la golpeó en el centro mismo del alma. Tenía la mandíbula apretada y los brazos tensos, tal vez de luchar contra el impulso de volver a tocarla. Y sus intensos ojos negros le devoraban el rostro con el ansia de quien ve ante sí lo que más desea, pero no puede obtenerlo. Y así era, al parecer, pues lo que Leif había guardado en la bolsa era el lazo que ella había perdido, no hacía mucho, el día en que los niños la invitaron a jugar en la nieve. El viento se lo habían arrebatado y no fueron capaces de alcanzarlo, pero Leif al parecer, lo había hecho y se lo había quedado. Ahora estaba guardado en su bolsa de los deseos e Ivalyn sabía lo que aquello significaba.

Prendida todavía en su intensa mirada, extendió la mano hacia él y la detuvo a escasos centímetros de su pecho, deseando tocarlo, sin decidirse a hacerlo. Leif cedió al impulso y le sujetó la menuda mano

con posesividad, apoyándola allí donde sabía que quería estar. Ivalyn pudo sentir el rabioso latir de su corazón bajo aquel muro de músculos y el suyo se paró por un instante, debido a la agitación que, saber que era ella quien provocaba aquel efecto en él, le causaba.

—Voy a besarte, Ivalyn de Sussex —susurró— y nada ni nadie podrá impedirlo. Aquí y ahora, solo estamos tú y yo.

Antes de que pudiese siquiera pensar en detenerlo, la mano de Leif la sujetó por la nuca y la atrajo hacia sus labios, que se apoderaron de los suyos con asombrosa avidez. No fue el beso dulce y casto que había esperado recibir cuando soñaba de niña con su primer beso, pero la embestida barrió hasta el más leve rastro de decoro en su cuerpo. Se aferró a sus hombros y gimió de placer. Le temblaron las piernas al sentir cómo Leif la ajustaba contra su duro cuerpo. Aquellos labios posesivos devoraban su boca con ansia, haciéndole consciente de su necesidad. Una necesidad que también crecía ahora en ella, a la par del calor que la invadía con cada asalto de su boca. La apretaba fuertemente contra él, como si temiese verla desvanecerse en la oscuridad. Pero ella no pensaba irse a ningún sitio. Hacerlo habría sido lo correcto, pero toda su determinación se perdió entre beso y beso. Y la necesidad de tener más de Leif iba a la par de las exigencias de este a rendirse ante él.

No protestó cuando la apoyó contra la pared ni cuando sus manos le acunaron el trasero. Tampoco lo hizo cuando la elevó contra la dureza de su entrepierna y se rozó sin clemencia contra ella, arrancándole un nuevo gemido. Y aunque debería haberse sentido horrorizada de un acto tan carnal con un hombre que no le pertenecía, solo podía pensar en el modo en que su lengua le invadía la boca y le enseñaba un juego que amenazaba con llevarla a la inconsciencia cuando respirar dejó de ser una prioridad.

Leif había luchado contra su propio deseo cuando la vio abrir la bolsa, pero el rubor que cubrió su hermoso rostro al comprender que ella era el motivo del mismo, le impidió marcharse sin hablarle. No pretendía hacer nada más que eso, pero cuando Ivalyn se giró hacia él y levantó la mano hacia su pecho, simplemente respondió. En cuanto sus manos se tocaron, sintió aquella energía que fluía

entre ellos y que no podía ignorar por más tiempo y la besó como había deseado hacer desde la noche en que bailaron juntos. Al primer roce con sus labios supo que no debería haberlo hecho, pues su sabor lo embriagaba y barría todo el sentido común que pudiese quedarle en el cuerpo. Y, aun así, no se detuvo ni cuando la intensidad de su propia respuesta ante el roce del cuerpo de Ivalyn lo asustó.

Se obligó a olvidar que era la hermana de su prometida para disfrutar del único momento que tendría con ella. Se prometió que la besaría y luego la dejaría ir, pues solo quería probar su sabor. Sin embargo, al escuchar sus gemidos y notar su inocente entrega, perdió el control. La llevó contra la pared y apoyó todo su peso contra ella, para sentirla más firmemente. Y a pesar de su diferencia de tamaño, encajaban a la perfección. Podía sentir sus turgentes pechos, apretándose contra el suyo, en un roce que lo enloquecía. La elevó con sus manos y barrió su boca con la lengua, cuando Ivalyn rodeó su cintura con las piernas. La aplastó contra la pared en un intento de fundirse con ella y sintió que se aferraba a sus hombros con fuerza, quizá deseando lo mismo. Sus gemidos lo incitaban a asaltar su boca una y otra vez. Nada parecía ser suficiente para ellos. Sabía que debía detener aquella locura, pero su cuerpo no respondía. Al menos no del modo en que su mente le exigía una y otra vez. Deseaba tocarla en todas partes, pero no se atrevía a ir más allá de su tentador trasero, porque si ponía la mano en cualquier otra parte de su anatomía, estaba seguro de que la poseería en aquel mismo instante.

Y fue la constatación de aquel hecho, lo que le obligó a separar por fin sus bocas. Cuando besó a Ivalyn, no lo había hecho con la intención de seducirla. Se había dejado llevar por el deseo, pero no quería mancillar su honor. Jamás se lo perdonaría, si llegase a suceder. No se atrevía a soltarla todavía, aunque sabía que debería hacerlo en algún momento, y, por eso, mantuvo los ojos cerrados y las frentes unidas hasta que su respiración se normalizó.

—Ve a tu cuarto, My —le dijo, mientras la dejaba en el suelo—. O te haré el amor aquí mismo sin importarme que sea tu hermana a la que debo desposar.

Ivalyn no necesitó más aliciente que sus palabras para salir corriendo hacia sus aposentos sin mirar atrás. No porque temiese la amenaza de Leif, sino porque desconfiaba de sí misma para controlar el deseo que todavía sentía por aquel hombre. Si permanecía más tiempo junto a él, le permitiría robar su virginidad si así lo deseaba y eso la preocupaba porque, a pesar de todo, seguía siendo el prometido de su hermana.

—Olvídalo, Ivalyn —se dijo, una vez en la soledad de su cuarto—. Leif no es para ti.

Aun así, soñó con él y con sus ardientes besos hasta que el sol de la mañana la despertó, regresándola a una realidad donde tendría que enfrentar a Leif como si nada hubiese pasado entre ellos la noche anterior. Se vistió sin prisa, aun cuando su estómago protestaba por el hambre y se paseó por la habitación, intentando reunir valor para salir fuera y fingir que no había estado en brazos del hombre que le había robado el corazón, aún sin proponérselo.

—Tú puedes, Ivy —se dijo en alto.

Luego inspiró profundamente y dejó escapar el aire despacio. Estaba a punto de abrir la puerta, cuando un par de golpes impacientes precedieron a su hermana, que estaba pálida y tenía el miedo pintado en la cara.

—Ivy, ven rápido. Padre acaba de llegar.

—¿Qué? Pero había dicho que no… —Recordó, entonces, sus visiones y el sueño que había tenido la noche anterior—. ¡Oh, Dios! Ha pasado.

Tomó a Lynna de la mano y prácticamente la arrastró hacia el salón. Ya no importaba nada, salvo hablar con su padre, tanto para confirmar lo que ya sabía, como para averiguar lo que había sucedido después de que su visión se hiciese realidad. Al menos estaba segura de que el rey había sobrevivido a aquello que lo había hecho huir.

—Padre. —Se abrazó con fuerza a él, temblando de pies a cabeza.

Lo había extrañado mucho, más de lo que se había permitido admitir. Sintió cómo respondía a su abrazo, pero no pudo disfrutarlo, porque lo notó temblar también. Se separó de él para mirarlo a los

ojos. Temía lo que pudiese ver en ellos, pero no podía ignorarlo tampoco.

—¿Qué más ha pasado, padre?

—Ivy —la advertencia en la voz de Godric fue evidente para todos los allí reunidos.

—Puedes hablar en confianza, padre. Se lo he contado. —Le sonrió, evitando mirar a Leif.

Era consciente de su presencia, aunque lo había sido siempre, desde el día que se le presentó. Simplemente había pretendido ignorarlo, pues era el prometido de su hermana, pero después de aquel beso, ya nada sería igual y ambos lo sabían. Por más que fingiesen ser los de antes.

—Los daneses atacaron Chippenham durante la noche, mientras el rey celebraba la festividad de Reyes. Apenas lograron escapar unos pocos hombres con él.

—Entonces vuestra visión era cierta —sentenció Olin.

—Las visiones de mi hija siempre se cumplen. —Godric lo miró—. Lo difícil es saber cuándo.

—Tenía la sensación de que sería pronto —dijo Ivalyn, nerviosa—. Llevo dos noches intranquila, pensando en que tal vez ya había sucedido. Es la primera vez que me afectan de este modo. No sé por qué.

—El ataque fue hace dos noches —le recordó su padre, inquieto.

—Tal vez tu don se está haciendo más poderoso, Ivy — susurró Lynna.

—Tal vez. —Miró de reojo hacia Leif y este le sonrió de forma tan fugaz que creyó habérselo imaginado.

—El rey está llamando a sus hombres a las armas —dijo Godric, mirando ahora a los vikingos.

Y mientras su padre hablaba, Ivalyn no pudo obviar el significado de la mirada que le lanzó Leif, como si esperase que ella dijese algo. Pero no lo haría. No quería añadir más preocupaciones a su padre, contándole un sueño que quizá no significase nada. Supo que Leif respetaría su decisión de mantenerlo en secreto porque lo vio asentir.

—Iremos con vos, conde —ofreció Leif—. El compromiso con vuestra hija habría bastado para hacerme cumplir la promesa, pero estos últimos meses he podido conocerlas mejor a ambas y lo habría hecho incluso si fuese solo para protegerlas.

—Cualquiera de nosotros lo haría —corroboró Olsen, a lo que se unió el resto.

Lynna se ruborizó e Ivalyn les sonrió con afecto. Apretó la mano de su hermana para transmitirle fuerza porque podía sentir cómo temblaba. También ella lo habría hecho, si no tuviese más preocupaciones en su cabeza de las que ocuparse.

—¿Regresaremos a casa? —A nadie pasó inadvertida la esperanza que tiñó la voz de Lynna.

—Estaréis más seguras aquí —respondió Leif.

—Pero si ni siquiera hay muralla exterior.

—Dejaré a algunos hombres aquí para protegeros, pero nadie se atreverá a acercarse y mucho menos atacar. Estáis a salvo, Lynna.

—Erickson tiene razón, hija —su padre lo secundó—. Me sentiré mejor si sé que estáis aquí. No hay lugar más seguro que una isla en medio del mar.

Por un momento, Lynna dejó entrever que sentía el apoyo de su padre a su prometido como una traición, pero Ivalyn fue la única que estaba lo suficientemente cerca de ella como para verlo. Creía que Lynna se había hecho a la idea de que su hogar estaba allí, pero aquel gesto parecía desmentirlo y eso la preocupó. Necesitaba averiguar a qué se debía su mirada de reproche, pero tendría que esperar a quedarse a solas con ella.

Mientras Leif y sus hombres se preparaban para la inminente partida, Ivalyn sintió que la ansiedad se apoderaba de ella y la única forma que conocía de calmarse era aislarse del mundo. Necesitaba pensar en lo que había pasado, para poder asimilar lo que estaba por venir. Sin que la vieran, se escabulló fuera de la casa y corrió hacia la playa. Había ido sola en varias ocasiones, desde aquel primer día en que Arik la había llevado. El sonido de las olas la relajaba y le ayudaba a pensar. Y aquel día lo necesitaba más que nunca.

Le aterraba que su visión se hubiese cumplido ya, porque sabía que los llevaría a una nueva guerra. Pero, aunque debería estar preocupada por todos sus seres queridos, que Dios la ayudase a redimirse por ello, solo podía pensar en que Leif pudiese resultar herido o, en el peor de los casos, muerto. Ni siquiera concebía la idea de que aquel hombre dejase de existir.

—Tu padre te está buscando, My.

Su voz era inconfundible, incluso si no hubiese usado el apelativo con el que la llamaba desde aquella noche bajo las estrellas. Cerró los ojos e inspiró profundamente antes de enfrentarlo. Si había ido a la playa era precisamente, para evitar estar a solas con él. Y allí estaban ahora, juntos y solos.

—Ya os vais —no era una pregunta.

—Deberías haberme dicho que estabas preocupada por algo, My. No es justo que te enfrentes a eso tú sola.

—¿Y qué habríais podido hacer vos? —Se encogió de hombros—. Nada, me temo.

—Tal vez compartirlo te liberaría de la tensión. —Se situó frente a ella para buscar su mirada—. Creía que confiabas en mí.

—Lo hago —concedió tímidamente.

—Yo… —parecía nervioso—, lamento mucho lo que sucedió anoche, My. No pretendía faltarte al respeto. Ni a ti ni a tu hermana.

—No tenéis que disculparos por nada, Leif. Sé cuál es mi lugar y debería haberme quedado en él —dijo con firmeza —. En todo caso, la culpa fue mía por no deteneros.

—Créeme si te digo que no habrías podido evitarlo. —Se mesó el cabello con las manos, inquieto—. Ivalyn, yo…

Pero nunca llegó a decir lo que estaba pensando porque la voz de Arik contuvo su lengua. El rubio vikingo no había reparado en la intimidad del momento y se acercaba a ellos con una espléndida sonrisa en los labios. «Siempre tan alegre», pensó Ivalyn, «incluso en un momento como este».

—La has encontrado. Debería haberos buscado primero aquí, preciosa. —Le guiñó un ojo sin perder la sonrisa—. Después de todo os trae gratos recuerdos de mi persona.

—Pero qué listo sois, Arik —le siguió el juego para disimular la decepción de no saber qué habría dicho Leif—. Me temo que os echaré de menos mientras estáis tan lejos.

—Vaya. Ahora que me tengo que ir, decidís aceptar mis atenciones —la acusó en broma. Su ocurrente actuación relajó el momento, aunque Ivalyn sabía que lamentaría durante mucho tiempo que los hubiese interrumpido.

—Así es la vida. Siempre se desea lo que no se puede tener. —En cuanto lo hubo dicho se arrepintió. No se atrevió a mirar a Leif, aunque sabía que sus ojos estaban clavados en ella. Se le erizó el bello del cuerpo y se cubrió mejor con la capa, aunque no era frío lo que sentía—. Será mejor que regresemos ya. Mi padre querrá partir cuanto antes.

Ninguno habló en el camino de vuelta, probablemente inmersos en sus propios pensamientos, pero Ivalyn apuró el paso hasta casi correr. Deseaba llegar rápido, aunque supusiese adelantar la partida de su padre. En cuanto lo vio en la distancia, transformó su paso en carrera, hasta alcanzarlo y fundirse en un fuerte abrazo con él. Necesitaba más que nunca de su fortaleza.

—Ten cuidado, padre —le rogó, echándose a sus brazos con temor—. Te necesito vivo por muchos años más.

—Aquí seguiré, mi pequeña. —La apretó contra él—. No pienso morir sin conocer antes a mis nietos. Los de ambas.

—Oh, padre —sollozó, sin lágrimas, en su hombro.

Permanecieron juntos mientras Ivalyn atraía hacia ellos a su hermana. El abrazo a tres demostraba lo unidos que estaban. Siempre habían sido solo ellos, apoyándose en los malos momentos y disfrutando los mejores. Godric besó la frente de cada una de sus hijas y les sonrió con cariño.

—Regresaré, Lynna —le prometió a la mayor, que tenía los ojos llenos de lágrimas—. No me llores todavía.

—Padre —sollozó sin poder evitarlo, contra su pecho, al igual que había hecho Ivalyn antes, solo que ella derramó las lágrimas que habían estado anegando sus ojos.

Uno a uno, se fueron despidiendo de ellas. Lynna había empezado a llorar y no pudo dejar de hacerlo, así que su hermana,

haciendo uso de la fuerza de voluntad que le quedaba, apretó su mano para darle apoyo, a pesar de que también le estaba fallando el aplomo. Deseaba poder ocultarse en su cuarto y llorar hasta que no le quedasen lágrimas que liberar, pero no quería hacerlo hasta que se hubiesen ido.

Leif se despidió de Lynna con una ligera reverencia y besó su mano, con respeto. Era evidente que no se atrevía a más porque la muchacha estaba demasiado afectada ya. A Ivalyn la tomó de la mano también y se la apretó con fuerza mientras usaba un modo más formal. Demasiado íntimo a ojos de ella. Cuando sus miradas se encontraron, Leif le envió un mensaje con los labios, sin llegar a pronunciar palabra alguna. «Enmendaré mi error » , le había dicho. Pero, ¿qué error? «Tú», gritó su conciencia, «tú has sido el error». Y su corazón se oscureció con aquel pensamiento.

Capítulo 19

La llegada de los vikingos a Athelney fue recibida como alegría, pues ya conocían su pericia en combate. El propio rey Alfred se encargó de dar la bienvenida al grupo.

—Perdimos a muy buenos guerreros en el último ataque de los daneses, además de la fortaleza de Chippenham, y el resto de los hombres están bastante desmoralizados —les dijo después—. La sangre nueva vendrá bien para renovar los ánimos.

—Estamos aquí para ayudar —aseguró Leif—. En lo que sea necesario.

—Es bueno oír eso porque nos disponemos a fortificar Athelney. —Apoyó la mano en su hombro—. No podemos pasar el invierno sin protección. Si los daneses han actuado en Chippenham a traición y les funcionó, no podemos esperar que no vayan a repetirlo.

—Ayudaremos en ello y, si nos lo permitís —añadió—, podríamos mostrar a vuestros hombres las técnicas de lucha de nuestro pueblo. Os serían útiles contra los daneses, pues solemos ser más atrevidos.

—Toda ayuda será bienvenida. —Palmeó su hombro y lo liberó después—. Haré que os muestren dónde podéis establecer el campamento hasta que la fortificación esté lista. Godric —se dirigió al conde ahora—, quería hablar con vos antes de nada, si no es molestia.

—Como gustéis, majestad. —Inclinó la cabeza hacia él en deferencia y se excusó con los vikingos para acompañarlo al interior de la casa.

—Os quedaréis en la casa conmigo. —Oyeron que decía Alfred antes de desaparecer junto a él.

Uno de los hombres del rey los acompañó a un descampado, cerca de la casa, donde tendrían suficiente sitio para todos ellos. No esperaban comodidades cuando iniciaron aquel viaje, pero la

localización resultó mejor que la de muchos de los leales señores del rey sajón.

—Es evidente que el rey está feliz de que nos hayamos unido a la lucha —dijo Olin, observando el río que discurría junto a la tierra que habían asignado para ellos—. Nos ha dado el mejor lugar. Hay de todo aquí.

—Excepto mujeres —rio Arik que, ante la mirada severa de Leif, añadió—. Tendremos que encontrar algo diferente con qué entretenernos.

—Como trabajar en la fortificación del lugar —dijo Leif por él— o enseñar a los sajones a luchar mejor.

—Me pido hacer eso último —se animó su compañero al momento.

—Todos —Leif recalcó la palabra para asegurarse de que entendían lo que decía— ayudaremos en la fortificación. Una vez listas las defensas, nos ocuparemos del ataque.

—Debí quedarme protegiendo a las mujeres en casa. — La vergüenza no iba con él.

—¿Quién sería nuestro bufón, entonces? —se burló Olin.

—Para eso te tenemos a ti. —Arik trató de golpearlo con el pie, pero su amigo fue más rápido y erró por mucho, desestabilizándose.

—Yo diría que tú eres mejor en eso.

—Cállate, Olin.

—Callaos los dos —rugió Olsen para frenarlos, antes de mirar hacia Leif—. ¿Vas a quedarte con nosotros en el campamento o piensas aceptar la invitación del rey a trasladarte a la fortaleza, una vez lista? Sabes que no nos molestará si vas con él, así que decide lo que creas conveniente.

—No ha sido muy claro respecto a eso —dijo Leif—, pero hemos venido juntos y juntos estaremos. Dejémosla para quien se sienta más seguro en ella. No la necesitamos.

Olsen asintió y comenzó a dar las órdenes para disponer las tiendas en torno a la de su jefe, como protección extra. Parecían ser bienvenidos en aquel lugar, pero no por ello se confiarían. Sabían que muchos de los lores que acudirían a la llamada de su rey

estaban en contra de aquella unión y no pensaban darles la oportunidad de tratar de evitarla.

—No debes estar nunca solo, Leif —le advirtió horas después, cuando habían terminado de organizar el campamento—. No sabemos quiénes están a favor del compromiso y quiénes no.

—Godric me mantendrá al tanto de eso —le restó importancia al asunto.

—No me fío.

—¿De Godric?

—De quien no te quiere casado con la joven —especificó —. En cuanto el conde nos diga quienes son, les pondremos vigilancia, pero, aun así, tú no debes andar solo jamás.

—Si así te quedas más tranquilo —finalmente cedió.

Aunque sabía que Olsen tenía un tanto de razón. Había mucha gente allí y, por más que tuviesen localizados a los lores en su contra, no era posible vigilar a cada hombre a sus órdenes. Si se hubiese desposado con Lynna antes de partir el peligro sería menor. No porque no fuesen a querer acabar con él, sino porque matar a un futuro conde sería más duramente castigado. Cualquier lord se lo pensaría dos veces antes de ir tan lejos.

Y, sin embargo, no había pensado en sus esponsales a su partida, sino en Ivalyn y el beso que habían compartido. Había querido decirle tanto en la playa, tranquilizarla con respecto a sus sentimientos, pero Arik se había entrometido, sin saberlo, y el momento había pasado. Durante la despedida había tratado enviarle un mensaje, pero no estaba seguro de que lo hubiese entendido y, aunque estaba dispuesto a explicárselo al regresar, pensar que podía acabar muerto en combate, una posibilidad más real que el asesinato, le inquietaba.

—Debería haber enviado a Arik por delante —murmuró, malhumorado.

—Se acerca el conde —anunció Olin, sacándolo de sus cavilaciones.

—Leif —le advirtió Olsen al ver que caminaba hacia Godric.

—Mientras esté con él, nadie intentará matarme, Olsen —le aseguró—. Y necesito hablarle a solas.

—De acuerdo —gruñó el hombre, aunque no parecía muy conforme con el arreglo.

Leif se reunió con Godric, ansioso por hablarle sobre su compromiso con Lynna. Quería zanjar el asunto antes de empezar con el trabajo o temía no tener ya ocasión.

—Hay un lugar para vos en la casa —habló primero el hombre—. Estaríais más cómodo si…

—Estaré bien junto a mis hombres —lo interrumpió—, pero gracias por el ofrecimiento. Godric, querría hablar con vos de…

—Godric —alguien gritó en la distancia y Leif perdió la oportunidad.

Cenric Alden se acercaba a ellos a grandes pasos, seguido de Mael, su primogénito. Leif todavía recordaba que el conde había querido casar al joven con Ivalyn y, aunque le disgustase la idea, no podía negar que habría sido una unión provechosa para ellos.

—Cenric, amigo. —Se fusionaron en un abrazo—. Creía que tardaríais más en llegar.

—Alcanzamos Sussex un día después de tu partida —le explicó—. Quería haber venido contigo, pero no había previsto que fueses a buscar a los vikingos primero. Una ayuda más que bien recibida. —Aquello último lo añadió mirando hacia Leif e inclinando la cabeza a modo de saludo.

—Ya era hora de implicarse más con la tierra que nos ha dado un hogar —dijo Leif en respuesta.

—Mael —Godric saludó al hijo de su amigo, que había permanecido en silencio hasta el momento—, benditos los ojos que te ven, muchacho. Cada día pareces crecer más.

—Godric. —Inclinó la cabeza ligeramente—. ¿Cómo se encuentran Ivalyn y Lynna?

—A salvo de esta locura —le respondió—, que es más de lo que podemos decir el resto.

—Los daneses no parecen darse por vencidos —asintió Mael.

—Nos encargaremos de hacérselo entender —repuso Leif con seguridad.

—Acabamos de llegar —le dijo Mael— y lo único que se oye son alabanzas sobre vuestras habilidades en la lucha, Erickson.

—No entiendo por qué, pues hasta el momento no las hemos puesto en práctica más allá de la isla —sonrió—. Y podéis llamarme Leif. Creo que es lo mínimo, ahora que seremos hermanos de armas.

—En ese caso, llámame Mael —le concedió.

De aquella forma tan particular y poco directa, decidieron que entre ellos habría una buena relación.

—¿Ya os habéis instalado? —le preguntó Godric a su amigo.

—En ello están mis hombres.

—Bien, bien. Aunque estoy seguro de que el rey tendrá un cuarto para ti en la casa. —Apoyó la mano en su hombro, para acompañarlo junto a Alfred. Y se alejaron, dejando a Leif a solas con Mael.

—Cuando se juntan, no hay forma de seguirles el ritmo —dijo este, antes de mirar hacia Leif—. La primera vez que nos vimos, no tuve ocasión de conocer a tus hombres. Tal vez pueda ser ahora.

—Desde luego —asintió—. De hecho, estamos cerca.

Lo guió hasta el campamento y le presentó a los tres hombres en los que más confiaba. Mael en seguida encajó entre ellos, pues era igual de bromista que los jóvenes del grupo. Y mientras hablaban y se reían juntos, Leif pudo comprobar la fuerza y el magnetismo que desprendía, tan similares a los de Ivalyn. Estaba claro que habían influido mucho el uno en el otro a lo largo de su vida y no pudo evitar sentir envidia.

—Es una pena que la boda se haya tenido que posponer —las palabras de Mael lo regresaron al presente—. Una celebración así levantaría los ánimos.

—Algunos deberes tienen prioridad —repuso Leif, sin querer decir que a él no le parecía tan mal haberla retrasado.

—No habrá nada que celebrar si los daneses se quedan con las tierras que nos pertenecen —corroboró Mael.

—Los daneses solo buscan el oro fácil —intervino Olsen, que se había mantenido al margen de las pullas de los más jóvenes—. El rey hizo mal al pagar la primera vez porque sentó las bases de un intercambio que solo beneficia a una de las partes.

—Obtenemos la paz —replicó Mael—. Nos beneficia a ambos bandos.

—Obtenéis un aplazamiento de la guerra —concretó él —. Cada vez que se les termine el oro que les dais, volverán a por más. Invadirán un par de fortalezas para obligar al rey a comprar una nueva tregua, recularán a Danelaw y vuelta a empezar.

—¿Y qué pasará cuando el rey se canse de pagar? —asintió Olin—. Pues que la guerra habrá llegado, pero las arcas estarán vacías. No se puede ganar una guerra sin un ejército bien preparado, pertrechado y alimentado.

—Hay que ponerle fin antes de que sea tarde —concluyó Arik.

—No lo había visto desde esa perspectiva —admitió Mael sin rastro de vergüenza—, pero tenéis razón. Si vacían nuestras arcas, no podremos hacerles frente debidamente.

—La guerra es costosa —añadió Leif—. Y no solo hablo de lo material. No me gusta desperdiciar las vidas de mis hombres en actos banales, pero es hora de dar el paso y ayudar a liberar esta tierra de los invasores daneses. Esta vez nos aseguraremos de que regresen a Danelaw con las manos vacías y que no tengan posibilidades de volver.

—Brindaría por eso —dijo Arik, sonriente—, pero no tengo una copa en la mano.

—Pongámosle remedio —sugirió Mael—. A nuestra llegada, descubrí que estaban preparando el asado cerca de la casa. Es muy probable que el vino esté allí.

No tardaron mucho en dar con un pequeño alijo de copas y una jarra de vino, que se sirvieron para brindar. Leif no estaba seguro de que Mael fuese consciente de lo que había hecho al sugerir a sus hombres que brindasen juntos, pero decidió esperar a que él mismo se diese cuenta con el tiempo. Un vikingo no brindaba con cualquiera lejos de la mesa, donde lo hacía por cortesía cuando otro lo proponía. Con aquel gesto, sus hombres habían aceptado a Mael como un igual entre ellos.

—Me gusta ese hombre —dijo Olin, cuando Mael tuvo que regresar a su campamento—. Deberías mantenerlo cerca una vez te conviertas en el conde y te traslades a Sussex con Lynna.

Nombrar un futuro que ahora se le antojaba tan poco apetecible hizo que algo en su interior se removiese y se limitó a asentir,

inseguro de poder hablar sin delatarse. Y, aunque siempre habían tomado todas las decisiones en grupo, en aquella ocasión no les diría nada hasta haber solucionado el problema.

—Creo que iré a buscar al conde —dijo entonces—. Antes no pude hablar con él lo que quería.

—Llévate a alguien contigo, Leif —le recordó Olsen.

—Quiero hablar a solas con él —insistió.

—Pues que se mantengan a distancia —gruñó el hombre poniéndose de pie—. Maldita sea, yo mismo lo haré, no sea que lo envíes al campamento en cuanto os pierda de vista a los dos.

Leif se limitó a sonreír, mientras movía la cabeza a un lado y a otro. Su amigo se tomaba muy en serio su seguridad y aunque se lo agradecía, en aquella ocasión hubiese preferido ir solo porque el tema que debía tratar con el conde era muy personal. Si el conde reaccionase mal ante sus palabras, no quería que ninguno de sus hombres estuviese allí para verlo.

—Sea lo que sea lo que vayas a decirle —añadió Olsen cuando estuvo a solas con él—, sé que será lo correcto.

—¿De qué estás hablando? —Leif lo miró con curiosidad.

—Quien mantiene la boca cerrada, ve y oye más —dijo—. Sé que no estás conforme con algunas decisiones que has tomado últimamente y diría que están intentando ponerle solución.

—Temo la reacción del conde —admitió.

—Es un hombre sensato, sabrá entenderlo.

—Eso espero.

—También nuestra gente lo entenderá —añadió después de un segundo en silencio. Leif sabía a qué se refería, pues la decisión no había sido solo suya, sino de todo el pueblo.

—No cambiará en nada nuestro trato con los sajones.

—Desde luego que no —afirmó con seguridad—. Esas dos jóvenes se han ganado nuestros corazones y nuestra lealtad. Nadie se negará a luchar junto a los sajones, pase lo que pase.

—Olsen. —Apoyó la mano en su hombro—. Tú debiste haber sido el líder de nuestra gente, no yo. Eres sensato, cauto y sabio.

—Soy demasiado gruñón para que me sigan —negó—. Tú tienes todo eso y mucho más. Nuestra gente te sigue porque confía en ti y

te respeta. No te vayas a menospreciar ahora.

—No lo hago —sonrió—, pero eso no significa que no sepa ver tu valor.

—Repítemelo cuando mi hermano y Arik puedan oírlo.

—¿Eso ha sido una broma? —Lo miró sorprendido.

—Jamás bromeo, Leif. —Su rictus, totalmente serio, no desmentía aquella afirmación—. Ya deberías saberlo.

Pero Leif no pudo replicar porque escucharon un alboroto cerca de la casa y corrieron para averiguar de qué se trataba. Los hombres que allí se habían reunido no dejaban de hablar entre susurros y observar a quien había salido de la casa junto a su rey. Leif no alcanzaba a ver lo que sucedía, pero Olsen les abrió paso hasta llegar al frente.

Junto a Alfred, había tres mujeres con ropajes oscuros, adornados con pieles y un cinturón del que colgaba una bolsa de cuero. Una de ellas llevaba en su mano un bastón que provocó que el corazón de Leif se acelerase. Sabía quiénes eran, pero no podía creerlo.

—Son völur —susurró Olsen a su lado, quizá más sorprendido que él—. Se suponía que habían desaparecido.

—Al parecer, no todas —respondió él.

Entonces, recordó el sueño de que le había hablado Ivalyn y su corazón dejó de latir por un momento. Solo cuando una de ellas clavó sus ojos en él, comenzó a palpitar de nuevo.

—Te conozco. —La oyó decir en su lengua natal.

Capítulo 20

Alfred se había sorprendido al ver el intercambio de miradas entre las brujas que había rescatado —pues ahora parecía eso y no una captura— y Leif Erickson. No obstante, no se opuso a que se quedasen a solas para hablar, cuando la mayor de las tres se lo pidió. Todavía no confiaba en ellas plenamente, pero unos días antes le habían jurado lealtad ante todos y después de la reacción del vikingo al verlas, le había entrado curiosidad por saber qué querían decirle. Después de aquella extraña reunión, le exigiría a Erickson que se lo contase todo, pues con ellas no se atrevía aún.

Leif permanecía de pie, cerca de la puerta, con ambos brazos cruzados en su pecho, observando a las mujeres en silencio. Olsen, que se había negado a dejarlo solo, había adoptado la misma postura, pero desde la puerta y las miraba alternativamente, esperando a que alguna hablase.

Se parecían entre ellas, dando a conocer que eran hermanas y, aun así, Leif sentía que eran tan diferentes como la noche y el día. Sus ojos, de un tono verde miel parecían hipnotizar. No solo porque los miraban de forma intensa, sino porque la areola dorada parecía concentrarse en torno a la pupila, dándoles un aspecto sobrenatural. Su cabello variaba entre el rojo oscuro de la mayor, que lucía como una mezcla de sangre y vino; el rojo intenso entre ondas oscuras de la mediana, que luciría como llamas bajo la luz del sol; y el cabello más claro de la menor, que había desprendido tonos cobrizos fuera, pero que ahora era como una luz en las tinieblas, con aquellos brillos rubios. Pero no eran su cabello ni sus ojos lo que las diferenciaba, ni lo que las hacía tan similares, sino el aura que desprendían, entre misterio y sabiduría. Era lo que veía, en cada una de ellas, a su manera.

—No fue más que un sueño —empezó la volva que había hablado antes frente a todos—, pero te vi.

Era joven para ser volva, aunque se veía experimentada, por lo que Leif no tenía intención de subestimarla. A ninguna de ellas, en realidad. Había visto a suficientes völur en su vida para saber que nada escapaba a su control y que lo que hacían o decían tenía un propósito que revelaban en el momento adecuado. Decidió que lo más sensato era permanecer en silencio hasta que terminase de hablar.

—Has viajado lejos Leif Erickson —continuó y, aunque debería haberse sorprendido de que supiese su nombre, no lo hizo—. Tu destino te esperaba lejos de donde el sol te vio nacer. Tampoco la luna te verá morir allí.

—Eso es algo que asumí hace tiempo —respondió, al comprender que la volva no diría nada más si él no colaboraba en la conversación.

—No tanto tiempo de eso —repuso ella, después de estudiarlo—. ¿O me negarás que hasta hace poco todavía pensabas en tu tierra?

—Pensar en ella no implica querer regresar.

—Pero te lo planteabas. —Esta vez lo sorprendió con sus palabras.

Se sintió incómodo también, pues nadie podía haber averiguado que, hasta que aceptó la propuesta del conde, había tenido dudas sobre la tierra que habían elegido como nuevo hogar. No se sentía parte de ella todavía, a pesar de los años que llevaban allí, y había temido no poder alcanzar nunca ese sentimiento de pertenencia que había buscado al llegar. Se había aferrado al compromiso como un salvavidas, como si le pudiese dar lo que su corazón se negaba a aceptar por sí solo. Como un aliciente para considerar aquel su hogar.

—Ya no —sentenció, con firmeza.

—No. —La joven se acercó a él y dio una vuelta a su alrededor—. Ya no.

Aunque no añadió más, Leif creyó ver en sus palabras la verdad sobre la razón por la que ya no dudaba en quedarse. Empezaba a pensar que era demasiado transparente, porque era imposible que lo

hubiese averiguado en un sueño. No podía creer que de verdad fuesen volür.

—¿Qué ocurría en el sueño? —preguntó, con verdadera curiosidad.

—Eso es algo que ya sabes —respondió ella.

—Estamos aquí por ti —añadió la mayor de las tres.

—¿Por mí? —Si antes se había sorprendido de que pudiesen leer en su interior con tal facilidad, el sentimiento se había intensificado con esa confesión.

—Guthrum el Viejo nos arrebató de nuestro hogar —le explicó— porque ansiaba conquistar un reino que no le estaba destinado y creía que las völur le conseguiríamos lo que no lograba alcanzar por sí mismo. Nos trajo a esta tierra sin saber que era a aquí a dónde debíamos venir.

—Si vais a decirme que soy yo quien está destinado a semejante…

—Alfred el Grande es y será el rey de Wessex —lo interrumpió.

—¿Entonces, por qué decís que estáis aquí por mí?

—Porque necesitamos que nos lleves con ella. —Aquellas palabras no le gustaron en absoluto, pues no tuvo dudas de a quién se refería.

—¿Por qué habría de hacer eso? Ni siquiera sé quiénes sois ni si puedo confiar en vosotras.

—Mi nombre es Liv —se presentó, entonces ella—. La mayor de las hijas de Anskar Landvik. Y estas son Eline y Maren, mis hermanas. Nacimos con dones especiales y los manifestamos a temprana edad, algo poco habitual entre las nuestras. Nuestro padre nos envió con la última de las völur que parecían quedar y con ella, hemos estado formándonos, hasta que Guthrum nos secuestró.

—¿Por qué no se la llevó a ella?

—La mató —respondió Eline, la mediana, con evidente enfado—. Y lo hizo a traición.

—Creyó que seríamos más manejables que ella. —Liv alzó la mano hacia su hermana para hacerla callar. No era habitual en una volva mostrar reacciones ante nadie, pues eso las hacía demasiado humanas.

—Pero se equivocó —aventuró Leif.

—No lo hizo —negó Liv—. Hemos hecho cuanto nos ha pedido, prueba de ello es que estamos ahora aquí, después de que tu rey haya perdido la batalla en Chippenham.

—Y ahora que nos hemos librado de su yugo —habló Maren, la menor de las tres, por primera vez—, ayudaremos a tu rey Alfred a reconquistar sus tierras.

—¿A cambio de qué? —preguntó Leif— ¿De qué os lleve con ella después? No haré tal cosa sin su consentimiento. No quiere ese don…

—No es algo que tú debas decidir, Leif Erickson —dijo Liv—. Tampoco ella. Es algo que tiene que suceder. Nosotras teníamos que estar aquí en el momento en que llegases. Y tú tenías que unirte al rey en la lucha para poder ayudarnos después.

—Habláis mucho y no decís nada —intervino Olsen, que había estado en silencio todo el tiempo—. Esto no es más que palabrería barata. No negaré que sabéis amedrentar a los hombres o inducirlos a actos heroicos. Ni que podéis ayudar con las cosechas, las familias, las enfermedades o todo lo que os propongáis, pero eso no os hace ser menos humanas que Leif o que yo. Si queréis ayuda, pedidla directamente y dejaos de palabras vacías. Pero no esperéis que os ayudemos sin más; tendréis que explicaros mejor porque, si estáis hablando de quien creo, no os permitiré acercaros a ella sin saber qué intenciones lleváis. Juré protegerla con mi vida y por los dioses que lo haré. Nadie podrá acercarse a ella sin que yo lo consienta.

—Eso es lo que digo yo siempre. —Eline emitió un gemido de frustración y comprensión conjuntas, y sus hermanas la miraron al mismo tiempo—. Es agotador hablar sin decir nada.

—Es la única forma de que nos tomen en serio —le recriminó Liv.

—Sí, ya se ve que nos hacen mucho caso. —Eline alzó una ceja y señaló a Olsen como prueba de ello.

—Si estáis en aprietos —se atrevió a intervenir Leif—, no tenéis más que decirlo e intentaremos ayudar. Estoy seguro de que el conde de Sussex e, incluso el rey, harán lo que puedan para solucionarlo.

—Dudo que el conde acepte ayudarnos a encontrarnos con su hija —dijo Eline, dando a entender que sabían más de lo que decían—. La protege con gran celo.

—Siempre dependerá de vuestras intenciones —comentó él con sinceridad—. Es un hombre bastante razonable.

—Eline lleva meses soñando con ella —les explicó Liv, abandonado ya el lenguaje propio de las völur, que dice mucho, pero no aclara nada—. Al principio creía que eran solo visiones del pasado.

—De la primera volva —concretó Eline—. Creía que intentaba mostrarme cómo habíamos nacido y cómo habíamos descubierto nuestros dones. Bueno, ella era inexperta y no controlaba sus visiones, así que parecía lógico.

—Pero al llegar a la isla —aventuró Leif, recordando el sueño de Ivalyn—, descubristeis la verdad.

—Ella nos vio en mi sueño —asintió Eline.

—¿Era un sueño? Por lo que me contó, creí que habíais contactado con ella durante la batalla en Chippenham. Que la habíais llevado hasta allí de alguna forma para que lo presenciase. Temía que su poder estuviese descontrolándose.

—Fue solo un sueño premonitorio que tuve el día antes de la batalla —le explicó Eline—. Al principio creía que estaría allí, pero luego comprendí que era una mera espectadora y que yo la había llevado conmigo.

—En realidad —habló Liv—, solo Eline la vio en sus sueños. Maren y yo no la hemos contactado en ningún momento. Lo que sabemos de ella es a través de nuestra hermana.

—¿Qué queréis de ella? —preguntó Olsen, siempre tan directo.

—Ayudarla —respondió Maren.

—Ella no quiere el don —le recordó Leif—. No aceptará vuestra ayuda si tiene que ver con potenciarlo.

—Solo queremos ayudarle a entenderlo y controlarlo —dijo Liv—. Lo que haga con él después es cosa suya.

—Si quiere aprender a potenciarlo no le diremos que no —añadió Eline, que se ganó una mirada de reproche de su hermana mayor—. Vamos, Liv, no me mires así, sabes que no quedamos muchas völur

ya, así que cualquier mujer con dones será bien recibida entre nosotras.

—Respetarás su decisión —le advirtió—, sea cual sea.

—Por supuesto. —Parecía ofendida—. Solo he dicho que sería bienvenida si quisiese ser una volva.

—Creo que ya hizo su elección hace tiempo. —Aunque Liv no añadió nada más, Leif sintió la mirada sobre él por un segundo y su corazón comenzó a latir con prisa en el pecho. ¿Se estaría refiriendo a él?

—Entonces —habló Olsen de nuevo—, ¿nos ayudaréis a reconquistar las tierras que hemos perdido a manos de los daneses?

Leif admitió que le gustaba cómo había sonado que los incluyese en el conflicto, pues le gustaba saber que ya se consideraban parte de aquel lugar. También él lo hacía por fin y era algo que tenía que agradecerle a Ivalyn. No al conde, como había creído cuando aceptó el trato que le había propuesto, sino a ella. Y aunque no le gustaba la idea de que las völur se le acercasen, le preguntaría igualmente si quería conocerlas. Estaba seguro de que sabrían ayudarla a controlar su don si les daba la oportunidad.

—Lo haremos —le aseguró Liv.

—Pues no hay más que hablar por ahora —sentenció él—. En cuanto los hayamos enviado de regreso a Danelaw, veremos si os llevamos o no ante Ivalyn. Esa muchacha está bajo nuestra protección, como ya he dicho, y no vamos a exponerla al peligro con…

—No somos un peligro para ella —lo interrumpió Eline.

—Eso no lo sé todavía —la desafió sin miedo—. Si quieres acercarte a ella como dices, tendrás que ganarte mi confianza.

—No es así como…

—Siempre me han gustado los desafíos —Eline interrumpió a Liv cuando esta pretendía hablar.

—No soy de los que se dejan engañar fácilmente —le aseguró Olsen.

—Me sentiría decepcionada si lo fueses.

—Está bien. —Se dio por vencida Liv—. Sea pues así, en vista de que no me haréis caso ninguno de los dos.

En cuanto se quedaron solas, Eline les sonrió.

—Hemos roto unas cuantas reglas hoy. Groa no sería feliz de saberlo.

—Groa nunca era feliz —añadió Maren.

—Eso también es verdad.

—¿Por qué será? —les preguntó Liv—. Si le hicieseis un poco más de caso en lugar de intentar eludir sus lecciones, tal vez no se enfadaría tanto con vosotras.

—Sus lecciones eran aburridas, Liv —protestó Eline—. A los pocos días de estar con ella, ya sabía más de mis dones que ella de los suyos en sus años de volva.

Liv no podía negarlo, pues era cierto. Sin saber por qué, sus poderes se habían fortalecido con rapidez, mientras Groa se había quedado atrás. Puede que hubiese algún truco que se les escapase, pero habían aprendido mucho. Tal vez por eso Guthrum había decidido matarla, porque el día en que llegó a su casa y las cuatro intentaron defenderse, dejó claro que ya no era una amenaza para nadie. Si ellas habían cedido a los mandatos del hombre había sido para evitar la muerte de su maestra, algo que pasó igualmente, una vez fueron encadenadas. Si no se habían rebelado fue porque el danés no les había dicho nada y, para cuando lo averiguaron, era demasiado tarde para ponerle remedio. Pero, sobre todo, porque ya habían descubierto que su destino las esperaba en aquellas nuevas tierras hacia las que se dirigían sin remisión.

—Sea como sea —les dijo—, este es un nuevo comienzo para nosotras.

—Uno donde no nos impondrán más normas —asintió Eline, feliz.

—Uno donde no contamos con el respeto de los hombres —les recordó su hermana mayor—. A partir de ahora, no debemos mostrar nuestros poderes ante cualquiera porque la mayoría de los que aquí moran no los comprenderán y nos tendrán miedo. El miedo es más peligroso que la codicia para nosotras.

—Leif y su gente nos protegerán —les aseguró Maren.

—Pero eso será una vez nos ganemos su confianza —les recordó—. Por el momento, estamos solas.

—No tan solas —susurró Maren.

Un hombre había asomado la cabeza por una puerta, no muy lejos de ellas. Era el mismo que había acompañado a su rey en la batalla para detenerlas y el más reticente a su liberación después de que ayudasen a huir al grupo sin que los persiguiesen.

—Peor que solas —suspiró Liv, que veía en el hombre un problema.

—Permíteme asustarlo un poco —pidió Eline—. Ya verás cómo deja de poner trabas a nuestra presencia.

—¿Qué acabo de decir del miedo, Eline? —la reprendió su hermana—. Es mejor que me ocupe yo. Volved a la fortaleza ahora, hablaré con él.

—No te vamos a dejar sola —se opuso Maren.

—No me hará daño —les recordó—. Alfred fue claro en eso y él respeta a su rey.

—No me fío —añadió Eline—. No nos ha quitado el ojo de encima desde que el rey nos liberó y les dijo que ahora somos aliados.

—No me importa lo que digáis o penséis —las reprendió —. Lo único que necesita ese hombre es ver que no somos una amenaza para el rey; después, nos dejará en paz. Voy a demostrarle que podemos serles de ayuda y que lo seremos, de hecho.

—Pero…

—He dicho que me dejéis sola con él —repitió, con más firmeza.

—Ya sabes qué hacer si nos necesitas —bufó Eline, arrastrando a Maren con ella.

—No os necesitaré —les aseguró—. No es peligroso.

El hombre dejó salir a las dos mujeres más jóvenes y cuando se quedó a solas con la mayor, centró su atención en ella. Había algo en aquella mujer que lo atraía irremediablemente y le preocupaba que le hubiese lanzado algún hechizo. Había sido el que más se opuso a su liberación y temía que estuviese manipulando su mente de alguna forma.

—Podéis acercaros —le dijo ella con voz suave—. No muerdo.

—Hacéis cosas peores. —No obstante, caminó hacia ella —. He sido testigo.

—Aquello no fue por gusto, creedme —replicó.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—No tenéis por qué hacerlo, cierto —asintió—, pero hallaré el modo de demostraros que no miento.

—Manipuláis la mente de las personas, no necesitáis demostrar nada. Tan solo metedlo en mi cabeza y listo. Se habrá acabado el problema, ¿no?

—Las völur tenemos ciertas normas. —Comenzó a caminar a su alrededor y Edric se sintió nervioso, pero no hizo nada, salvo mantenerse alerta—. Una de ellas es no usar nuestra magia en beneficio propio.

—¿Qué pasaría si rompieseis una de esas normas? —No pudo evitar que la curiosidad hablase por él.

—Realmente no lo sé. —Su respuesta resultó tan espontánea, que Edric no pudo sino creerla—. Nadie lo ha hecho nunca. Al menos, no tengo constancia de ello. No pudimos concluir el entrenamiento antes de que Guthrum nos secuestrase, así que hay cosas que todavía desconocemos.

—¿Por qué queréis ayudar a mi rey, si antes intentasteis matarlo?

—En aquella batalla vos luchabais contra los daneses, pero nosotras lo hacíamos para sobrevivir. Guthrum quería vencer a Alfred a toda costa y nos usó, bajo amenaza de muerte. Ninguna quería hacer aquello, pero de negarnos…

—Eso no explica por qué queréis ayudarle ahora —repuso, al ver que no terminaría la frase.

—Nuestro destino está ahora ligado al de vuestro rey —respondió, después de pensar en la mejor forma de decirlo —. Debemos ayudar por honor. No creo que lo entendieseis, aunque os lo explicase. De todas formas, yo tampoco puedo hacerlo. No me corresponde a mí hablar de ello.

—¿Por qué? —insistió, sin importarle que se hubiese negado a decirlo. Se había acercado tanto a ella, que podía distinguir el dorado de sus ojos, entremezclado con el verde. Parecía danzar, hipnotizándolo.

—Si vuestro rey no vence, lo que nos trajo hasta aquí se perderá y todo habrá sido en vano —intentó hacérselo entender sin desvelar la verdad de porqué estaban allí—. Todo el sufrimiento, la impotencia, el miedo… No podemos permitir que Guthrum se

apodere de estas tierras porque será el final de las mismas. Todo lo que ese hombre toca, lo destruye.

—Ahora me habéis dado una respuesta más convincente. —Edric sonrió, más tranquilo, y Liv se quedó prendida en su mirada por un instante.

De repente, su mente recibió una fuerte descarga de energía psíquica que nada tenía que ver con sus poderes o los de sus hermanas. Sintió el mareo casi al momento y trató de mantenerse en pie, sin éxito. Se hubiese caído, si los reflejos de Edric no estuviesen tan desarrollados.

—¿Estáis bien? —le preguntó, todavía sosteniéndola.

—Yo… —vaciló, tratando de recuperar el equilibrio—. Creo que sí. Es solo que…

—No debéis caminar sola todavía —la reprendió al ver que lo intentaba—. Podríais haceros daño si…

—Estoy bien —lo interrumpió, soltándose de él.

En cuanto comprobó que no volvería a marearse, se alejó tan rápido como pudo de allí. Necesitaba meditar a solas sobre lo que acaba de averiguar, porque no era algo para lo que prepararían a una volva.

—Esto no es posible —murmuró al verse sola—. No es posible.

Capítulo 21

Liv permaneció sola la mayor parte del día, después de informar a sus hermanas de que necesitaba meditar. Sabía que cuando regresase tendría que darles explicaciones, si acaso no las habían buscado por otros medios. Solo esperaba que el intento no tuviese éxito porque no quería que sacasen conclusiones precipitadas.

Ni siquiera se sentía preparada para decidir qué hacer después de una visión como esa. No era propensa a tenerlas, pues ese don se le había concedido a Eline; incluso Maren podía ver el futuro en las runas y los huesos, pero no ella. Ella era intuitiva y perceptiva, algo que podía usar en su beneficio, pero nada más. Sin embargo, había tenido una visión tan clara que, de no haber ocurrido demasiadas cosas en tan poco tiempo, podría haber creído que lo había vivido de verdad.

Puede que Groa no hubiese concluido su entrenamiento, pues llevaba muchos años alcanzar la plenitud de los poderes, pero les había hablado de aquel tema incluso antes de aceptarlas como pupilas en su hogar. «La que no acepte el destino tal y como está escrito, no podrá ser volva», había dicho, «no es una opción, sino un requisito para poder iniciar el adiestramiento». Y así lo habían aceptado.

—¿Y, entonces, por qué he tenido esta visión? —se preguntó en alto.

Frustrada por no hallar la respuesta, decidió regresar al campamento. Aunque no había podido verlo, sabía que alguien había estado merodeando a su alrededor mientras estuvo meditando. ¿Para protegerla? Quizá para espiarla. Sabía que muchos desconfiaban de ellas por las circunstancias en que habían sido liberadas, aunque no podía reprochárselo. No era sencillo aceptar que un enemigo pudiese ser un amigo después. Incluso cuando este

había sido solo una víctima más de la avaricia de un jefe militar que no se conformaba con nada. Muchos todavía creían que traicionarían a su rey en la primera ocasión que tuviesen y, por eso, el soberano les había sugerido obtener una escolta personal con los hombres de mayor confianza que tenía, pero habían rehusado. No estaban tan indefensas como el rey creía.

—¿Se puede saber por qué has tardado tanto, Liv?

Eline se interpuso en su camino nada más verla llegar a la fortaleza y ella se limitó a franquearla porque no quería hablar de ello ante oídos traicioneros. Simplemente le hizo un gesto para que la siguiese hasta la alcoba que compartían y esta guardó silencio, aunque de mala gana.

Maren estaba allí, sentada en la pequeña mesa que había junto a la ventana y con los huesos dispersos ante ella. Liv imaginó que había estado probando suerte con su aflicción. Solo esperaba que no lo hubiese logrado.

—Necesito que me aclares algo, Liv —le dijo Maren sin mirarla.

—Tengo mucho que aclarar —asintió, sentándose junto a ella. Eline las acompañó en silencio, observándolas a una y a otra alternativamente—, pero no solo a vosotras, sino a mí misma. Mi mente es un hervidero de posibilidades improbables ahora mismo.

—Una de ellas quizá tenga que ver con el hecho de que he mirado en tu futuro y no veo nada. —La miró ahora.

—¿Quieres decir que se va a morir? —Eline se preocupó.

—Nadie se va a morir —concretó Liv—. Al menos no de inmediato. Se acerca una guerra y no sabemos lo que nos deparará, pero no es por eso por lo que estás a ciegas.

—¿Entonces? —Maren se veía intrigada.

—He tenido una visión —decidió contarles parte del problema, sobre todo, para acallar su insistencia, pero también para relajar su propia ansiedad.

—¡Pero si tú no las tienes! —bufó Eline, con su carácter acelerado.

—Pues ha pasado —recalcó—. Y no estoy muy segura de cómo interpretar lo que he visto.

—Si te afecta más adelante y no te has decidido todavía —supuso Maren—, es posible que por eso no pueda verlo.

—Imagino que es así —asintió Liv—. Cómo me gustaría tener a Groa aquí para preguntarle sobre la visión.

—Groa no te habría aclarado nada —protestó Eline—. Ella era de la vieja escuela y siempre hablaba entre brumas.

—¿De la vieja escuela? —Liv la miró divertida.

—Bueno, si vamos a cambiar algunas cosas a partir de ahora, se podría decir que somos völur de la nueva escuela. —Se encogió de hombros—. ¿No creéis?

—Y tú que estabas deseándolo, ¿verdad? —le recriminó Maren.

—Claro —bufó de nuevo—, resulta que soy la única que se quejaba por tener que mantener las apariencias.

—A mí no me gustaba, pero lo hacía porque era lo que se esperaba de nosotras —replicó su hermana.

—Pues sigue con ello, si te…

—Ya basta —las frenó Liv, a sabiendas de que iban a empezar una pelea verbal que no les traería nada bueno—. A veces os comportáis como niñas pequeñas. Me vale que dejemos atrás algunas cosas, pero no vamos a empezar a discutir entre nosotras delante de la gente. Eso no ayudará a que nos tomen en serio.

—Ahora no hay nadie —señaló Eline.

—Si discutís cuando no hay nadie —explicó—, lo haréis incluso cuando lo haya. O cuando os puedan escuchar, aunque creáis estar solas. No sé si sois conscientes de esto, pero muchos ojos nos observan a diario. No les daremos motivos para desconfiar, ni para hacernos de menos. Necesitamos ganarnos su respeto porque, en su cultura, las völur no existen y, por el modo en que nos miran al saber qué somos, no creo que tengan una buena opinión sobre nosotras. Y esto no es una sugerencia, hermanas. Comportaos.

Como si las hubiese regañado, ambas jóvenes asintieron en silencio y no objetaron nada más al respecto. En el fondo, sabían que tenía razón y que el respeto y, en ocasiones, el miedo, eran lo único que tenían para ser imprescindibles en un mundo de hombres como en el que vivían. Aunque las mujeres en su cultura eran más importantes que en otras, la mayoría solo aspiraba a ser esposa y

engendrar un heredero, y unos cuantos más por si acaso pasaba lo peor. Las völur siempre habían tenido un lugar propio en aquel mundo, al igual que las guerreras o las mujeres de los hombres más poderosos, pero las nuevas religiones las estaban condenando al ostracismo, pues consideraban a las brujas como seres peligrosos, en contacto con el lado oscuro de la magia, y proclamaban que debían ser exterminadas. Cada vez nacían menos de las suyas y las pocas que había, o se ocultaban o no sabían cómo usar los poderes y acababan perdiéndolos. Si iban a ser las últimas, lo harían bien. O, al menos, lo intentarían. Aunque fuesen a cambiar algunas cosas, no dejarían que sus dones se desperdiciasen.

—No nos has dicho cuál fue la visión, Liv —le recordó Maren, más tarde.

—Hasta que logre descifrarla —le respondió—, creo que me la reservaré.

—No es justo —protestó Eline.

—La vida no es justa.

—No me vengas con esas bobadas, Liv. Se supone que somos familia, un equipo. No podemos empezar a ocultarnos las cosas.

—No sé cómo manejar la visión, Eline. Y, por desgracia, no es algo en lo que me podáis ayudar. Dadme unos días.

—No estás sola —le recordó Maren, apoyando a Eline en eso—. Además, tres mentes piensan mejor que una.

—Os prometo que os lo contaré en un par de días.

No parecían conformes, pero como la vez anterior, asintieron sin decir palabra. Liv era la mayor y, por ende, había actuado siempre como una madre para ellas. Era inevitable hacerle caso.

Mientras hablaban, Maren no había dejado de mover las cartas en ningún momento, pues solía hacerlo para mejorar el don. De repente, se quedó petrificada al descubrir lo que le decían. No podía creer lo que leía, pero las cartas nunca mentían.

—Esto tiene que ser un error —dijo, barajando de nuevo y extendiéndolas al azar como había hecho antes—. Habláis tanto que me he desconcentrado.

—Claro —resopló Eline—. Ahora échanos la culpa a nosotras. Asume tus…

—Silencio —la calló su hermana pequeña—. Deja que repita la pregunta.

Por unos minutos, guardaron silencio, esperando que Maren hablase de nuevo. Liv comenzó a preocuparse al ver cómo palidecía y, aunque no podía leer las cartas, se le daba bien leer el rostro de la gente. Si no se equivocaba, Maren acababa de descubrir lo que les había intentado ocultar. Al parecer, las cartas ya sabían lo que pasaría. Y no entendía por qué, pues no había decidido nada todavía.

—Lo sabes, ¿verdad? —le preguntó.

—No estoy segura de que sea correcto lo que me están mostrando.

—Tampoco lo era mi visión —concretó su hermana.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —Eline estaba enfadada, pues se sentía desplazada por ellas.

—Está bien —suspiró Liv, viendo que no podría posponer la explicación como había pretendido—. Siéntate y os lo contaré.

—Por fin. —Eline hizo lo que le pedía y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Cuando hablaba con… ese hombre del rey, me pasó algo extraño. —Ni siquiera sabía su nombre—. Mi mente comenzó a recibir fuertes señales sobre mi propio futuro, no muy lejano, creo.

—¿Te hizo algo que lo…? —comenzó a preguntar Eline, pero Maren la hizo callar para que terminase su explicación.

—De repente —siguió diciendo Liv—, me vi en un castillo, haciendo uso de mis dones para cuidar a la gente del mismo y siendo respetada y querida por ellos… con él a mi lado. Era feliz. Sentía que aquel era mi lugar, que ese es mi destino. Y no…

—¿Cómo que con él? —Eline la interrumpió—. ¿Estás hablando de que él te protege como guardia personal o algo así? ¿O a qué te refieres?

—No, Eline —negó—. Estoy diciendo que era mi esposo.

—No. —Comenzó a sonreír, creyendo que se estaban burlando de ella—. No. Eso no es posible. Ya sabes que las völur no estamos destinadas a tener una familia. Groa nos obligó a comprometernos a renunciar a los placeres de la…

—Somos de la nueva escuela, ¿recuerdas? —sentenció Maren, usando las mismas palabras que había pronunciado ella poco antes—. Si vamos a cambiar algunas normas, ¿por qué no esa? No veo nada de malo en que busquemos la felicidad junto a un hombre que nos ame.

—Las völur perdemos los poderes si nos unimos a un hombre —le recordó.

—Eso no está demostrado —la contradijo Maren—. Yo creo que el tema es que Groa nos dijo eso porque era la única forma de mantenernos lejos de la tentación que suponen los hombres. Si tienes la mente en otra parte, tu entrenamiento no te ayudará a controlar tus poderes. Es lógico que quieran prohibirnos que…

—Ninguna volva se ha casado jamás, Maren. —Eline no la dejó terminar—. Eso tiene que significar algo. ¿O la idea de tener un esposo te impide ver la verdad? No me arriesgaría a comprobar si es cierto o no. Me gusta tener poderes que nadie más posee y, si renunciar al amor es el pago, que así sea. No dudaré.

—Os recuerdo que me vi usando mis dones. —Liv quiso detener la disputa y lo logró—. Estaba con él y conservaba mi magia. Una cosa no excluye a la otra.

—¿Y, entonces, por qué no nos permiten tener pareja? — repuso Eline, obcecada con tener razón.

—Las völur solían ir de pueblo en pueblo para ayudar a quien necesitase de sus servicios. —Liv trató de hacer memoria y razonar la pregunta—. Esa no es una vida que un hombre desee llevar, sin tierras propias, ni un hogar donde asentarse. Tampoco sería sencillo tener hijos en esas circunstancias. Tal vez, solo pensaron que era más fácil decirnos que no podíamos tener familia que explicarnos que debíamos renunciar a ella por el bien de nuestro trabajo. Pocas estarían dispuestas a seguir el camino de la magia si supiesen que pueden elegir.

—A nosotras, Groa nos permitió elegir —les recordó Eline, testaruda.

—En realidad no —negó su hermana mayor—. Nos informó de lo que iba a suponer ser una volva y nos dijo que renunciar a lo demás

era un requisito imprescindible. En ningún momento nos informó de que podíamos negarnos.

Eline pensó en ello y llegó a la misma conclusión. Groa había dicho y hecho muchas cosas de forma que siempre le pareció que tenían elección, pero, en realidad, acababan haciendo lo que la volva había previsto desde el inicio. Y comprendió que las había manipulado del mismo modo en que se suponía que debían hacerlo con los demás cuando no estuviesen bajo su tutela.

—Vieja zorra —murmuró.

—Eline —la reprendió Liv.

—¿Qué? No niegues ahora que lo es. Supo manejarnos a su antojo y ni cuenta nos dimos. Y yo pensando que había decidido por mí misma. —Se sentía un tanto defraudada, aunque no estaba arrepentida de haber elegido, sin elegir, aquel camino.

—Pues yo me alegro de ser una volva, aunque no haya tenido elección —dijo Maren, dando voz al pensamiento de todas—. Sin mis dones, no sería yo. Me da igual si Groa me manipuló o no, quiero esto y no lo cambiaría por nada.

—Tampoco yo —asintió Eline, después.

—Ni yo —admitió Liv—. ¿Pero dónde me deja eso? ¿Qué se supone que debo hacer con la visión?

—Es tu futuro —respondió Maren después de meditarlo —. Eline tiene razón en…

—Para, para, para —la detuvo la aludida—. ¿Maren me está dando la razón? Esto es nuevo, no sé cómo sentirme.

—No seas tonta y escucha —protestó su hermana—. Si vamos a cambiar alguna norma, nada nos obliga a permanecer solas. Ya no vamos a ir de pueblo en pueblo, así que no hay razón para no buscar esposo, si es lo que queremos. Yo no tendría problema en establecerme aquí. De lo que he visto hasta el momento, me gusta todo.

—Excepto la guerra —completó Eline.

—Excepto la guerra —repitió Maren, blanqueando sus ojos.

—Supongo —habló Liv después de un momento en silencio— que no es tan terrible pensar en tener una familia propia. Me había

convencido de que no lo necesitaba, de que os tenía a vosotras y era suficiente, pero es interesante saber que tengo esa posibilidad.

—Suena a que no lo harás —aventuró Maren.

—Suena a que no sé lo que pasará.

—Si lo has visto, pasará —le aseguró Eline, que parecía emocionada con esa posibilidad ahora. Si su hermana podía, tal vez ella también. Todas podrían tener una vida diferente a la que habían imaginado al ir con Groa.

—Tus visiones no siempre se cumplen, Eline.

—Y tú no las tienes —le recordó—. Si lo hubiese visto yo, podías pensar que no va a pasar, pero no es así. Vas a enamorarte de ese hombre, te guste o no.

Liv frunció el ceño, insegura sobre que no tuviese opción a decidir por sí misma si quería o no compartir su vida con alguien que no conocía y que, hasta hacía unas horas, había desconfiado de ellas por ser brujas. No era empezar con buen pie una relación.

—No le des más vueltas, Liv —le aconsejó Maren—. Lo que vaya a pasar, pasará. Tal vez mañana tengas otra visión y sea diferente. A veces, no se deben interpretar al pie de la letra.

—¿Qué hay que interpretar ahí? —repuso Eline incrédula—. No es que deje mucho a la imaginación.

—Tal vez la visión solo pretendía decirle que podemos elegir. Tal vez lo usó como referencia a él porque era quien estaba con Liv en ese momento —le explicó a su hermana—. Pero tú deberías saberlo ya. Eres quien tiene más visiones.

—Bueno, me gusta ese hombre para Liv. —Se encogió de hombros.

—¿Qué? —preguntaron las otras dos al mismo tiempo.

—No me miréis así. Liv cree que debe velar por nosotras y no mira por sí misma. Ese hombre parece suficientemente intenso como para darle un poco de emoción a su vida. Además —sonrió—, me gustaría pensar que yo también puedo encontrar a alguien.

—Una cosa no quita a la otra, Eline —le dijo Liv, abochornada porque su hermana pensase esas cosas.

—Lo sé, pero si encuentro a alguien, quiero que vosotras lo hagáis también. Y es cierto que te desvives tanto por los demás que

te olvidas de ti misma siempre.

—Mentira —protestó Liv.

—Tienes que quererte más, hermana mayor —insistió.

—En eso le doy la razón a Eline —añadió Maren.

—¿Pero qué pasa aquí? —exclamó la aludida—. ¿Desde cuándo me das tanto la razón?

—Cuando la tienes, la tienes. —Se encogió de hombros.

—Creo que me iré a dar una vuelta —anunció—. Esto es demasiado para mí. Necesito despejar la mente.

—Qué graciosa —se quejó su hermana, pero la siguió fuera.

—¿Qué crees que haces?

—Salir también. No eres la única que puede hacerlo, ¿sabes?

Y, así, discutiendo, salieron del cuarto y dejaron sola a una pensativa Liv. ¿Sería posible que las cosas cambiasen tanto para ellas ahora que habían ido a un país tan lejos del propio? Lo que más le aterraba no era el hecho de que la visión la condenase a enamorarse de un hombre que apenas conocía, sino pensar que realmente podría hacerlo solo por haberlo mirado a los ojos una única vez, antes de tener la premonición.

Capítulo 22

Leif no podía dejar de pensar en lo que le habían dicho las völur. Le habían asegurado que sería quien las llevaría con Ivalyn, pero no se consideraba la persona adecuada para hacerlo. A su modo de ver, era el conde quien debía presentarlas, después de todo era el padre. No podía pensar en nadie más adecuado para decidir si su hija debía o no enfrentarse a esas mujeres y a lo que fuesen a querer de ella. Pero no se sentía cómodo delegando tal deber a Godric, a pesar de todo, pues necesitaba asegurarse personalmente de que Ivalyn iba a estar bien. Y aquella certeza era lo que lo impulsó a intentar hablar de nuevo con el conde. Lo había estado postergando, día tras día, desde su charla con las brujas, pero había llegado el momento de hacerlo. De nada serviría retrasarlo, si tenía las cosas claras. En menos de un mes entrarían en guerra y no podía llevarse semejante carga de conciencia con él. «A la guerra hay que ir preparado para todo y con la mente centrada», solía decir su padre. Y no es que apreciase sus consejos, pues solían estar destinados a la lucha, algo que quería evitar a toda costa, pero cuando se trataba de ese tema, siempre tenía razón. Una mente dispersa era sinónimo de una muerte prematura en la batalla.

—Hazte cargo, Olsen —le pidió a su amigo, cuando vio de lejos al conde, mientras estaban entrenando a un destacamento de soldados. A eso dedicaban gran parte del día ahora y, aunque era estimulante ver los progresos que hacían, también era un poco aburrido—. Tengo algo que hacer.

—No te alejes demasiado —gruñó este, pues seguía dispuesto a no dejar que anduviese sin protección por el campamento, por más que nadie hubiese intentando nada contra él en las semanas que llevaban allí. Más aún, la desconfianza inicial se había desvanecido hacía ya tiempo.

—Solo iré a hablar con el conde, amigo —le sonrió—. Cualquiera diría que no te fías de mis habilidades como guerrero.

—Sabes que no lo digo por eso. Muchos aquí….

—Lo sé, Olsen —lo interrumpió, para no tener que oír el mismo sermón de siempre—. Tendré cuidado.

Aunque le divertía el celo con que lo protegía, conocía el riesgo y estaba siempre alerta. Sobre todo, después de la llegada de Deniel y su padre, lord Irwin. No confiaba en ellos, no solo por lo que le había contado Ivalyn, sino por el modo en que se comportaban ante los demás, como si tuviesen más poder del que realmente les había otorgado el rey tras su ascenso al trono. Y no le gustaba el modo en que cuchicheaban con unos y otros, como si estuviesen elucubrando sus propios planes, que bien podían desviarse del interés común que los había reunido a todos allí. No podía olvidar que pretendían el condado y que él era el único que se interponía en su camino para conseguirlo. Y, aunque el rey había dejado claro a sus hombres que las luchas internas de poder se debían dejar a un lado mientras la amenaza danesa pendiese sobre ellos, Leif no estaba seguro de que a Balfour Irwin le interesase demasiado hacerlo.

Por eso, después de descubrir la mirada furibunda de Deniel sobre él en varias ocasiones, y cierto brillo en la misma que le hizo desconfiar, le había pedido a Olin que merodease por el asentamiento de los Irwin por si podía ver u oír algo que les alertase sobre sus intenciones reales. No había encontrado nada sospechoso hasta el momento, pero sabía que su amigo insistiría hasta asegurarse de que no los traicionarían en el fragor de la batalla, una vez se enfrentasen a sus enemigos.

—Conde Godric —lo llamó, al ver que se dirigía a la fortificación.

—Erickson —saludó con una sonrisa amigable y aguardó a que le diese alcance—. Os hacía en el campo de entrenamiento.

—Allí estaba —asintió—, pero quería hablar con vos en privado. Si es que tenéis un momento para dedicarme.

—Para vos siempre tengo tiempo. —Sonrió de nuevo, alentándolo a ir con él al interior del edificio—. En mi alcoba estaremos más cómodos. Hice instalar allí hace tiempo una mesa y varias sillas. ¿Habéis desayunado? Puedo pedir que nos lleven algo.

—No será necesario —negó Leif—. A menos que vos queráis comer. Yo estoy servido.

—De acuerdo, entonces.

Fueron saludando, en respuesta, a quien se iban encontrando por el camino, como venía siendo habitual, sobre todo, para el conde. Leif no era tan popular o, si lo era, no todos se atrevían a demostrárselo. Si no iniciaba la conversación, muchos hombres recelaban hacerlo. Había creído que se debía al miedo que les inspiraba su procedencia, pero después de varias semanas conviviendo, había comprendido que en la mayoría de los casos se debía a la falta de confianza y al miedo a decir algo que lo ofendiese. Todavía existía la creencia de que hablarles mal de los daneses era como un insulto para ellos y no tenía ni idea de qué hacer para cambiarlo, así que se limitaba a ignorar el problema. Había cosas más importantes en las que pensar en aquellos días. Ya descubrirían con el tiempo que no se ofendía por hablar de los daneses en malos términos.

—Vos diréis. —Godric lo miró, con curiosidad, una vez instalados en dos sillas, uno frente al otro.

—No sé ni por dónde empezar, la verdad. —Era un tema delicado. Si lo había estado retrasando, no solo se debía al trabajo que habían tenido, acondicionando el asentamiento y entrenando a los soldados, sino porque temía que el conde se ofendiese por lo que había hecho. O por lo que quería hacer.

—Lo habitual en estos casos —sugirió, con un ligero toque de diversión— es empezar por el principio.

—Evidentemente —sonrió—. Entonces, creo que debo empezar por el día en que acepté desposar a vuestra hija.

—Vaya. —Su curiosidad aumentó de golpe—. Eso no me lo esperaba.

—Tampoco yo, creedme —le aseguró—. Cuando acepté el trato, no pensé que llegaría el día en que no lo considerase tan bueno.

—¿Me estáis diciendo que queréis romper el compromiso? —preguntó con cautela. No sabía cómo tomarse aquella noticia. Había tantas posibilidades, si Leif rechazaba a su hija, y no todas

buenas que su ceño se frunció hasta que sus cejas parecieron una sola.

—No —se apresuró a desmentir—. Bueno, no exactamente. No sé cómo decíroslo sin que os ofenda, conde. Esa es la verdad. Le he estado dando vueltas y lo diga cómo lo diga, no sonará bien a vuestros oídos.

—Probad —lo aleccionó—, porque ahora mismo no puedo decir que esté sonando bien. Pero sabéis que prefiero tener toda la información antes de juzgar, así que esperaré a que me digáis qué sucede para emitir un veredicto.

—Me conocéis —probó de nuevo—. Jamás os he mostrado una cara que no fuese la mía de verdad. No me gustan las mentiras ni los engaños y ahora mismo siento que estoy viviendo entre ambos. No porque nos hayamos equivocado al negociar el compromiso, sino porque las circunstancias desde ese día, para mí, han cambiado drásticamente.

—Os seguís yendo por las ramas, amigo —constató el conde.

—Lo lamento —le dio la razón—. Estoy buscando el modo de decirlo sin perjuicio para ninguna de las partes implicadas.

—Os escucho. Siempre os he considerado un hombre juicioso. No ha de ser tan malo como os parece.

—Cuando acepté desposar a vuestra hija, lo hice con el convencimiento de que convertirme en conde en un futuro me haría sentir más unido a esta tierra. Perteneciente a ella —añadió, después de pensar en ello.

—Ese era el plan —asintió Godric.

—Nos equivocábamos —replicó—. No ha sido la promesa de la tierra lo que me ha hecho comprender que ya formo parte de este lugar, sino una persona. Y no puedo desposar a Lynna, sabiendo que no es a quien quiero conservar a mi lado por el resto de mis días. Ni siquiera la obtención de un título nobiliario me tienta a seguir adelante, ahora que sé que me he enamorado de quien menos esperaba.

—Comprendo —acarició su barbilla, pensativo.

—Nunca pretendí ofenderos —continuó—, ni tampoco quiero que penséis lo peor de mí cuando os cuente el resto. Desde que he

llegado a estas tierras, os he considerado como a un padre y odiaría la idea de que me creáis desleal y libertino. Lo que sucedió jamás fue planeado e hice lo imposible porque no pasase. Pero nadie manda en los sentimientos, ahora lo sé.

—No os juzgaré por enamoraros —lo tranquilizó—. Lo estuve en dos ocasiones y es la mayor dicha que un hombre pueda tener si no se cuentan a los hijos. Me apena no poder llamaros hijo por derecho, pero os seguiré considerando como tal. Sé que mi hija ha estado bien cuidada en vuestro hogar y no ha sufrido agravio alguno, así que nadie saldrá perjudicado al romper el compromiso. Además, la presencia de mi otra hija hará que nadie dude de vuestra integridad a la hora de tratar a la que hasta este momento considerabais vuestra prometida. Nadie os acusará de ser un aprovechado, Erickson.

—Jamás la toqué de un modo indecoroso —juró, aunque lamentaba no poder decir lo mismo de Ivalyn. Aún recordaba el sabor de sus labios y la suavidad del cuerpo apresado con el suyo.

—Me consta que así fue —asintió el conde—. No diré que no lamento que no vayáis a ser el próximo conde, pero no os obligaré a renunciar a esa mujer, en aras de un matrimonio cuyo objetivo era involucraros en los asuntos del reino, cuando eso es lo que estáis haciendo ya.

—Y seguiré haciéndolo —le aseguró— porque, como he dicho, ella me ha abierto los ojos y me ha hecho ver que ya formo parte de este lugar.

—Sí —suspiró, satisfecho—, eso mismo veía yo incluso antes de ofreceros a mi hija como esposa, pero no sabía cómo demostrároslo. Quizá debí ser franco con vos y no tratar de compraros con un título.

—En aquel momento no habría funcionado —sonrío más relajado—. Pero antes de que alabéis mi cambio de actitud, debéis saber el resto de la historia.

—¿Qué más he de saber? —preguntó—. Amáis a una mujer que ha sabido convenceros mejor que yo de que este es vuestro hogar. No importa cómo lo ha hecho o quién ha sido. Eso ya no me concierne.

—Me temo que sí lo hace —lo contradijo—. Porque la joven que me abrió los ojos fue vuestra hija.

—Explicaos —pidió— porque estoy un tanto confuso en este momento.

—Hablo de Ivalyn —concretó—. Como os he dicho, no fue algo planeado. Simplemente sucedió. Un día era la hermana de mi prometida y al otro la mujer que me robaba el sueño. Y todavía no sé cómo pasó. No sé si fue por su entusiasmo innato o por el modo en que sabe incluir a todos en su círculo de una manera tan natural. O quizá sea porque se preocupa de los demás antes que de sí misma o porque busca la felicidad de los que quiere. Y quiere a todo el mundo. Vuestra hija es una bendición y caí rendido ante ella. No tenía ninguna posibilidad de no hacerlo.

—Debí suponerlo —asintió, tras unos minutos reflexionando—. Ivalyn y Lynna son muy diferentes, aunque por fuera sean idénticas. Y no puedo decir que me sorprenda porque su carácter risueño siempre ha encandilado a todos. Mi Lynna enamora también, pero con vos fue diferente.

—Vuestra hija mayor me tiene miedo —admitió, en voz alta y por primera vez.

—Sí —suspiró, con pesar—. No supe solucionarlo y dejé que lo hiciese la pequeña por mí.

—¿Os culpáis por lo que ha pasado?

—En parte —asintió.

—La culpa es solo mía, conde. Debí poner más empeño en conocer a mi prometida y demostrarle que no le haría daño. Estoy seguro de que es tan maravillosa como vuestra hija menor, pero no le di la oportunidad de demostrarlo. No tuvo ninguna posibilidad.

—Tampoco ella os la dio a vos. Os ha condenado incluso antes de conoceros. Pensé que un tiempo en la isla con vos le haría cambiar de opinión, pero vi que no. El día que partimos desde vuestra isla, supe que seguía queriendo huir del compromiso.

—Pude conocerla un poco mejor en las últimas semanas, pero no fue suficiente. Mi corazón ya le pertenecía a Ivalyn, aunque no lo supe ver hasta que tuvimos que partir.

—Bueno. —Lo miró del modo en que solía hacerlo cuando se preparaban para tomar una decisión—. ¿Qué proponéis? ¿Romper el compromiso únicamente o algo más?

—¿Me estáis sugiriendo que cambie a una de vuestras hijas por la otra? —preguntó a su vez Leif, no queriendo malinterpretar sus palabras.

—Leif —habló con sinceridad—, os ofrecí el condado para manteneros de nuestro lado, pero ahora vos me estáis hablando de amor. Si fuese vos, no renunciaría a eso. Pero no cometeré el mismo error dos veces. No os entregaré a mi hija pequeña solo porque vos la améis. No sé lo que siente por vos, pero no influiré en su decisión, ni para bien ni para mal. Si queréis desposarla, tendréis que ganaros su consentimiento. Os estoy dando la libertad de hacer lo que consideréis correcto.

—Os lo agradezco. —Oír aquello lo liberó. No sabía que había necesitado que aprobase lo que sentía por ella hasta que lo dijo—. No tuve oportunidad de explicarle a Ivalyn lo que sentía antes de venir, pero os juro que no la lastimaré. Aceptaré lo que ella decida, aunque eso la aleje de mí.

—Bien —asintió—. Ahora me toca hablar con el rey. Ya se había hecho a la idea de que seríais el próximo conde.

—Ahora podrá elegir a alguien de su agrado. Estoy convencido de que muchos sajones estarán felices de saber que no será un vikingo quien ocupe el puesto cuando vos renunciéis a él.

—No creo que haya nadie mejor que vos, Leif. Y no solo lo digo porque os haya elegido, sino porque sois un hombre íntegro y leal. No abunda de eso por aquí —se quejó.

—Conozco a uno —le dijo— y sin pensar demasiado en ello. Seguramente aparecerán más, si lo meditáis con calma.

—Iluminadme —le pidió.

—Los Alden son una de las familias más leales a vos que he tenido el honor de conocer —le explicó—. Mael es un gran guerrero y excelente estratega. Me consta que se preocupa por vuestras hijas tanto o más que vos. Estoy seguro de que sería un conde más adecuado que yo.

—Ya le ofrecí a una de mis hijas en una ocasión y rehusó.

—Tal vez le ofreció a la equivocada —sugirió.

—En vista de que con vos también erré de hija, no diré que no sea posible —corroboró, con humor.

—Vos lo habéis hecho bien, conde —lo alentó—. El problema he sido yo.

—Pero lo estáis subsanando y eso dice mucho de vos. Cualquier otro se habría quedado con el condado, incluso amando a otra mujer.

—Si la otra mujer no fuese vuestra hija menor, a la que tendría que ver igualmente después del matrimonio, quizá no hubiese pensado en romper el compromiso.

—Permitidme que lo dude, Leif. Como he dicho, sois un hombre leal y fiel a vuestros principios. No os habríais casado con mi hija, aunque la mujer que amáis no fuese su hermana. Eso es lo que vi en vos cuando os propuse el acuerdo. Lo mismo que vi cuando acepté ayudaros con el rey hace tantos años. Vuestra integridad es vuestra mejor cualidad, no la perdáis nunca.

—Señor —alguien los interrumpió—, el rey os busca.

—Gracias —asintió hacia él. Una vez a solas con Leif, lo miró y añadió—. Me encargaré de contarle las novedades, pero no habléis con nadie de esto por el momento. Hasta que sepa qué hacer con el título, prefiero que se ignore que el puesto está vacante.

—No puedo mentir a mis hombres. —Aquella no era una opción para él.

—Habladlo con ellos si lo consideráis necesario —le concedió, después de meditarlo—, pero que guarden silencio también.

—Así será.

Cuando Leif salió del cuarto del conde, se sintió más ligero. Por fin había roto el compromiso con Lynna y tenía el consentimiento del padre para ir a por Ivalyn. Tampoco él sabía lo que sentía la joven, pero no cejaría en su intento por convertirla en su esposa, porque sabía que solo hallaría la felicidad a su lado. Amaba a Ivalyn de Sussex y necesitaba decírselo cuanto antes.

Capítulo 23

—Con cuidado —Liv indicó a los hombres dónde dejar al herido—. Aquí.

Desde que el rey les había permitido moverse libremente por el lugar, los hombres se habían ido acostumbrando a su presencia. Pero fue la primera vez que uno de ellos resultó herido y Liv acudió en su ayuda, que comprendieron cuán bueno era tenerlas cerca. Desde entonces, había estado ocupándose de ellos cada vez que era necesario, logrando de ese modo, que dejasen de desconfiar de las tres. Su estancia en el campamento había mejorado notablemente desde entonces.

—Su caballo se desbocó mientras entrenaba con él —le explicaba uno de los hombres que había llevado al herido hasta ella— y lo arrastró por el suelo cuando la pierna quedó atrapada. Edric logró detenerlo, pero no está bien. No se puede poner en pie y se queja de la pierna.

—Yo me haré cargo de él —asintió—. Dejadnos solos.

Liv tenía una ligera idea de cuál era el problema. Si no había más daño que aquel, la solución sería sencilla, aunque le limitase los movimientos por un tiempo, hasta que curase el todo. Observó al hombre herido en cuanto el resto desapareció por la puerta y palpó la pierna para ver si estaba en lo cierto. Cuando escuchó su grito desesperado al tocar el hueco cerca de la cadera, supo que había acertado.

—Vuestra pierna se ha separado de vuestro cuerpo —le explicó, yendo a por vendas y alcohol. Tendría que hacerle daño para poner la pierna en su lugar y el alcohol le ayudaría a insensibilizarlo un poco—. Debo colocarla para que podáis seguir caminando en el futuro.

—Haced lo que debáis —gimió el hombre, que apenas mantenía los ojos abiertos por el dolor—. No necesito que me lo contéis.

—Bebed —le pidió—. Debo ir a buscar a alguien me que ayude. No podré hacerlo sola.

—Yo lo haré. —No había notado la presencia de nadie y se asustó al oírlo.

—¿Qué hacéis escondido en las sombras? —le recriminó ella, segura de que lo había hecho a propósito. Fuese donde fuese, ese hombre nunca andaba lejos. Y si no hubiese tenido aquella visión con él, no le habría molestado que lo hiciese porque sabía que no tenía malas intenciones.

—Solo quería asegurarme de que no llegué demasiado tarde —confesó, acercándose a ella.

—Está vivo —repuso ella—. Habéis llegado a tiempo.

—Un soldado que no pueda montar a caballo ni luchar, no os diría lo mismo.

—Necesito que lo mantengáis inmóvil mientras recoloco la pierna —le dijo, incómoda con su cercanía.

Después de la conversación que había mantenido con sus hermanas, se había sentido inquieta con respecto al hombre y el futuro que la visión le había mostrado. No porque creyese que era inevitable que se cumpliese, sino por lo que había sentido la primera vez que lo había visto. No había hablado de ello con sus hermanas porque sería darles la razón, pero aquella noche en que el rey las capturó, mucho antes de que sucediese, se había topado con la intensa mirada del hombre y no había podido alejarla de su mente desde entonces, incluso aunque la acusación en ella le hubiese taladrado hasta el alma. Por un momento, había contenido la respiración y el mundo se había ralentizado. Podría decir que el instante que habían tardado en darles alcance, se le había antojado una eternidad, pero también le había parecido efímero. No podía explicar el mar de contradicciones en el que había nadado en lo que, a ojos de los demás, no había sido más que un momento.

Desde entonces, había rehusado acercarse a él, salvo el día en que lo vieron espiándolas, después de hablar con Leif. Pensó que aquella era la ocasión perfecta para desechar aquello que le hacía

sentir y que le nublaba el sentido común cuando estaba cerca de él, pero había sido justo lo contario. Después de aquella charla, en la que él parecía haber entendido que no eran una amenaza, ella había descubierto que la amenaza era él. La amenaza a todo lo que siempre había sabido sobre las völur y el futuro que les aguardaba al abrazar sus dones. Había renunciado al amor en aras de hacer un bien mayor y aquel hombre había logrado hacer tambalear sus convicciones con su simple mirada. Y desde entonces, había seguido evitándolo con más ahínco aún, pero con menos éxito, pues parecía querer estar siempre donde ella iba.

Se concentró en la tarea que tenía por delante y palpó de nuevo en la pierna del hombre hasta dar con el hueco que no debía estar allí. Pudo notar cómo el soldado se tensaba, a pesar de haberse bebido casi toda la botella de alcohol.

—Os va a doler —le advirtió—, pero también sentiréis alivio instantáneo cuando la pierna esté en su lugar. Morded esto para…

—No necesito nada —gruñó él—. Hacedlo de una vez.

—Haz lo que te dice, Algar —lo increpó Edric—. No tengo todo el día para sostenerte mientras te haces el valiente una vez más.

El hombre sujetó el cuero que Liv le ofrecía y lo metió en la boca para apretarlo con los dientes, esperando que la mujer actuase. Se sentía abochornado por haberse caído del caballo por querer impresionar a una de las hermanas y no quería que esta lo averiguase. Edric era capaz de contárselo, así que no lo contradijo más. Tenía la intención de marcharse de allí en cuanto la pierna respondiese las órdenes que le daba, pero no contaba con que el dolor le atravesase la columna vertebral cuando ella tiró de forma brusca y sus ojos se cerraron, al perder el conocimiento.

—¿Algar? —Edric trató de despertarlo, sin éxito.

—Se ha desmayado —le informó Liv, sin inmutarse, mientras usaba las vendas para sujetar la pierna y que no la dislocase de nuevo intentando caminar—. Debe permanecer el día de hoy en cama. Si está mejor mañana, le permitiré levantarse.

Pretendía ordenarle que lo llevase al lugar donde solía dormir, pero, al alzar la vista, vio por primera vez, que Edric también estaba

herido. En su frente, la sangre seca rodeaba una brecha muy próxima a su ceja.

—Estáis herido —señaló lo obvio.

—No es nada —le restó importancia—. El caballo estaba nervioso.

—¿Os ha golpeado? —La sorpresa la hizo mirarlo a los ojos y se perdió en ellos, como cada vez que bajaba la guardia y se permitía admirarlos.

—Solo se defendía —respondió—. No lo culpo por ello. Llevaré a Algar a su catre para que permanezca tumbado lo que resta de día. Me haré cargo de que no se levante, no os preocupéis.

—No lo hacía —respondió sin pensar.

—Me alegra saber que tenéis tanta confianza en mí como yo en vos —le dijo él con una sonrisa en los labios.

—¿Qué?

—En vuestras habilidades —explicó después como si hubiese esperado su estupor para decirlo.

—Claro —asintió, ruborizada.

—¿Hay algo más que queráis de mí?

—Yo… no…

Se removió inquieta, sin saber si reprenderlo o huir de él. Sabía que lo había dicho de aquel modo a conciencia.

—Algo que deba hacer con Algar —aclaró. Liv notó un poco de diversión en su voz—. Aparte de impedirle que se levante.

—Con eso basta —dijo, alejándose para ir a por vendas —. Sentaos, os limpiaré la herida.

—Estoy bien —insistió, pero hizo lo que le pedía—. Solo es un rasguño.

—Hombres más fuertes han caído por solo un rasguño —repuso ella, aún enfadada porque había jugado con ella de una forma tan descarada. Si mantenía el enfado, quizá lograse ignorar lo cerca que tendría que estar de él mientras limpiaba aquel corte.

—¿Sabéis acaso cuán fuerte soy? —preguntó él, en voz suave, cuando Liv se situó entre sus piernas. No por gusto, sino porque él no le permitió ponerse en otro lugar.

—Bueno —replicó—, fuerte o estúpido, aun no lo he decidido.

—¿Estúpido por qué? —le preguntó, sorprendido.

—Podríais ser fuerte y valiente por haber sido capaz de detener a un caballo desbocado —le explicó— o terriblemente estúpido por haber intentado detenerlo cuando podía haber pasado por encima de vos. Los animales son imprevisibles.

—Me he criado entre caballos —repuso él—. Los conozco y ellos a mí. Sabía que no me arrollaría, así como sabía que me podía lastimar antes de controlarlo.

—¿Y por qué lo habéis hecho? —inquirió.

—Porque no hay gloria sin riesgo.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, elevó las manos hacia ella y la sujetó por la cintura, impidiéndole apartarse. Después, ascendió con ellas por su espalda sin dejar de mirarla a los ojos. Liv sabía que debía detener aquella locura, pero no se vio capaz. Su toque la paralizó y sus ojos negros le regalaron promesas de algo a lo que había renunciado tiempo atrás.

—A veces —susurró, incapaz de dar más volumen a su voz— no merece la pena correr el riesgo por una gloria efímera.

—A veces —respondió él, levantándose para alcanzar su rostro—, la gloria no es el mejor premio.

Antes de que pudiese replicar, la sostuvo por la nuca y selló las palabras con un beso abrasador que la dejó temblando en sus brazos. Nunca la habían besado antes y pensó que, si algún día alguien lo hacía de nuevo, no sería capaz de borrar el recuerdo de aquel beso. Se había grabado a fuego y deseo en su mente. Pero Edric no parecía dispuesto a detenerse, pues la sostuvo en un abrazo eterno mientras su boca la devoraba con ansia y Liv solo pudo responder de un modo cada vez más audaz. Lo que ella ignoraba, parecía saberlo su cuerpo.

—¿Qué… ha pasado? —La voz de Algar los separó.

Parecía desorientado y no llegó a verlos, pero Liv notó cómo su rostro ardía de la vergüenza. Jamás se había dejado llevar de tal modo por ninguna emoción hasta el punto de olvidar dónde estaba y porqué.

—Eres un blando —se burló Edric, a lo que Liv quiso responder, pero una mirada suya la hizo callar. Comprendió que solo pretendía comprobar que estaba bien.

—Eso no es cierto —protestó este, intentando levantarse.

Edric se lo impidió, incluso antes de que Liv hablase.

—Debéis permanecer acostado al menos hasta mañana —le informó ella—. Nada de esfuerzos hasta que la pierna mejore.

—Estamos en ciernes de una guerra, no puedo quedarme en la cama.

—Lo harás, si quieres ir a la guerra —le advirtió Edric—. Traeré hombres para que me ayuden a transportarte y te quedarás tumbado hasta que Liv decida que ya puedes moverte.

—No…

—Si me desobedeces —interrumpió su protesta—, te enviaré de regreso a casa.

Mientras Edric salía en busca de ayuda, Liv se acercó al hombre con un cuenco lleno de un líquido que le obligó a beber.

—Os ayudará a soportar el dolor —le dijo.

—Estoy bien.

—En unas horas el dolor regresará —le aseguró— y será mucho más fuerte. Debemos prevenirlo. Si necesitáis más, hacédmelo saber.

La joven se quedó sola en cuanto se lo llevaron y ocupó el tiempo en limpiar y ordenarlo todo, no queriendo pensar en el beso que Edric le había dado. Todavía sentía el sabor en los labios y pasó la lengua por ellos. No estaba segura de cómo enfrentarlo de nuevo, ni si se atrevería a mirarlo a los ojos cuando lo hiciese. No sabía cómo tratarlo ni cómo la trataría él después de aquello. Tal vez solo había sido un impulso y la visión no se cumpliría en su totalidad.

—Y tal vez solo intentas convencerte de eso —murmuró para sí, molesta por la forma en que se engañaba a sí misma, fingiendo que tenía todo bajo control. Desde el día en que Guthrum, el Sangriento, se las había llevado por la fuerza, había perdido el control e iba a la deriva. Ni sus hermanas ni ella sabían ya qué esperar de este nuevo destino que les había tocado en suerte. Groa podría haberlas aconsejado, si todavía estuviese viva, pero tenían que encontrarle el sentido solas—. A base de ensayo y error.

Eso solía decirles la mujer durante sus lecciones. «Nadie nace sabiendo y una volva no puede aprender todo de otra, por más años que esté a su lado. Siempre habrá algo nuevo para lo que no la han

preparado y ha de seguir adelante a base de ensayo y error, nunca rindiéndose. Las völur no se rinden, no temen nada ni a nadie y jamás dejan de ir en pos de su destino, por muy aciago que este les parezca. Y si fallan, lo intentan de nuevo. Una y otra vez, hasta que lo consiguen».

—Creo que tenemos una conversación pendiente, Liv. —La voz de Edric la sobresaltó y dejó escapar un pequeño grito de sorpresa.

—¿Acaso lo hacéis a propósito? —lo reprendió. Solía asustarla muy a menudo porque siempre estaba allí donde ella iba y sin que lo descubriese, si él no se hacía notar.

—Me gusta observarte cuando crees que nadie lo hace.

Liv no dejó de notar el cambio en la forma en que la trataba y no supo decir si eso le molestaba o le gustaba.

—¿Todavía no os fiais de mí? —repuso, sin atreverse a hablarle con igual familiaridad.

—Confié en ti desde aquel día en que me explicaste tus razones para ayudar al rey. —Se acercó a ella lentamente.

—Entonces no hay razón para vigilarme a todas horas. —Fingió guardar el cuenco en una de las estanterías que habían instalado en el cuarto que le habían acondicionado. Sabía que era temporal, pero, por primera vez en su vida, sentía que algo le pertenecía. Aunque no pareciese gran cosa a ojos de los demás, para ella era perfecto.

—Creo que sabes por qué lo hago. —Sintió su presencia detrás de ella y se giró para mirarlo a los ojos.

—En mi tierra —le dijo, sin saber por qué—, las völur se mantienen célibes de por vida.

—Pero no estás en tu tierra. —Le rodeó la cintura una vez más y Liv contuvo el aliento ante el contacto—. No puedes negar que también tú lo has sentido.

—¿Sentir qué? —susurró completamente seducida por aquellos ojos negros.

—Que el mundo se detuvo mientras nuestros labios danzaban juntos.

—No os creía un poeta —repuso.

—No lo soy —sonrió—. Tú me inspiras.

—Yo no…

Una vez más, Edric se negó a dejarla hablar y unió sus labios para un nuevo baile. Liv se sujetó a sus hombros y dejó escapar un gemido que hizo crecer el deseo de ambos. Ya no podía negar que su destino se le estaba mostrando en aquel momento, pues sabía que no podría dejar de ansiar sus besos por el resto de su vida. Tal vez por la fuerza de esa certeza, Liv se asustó y detuvo abruptamente el beso.

—Esto no está bien —negó, alejándose de él.

—Lo está —afirmó él decidido. Cuando se acercó a ella de nuevo y la vio retroceder una vez más, asintió y añadió —. Está bien, lo entiendo.

—¿Qué? —Lo miró sin comprender.

—Necesitas tiempo y te lo daré. —Se dirigió a la salida y, justo antes de abandonar el cuarto, añadió—. Cuando te sientas preparada, ven a buscarme. Puedo esperar por ti.

La dejó sola, temblando y sin saber si correr hacia él para impedir que se alejase o huir lo más lejos posible para no tener que volver a verlo.

Capítulo 24

—He tenido un sueño.

Eline miraba a sus hermanas. Tenía los ojos oscurecidos por unas profundas ojeras, prueba de que no mentía.

—¿Qué has visto? —le preguntó Liv.

Tampoco ella había dormido bien los últimos días, pero nada tenía que ver con sueños premonitorios o visiones, sino con el hombre que le había robado ya dos besos y que parecía decidido a seguir encontrándose con ella en todas partes, para mortificación suya.

—A ti con Edric —le dijo, seria.

—¿Qué? —Un intenso sonrojo le cubrió las mejillas y la miró consternada.

—Es broma, hermanita —rio, llevándose, aun así, una reprimenda por la gracia, que no parecía dispuesta a abandonar—. Solo tú sueñas con él, aunque admito que no me importaría que se colase en los míos.

—Déjate de tonterías y dinos lo que has visto —le replicó Liv, disgustada.

—He mirado en tu futuro —añadió Maren, sin querer quedarse atrás— y aparece Edric en él. ¿Has decidido darle una oportunidad? No te lo reprocharía si fuese así porque el hombre está para darle lo que pida.

—¿Queréis dejarlo de una vez? —se molestó por la intromisión—. Hay cosas más importantes en las que pensar. Llevamos casi cuatro meses preparándonos para una guerra que no parece llegar nunca. No podemos entretenernos con tonterías como el…

—El amor —dijo Eline, cantando la palabra.

—Ya basta —la reprendió.

—Siempre está cerca de ti —continuó Maren—. O sabe dónde estás. Si no te encuentro, solo tengo que preguntarle y él me lo dirá.

Es infalible. No sé cómo lo hace porque tampoco descuida sus obligaciones. Eso…

—¿No os dais cuenta de que, si el rey pierde esta batalla, los daneses no tendrán piedad con nadie? No solo nosotras estaremos a su merced, sino todo el reino. Guthrum no se detendrá ante nadie. Arrasará estas tierras y matará a todo el que se encuentre en su camino.

—Guthrum ya no nos tiene a nosotras para ayudarle — replicó Eline—. No podrá vencer como en Chippenham.

—Tampoco el rey parece tenernos —le dijo ella.

—Eso es mentira —protestó Maren—. Pero no deberías tomártelo tan en serio, Liv. También tienes que disfrutar de la vida. Por querer salvar estas tierras, te olvidas de ti. Es lo que haces siempre. Antepones el bienestar de los demás al tuyo.

—Eso ya me lo habéis dicho, pero si no lo hago yo, ¿quién lo hará? No veo que vosotras le pongáis demasiado empeño a buscar soluciones.

—Ya lo haces tú por las tres —bufó Eline.

Liv sabía que se había puesto a la defensiva por las burlas con Edric, pero no podía evitarlo. Era un tema que todavía no había solucionado y se sentía insegura al respecto. No había intentado reunirse a solas con ella de nuevo, pero siempre estaba cerca y se lo hacía saber de una u otra forma. No se decidía en cuanto a que eso fuese bueno o malo para ella. También se sentía mal por ocultárselo a sus hermanas, pues nunca habían tenido secretos entre ellas. Desde que Groa fue asesinada, Liv sentía que no había tomado ni una sola decisión correcta. ¿Cómo confesárselo a sus hermanas?

—Por favor —les rogó—, dejemos el tema y centrémonos en lo que viene ahora. ¿Qué has soñado, Eline?

—Habrá una batalla muy pronto. —Encogió los hombros molesta con su hermana—. Pero si el rey quiere ganarla, tendría que buscar más aliados. No somos suficientes.

—Debemos avisarlo entonces —asintió Liv—. Que convoque al resto de sus hombres. Sé que no están todos aquí.

—Voy a consultar las cartas —propuso Maren.

—Maren —la llamó su hermana—, usa los huesos.

Maren abrió los ojos, sorprendida. Aunque las cartas solían decir más que los huesos, estos eran más certeros. Había poder en ellos y Maren solía dejarlos a un lado porque le asustaba lo que pudiese descubrir en sus lecturas. No era tan fácil controlarlos ni mostraban con claridad lo que querías saber.

—Eline —añadió la hermana mayor—, deberías usar el canto para ayudar a Maren. Ahora mismo necesitamos más la certeza que una cantidad enorme de posibilidades. El rey no debe fallar esta vez.

—¿Qué harás tú? —preguntó Eline, más seria.

Las nuevas instrucciones de Liv no eran para tomar a la ligera. Aquella no sería una lectura normal, sino algo mucho más espiritual, más profundo y peligroso.

—Pedirle al rey que reclute a todos cuantos hombres pueda reunir —les dijo—. Y preparar todo lo necesario para atender a los heridos, llegado el momento.

—Te avisaré cuando terminemos —le prometió Maren, nerviosa.

Habían pasado de las risas a la preocupación en un suspiro. Para ellas, aquellos meses en el campamento habían sido como un remanso de paz en medio de tanta guerra y destrucción. Desde el rapto, no habían tenido nada parecido. Habían vivido con miedo y preocupación hasta que Alfred las rescató. Ahora se lo debían, aunque hubiesen preferido no tener que adentrarse en el mundo de los espíritus para hacerlo.

—Podemos con esto —le dijo Eline, quizá para convencerse a sí misma también.

No era la primera vez que se unían en busca de respuestas. Groa les había estado enseñando antes de que Guthrum se ocupase de destruir su mundo, matándola. Les había dicho que serían más poderosas si combinaban sus dones, pero les había advertido que no abusasen de ello porque los muertos no perdonaban ni concedían treguas a quien no cumplía con su parte del trato. Porque sí, para usar los huesos y el canto de forma combinada, debían viajar al más allá, donde la vida terminaba y los muertos gobernaban. No era un simple lanzamiento de huesos para leer sobre ellos, sino buscar en el origen mismo de la muerte.

—Nunca lo hemos hecho sin la supervisión de Groa —le recordó Maren.

—Si tomamos todas las precauciones, no tiene por qué pasar nada. ¿O quieres renunciar a esa parte de tu potencial porque Groa ya no está aquí?

—Creo que preferiría no tener que hacerlo con un tema tan delicado —le dijo—. Si lo hacemos mal, podría suponer la derrota del rey sajón. Y los daneses acabarían con todos.

—Entonces, hagámoslo bien.

—Yo sé que podéis —las animó Liv, con seguridad.

Las dejó solas, después de ayudarlas a acondicionar el lugar y luego se aseguró de que nadie las interrumpiese, pidiéndole a Leif que uno de sus hombres vigilase la puerta mientras realizaban el ritual. Los vikingos eran los únicos que podrían entender la importancia de que se completase correctamente, porque habían crecido escuchando historias sobre ellas que asustarían a los sajones, de conocerlas.

En cuanto vio que nadie las molestaría, acudió ante el rey para informarle de lo que Eline había soñado, acompañada de Leif. Necesitaba convencerlo de que reclutase a más hombres para la batalla que se avecinaba o nada de lo que fuesen a hacer sus hermanas ahora serviría.

—He visto cómo vuestra presencia influía en los daneses —dijo el rey tras su sugerencia— y admito que me resultó interesante y curioso, pero no sé si deba fiarme del sueño de vuestra hermana. No quiero ofenderos, pero no creo en la magia.

—Lo comprendo, majestad —respondió ella con educación—, pero no tenéis que creer en ella para que exista. Lo hace, a pesar de vuestras dudas. Sé que vuestra fe os impide aceptar que haya alguien, aparte de vuestro dios, que pueda ver el futuro o influir en él, pero os aseguro que, si no nos hacéis caso, perderéis la batalla que se avecina. Guthrum no va a dejar nada al azar.

—Majestad —Leif se permitió intervenir—, he crecido en una tierra en la que el poder de las völur no se cuestionaba y he visto de lo que son capaces de hacer y predecir. Confío en ellas y, si la

decisión fuese mía, estaría enviando mensajeros ya para reunir a todos los hombres que pueda.

—Vos habéis vivido inmerso en un mundo que cree en la magia —repuso el rey— y es comprensible que las creáis…

—También yo la creo, Alfred —lo interrumpió Godric—. Sabéis que soy un hombre temeroso de Dios y siempre me pongo en sus manos, pero confío en ellas. Si de mí dependiese, seguiría sus consejos. Hay más de lo que nuestros ojos pueden ver, majestad. ¿Cómo sino somos capaces de creer en Dios?

—Pero ella habla de magia, Godric.

—¿Qué son los milagros, sino un tipo de magia? —repuso—. No perdéis nada con hacer lo que os pide. Sea porque creéis en ellas o porque conocéis a vuestros enemigos, no dejéis que Guthrum nos aventaje. Se siente invencible tras lo de Chippenham. Los espías han observado un movimiento incesante de tropas danesas. ¿No es factible pensar que nos superarán en número? Y cuentan con la fortaleza para detener el ataque de nuestro ejército, en caso de que ganemos en campo abierto.

—Vos siempre tan sensato, querido amigo —admitió el rey pensando en lo que le había dicho—. Eso tiene más sentido para mí que la premonición de una bruja. Enviaré mensajeros para que mis hombres se preparen. Buscaremos la forma de contrarrestar las fuerzas enemigas.

—Mis hermanas están intentando averiguar más y temo que lo que vayan a descubrir solo acelerará nuestra marcha —le aseguró Liv—. La guerra está cerca.

—No quiero saber qué o cómo harán eso —negó el rey—, pero estaremos listos, llegado el momento, ya sea con la victoria asegurada o con una posible derrota en ciernes. No permitiré que Guthrum destruya mi reino.

Liv asintió, comprendiendo que ya no la escucharía más. Salió de aquel cuarto con la sensación de que había perdido el tiempo y de que les había pedido a sus hermanas que se expusiesen para nada. Quizá, aquellos días habían sentido una falsa sensación de aceptación y eso le dolía.

—Liv —Leif la detuvo—, no te martirices por lo que ha dicho el rey. Es un hombre muy fiel a sus principios y jamás confiará en lo que no puede controlar. Su fe en ese Dios todopoderoso es inquebrantable, así que no aceptará que haya fuerzas en este mundo que contradigan su religión.

—¿No es también tu dios ahora? —inquirió.

—Mi fe también es inquebrantable —le confesó, después de comprobar que nadie podía escucharlos—. Abrazamos la suya para poder vivir con ellos en estas tierras, pero no puedo olvidar mis raíces. No cuando son parte de mí y he visto y vivido tanto, que hace imposible no creer en las völur y en sus premoniciones. Cuando tus hermanas hablen contigo de lo que han averiguado, me gustaría estar presente. Tal vez sea buena idea ocultárselo al rey y hablar directamente con el conde. Él sabrá convencerlo de que haga lo que debe sin que sepa de dónde provienen los consejos.

—Nunca nos hemos tenido que esconder. —Frunció el ceño—. No concibo una vida en la que deba avergonzarme de mis dones.

—Y no debéis hacerlo —le aseguró—. Cuando todo esto termine, mi hogar será el vuestro, si así lo deseáis.

—¿Incluso cuando queremos llegar hasta la mujer que amas?

—Sé cuánto odia su don —admitió— y que no querrá potenciarlo. Se habría desecho ya de él si supiese cómo. Pero no puedo decidir por ella, ni para alejarla ni para acercarla a vosotras. Solo puedo prometeros que sabrá de vuestra existencia y de lo que podéis hacer para ayudarla. Si así lo quiere, os verá. No me opondré.

—Pero estás pensando que se negará.

—Es una mujer sensata como su padre, creo que aceptará escucharos.

—No estamos aquí para obligarla a nada, Leif. —Se sintió en la necesidad de aclarárselo—. Queremos ayudarla a comprender su don. Ella decidirá si quiere controlarlo o apagarlo. No es…

—Liv. —Eline salió del cuarto donde habían estado encerradas y parecía preocupada—. Ven rápido. Maren no se despierta.

Liv corrió tras su hermana, con el corazón en un puño, y Leif la siguió. Olin, a quien había encargado la tarea de impedir que las molestasen durante el ritual, estaba arrodillado junto a una Maren

inconsciente. Le sostenía la mano, con cuidado, mientras con la otra le tocaba el rostro, en busca de una señal de que pronto saldría del trance.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Liv al verla tan pálida.

—Le ayudé con el canto, como me pediste —le explicó Eline, que no dejaba de retorcer las manos, nerviosa—, y todo fue bien. Tal como habíamos hecho con Groa. Entró en trance tan rápido que me sorprendió, pero cuando finalicé la canción, no regresó. He intentado traerla de vuelta, pero nada funciona. Groa no nos explicó qué hacer en estos casos porque nunca nos pasó con ella en las pocas veces que probamos. Siempre salía todo bien.

—Tranquila. —Liv buscó entre sus cosas algo con lo que despertarla—. No es culpa tuya.

—Tampoco tuya —repuso segura de lo que Liv estaba pensando.

Mientras ellas discutían, Olin no dejaba de murmurar al oído de Maren con la esperanza de que lo escuchase. No sabía si serviría de algo, pues no tenía ni idea de cómo funcionaba la magia que habían practicado, pero si su hermana la había llevado a donde fuese que estuviese con su voz, tal vez la suya pudiese traerla de regreso. ¿Y si simplemente se había desorientado y no encontraba el camino de vuelta? No perdía nada con probar. Y si no lo lograba, al menos les daría tiempo a sus hermanas.

—Pero que…

Liv se quedó petrificada al ver cómo su hermana abría los ojos y observaba en silencio al vikingo. Cuando Eline trató de acercarse a ellos, la detuvo. Por alguna extraña razón, no quería romper la conexión que habían establecido.

—Me habéis rescatado —habló al fin Maren—. ¿Cómo sabíais lo que teníais que hacer?

—No lo sabía —admitió él, rascando el cabello de la nuca —. Solo seguí mi instinto.

—Dejémoslas solas, Olin —intervino Leif, al comprender que las mujeres necesitaban privacidad, ahora que la menor de las tres había vuelto de entre los muertos. Porque estaba seguro de que así había sido. Ya tendrían tiempo de saber lo que había descubierto, más tarde.

—¿Estaréis bien? —preguntó el hombre a la joven, antes de liberarle la mano, que todavía mantenía entre las suyas.

—Sí —asintió esta.

Leif y Olin salieron en silencio, mientras las tres hermanas los seguían con la mirada. En cuanto se quedaron solas, Eline enfrentó a Maren con curiosidad.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó.

—No lo sé —admitió ella, ruborizándose al recordarlo.

—A mí no me importa —dijo Liv— mientras haya funcionado.

—Pues a mí sí que me importa —insistió Eline.

—Como os he dicho —repuso la hermana mayor—, hay asuntos más serios que tratar ahora. El rey no confía en nuestras premoniciones, así que debemos tener cuidado a la hora de exponerlas ante cualquiera.

—Si no nos cree, peor para él —bufó Eline.

—Si no nos cree —añadió Maren—, acabará derrotado.

—¿Has visto algo? —preguntó Liv.

—La casa del que se burla, acaba incendiándose —recitó.

—Ya empezamos. —Eline seguía molesta y aquello lo remató—. Odio que uses los huesos con mis cánticos. Nos pone en peligro a las dos y solo obtenemos acertijos que no podemos descifrar.

—No hay nada que descifrar ahí —sentenció Liv—, está claro lo que quiere decir.

—Ilústrame, oh, hermana todopoderosa —se burló Eline, pero fue Maren quien respondió.

—Si el rey no cree en nosotras, su reinado acabará arrasado por Guthrum.

Capítulo 25

—Dudo que el rey opine lo mismo cuando lo sepa.

Leif se paseaba por el cuarto, inquieto. Liv lo había llamado para contarle lo que Maren había visto con los huesos y no resultaba demasiado halagüeño el futuro que les presentaba si el rey no hacía lo que le pedían. La joven volva había insistido en decírselo igualmente, aunque no la creyese, pero Leif no estaba tan seguro.

—Si no nos hace caso…

—El conde es mejor opción —la cortó, al ver que no se rendiría —. Sabrá apreciar lo que habéis averiguado y sabrá decírselo al rey sin que este pregunte de dónde proviene la información.

—Jamás nos hemos escondido —protestó Eline, como había hecho su hermana antes que ella.

Leif entendía sus razones y las compartía, pero no era el momento de iniciar una guerra paralela que no ayudaría en nada en la que se avecinaba.

—Leif tiene razón —dijo finalmente Liv, entendiendo lo mismo que él con la protesta de su hermana—. No tenemos tiempo de reivindicar nuestra posición como völur ahora. Si no hacemos las cosas como dice Leif, no habrá un mañana para nadie. El conde sabrá convencerlo. He visto cómo lo hace y estoy segura de que podrá llevarlo por el buen camino sin necesidad de decirle que la información proviene de nosotras.

—Entonces, él se llevará el mérito —siguió protestando Eline— y nosotras habremos perdido prestigio. Acabaremos teniendo que escondernos de por vida.

—Una vez ganemos esta batalla —le aseguró Leif—, me encargaré de que el rey se sepa quién advirtió al conde sobre lo que iba a pasar. Pero Liv está en lo cierto, si le decimos que ha sido una

visión de Maren, no se lo tomará en serio. No podemos arriesgarnos a que no actúe.

—Estúpidos hombres faltos de fe —murmuró—. Si supiesen la mitad de las cosas que yo sé, nos venerarían como a diosas.

—Yo lo haría, incluso en la ignorancia, bella —Arik, que estaba a su lado, la escuchó perfectamente y no pudo dejarlo pasar sin decir nada.

—No busco esa clase de veneración. —Lo miró con rabia por lo que había insinuado, pero se topó con unos ojos de un azul tan intenso que la deslumbraron por un momento y no pudo añadir nada más.

—Si algún día lo haces —le sonrió Arik—, no dudes en avisarme. Yo estaré encantado de atenderte a cualquier hora del día y la noche.

Eline se quedó sin habla ante su descaro y cuando quiso responder, ya no era el momento. No estaba acostumbrada a que los hombres no la temiesen al saber que era una volva y, menos aún, que se le insinuasen de un modo tan descarado. Se lo quedó mirando, a pesar de que él ya no lo hacía, sin decidir si le habían gustado o enfadado sus comentarios, hasta que giró de nuevo la cabeza hacia ella y le sonrió por segunda vez. Decidió, entonces, que le irritaba su prepotencia y se prometió ignorarlo a partir de aquel momento. Si lo que le gustaba era la atención, no la obtendría de ella.

—Hablaré con el conde —sentenció Leif dándole a entender que había perdido gran parte de lo que había seguido a su protesta por culpa de aquel descarado vikingo y bufó, más enfadada—. Él sabrá cómo planteárselo al rey sin que este sepa que proviene de vuestras visiones.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Liv.

—Lo haré llamar —sugirió—. Así podrá hacerle las preguntas que considere oportunas a Maren.

—Esa es una gran idea —intervino Eline.

—Iré a por él —se ofreció Olin. Tanto él como su hermano, además de Arik, habían acudido con su jefe al cuarto de Liv cuando esta lo avisó de que ya sabían de qué se trataba la visión de Maren.

Leif había pensado que al contarles que había roto el compromiso con Lynna, su relación se volvería tensa, pues siempre habían decidido todo en asamblea, pero ellos se limitaron a sonreír y bromear sobre el asunto, como si hubiesen estado esperando a que sucediese. Según Arik, el último en enterarse de que amaba a Ivalyn había sido justo el enamorado. Y aunque le aliviaba ver que nada cambiaría entre ellos, le resultaba inquietante pensar que todos habían visto lo que pasaba entre ellos, incluso antes de que pasase. ¿Y si Lynna también lo había visto y se sentía traicionada por su hermana? Jamás había pretendido enfrentar a las dos gemelas y esperaba estar equivocado, pero no era capaz de dejar de preocuparse por ello.

—Yo lo haré —dijo Olsen, que salió antes que Olin, pues estaba cerca de la puerta. Ni siquiera tuvieron tiempo para protestar.

—Este hombre es imposible. —Olin negó con la cabeza al verlo salir—. Siempre tiene que estar en el meollo de todo.

—Sé de uno que es igualito a él —bromeó Arik— y por eso se enfada si no puede hacer las cosas.

—¿Hablas de mí? —bufó el aludido—. Me da igual quien vaya, pero, si me ofrezco, al menos que me deje hacerlo.

—La próxima vez no te ofrezcas —rio Arik—. Así igual te manda ir a ti.

—Cuando no quiera hacer algo, me obligará —se quejó.

—Son como vosotras —susurró Liv a sus hermanas—. No dejan de hablar, ni aunque estén diciendo tonterías.

—Gracias, hermana —Eline fue la primera en protestar, pero la menor no se quedó rezagada mucho tiempo.

—Se nota que nos quieres, Liv.

—Mucho. —Les sonrió—. Pero no podéis negarme que hacéis lo mismo.

—Yo no soy una prepotente en busca de alguien que me caliente la cama —bufó Eline, pero cuando sus hermanas la observaron con curiosidad, comprendió que había hablado de más—. Se le ve en la cara que es de esos.

—Claro. —Ninguna creía que lo dijese por eso.

—Es cierto —insistió—. Además, solo hay que verlo para entender que lo tiene tan fácil que se aprovechará de ello.

—Claro.

—Dejad de repetir esa palabra —protestó—. Me estáis poniendo de los nervios.

—Claro —añadió Maren, solo para fastidiarla un poco más, pero se llevó un golpe de su hermana—. Ay.

—Eso te pasa por molestarme, hermanita.

Eline cruzó los brazos en un gesto de protesta.

—Si te estaba dando la razón —se quejó.

—Claro —dijo Eline. Y terminaron las tres riendo.

Así fue como las encontró el conde, que no dudó en sonreír, al verlas tan relajadas. Pensó que tal vez tenían buenas noticias para él, pero no le duró el buen humor tanto como le hubiese gustado, pues cuando la mayor comenzó a hablar, solo parecía que todo iría a peor.

—Guthrum ha preparado el campo de batalla para no dar tregua a los sajones. El rey necesitará idear algo que le ayude a ganar terreno o no perderlo, al menos.

—Algo encontraremos —respondió Godric, pensando ya en ello, como buen estratega que era.

—Es vital que ganéis en el campo —continuó Liv—, pero todavía es más necesario que enviéis a alguien a la fortaleza de Chippenham para vaciar sus almacenes porque…

—El rey no lo aceptará —la interrumpió—. Eso será como enviarlos a una muerte segura.

—La fortaleza se quedará vacía —le aseguró Maren—. Guthrum está tan convencido de que va a vencer, que no dejará a nadie en ella para protegerla.

—¿Por qué no tomarla entonces? —preguntó el conde.

—Porque debéis convencer al Sanguinario de que estáis en el campo. Si sospecha que sabéis lo de la fortaleza, regresará con sus guerreros y entonces será una matanza —le aseguró Liv.

—Maren —intervino Leif—, explícale al conde porqué es tan importante que vacíen los almacenes.

—Si lográis encontrar el modo de hacer retroceder a los daneses hacia Chippenham, podréis sitiarlo —Maren hablaba con calma, pero segura de lo que decía—. No tendrán con qué abastecerse y acabarán rindiéndose. Es lo que vuestro rey necesita: la rendición incondicional de Guthrum. No más pagos para conseguir una tregua, sino enviarlos a Danelaw y obtener la firme promesa de no internarse nunca más en Wessex.

—Guthrum volverá a atacar en cuanto se reagrupe. — Godric no estaba conforme con el plan.

—No lo hará —añadió Eline—, cuando el rey lo obligue a bautizarse en vuestra fe. Será la promesa que necesitáis para aseguraros de que se quede en su lado de la frontera.

—Bautizarlo. —A Godric no le disgustó la idea. Si conseguían que abrazase su fe, podrían evitar que continuase con los saqueos a las arcas del rey y acabarían definitivamente con la guerra. Era demasiado tentador como para no tenerlo en cuenta—. Alfred sería su padrino y de ese modo se haría más efectivo. Guthrum ya no tendría ninguna posibilidad de continuar con la guerra contra Wessex.

—¿Hablaréis con el rey? —preguntó Leif—. Si lo convencéis de que envíe a algunos hombres a la fortaleza y encontramos el modo de avanzar en el campo de batalla para que se retiren después, podremos terminar con la guerra sin excesivas bajas.

—También podrían envenenar las aguas —sugirió Olsen, que tenía más experiencia en esos asuntos por haber participado en innumerables batallas en su país—. Sin comida y sin agua durarán menos en el sitio y estarán más dispuestos a firmar la paz.

—Hablaré con él —asintió el conde—. Todavía no sé cómo lo convenceré para que lo haga, pero hallaré el modo.

—No tenemos demasiado tiempo —le recordó Maren, por si no lo había entendido—. Debemos partir con la luna llena.

—Eso nos deja muy pocos días. —Se alarmó el conde—. ¿Estáis segura de eso?

—Totalmente, me temo.

—En ese caso, tengo mucho que hacer. —Caminó hacia la salida, pero se detuvo antes de salir—. Gracias por la ayuda. Cuando todo

esto termine, me aseguraré personalmente de que el rey sepa de dónde ha provenido la información que lo llevó a la victoria.

En cuanto salió por la puerta, Leif se volvió hacia ellas, sonriente.

—Como veis —les dijo—, el conde es un hombre sensato y confiable.

—Si perdéis, ¿también le dirá de quién fue la culpa? — aventuró Eline.

—Es un hombre con honor, Eline —le aseguró—. Jamás os acusaría si esto no sale bien.

—Esperemos que salga bien —sentenció Liv para dar por terminada la reunión—. Si me disculpáis, tengo mucho trabajo antes de partir. Habrá heridos y debo estar preparada para atenderlos.

—Nosotras te ayudaremos —se ofrecieron sus hermanas.

—Os dejamos solas, pues —dijo Leif, inclinándose hacia ellas—. Cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en pedírmela a mí o a cualquiera de mis hombres. Estamos a vuestra disposición.

Eline no pudo evitar mirar hacia Arik después del comentario, aunque se había prometido no hacerlo, y lo vio sonreír hacia ella con jactancia. Dejó escapar el aire de los pulmones para no responder con alguna de sus bravatas porque no quería que sus hermanas supiesen lo que les había pasado, pero se prometió vengarse en cuanto tuviese ocasión.

Maren, en cambio, fue más disimulada al ver cómo Olin se iba junto a sus compañeros. Desde que la había traído de regreso de aquel trance complicado, no había podido dejar de pensar en él y su voz continuaba resonando en su cabeza como un cántico. Le resultaba extraño que solo recordase lo que él le había dicho, pues sabía que Eline también la había intentado traer de regreso de la misma forma.

—Bien —Liv las apremió—, si es cierto que me ayudaréis, pongámonos a ello. No sé si tengo todas las hierbas que voy a necesitar, así que empezaremos por hacer inventario. Queda poco tiempo para ir por ellas y secarlas.

Bajo las órdenes de Liv, ambas dejaron a un lado a los vikingos y se concentraron en el trabajo que tenían por delante. Aunque no era

lo que dominaban, conocían la mayoría de las hierbas que usaba su hermana y las propiedades que tenían.

Liv no solo era buena recordando lo que Groa le había enseñado sobre plantas, sino que sabía cómo aprender por su cuenta con aquellos ejemplares que no conocía. Tenía un don especial para la sanación, que era el que le permitía adivinar las propiedades ocultas de una planta, aunque no la hubiese visto antes. Eso era algo que una simple curandera no podría hacer jamás.

Caía la noche cuando dieron por finalizado el inventario y decidieron intentar dormir un poco. Sin embargo, Liv les pidió que se adelantasen. Había sido un impulso, pues no podía hacer mucho más allí hasta el día siguiente, cuando saldría a buscar lo que le faltaba. Revisó una última vez la lista, antes de cerrar los ojos, buscando una paz mental que le estaba resultando esquiva.

—En pocos días saldremos hacia Chippenham. —La voz a su espalda debería haberla sorprendido, pero no lo hizo. Era como si lo hubiese estado esperando a él, precisamente, y, solo ahora que había llegado, lo comprendió.

—Lo sé —respondió, sin mirarlo todavía.

—Es posible que…

—No lo digas —lo interrumpió, olvidándose del formalismo por primera vez. Ya no podía negar lo que sabía que pasaría.

—Que no lo diga, no lo hace menos real. —La siguiente vez que habló, lo sintió justo detrás de ella.

—Lo sé —repitió—, pero no quiero oírlo, aun así.

—¿Quiere decir eso que ya lo has pensado mejor? —susurró, tan cerca de su oído, que la obligó a cerrar los ojos y dejar escapar un suspiro.

—Quiere decir que no he dejado de pensarlo desde entonces —confesó en un acto de valentía—. Que no he dejado de pensar en ti.

—Bien. —La giró para mirarla a los ojos—. Porque yo tampoco he dejado de pensar en ti desde que te conocí.

Como en las ocasiones anteriores, la besó sin dejarle responder. Sin embargo, en aquel momento, Liv no quería decir nada, solo dejarse llevar por los sentimientos que Edric despertaba en ella,

pues, si algo salía mal en la batalla, quizá ya no tendría ocasión de hacerlo. Y aunque su mente racional le decía que podrían, pues los había visto en aquel futuro juntos, sabía que las visiones podían cambiar en cualquier momento si alguno de los factores que las propiciaban lo hacían. Por eso, decidió dejar de pensar y disfrutar con Edric, ya fuese el primero de muchos días juntos o el último.

Capítulo 26

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses y, para quienes esperaban noticias, que eran escasas y demasiado vagas, eso suponía una agonía desesperante. Más de una vez, Ivalyn se había sentido tentada a cantar, por si sus visiones le mostraban algo más que aquellas escuetas misivas que su padre le enviaba de vez en cuando, pero el temor a lo que pudiese ver la frenaba siempre. No podría soportarlo si era algo malo.

Incapaz de permanecer ociosa, y resuelta a dejar de pensar en la descorazonadora promesa que Leif le había hecho al irse, decidió ayudar en la granja. Al principio se habían negado a dejarla andar entre los animales, alegando que era demasiado delicada para realizar esos trabajos, pero su insistencia y su tenacidad les habían convencido. Era mucho más fuerte de lo que creían y no solo físicamente. Mientras Lynna permanecía la mayor parte del día en la alcoba, bordando o cosiendo, lo único que aseguraba que podía hacer, Ivalyn había aprendido a cuidar de los animales, a cocinar e incluso le habían enseñado a cortar leña, que, aunque había sido duro, también había resultado ser muy estimulante. Con eso podía liberar tensiones y dejar de preocuparse por sus seres queridos, entre los que ya incluía a los vikingos.

Pero el sentimiento de cariño no iba en una sola dirección, sino que los que se habían quedado atrás también la admiraban y sentían una gran devoción por ella. Poco a poco, había logrado formar parte de aquella gran familia y más de uno lamentaba en silencio que fuese su hermana la que se habría de convertir en su señora. La hermana melancólica y distante que solo hacía acto de presencia durante las comidas. La que era correcta y educada, pero tan inalcanzable, que solo su gemela era capaz de llegar hasta ella. Debían admitir que en aquellas ocasiones en que se esforzaba por

impresionarlos lo lograba con creces, pero era tan cambiante que terminaban por preferir a la constante Ivalyn. La que se había labrado un lugar entre ellos sin subterfugios ni halagos. Solo con su encanto y su sencillez.

—Ivy. —Britta, una joven de catorce años que la adoraba y seguía a todas partes, la llamó—. Ya va a montarla. Si os dais prisa, estáis a tiempo de verlo todavía.

Ivalyn, que estaba ayudando en la cocina, sonrió y se limpió las manos en el paño de lino que le rodeaba la cintura, antes de salir corriendo de la casa. Había pedido que la avisasen cuando fuesen a montar por primera vez a la hermosa yegua que habían atrapado un mes antes de la partida de los guerreros. Se había enamorado de ella nada más verla y Leif se la había regalado, a pesar de sus protestas. Y aunque ansiaba poder cabalgar con ella desde que la vio, había tenido que esperar a que la domasen. Como descubrió más tarde, aquel proceso era lento y trabajoso.

Britta corrió a su lado, con una sonrisa tan amplia como la suya. Era una muchacha preciosa, de brillante y suave cabello amarillo como el mismo sol y unos ojos azules tan profundos que atraían hacia ellos la mirada. Era abierta y sincera, por lo que Ivalyn disfrutaba de pasar el tiempo con ella, a pesar de la diferencia de edad. Era una muchacha muy madura para sus catorce años. Había tenido que serlo, pues su madre murió en la travesía que los había llevado hasta allí y con ocho años había tenido que hacerse cargo de la casa y de sus dos hermanos pequeños. En cierto modo se parecían y quizá Ivalyn la apreciaba más por eso.

Cuando llegaron al recinto donde trabajaban con los caballos salvajes, no necesitó que nadie le dijese que debía permanecer en silencio: lo habría hecho igualmente, solo por temor a que la yegua se encabritase y tirase al jinete. La vio pasearse inquieta mientras relinchaba con brío. El peso de la silla la ponía nerviosa. Britta la sujetó de la mano y sonrió emocionada. Casi parecía tan ansiosa como el animal.

Enar, el joven mozo de cuadra, se acercó con cuidado al animal. Susurraba en su propia lengua. Ivalyn ya era capaz de entender algunas palabras. Sabía que solo intentaba tranquilizar a la yegua y,

aun así, contuvo el aliento cuando la mano del muchacho le acarició el lomo. Lo soltó de nuevo, cuando la apartó, después del resoplido del caballo. Cuando lo intentó de nuevo, Enar tuvo más éxito e Ivalyn pudo respirar con normalidad. Casi sentía como si ella misma estuviese allí, tratando de cabalgar sobre ella.

Poco a poco, se fue ganando la confianza de la yegua hasta que le permitió montarla y, aunque se encabritó por el peso extra, este no se dejó tirar. Se sujetó con fuerza y permaneció en la grupa, a pesar de las sacudidas, hasta que la yegua comenzó a cansarse. Fue entonces cuando la exhortó a trotar y, pasados unos minutos, pudo controlarla sin ninguna dificultad.

—Esto ha sido emocionante —le dijo a Gerd—. Domar un caballo es un arte.

—No tiene nada de arte, muchacha. —El hombre negó rotundamente—. Constancia y perseverancia. Eso es lo que se necesita.

Era muy difícil impresionar al viejo vikingo y ella lo sabía mejor que nadie, pues se había pasado semanas enteras intentando convencerlo de que le permitiese ayudarle con los caballos. Él se había negado una y otra vez, argumentando que no tenía el temple necesario. Sin embargo, después de verla un día practicando con la espada junto a los guerreros que se habían quedado atrás para proteger el lugar, le concedió que, tal vez, fuese más capaz de lo que había pensado en su momento, aunque tampoco así la dejó intentarlo.

A pesar de ello, había sido él quien la había mandado llamar cuando la yegua estuvo lista para ser montada, pues sabía que ansiaba que llegase ese momento y no quiso que se lo perdiese. A Ivalyn le hubiese gustado darle un beso en agradecimiento, o un abrazo, al menos, pero se contuvo porque sabía que Gerd no se lo permitiría. Era un hombre poco dado a las muestras de afecto.

—Espero que esta noche podáis dedicarme un par de horas de vuestro tiempo, Gerd —le dijo cambiando de tema.

—Dedico mis noches a dormir, muchacha —gruñó él, aunque a Ivalyn no la engañó. Sabía que le estaba tomando cariño.

—Lynna y yo hemos organizado una cena —le explicó—. Necesitamos una distracción. No queremos que sea demasiado festiva, pero sí amena y que nos haga disfrutar en compañía. Me han dicho que sabéis muchas historias interesantes y me encantaría que nos deleitaseis con alguna de ellas después de comer.

—¿A qué hora, muchacha? —le preguntó tras meditarlo.

—Al atardecer —sonrió.

En aquella ocasión no pudo evitar abrazarlo antes de regresar a la casa, no sin ver al viejo gruñón elevando las comisuras de los labios en lo que a ella le pareció la sonrisa más extraña pero más encantadora que había visto jamás.

Puede que no fuese el mejor momento para una fiesta, pero lo era para una reunión de amigos. Con el paso de los meses, Ivalyn había notado que el desánimo imperaba en el lugar y sentía que necesitaban olvidarse por un tiempo de las preocupaciones que no podían evitar. Sobre todo, después de las nada alentadoras noticias que habían llegado el día anterior. Su padre les había escrito que el rey estaba listo para marchar contra los daneses. Había convocado a todos los hombres, que llegaban desde Somerset, Wiltshire y Hampshire, y se habían unido a las de su padre y a las de Erickson, para recuperar las tierras de las que los daneses se habían apoderado cuatro meses antes. Su padre era optimista y ella necesitaba creer que la victoria era posible.

Su mente huyó a su control por un momento y quiso recordar a Leif una vez más. Aunque su padre las informaba de todo lo que podía decirles, sin comprometer los planes si la carta resultase ser interceptada por el enemigo, le habría gustado que alguna vez fuese él quien escribiese y no su padre. Pero también era consciente de que no tenía derecho a esperar semejante deferencia, pues, de hacerlo, debía ser su hermana la destinataria. Ella era solo un error que debía enmendar a su regreso.

Suspiró apenada, sintiendo el peso de aquellas palabras en su maltrecho corazón. Entendía por qué decía que el beso había sido un error y no podía culparlo porque, después de todo, era a su hermana a quien debería habérselo dado. Pero eso no la consolaba ni la hacía sentir mejor porque no había podido olvidarse de cuánto había

sentido mientras estaba entre sus brazos. Cada noche recordaba su sabor, su toque, la pasión con que había derribado sus defensas. Se despertaba anhelante de más, aun sabiendo que jamás lo obtendría.

Pensarlo casado con su hermana y tener que verlo, fingiendo ser feliz por ellos, le iba a resultar demasiado duro. Porque, aunque intentase negarlo, se había enamorado de Leif Erickson y, por primera vez en su vida, deseó haber nacido dos minutos antes que su hermana, no por evitarle el sufrimiento, como había querido hacer otras veces, sino para ocupar su sitio junto al vikingo. Ironías de la vida, Lynna, que debía, no deseaba desposarse con él y ella, que quería, no podía.

—Ivy —la voz de su hermana la sobresaltó—, nos están esperando para comer.

—Ya voy —le sonrió.

—¿Dónde has estado?

—He ido a ver cómo montaban por primera vez a mi yegua —le dijo, emocionada.

—No entiendo por qué te interesan esas cosas. —El disgusto en la voz de su hermana la divirtió—. No es propio de una dama.

—Ya sabes que yo no hago las cosas como las haría una dama.

—Cierto. —Sonrió, pero pudo ver la tristeza encerrada tras aquel gesto.

La misma que sentía ella. Y la misma preocupación que todos ellos compartían por los que no estaban. Ivalyn la abrazó, tanto para confortarla, como buscando su propio consuelo.

—Todo va a salir bien, Lynna —dijo.

Desde que Leif y sus hombres se habían ido, solían comer en la cocina. Era una zona amplia y cálida donde se sentían más acogidos que en el gran salón. Allí, la ausencia de su jefe no se hacía notar tanto porque se reunían muchos de los vikingos que se habían quedado atrás.

—Esta noche celebraremos por fin la cena —añadió, tratando de llenar el silencio que se hizo de repente—. ¿No te parece emocionante?

—No me siento con muchos ánimos, la verdad.

—Todos estamos igual, Lyn, y por eso que necesitamos algo de alegría —dijo, mirándola con anhelo—. Ahora no vayas a decir que no quieres ir porque has trabajado tan duro como yo para organizarla. Necesitamos alejar por una noche, aunque sea, la sombra de la guerra de nuestras mentes.

—Supongo que tienes razón, como siempre. Estoy tan preocupada.

—Yo también. —La abrazó de nuevo—. Todos lo estamos. Pero sé que saldrá bien.

—¿Cómo?

—Lo siento aquí. —Se tocó el pecho, cerca del corazón.

—¿Cantarás esta noche?

Sabía cuál era la pregunta real de su hermana, pues ella misma se la había hecho muchas veces los últimos meses. Solo el miedo a ver algo terrible la frenaba. Se miró las manos, nerviosa, deseando y temiendo, con la misma intensidad, hacerlo.

—No lo sé —admitió.

—Si tan segura estás de que todo saldrá bien, no deberías temer tus visiones. —El anhelo en la voz de su hermana le preocupó.

—Lo pensaré. —Era lo único que podía concederle.

Porque a pesar de lo que había dicho, realmente dudaba de que todo fuese a salir bien. En la guerra todo era posible y la pérdida de los seres queridos era una realidad muy probable. No se creía tan valiente para enfrentarse a una visión de ese tipo y sabía que si lo que descubría era malo, no iba a ser capaz de ocultárselo a su hermana. No quería preocuparla más de lo que ya parecía.

Decidieron ignorar aquella conversación y pasaron el resto del día con las mujeres, ultimando los detalles para la cena. Muy pocas veces salía Lynna de la alcoba, así que su hermana disfrutó del momento en el que volvieron a estar tan compenetradas y unidas como siempre. Algo que no pasó desapercibido a nadie, pues, cuando ambas se unían con un mismo fin, nada podía hacerlas fracasar. Y aquella circunstancia se vio reflejada en el éxito de la cena, donde lograron hacer que todos olvidasen sus preocupaciones por una noche y se centrasen tan solo en divertirse. Las historias de Gerd entretuvieron a adultos y a niños por igual. Ivalyn lo escuchó

con verdadero interés, embelesada con los relatos y con la sonrisa pintada en su rostro. Gesto que tampoco pasó desapercibido a nadie.

—Teníamos guardado un obsequio para vos —habló Ada, en nombre de todos, mirando a Lynna, después de que Gerd diese por finalizadas sus narraciones—, para la boda. Pero con todo lo que está pasando, hemos decidido entregároslo ahora.

Quizá por lo que aquellas palabras implicaban, el entusiasmo con que Lynna lo recibió resultó un poco desconcertante, pero al ver cuán agradecida estaba por el detalle, abriéndolo casi con veneración, nadie dijo nada al respecto. Menos aún, cuando sus ojos se abrieron tanto al descubrir la capa más impresionantemente blanca que había visto jamás.

—Es preciosa. —Sonrió, mientras la colocaba sobre los hombros para ver cómo le sentaba.

—Hemos pensado que era mejor que le dieseis uso ahora. Sería una pena que se estropease por permanecer guardada demasiado tiempo.

—Muchas gracias. La llevaré con orgullo. —En aquella ocasión, el comentario se ganó varios gestos de aprobación. Lynna siempre había sabido camelarse a la gente cuando quería. O cuando le convenía.

—También tenemos algo para vos, Ivalyn —añadió Ada, mirándola ahora a ella.

—No era necesario. —La sorpresa bañó sus palabras y no pudo evitar sonreír, encantada de recibir el regalo, a pesar de todo.

El viejo Gerd fue el encargado de hacer la entrega. La joven tomó el paquete alargado y notó el peso al instante. No era le impedía manejarlo, pero podía imaginar que no sería una capa como la de su hermana. Aunque sus ojos se abrieron tanto como los de ella cuando se encontró con la bella espada. Estaba claro que había llevado días confeccionarla. Probablemente semanas. Jamás había visto nada tan hermoso. La sujetó por la empuñadura y, al balancearla, descubrió que le resultaría fácil manejarla, a pesar del peso.

—Es demasiado —comenzó a decir, emocionada.

—Nada es demasiado para vos, mi señora —la interrumpió Ada—. Habéis hecho tantas cosas por nosotros desde que habéis llegado que os lo merecéis más que nadie.

—Ya era hora de que tuvieseis vuestra propia espada, muchacha —Gerd estaba de brazos cruzados, desafiándola a llevarle la contraria. Pero no haría tal cosa—. Una verdadera espada vikinga.

—Me encanta, Gerd —sonrió—. No voy a protestar más por ella. También yo la llevaré con orgullo.

Miró a Lynna, que le sonrió, pero pudo ver cierta tristeza en su sonrisa. Se prometió que hablaría con ella cuando tuviese ocasión. Había algo en su expresión que le decía que no era la preocupación por la inminente guerra lo que la perturbaba y necesitaba averiguar qué le pasaba por la cabeza por si podía solucionarlo.

—Pareces triste, Lyn —le dijo horas después, mientras le cepillaba el pelo en la intimidad de la alcoba.

—No estamos viviendo tiempo felices, precisamente. — Se encogió de hombros—. Me gustaría que nada de esto estuviese pasando. Extraño a papá.

—Y yo —suspiró—, pero las cosas no siempre salen como uno quiere.

Ivalyn no pensaba en su padre en ese momento, sino en Leif. Una vez más, en aquellos interminables cuatro meses, su mente vagó hacia él sin poder evitarlo. No lograba entender cómo un simple beso le podía haber causado semejante impresión a su joven corazón. Sabía que, desde que había hablado con él por primera vez, había sentido una atracción que traspasaba la simple curiosidad y, aunque debería haberse sentido ofendida por la familiaridad con que le había hablado desde aquel primer día, en realidad la había hecho sentirse especial. Después de todo, ni siquiera con su hermana lo hacía. ¿Habría sentido, quizá, una conexión con ella? Le hubiese gustado pensar que sí, pero sabía que, aunque Leif se hubiese podido sentir atraído por ella en un primer momento, algo que probablemente se había imaginado, para él no había sido más que un error. Aquel beso no debería haber sucedido y, con ello, nada de lo que había ido sintiendo a lo largo del tiempo que habían

compartido, pues él le pertenecía a su hermana. Pero por más que debería estar de acuerdo con él, no podía olvidarlo. Su corazón enamorado no se lo permitía.

Miró avergonzada a Lynna. Si su hermana descubriese lo que pasaba por su mente, ¿se sentiría traicionada? En el fondo lo dudaba. A pesar de que había aceptado su destino, sabía que su hermana no amaba a su prometido. Ni siquiera le profesaba cariño, pues la realidad era que todavía lo temía. Tal vez no tanto como antes, pero el miedo no había desaparecido y se reflejaba en sus actos. Su mirada baja al hablarle, su voz suave como un susurro y su actitud sumisa.

—¿Has sabido algo de tu prometido?

No se atrevía a pronunciar en alto su nombre por si descubría el anhelo en su voz. Sabía que su padre les escribía cartas a ambas y estaba segura de que eran tan distintas como el día y la noche. Su padre jamás le contaría a Lynna lo que le decía a ella: la cruda verdad.

—Solo recibo cartas de papá —negó.

—¿No le has escrito tú?

—¿Y qué le diría, Ivy? —Su voz sonó desesperada—. No lo conozco. No sé de qué hablar con él.

—Tampoco has hecho mucho por cambiar eso.

El reproche fue claro e Ivy no creía haber intentado evitarlo siquiera. Estaba resentida con la actitud de su hermana hacia él. Leif no le había dado motivos para que desconfiase, sino más bien todo lo contrario, pero Lynna se empeñaba en ver fantasmas donde no los había. No le había dado ni una oportunidad de demostrarle que podía hacerla feliz.

—¿Crees que no lo sé? A pesar del tiempo que hemos pasado aquí, le sigo teniendo miedo, Ivy. A todos ellos. A todo aquí. No puedo evitarlo por más que lo intente.

—Eso es porque te pasas el día encerrada entre estas cuatro paredes —la censuró—. Si salieses fuera y te esforzases en conocerlos un poco, verías que son iguales que tú y que yo. Solo personas.

—Son primitivos —la contradijo—. Viven en cabañas hechas de madera y crían a sus propios animales. Cultivan su propia comida, Ivy.

—Son autosuficientes —los defendió, ofendida por las duras palabras de Lynna—. Cada día descubro algo nuevo y es todo tan fascinante. Tú misma lo verías, si les dieses una oportunidad.

—Yo no soy como tú, Ivy. —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. No podré ser feliz aquí, aunque pasen cien años.

—Claro que puedes. —La abrazó—. Estaré a tu lado todo el tiempo que necesites, Lyn.

—No es cuestión de tiempo —le confesó—. Simplemente no encajo aquí. Echo de menos las comodidades de nuestro hogar, a nuestro padre, a nuestra gente…

—Encajarás —le prometió—. Sal fuera. Ven conmigo y conoce a la gente. Descubrirás que son personas increíbles. Sé que llegarás a quererlos tanto como a nuestra propia gente si te permites intentarlo.

—Tú llegarás a quererlos. Ya lo haces, creo. Eres más fuerte que yo, más abierta y más sencilla. Yo no puedo vivir en un lugar dejado de la mano de Dios.

—Es que no es así. —La miró a los ojos—. Lynna, este lugar es precioso. Y la forma en que lo cuidan y lo mejoran día a día es impresionante. Si tan solo lo vieses con mis ojos.

—Ojalá pudiese. —Se acurrucó entre sus brazos y cerró los ojos, suspirando—. Estoy cansada, Ivy. Apenas duermo desde que estamos aquí. Este matrimonio acabará conmigo.

—No lo permitiré, Lynna. —La apretó con fuerza y dejó un beso en su cabeza—. Conseguiré que veas este lugar y a esta gente como lo hago yo. No te voy a abandonar. Me quedaré contigo hasta que seas feliz.

—Entonces no te irás nunca, me temo.

—Shhh. —Le acarició el pelo—. Descansa. Me quedaré contigo hasta que te duermas.

Nada has de temer,
Tu hermana te protegerá

Yo estoy aquí contigo,
Nada malo te pasará.
Cierra los ojos y duerme,
Deja que los sueños te invadan.
El descanso llegará por fin,
Entre mis brazos, hermana.

—No deberías… —La protesta de Lynna huyó de sus labios en un suspiro.

Duérmete, mi gemela,
Que yo velaré tus sueños.
Nunca te abandonaré,
Por más que me vaya lejos.
No temas, Lynna,
Que yo estoy contigo.
Descansa ahora,
Mañana todo será distinto.
Al comienzo del nuevo día,
Te mostraré el camino.
Aprenderás a querer esta tierra,
Y aceptarás tu destino.

La besó con cariño antes de recostarla en la cama. La tapó con la manta y la observó durante un momento. Parecía vulnerable, incluso en sueños. Deseó una vez más estar en su lugar, no solo por librarla de aquel destino que no quería, sino egoístamente, pensando en lo feliz que sería ella junto a Leif. Aunque tal vez él no opinase igual, pues así se lo había hecho saber en aquel susurro silencioso.

Suspiró al entrar en su cuarto. Apenas había dado dos pasos cuando la visión comenzó a formarse en su mente. Trató de sujetarse a la cama, pero las piernas le fallaron y cayó inconsciente al suelo.

Capítulo 27

El amanecer los descubrió en el campo de batalla frente a un ejército danés dispuesto a ponérselo difícil. Aunque no eran tantos como habían calculado, pues estos no habían podido reorganizarse después de las discrepancias internas que parecían estar sufriendo y que amenazaban con dividirlos. Los informes de los espías aseguraban que Guthrum había perdido el apoyo de algunos señores, incluyendo a Ivar y Ubbe, y que las fuerzas danesas asentadas en Anglia Oriental y Mercia se habían negado a acudir a su llamado para participar en la batalla. Y, por si eso no fuera poco, los ciento veinte barcos perdidos en la tormenta frente a la costa de Swanage, en Dorset, el año anterior, habían mermado considerablemente las filas de Guthrum.

Largas horas había pasado Godric con el rey tratando de convencerlo de que enviase a un pequeño grupo a la fortaleza para saquearla, pero solo ahora comprendía cuán acertada había sido la decisión. Aunque había muchos daneses, más eran ellos. Los harían retroceder sin dificultad y los sitiarían en Chippenham hasta obligarles a aceptar una rendición definitiva e incondicional.

—Espero que estéis en lo cierto, Godric —susurró el rey, no obstante— porque empiezo a pensar que Guthrum no ha traído a todos sus hombres a la batalla, contando con que intentaríamos algo así. Sé que han sufrido muchas bajas, pero me parecen pocos para lo que esperaba. Si se han quedado en Chippenham, nuestros hombres morirán.

—Tened un poco de fe, majestad. —No pretendía decirle cómo sabía que funcionaría, pero tampoco quería que dudase del plan.

—Guthrum es un arrogante —recordó Leif, que había estado escuchando en silencio el intercambio—. Venció en Chippenham y cree que lo hará aquí también, aunque le hayan fallado algunos

señores de la guerra. La fuerza bruta le ha funcionado hasta el momento y cuenta con que sea así hoy, pero nuestra estrategia desbaratará sus planes. No se arriesgará a perder en campo abierto. Si ve que podemos llegar hasta él, regresará a la fortaleza para protegerse y pedir una tregua como ha estado haciendo todos estos años.

—Sin embargo, esta vez lo sitiaremos —continuó Olsen —. Cuando vea que se ha quedado sin alimentos y sin agua potable, claudicará en vuestro favor, majestad.

—Y le obligaré a bautizarse —asintió el rey, más seguro a medida que repasaban el plan—. De ese modo, no podrá alzarse contra mí sin que los demás reinos acudan en mi ayuda.

Pero, aun así, mientras esperaban a que alguno diese el primer paso, Alfred no pudo evitar sentirse tentado a pactar una vez más con Guthrum para impedir las muertes que sabía que se producirían aquel día. Tenía la sensación de que su reinado era un baño de sangre y que su legado sería un país fragmentado y dolido por las constantes guerras en las que se había visto envuelto. También ahí lo había tenido que convencer Godric, asegurándole que una tregua sería como sentenciar a su gente a la conquista danesa. Guthrum no querría más oro, sino la corona. Había inflado su orgullo al conquistar Chippenham y no se conformaría con menos que la rendición absoluta de los sajones. En aquella ocasión, solo cabía una salida: el enfrentamiento en la batalla.

—Empecemos —sentenció una vez creyó haber dado tiempo suficiente a la avanzadilla para llegar a Chippenham —. Dad el aviso a los hombres para que formen el muro defensivo. Resistiremos la oleada enemiga y le asestaremos tanto daño como sea posible mientras avanzamos.

—Haremos que retrocedan —añadió Leif antes de enviar a sus propios hombres a correr la voz. No había querido involucrarse en la guerra en su momento, pero ahora estaba deseando defender lo que era suyo.

No pudo evitar pensar en que se lo debía a Ivalyn. Lucharía por ella, para poder volver a su lado y decirle lo que sentía. Para confesarle su amor e intentar que se quedase a su lado, como su

esposa. Si sobrevivía a la batalla, no aceptaría un no por respuesta. Dedicaría cada día de lo que le quedase de vida a convencerla de que serían felices juntos. Porque lo serían.

Poco después de que los guerreros formasen el muro con los escudos, las tres jóvenes völur se situaron junto al rey. Su presencia pretendía ser solo intimidatoria, pues Alfred les había pedido no intervenir en la contienda. A pesar de haber confiado en ellas cuando las conoció y le aseguraron que le ayudarían a ganar, no creía en sus poderes o, tal vez, solo le asustaban, por eso prefería que no hiciesen nada. Sin embargo, Leif les había dicho después, en privado, que, de considerarlo necesario, ignorasen las órdenes del rey e hiciesen lo que debían. Creía en ellas, al igual que Godric, que asintió al verlas, recordándoles así que estaba de su lado si decidían usar sus poderes durante la batalla. «Toda ayuda será bienvenida » , les había dicho él, después de que el rey se negase a usarlas como arma.

Los daneses atacaron cuando Guthrum dio la orden, con voz fuerte y firme, pero lo hicieron con cautela, tal y como habían previsto. Temían a las völur, que una vez les habían ayudado a vencer. La simple visión de las mismas amedrentaba al más valiente de los vikingos, pues sabían de lo que eran capaces. Se habían criado oyendo historias sobre ellas y, gracias a ello, los sajones pudieron robarles metros poco a poco, causando más bajas de las que recibían. No fue una batalla fácil, a pesar de todo; ni corta, aunque así lo habían creído en un principio; fue dura, cruel y sangrienta. Sin embargo, al atardecer, los hombres de Gutrhum comenzaron a flaquear y este los hizo regresar a la seguridad de la fortaleza, creyendo que vencería al buscar la tregua con una nueva negociación con el rey de Wessex.

—Lo hemos logrado —gritó el rey eufórico pocas horas después, cuando el sitio estuvo completado y los daneses quedaron encerrados sin que supiesen lo que les esperaba.

El rey había apostado hombres en torno al lugar para evitar cualquier intento de fuga y lo estaban celebrando en un banquete improvisado con la comida requisada. Ahora solo era cuestión de

esperar a que la desesperación de los daneses los obligase a la rendición absoluta.

—Estaba seguro de que venceríamos, majestad —le dijo Godric, igual de satisfecho que él.

—Confieso que he tenido mis dudas, amigo —dijo el monarca sin dejar de sonreír—, pero el plan ha salido a la perfección.

—Contábamos con una ayuda inestimable. —El conde había prometido otorgarles el mérito a las völur si salía bien y pensaba cumplir.

—Los hombres de Leif han inclinado la balanza en…

—No me refiero a ellos —lo interrumpió.

—¿Entonces, a quién?

—Les debemos mucho, cierto. Pero las que nos mostraron el camino a la victoria han sido tres jóvenes —le explicó —. Y también hablaron de las consecuencias de no seguirlo. Confié en ellas y acerté.

—Godric. —El enfado del rey era evidente, pero el conde no le permitió seguir hablando.

—¿Qué importa cómo haya sido, majestad? —continuó hablando—. Hemos vencido y estamos a un paso de obtener la paz duradera que tanto queremos. No podéis negar que todo ha salido mejor de lo esperado.

—Me habéis hecho ir a la guerra en base a la visión de una mujer que ni siquiera entiende de…

—No continuéis la frase, majestad —lo interrumpió Leif esta vez—. Si no creéis en ellas, no os lo reprocharé, pero he visto suficientes muestras de su poder a lo largo de los años como para respetarlas. No permitiré que nadie las desprecie porque lo que hacen choque con sus propias convicciones.

—Vos también creéis en Dios ahora —sentenció el rey—. ¿O acaso vuestra conversión a la fe ha sido una mentira?

—Creer en Dios no está reñido con creer en ellas —repuso Leif—. No es cuestión de fe, sino de sentido común y de compromiso. Nos han ayudado a vencer, no solo con sus visiones, sino con su presencia en el campo de batalla. Esa es la única verdad, os guste o no.

—Alfred —Godric intervino de nuevo—, ¿pensáis que Dios no aprobaría lo que hemos hecho?

—Desde luego que no lo haría.

—Si así fuese, no nos habría permitido vencer con tan pocas bajas, querido amigo. No os estoy pidiendo que ahora que sabéis de lo que son capaces, recurráis a ellas en cada ocasión. Sin embargo, me siento en la obligación de recordaros que prometieron ayudaros a derrotar a Guthrum a cambio de haber sido liberadas y es lo que han hecho.

—Les he ofrecido un lugar en mi isla —dijo Leif—. Ni siquiera tendréis que volver a verlas si no queréis, pero les debéis el reconocimiento por lo que han hecho.

—No tiene que ser público —añadió Godric—. Solo hacedles saber que estáis al corriente de todo y que les agradecéis la ayuda. Incluso ahora están todavía en ello, cuidando a nuestros heridos. Aseguradles que estarán a salvo y que no es necesario que busquen un nuevo hogar, hagan lo que hagan con los dones que Dios ha tenido a bien concederles.

—Siempre habéis sabido cómo engatusarme, Godric — suspiró el rey, al oír sus últimas palabras.

Tal vez no fuese cierto, pero eso le ayudaría a reconciliarse con esas fuerzas que no entendía y que le asustaban. Era un hombre de fe inquebrantable y no se sentía cómodo con la idea de que alguien que no creía en su Dios pudiese tener semejante poder en sus manos. Solo el Señor era todopoderoso y solo él otorgaba o arrebataba.

—Solo digo la verdad, majestad. Me conocéis y sabéis que no soy de los que recurre al engaño o a las mentiras para conseguir lo que quiere.

—Hablaré con ellas por la mañana —prometió.

Y aunque Leif había dudado de que cumpliese su palabra, al amanecer las mandó llamar y les agradeció personalmente lo que habían hecho. No fue tan efusivo como le habría gustado, pero se conformó al saber que no las echaría de sus tierras, una vez los daneses se hubiesen rendido por el sitio.

—No puedo creer que el conde le haya contado la verdad al rey. —Eline buscaba por los alrededores las plantas que necesitaba su hermana y las observó a ambas por encima de su hombro mientras hablaba—. Pensé que querría la gloria para él.

—Es un hombre noble —dijo Liv.

Habían pasado varios días desde aquella mañana, pero Eline seguía sacando el tema de vez en cuando. Liv sabía que había algo más en su insistencia, pero no acababa de averiguar el qué.

—Esperemos que sea tan abierto a la idea de que veamos a su hija —les dijo Maren, quizá dándole así una pista sobre lo que preocupaba a la otra— porque, cuando afecta a uno mismo, no se suele aplicar la misma condescendencia. He intentado ver en las cartas si podremos hablar con ella, pero no es fácil adivinarlo.

—Hay más personas que se oponen a eso —comentó Liv —. Seguramente sean ellos los que te bloquean.

—Y a mí —añadió Eline—. No he vuelto a soñar con ella ni una sola vez. Es muy frustrante. Cuando no quieres saber algo, sucede; pero cuando lo necesitas, te encuentras con el vacío más absoluto.

—Tendremos que esperar para saber qué pasará.

Liv las miró con una sonrisa en los labios porque sabía cuánto aborrecían sus hermanas no poder saber de antemano lo que pasaría. Sus dones les permitían ver más allá del presente y se habían acostumbrado a ello.

—No sé cómo lo soportas —suspiró Eline.

—¿Qué? —preguntó Liv.

—No saber nada del futuro.

—A veces, la ignorancia es mucho mejor —les dijo—. Cuando las cosas sucedan, me encargaré de decidir lo que debo hacer. Porque a veces, lo que averiguáis no se cumple y os preocupáis por nada.

—Pero otras veces acertamos —le recordó Maren.

—Yo prefiero no saber lo que va a suceder —insistió su hermana mayor.

—Pues quizá te habría gustado saber de antemano que tendrás una conversación con cierto sajón insistente —repuso Eline, sonriendo.

Liv se giró, solo para descubrir que Edric se acercaba a ellas con paso acelerado. Su corazón pareció querer sintonizar con esa marcha y latió fuertemente. No habían podido hablar después de la noche que habían compartido y no estaba segura de cómo actuar con él ante sus hermanas. Por suerte, estas debieron entender lo que necesitaba porque recogieron todas las plantas y los dejaron solos.

—Eres una mujer muy ocupada, Liv. —A pesar de sonar como un reproche, su sonrisa lo desmentía.

—Alguien tiene que cuidar de los heridos. —Se encogió de hombros.

—¿Y quién cuida de ti? —Se acercó a ella.

—Estoy bien.

—Yo no diría eso. —Rozó con los dedos la sombra oscura bajo sus ojos—. Te ves cansada.

—Pero estoy bien.

Después de esa noche, Liv llegó a pensar que Edric solo había ido a buscarla para no estar solo las últimas horas antes de la partida, pues no se había vuelto a acercar a ella, ni siquiera cuando se inició el sitio y ya no había una batalla en la que participar. Aunque se había sentido observada en más de una ocasión, nunca supo si realmente había sido él o no, porque nunca logró localizarlo. Ahora que se estaban mirando a los ojos de nuevo y vio en los suyos lo que había visto aquella noche, lamentó haber dudado de él. No había estado lejos de ella por gusto, sino por obligación, y eso la hizo sentir mejor.

—Demos un paseo. —La tomó de la mano y comenzaron a alejarse de allí juntos—. El río no está lejos.

—No creo que sea muy sensato alejarnos —susurró, aunque no se opuso demasiado a que se la llevase con él.

—No tardaremos, te lo prometo. Solo quiero enseñarte una cosa en privado.

Caminaron en silencio el resto del camino hasta la orilla del río, donde Edric giró a la derecha, arrastrándola hasta unos matorrales en los que se escuchaban suaves chillidos, que enseguida llamaron la atención de Liv.

—¿Hay un animal ahí?

—Varios, de hecho —susurró, dándole a entender que debía bajar la voz. La ayudó a arrodillarse y señaló algo en el interior—. ¿Puedes verlos?

—Son zorros —exclamó en voz baja y lo miró, emocionada—. Uno de ellos es blanco.

—Sabía que te gustarían. —Le sonrió.

—Son preciosos —murmuró, mirando a los cachorros de nuevo. Eran tan pequeños, que imaginó que no tendrían más de un mes. Llamaban a su madre con desesperación, seguramente, hambrientos.

—No más que tú —dijo Edric a su vez.

Cuando Liv volvió su mirada hacia él, al escucharlo, aprovechó para besarla. Había deseado hacerlo desde que la vio con sus hermanas e incluso antes. Después de la noche que habían compartido, no había podido dejar de pensar en ella y en sus besos. O en el modo tan perfecto en que habían encajado, como si hubiesen sido hechos el uno para el otro. Jamás había sentido nada igual por ninguna mujer y no quería hacerlo con ninguna otra. Liv era la única a la que quería y ahora que habían sobrevivido a la guerra, no la dejaría escapar. Esperaba que ella no quisiese alejarse.

—Quiero hacerte el amor ahora, Liv. Siento que, si no lo hago, moriré.

—Alguien podría vernos —susurró a modo de débil protesta.

—Nadie vendrá —le prometió, besándola de nuevo.

Sus manos desataron los lazos de la ropa de Liv y se colaron bajo ella para acariciarle los pechos, tan suaves y tersos, que le arrancaron un pequeño gruñido de placer. Liv buscó bajo su camisa la piel y ascendió por la espalda en un gesto desesperado por sentirlo más cerca. Ya no le importaba si alguien los descubría, pues solo podía pensar en él y en tenerlo dentro una vez más.

—Edric —gimió, cuando este se apoderó de uno de sus pezones con la boca. Se retorció bajo él, ardiendo por sentirlo piel con piel.

La ropa desapareció rápido y pasó a formar parte de una improvisada cama donde se recostaron para disfrutar de la pasión que habían despertado con sus caricias. El tiempo se detuvo por un

instante para ellos y nada más importó que satisfacer su deseo mutuo.

—Debemos hablar con tus hermanas —le dijo, mientras yacían el uno en brazos del otro, sin decidirse a volver a la realidad aún—. No puedo seguir ocultando lo que siento por ti, Liv. No quiero hacerlo.

—No sé si estoy preparada —admitió—. Hasta que te conocí no había pensado que pudiese aspirar al amor de nadie. Las völur no…

—Lo sé —la interrumpió—, me lo has dicho ya. Pero yo sé lo que siento por ti y lo que tú sientes por mí, aunque te empeñes en ocultártelo incluso a ti misma. No voy a seguir conteniéndome cada vez que quiera besarte o abrazarte. No quiero negar que te busco porque te necesito cerca. Liv, no permitiré que tus inseguridades te alejen. No renunciaré a ti. Te amo.

—Edric… —No sabía qué decir ante semejante declaración, pero no hizo falta porque él se encargó de darle tiempo para procesarlo. No le exigiría una respuesta inmediata, aunque estuviese ardiendo en deseos de obtenerla.

—Volvamos. —La ayudó a levantarse—. No quiero privar a los demás de tu don. Cuando termines de cuidarlos, podremos seguir hablando. Te estaré esperando cerca, como siempre.

—De acuerdo.

Cuando regresó al trabajo, no estaba segura de querer mantener aquella conversación, pero con el paso de las horas, al ver cómo algunas vidas se apagaban, a pesar de sus intentos por salvarlos, comprendió que vivir con miedo era como morir. No quería eso para ella ni para sus hermanas. Ahora que tenían por delante un nuevo comienzo, dictarían sus propias normas. Estaba decidida a dejar entrar a Edric en su vida, pero no tuvo oportunidad de decírselo, porque fue llamado al frente de la fortaleza: Guthrum, después de días de asedio, había decidido rendirse.

Y aunque nadie la había invitado, corrió hacia allí, dispuesta a ver la caída del hombre que había asesinado a su mentora y que las había arrastrado por medio mundo para satisfacer su propia ambición. Se encontró con sus hermanas, que habían tenido la misma idea.

—¿Estáis dispuesto a rendiros? —gritó Alfred, manteniendo la distancia entre ellos hasta asegurarse de que lo haría.

—Podemos negociarlo —intentó, no obstante, el hombre.

—No habrá tratos esta vez, Guthrum, ni más oro —sentenció el rey—. O acatáis mis órdenes o morís.

Durante un tenso momento, el mundo enmudeció, esperando la respuesta del danés, que paseó la mirada por los presentes y se detuvo algo más de tiempo en los ojos de Liv, como si tratase de decirle algo. Fuese lo que fuese, solo le provocó un escalofrío que la obligó a abrazarse, buscando protección.

—Parece que hoy presenciaréis mi caída —dijo, finalmente—, pero no me iré como un cobarde, ni como un perdedor. Al caer la noche, Danelaw seguirá siendo mía.

Y antes de que nadie pudiese prever lo que sucedería, una flecha voló por el aire.

Capítulo 28

Apenas dos días después de la cena que habían organizado en la isla, llegó la mala noticia que Ivalyn no había querido descubrir cantando. Arik y Olin llegaron cabalgando como perseguidos por el mismo diablo y, en cuanto los vio, supo que algo terrible había sucedido.

—¿Es mi padre? —les preguntó en cuanto los alcanzó.

Había visto salir a Lynna de la casa, tan asustada como debía parecer ella en ese momento, pero no la esperó porque necesitaba saber qué había pasado. Los estudió a ambos para intentar descubrir lo que dirían antes de que lo hiciesen y rezando para que su mayor miedo no se hiciese realidad. No podía pensar en que su padre pudiese estar muerto.

—Vuestro padre está bien, preciosa —la tranquilizó Arik —. Es Mael.

—¿Está muerto? —Oyó que su hermana pronunciaba las palabras que se le habían atascado en la garganta a ella.

—Está gravemente herido —contestó Olin—. Vuestro padre os quiere de regreso, por lo que pueda pasar.

—Prepararé lo necesario para el viaje. Lynna, ve a cambiarte, yo me encargo del resto.

La mente de Ivalyn volvió a funcionar con aparente normalidad, en cuanto supo que Mael vivía. Por un momento, había pensado que perdería a su mejor amigo, pero todavía había una posibilidad de que se recuperase y estaba dispuesta a permanecer a su lado hasta que abriese los ojos, recuperado. No iba a sucumbir al miedo, a pesar de haber oído que sus heridas eran graves. Su amigo era fuerte y sobreviviría, ella no le permitiría morir.

Corrió a la cocina, donde Ada le ayudó a organizar suministros para el inminente viaje. Esta vez irían a caballo para recorrer el

camino en un solo día, por mucho que a su hermana le disgustase la idea. Y mientras terminaba de prepararlo todo, Arik y Olin comieron apresuradamente para recuperar fuerzas. Partirían hacia Sussex en cuanto estuviesen listas.

Cuando salieron, Lynna ya los esperaba. Gerd estaba junto a ella, con los caballos ensillados y apostados para partir. Ivalyn se les unió al momento y no pudo evitar abrazarlo. Por primera vez, el hombre respondió rodeándola con ternura con el brazo libre. Arik miró a Olin con una expresión de sorpresa, pues jamás hubiese creído que aquel viejo malhumorado pudiese albergar cariño hacia nadie. El orgullo en los ojos de Olin reflejaba el suyo propio. Ivalyn ya formaba parte de su familia, incluso antes de que su jefe lograse convencerla de que fuese su esposa.

—Todo irá bien, muchacha —gruñó Gerd.

Muchos más fueron a despedirlas. Inconscientemente se preparaban para el día en el que Ivalyn no regresase a la isla, sin saber que sería al revés, que Lynna sería la que no volviese. También ella fue abrazada, pero la diferencia en el trato, les hizo pensar a los recién llegados que la joven se había vuelto a recluir en sí misma tras su partida. Cada vez se alegraban más de que Leif hubiese decidido romper el compromiso con ella y esperaban que la menor de las hermanas aceptase la propuesta de ir a vivir a la isla como esposa de su jefe. A Arik le habría gustado poder decírselo, pero no le correspondía. Tendrían que esperar a que Leif hablase con ella.

Emprendieron el camino en silencio y tan rápido como podían. Más de lo que habrían esperado los vikingos, dado que Lynna parecía odiar los caballos. Sin embargo, la destreza de ambas se hizo evidente al poco tiempo y pensaron que, tal vez, el problema de la mayor no eran los animales, sino el carro donde había viajado para llegar a la isla. Nadie dijo nada al respecto, no obstante, porque la necesidad de alcanzar el destino era mayor que sus ganas de hablar. Y, por eso, se instaló pronto una rutina en sus pasos, que solo interrumpieron una vez, para comer algo y dejar que los caballos descansasen.

Con cada kilómetro que recorrían, el ánimo siempre alegre de Ivalyn se iba ensombreciendo. Casi tanto como el rastro de oscuridad que la noche iba dejando tras ellos. Lynna había intentado animarla durante el tiempo que se detuvieron, invirtiendo por una vez los papeles, pero nada podía eliminar el pesar que se había asentado en su corazón. El peor de los presentimientos había tomado forma al fin y, aunque tratase de ignorarlo, la sombra de una muerte inminente la rondaba. Necesitaba ver a Mael para comprobar que el miedo era infundado.

—Estamos cerca —informó Arik, aunque no hacía falta decirlo porque las jóvenes conocían aquellas tierras, incluso mejor que él.

Ivalyn apuró la montura hasta el punto de arriesgarse a una caída. Arik intentó alcanzarla para frenar la carrera, pero ya habían atravesado las murallas del castillo cuando lo logró. Y, aun así, tampoco fue capaz de evitar que saltase del caballo en marcha. Ivalyn trastabilló al tocar el suelo, pero recuperó el equilibrio cuando su padre salía a recibirla. La joven se arrojó a sus brazos.

—¿Cómo está?

—No muy bien. —Godric no quiso mentirle.

—¿Dónde está?

—Arriba, en su alcoba.

El cuarto que usaba siempre que se quedaba a dormir en el castillo, así de importante había sido su presencia desde siempre en su hogar. Las imágenes de su infancia pasaron veloces por su mente, anegando sus ojos de lágrimas que no quería derramar. Todavía no. Corrió escaleras arriba, sin esperar por su hermana. Necesitaba ver a Mael y entró en la habitación como una exhalación, encontrándose con una desolada Annick, recostada contra la cama, limpiando el sudor de la frente de su pálido hermano. Ni siquiera vio al resto de personas que velaban por él, solo tenía ojos para sus amigos. Ella se veía cansada, desmadejada y con la ropa arrugada de pasar horas enteras velando a su moribundo hermano y él, pálido y demacrado, bañado en sudor y completamente inmóvil. Las miradas de ambas jóvenes se encontraron y Annick corrió al encuentro de Ivalyn para fundirse en un doloroso abrazo con ella.

—Ivy, se muere —lloró Annick.

—No. —La rotundidad en su voz sobresaltó a la joven que tenía entre los brazos—. No lo permitiré, Annick. Mael sobrevivirá o me encargaré de matarlo con mis propias manos.

—Si alguien es capaz de hacer semejante locura, eres tú. —Una risa desesperada le brotó de la garganta.

Ivalyn se acercó a la cama y tomó entre las suyas una mano de Mael. Estaba ardiendo, pues la fiebre se había apoderado de su amigo. Eso nunca era buena señal. Empapó en agua fresca el trapo que Annick había usado instantes antes y le refrescó la cara con suavidad. Parecía tan débil. «Es fuerte», se recordó, «se recuperará».

—Liv dice que no se puede hacer nada más por él —le susurró Annick—. Solo podemos esperar a que luche contra la fiebre. Si no le baja…

—¿Quién es Liv? —la interrumpió.

—Ella es… es alguien a quien rescataron de las garras de los daneses. Es curandera y ha estado cuidando de Mael. Es muy buena, pero dice que ahora es su turno de luchar por la vida.

—Entonces, se recuperará —sentenció Ivalyn, con seguridad—. Mael no se rendirá jamás.

—Eso espero —suspiró su amiga.

—Quiero que te vayas con Lynna. Date un baño y come algo. Te ves agotada, ve a descansar.

—Volveré en cuanto haya comido.

—No —negó—. Dormirás hasta mañana. Ni se te ocurra acercarte a la alcoba porque no te dejaré pasar. No le servirás de nada a tu hermano si enfermas tú también. Yo me quedaré con él esta noche.

—Ivy…

—Nada de protestas, Annick. —La abrazó antes de llevarla con Lynna, que las esperaba en el marco de la puerta, sin atreverse a entrar—. Ya no estás sola.

Ivalyn supo por qué su hermana no había entrado al ver a Leif en un extremo del cuarto, junto a la ventana, apoyado en la pared. Le sonrió tímidamente, aliviada de ver que se encontraba bien, mientras arrastraba fuera a Annick. Lynna le apretó una mano, antes de llevarse a la joven con ella. Ivalyn suspiró y regresó a la cama

para continuar mojando la frente de Mael en un intento de bajarle la fiebre. Poco a poco, la fueron dejando sola, seguros de que se haría cargo. Ella ni siquiera los vio salir porque solo tenía ojos para Mael. Le acarició el pálido y demacrado rostro y no fue capaz de retener por más tiempo las lágrimas. Se sentía impotente ante la dureza del momento, pues nada podía hacer, salvo velar su delirante sueño.

—Es fuerte, My. —La voz de Leif la sobresaltó. Creía que estaba sola—. Se recuperará.

—Lo sé. —Lo miró con los ojos brillantes por las lágrimas—. Me duele verlo así. Siempre ha estado tan lleno de vida.

Miró de nuevo a su amigo de infancia y no pudo evitar sentir el peso de las heridas en su propio cuerpo. Con gusto se cambiaría por él. No podía soportar ver sufrir a sus seres queridos. Nunca había sido capaz, sobre todo después de lo que había pasado en el secuestro. No le deseaba algo así a nadie.

—¿Olsen está bien? —Recordó que todavía no lo había visto—. ¿Y el resto de hombres?

—Todos están bien, My.

—Gracias al cielo —suspiró.

—¿No te preocupan los hombres de tu padre también?

—Sé que están bien. —Se encogió de hombros—. Lo vi en los ojos de mi padre cuando me recibió en la entrada.

—Muy observadora. —Sonrió, aunque ella no lo miraba.

—Lo conozco. —Entonces lo miró. Había preocupación en sus ojos—. Deberíais ir también a descansar, Leif. Parecéis agotado.

—Nadie debería velar a un enfermo en soledad —negó, con la voz afectada.

—No me importa. —Miró de nuevo a Mael.

—Aun así.

Se acercó. Podía sentirlo a su lado, pero no se atrevió a mirarlo de nuevo. Con los sentimientos a flor de piel, temía cometer la insensatez de arrojarse a sus brazos en busca de consuelo y no estaba segura de cómo respondería él a semejante acto. De todas formas, no sería correcto que lo hiciese, pues era el prometido de Lynna. Tampoco debía olvidar que había considerado un error el besarla aquella noche.

—¿Cómo fue? —preguntó después, incapaz de quedarse callada—. No, no me lo digáis. Creo que prefiero no saberlo.

—Le salvó la vida a tu padre —le explicó—, interponiéndose en el camino de una flecha.

Ivalyn lo miró, sorprendida por la confesión. Que Mael estuviese herido de muerte para evitar que su propio padre sufriese tal suerte la conmovía. La lealtad de los Alden hacia el conde era bien sabida, pero llegar a tal extremo lo probaba más allá de toda duda.

—Yo mismo intenté llegar a él, pero Mael fue más rápido —continuó—. Es un gran soldado y mejor hombre todavía. Entiendo por qué lo tienes en tan alta estima.

—No es estima lo que siento por él. —Las lágrimas regresaron—. Mael es como el hermano que murió junto con mi madre hace tantos años. No podría concebir mi vida sin él a mi lado. Me enseñó todo cuanto sé. Me enseñó a cabalgar y a usar la espada y el arco. También me enseñó a defenderme después de que aquel hombre me secuestrase. Soy como soy gracias a él y a Annick. Forman parte de mi vida y no quiero perderlos, Leif.

El vikingo dejó de luchar contra el impulso de abrazarla cuando sintió la desesperación en su voz. Nada le importaba más en ese momento que consolarla. La rodeó con los brazos hasta fundirla con él para que no se sintiese tan sola. Ansiaba borrar el miedo de sus ojos, pero no sabía cómo hacerlo sin besarla. Y no debía hacerlo por más que lo desease. Todavía no tenía tal derecho, así que debió conformarse con abrazarla hasta que sintió cómo se rendía a tan pobre consuelo. Cuando dejó de temblar, supo que las lágrimas al fin habían cesado. Aun así, no la soltó. Miró hacia abajo, a su maltratado cabello y a su ropa marcada por el polvo del camino, y continuó abrazándola. La sostendría mientras ella se lo permitiese, porque tenerla en sus brazos era más reconfortante que cualquier otra cosa.

—Muchas veces quise usar mi don para que mis visiones me mostrasen lo que estaba pasando. —Su cabeza todavía reposaba contra el pecho de Leif—. Pero tenía miedo de ver algo como esto. Ahora me alegro de no haberlo hecho. Si hubiese sabido que Mael

podría morir, creo que no lo habría soportado. No soportaría veros herido a ninguno.

En aquel momento, sus miradas se encontraron y no pudieron romper aquella unión ya. Leif acarició su mejilla con suavidad e Ivalyn suspiró, apoyándose más sobre él. No había pretendido que sucediese, pero su cuerpo actuaba por voluntad propia cuando se encontraba cerca del vikingo. También quería que la besase, necesitaba sentir que todo iba a salir bien. Tal vez, Leif había sentido aquella necesidad porque acercó el rostro al suyo. Sus labios se entreabrieron, anticipando lo que iba a pasar y deseándolo con igual intensidad.

—Os he traído algo de comer, mi señora.

La voz de Norma, en la puerta, tras un par de golpes, los obligó a separarse. Un intenso rubor cubrió el rostro de Ivalyn y se giró hacia Mael para evitar que la mujer lo descubriese. Leif regresó a su lugar junto a la pared, aparentando más indiferencia de la que realmente sentía. Si no hubiese notado cómo Ivalyn se tensaba en sus brazos al llegar la mujer, no se habría detenido. La habría besado igualmente hasta saciar su necesidad de ella. Pero, tal vez, había sido mejor así, pues no creía que un simple beso fuese suficiente. Mejor no empezar algo que no podría terminar.

—Gracias, Norma. —Ivalyn la miró en cuanto logró serenarse lo suficiente—. ¿Cómo ha ido todo en mi ausencia?

—Bien, mi señora. —Le sonrió—. Vuestro padre os ha echado en falta. En realidad, todos lo hemos hecho.

—Y yo a vosotros. —La abrazó.

—¿Cómo os ha ido a vos? —Norma miró de reojo a Leif.

—Le he tomado cariño a los vikingos. —Le guiñó un ojo, permitiéndose aquella pequeña distracción—. Son más civilizados de lo que pensáis.

—No pretendía decir…

—Creo que tu señora está bromeando —la ayudó Leif.

El desconcierto de Norma se vio reflejado en su rostro, teñido de un intenso rojo. Sonrió tímidamente al hombre, antes de inclinarse ante Ivalyn y emitir una excusa para salir del cuarto con rapidez, sin

volver la vista atrás. Ivalyn sonrió, no era fácil coger desprevenida a Norma.

—Creo que he sido un poco cruel con ella —suspiró después.

—Se sobrepondrá.

—Ya que estáis empeñado en quedaros aquí, compartiremos la comida. Estoy segura de que no habéis comido en más tiempo que yo.

—No voy a negarlo.

Durante los siguientes minutos, disfrutaron de la nutritiva comida en silencio. Ivalyn miraba de vez en cuando hacia Mael, esperando que solo por la atención que le dispensaba decidiese despertar y regalarle una de sus encantadoras sonrisas. Sabía que no sería tan fácil como eso, pero no podía renunciar a la esperanza de verlo abrir los ojos ya. Necesitaba saber que se recuperaría.

—Dale tiempo —le dijo Leif, seguro de lo que estaba pensando—. El viaje hasta aquí ha sido duro para él. No solo la herida ha causado la fiebre.

—No puedo evitarlo —se disculpó—. Es duro verlo postrado en una cama. Siempre ha sido un hombre muy activo y no era fácil lograr que se sentase, simplemente a vaguear. Y ahora está ahí, con la tez tan pálida que casi parece un muerto. Es duro.

—Quizá pueda ayudar si te distraigo —sonrió—. Cuéntame, My, ¿qué habéis hecho tu hermana y tú estos cuatro últimos meses?

—Preocuparnos por todos vosotros —le sonrió a su vez, con algo de pena.

—Aparte de eso.

Durante las siguientes horas, en las que parecía que se habían puesto de acuerdo para no interrumpirlos nuevamente, Ivalyn le relató cada una de las aventuras que había vivido en su hogar en su ausencia. La pregunta de Leif había sido una gran idea porque le permitió olvidarse durante un tiempo de la pena que la consumía e, incluso, pudo volver a reír gracias a las anécdotas más divertidas.

Leif la escuchó con interés, enamorándose cada vez un poco más de ella. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más convencido estaba que no habría ninguna otra mujer para él si no era Ivalyn. Estaba deseando poder decírselo, pero sabía que aquel no era el

momento. Hasta que Mael no se recuperase tendría que conformarse con pasar aquellos momentos con ella. Pero se encargaría de que hubiese muchos más. Tantos, que cuando Ivalyn pensase en el futuro, solo pudiese verlo a él. La enamoraría con su presencia, mientras no pudiese hacerlo con sus palabras.

Capítulo 29

Cuando Liv llegó a la mañana siguiente, se encontró con una dormida Ivalyn sujetando la mano de Mael. Había permanecido la noche entera con él, a solas, después de convencer a Leif de que estaría bien. Pero ahora, Liv necesitaba que se fuese para revisar al herido y, aunque no le apetecía despertarla, pues parecía necesitar el descanso, no tuvo más opción que hacerlo.

—Buenos días. —Le apretó el brazo para que notase su presencia. Ivalyn se sobresaltó y abrió los ojos con miedo.

Por un momento, sus miradas se prendieron y ninguna se movió. Liv creyó que tal vez Ivalyn la había reconocido del sueño de su hermana, pero cuando la vio fruncir el ceño, supo que no se trataba de eso.

—¿Quién sois? —le preguntó la joven.

—Mi nombre es Liv Landvik —se presentó.

—La curandera —añadió Ivalyn, sorprendida—. No sé por qué, os imaginaba mayor.

En cuanto lo dijo, un ligero sonrojo le coloreó las mejillas, al comprender que había sido grosera con ella. Sin embargo, Liv no se había ofendido y así se lo hizo saber:

—Las curanderas son jóvenes en algún momento de su vida. —Acompañó las palabras con una sonrisa.

—Disculpadme. —Aun así, Ivalyn no quiso aceptarlo sin pedir perdón—. Ha sido una grosería y…

—No os preocupéis, Ivalyn —negó ella—. Está bien así.

—¿Sabéis mi nombre? —se sorprendió.

—Aquí todo el mundo os conoce —sonrió de nuevo—. Desde que habéis llegado, no he dejado de oír vuestro nombre y el de vuestra hermana por doquier.

En realidad, lo sabía por Leif, pero no se lo diría. Tanto ella como sus hermanas le habían prometido al conde que no hablar con Ivalyn sobre el motivo por el que estaban allí, aparte de ayudar a Mael a recuperarse. Cuando hablaron con Godric sobre la visión de Eline, a petición del vikingo, y sobre lo que pretendían hacer al respecto, el hombre había guardado silencio por tanto tiempo que temieron que no les volvería a hablar. Pero el conde era un hombre razonable y sensato y les había asegurado que podrían hablar con su hija si ella así lo quería, después de que él le contase el asunto. Pero aquella flecha que casi había acabado con la vida de Mael había puesto el plan en pausa y tendrían que esperar. Solo esperaba que a sus hermanas no se les ocurriese adelantarse. Las creía muy capaces.

—Cierto —asintió Ivalyn—. Por un momento, había olvidado que estamos en casa. Parece que haya pasado una eternidad desde que nos fuimos.

Y aunque debería haber sonado aliviada, Liv descubrió cierta nostalgia en la voz que le dijo que no era del todo feliz con esa idea. Pero no era asunto suyo solucionar aquella parte de su vida, así que lo dejó estar y comenzó a preparar los brebajes que había traído para Mael. Debía desinfectar una vez más la herida y ayudarle a bajar la fiebre con algo más fuerte que unos paños mojados en una infusión fría de saúco. Aunque la flecha lo había atravesado limpiamente y la herida no era tan grave como parecía, el patriarca de los Allen no quiso oír sus advertencias de no embarcarlo en un viaje tan rápido y había conseguido que la fiebre se ensañase con su hijo. Cegado por el dolor, había querido traerlo al lugar donde pertenecía. Como le había dicho en su momento, si debía morir, lo haría en el hogar. Pero Liv dudaba que eso fuese a suceder, incluso con semejante contratiempo. Mael era joven y fuerte, un poco de fiebre alta no acabaría con él. Le llevaría tiempo recuperarse, pero lo haría.

—Necesito que me dejéis a solas con él ahora —le pidió, antes de seguir con lo que tenía entre manos—. Aprovechad para comer algo y hablar con el resto. Estoy segura de que muchos otros están deseando veros. Mael estará en buenas manos mientras vos descansáis. Os lo prometo.

Ivalyn obedeció a desgana y bajó al salón. A aquellas horas estarían desayunando y decidió que un poco de conversación le vendría bien. Apenas había hablado con nadie desde su llegada, salvo con Leif, y le apetecía comprobar que los demás estaban bien. Su mirada se deslizó al fondo del salón nada más entrar, donde una afligida Annick estaba siendo consolada solícitamente por un enternecido Colla. El menor de los Wynne mantenía la completa atención centrada en ella. Sonrió, al recordar la visión que había tenido de su amiga con él años atrás. La premonición se cumpliría pronto, algo evidente en los ojos del hombre. Tal vez solo necesitaba un pequeño empujón en la dirección correcta y decidió hablar con él más tarde, a solas. Fue así, cómo otra importante revelación la sobrevino. Mael sobreviviría. No podía morir porque lo había visto en la boda de su hermana con Colla. El alivio la invadió y la sonrisa se instaló en sus labios cuando se acercó a su padre, que conversaba con Dunstan, el hermano mayor de Colla. También estaban Cenric, el padre de sus amigos, y los cuatro vikingos. Miró un instante a Leif, antes de tomar asiento junto a Arik. Le vendría bien un poco de la alegría de su rubio amigo en aquel momento. Y el joven le rodeó los hombros con un brazo y la miró, risueño, dispuesto a ayudarla con eso, sin que se lo hubiese pedido.

—¿Me habéis echado de menos, preciosa? —Le guiñó un ojo y sonrió con picardía.

—Más de lo que desearía —le siguió la broma, feliz de que no la hubiese defraudado.

—Eso suena prometedor.

—Deberíais tener cuidado con lo que decís delante de mi padre, Arik. No creo que le guste la familiaridad que tenéis conmigo.

—Vuestro padre sabe perfectamente que mis intenciones son puramente inocentes, preciosa. —Miró al aludido—. La verdad es que hemos tenido mucho tiempo para conocernos mejor estos últimos meses.

—Eso me parece —asintió, mirando a su padre, al que notó por primera vez, muy envejecido. Tenía más canas y las arrugas se marcaban más en su rostro. Por primera vez, vio lo que los demás veían al mirarlo: su padre ya estaba muy mayor.

—Por lo poco que he visto —continuó Arik, ajeno a sus pensamientos—, también habéis estado conociendo mejor a algunas personas.

—¿A quién os referís? —La curiosidad hizo que olvidase la preocupación por su padre, por un momento.

—Al viejo Gerd. Nunca antes lo había visto abrazar a nadie.

—Me costó lo mío —rio—. Es un hueso duro de roer. Creo que él estaba más sorprendido que vos la primera vez que respondió al abrazo. Aun así, no es tan rudo como quiere hacer creer a todos.

—Después de conseguir que mi propio hermano riera, os creo capaz de cualquier cosa —rio Olin, ante la protesta gruñida del susodicho.

Ivalyn sonrió a Olsen y este respondió guiñándole un ojo, tan rápido, que tan solo ella lo vio. Su sonrisa se amplió al ver que los progresos que había hecho con él no habían caído en saco roto aquellos cuatro meses. Al menos, en lo que a ella se refería. La furibunda mirada que había echado a su hermano no había pasado tan desapercibida como el guiño.

—Mi hija tiene un don. —Godric sonrió también a Ivalyn con amor en los ojos—. Más de uno, en realidad.

—¡Oh, bueno! Creo que tendré que irme de aquí —protestó—. O acabaré tan roja como las brasas. Seguramente, la parejita del fondo ni notará mi presencia si me siento a su lado. Están muy ocupados mirándose el uno al otro.

Sonrió, al ver cómo todos dirigían la mirada hacia ellos, como si no se hubiesen percatado del hecho hasta que ella se lo dijo. Y, tal vez así había sido, porque permanecían en un lugar bastante discreto. Sin embargo, los aludidos habían escuchado cada palabra pronunciada, tal había sido la intención de Ivalyn. El intenso rubor de Annick daba fe de ello. Colla simplemente había separado sus manos unidas, pero se veía tan turbado como ella. La llegada de Lynna los salvó de una vergüenza mayor porque Ivy pretendía seguir hablando de ellos.

Su hermana se veía radiante aquella mañana. Quizá demasiado alegre y sonriente, dadas las circunstancias. Pero cuando Ivalyn recordó la conversación que habían tenido días antes, se le hizo

evidente que la vida sencilla en el hogar de los vikingos no estaba hecha para ella. Lynna estaba acostumbrada a pequeños lujos que no tendría nunca más allí e Ivalyn suspiró, pensando en lo difícil que le resultaría regresar, una vez que todo volviese a la normalidad en la casa.

—Acabo de hablar con la mujer que está atendiendo a Mael —informó, sentándose junto a su padre—. Nos cruzamos en el pasillo y ha dicho que la herida está mejor. Está segura de que la fiebre remitirá pronto.

—Eso son muy buenas noticias —Cenric se sintió aliviado al instante—. Mi hijo es fuerte, sabía que podría lograrlo.

Aunque no siempre había sido así. Cuando lo vio en brazos del conde, con la flecha clavada en el cuerpo y perdiendo tanta sangre, pensó que iba a perder a su hijo. El dolor fue tan grande que solo podía pensar en que no quería que muriese lejos de su tierra. No merecía acabar en un lugar al que no pertenecía y permanecer eternamente allí. Por eso había insistido en traerlo.

Norma apareció con el desayuno y la conversación se centró en temas banales, propios de una comida compartida entre amigos. Y mientras hablaban, Ivalyn los observaba alternativamente y comprendió que aquellos cuatro meses los habían unido más que cualquier alianza por matrimonio. Por un momento, se permitió imaginar que su hermana no tenía que casarse con Leif y que había alguna posibilidad de que pudiese fijarse en ella, pero se reprendió después porque eso solo la haría sufrir más cuando la realidad la golpease de lleno.

Prestó atención de nuevo a los comensales y vio a Colla hablando con Cenric. No podía oír su conversación, pero podía ver el aprecio que se tenían. Una alianza entre sus dos familias sería beneficiosa para ambas y no entendía cómo no la habían propuesto todavía. Para ella era tan evidente, sobre todo, después de ver cómo Colla había estado siempre tan pendiente de Annick de un modo u otro. Ese hombre amaba a su amiga.

Su padre conversaba con Leif en tono confidencial, mientras Lynna se concentraba en lo que Dunstan le decía. A Ivalyn le hubiera gustado saber qué se traían entre manos su padre y Leif para

abstraerse de aquel modo y se sintió tentada a acercarse e interrumpirlos con alguna tontería, solo por ver si era capaz de escuchar algún fragmento de su conversación, pero, suponiendo que tenía algo que ver con su hermana y la boda, prefirió no hacerlo. Cuanto menos supiese, menos dolería.

De vez en cuando, Arik bromeaba con ella, pero básicamente, estaba enfrascado en una divertida discusión con Olin que, para exasperación de Olsen, trataba sobre él. Annick los miraba embelesada, aunque sus ojos huían de vez en cuando hacia Colla.

En ese momento apareció Liv, acompañada de sus hermanas, e Ivalyn las observó con curiosidad. Al verlas, podía saberse fácilmente que las unían lazos de parentesco, pero había algo más en ellas que le resultó conocido, aunque no supo decir qué era.

—¿Quiénes son? —le preguntó a Arik en un susurro.

—Mujeres del norte, como nosotros —respondió con vaguedad.

Leif les había advertido sobre hablarle de ellas a Ivalyn y aunque le gustaba contradecir a su jefe, en este caso, comprendía la importancia de no abrir la boca. Era un tema delicado que debían tratar Leif y el conde.

—No creo haberlas visto antes —insistió—. ¿Acaso son danesas? Porque no pertenecen a vuestro grupo, de eso estoy segura.

—No —negó—. Fueron rescatadas por el rey. Liv es curandera y vino con nosotros cuando el padre de Mael quiso traerlo de regreso a Sussex.

—Ah.

No le satisfacía del todo la explicación, pero no insistió porque vio salir a Annick del salón y prefirió ir tras ella. Sabía a dónde se dirigía y quería darle la noticia de que su hermano se recuperaría para aliviar su preocupación.

—Se pondrá bien, Ivy. —Annick estaba sentada en el borde de la cama cuando Ivalyn entró—. Dicen que Liv es buena curandera. No creo que nos haya mentido al decir que está mejor, ¿verdad?

—No creo que ese sea su estilo —le sonrió—. Además, ya sabía que se recuperaría antes de que ella lo dijese.

—Siempre fuiste la más optimista de todos nosotros. Tú y Mael.

—Más bien los más problemáticos —rio, acercándose a ellos.

—Los más aventureros —la corrigió—. Siempre envidié tu capacidad para desafiar las normas y salir airosa igualmente. Nunca te conformaste como hacíamos las demás. Como cuando te empeñaste en aprender a usar una espada.

—Tu hermano me enseñó —negó—. Sin él jamás podría haberlo hecho.

—Os parecéis mucho.

—Lo sé.

—Ojalá yo pudiese ser un poquito como vosotros.

—¿Lo dices por algo en concreto, Annick?

—¿Sabes que mi padre pretende casarme con Arian? Me lo dijo antes de que el rey los reclamase hace cuatro meses. De no ser por la guerra contra los daneses, ya estaría casada con él.

—Pero tú amas a Colla. —El sonrojo de Annick fue suficiente respuesta para ella.

—¿Tan evidente es?

—Al menos para mí —le sonrió de nuevo— ¿Tu padre lo sabe?

—¿Cambiaría algo?

—Colla es mejor opción. Sus tierras lindan con las vuestras y es un gran aliado desde siempre. Unir las familias sería beneficioso para ambos.

—¿Y por qué no lo ha tenido en cuenta ya? Yo tenía la esperanza de que lo propusiese.

—Quizá porque tú todavía no has cumplido los 18 y él tiene 30 —se aventuró, sabiendo que seguramente aquella era una de las razones.

—A mí no me importa la edad.

—Pues deberías decírselo a tu padre.

—¿Y si no me escucha?

—Si no se lo dices, desde luego que no te escuchará —rio.

—No tiene gracia —se quejó su amiga, preocupada.

—¿Recuerdas el día en que tuve una visión sobre ti? — Decidió que era la hora de intervenir para envalentonarla un poco—. Te oculté cierta información.

—¿Qué información?

—Digamos que Colla y tú seréis muy felices en el futuro.

—¿Me caso con él?

—Tú decides, en última instancia, pero sabes que mis visiones siempre se han cumplido. —Se encogió de hombros —. Tengo que hacer una cosa ahora, pero volveré más tarde para quedarme con Mael.

Ya había abierto la puerta cuando se giró hacia su anonadada amiga y le habló de nuevo. Aquel había sido el propósito de su visita y casi lo había olvidado.

—¿Quieres que te diga por qué sabía que Mael se recuperará? —sonrió—. Lo vi en tu boda, Annick.

Salió del cuarto y bajó corriendo las escaleras. Pretendía buscar a su padre y preguntarle acerca de las tres misteriosas mujeres que habían llegado con ellos, pero, al llegar al salón, ya no había nadie. Solo estaba un ausente Colla frente a la chimenea y no pudo resistirse a hablar con él.

—Parecéis preocupado, Colla.

—Solo pensativo, milady —le sonrió.

—¿Y es posible que tenga algo que ver con cierta dama a la que habéis estado consolando esta mañana en este mismo salón? Espero no ser demasiado atrevida —añadió con rapidez al ver que había sonado muy directa.

—Tal vez sea por eso —le concedió—. No podría acusaros de ser atrevida, milady, tenéis derecho a preocuparos por vuestra amiga.

—No es la preocupación lo que me mueve a hablaros de ella, Colla. Sé que con vos está segura. Pero, ¿sabíais que su padre pretende casarla con Arian? —La consternación que vio en sus ojos la animó a seguir—. Estoy segura de que Cenric aprobaría una alianza con vuestra familia y Annick os lo agradecería inmensamente, si lo proponéis. Pensadlo.

No le dio tiempo a responder, pues su intención había sido solo la de informarlo de lo que pasaría si no se decidía a actuar. Ahora era su turno. Si realmente amaba a su amiga, no se marcharía de allí sin luchar por ella. Tampoco creía que Cenric se lo pusiese demasiado difícil si daba el paso.

Salió fuera del castillo y respiró profundo. Los olores familiares le llenaron las fosas nasales, unos más agradables que otros, pero

todos ellos le trajeron recuerdos. Había echado de menos su hogar, aunque debía admitir que no tanto como había pensado al irse. La isla de los vikingos había logrado ocupar un lugar importante en su corazón también y sabía que no le molestaría vivir allí, si se diese el caso. Recordar que Lynna tendría que hacerlo, a pesar de que no le gustaba la idea, la entristeció. Cuán injusta podía llegar a ser la vida a veces.

Paseó por el recinto interior buscando a su padre, dispuesta a hablar con el sobre las vikingas que tan familiares se le hacían, pero no fue a él a quien se encontró, sino a su hermana.

—Ivy.

Parecía sorprendida de verla. O de que la viese a ella, pues traía las mejillas sonrosadas y el cabello desordenado por el viento. A Ivalyn se le antojaba resplandeciente, incluso con ese aspecto desarreglado. Al parecer, regresar a casa le había sentado bien y descubrirlo pesó en su corazón porque sabía que el de Lynna acabaría destrozado cuando tuviese que marcharse de nuevo con los vikingos. Tal vez no lo hiciese hasta después de la boda, ahora que habían vuelto, pero sería igual de doloroso para ella.

—¿De dónde vienes?

—He salido a pasear. —Le tembló un poco la voz—. He ido al lago porque necesitaba estar a solas un momento. Esto es muy duro.

—Sí. —Le rodeó un brazo con el suyo para caminar juntas—. Pero sé que mejorará a partir de ahora.

—Eso creo yo también.

—Sabes que quizá tengamos que regresar con tu prometido —le recordó— en cuanto la fiebre de Mael desaparezca, ¿verdad?

—No hablemos de eso ahora, Ivy —se quejó—. Quiero disfrutar mientras pueda del tiempo que tenemos aquí. Ha sido bueno volver a casa y no quiero estropearlo con planes de futuro.

—Lynna.

—Sé que tendré que irme, Ivy, pero ahora solo quiero pensar en nuestro hogar y en los que queremos. Nada más importa.

—Y si todo va como espero —le sonrió—, tendremos un motivo más para celebrar, aparte de la recuperación de Mael.

—¿Cuál?

—Annick y Colla —dijo sin más, segura de que su hermana entendería.

—¿Era Colla? —se sorprendió—. Bueno, tiene sentido. Siempre ha estado pendiente de ella, desde que yo recuerdo.

—Nunca lo había pensado de ese modo hasta que los he visto esta mañana. Incluso sabiendo que terminarían casados —asintió—. ¿Desde cuándo estará enamorado de ella?

—Puede que desde siempre —suspiró, apoyando la cabeza en su hombro—. ¿No te gustaría encontrar un amor así, Ivalyn?

—No siempre es posible, Lynna. —No sabía si la advertencia iba para su hermana o para ella misma.

—Lo sé. —La miró con fastidio—. Pero soñar no cuesta.

—Cierto. —También ella suspiró.

Algunos nunca encontraban el amor y otros no podían tenerlo, aunque estuviese al alcance de la mano. Una vez más, Leif invadió su mente sin previo aviso, apoderándose de sus pensamientos, pero lo desterró tan rápido como había aparecido, pues eso solo le hacía daño. Aunque sabía que aquello no impediría que regresase a su cabeza en cualquier otro momento. Leif había sido una constante en su vida desde que la besó. E incluso antes.

Capítulo 30

Le dolía todo el cuerpo y apenas tenía fuerzas para abrir los ojos. Solo el tacto familiar de la mano que sostenía la suya le dio el impulso necesario para despertarse al fin. Abrió primero un ojo, con cuidado, y lo cerró de inmediato al sentir la claridad del día sobre la dilatada pupila. Cuando probó por segunda vez, el brillo fue más soportable y se aventuró a abrir el otro ojo. Miró hacia la joven que dormía recostada sobre la cama y sonrió al ver a su desgreñada amiga.

—Has vuelto —le dijo con una voz que se le antojó demasiado pastosa.

Sí que había debido estar cerca de la muerte. Se sentía pegajoso y muy pesado, como si hubiese perdido parte de su fortaleza de antaño y eso le impidiese moverse. Lo último que recordaba era haberse lanzado hacia Godric para evitar que la flecha lo atravesase. Por lo mal que se sentía en ese momento, seguramente lo había alcanzado a él.

—Mael, ya estás despierto.

Los adormilados ojos de su amiga lo miraron con alegría. Pudo ver el alivio en su rostro y le sonrió. Ella respondió al momento, imitándolo, y apretándole la mano con fuerza, temerosa de lastimarlo si lo abrazaba. Mael supo ver sus intenciones y su sonrisa se amplió. Sabía que le estaba costando contenerse y, si no le preocupase la herida, habría aceptado aquel abrazo encantado.

—¿Cuánto he dormido? —bromeó con ella—. ¿Me he perdido la boda de tu hermana?

—Eres incorregible.

—¿Pero me la he perdido?

—Por supuesto que no. —Lo miró con ternura—. Has estado tan cerca…

No pudo continuar hablando, pues la desesperación que había sentido al descubrir que su amigo podría morir regresó a ella con fuerza y se le inundaron los ojos de lágrimas. La seguridad de que se pondría bien no había mitigado el dolor de verlo postrado y bañado en sudor por culpa de la fiebre durante días enteros.

—Ya estoy bien —la consoló—. Tu padre…

—Le has salvado la vida, Mael. —Esta vez no pudo evitar abrazarlo, pero procuró ser cuidadosa—. Gracias. Estaré en deuda contigo después de esto. Más todavía, si es posible.

—No me debes nada, Spunky. Sabes que daría con gusto mi vida por tu padre. Por cualquiera de vosotros.

—No vuelvas a darme un susto como este —lo amenazó —. No creo que pueda soportarlo.

—Lo intentaré —sonrió.

Ivalyn le apartó algunos mechones de la frente, mientras lo observaba. Tenía profundas ojeras bajos los ojos y se veía demacrado por la fiebre; tenía los labios resecos y agrietados; su piel brillaba y la ropa estaba húmeda por el sudor, a pesar de que lo cambiaban a diario.

—Estás horrible —le dijo sin poder evitarlo.

—Vaya, gracias, Spunky. Es muy reconfortante que te digan eso después de haber estado al borde de la muerte —sonrió a pesar del reproche—. Yo estaba incapacitado, ¿cuál es tu excusa?

—Estaba cuidándote, granuja. —Le golpeó en un brazo con suavidad, pero Mael gimió y se sujetó el brazo con una mueca de dolor—. Lo siento. ¿Te he hecho daño?

—No. —Una amplia sonrisa le iluminó la pálida cara.

—Maldito. —Reprimió el impulso de golpearlo de nuevo —. Creo que iré a buscar a Annick, antes de que te lastime de verdad.

—Espera un poco, por favor —le rogó—. Si la traes ahora me agobiará con sus cuidados y creo que no lo resistiré.

—Bueno, tal vez no tenga tiempo para eso —le sonrió.

—¿No? Permíteme que lo dude.

—Estará demasiado ocupada colmando a Colla de sus atenciones.

—¿Colla también resultó herido? Ni siquiera estaba allí cuando…

—No —lo interrumpió—. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Supongo que Annick me matará por no esperar a que ella te lo diga, pero alegaré que has sido muy insistente. — Lo apuntó con un dedo en el pecho—. Más te vale seguirme el juego.

—Prometido si me explicas de una vez lo que está pasando.

—Colla ha pedido la mano de tu hermana y tu padre ha accedido.

—Me alegro de que por fin se haya decidido.

—¿Estás diciendo que tú ya lo sabías?

Había esperado sorprenderlo con la noticia, pero ahora era ella quien lo miraba con incredulidad. ¿Acaso su amigo era más intuitivo de lo que había pensado? Tampoco es que hablasen de esos temas. La única vez que los tocaron fue para rechazar la propuesta de su padre para unirlos en sagrado matrimonio. Ambos habían estado de acuerdo en que no lo deseaban.

—Hasta un ciego vería que Colla siempre ha sentido algo por Annick. —Se encogió de hombros—. Si mi padre no lo tuvo en cuenta seguramente se debía a la diferencia de edad. Temía que Annick sufriese al tener que desposarse con un hombre mayor.

—Colla no es tan mayor.

—Lo sé —sonrió.

—Incorregible —suspiró, feliz de poder tener de regreso a su amigo.

Mael la observó mientras llenaba una copa de agua y se la acercaba. Al ver aquel apetecible líquido, sintió sed por primera vez. Trató de mojar sus labios con la lengua y los notó tan resecos que le dolían. Bebió a pequeños sorbos, ayudado por Ivalyn. Lo sujetaba con tanta ternura que lo conmovió.

—Gracias —le dijo—. Por todo.

—No tienes por qué darlas —le sonrió, apenada por los recuerdos—. Es lo menos que podía hacer por haberle salvado la vida a mi padre.

—Admite que lo habrías hecho igualmente, Spunky — bromeó de nuevo para liberarla de la pena—. No puedes vivir sin mí. ¿Quién te haría reír sino?

—No presumas tanto de eso, Mael. —Lo señaló con un dedo, mientras le devolvía la sonrisa—. Te ha salido un competidor.

—¿Arik? —Levantó una ceja—. Nunca podría competir conmigo.

—¿Desde cuándo eres tan perspicaz?

—He podido conocerlo bien estos últimos meses. Hemos pasado mucho tiempo juntos.

—He notado que se ha creado un fuerte vínculo entre todos vosotros.

—La guerra une.

—Un interés común une —lo corrigió.

—¿Y qué interés común te une a ti con nuestros amigos los vikingos? —Le sonrió con picardía—. No han dejado de cantar alabanzas sobre ti.

—No he hecho nada en especial.

—Tú eres especial, Ivy. Cualquier cosa que hagas lo es también.

—Por favor, no digas tonterías.

—¿Sabes que cuando tu padre nos propuso comprometernos, por un momento, quise aceptar?

—¿Qué? —Si el cambio de tema la sorprendió, sus palabras lo hicieron aún más.

—No te asustes, Spunky. No es nada romántico —rio—. Simplemente me parecía una gran idea poder estar contigo. Haces que las cosas más sencillas luzcan increíbles. Pero después comprendí que no podía ser tan egoísta. Eres y serás mi mejor amiga hasta que me muera y me encantaría conservarte para siempre a mi lado, pero mereces tener a alguien que te ame y no podía quitarte eso. Te quiero feliz y radiante junto a un hombre que sepa valorarte y tratarte como te mereces.

—Vas a conseguir que me ruborice, Mael. —Su mente vagó una vez más hacia Leif.

—No me importa, me gustas colorada.

—Creo que voy a ir a buscar a tu hermana ahora mismo y recordarle su deber hacia ti —lo amenazó.

—Juraría que alguno de esos vikingos se ha apoderado de tu corazón —la ignoró—, pero todavía no tengo claro cuál de ellos es.

—¡Oh, cállate ya! Ni siquiera sabes de lo que hablas. —Demasiado ciertas eran sus palabras.

Se levantó, incapaz de permanecer quieta más tiempo mientras su amigo no dejaba de observarla intensamente. Temía que pudiese ver a través de ella, pues ya le había demostrado ser muy intuitivo.

—No importa —decidió—. En cuanto lo averigüe, me encargaré de que te haga feliz o lo pagará caro.

—Definitivamente iré a por Annick —suspiró.

—Huye, cobarde —rio mientras la veía abandonar la habitación a toda rapidez.

El corazón de la joven latía acelerado cuando salió al pasillo y su respiración estaba agitada. Que Mael pudiese haber descubierto lo que escondía en su corazón con tanta sencillez, la ponía más nerviosa, incluso, que el hecho de sentir eso. Creía que podría disimular sus emociones, pero ya no estaba tan segura. ¿Y si su padre acababa descubriéndolo? ¿O Lynna? ¿Incluso Leif? Gimió, desesperada, pues que cualquiera de los tres lo supiese suponía un problema para ella.

—¿Estáis bien? —Una voz a sus espaldas la sobresaltó y al girarse vio que se trataba de Liv.

Había hablado con su padre sobre ellas, pero este había sido bastante elusivo al respecto, lo que no la había tranquilizado en absoluto. Ahora que la tenía delante, la curiosidad pugnaba por salir, pero no se atrevía a preguntar, a pesar de todo. Por alguna extraña razón, temía recibir la respuesta de boca de aquellas mujeres. Cualquiera de ellas. Sentía que no le iba a gustar lo que le dijesen.

—Mael acaba de despertar. —Fue su respuesta—. Ahora iba a buscar a su hermana para que venga a verlo.

—Esa es una buena noticia —sonrió Liv—. Mientras vais a por ella, entraré para ver cómo se encuentra.

—Sí, perdonad. Debería haberos avisado a vos primero —se disculpó.

—No os preocupéis, venía de camino para comprobar su estado.

Ivalyn bajó las escaleras, buscando a su amiga, después de despedirse de Liv. Cada vez que hablaban, tenía la sensación de que también ella se quedaba con ganas de decir algo más, pero ninguna parecía querer dar el primer paso.

—Deja de pensar en eso —se reprendió a sí misma.

En su despiste al caminar, chocó contra alguien y logró mantenerse en pie gracias a esa persona, que la sostuvo por ambos brazos.

—Deberías tener más cuidado, My —le dijo Leif, todavía sujetándola—. Podrías hacerte daño.

—Leif. —Se sonrojó—. No os había visto.

—Eso es evidente —le sonrió.

—Mael se ha despertado. —Sintió el impulso de compartir su alegría con él—. Liv está ahora con él.

—¿Qué sucede? —Leif notó cierto reparo al nombrar a la curandera.

—Nada —negó, pero al momento, siguió hablando—. Es que… creo que la conozco de algo y no logro averiguar de qué. Es tan frustrante.

—Y las conoces. —Con aquellas palabras, llamó la atención de Ivalyn—. Si me lo permites, me gustaría organizarte una reunión con ellas. Acabo de hablar con tu padre sobre ello y hemos pensado que ha llegado el momento de que sepas quienes son.

—¿Y quiénes son? —preguntó, con miedo. No estaba segura de querer saberlo, aunque sintiese curiosidad.

—Alguien que te puede ayudar con tu don —le dijo, después de llevarla a un lugar donde no los molestasen mientras le explicaba qué pasaría si decidía darles una oportunidad.

—No —negó al momento—. No quiero…

—No hablo de potenciarlo, Ivalyn. —Sabía lo que estaba pensando—. Sino de controlarlo, ya sea para usarlo o para acallarlo.

—¿Quiénes son? —insistió, temiendo y sabiendo la respuesta.

—¿Recuerdas cuando te hablé sobre las völur? —Cuando asintió, Leif siguió hablando—. Ellas son las últimas. Al menos, que sepamos.

—Son las mujeres que vi en mi sueño —exclamó, al comprender por qué había sentido que las conocía.

—Solo quieren ayudarte —insistió Leif.

Le había pedido a Godric que le dejase hablar con Ivalyn, pero al ver el miedo en sus ojos, se sintió un miserable por hacerlo.

—No puedo. —Comenzó a hiperventilar y se llevó la mano al pecho—. Leif, no puedo. Yo no…

—Ivalyn. —La sujetó de nuevo para obligarla a mirarlo a los ojos—. No será tan malo como crees. No te obligarán a hacer nada que no quieras.

—Tengo miedo —le confesó.

—Estaré todo el tiempo a tu lado si así lo quieres —le prometió.

Y aunque no tenía derecho a amar al prometido de su hermana, sintió que ya lo hacía. Se abrazó a él, buscando consuelo, no solo por el miedo a hablar con las völur, sino por lo que acaba de descubrir. Porque, aunque lo suponía, ahora estaba convencida de que era cierto y eso la abrumó.

—De acuerdo —aceptó finalmente—. Lo haré si estáis a mi lado.

—Siempre —susurró él, queriendo gritarlo para que lo oyesen todos, pero no pudiendo hacerlo en aquel momento. Antes de decirle lo que sentía por ella, debían hablar con las völur.

Y fue en ese momento, cuando comprendió que, al final, ellas no habían fallado en su premonición. Era él quién las llevaría hasta Ivalyn.

Capítulo 31

Hablar con las völur no había sido como esperaba. O, tal vez, saber que Leif estaba a su lado le había ayudado a ir con la mente abierta. Tal y como le había asegurado él, solo pretendían ayudarla a controlar su don, ya fuese para usarlo o no. Le habían hablado de las costumbres de las mujeres que, como ella, nacían con dones especiales, y le habían mostrado los suyos, en la medida en que se podía.

Se había sentido fascinada por lo que podían hacer y, por primera vez, vio su don como lo que era. Tal vez nunca quisiese usarlo, pues tenía miedo de lo que vería, pero la idea de poder apagar las visiones después de cantar, si así lo quería, le atraía mucho. Y quizá, por eso, había accedido a trabajar con ellas para aprender a controlarlo.

Aunque se sintió desprotegida cuando Leif las dejó solas tras la charla, para que empezasen con alguna noción básica ese mismo día, después de pasar gran parte del día con ellas, descubrió que eran más divertidas y despreocupadas de lo que había imaginado. Al conocerlas, le habían parecido misteriosas y demasiado serias, pero al final resultó ser todo lo contrario. Y le gustó.

—Es suficiente por hoy —dijo Liv—. Tampoco conviene excederse.

—Pues Groa no era de la misma opinión —se quejó Eline, que se había divertido mucho con Ivalyn.

—Es que para ti siempre era demasiado, Eline —rio Maren, metiéndose con ella.

—Claro —bufó—, como que tú no te quejabas después, cuando no podía oírte.

Ivalyn sonrió una vez más. Las más jóvenes habían pasado la mayor parte del tiempo discutiendo entre ellas, pero se veía que lo hacían con cariño. Como si esa fuese su forma de decirse que se

querían y que siempre estarían dispuestas a todo por las demás. Aquella era una bonita familia de tres.

—Vayamos a prepararnos para la cena —sugirió Liv para terminar con la disputa de sus hermanas. Así había sido durante toda la tarde.

Ivalyn se despidió de ellas y subió a su alcoba para cambiarse de ropa. Mientras lo hacía, sintió una inexplicable desazón en el pecho que la obligó a detenerse para recuperar el aliento. Le temblaban las manos y los ojos se le humedecieron. Terminó de vestirse con prisas y bajó al salón para asegurarse de que todos estaban bien. Sabía que su estado no tenía nada que ver con su don, aunque hubiese estado con las völur todo el día hablando de él. Era algo más personal y supo a qué se debía cuando descubrió que su hermana no estaba con el resto.

—¿Dónde está Lynna, padre?

—Creía que estaba contigo. —La miró extrañado—. Me dijo que quería ir a verte.

—He estado toda la tarde con Liv y sus hermanas. — Frunció el ceño.

—Mandaré a alguien a buscarla —sentenció su padre—, no vaya a encontrarse indispuesta.

—Yo iré —se ofreció.

Un mal presentimiento se apoderó de ella mientras subía las escaleras, prácticamente de dos en dos. El recuerdo de la visión que había tenido al cantarle a su hermana regresó de repente. No había vuelto a pensar en eso, pero ahora sentía el mismo miedo que la había asaltado aquella noche, al oír en su sueño la cruel risa que le había encogido el corazón. No había podido ver el rostro de quien la esgrimía, pero la sensación de que le había hecho daño a Lynna había calado hondo en ella. Incluso en ese momento, sentía lo mismo y, para cuando entró en el cuarto de su hermana, las lágrimas ya le bañaban el rostro, intuyendo que no la encontraría allí.

Se reprochaba no haber prestado más atención a la visión, pero saber que Mael estaba herido había acaparado todo su tiempo y su atención. Y cuando podía desconectar, su mente viajaba hasta el

vikingo que le había robado el corazón. No había un momento del día en que no se acordase de él y no lamentase, egoístamente, no poder estar en el lugar de su hermana. Y ahora, ella corría peligro por su culpa.

Se disponía a salir del cuarto para informar de su desaparición cuando un ligero brillo llamó su atención. Se acercó al tocador de Lynna y vio una nota bajo el anillo que Leif le había regalado. Cogió ambos y se sentó en la cama porque le fallaron las rodillas. Temía lo que fuese a leer en la carta, porque, en el fondo, lo sabía. Lynna lo había estado gritando en silencio todo el tiempo, pero había cerrado los ojos a la verdad, creyendo que, al final, su hermana acabaría por aceptar su destino. Al abrir la carta, supo que era la letra de su hermana y que nadie la había coaccionado a escribirla, pues se veía clara y firme.

Querida Ivy:

Lamento tanto haberte engañado todo este tiempo. Mi miedo nunca justificará el daño que mis mentiras puedan haberte causado, pero es lo suficientemente fuerte como para arriesgarme a la ira de nuestro padre y a la vergüenza de huir de mis responsabilidades como futura condesa.

No intentes buscarme, te lo ruego. No regresaré hasta que esté segura de que las aguas han vuelto a su cauce. Me temo que tal vez ese día no llegue nunca, pero no perderé la esperanza de que nuestro padre me perdone por lo que voy a hacer.

Una vez deseaste que pudiese ver el mundo con tus ojos y realmente me hubiese gustado poder hacerlo. Sin duda, todo habría sido más sencillo. Pero poco importa lo civilizados que parezcan o lo nobles que tú dices que son. Yo los temo. Lo temo a él más que a nadie. No puedo casarme con él, Ivy. Moriría si tuviese que hacerlo.

Dile a nuestro padre que lo quiero, aunque pueda no parecerlo después de lo que haré. Sé que para él esto será una vil traición y no lo culparé si me odia, he tenido mucho tiempo para asumirlo. Solo ruego porque tú, mi queridísima hermana, no me odies por engañarte. No lo habría hecho si tuviese más opciones. Debes creerme.

Recuerda que te quiero. Eres y serás siempre mi mitad.
Lynna.

Ivalyn permaneció en silencio, mirando la carta, sin verla, y sin llegar a creerse lo que había leído. No importaba que hubiese dicho que huía de Leif, le dolía igualmente saber que la única opción que había visto había sido irse. Siempre habían afrontado las dificultades juntas y ahora Lynna se había alejado de ella para siempre. «No para siempre», se recordó. No podía ser así. No lo soportaría.

Se quedó sentada en la cama, mirando al vacío, a pesar de que quería correr en pos de su hermana. Una parte de sí misma se había roto con aquella carta y no sabía si podría repararla algún día. Era tan difícil de asimilar que hubiese preferido no haber descubierto la carta de despedida. Y, sin embargo, su mente no dejaba de ir y venir por la bruma de la visión, mientras una imagen se iba formando en su subconsciente. De repente, el rostro del misterioso hombre de la risa cruel apareció ante ella con tal claridad que casi quiso que reírse de sí misma por no haberlo visto antes. Pero aquella era una idea tan aterradora que solo pudo sofocar un grito de angustia y levantarse de la cama con rapidez. Sabía quién había ayudado a huir a su hermana y, por su propio bien, tenían que impedir que cometiese un error mayor que el de escapar con él.

Corrió escaleras abajo, movida por una inquietud creciente, y buscó a su padre para contárselo todo. También Leif tenía derecho a saber lo que su insensata hermana había hecho, después de todo, le afectaba tanto o más que a su padre. Entró en el salón como una exhalación y Godric adivinó que algo andaba mal porque se levantó, apoyando las manos en la mesa para sostenerse. El rostro de Ivalyn estaba pálido y le temblaba todo el cuerpo, pero se obligó a caminar lentamente, tratando de no llamar demasiado la atención del resto. Demasiado tarde, se dio cuenta de que todos la miraban con curiosidad.

—Padre. —Su voz sonó más firme de lo que esperaba—. Necesito hablar contigo y con Leif en privado. Ahora, si es posible.

—¿Está bien tu hermana? —Comprendiendo que no hablaría hasta que estuviesen a solas, Godric miró hacia Leif para cerciorarse

de que los acompañaba y abandonaron el salón en silencio.

—¿Qué sucede, hija?

Su padre no esperó a que ella hablase, en cuanto se vieron solos en la pequeña sala de reuniones que casi nunca usaba. Ivalyn podía sentir la ansiedad en su voz y trató de serenarse antes de hablar. Si la veía angustiada, empeoraría las cosas, y necesitaba que mantuviesen la mente fría para pensar con cuidado lo que iban a hacer y no actuar precipitadamente. La seguridad de Lynna estaba en juego.

—Ivy —la instó su padre, al ver que no le respondía.

—Lynna se ha ido —soltó de golpe y su estrategia de mantener la calma se fue al traste—. Debí preverlo. Vi cómo la nostalgia se apoderaba de ella día a día y cómo se iba marchitando. Creía que era por la guerra, pero debí saber que era por el compromiso. Padre, lo siento, te he fallado. Le he fallado a ella. No supe ver…

—Shhh. —Godric la detuvo—. No es culpa tuya y no le has fallado a nadie.

—Pero Lynna…

—Tu hermana ha tomado sus propias decisiones —la interrumpió de nuevo—. No es tu culpa. En todo caso, es mía, por permitir que te hicieses cargo de ella como debería haberlo hecho una madre. Como debería haberlo hecho yo. Te he puesto demasiadas responsabilidades sobre lo hombros, Ivalyn. No quieras llevarte también la culpa de las faltas de tu hermana.

—Padre, ella…

—La encontraremos —no la dejó hablar—. No te preocupes. Nos encargaremos de todo.

—No es tan…

—Tal vez debí hablar con vosotras en cuanto llegasteis —se lamentó sin ver que había vuelto a interrumpirla—, para mitigar los miedos de tu hermana. Tampoco yo supe ver lo que estaba pasando con ella.

—No había forma de mitigar sus miedos —le dijo ella, con la carta en mente.

—La hay. —Le sonrió con afecto—. De eso, precisamente, quería hablaros ahora que Mael está fuera de peligro.

—¿Qué? —Por un momento, se olvidó de la visión.

—Quería que estuvieseis las dos cuando os lo dijera. — Su padre miró a Leif antes de continuar y ella se permitió hacer lo mismo, fugazmente. Se encontró con su intensa mirada sobre ella y algo le dijo que había estado observándola todo el tiempo. Apartó la vista, desconcertada, al recordar lo que le había dicho meses atrás: solo había sido un error—. Pero supongo que no importa quien lo sepa antes.

—Ella… —quiso hablarle de la visión, al mencionar a Lynna, pero su padre la cortó una vez más.

—Estos cuatro meses, Leif y yo hemos tenido tiempo para hablar sobre muchos temas. Uno de ellos fue el compromiso con tu hermana.

—¿Qué hay que hablar? —La curiosidad mató su urgencia de nuevo.

—Mucho —suspiró—, porque Lynna no es la prometida de Leif.

—¿Te has retractado? —Miró a su padre, sorprendida—. Pero han estado luchando con vosotros y era parte del trato. Si ahora rompes el compromiso…

—No he roto nada, Ivalyn —la detuvo—. Simplemente hemos comprendido que el matrimonio no era lo que Leif necesitaba para sentirse parte de esta tierra y para querer involucrarse con ella. Al menos no el matrimonio con tu hermana. Está claro que eso no haría feliz a nadie.

—¿Qué?

No entendía nada. Y aunque se moría de ganas de mirar otra vez hacia Leif, no se atrevió, por miedo a lo que pudiese ver. No quería tener esperanzas si después las mataban una vez más.

—Hemos llegado a la conclusión de que Lynna no sería feliz en la isla, ni Leif lo sería en el castillo, una vez yo muera y tenga que venir a vivir aquí.

—Tú no vas a morir —lo interrumpió.

—Me temo que algún día lo haré, cielo. —Le acarició la mejilla con cariño—. Pero no será antes de ver a mis nietos, lo sabes. Sin embargo, lo haré algún día y Lynna ocupará mi lugar junto a su

esposo. Leif no desea abandonar su tierra para cumplir con esa obligación.

—Pero ya sabía que tendría que hacerlo cuando le propusiste el trato. —Miró de reojo a Leif, que permanecía en silencio, con la mirada todavía fija en ella.

—Supongo que ninguno pensó realmente en los términos antes de aceptar. —Su padre sonrió para restarle importancia al asunto—. Pero, por suerte, es algo que podemos subsanar ahora.

—¿Qué pasará con el condado? Si Leif ya no se casa con Lynna, ¿quién lo hará?

—Deja que yo me ocupe de eso.

—Pero no podemos… no puedes… —Ivalyn no era capaz de terminar ninguna frase porque cientos de posibilidades se agolpaban en su mente. Y la que más clamaba por ser escuchada era la que más miedo le producía. Leif ya no se casaría con su hermana y tenía la sensación de que era por su culpa. Que lo había hecho para enmendar el error que había cometido al besarla a ella.

—Puedo hacer lo que me plazca, hija —dijo él, quizá con más de diversión en la voz de la que a Ivalyn le gustase—. Para eso soy el conde. No te preocupes por el esposo de Lynna, me ocuparé de eso en cuanto demos con ella.

—Godric. —Seguía observándola a ella—. ¿Habría algún inconveniente en que hablase a solas con vuestra hija ahora?

—Ninguno, adelante —asintió—. Confío en vos. Os dejaré solos.

Ivalyn se abrazó a sí misma cuando su padre salió de la sala. No se atrevía a mirar a Leif, temiendo descubrir que lo que había supuesto fuese cierto. Si había anulado su compromiso por ella, se sentiría muy mal. Incluso aunque así liberase a su hermana de un matrimonio que nunca había deseado.

—My. —Sonaba como una pregunta, pero no pudo mirar hacia él ni le dijo nada. Oyó un suspiro antes de que hablase de nuevo—. Mírame, por favor.

Ivalyn lo hizo, a regañadientes, y se encontró una sonrisa en sus labios que la dejó sin aliento. Finalmente encontró el valor para hablar.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Tu hermana no habría sido feliz conmigo —le dijo.

—Pero… —No estaba segura de cómo continuar.

—¿Por qué te sorprende tanto que no vaya a desposarme con ella? —le preguntó.

—¿Por qué no vais a hacerlo? —insistió, sin permitirle responder—. ¿Es por lo que pasó antes de vuestra partida? ¿Por lo del… beso? ¿Os sentís culpable y ya no queréis saber nada de mi familia?

—¿Culpable? —Frunció el ceño—. No, My, jamás me sentiría culpable por haberte besado.

—Antes de partir me susurrasteis que enmendaríais el error —le recordó—. ¿Eso es lo que estáis intentando hacer ahora al romper el compromiso?

—Lo has entendido mal, My. —Extendió los brazos hacia ella y le sujetó el rostro para que no apartase la mirada—. El error fue comprometerme con tu hermana. Tú jamás serías un error para mí, Ivalyn de Sussex.

La atrajo hacia él y la besó. Se había estado conteniendo demasiado tiempo y necesitaba sentir sus labios de nuevo, ahora que el compromiso ya no existía. Ahora que era libre para estar con ella, si lo aceptaba. No quería esconder lo que sentía y necesitaba saber si era correspondido.

—Ivalyn. —Le sostuvo las manos—. Hay algo que debes saber. El otro motivo para haber roto el compromiso. Bueno, el único para mí, de hecho, que importa realmente.

—¿Cuál es?

Apenas podía hablar, anticipando lo que iba a decir. El beso debía significar algo. Leif no podía haberla besado si no sintiese algo fuerte por ella. Y, aun así, temía escuchar lo que iba a decir, por si estaba equivocada.

—Tú. —Aquella simple palabra hizo que el corazón de Ivalyn le bailase en el pecho—. Tú eres el motivo por el que no puedo desposar a ninguna otra mujer. Solo contigo puedo ser feliz, My. Quiero casarme contigo, quiero tenerte a mi lado por el resto de mis días. Serás tú o ninguna.

—Leif. —Apretó los labios, incapaz de hablar sin que las lágrimas hiciesen acto de presencia. Se las limpió con gesto rápido.

—¿No quieres? —No negaría que había pensado en ello muchas veces, con miedo a que lo rechazase, pero siempre había creído que sería capaz de convencerla, que Ivalyn no era indiferente a él. Pero de repente, la duda lo asaltó, al ver las lágrimas. ¿Y si se había equivocado al pensar, después del beso, que también sentía algo por él? No se rendiría, desde luego, pero había esperado tanto ese momento que, en su fuero interno, nunca creyó que ella se negase.

—No hay nada que desee más, Leif. —Su corazón se aligeró al escucharla—. Es solo que todos estos meses yo creía que… creía que tú no…

La detuvo, besándola de nuevo, ahora que se sabía con derecho a ello. Habría tiempo de hablar después, cuando se saciase de ella. La apretó contra él y profundizó el beso, pero al sentir sus brazos rodeándole el cuello, la arrastró hacia la pared y la aprisionó contra su cuerpo. El deseo crecía por momentos y supo que debía detenerse antes de hacer algo inapropiado, pero había ansiado aquel beso durante cuatro largos meses y le resultaba imposible frenar. Por eso, sus manos recorrieron el contorno de su cuerpo buscando unirse a ella tan íntimamente como el momento se lo permitiese. Sintió la sacudida que su caricia le provocó y su propia excitación aumentó. Se apretó más contra ella y se juró que lo detendría pronto, pero toda su determinación se evaporó al escuchar el jadeo de Ivalyn cuando sus manos le rozaron los pechos. Gruñó y ahondó el beso, hasta que ambos se quedaron sin respiración.

—Leif —dijo de repente Ivalyn cuando se separaron para tomar aire—. Espera.

—¿Qué ocurre, My?

Parecía afectada por algo más alarmante que la falta de aire y eso llamó su atención.

—Lynna.

—Creo que lo entenderá en cuanto la encontremos y hablemos con ella. De hecho, estoy seguro de que se sentirá aliviada.

—No es eso. —Se aferró a él buscando apoyo. Y aunque le gustó que lo hiciese, también aumentó su preocupación —. Se fue con

Deniel. Están en casa de lord Irwin.

—¿Estás segura?

—Lo vi —asintió.

—¿Una de tus premoniciones?

—Sí —asintió de nuevo.

Leif no necesitó nada más para creerla e Ivalyn se sintió reconfortada. Confiaba en ella ciegamente y su corazón enamorado aleteó feliz, pero cuando la tomó de la mano y salieron en pos de su padre, se sintió la mujer más afortunada de la tierra. Se convertiría en la esposa de Leif y nada podría matar la felicidad que la embargaba en ese momento. Ni siquiera la desaparición de Lynna.

Capítulo 32

—¿Necesitas hablar?

Ivalyn miró hacia atrás al escuchar la voz de Liv. Se había escabullido hasta su rincón preferido del castillo para estar sola, pues la tentación de cantar para saber qué pasaría con su hermana era muy grande. Su padre había decidido partir al alba, algo muy razonable, porque viajar por la noche era peligroso, pero ella sentía que le estaba fallando a su hermana al no ir a buscarla de inmediato.

—No hay mucho que decir —respondió, echando un vistazo a las tres hermanas—. Mi padre tiene razón, debemos esperar.

—No tienes por qué hacerlo —habló Maren—. Si quieres saber lo que…

—No quiero —la interrumpió—. Ya os he dicho que no me gusta lo que me pasa al cantar. No quiero ver lo que veo, ni sentir lo que siento. Entiendo que he sido bendecida con un don increíble, pero a mí solo me ha traído desgracias. No quiero saber lo que ocurrirá en el futuro. Nunca pedí saberlo y seré feliz cuando desaparezca del todo.

—Sé que no te gusta el don que tienes —dijo, con cautela, Liv—, pero puedo asegurarte que nunca había conocido a alguien que acertase con las visiones en cada ocasión como lo haces tú. Lo que recibes es más que una simple premonición. Realmente ves el futuro y no muchas de nosotras son capaces de alcanzar tal nivel de perfección. Mucho menos sin habernos preparado antes durante años.

—No me importa si soy la mejor o la peor —negó—. Si quiero aprender a controlarlo es para no tener que usarlo. Y menos ahora que se trata de mi hermana. Si llego a ver algo que… no puedo. No quiero.

—Nosotras podríamos hacerlo por ti —sugirió Eline.

—No —negó enérgicamente—. Lo que tenga que pasar, pasará. Nadie lo va a impedir, así que tampoco tiene sentido saberlo de antemano. No lo hagáis, por favor.

—De acuerdo. —Liv hizo callar a sus hermanas, que parecían dispuestas a discutir con Ivalyn, con una de sus severas miradas—. Ya sabes dónde encontrarnos si nos necesitas.

—No penséis que no agradezco lo que vais a hacer por mí. —Ivalyn las detuvo cuando ya se iban—. Si supieseis lo que ha supuesto para mí tener esas visiones, comprenderíais por qué no las quiero.

—Lo sabemos —le dijo Maren— y, por eso, queremos enseñarte a usarlas en tu beneficio. Podrás anularlas siempre que quieras, pero también buscarlas cuando lo necesites.

—No las querré nunca —negó.

—En ocasiones —añadió Eline—, aunque tengas control absoluto sobre ellas, vendrán igualmente. Las que son más fuertes no se dejarán acallar.

—Espero que no. —Se espantó Ivalyn, que ya se había hecho a la idea de que podría borrarlas para siempre de su vida.

—Tienes la ventaja de que solo aparecen cuando cantas —la tranquilizó Liv, mientras miraba a su hermana por haber dicho aquello. Si bien era cierto, no tenía por qué asustar a Ivalyn más de lo que ya estaba, sobre todo, cuando no se veía totalmente convencida de practicar con su don—. Será más difícil que se te presenten sin más.

Liv tenía la esperanza de que no quisiese deshacerse del don a medida que fuese averiguando cómo controlarlo, pero si Eline la asustaba con la idea de visiones espontáneas, ni siquiera querría intentarlo. Seguiría sin cantar para evitarlas y se perdería la utilidad de un poder como el suyo.

—Una vez tuve un sueño —comentó, por primera vez. Sabía que ellas conocían ese hecho, pero no había querido hablarles de ello y parecía que la habían respetado—. Os vi a las tres.

—Eso fue culpa mía. —Eline alzó la mano—. Te llevé conmigo sin querer. Creí que eras la primera volva, que se me presentaba en

sueños para mostrarme algo.

—¿Eso podría pasar de nuevo? —preguntó con preocupación—. ¿Podría estar en tus sueños más veces?

—No lo creo. —Miró a sus hermanas, por si alguna la contradecía.

—Yo pienso —intervino Liv— que el sueño fue una premonición que tuvo Eline sobre ti. Solo apareciste allí para indicarnos que teníamos que conocerte.

—Cierto —asintió Eline—. Ese sueño fue el que nos dio a conocer tu existencia.

—Ese tipo de conexión —continuó Maren— solo se producen entre völur que practican juntas. Eline y yo lo hacemos a veces, cuando debemos ser más precisas. Aunque nuestro nexo es más fuerte ya de por sí por ser hermanas.

—Dejemos las lecciones para otro día —propuso Liv, al ver que Ivy se removía, inquieta—. Mañana será un día muy largo y debemos estar descansadas.

Ivalyn también se retiró a su alcoba, pero no tardó en bajar de nuevo, en completo silencio, para que nadie la escuchase. No podía dormir y pensó que mirar las estrellas le ayudaría, como hacía siempre. Sus pasos la llevaron de nuevo a su lugar favorito, mientras sostenía con la mano una sola vela que iluminaba el camino. Con la otra sujetaba el colgante que Leif le había regalado. Sentirlo siempre le traía seguridad y sosiego en la oscuridad. Y, aun así, no pudo evitar que un escalofrío la recorriese, no solo por el frío de la noche, sino por el miedo a lo que se avecinaba. Si lord Irwin tenía en su poder a Lynna, nada bueno podía salir de allí. Su ansia de poder causaría muchos estragos.

—¿Otra vez descalza, My? —La voz de Leif la sobresaltó.

—No puedo dormir —prefirió no responder, pues era evidente que había acertado.

Cuando estaba preocupada se olvidaba de todo. Incluso de abrigarse o calzarse antes de salir a la fría noche invernal. Agradeció la manta que Leif colocó sobre los hombros y le sonrió cuando la sentó en su regazo para evitar que sus pies tocasen el suelo.

—¿Que voy a hacer contigo? —susurró, acariciándole la mejilla—. Tienes que cuidarte más, My. Si enfermas ahora, no le serás de

mucha ayuda a tu hermana.

—Lo sé. —Se acomodó en sus brazos, sintiéndose segura. Le gustaba saber que podría hacerlo siempre que quisiese —. Tengo miedo de lo que puedan hacerle, Leif.

—Lord Irwin quiere el condado. Si no es para él, para su hijo. No le hará daño.

—Hay muchas formas de lastimar a alguien sin que dejen marcas por fuera. —Tembló, esta vez de miedo, al recordar lo que le había ocurrido años atrás en aquella cueva oscura y húmeda.

—Estoy seguro de que no le hará nada. —Apretó el abrazo—. Le interesa que Lynna colabore si pretende desposarla con su hijo. La tratará bien mientras no estén casados.

—Luego se deshará de ella. —Lo miró preocupada.

—Llegaremos antes de que lo intente siquiera. —Le tomó el rostro entre las manos—. No le pasará nada a Lynna. Te lo prometo.

—No puedes prometerme eso, Leif. Nadie puede predecir lo que va a pasar y…

—Salvo tú, quizá —la interrumpió—, pero no se trata de predecir, se trata de hacer. Mañana iremos a por tu hermana y la traeremos de regreso.

—¿Y si…?

—No. —Le cubrió los labios con un dedo—. No pienses en lo que pueda salir mal. Céntrate en el objetivo, My. En lo que hay que hacer y no en las posibilidades. Visualiza el resultado que buscas y ve a por él.

—¿Es eso lo que haces en las batallas? —preguntó con curiosidad.

—Es lo que hago en todos los aspectos de mi vida. —Le acarició, ahora, la mejilla—. Es lo que hice cuando descubrí que a quien quería a mi lado era a ti y no a tu hermana.

—Y yo pensando todo este tiempo que no querías saber nada de mí. —Ocultó el rostro contra su pecho.

—Jamás podrías ser un error para mí, Ivalyn. Como te dije, el error fue comprometerme con tu hermana antes de conoceros a ambas. Lynna no deseaba abandonar su hogar. —Frunció el ceño antes de continuar—. ¿Tú serías feliz lejos de tu padre?

—No estamos tan lejos. —Le sonrió, tomando ahora ella su rostro entre las manos—. Podré visitarlo.

—Pero no será igual.

—Lo sé. —Su sonrisa permaneció para demostrarle que hablaba en serio—. Seré feliz a tu lado, Leif. Todos estos meses lo he sido y no siempre has estado allí. He aprendido a amar a tu gente y vuestro estilo de vida.

—Tu gente —la corrigió—. Tu estilo de vida.

—Mi gente. —Sonrió más—. Eso suena de maravilla.

Leif la besó. Sentía que el pecho le estallaría de la emoción de saber que Ivalyn sería feliz en su tierra, con su gente. De hecho, desde el mismo instante en que llegaron, meses atrás, supo que encajaría entre ellos. Mucho mejor que su hermana, incluso. Con el tiempo lo comprobó de primera mano y, aunque nunca se lo había dicho, ni creía que lo hiciese en el futuro porque solo supondría más daño para ellas, muchos fueron los que le comentaron, con pesar, que hubiesen preferido que su prometida fuese Ivalyn. Había sido una tortura para él oírlo, porque pensaba exactamente como ellos, aunque no podía admitirlo en voz alta. Ahora que todo parecía ir encajando en su lugar, temía que sucediese algo que lo estropease. Pero no se permitió pensar en ello. Como le había dicho a Ivalyn, debían centrarse en el objetivo: rescatar a Lynna al alba.

—Te llevaré a tu alcoba —sugirió, cuando la notó temblar bajo la manta.

—No podré dormir —se quejó.

Sin embargo, no protestó cuando Leif la alzó en brazos y se dirigió al interior del castillo. Estaba cansada y tenía frío. Meterse bajo las mantas le parecía un buen plan.

—Me quedaré contigo hasta que lo consigas —le prometió, dejándole un beso en el cabello.

Leif la depositó en la cama, dispuesto a arroparla y a sentarse a su lado en una silla hasta que se durmiese, pero Ivalyn parecía tener un plan distinto porque movió las mantas, dejando hueco más que tentador para él. No habría dudado, si ya estuviesen casados.

—Por favor —le rogó, al ver que no se movía—. Si me abrazas, podré dormirme antes.

—No sería correcto, My —le recordó, luchando contra su propio deseo.

—Por favor —repitió y Leif ya no pudo resistirse.

Ivalyn se giró en la cama para no ver cómo se desvestía y cerró los ojos para no caer en la tentación de mirar. Aunque ya lo había visto sin la camisa, su curiosidad no había sido satisfecha del todo. Aun así, por el pudor que le producía observar a un hombre desnudo, no se giró en ningún momento.

Pronto sintió los brazos de Leif rodeándola y se acercó más, buscando su calor y su protección. Tantas noches había soñado con estar con él de ese modo y tantas noches se había dormido llorando porque era su hermana quien lo conseguiría. Ahora, todo había cambiado. Ella sería la esposa de Leif y estaba feliz, pero no podía disfrutarlo aún, porque su hermana corría peligro. Lord Irwin era ambicioso y no se detendría hasta haber conseguido lo que quería. Si su hermana no se desposaba con Deniel por voluntad propia, el hombre la obligaría.

—Todo saldrá bien —susurró Leif, conocedor de lo que estaba pensando.

—No puedo evitar preocuparme. —Haciendo acto de valor, se giró para enfrentar sus miradas. Apenas había luz, pero vio el brillo de sus ojos—. Lord Irwin es un hombre cruel y…

—Shhhh —la calló—. Esta noche no le hará nada, así que descansa. Lynna te necesitará mañana.

—Leif —susurró, segundos después—, hazme el amor.

—No puedes pedirme eso, My. —La tentación de obedecer rivalizaba con la sorpresa por la petición. Jamás habría esperado que le pidiese algo así. No diría que no lo había estado deseando, pero no quería hacerlo hasta que estuviesen casados. Al menos, no hasta que ella lo propuso—. No sería correcto.

—Eso también lo has dicho sobre abrazarme en la cama —insistió ella— y lo estás haciendo.

—Es diferente.

—No lo es. Estamos prometidos —le recordó— ¿Qué importa el orden?

—Importa si tu reputación se ve dañada.

—Necesito olvidar lo que está pasando, Leif. Necesito pensar en otra cosa esta noche. Por favor —le rogó—. Te necesito.

—Ivy…

—Te amo —añadió, buscando su boca.

Sabía que lo estaba manipulando y que, probablemente, sin la desesperación que sentía, jamás se habría atrevido a pedirle tal cosa, pero tenía la sensación de que iba a pasar algo malo muy pronto y no quería seguir pensando en ello. Los besos de Leif habían acallado sus miedos. Si le hacía el amor, tal vez pudiese olvidar también las demás sensaciones. Y, aunque él se había negado en un principio, después del beso un tanto desastroso que le había dado, se hizo cargo del mismo y ya no se detuvo.

Ivalyn cerró los ojos cuando sintió los labios de Leif sobre la piel y dejó que la humedad de su lengua le mojase los sensibles pechos. Ni siquiera supo en qué momento la había despojado del camisón. Solo podía pensar en sus manos recorriéndole el cuerpo, encendiéndolo más allá de lo que los besos lo habían hecho hasta el momento. Nada más tenía importancia ahora, salvo satisfacer una necesidad que crecía en ella y que le resultaba tan nueva como lo que le estaba haciendo.

—¿Estás segura? —le preguntó una última vez, mientras la tenía entre sus brazos, temblando de placer. Si quería detener aquello debía ser en ese momento.

—Sí. —La palabra se escapó de entre sus labios como un gemido que lo volvió loco.

Había intentado contenerse cuando Ivalyn lo besó, pero también lo deseaba desde que se sabía el dueño de su amor y sucumbió ante ella como un principiante. Ahora, haciendo acopio de la poca cordura que le quedaba, le había dado la oportunidad de negarse, pero consiguió lo contrario. Su respuesta lo encendió más y supo que no habría podido parar, aunque se lo hubiese pedido.

—Iré despacio —le prometió, dispuesto a cumplir, aunque se le fuese la vida en ello. Ivalyn simplemente se aferró a él y contuvo el aliento, mientras se introducía en ella poco a poco. Sabía que sentía molestias y la besó de nuevo, tratando de hacerle olvidar el dolor.

Cuando quedó enterrado en ella por completo, susurró en su oído—. Te amo, My. Y lo haré hasta el día de mi muerte.

Ivalyn gimió cuando la incomodidad dio paso al placer y su boca buscó la de Leif, con la necesidad de decirle, sin palabras, que también lo amaba. Cabalgaron juntos en una espiral de deseo que los llevó a lo más alto, para dejarlos caer en picado después, totalmente agotados, pero satisfechos.

—Ha sido mágico —murmuró Ivalyn, segundos después de que Leif la sostuviese entre sus brazos, cuando se retiró para no aplastarla con el peso. Le hubiese gustado decir algo más, pero los ojos le pesaban y se le cerraron, después de bostezar.

—Tú eres mágica, My —susurró él.

Permaneció unos minutos despierto, a pesar del sueño, para admirar a la mujer que le había robado el corazón. El día se presentaba complicado y temía por el bienestar de Lynna, pero no podía evitar sentirse afortunado por haber encontrado el amor junto a ella. Antes de intentar dormir un poco, se prometió que dedicaría hasta el último de sus días a hacerla feliz.

Capítulo 33

El alba encontró a la comitiva saliendo del castillo. Aunque el conde le había pedido a Ivalyn que permaneciese en la seguridad del hogar, esta se había negado a abandonar a su hermana. Nada de lo que dijo su padre sirvió para hacerla cambiar de opinión. Solo cuando Leif la apoyó, Godric comprendió que sus hijas ya no eran unas niñas y que no podía seguir decidiendo por ellas. Una había se escapado de casa para no casarse y la otra la seguiría al fin del mundo para recuperarla.

Tampoco las völur parecían dispuestas a quedarse atrás. Se unieron a ellos sin pedir permiso. Cuando el conde les preguntó por qué se querían involucrar, Liv fue escueta en la respuesta:

—Es donde debemos estar.

Junto al conde, su hija y las völur, cabalgaban los cuatro vikingos y un pequeño grupo de soldados, entre los que se encontraba Edric. Este se había acercado a Liv al inicio y la acompañaba en silencio, haciéndole saber, con su presencia, que la protegería. Liv había acudido la noche anterior a él porque tampoco habían hablado desde la llegada a Sussex. Una vez más, Edric había sabido esperarla, dándole el tiempo que necesitaba para decidir sin presiones. Aunque le había dicho que no renunciaría a ella, había dejado que fuese ella la que diese el siguiente paso. Y eso había decidido hacer.

—Te amo, Edric —le había dicho, sin más, al encontrarlo —. No sé cómo, ni por qué. Tampoco cuándo, pero te amo. Y me asusta, no voy a negarlo, pero quiero estar contigo. Quiero saber lo que se siente al ser amada y al formar una familia. Quiero más de todo a lo que estaba dispuesta a renunciar cuando decidí ser volva.

—Y yo quiero dártelo —sentenció él, antes de atraparla en sus brazos y besarla—. Me acabas de hacer el hombre más feliz del

mundo, Liv. Te amo.

Habían pasado la noche juntos y, poco antes de marchar, habían hablado con sus hermanas sobre lo que, en realidad, ellas ya sabían. Eline y Maren habían bromeado sobre ello, pero también se habían alegrado por Liv. Aquel suponía un nuevo comienzo para las tres.

—No tardaremos en llegar —anunció Godric, horas más tarde, antes de enviar a un par de exploradores para controlar los alrededores—. Nos detendremos aquí por el momento. Cuando regresen, decidiremos qué hacer.

Ivalyn hubiese preferido presentarse ante lord Irwin y exigir que liberase a su hermana, pero Leif la convenció de que debían ser más cautos. Si Lynna no sabía que había sido engañada, estaría a salvo.

—¿Y si están celebrando la boda en este momento, Leif? —le había dicho con preocupación, aun así.

—Mientras no consuman el matrimonio, no será efectivo —le dijo, provocándole un intenso sonrojo, al recordar lo que habían hecho la noche anterior. Leif supo entenderlo y sonrió—. Ahora no te avergüences, My. No hay nada de malo en lo que hemos hecho.

—¿Ni siquiera aunque no sea correcto? —le recordó lo que le había dicho él antes de claudicar.

—Si ambos lo deseábamos, fue correcto —respondió, sujetándole el rostro y dejando un pequeño beso en sus labios, que apenas sació sus ganas de ella—. Anoche solo intentaba evitar que luego te arrepintieses de lo que me habías pedido, My, pero ansiaba hacerlo incluso más que tú.

—Tiene que ser pecado ser tan feliz —confesó—, cuando Lynna podría estar en peligro.

—Ser feliz no es pecado. —Le acarició una mejilla—. No te preocupes, la rescataremos.

—Lo sé. —Sonrió, pero continuaba sintiendo que algo no estaba bien. Había conseguido dormir después de hacer el amor con Leif, sin embargo, al despertar, el mal presentimiento regresó y no pudo deshacerse de él. No se lo había contado a nadie por miedo a que se cumpliese.

—La rescataremos —repitió Leif, abrazándola, al ver que dudaba.

Una hora después, los exploradores informaron de que no habían visto más guardias en las inmediaciones que los apostados en el recinto amurallado.

—Esa es una buena noticia —dijo, conforme, el conde—. Balfour debe creer que ha ganado, pero la soberbia será su perdición.

—Deberíais acudir de frente para hablar con él —sugirió Leif—. No le digáis que sabéis que Lynna está allí, hacedle creer que vais a pedirle ayuda para buscarla.

—¿Qué ganaríamos con eso? —preguntó Ivalyn, que solo quería entrar y recuperarla, así fuese por la fuerza.

—Mientras tu padre lo entretiene —le explicó Leif—, el resto nos adentraremos en el cercado desde atrás y la buscaremos. Si intuye que lo sabemos, podría ponerla en peligro, así que debemos sacarla de allí antes de que lord Irwin sepa lo que ha pasado.

—¿Y si no funciona?

—Funcionará, hija —le aseguró Godric.

Y le creyó, pues su padre nunca le había fallado.

—Voy contigo —le pidió, no obstante.

—No creo que…

—Por favor —le rogó.

—No deberíais dejarla ir, conde —intervino Liv por primera vez—. Vuestra hija es muy transparente y el hombre sabrá la verdad en cuanto la mire a los ojos. No te ofendas, Ivalyn.

—No me quedaré atrás, esperando a que la rescaten sin mí —protestó.

—No lo harás —le aseguró Leif—. Conoces ese lugar, has estado allí muchas veces. Vendrás con nosotros y nos guiarás por el castillo.

—Cualquiera de mis hombres os podrá indicar el camino —Godric fue quien protestó entonces—. Con una hija en peligro me basta.

—Padre, iré —dijo ella—. Os guste o no, lo haré. Se trata de mi hermana, de mi mitad. No puedo darle la espalda cuando más me necesita.

—No quiero que ambas estéis cerca de ese lugar si sucede lo peor.

—Las mantendremos a salvo a ambas —prometió Olsen, situándose junto a Ivalyn y a Leif.

Uno a uno, sus compañeros lo imitaron, zanjando de ese modo el asunto. Ivalyn se sintió orgullosa de poder decir que pronto pertenecería a un pueblo de guerreros tan leales y valientes. Con ellos, no volvería a tener miedo ni se sentiría desprotegida nunca más.

Con el plan definido, se dividieron en dos grupos. Godric se llevó a algunos hombres hacia la entrada principal y Leif al resto a la retaguardia. Las völur, que se habían mantenido al margen —menos cuando Liv recomendó que Ivalyn no acompañase a su padre—, fueron con los vikingos, pero su intención no era entrar en la casa con ellos, sino quedarse en la linde del bosque, ocultas de miradas indiscretas.

—Os daremos algo de tiempo —le dijo a Leif, cuando se separaron. Él no quiso saber más y simplemente asintió.

—Ivalyn —llamó Liv, antes de que se perdiesen de vista —. Todo pasa por un motivo, recuérdalo.

Y aunque se moría de curiosidad por saber a qué se refería, tampoco ella preguntó, pues el miedo a que la respuesta no fuese a gustarle era mucho mayor.

—Tú dirás, My —le propuso Leif, cuando alcanzaron la parte trasera de la muralla.

—Hay una puerta oculta por la que solíamos escaparnos cuando éramos pequeños —dijo, concentrándose en la tarea que tenían por delante.

Mientras tanto, su padre estaba frente a la entrada, reclamando una audiencia con Lord Irwin. Esperaba poder darles el tiempo suficiente para encontrar a Lynna y sacarla sin ningún altercado.

—Qué sorpresa, Godric —Balfour lo saludó con exagerada efusividad—. ¿Qué os trae a mi humilde hogar? Cenric, ¿se encuentra mejor vuestro hijo? La herida no tenía buen aspecto.

El padre de Mael, lord Alden, había decidido acompañar a Godric y se había quedado con él cuando dividieron las tropas. Tanto Lynna como Ivalyn eran como hijas para él, puesto que las había visto crecer junto a los suyos propios, y no quería quedarse al margen en aquel asunto.

—Se está recuperando, gracias a Dios.

—Me alegra saberlo. —Les ofreció un lugar en su mesa y miró a Godric—. Vos diréis.

—Mi hija mayor ha desaparecido —le explicó, siguiendo el plan—. Estoy reclutando hombres para emprender una búsqueda exhaustiva por mis tierras.

No había pretendido resaltar el hecho de que era el conde y de que las tierras le pertenecían todavía, pero no pudo evitarlo. Mirar a Balfour a los ojos y tener que fingir que no sabía que retenía a Lynna le estaba costando más de lo que había imaginado.

—Bueno, creo que no será necesario. —Balfour mostró una sonrisa de suficiencia que no habían esperado, antes de hacer un gesto a uno de los sirvientes.

—¿Os negáis a ayudarme? —exigió saber Godric, que no había pensado que el lord fuese a confesarse con tal rapidez.

—En absoluto, pero es que Lynna está aquí —le dijo— y anoche se desposó con mi hijo. Por supuesto, han consumado el matrimonio, así que mi Deniel será el próximo conde por derecho de casamiento.

—Imposible —exclamó Godric, horrorizado con la idea de que hubiesen forzado a su hija—. Si la habéis obligado…

—Padre. —La voz de Lynna lo interrumpió. Había sorpresa en ella—. ¿Qué hacéis aquí?

—Lynna. —Godric se levantó para acercarse, pero al ver a Deniel a su lado, tomándola de la mano, detuvo sus pasos —. ¿Qué has hecho, hija?

—Padre. —Sus ojos se anegaron en lágrimas al ver la acusación en los de su padre—. Lo siento. Lo intenté, pero no podía casarme con el vikingo. No podía… yo no…

—Deberías habérmelo dicho. —Con pesar, recordó que lo había hecho y que él no le había dado alternativa—. Al menos, cuando regresaste a Sussex, deberías haber hablado conmigo de nuevo. Tenías muchos más argumentos para negarte, hija. Lo habríamos solucionado.

—Me habrías obligado igualmente. —No se lo estaba recriminando, pero él sabía que tenía derecho a hacerlo.

—¿Te han obligado? —Señaló a Deniel con la cabeza.

—Lo amo, padre —dijo con una determinación que sorprendió a todos—. Deniel es el hombre con el que quiero pasar el resto de mis días.

—¿Y tú la amas, Deniel? —preguntó, con pesar—. ¿O has seguido los mandados de tu padre? Sé que puede ser un hombre muy persuasivo.

—No tienes por qué responder, hijo —intervino Balfour —. El amor nada tiene que ver con esto, Godric. ¿O acaso Erickson amaba a vuestra hija cuando se prometieron? Mi hijo es ahora el futuro conde y nadie va a impedirlo.

—Me amas, ¿verdad, Deniel? —Lynna lo miraba ahora, con dudas en los ojos—. Me dijiste que lo hacías, aquel día en Rye. Y las otras veces en que nos vimos después cuando volvimos a Sussex. ¿Me estabas mintiendo acaso?

—No dejes que te hagan dudar de nuestro matrimonio, Lynna —dijo él, pero a nadie le pasó desapercibido que había evitado responder.

—Cielo —la llamó su padre—, debería haber hablado contigo mucho antes. Habrías sabido que tu compromiso con Leif estaba anulado, pero la herida de Mael me tuvo tan absorto que…

—¿Qué? —le preguntó sin dejar que terminase de hablar.

—Leif se casará con tu hermana. Están enamorados y no podía haceros eso a los tres.

El alivio de Lynna fue evidente, pero se recompuso y habló de nuevo:

—Me alegro por ellos, pero eso no cambia nada. Yo sigo amando a Deniel y quiero seguir casada con él.

—Como podéis ver, conde —dijo Balfour, orgulloso de la victoria—, nadie la ha obligado a desposarse con mi hijo.

—No aceptaré un matrimonio que no he presenciado — bramó el conde sin saber qué otra cosa hacer para impedir que los Irwin se hiciesen con el condado a su muerte—. No me importa lo que digáis, lord Irwin, a mis ojos, mi hija no está casada todavía.

—Es un hecho consumado —le recordó—. Ya no habrá anulación posible.

—Alegaré ante el rey que la habéis obligado y…

—No, padre —lo detuvo Lynna—. No me han obligado.

—Te han engañado, hija, es lo mismo. Deniel no te ama, solo lo ha hecho para obtener el condado.

—Eso no es cierto. —Miró hacia su esposo para preguntárselo por segunda vez—. Deniel, tú me amas, ¿cierto?

—Hice lo que debía —le respondió al fin, rompiéndole el corazón—. Tu padre no me habría tenido en cuenta, Lynna. Esto era lo único que podía hacer para…

—Oh, dios. —Lynna empezó a retroceder acercándose a su padre—. Yo creía que… Todo este tiempo, pensé que eras sincero, que… ¿Por qué? He sido tan estúpida.

—Lynna, ven —la llamó Deniel, tratando de recuperarla, cuando su padre lo miró con desagrado por no haber sabido mentirle al respecto—. Aún podemos ser felices. El amor es una tontería, en realidad. Sé que podemos…

—Basta —le gritó, deteniéndolo—. Ya basta de mentiras, Deniel. ¿Algo de lo que me has dicho a lo largo de los años ha sido cierto? ¿Tu amistad era real o solo un engaño más, buscando la recompensa final?

—Vuelve conmigo, por favor.

Deniel dio un paso hacia ella, pero Lynna se giró hacia su padre, ignorando al hombre que le había hecho creer que la amaba y que solo lo había dicho por avaricia. Se sentía estúpida por haber creído sus palabras con aquella facilidad.

—No hemos consumado el matrimonio, padre —le confesó—. Nos hemos casado al alba y no…

—Silenciadla de inmediato —gritó Balfour y los hombres desenfundaron las armas.

No pudieron alcanzarla, no obstante, pues Godric la alejó de allí en el mismo momento en que Leif y los demás aparecían en el salón. Se desató una batalla en la que las espadas danzaban en un baile mortal y donde los cuatro vikingos, rodeados del resto de hombres, avanzaban hacia un lateral, intentando proteger a Ivalyn. Godric regresó a por ella para llevársela fuera del salón también. Pero en el caos del momento, entre espadas y gritos, entre peleas y enfrentamientos, una orden se oyó, alta y clara.

—Acaba con él. —Balfour parecía fuera de sí—. Mátalo y conviértete en el conde.

Deniel, que se había acercado a Godric sin que este, en su necesidad de salvar a sus dos hijas, lo viese, alzó la espada, dispuesto a clavársela sin piedad.

—No. —Se escuchó el grito desesperado de las jóvenes y, por un momento, el mundo pareció detenerse.

Pero no así lo hizo la mano de Deniel, que no vaciló en atacar al conde. Sin embargo, no fue su carne la que atravesó, sino la de Lynna, que se había interpuesto entre ellos en el último momento. Lo que el joven vio, antes de que la espada de Olsen le rebanase el pescuezo, fue el vestido de su esposa teñirse de rojo.

—No —gritó Ivalyn, corriendo hacia su hermana sin importarle que la lucha hubiese comenzado de nuevo a su alrededor. Solo podía pensar en ella y en que tenía una herida en el pecho que le estaba arrebatando la vida—. Lynna, no. No te mueras, por favor.

Su padre ya le sostenía la cabeza y se la acariciaba, con lágrimas en los ojos, mientras veía con impotencia cómo se iba apagando el brillo en sus ojos. Hubiese preferido recibir él aquella herida mortal.

—Lynna —la llamó Ivalyn cuando llegó junto a ellos—. Por favor. Aguanta. Te pondrás bien.

—No pasa nada. —La joven alzó una débil mano hacia ella para limpiarle las lágrimas—. No llores, Ivy. Todo está bien.

—No lo está —negó, sin atreverse a mirar a otro lado que no fuesen sus ojos—. No estás bien, Lynna.

—Te equivocas. —Tosió antes de continuar—. Por primera vez en mi vida siento que estoy bien. Siento que he hecho algo bueno al fin, que he sido útil para algo más que para quejarme.

—No.

El llanto de Ivalyn se intensificó y su padre le apoyó una mano en el hombro, intentando consolarla, aunque estuviese destrozado también por lo que estaba pasando.

—Siempre he sido un lastre para ti, hermana. Ya no lo seré más. Eres libre para hacer lo que quieras y amar a quien quieras.

—No, Lynna. Eso no es cierto. Aguanta, por favor —le rogó—. No mueras. No puedo perderte. Te necesito.

—Nunca me has necesitado. —Sonrió e incluso el gesto le dolió—. Yo te necesitaba a ti, dependía de ti. Sigue con tu vida, hermana. Vívela por las dos.

A su alrededor, la lucha había finalizado, después de que redujesen a Balfour y a sus hombres. Entonces, aparecieron las völur sin haber sido llamadas. Liv se arrodilló junto al conde y a sus dos hijas, pero supo que no había nada que hacer para salvar la vida de la mayor. Eline lo había soñado la noche anterior y Maren lo había confirmado en cuanto la otra se lo contó, pero lo habría sabido igual al ver cómo la sangre había empapado la pechera del vestido.

—Haz algo, Liv —suplicó Ivalyn, que se negaba a aceptar lo inevitable.

—No podrá, hija —respondió Godric—. Lynna se va. Mi pequeña se me muere.

—Perdonadme —dijo Lynna, ajena a lo que pasaba. Solo quería despedirse—. No olvidéis que siempre os he querido, aunque no lo haya demostrado tanto como debería.

Ivalyn abrazó a su padre, cuando Lynna dejó ir su último aliento. Liv se levantó y les permitió llorarla a solas. El golpe había sido muy duro.

—Dales tiempo, Leif —le dijo al vikingo cuando vio la lucha interna del hombre por ir a consolarla o esperar un poco—. Ahora se necesitan el uno al otro.

Y esperó, aunque sus brazos ardiesen por rodear a Ivalyn y protegerla del dolor. Esperó, aunque quisiese llevársela lejos de ese lugar y del recuerdo de lo que había sucedido. Esperó, hasta que ella alzó la vista y le suplicó sin palabras que fuese a su lado. Solo entonces, la tomó en los brazos y salió fuera para que no viese lo que su padre pensaba hacer a continuación. Porque también había visto la determinación en la mirada de Godric y su deseo de hacer justicia a la vieja usanza. Aquel día, no solo su hija y su asesino morirían. Aquel día, Balfour Irwin sería condenado por sus actos y encontraría la muerte a manos del conde. Y Leif no quería que Ivalyn lo presenciase. Ya había sufrido suficiente y no sería justo que tuviese que ver aquella faceta menos humana de su padre.

—No consigo encontrar palabras de consuelo para ti, My —dijo, una vez fuera—. Todo cuanto pueda decirte, sonará frívolo y superficial, pero te abrazaré en silencio tanto como lo necesites. Me tienes aquí para cuidarte y tienes mi amor para mitigar el dolor, en la medida en que pueda hacerlo. Te lo juro.

—Sigo pensando que esto no es más que una pesadilla —le confesó, tiempo después, cuando este ya creía que no hablaría más— y que cuando abra los ojos, mi hermana estará ahí para tranquilizarme. Pero no lo es y duele. Duele mucho, Leif.

—Lo sé, My. —La abrazó más fuerte—. Ojalá pudiese sufrirlo por ti.

—Siento que esto es un castigo por haber deseado tener su vida —le dijo entre nuevas lágrimas—. Cuando te conocí, quise ser ella. Por primera vez en mi vida, quise haber sido la mayor. Y ahora…

—No es culpa tuya. —Le alzó la barbilla para que lo mirase a los ojos—. Nada de esto es culpa tuya, Ivalyn. Sé que es duro, pero tienes que entender que no lo has provocado tú. La vida de Lynna nunca estuvo en tus manos. No la has condenado por lo que sientes.

—No lo vi. —Los ojos de Ivalyn brillaban por la lágrimas —. Tuve la visión en la que aparecía lord Irwin, pero no vi que Lynna… Sabía que pasaría algo malo, lo presentía, pero no pensé que fuese ella. Ella no…

—No estaba en tu mano cambiarlo —sentenció—. Las cosas pasan por un motivo y no siempre podemos hacer algo para evitarlo.

Entonces, Ivalyn recordó las palabras que Liv le había dedicado antes de separarse y supo que ellas lo habían visto. Sabían que Lynna moriría.

—¿De qué sirve conocer el futuro —le preguntó a Leif, con determinación— si eso no me garantiza que pueda cambiarlo? Prefiero vivir en la ignorancia.

—¿Silenciarás tu don?

—Lo haré —asintió, segura de la decisión—. Aprenderé a controlarlo para callarlo para siempre.

—Hagas lo que hagas —le prometió—, te apoyaré, My. Hoy, ahora y siempre.

—Te amo tanto. —Las lágrimas regresaron—. Siento que no merezco tu amor, que no debería ser feliz cuando Lynna ya no puede serlo.

—Lynna dio su vida por vuestro padre porque vosotros sois lo más importante que ha tenido siempre. Si tú eres feliz, estoy seguro de que también ella lo será. Esté donde esté ahora.

—Ojalá lo sea, Leif —suspiró refugiándose en sus brazos.

—Lo es —le aseguró, abrazándola con más fuerza.

Él se ocuparía de que la felicidad fuese una constante en su vida a partir de aquel momento.

Epílogo

Cuatro meses más tarde

Ivalyn contemplaba con admiración, el caminar decidido de su amigo de infancia. No podía negar que había soñado con ese día muchas veces, aunque jamás lo había imaginado de ese modo. La felicidad del momento se entremezclaba con la nostalgia e, incluso, el dolor, todavía punzante, por la muerte de Lynna. Pero como tantas veces le había dicho su padre, la vida continuaba, con o sin ellos.

Mael pasó por su lado y le sonrió como siempre solía hacer. Él era una constante en su vida desde que tenía memoria y daba gracias a Dios por ello más que nunca después de la gran pérdida que había sufrido. También para él había resultado duro, pues Lynna había sido como una hermana más. Ivalyn creía que había sido ella, su recuerdo, lo que hizo que aceptase la propuesta que su padre le había hecho un mes antes y que estaban llevando a cabo ahora.

—No puedo —había dicho—. Ese honor le pertenece a Ivalyn y a Leif. No sería correcto que…

—Ninguno de los dos lo queremos —le había asegurado ella—. Es tuyo, si así lo decides.

Después de meditarlo y hablarlo con ella bajo las estrellas como otras tantas veces, Mael había decidido aceptar convertirse en el siguiente conde de Sussex, con la bendición de Godric y del mismísimo rey. La muerte de Lynna había hecho mella en el actual conde, que se había visto reducido a la sombra de lo que en su día había sido. El dolor por la pérdida y la culpa por haber matado a un hombre a sangre fría, aun mereciéndoselo, lo habían ido consumiendo en los últimos meses.

Había solicitado una audiencia con el rey, la última para él, y le había pedido el beneplácito de ofrecerle el condado a Mael, el hijo de su fiel amigo, Cedric. En aquella ocasión, el rey no había dudado

en dar su consentimiento porque conocía la valía del joven y sabía que sería un excelente conde. Y allí estaban, un mes más tarde, en el traspaso de poderes.

—Serás un gran líder, Mael —dijo Godric con orgullo—. No hay nadie que se merezca este honor más que tú. Y, aunque también es una gran responsabilidad, sé que sabrás estar a la altura.

—Haré lo imposible por no decepcionaros, Godric —le prometió.

—No tengo duda alguna de ello. —Le sonrió, antes de hacer un gesto al heraldo del rey para que anunciase su aparición y diese comienzo la ceremonia.

Ivalyn la presenció con una sonrisa en los labios, pero tratando de que las lágrimas no escapasen a su control. En los últimos cuatro meses no había podido dejar de llorar la muerte de su hermana, sin encontrar consuelo en lo que Maren le había dicho semanas después del hecho. Poco importaba que su muerte, así como la herida de Mael por la flecha, hubiesen sido necesarias para llegar a aquel día. Aunque ver a su amigo convertido en conde la hacía feliz, no compensaba haber perdido a su mitad.

—Tu padre no podía morir hasta que Mael ocupase su lugar, Ivy —le había dicho Maren, una tarde que habían permanecido solas—. Liv no quería que te lo contase, pero creo que necesitas saberlo para reconciliarte con el dolor.

—No es ningún consuelo para mí saber que Lynna debía morir para que mi padre viviese. Yo misma habría dado mi vida para salvarlo, si así ella no perdía la suya.

No había dudado al pensar en sacrificarse por su familia.

—Pero no es tu momento todavía. Sé que vuestra religión es diferente a nuestras creencias, pero tienen algo en común, a pesar de todo —dijo Maren, tratando de explicarse—. No se puede escapar del destino. Los vikingos lo llamamos el hilo de la vida y son las Nornas las que deciden cuándo cortarlo. Vuestra religión lo llama el sino de Dios. Pero sea lo que sea, se llame como se llame, nuestro destino es ineludible. Y sé que eso no lo hace más fácil de aceptar, pero no podemos cambiarlo. Lynna había cumplido con su cometido en esta vida y ahora estará en el lugar que vuestro Dios reserve a sus guerreros más valientes.

Ivalyn no lo había querido ver de aquel modo en su momento, pero no podía negar que aquella era una bonita ilusión. Lynna estaría ahora en un lugar mejor, donde el miedo y el dolor ya no existiesen y dónde por fin podría ser todo lo feliz que merecía. Y, aun así, sentía que le habían arrebatado una parte importante de sí misma.

—¿Estás bien, My? —Leif la abrazó al notar que se estremecía.

Desde la muerte de Lynna, había estado más pendiente de ella que nunca. La había colmado de caricias y abrazos eternos, y la había escuchado en silencio cada vez que necesitó desahogarse. Se sentía afortunada de tenerlo a su lado.

—A tu lado siempre estoy bien. —Le sonrió, apoyando la cabeza contra su pecho.

—Sabes que no me refiero a eso.

A pesar del reproche, sintió henchir el pecho de felicidad. Jamás había pensado que pudiese amar tanto a una persona como lo hacía con ella.

Habían permanecido en el castillo con el conde durante esos cuatro meses, aunque ansiaba poder llevársela a la isla con él, porque sabía que se necesitaban el uno al otro. Pero tenía responsabilidades, que le había legado a Olsen por el momento y que debía cumplir pronto. Un pueblo, incluso uno tan leal como el suyo, no podía permanecer mucho tiempo sin su líder.

—Creo que estoy nerviosa —le confesó finalmente.

—¿Por el traspaso de poderes?

—Porque he tomado una decisión —negó.

—¿Qué sucede, My? —Comenzó a preocuparse al ver su rostro apenado.

—Te he alejado demasiado tiempo de tus deberes, Leif. —Pareciera que le hubiese leído la mente—. Aunque me encantaría pasar más días con mi padre, es hora de volver a nuestro hogar. Sé que él lo entenderá.

—Nuestro hogar —repitió apretándola más—. Qué bien suena eso, My.

—Lo hace. —Sonrió, satisfecha.

—No hay nada que me apetezca más en este momento que llevarte a nuestro hogar, My, pero ¿estás segura de que es lo que quieres?

—Mi padre ya no estará solo —asintió—. Mael se quedará aquí con él, así que ya puedo irme tranquila.

—Puedes decirle que se venga a la isla con nosotros —le sugirió—. Ahora ya nada lo ata a este lugar.

—Lo atan los recuerdos —negó—. No querrá irse. Voy a echarlo de menos, pero cuando acepté ser tu esposa, acepté también vivir en la isla contigo. No me arrepiento, aunque me dé pena no poder ver a mi padre todos los días. Sé que seré feliz a tu lado.

—Ahora que los daneses están más controlados, podrás venir siempre que quieras, My. Te lo prometo. —Le sostuvo la barbilla con una mano y la alzó para besarla—. No hay nada que no haga por ti. Te amo.

—Yo también te amo. —Le devolvió el beso—. Eres mi luz, Leif. Y siempre lo serás.

Una semana más tarde, ya habían dispuesto todo para su partida y se despedían, con pena, de sus amigos y compañeros.

—Mirad que bonita estampa —susurró Eline, no muy lejos, al ver cómo Leif cuidaba de Ivalyn en todo momento, mientras se despedían. También ellas se irían y lo estaba deseando—. Se ven tan enamorados.

—¿Envidia? —preguntó Maren, con picardía.

—Pfff. Ninguna —bufó.

Aunque no era del todo mentira que la sintiese. No solo de ellos, sino también al ver a su hermana mayor con Edric. La felicidad que veía en el rostro de Liv era suficiente aliciente como para desear tener algo semejante. Sin embargo, no lo admitiría delante de Maren porque se había burlado de su extraña conexión con Olin cuando la rescató del trance y sabía que su hermana lo aprovecharía para devolvérsela. Así se demostraban el amor entre ellas.

—Seguro. —Claramente, Maren no la creía.

—Tengo algo que hablar con vosotras —dijo Liv, evitando lo que parecía el inicio de una nueva disputa entre ellas —. En privado.

—Tan oportuna como siempre —se quejó Maren porque las había interrumpido.

—Yo no voy a protestar —rio Eline, burlándose de su hermana pequeña.

—Como sabéis, Leif nos ha ofrecido un lugar en su hogar —comenzó a decir su hermana mayor.

—Estoy deseando rodearme de vikingos —dijo Eline, interrumpiéndola.

—¿Vikingos? —Su hermana no perdió el tiempo para usarlo en su contra.

—Hombres y mujeres —replicó ella—. Los sajones están bien, pero siento nostalgia de nuestra gente y de nuestras costumbres.

—Estás a punto de ver cumplido tu deseo —añadió Liv —, pero no es eso lo que…

—Genial. —Aplaudió Eline. Luego se retractó por su entusiasmo—. Perdón, te he interrumpido.

—Siempre tan impulsiva —rio Maren—. Menos mal que es Liv quien suele hablar cuando se trata de decir algo importante o estaríamos metidas en líos a todas horas por tus arrebatos.

—Puedo ser comedida si la situación lo requiere.

—¿Sabes siquiera lo que significa ser comedida? Liv va a tener que…

—Yo me quedaré aquí —la afirmación de Liv las dejó sin habla a ambas.

—¿Qué? —preguntaron después al unísono.

—Edric formará parte de la guardia personal del nuevo conde.

—No puedes quedarte —negó Eline.

—Nunca nos hemos separado, Liv —le recordó Maren.

—Cuando decidimos incumplir las normas que Groa nos impuso en su momento —explicó—, iniciamos una nueva etapa en nuestras vidas. Una de las consecuencias es que podemos optar a formar una familia. Edric es el hombre al que amo y con quien quiero formar la mía. Si ha de ser aquí, me parece bien. Me gusta el lugar y sus gentes.

—Si tú te quedas, nosotras también —repuso Eline—. Ya me da igual nuestra gente.

—Eso —asintió Maren—. Debemos permanecer juntas.

—Sé que nunca nos hemos separado, pero nuestros caminos ya no van a la par —insistió—. No estaremos lejos, de todas formas, y podremos vernos tan a menudo como lo necesitemos. No es un adiós definitivo.

—En un mes, tendrás que ir a solucionar los problemas que haya creado Eline. —Maren decidió que, si no podía cambiarlo, lo usaría para fastidiar a su hermana.

—Eh —protestó la aludida—. Como si tú fueses a hacerlo mejor. Además, no creo que estemos mucho tiempo en la isla. Después de lo que has dicho, Liv, creo que entiendo mejor el sueño que he tenido la noche pasada.

—¿Qué sueño? —preguntaron al mismo tiempo.

—Nos vi a Maren y a mí viajando a caballo, una vez pase la primavera. Pensé que no te había visto a ti por casualidad, pero quizá sea porque no vas a ir con nosotras.

—¿A dónde se supone que iremos? —inquirió Maren.

—No sé a dónde ni con quién —negó—, pero sé a quién nos encontraremos al final del camino.

—¿A quién? —preguntó, exasperada, su hermana.

—A Bera.

Liv y Maren se observaron con sorpresa.

—¿Estás segura? —Liv la miró fijamente—. Un viaje a nuestra tierra no es como para tomárselo a la ligera.

—No sé dónde es, Liv, pero no vi barcos —negó—. Siento que Bera está aquí, en esta tierra.

—Imposible —exclamó Maren.

—No tanto —la contradijo Liv—. Si Bera ha descubierto lo que nos pasó, no me sorprendería que hubiese decidido seguirnos el rastro.

—Y la llevará directa a Guthrum —sentenció Eline.

—Eso no pinta bien —añadió Maren preocupada—. Creo que lanzaré mis cartas y…

—Después —la interrumpió Liv—, cuando os hayáis instalado en vuestro nuevo hogar. Os están esperando.

Señaló con la cabeza a los hombres de Leif y después les sonrió con pena. Aunque se había preparado para despedirse de ellas, no le resultaría menos doloroso. Extendió los brazos y se acomodaron en ellos. Cuando las rodeó en un abrazo protector, sintió cómo las lágrimas empañaban sus ojos. Las iba a extrañar mucho.

—Cuidaremos bien de ellas, Liv —le prometió Leif, a quien ya le había dicho que se quedaba en Sussex.

—Lo sé —asintió, pero era igual de duro separarse de ellas. Las miró una última vez—. Seguid ayudando a Ivalyn a controlar su don sin que importe si decide anularlo o no. Nos mantendremos en contacto y cuando sepáis algo más sobre Bera, hacédmelo saber. Puede que no vaya a ir con vosotras, pero es también mi amiga y necesito saber que va a estar bien.

—Lo haremos —le prometieron, abrazándola otra vez.

Liv los vio alejarse, con el corazón encogido por la pena, pero cuando Edric la rodeó con sus amorosos brazos, supo que todo saldría bien. Ya no eran unas niñas a las que debía cuidar y proteger. Era hora de que sus hermanas eligiesen su propio camino.

—Esto solo es el principio, mi amor —le susurró Edric—. No el final.

—Lo sé. —Se giró hacia él, cuando ya no pudo verlos más —. Te amo, Edric.

—Y yo a ti, Liv.

—Soy afortunada de haberte encontrado. —Le acarició la mejilla—. Espero que mis hermanas algún día sean tan dichosas como lo soy yo contigo.

—Compadezco a quien se atreva a enamorarse de ellas —sonrió.

—Edric —protestó, pero en el fondo, también lo hacía.

Sus hermanas dejarían una huella imborrable en el corazón de quien aspirase a tener el suyo.

Seré tu fuerza

Sonia López Souto

Seré tu Fuerza

Presagios 2

Sonia López Souto

No hay mejor equipaje para llevar encima que
la cordura y la mente clara.
En tierras lejanas es más útil que el oro y
saca al pobre de los apuros.

(Proverbio Vikingo)

Capítulo 1

Las cadenas impedían su movimiento normal, pero, aun así, llegó hasta él con el agua intacta en el cazo. Quizá la retuviese en contra de su voluntad, como su esclava personal, pero nunca doblegaría su espíritu por más que lo intentase. Era más fuerte de lo que aquel vikingo pensaba y se lo demostraría.

—No está lo suficientemente fría, esclava. —Le tiró el cazo a los pies para obligarla a agacharse ante él para recogerlo—. Ve a por más.

Cuando se disponía a hacerlo, alguien interpuso el pie en su camino y las cadenas hicieron el resto. Su rodilla izquierda se dio contra el suelo, al tiempo que su mano derecha evitaba que el golpe fuese mayor. El dolor de la humillación sería siempre mil veces peor que el físico, no obstante, y la risa de los hombres de su captor solo alimentaba sus deseos de venganza. Contuvo el aliento un instante para tranquilizarse. No funcionó.

—Sigo esperando, esclava —gritó él, exigente.

—Si tanta sed tenéis —gritó a su vez levantándose torpemente—, id a por ella vos mismo.

Uno de aquellos hombres la tomó del cuello y lo apretó con fuerza hasta que el aire dejó de entrar en sus pulmones. Sus manos encadenadas trataron de librarse de él, pero no fue capaz. Su vista se tornó negra…

—Nooo. —Eline abrió los ojos de golpe. Temblaba y, por un momento, no supo dónde estaba. El sudor le empapaba el cuerpo y su corazón latía al ritmo descontrolado de su respiración.

—¿Eline, estás bien? —La voz de Maren pareció tranquilizarla al saber que no estaba sola.

—He vuelto a soñar con ella —le dijo—. La mantienen encadenada y la tratan como a una esclava, Maren. Tenemos que hacer algo. No podemos esperar más.

—Lo haremos —le prometió—, pero debemos averiguar dónde está. No sirve de nada salir a buscarla sin un rumbo que seguir.

—Usemos los huesos —le propuso, pero Maren se negó.

—Es peligroso —dijo—. ¿Y si no puedo regresar?

—Le pediremos a Olin que se quede cerca. —Alzó las cejas varias veces y sonrió con picardía—. No creo que a él le moleste demasiado hacerlo.

—Quita esa expresión de tu cara, Eline —exigió—. No hay nada entre Olin y yo.

—Pues a él le gustaría —insistió.

Durante el viaje a su nuevo hogar, Olin había estado pendiente de ella y, desde que habían llegado dos meses atrás, no había pasado mucho tiempo lejos de ella por el día, aunque tampoco había intentado acercarse más íntimamente. Maren deseaba que su hermana tuviese razón en cuanto a eso, pero sabía que solo se sentía responsable de su bienestar, aunque no tenía ni idea del porqué.

—Estás equivocada —negó de nuevo.

—Déjale saber que no lo abofetearás si te besa —le propuso— y verás que lo hace. Solo está esperando una señal, hermanita. Chasquea los dedos y lo tendrás a tus pies para el resto de sus días.

—¿Cómo se ha podido desviar tanto una conversación sobre Bera? —Trató de encauzar de nuevo el tema a lo que importaba—. Nos necesita, Eline. Tenemos que hacer algo.

—¿Crees que no lo sé? Te recuerdo que soy yo la que sueña con ella casi cada noche. Y también he propuesto lo único que nos dirá lo que necesitamos saber. —Se encogió de hombros—. Es cosa tuya aceptar. Yo estoy dispuesta a probar suerte.

—Ojalá estuviese aquí Liv. —Suspiró, con pesadez, sin saber qué hacer. Usar los huesos sola para las lecturas era una cosa, pero combinarlo con los cánticos de su hermana la asustaba bastante. La última vez había estado a punto de no regresar del trance. Le preocupaba que volviese a pasar.

—Te diría que lo hiciésemos —le aseguró, pues sentía la imperiosa necesidad de ayudar a su amiga.

—¿Y si le enviamos una misiva?

—Maren, es hora de que cortes lazos con ella. Liv se ha quedado en Sussex porque sabe que estaremos bien sin su supervisión. Ya no somos niñas.

—Se ha quedado por Edric —matizó.

—Detalles —sonrió, demostrándole que había dicho eso para que aceptase probar con los huesos.

—Me lo pensaré —accedió finalmente.

—Me conformo con eso. —Se recostó en la cama—. Por ahora.

Aunque había suficientes cuartos en la casa como para no tener que compartirlos, todavía no se decidían a dormir separadas. Quizá porque Eline no quería estar sola cuando soñaba o puede que Maren no la quisiese dejar sola por lo mismo.

—Duérmete de una vez —se quejó esta. Pero ella no fue capaz de conciliar el sueño.

Su mente había empezado a darle vueltas al asunto de los huesos y no parecía dispuesta a dejarla descansar, por lo que, harta de dar vueltas en la cama, se levantó despacio para no despertar a su hermana, y salió a hurtadillas de la alcoba.

Todavía faltaban unas cuantas horas para el amanecer, pero una noche de luna creciente la recibió al salir de la casa. El verano ya había calentado el ambiente, incluso al ocaso, y la agradable brisa la despejó un poco. Le gustaba la quietud que reinaba cuando todos dormían. El silencio le permitía pensar mejor.

Entonces, lo oyó. Un sutil pero constante golpeteo en la parte de atrás de la casa. Su curiosidad pudo más que su cordura y se dirigió hacia allí, iluminada por el tenue brillo áureo de la luna, intentando no alertar a quien estuviese haciendo aquel ruido. Podía escuchar el latir de su corazón y contuvo la respiración, como si pudiese acallarlo de esa forma. Sabía que no podía ser nada malo porque vivían en una isla y no había forma de que un animal salvaje entrase allí, pero prefería no correr riesgos.

Descubrió a Olin partiendo leña, con el torso desnudo, y un intenso rubor acaloró su rostro. Lo espió durante un tiempo,

escondiéndose tras la casa para que no la viese, insegura sobre hablar con él o marcharse. Sentía curiosidad sobre la razón por la que estaba haciendo aquel trabajo en plena noche, pero temía molestarlo si se acercaba. Tal vez no buscaba compañía, sino la soledad que aquel momento le proporcionaba.

—Si vais a observarme mientras trabajo —le dijo Olin, sobresaltándola—, acercaos para que también yo os pueda ver a vos. Es lo justo, ¿no?

—No pretendía molestaros —se disculpó, saliendo a la luz y acercándose.

—No lo hacéis.

—¿Por qué estáis cortando leña ahora? —preguntó, tras sentarse en un tronco cerca de él.

—Me ayuda a relajarme.

—¿Estáis nervioso? —Lo miró con curiosidad. Siempre le había parecido una persona tranquila. Pícaro en ciertas ocasiones y muy divertido casi siempre, pero no lo habría imaginado alterado en ningún momento.

—Hay… —dudó un momento antes de seguir hablando — cierto asunto que me preocupa. No estoy seguro de cómo enfrentarlo y me impide dormir por las noches.

—A veces hablarlo ayuda a aclarar la mente —sugirió, sin querer decirle directamente que se lo contase. No se creía con derecho a inmiscuirse en su vida, por más que le interesase saberlo todo de él. Lo que sentía cuando estaba a su lado, no tenía por qué ir en ambas direcciones.

—¿Qué os mantiene a vos en vela? —El cambio de tema fue muy evidente y Maren entendió que no quería hablar de ello. Y aunque se sintió un poco decepcionada, no podía obligarle a hablar, incluso aunque supiese cómo hacerlo.

—Eline ha vuelto a soñar con Bera. —Aquello era algo que todos sabían—. Me preocupa lo que ha visto.

—¿Todavía no sabéis dónde está?

—Me temo que no. —Arrugó la frente en un gesto inquieto—. No he podido sacar nada en claro de las cartas, aunque lo he intentado

todo. Y los huesos, sin los cánticos de Eline permanecen mudos también. Sé que eso ayudaría a encontrarla, pero…

—Os preocupa lo que pueda pasar si combináis otra vez vuestros poderes. —No era una pregunta, pero se sintió en la necesidad de responder.

—Un poco. Sobre todo, después de lo de la última vez.

Un escalofrío la hizo temblar y se cubrió los hombros con la capa que se había llevado por si hacía frío fuera. Sin embargo, el malestar no desapareció, pues nada tenía que ver con la temperatura del lugar.

—Teméis que suceda lo mismo. —Abandonó la leña y se acercó a ella—. ¿Os ha pasado más veces?

—El aprendizaje de las völur se prolonga durante años hasta que aprendemos a controlar nuestros dones. Apenas estábamos empezando cuando Guthrum nos secuestró —le explicó—. Hay cosas que no sabemos hacer todavía y lo de combinar nuestros dones es una de ellas. No llegamos a practicar lo suficiente bajo la guía de la volva mayor, por lo que es muy probable que hayamos hecho algo mal aquella vez y por eso no pude volver. El problema es que no sé qué fue, para evitarlo, así que sigue siendo una posibilidad real el que suceda de nuevo. Podría quedarme atrapada en el limbo para siempre si lo intentamos.

—Bueno. —Se limpió las manos en el pantalón para no mirarla a los ojos mientras hablaba—. Si os puedo servir de ayuda, como la otra vez, podéis contar conmigo.

—Os lo agradezco, Olin, de verdad, pero quizá en esta ocasión ni eso sirva. Si no encuentro el problema, cada vez que entre en trance, podría perderme para siempre.

—Pero solo tenéis que hacerlo una vez más —le recordó antes de regresar a la leña.

Maren lo observó en silencio mientras sopesaba todas las opciones, que eran más bien escasas. La idea de tener a Olin cerca mientras estaba en el limbo se le antojaba tranquilizadora, aunque no borraría el miedo a no ser capaz de volver. Sin embargo, Bera las necesitaba y le preocupaba llegar tarde a rescatarla si no se daban

prisa. En realidad, sabía cuál era la solución, pero la había estado posponiendo por miedo.

—Aceptaré vuestra ayuda —se atrevió a proponerle—, cuando vos aceptéis la mía.

—Si insistís en ello —le sonrió con picardía—, podéis ir apilando esto en aquella pared, junto al resto de la leña.

—No me… no… —La había dejado sin palabras, pues no era eso a lo que se había referido. Pero no se atrevía a ser más específica, así que accedió—. De acuerdo, pues. Si es así como funciona…

Se levantó y comenzó a cargar con los troncos que Olin ya había cortado. No necesitó que le diese indicaciones de cómo hacerlo, pues no era la primera vez que se ocupaba de aquel trabajo. Ser una volva no la liberaba de las tareas del hogar. Ni de muchas otras que solían llevar a cabo los hombres, por ser más exigentes físicamente, porque ellas no tenían hombres cerca que ayudasen. Y esa condición era una de las pocas cosas que nunca echaría de menos de su anterior vida.

Mientras trabajaban en silencio, codo con codo, la mente de Maren se fue despejando y comprendió por qué Olin partía leña cuando el sueño le resultaba esquivo. Cuanto más cansados estaban sus músculos, menos tiempo tenía para pensar en las partes negativas del problema que tenía entre manos y más fácil resultaba tomar la decisión correcta. Para cuando terminó de apilar la leña estaba exhausta, pero centrada.

—Gracias —le dijo después de acercarse tanto a él que podría tocarlo si alzaba la mano. Aquel hombre era como un imán para ella. Irresistible.

—¿Por qué? —La miró a los ojos con aquella calma que lo caracterizaba—. Vos me habéis ayudado con la leña. En todo caso, debería ser yo quien os lo agradeciese.

—Me habéis ayudado a aclarar mi mente —le explicó.

La proximidad que ella misma les había impuesto a los dos la acobardaba, pero se obligó a permanecer allí. Estaba harta de alejarse.

—¿Vais a hacerlo, entonces? —La voz de Olin salió en un susurro y Maren sintió cómo su cuerpo era atraído por él, aunque no la

estuviese tocando. Tal vez eso era lo que buscaba, que diese el paso en primer lugar. Sabía que eso era muy cobarde por su parte, pero no se sentía capaz de ir más allá de aquellos centímetros de distancia.

—Debo mentalizarme primero. —Tragó saliva y se mojó los labios, que sentía secos de repente—. Pero lo intentaré. Se lo debo a Bera.

—Estaré a vuestro lado si así lo requerís —se ofreció mirándole la boca—. Haré lo que haga falta para manteneros a salvo, Maren.

Se sentía presa de sus ojos azules. Las palabras de Eline resonaban en su mente y deseó saber si eran ciertas porque no podía dejar de pensar en que quería que Olin la besase. Casi sin percatarse, su cuerpo se inclinó ligeramente hacia él y una mano del hombre se alzó hacia su mejilla para acariciarla. Cerró los ojos ante aquel contacto, pero nunca sabría a dónde los llevaría porque oyeron voces a lo lejos. Él retrocedió un par de pasos y la observó en la distancia. Después cogió el hacha, la clavó en el tocón y se fue sin mirar atrás.

—Oh, Eline —suspiró Maren—, te has equivocado.

Regresó a la alcoba, recogió algunas prendas limpias y salió de nuevo, rumbo a la playa. Necesitaba limpiar el sudor y la suciedad del cuerpo y casi agradeció de que su hermana no estuviese en el cuarto, pues no tenía ganas de hablar con nadie. Por un momento, se había hecho ilusiones con Olin y ahora se sentía una estúpida por creer que pudiese estar interesado en ella de esa forma.

Cuando se aseguró de que estaba sola, se desnudó y se metió en el agua con prisa para no recular por lo fría que estaba. Aguantó la respiración y hundió la cabeza para que el pelo se empapase también. Al salir a la superficie dejó en el agua la frustración y la vergüenza.

—Eso es vida, ¿verdad? —dijo alguien a sus espaldas.

—¡Por todos los dioses! —exclamó—. Me has asustado, Ivy. Creí que estaba sola.

—Acabo de llegar. —Le sonrió mientras se trenzaba el cabello—. Ya necesitaba un baño también, pero parece que hemos elegido el mismo lugar.

—Podemos compartirlo. —Le sonrió de regreso.

Durante los dos meses que llevaban en la isla, le habían estado ayudando a controlar y acallar su poder. Al parecer, ese seguía siendo su único objetivo y, si se prestaba a las lecciones, era para terminar con lo que consideraba una maldición. Leif la apoyaba en todo, aunque Maren creía que lamentaba que quisiese adormecerlo. Ella, en el fondo, la entendía. No había sido criada en un lugar donde las leyendas de las völur eran reales. Allí de donde venían, ser volva era lo más increíble que le podía pasar a una mujer, pero Ivalyn creía en un único dios y, en su fe, no tenían cabida la magia ni los dones como el suyo. Era normal que lo temiese y lo viese como una amenaza hacia sí misma. Le hubiese gustado hacerle ver las ventajas, pero no la obligaría a usarlo. Era decisión suya. En su caso, no había tenido opción: su padre las había enviado a las tres con la volva para deshacerse de ellas y de la carga que suponían para él. Sin embargo, la mayoría de las niñas con dones podían elegir entre el camino nómada y solitario de las völur o quedarse en sus hogares e ignorar el destino que podrían llegar a tener. Aunque muchas de las jóvenes que habían acabado convertidas, lo habían hecho para no pasar hambre ni miserias. La vida en su país de origen era dura y, tal vez por eso, incluso las mujeres sabían luchar. Como Bera.

—Pareces pensativa, Maren. —Ivy la sacó del trance.

—Estaba pensando en mi país de origen —le respondió —. Y en lo diferente que es de aquí.

—Háblame sobre eso. —Ivalyn siempre estaba ansiosa por saber más del lugar del que había venido Leif.

—La vida es difícil y pocos niños alcanzan la edad adulta porque siempre hay alguna guerra o alguna lucha entre familias de la que no pueden escapar. Los más afortunados son los grandes señores o los que les sirven con lealtad, pero pocos pueden llegar a puestos seguros. En el caso de nuestro padre, nunca supo entendernos y, cuando vio que poseíamos dones, nos envió con la volva. Se olvidó para siempre de nosotras sin remordimientos. —No había querido sonar resentida, pero lo hizo. Todavía le dolía que las hubiese abandonado con tanta facilidad.

—Debe ser terrible verse separado a tan temprana edad de tu familia. —Ivalyn arrugó la frente al imaginar qué habría sido de ella si no tuviese a su padre o a su hermana para apoyarla—. Yo no habría querido seguir viviendo.

—Nos teníamos las unas a las otras —le recordó—. Pero debes saber que nuestro padre nunca nos dio el cariño que os profesaba a tu hermana y a ti el tuyo. Aunque me duela lo que ha hecho y todavía le guarde rencor, en realidad, no lo sentí tanto como hago creer. Mi padre, como todos los vikingos, quería hijos varones. Por desgracia para él, tuvo tres hijas.

—¿Se quedó solo después de dejaros con la volva? —No había esperado aquel final—. ¿Cómo os pudo abandonar?

—Ser volva es un honor. O eso se dice siempre.

—¿Lo habéis vuelvo a ver? —insistió en el tema de su padre—. Podría haber tenido más hijos después de dejaros con la volva.

—Nunca me he parado a pensar en ello porque, como volva, es vital desligarte de tu pasado para poder potenciar tus dones. El… resentimiento que siento ahora al hablar de lo que hizo es solo un recuerdo de lo que sufrí cuando nos abandonó. No es algo que esté latente en mi presente. No sé cómo explicarlo.

—Supongo que dependerá de cómo te eduquen —asintió como si lo entendiese.

—Pero todos podemos ser reeducados con la dedicación adecuada.

—No me convencerás de conservar mi don. —Le sonrió, a pesar de sus palabras.

—No era lo que pretendía —se disculpó—. Si te lo ha parecido, lo lamento. Todos somos libres de tomar nuestro propio camino y nadie puede decidir por nadie.

—Me asusta lo que pueda ver —le confesó de repente —. Admito que me tienta conservarlo porque, si aprendo a usarlo, podría ser muy útil, pero el miedo a ver algo que no pueda soportar es mayor al deseo de tenerlo, así que no quiero arriesgarme.

—Tener un don como los nuestros nunca es un camino fácil. —No le mentiría—. Yo no pedí poder leer las cartas o los huesos, ni lo quise en un primer momento porque no lo entendía. Y ahora tengo

miedo de combinar mi don con el de Eline porque la última vez salió mal. Me asusta volver a cometer los mismos errores y acabar en ese lugar del que no era capaz de salir. Pero mi amiga corre peligro y sé que puedo ayudarla si lo hago, así que lo intentaré. Los dones son una gran responsabilidad y es nuestro deber usarlos cuando sea necesario. Ayudar a los demás es nuestro fin último, por lo que somos völur.

—Creí que no querías hacerlo.

—Y no quiero —sentenció—. Por un tiempo me engañé fingiendo que podía elegir, pero, si quiero salvarla, debo hacerlo. Nuestros dones no son una maldición, Ivy, sino una bendición de los dioses y podemos hacer cosas buenas con ellos.

—Pero también malas. —Algo en su voz delató el dolor que tener aquel poder le causaba.

—Tus visiones se cumplirán, las conozcas o no. No eres la causa de las mismas, sino una luz en la oscuridad que alumbrará el camino de los que han de seguirlo. Sé que no quieres oírlo y no insistiré más después de esto, pero si lo controlases podrías hacer grandes cosas. Cosas realmente buenas e increíbles.

—¿Pero a qué precio? —se lamentó—. Vi la muerte de Lynna y no pude hacer nada para impedirla. ¿De qué me sirve ver lo que pasará si no puedo cambiarlo?

—No siempre sería así —le aseguró—. En ocasiones, el cambio es posible y lo que debería suceder según la visión no lo hace. Pero los cambios siempre son un riesgo porque la historia podría tomar un rumbo peor del que estaba destinado a ser. Lo único que no se puede eludir es la muerte cuando te ha llegado la hora.

—Esto es complicado. —Arrugó la frente.

—Complicado —sonrió condescendiente—. Duro. Peligroso algunas veces, pero increíble en otras. Yo no pude elegir, pero no me arrepiento de ser una volva. Me gusta porque sé que podré ayudar a quien me importa. En este caso, a Bera.

—¿Crees que podrás encontrarla?

—Debo creerlo —asintió—. Si no averiguo dónde está exactamente, al menos daré con una aproximación que nos indique dónde empezar a buscar.

—Estoy segura de que Leif y los demás os acompañarán a buscar a Bera. Yo lo haría, pero… —Se señaló la tripa y sonrió—. No creo que me dejen ir a ninguna parte en los próximos meses.

—¿De verdad? —La abrazó sin importarle que ambas estuviesen sin ropa bajo el agua o que Ivalyn pudiese sentirse cohibida por ello—. Enhorabuena. No puedes estar de mucho tiempo.

—Apenas acabo de confirmarlo. —Se sonrojó—. Tenía miedo de ser madre…

—¿Por si lo hereda? —preguntó.

—Sí. —La pena asomó a su bello rostro—. No quería condenar a mi hijo a lo que yo sufro, pero tampoco quiero renunciar a una familia con Leif.

—Si tu hija, pues solo las niñas lo heredan —remarcó—, nace con un don, no tiene por qué ser el que tienes tú. Y no vivirá en miedo como te pasó a ti, Ivy. Te tendrá a ti y nos tendrá a nosotras. Y a todos los vikingos de esta isla, que aceptan y respetan estos poderes. Tiene una gran familia que cuidará de ella.

—Eso es muy esperanzador —sonrió—, pero has dicho que solo las niñas lo heredan, así que creo que quiero tener un hijo.

Maren rio por la esperanza puesta en su voz al decirlo y contagió a Ivalyn, que la acompañó al final.

—Gracias —le dijo la joven después— por darme esta tranquilidad.

—Si al final tienes una niña —añadió—, verás que las cosas van a ser muy diferentes para ella.

De regreso, se unieron al resto para desayunar y Maren vio a Olin no muy lejos de ella, observándola en silencio. Sintió el impulso de acercársele con cualquier excusa, pero temió que la rechazase una vez más. Una por día le parecía suficiente, así que permaneció junto a Ivalyn, que se había unido a Eline nada más verla. Aunque trató de seguir la conversación que mantenían, no dejaba de desviar su mirada hacia el vikingo de ojos azules que hablaba con su hermano como si ignorase estar siendo espiado.

—Ve a hablar con él de una vez, Maren —le dijo Eline regresándola al presente— y dile lo que sientes. O bésalo directamente, él no te dirá que no.

Era muy probable que no se negase a devolverle el beso, pues ningún hombre lo rechazaría, o así se lo había hecho saber Groa cuando les explicó la importancia de mantenerse lejos de los hombres. Estaba en su naturaleza aceptar lo que una mujer les ofreciese, les gustase esta o no. También les enseñó a manipularlos utilizando su deseo de poseer a una volva, pero nunca usaría esas técnicas con nadie. Le parecían horribles y desleales. Y eso la llevaba a la misma encrucijada en la que no sabía si Olin sentía algo por ella o no y en la que no haría nada para saberlo por miedo a que la respuesta fuese negativa.

—Olin es un buen hombre. —Ivalyn, que intuía de qué iba aquello, quiso aportar su grano de arena—. Si no sintiese lo mismo por ti, te lo haría saber de una forma que no os resultase incómoda a ninguno. Si es lo que temes.

—Ambas estáis equivocadas —mintió al verse acorralada—. No lo miraba a él.

Dicho aquello, salió de la casa. Apoyó una mano en la pared exterior y cerró los ojos inspirando profundamente para intentar acallar a su corazón, que parecía un caballo a galope en aquel momento. En los últimos días tenía tantas cosas en las que pensar que temía acabar volviéndose loca antes de aclarar alguna de ellas.

—¿Estáis bien, Maren? —La voz a sus espaldas la sobresaltó.

—Olin. —Se llevó la mano al pecho—. Me has asustado.

—No era mi intención, lo lamento —se disculpó.

—¿Por qué… por qué me has seguido? —Temía haberse equivocado en la percepción de la situación, pero las palabras le salieron de los labios como si tuviesen vida propia. Ni siquiera fue consciente de que le estaba hablando con familiaridad hasta que él le respondió de igual manera.

—Porque vi la aflicción en tu rostro al salir y quería comprobar que no hubiese ningún problema.

—Eres muy atento conmigo. —Una vez dado el paso ya no quería retroceder—. Te lo agradezco, pero estoy bien.

—No lo parece. —Olin dio un pequeño paso hacia ella, pero se detuvo al momento, inseguro—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

«Hay tantas cosas que podrías hacer», pensó ella, pero nada salió de sus labios en esa ocasión. Era una gran volva y, casi siempre sabía qué hacer, pero en temas del corazón era una inexperta y temía decir o hacer algo que estropease la amistad que parecía estar creciendo entre ellos. La duda asomó a sus ojos y Olin lo captó.

—Quizá si damos un paseo —le sugirió—, el malestar acabe.

—Quizá —mintió.

Caminaron a la par, sin un rumbo fijo y en silencio, sin mirarse el uno al otro, pero totalmente conscientes de su mutua presencia. Parecía como si los dos quisiesen decirse muchas cosas, pero no se atreviesen a dar el primer paso. Solo cuando llegaron al lugar más apartado de todo y de todos, el vikingo la detuvo y enfrentó sus miradas. Era el momento de hablar:

—¿Me lo vas a contar o tengo que sacártelo?

—Tampoco tú me has contado qué te mantiene en vela toda la noche —contraatacó. No pretendía haber sonado exigente, pero no pudo evitarlo. No se sentía segura de confesarle lo que estaba sintiendo por él, así que necesitaba desviar su atención.

—Digamos que hay algo que quiero hacer, pero no sé si puedo, o más bien, si debo.

—Sé más específico —le pidió, molesta porque eludiese el tema—. Eso no es suficiente.

—Quiero besarte, Maren —le dijo, entonces, sin dejar de mirarla a los ojos para estudiar su reacción—. Quiero recogerte en mis brazos y no soltarte nunca. Quiero protegerte de cualquier mal de este mundo. Y no sé si puedo o debo hacerlo porque no sé si soy digno de tu atención.

—¿Qué quieres decir con eso? —Aunque su confesión la emocionó y quería lanzarse a sus brazos para que cumpliese lo que le había dicho, aquella última frase la contrarió.

—Eres volva, Maren. —Parecía sufrir de verdad—. Tu destino es mucho más grande de lo que muchos podríamos soñar algún día y no sé si un simple guerrero como yo merecería estar a tu lado. No…

—Eso debería decidirlo yo —lo interrumpió—. Nunca había tenido que pensar en hombre o en familias porque mi destino como volva era permanecer sola, según las costumbres de nuestro pueblo. Pero,

aunque fuese así, no creo que mi destino sea tan grande como para ser recordado en generaciones venideras. No soy más especial que tú o que cualquier otro. Si eso es lo que te frena, eres un tonto porque yo…

—Maren —Olin la interrumpió y, cuando lo miró a los ojos, vio el deseo en ellos. Cuando abrió la boca para decir algo más, no pudo hacerlo porque la besó como había estado deseando hacer desde aquella vez en que la salvó de la oscuridad en la que se había sumergido.

El deseo que sentía por ella iba más allá de lo carnal. Necesitaba ser su protector, su compañero, el hombre que estuviese a su lado, que ocupase su corazón. Nunca antes había sentido eso por ninguna mujer y, durante un tiempo, lo rechazó porque no quería algo así. Pero cuanto más los negaba, más fuerte se volvía. Llegó un punto en que la sola idea de no volver a verla o de saberla con otro hombre le dolía.

La seguía a todas partes, no porque temiese por su bienestar en la isla, sino porque necesitaba verla, aunque fuese de lejos para comprobar que estaba bien, que era feliz. Pero aquella era un arma de doble filo y su deseo de estar más cerca de ella crecía a medida que intentaba verla como una amiga. Cada vez que sus caminos se cruzaban, o él lo provocaba, más anhelaba no tener que hacerlo a escondidas. Era un círculo vicioso del que no sabía cómo salir. De ahí las noches en el claro, partiendo leña para que el cansado cuerpo dejase de desear lo que no sabía si algún día podría tener.

—Olin —susurró cuando separaron los labios al fin.

—Dime que no me he equivocado —le rogó, temiendo mirarla a los ojos— y que también tú deseas esto, Maren. Porque si tengo que soltarte y dejarte ir para siempre, creo que me volveré loco.

Capítulo 2

—¿Preparada? —Olin la miró con determinación y le sujetó la mano con firmeza.

—Creo que sí —Maren asintió nerviosa.

—Todo saldrá bien —le prometió él.

Desde que le había confesado lo que sentía por ella y se había sabido correspondido, su obsesión por tenerla localizada había disminuido bastante. En cambio, su conexión se estaba fortaleciendo. Por eso, cuando le informó de que iba a intentar localizar a su amiga combinando poderes con su hermana, pudo sentir la angustia y el temor que le causaba hacerlo. Se había ofrecido —o más bien lo había exigido—, para estar presente en el proceso para tranquilizarla y rescatarla si fuese necesario. Solo esperaba que esa segunda vez funcionase, aunque no supiese con exactitud lo que había hecho, salvo hablarle al oído para que volviese con ellos.

—Podemos hacerlo —le aseguró Eline.

—Claro, como no eres tú la que se perderá en el limbo si no consigue regresar —replicó su hermana.

—Tienes a tu héroe ahí para que te salve —bufó, medio disgustada porque hubiese encontrado el amor antes que ella, medio eufórica por ello. Si alguien merecía sentirse querida era Maren. De las tres, ella había sido a la que le resultó más duro aceptar que nunca tendría una familia.

Si su padre les hubiese dado la opción de volver a casa, su hermana lo habría hecho al inicio de su entrenamiento. Pasados unos meses había dejado de arrepentirse por no poder ser una esposa y una madre más, pero la idea seguía allí, muy escondida en su subconsciente. Mucho más de lo que lo había estado en ella o en

Liv. Incluso si esta última lo había encontrado mucho antes que las demás.

—A ti no hay quien te aguante. —Arik se había unido a ellos, solo por precaución, o eso les había dicho. Pero Olin suponía que la presencia de Eline tenía mucho que ver con la insistencia de su amigo—. Supongo.

Aunque se negase a admitirlo, la joven volva le llamaba demasiado la atención. Quizá más de lo que lo había hecho ninguna otra mujer, aunque intentaba disimularlo con sus continuos piques. Olin, que pasaba tanto tiempo con él, se había dado cuenta el primero y no perdía ocasión de decírselo, para su disgusto. Leif solía ser más discreto, aunque también lo había notado. Olsen solo se preocupaba por el bienestar de las tres mujeres. No tenía ojos para minucias, como solía llamar al amor. A Olin le hubiese gustado ver a su hermano casado y con dos o tres hijos correteando a su alrededor, pero a esas alturas de la vida era más probable que se muriese a que conociese a una mujer a la que amar.

—¿Empezamos? —dijo Eline, molesta por el comentario de Arik.

—Cuanto antes lo hagamos, mejor —asintió su hermana antes de que el miedo la hiciese retroceder.

Había pasado mala noche después de decidir que sería esa misma mañana y temía que el sueño le pasase factura. Sin embargo, ya no había vuelta atrás. Bera las necesitaba y no podía ignorarlo por más tiempo. Los sueños de Eline eran cada vez menos esperanzadores y les decían que su amiga lo estaba pasando mal y corría mucho peligro, así que debían encontrarla cuanto antes. Solo esperaba que esa vez sirviese para localizarla, porque no estaba convencida de poder hacerlo en más ocasiones.

Eline comenzó a cantar en cuanto Maren se recostó en la cama. La menor cerró los ojos y se concentró en el cántico para entrar en trance. Sentir la presencia de Olin a su lado, aunque no llegase a tocarla, le daba una tranquilidad que alejaba el miedo y la preocupación. Poco a poco, se fue sumiendo en un profundo sueño que la llevó más allá de la consciencia misma. La oscuridad se cernió sobre ella y, por un momento, temió no poder salir, como había sucedido la última vez, pero una fuerza poderosa la arrancó del

limbo y la llevó hacia la visión que intentaba obtener. No podía estar segura, pero de algún modo, creía que aquella fuerza había sido cosa de Olin.

Docenas de barcos se agolpaban en la costa y cientos de vikingos en ellos, esperando a desembarcar. Las espadas y los escudos prestos con el deseo de vencer o morir para alcanzar la gloria, ya fuese en esa vida o en el Valhalla.

En tierra, los sajones estaban listos para defender su hogar y su honor de los invasores daneses, que no parecían entender que aquel no era su lugar.

Y en medio de todos ellos, Maren trató de encontrar a Bera.

La batalla dio comienzo mientras caminaba entre ellos, viendo cómo la muerte se llevaba a unos y otros, supuestamente, a cada cual al paraíso en el que creía. No les prestaba atención, pues necesitaba dar con una única persona.

—Bera —susurró—, ¿dónde estás? Muéstrate. Dame alguna señal, por favor.

Continuó moviéndose entre luchas a muerte, gritos y el humo que los barcos incendiados lanzaban a la costa. Si no daba pronto con ella, tal vez ya no lo haría, pues sentía que la visión se estaba desdibujando. Le quedaba poco tiempo y la desesperación se hizo presa de ella. Corrió de un lado a otro, gritando su nombre y buscando su rostro entre los cientos de hombres y mujeres que había allí, sin ningún éxito.

Entonces, muy contrario a lo que esperaba, se formó ante ella una nueva imagen. El lugar parecía un cementerio, con cientos de cuerpos yaciendo sin vida en el frío suelo. Los barcos habían ardido por completo y solo unos pocos conservaban la estructura básica. El desánimo pudo con ella y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, imparables. Si su amiga había estado allí, era probable que hubiese acabado tan muerta como el resto.

—¡Maren! —Olin la llamó al ver las lágrimas y la joven volva abrió los ojos de golpe. Se abrazó a él con fuerza en busca de un consuelo

que el hombre le brindó sin dudar, incluso si no sabía qué había pasado—. ¿Estás bien? ¿Qué ocurre? ¿Qué has visto?

—Creo que… —Le costaba articular las palabras por el llanto—. Creo que está muerta.

—No. —Eline se abrazó a sí misma al escucharla, pero Arik, que estaba cerca, la rodeó con los brazos y, en esa ocasión, la volva no lo rechazó. Necesitaba aquel consuelo.

—¿Estás segura? —Leif se había unido a ellos al inicio de la ceremonia porque quería conocer el resultado—. ¿La has visto muerta? ¿Viste su tumba acaso?

—Yo no… Creo que… —Intentó hacer memoria antes de seguir hablando. Le costaba procesar las imágenes, aun cuando había sido tan nítidas mientras estuvo allí—. En realidad, no la vi. Había barcos daneses en la costa y hubo una batalla con los sajones. Fue tan sangrienta que nadie sobrevivió. Fue una masacre. Ella no… no pudo haberse salvado tampoco si estuvo allí.

—Pero no estaba en tu visión, ¿verdad? —insistió Eline, que necesitaba aferrarse a esa mínima esperanza—. Tal vez nunca fue a esa batalla.

—¿Y por qué acabé allí si la estaba invocando a ella? — airó Maren—. Eline, la llamé y me mostró eso. Tuvo que presenciarlo.

—Tal vez estuvo allí —sugirió Olin para apaciguar a las hermanas—, pero logró irse antes de que todo empezase.

—Y por eso no estaba en tu visión —asintió Eline, cada vez más decidida a creer que su amiga seguía con vida—. Seguro que quería mostrarte el lugar para que la busquemos allí. Piénsalo, no conoce esta tierra. ¿Qué hay más significativo que una batalla de esa magnitud? Será fácil dar con el lugar donde sucedió.

—Supongo que tienes razón —susurró insegura. Quería creer a su hermana, pero la desazón no la abandonaba. La cabeza le dolía después del trance y de intentar controlar las lágrimas.

—¿Y si está herida? —continuó Eline sin percatarse de que estaba a punto de colapsar—. Tenemos que encontrar ese lugar, Maren. ¿Qué nos puedes decir de él? Tiene que haber algo que nos ayude a localizarlo. Bera te lo ha enseñado por algo. Seguro que puedes…

—Basta, por favor. —Maren la detuvo abruptamente. La cabeza le daba vueltas y sentía que le estallaría en cualquier momento—. Necesito descansar un momento, Eline.

—Nuestra amiga nos necesita —le recordó.

—Lo sé, pero ahora mismo no puedo pensar en nada. — Cerró los ojos por un segundo—. Necesito reponer fuerzas, ¿lo entiendes? Dame un par de horas y te prometo que averiguaremos dónde sucedió. Daremos con ella, esté viva o muerta.

Leif permaneció en silencio, aunque creía saber de qué lugar hablaban. La última vez que había ido a la corte de Alfredo, había escuchado rumores de una flota de barcos daneses que intentaron atacar la costa de Wessex, por la zona de Somerset, pero que fueron repelidos con bastante eficacia por los sajones. Quizá se tratase del mismo lugar, pero no diría nada hasta confirmar sus sospechas porque no quería darles falsas esperanzas a las hermanas.



—Iré yo —se ofreció Arik al momento, cuando Leif se lo comentó en privado a sus amigos.

—¿Por qué tanto interés? —Olin se burló, pretendiendo hacerle admitir que le gustaba Eline y que se preocupaba por ella.

—Porque soy el más rápido de los dos —respondió este, dándole largas—. Y el único al que no le importa ausentarse unos días.

—Eso no es cierto —protestó—. No me negaré a ir si es lo que hay que hacer.

—Claro. Pero yo me ofrezco voluntario. He ahí la diferencia entre los dos.

—Por supuesto —lo aguijoneó—. Porque no tiene nada que ver con cierta volva que está muerta de preocupación por su amiga. Y que, seguramente, te lo agradezca de buen grado cuando descubras dónde está su amiga.

—Maren también está preocupada y no veo que vayas corriendo a buscar ese lugar. Además, no lo hago por ella. Solo estoy aburrido y necesito algo de acción.

—Acción, desde luego.

—Deja que el muchacho huya de sus sentimientos hacia Eline —intervino Olsen, que había permanecido en silencio hasta el momento—. Es duro para él descubrir que su tan amada soltería está en peligro.

—¿También te has dado cuenta? —preguntó su hermano con diversión. Pocas veces el mayor se prestaba a esas bromas y quiso aprovecharlo.

—Sé todo lo que concierne a esas jóvenes.

—Eso no suena bien, amigo —se burló Arik.

—Si se te ocurre hacerle daño a Eline —lo amenazó—, de la forma que sea, los que sonarán mal serán tus huesos.

—No le pienso hacer nada —se defendió—. Absolutamente nada.

—Ya —respondieron sus tres compañeros al unísono, lo que hizo que saliese del salón muy ofuscado. No porque se equivocasen, sino porque tenían razón.

Desde que había conocido a Eline era incapaz de sacársela de la cabeza. Ni siquiera había podido hacerlo cuando sabía que era una volva y que nunca estaría con un hombre porque debía mantener su pureza y su virtud intactas. Al saber que abandonaría esa costumbre, casi había caído a sus pies para rogarle que se acostase con él. Siempre se había vanagloriado de no aceptar mujeres inexpertas en su cama, pero con ella no le habría importado. El deseo que le despertaba era tal que, en ocasiones, no le dejaba dormir por las noches.

Y, por eso, se había ofrecido voluntario para viajar hasta Somerset. Tal vez poner cierta distancia le ayudaría a dejar de pensar en ella y de buscarla a todas horas. Se había burlado de Olin por hacer lo mismo con Maren y ahora se veía demasiado reflejado en su amigo, salvo que él era discreto porque no quería que la volva lo notase. Que sus amigos se hubiesen dado cuenta era lo peor. Sabía que no lo dejarían en paz hasta que confesase la verdad. Y eso era algo a lo que no estaba dispuesto.

Nunca le había interesado atarse a una única mujer de por vida, pero, para su desgracia, se había imaginado en semejante situación con Eline en demasiadas ocasiones, y el anillo que le había dado Ivy

pesaba más que nunca en su cuello. Sus palabras, de las que se había reído en ese entonces, ahora estaban grabadas a fuego en su mente y no se las podía arrancar por más que quisiese.

—Estoy segura que hay una mujer para vos en algún sitio. Una que os haga abandonar esa fachada de mujeriego que, en realidad, no va con vos.

Tampoco había olvidado su promesa de reírse de él cuando eso sucediese. Y, aunque por el momento no se había pronunciado, si Leif lo sabía, estaba convencido de que ella también estaría al tanto. Lo que no era bueno para su tranquilidad mental, que ya se había resentido al conocer a Eline.

Inconscientemente, rozó el anillo con los dedos mientras su mirada se perdía en el horizonte. Los días se habían alargado notablemente y el verano estaba en pleno apogeo. La vida en la isla había recuperado el ritmo de los días de buen tiempo para aprovisionarse de lo que necesitarían en el duro invierno en aquel lugar. Aunque la nieve no cuajaba fácilmente allí, por estar rodeados de mar, las heladas y el viento calaban los huesos e impedían que las cosechas prosperasen, así que era importante abastecerse durante el verano para pasar los meses de invierno de forma cómoda y segura. No era tan diferente de su anterior vida.

Cuando Leif les había dicho que deseaba viajar lejos y buscar un lugar que considerar suyo, tuvo sus reservas al respecto, pero estaba seguro de que, fuese a donde fuese, lo seguiría. No era tan solo su líder o su jefe, sino que era un compañero y un amigo. Uno de los pocos que se atrevió a confiar en él, a pesar de la mala fama que su padre le había dejado en herencia. Y fue el primero que lo defendió cuando querían acusarlo de algo que no había hecho. Lo podrían haber matado aquel día si su amigo no lo hubiese salvado dándole su apoyo, así que iría con él al fin del mundo si así se lo pedía. Se había ganado su lealtad con aquel acto, pero también tenía su amistad y respeto ahora.

—Incluso si se ríe de mí —murmuró malhumorado.

—¿Hablando solo?

No necesitó girarse para saber quién había dicho eso. Su voz era inconfundible, al menos para él.

—Con los dioses, para que me guíen en mi camino mañana. —Se dio la vuelta al hablar y pudo ver la sorpresa en los ojos de Eline por sus palabras.

—Tenía entendido que ahora creíais en un único dios.

—¿No me preguntarás a dónde voy? —Supo que estaba tratando de ocultar el verdadero motivo de su reacción y quiso provocarla un poco—. ¿O por cuánto tiempo?

—Como si me preocupase lo que hagas con tu vida — bufó.

—Quizá no volvamos a vernos —sugirió.

—Permíteme dudarlo. No serías capaz de pasar mucho tiempo lejos de tus amigos. Os echaríais de menos los unos a los otros.

—¿Y tú?

—Yo ni siquiera notaría tu ausencia.

—Y, aun así, me has seguido hasta aquí.

—No te he seguido —protestó, molesta con sus insinuaciones—. Estás en medio de mi camino, que es diferente.

—¿A dónde vas?

—¿A ti qué te importa? —le respondió, alejándose de él.

—Debo velar por tu bienestar en la isla. —La siguió, aunque sabía que no debería hacerlo, por su paz mental. Se iba a Somerset, precisamente para estar lejos de ella.

—Sé cuidarme sola —protestó de nuevo—. Y aquí no corro peligro.

—Tal vez necesites mi ayuda para eso que vas a hacer.

—Para eso —insistió—, no necesito a nadie. ¿Por qué no te vas a molestar a otro?

—Porque no sería tan divertido, Eline.

—¿Qué? —Frenó en seco sus pasos y lo miró con enfado. Había logrado captar su atención, al fin, aunque no de la mejor forma. Hiciese lo que hiciese, siempre acababa con ella molesta y él arrepentido por haberla provocado, pero no podía evitarlo.

—Digo que al resto ya los conozco demasiado bien y es aburrido pasar tiempo con ellos. Tú eres una novedad y, por lo tanto, más entretenida —lo solucionó con rapidez.

—Pues lamento decírtelo, pero no soy ni seré nunca la diversión de nadie. —Reanudó el camino.

Había decidido buscar un lugar apartado para intentar tener una nueva visión de Bera, pues no podía creer que estuviese muerta. De ser así, no habría estado soñando con ella prácticamente todas las noches. Aunque lo que más le perturbaba era que hacía dos días en que no había tenido señales suyas y, por eso, necesitaba buscar por su cuenta. Si su hermana tenía razón, no podría perdonarse no haber insistido en buscarla combinando sus poderes.

—Si me dices a dónde vas, yo te cuento a dónde iré —le propuso Arik—. Me arriesgo mucho porque es una misión secreta.

—Sí, ya —bufó de nuevo, sin llegar a creérselo.

—Está relacionado con tu amiga —añadió, seguro de que así captaría nuevamente su interés. Ignoró la advertencia que le estaba lanzando su sentido común, porque solo buscaba evitar que Eline se alejase de él.

—¿Qué? —Se detuvo una vez más—. ¿Sabes algo de ella que nos hayáis ocultado? ¿A dónde vas? ¿Y por qué es tan secreto? ¿Qué estáis tramando?

—Calma —trató de tranquilizarla. La señal de peligro que había obviado antes, resonaba de nuevo en su cabeza y lo culpaba por la reacción de la volva.

—Pues habla de una maldita vez.

—Leif oyó rumores sobre una batalla en la costa y cree que, tal vez, sea la misma en la que estuvo Maren durante su trance. Iré a comprobarlo.

—Voy contigo —se ofreció sin pensarlo. Si había una posibilidad de que Bera estuviese viva, tenía que ser en ese lugar. Habría dejado pistas para que la encontrasen, pero él no sabría verlas porque no la conocía. No podía ir solo.

—Ah, no —se negó en rotundo—. Leif me mataría si supiese que te lo he contado. Se suponía que iría solo para no daros esperanzas sin motivo. Olvídate de esto y…

—He dicho que voy contigo —repitió, más lento, pero más firme.

—Y yo, que no harás tal cosa —insistió—. Es probable que no sea nada y Leif no quiere poneros en peligro hasta averiguar si hay una razón de peso para ello. En cuanto sepa algo regresaré y…

—No me dejarás atrás —lo interrumpió—. Y Maren se viene con nosotros. Si Bera ha estado allí solo lo sabremos nosotras. No vas a encontrar nada si nos quedamos aquí y tu viaje será una pérdida de tiempo. Tenemos que ir.

—Mierda —murmuró, molesto consigo mismo—. Tú y tu bocaza, Arik.

—Vamos —lo instó a moverse—. Tenemos mucho que planificar para salir cuanto antes.

—Leif me matará por esto. —Se pasó la mano por el rostro en un acto de desesperación al ver la determinación de Eline.

—Voy a hablar con Maren. —Se dirigió a la casa.

—Oye, Eline. —Trató de detenerla—. Creo que no es buena idea. El viaje…

—Está decidido, Arik —lo interrumpió una vez más, liberándose de su agarre—. Si crees que me harás cambiar de opinión es que no me conoces en absoluto.

—Ni siquiera quiero hacerlo. —Mintió.

—Me voy a preparar. —Le palmeó el brazo en un gesto condescendiente mientras hablaba y la odió por ello.

Pero se odió más a sí mismo por haber perdido la oportunidad de alejarse de ella por un tiempo. Ahora, no solo no lo haría, sino que irían juntos a la costa en un viaje en el que el peligro acecharía en cualquier dirección y tendría que mantenerla cerca para protegerla. Aquello iba a ser un desastre y todo por no saber estar callado. Le gustaba tanto provocarla, que había olvidado que no debía dar a conocer la misión, y ahora pagaría las consecuencias. Después de la bronca de Leif, por supuesto.

—Tal vez pueda convencerlo de que sería mejor llevármelas por si tienen más visiones —pensó en alto, buscando la forma de no defraudar a su amigo, cuando en realidad ya lo había hecho.

Corrió al interior de la casa en busca de Leif, esperando que Eline hubiese ido a hablar con su hermana en primer lugar, pero cuando llegó, las hermanas estaban con sus tres amigos. La sonrisa presuntuosa de Olin le dijo que ya se lo habían contado todo. ¿Cómo había podido ser tan rápida si apenas se había metido en la casa unos minutos antes?

—Parece que el viaje de expedición en solitario —le dijo Leif— se ha convertido en una excursión en grupo. ¿Algo que decir al respecto, Arik?

—¿Cuándo partimos? —Su falsa sonrisa no engañó a nadie. Pero lo que más le sorprendió es que no parecían disgustados por su desliz, sino más bien encantados.

—Así es como el cazador se convierte en presa —le susurró Olin al pasar por su lado, mientras le apretaba el hombro con la mano y le sonreía abiertamente.

Definitivamente estaba jodido, pero no por lo que había creído.

Capítulo 3

El amanecer los encontró a todos reunidos frente a la casa principal. Ivalyn había querido despedirlos y se abrazó a ambas jóvenes mientras les recordaba que se cuidasen. Y no era que desconfiase de que los vikingos no pudiesen protegerlas, sino que necesitaba decirlo en voz alta, como si eso le asegurase que estarían a salvo. Desde la muerte de su hermana, se sentía muy vulnerable en ese sentido.

—Más os vale traerlas de vuelta —exigió a sus amigos después.

—Estarán bien —le prometió Olin.

—Olsen. —Ivy le tomó las manos—. Eres el más sensato de los tres. Vigílalos, por favor.

—Lo haré —asintió. Eso bastó para tranquilizarla. Tenía una fe inquebrantable en él y un afecto especial por aquel hombre que solo abandonaba su rictus serio con ella.

—Espero que vuestra búsqueda dé sus frutos —les dijo Leif, que había decidido quedarse. Había mucho trabajo en la granja y no podía abandonarla sin más. Además, ahora que su esposa estaba esperando su primer hijo, no quería estar lejos de ella—. Y que podáis rescatar a vuestra amiga. Aquí tendrá un hogar si decide quedarse con vosotras una vez la encontréis.

—La traeremos con nosotros —sentenció con seguridad Eline, dispuesta a aceptar, únicamente, aquel final para su aventura. Necesitaba recuperar a Bera.

Apenas había podido dormir, ansiosa por la necesidad de iniciar su búsqueda. Le preocupaba que no se hubiesen dado demasiada prisa en dar con ella y que ya no pudiesen salvarla. Habían perdido mucho tiempo por la reticencia de Maren a combinar sus poderes y ahora podía jugar en su contra. No la culpaba, pues sabía que corría peligro si lo hacían mal y entendía su miedo, pero se lamentaba por el retraso.

Tampoco había querido dormir por si sus sueños le revelaban algo que no le gustase ver. Desde que su hermana había presenciado el final de aquella batalla y había creído que Bera estaba muerta, su optimismo había disminuido. Si sus visiones lo confirmaban, se culparía el resto de sus días por no haber ido antes a por ella. En ocasiones como aquella, su don se sentía como una maldición. Y a pesar de ello, no lo cambiaría por llevar una vida normal. Si perdía sus poderes, sería alguien totalmente diferente. Le gustaba cómo era, incluso con las zonas oscuras.

—En marcha. —Arik, que seguía molesto por cómo se había dado todo el asunto, los apremió para iniciar el viaje —. Tenemos varias jornadas por delante antes de llegar al lugar. No nos entretengamos.

—Siempre tan ansioso —se burló Olin, que se mantuvo cerca de Maren. La había notado alterada y quería saber por qué—. ¿Estás bien?

—Quisiera poder llegar hoy mismo. —Fue la explicación que le dio. Tampoco necesitó más, pues entendía su preocupación.

—La encontraremos —prometió tomándola de la mano para apretársela.

—Sea como sea. —Pudo notar en su voz el miedo a que, cuando diesen con ella, ya estuviese muerta.

Quiso consolarla y darle esperanzas, pero prefirió callar. Sabía que nada de lo que dijese le serviría hasta que viese a su amiga y no quería sonar condescendiente. Sin embargo, ella le devolvió el apretón y supo que lo había entendido.



Cabalgaron en silencio hasta que el sol se situó en lo más alto del cielo. Entonces, Olsen propuso detenerse para que los caballos abrevasen. Eline hubiese preferido seguir, pero cuando abrió la boca para protestar, su hermana le hizo un gesto con la cabeza que se la cerró de golpe.

—Deberíamos continuar avanzando —protestó cuando estaban a solas junto al río, refrescándose—. Maren, Bera podría estar en

peligro.

—Pero si agotamos a los caballos, podríamos no llegar nunca —repuso la aludida—. Debes tener paciencia, Eline.

—Ya me conoces, no deberías pedirme eso —bufó.

—Pues vas a tener que encontrarla donde sea —dijo con tono fastidioso— porque todavía tenemos varios días por delante antes de llegar y no pienso soportar tu mal humor todo el camino.

—Tendrás que soportarme así —espetó—. No hemos venido a disfrutar del paisaje.

—Yo también estoy preocupada, Eline —le recordó—, pero enfadarnos entre nosotras no arreglará nada. Es un hecho que tendremos que pasar varias noches a cielo raso, así que una actitud positiva sería de gran ayuda.

—No cuando Bera podría estar desangrándose en algún lugar con el que todavía no hemos dado.

—¿Qué diría ella a eso?

La pregunta la descolocó por un momento, pero luego lo comprendió:

—Un paso cada vez —recitó la frase que su amiga tanto usaba cuando tenían algún problema.

—Pues eso mismo, Eline. Un paso cada vez. —Sonrió con los recuerdos.

—Pero ahora estamos quietas. —A pesar de lo dicho, le devolvió el gesto a su hermana.

—Si te puede el ansia, quizá deba pedirle a Arik que te entretenga un poco. —Cambió de tema para saber qué les estaba pasando. Había notado cómo la tensión entre ellos era más evidente que en otras ocasiones y que se rehuían la mirada.

Siempre había pensado que entre ellos pasaba algo, o se estaba gestando, al menos, pero ambos se empeñaban en decir que no se soportaban. Ahora que ella estaba con Olin gracias a los consejos, casi órdenes, de su hermana, quería corresponderle. Si había alguna posibilidad de que Arik y ella estuviesen juntos, no pararía hasta lograrlo. Tal como eran ambos, formarían una pareja bastante interesante.

—Ese solo me aburriría —bufó—. O me enfadaría más.

—Igual te sorprende —dijo—. Si le haces saber que no lo abofetearás si te besa, igual lo hace.

—Ni se te ocurra usar contra mí mis propias palabras, Maren —la amenazó—. No tienes derecho a hacerlo.

—¿Por qué no? Son tan válidas para ti como lo fueron para mí. Además, en el amor y en la guerra, todo vale.

—Pues tendrás guerra si no lo dejas ya —le advirtió.

—Ahora es mi turno para martirizarte.

—Claro. —Miró al cielo—. Olin es tan insufrible…

—Él es maravilloso —Rio bajo—. Pero tú fuiste horrible conmigo hasta que admití lo que sentía.

—Ya, bueno, no es el mismo caso porque yo no tengo nada que admitir.

Si la había estado molestando con él, había sido porque veía que sentían algo el uno por el otro. En cambio, Arik solo era un incordio para ella. Al rubio vikingo le gustaba molestarla cada vez que se veían, ya fuese con sus pullas o su manía de recordarle que, por ser mujer, no sabría defenderse sola. Estaba segura de que no lo pensaba porque en la isla había mujeres guerreras con las que entrenaba todos los días, pero a veces era tan insistente, que sentía ganas de golpear su perfecto rostro pícaro para borrarle su perfecta sonrisa de dientes perfectos. Si debía admitir algo sobre él, era que no soportaba su perfectamente insufrible personalidad.

—¿Recordando algo en particular con alguien en particular? —Maren sonrió al verla tan sumida en sus pensamientos—. Después soy yo la que…

—No —la interrumpió—. Solo estaba pensando en que debemos continuar y, en lugar de eso, estamos perdiendo el tiempo con estupideces.

Se levantó y regresó con el grupo, que las esperaban al borde del camino para proporcionarles intimidad mientras se aseaban. Maren no tardó en seguirla, con la sonrisa aún en la cara, que se amplió al ver cómo Arik corría a ayudar a Eline a subir al caballo cuando esta se acercó a él.

—Quita —protestó ella molesta—, puedo sola.

—Parece que el descanso te ha sentado mal. Tú que eres todo dulzura, me sorprende este arrebato de ira —se burló.

—Cállate y sigamos adelante.

Arik pretendía seguir con sus pullas, pero una mirada severa de Olsen lo detuvo. Ni siquiera sabía por qué sentía la necesidad de buscar el enfado de Eline todo el tiempo, pero le resultaba inevitable hacerlo cada vez que la veía. La respuesta visceral de la joven volva siempre lo animaba a probar una y otra vez. Le gustaba ver aquel fuego en su mirada cuando lograba su objetivo. Siempre había disfrutado de las bromas compartidas con sus compañeros, pero ver cómo esta se negaba a seguirlo, le gustaba mucho más, aunque supusiese un riesgo. Sobre todo, porque la joven empezaba a colarse en sus pensamientos e incluso en sus sueños. Sin embargo, no era capaz de apartarse de ella.

—Si no piensas ir en serio con ella, mantente al margen. —Olsen se acercó al reanudar el camino—. No es una más, Arik. No la puedes desechar, cuando no llame tu atención. Eline merece un hombre que la cuide y la proteja. Ya ha sufrido suficiente.

—No es lo que crees, Olsen —se defendió.

—Pues diría que sí, aunque te engañes a ti mismo —lo reprendió—. Pero no voy a permitir que le hagas daño, en tu proceso de autodescubrimiento. Piénsatelo bien antes de avanzar más. Si tomas ese camino, que sea para seguir adelante hasta el final, no para abandonar cuando te aburras y partirle el corazón en el proceso.

Olsen aceleró el paso para colocarse en la delantera del grupo, desde donde podría divisar a cualquiera que se les acercase por delante. No esperaba encontrar peligro por el momento, pero las costumbres eran difíciles de erradicar. Además, corrían malos tiempos, aunque el rey les hubiese conseguido la paz con los daneses. No todos los vikingos se avendrían al trato porque Guthrum no controlaba a los que llegaban en la estación estival buscando riqueza rápida en un país dividido. Habían vencido a aquel, pero muchos otros llegarían persiguiendo de su momento de gloria.

Como los que habían sido abatidos en la costa cuando pretendían unir sus fuerzas con Guthrum. Los mismos que habían logrado reunir

un gran ejército que casi termina con Wessex y que obligó al rey a entregarles Danelaw. Habían roto la paz para ganar más premios y la perseverancia de Alfredo y la ferocidad con que sus hombres defendían su tierra fue lo único que logró inclinar la balanza en su favor. Les habían otorgado parte de la victoria a ellos, por unirse en su momento de mayor necesidad, pero Olsen estaba convencido de que lo habrían logrado igualmente sin su ayuda. Los sajones eran tan intensos como los vikingos y, aunque no comulgaba con su religión, debía admitir que su Dios les daba la fuerza necesaria para no sucumbir en la adversidad.

Habían sido bautizados en su fe para poder quedarse en la isla, pero nunca la habían practicado realmente. Pero él se había sentido tentado a conocer más sobre ese Dios único, para entender mejor la fuerza de su fe. Había acudido a misa y le había hecho un sinfín de preguntas al párroco del pueblo. Sin embargo, aunque había aprendido a respetar sus creencias, nunca fue capaz de compartirlas. Al final, como muchos otros en la isla, seguía profesando devoción a sus dioses y se dejaba guiar por ellos. Había visto más pruebas de estos en sus años de vida, que del único dios de los cristianos.

—Tal vez podríamos desviarnos. —Aunque no pretendía espiarlas, pudo escuchar los susurros de las jóvenes—. Podríamos hacerle una visita a Liv.

—Ni en broma, Maren —protestó Eline—. Eso solo nos retrasaría.

—Pero tal vez quiera venir con nosotras —insistió la menor—. Te recuerdo que también es su amiga.

—Y yo te recuerdo que en el viaje con el que soñé hace unos meses, ella no aparecía. No vendrá con nosotras, así que es una tontería perder más tiempo yendo a verla.

—Tus sueños no siempre son exactos, Eline —replicó—. Tal vez no estaba en tu campo de visión en ese momento. Solo ves fragmentos y…

—No pretendas saber más que yo de mis sueños —la interrumpió con enfado—. Seguiremos hacia la costa. Bera nos necesita.

—Lo sé. —Maren parecía triste—. Me hubiese gustado poder decirle que íbamos a buscarla.

—Ya lo sabe —susurró Eline—. Siempre lo sabe todo.

—No es mi intención inmiscuirme en la conversación — les dijo Olsen—, pero he creído necesario aclararos que pasaremos la noche en el castillo. Aprovecharemos la noche para descansar bien. Tal vez la última en algún tiempo.

—¿En serio? —preguntaron al unísono. Ahora ambas se veían emocionadas con la idea de poder ver a su hermana mayor.

Aunque no era cierto que estuviesen yendo hacia allí, por verlas felices, merecía la pena desviarse unas millas. Y dormir a resguardo una noche más no le parecía tan mala idea, después de todo. Los años no pasaban en balde y tenía una edad en la que prefería una cama mullida al duro suelo. Siempre había pensado que moriría en la batalla y entraría en el Valhalla, con gloria y honor, pero su tiempo en la tierra se estaba acabando y parecían faltarle ocasiones para conseguirlo. Había participado en suficientes guerras como para reunirse con los dioses igualmente, pero codiciaba la distinción de reunirse con Odín tras la batalla y no desde la cama, con la espada en la mano sin haberla usado antes de morir.

—Haremos una pequeña parada esta noche —les dijo a los otros dos después de indicarles con la cabeza que se le acercasen—. Sería bueno que la hermana mayor sepa que vamos a buscar a su amiga. Las muchachas parecen preocupadas por eso.

—¿No querrá unirse también? —preguntó Arik agobiado con la idea.

—Lo dudo —negó Olsen recordando lo que había dicho Eline sobre el sueño.

—Si lo hiciese —añadió Olin sopesando las alternativas —, se nos unirían algunos sajones, lo que no es malo.

—¿Dudas de tus capacidades, Olin? —se burló Arik.

—Dudo de las tuyas, amigo —le devolvió la broma sin pensarlo—. Pareces estar bastante distraído espiando cada movimiento de cierta dama en cuestión.

—Eso no es cierto —protestó.

—Y por su propio bien —añadió Olsen con la seriedad que siempre lo caracterizaba—, solo hará eso hasta que se aclare.

—Sois insufribles —los acusó, consciente de que se estaban comportando como solía hacerlo él. Pero no le gustaba estar del otro lado de las bromas, sobre todo, porque sabía que tenían más razón de la que jamás admitiría.

Era consciente de cada paso que daba Eline, incluso si se proponía no serlo. Como cuando había llegado del lago y supo que le preocupaba algo solo con ver su expresión. O justo en ese momento, que parecía más relajada y risueña por poder ver a su hermana mayor. Puede que no quisiese que se uniese a ellos, pero entendía por qué Olsen había decidido desviarse del rumbo trazado. Y probablemente se le habría ocurrido a él si no estuviese tan ocupado intentando demostrarles a todos que no tenía ningún interés en la joven volva.

—Ya era hora de poder devolvértelas —repuso Olin con jovialidad.

—Claro, como tú has sido el bueno de Olin toda tu vida —gruñó.

—El único que ha tenido que soportar vuestras estupideces he sido yo —los interrumpió Olsen—, así que dejad de medírosla de una vez y prestad atención al camino. No quiero sorpresas. Puede que estemos cerca de casa todavía, pero eso no nos garantiza la seguridad.

—¿Alguien sabe por qué hemos traído al cascarrabias con nosotros? —rio Arik, no obstante, de mejor humor—. Nos va a amargar el viaje.

—Os salvaré el culo, como siempre —gruñó Olsen.

—Creo que estamos a la par, hermano —Olin no desaprovechaba nunca la oportunidad de meterse con él, solo por ver si podía sacarle una sonrisa. Cosa prácticamente imposible si tu nombre no era Ivalyn.

—Seguramente os he salvado más veces que vosotros a mí —dijo sin que su expresión cambiase ni un ápice.

—¿Ahora quién intenta medírsela con nosotros? —rio Arik.

—No necesito hacer nada de eso —repuso Olsen—, y no deberíais quererlo tampoco, porque saldréis perdiendo.

Las carcajadas de sus compañeros llamaron la atención de las jóvenes völur, que se habían mantenido unos pasos por detrás de ellos hasta el momento, creyendo que hablaban sobre la ruta.

—Parece que se divierten —susurró Eline—. Ya podían compartir las bromas con nosotras. No me importaría reír un poco.

—Es muy probable que, si Arik dijese algo divertido, tú le encontrases alguna pega —sonrió Maren—. Parece que todo lo que hace o dice te molesta.

—Él es molesto en sí mismo.

—Claro, por eso todos se ríen con él menos tú.

—¿Estás insinuando que yo soy la molesta?

—Eso no, pero que te molesta todo lo referente a Arik, sí. Y… —añadió antes de que su hermana pudiese decir nada más— ambas sabemos por qué pasa eso.

Eline no quería seguir hablando del tema, pero tampoco quería discutir de nuevo con Maren, así que fingió no escucharla y continuó cabalgando en silencio, intentando ignorar también a los vikingos, que se habían situado en sus posiciones iniciales para mantenerlas en el centro.

Pero no le resultaba fácil obviar que Arik estaba allí. Se veía irremediablemente atraída hacia él, aunque se repitiese una y otra vez que no debía, que lo que él buscaba y lo que ella quería eran incompatibles. Porque todavía no le había puesto nombre a lo que sentía, pues sería darle la razón a Maren, pero no podía negar que había algo. Y si se enfadaba con él, solo lo hacía para protegerse, para que el sentimiento no creciese. Con un hombre que trataba a las mujeres como un pasatiempo, no podía permitírselo.

Ahora que tenía la posibilidad de formar familia, si así lo quería, no iría detrás de un hombre que huía de las responsabilidades afectivas. Si decidía compartir su vida con alguien, sería con una persona en la que pudiese confiar y con la que se sintiese segura. Y Arik nunca le daría eso.



El terreno estaba bastante transitable y llevaban buen ritmo, por lo que, cuando se detuvieron a comer, habían recorrido más millas de las previstas. Olsen les aseguró que llegarían al corazón de

Sussex antes de la caída de la noche si no se les presentaba ningún inconveniente por el camino. Maren estaba deseando ver a su hermana y Eline, que había sido más reticente en un principio, se veía ahora más ansiosa por llegar. Secretamente, esperaba obtener la ayuda de Liv para convencer a Maren sobre realizar otra sesión conjunta. La idea de que Bera estuviese muerta continuaba atormentándola.

—Es una suerte que en esta época del año los días sean más largos —dijo Olin mirando al cielo—. Nos vendrá bien durante el viaje para avanzar más en cada jornada.

—Y llegaremos antes —dijo, emocionada, Eline.

—Eso no implica que encuentres lo que buscas —la picó Arik sin poder evitarlo. Todavía estaba resentido por haber acabado siendo un grupo. Aunque la culpa había sido suya por no saber callar, la insistencia de Eline había sido decisiva para que Leif aceptase incluirlas—. Tendría que haber venido solo. Quizá hagamos el viaje en vano.

—Eres único dando ánimos —bufó Eline.

—Soy realista. Ni siquiera estamos seguros de que sea el sitio que vio Maren en su trance. Por eso Leif me pidió que fuese a comprobarlo antes de hablar con vosotras.

—Sin nosotras, sí que habrías perdido el tiempo. Tú no serías capaz de ver las pistas que Bera nos habrá dejado.

—Eso, si estuvo allí —insistió.

—Lo estuvo —sentenció—. Y en caso de que no fuese el lugar, seguiremos buscando hasta dar con ella. No volveré hasta que la encuentre. Me niego.

—Jamás he dicho que fuésemos a abandonar la búsqueda, Eline. No pongas en mi boca palabras que no son.

—Tampoco he dicho eso —protestó la joven a su vez—, así que no me acuses como si hubiese cometido una falta terrible.

—No te estoy acusando de nada, solo remarco un hecho —especificó.

—Sí, claro —bufó—. El hecho de que eres insoportable y fastidioso.

—Si lo sé —intervino Olin—, no digo nada. Discutir no es la solución. Haya paz, por favor.

—Excusas para discutir es lo que les sobran —lo defendió Maren, sonriendo por la intensidad de la conversación.

Sin embargo, no era la única que se estaba divirtiendo con eso, pues, a pesar de sus palabras, Olin sonreía. Olsen, en cambio, seguía estando serio y mirando a Arik con tanta fijeza, que su compañero casi podía escuchar en su cabeza la advertencia que le había hecho no hacía tanto tiempo.

—Si hemos acabado de comer, será mejor continuar. — Olin ayudó a Maren a ponerse en pie—. Tendréis muchas ganas de ver a vuestra hermana.

—Muy buen cambio de tema —le susurró Maren antes de subir al caballo.

—Con esos dos es difícil acertar —sonrió, pasándole las riendas.

No le apetecía separarse todavía de ella, pero tenían que continuar el viaje. Aunque el tiempo les ayudaba, debían ser rápidos para recorrer el camino en un día. Después del ataque de los lobos en el bosque aquella vez en que Lynna casi muere, prefería evitar la noche en ese lugar.

—Si el primer día de viaje está resultando así, me preocupa qué pasará más tarde. —Maren acercó el caballo al de Olin para hablar con él—. ¿Crees que se acabarán matando el uno al otro en una de esas discusiones?

—Podrían acabar en la cama. —Se arrepintió al momento de decirlo porque Eline era la hermana de Maren y no quería ofenderla con esa insinuación—. Lo siento, no debí.

—No soy experta en las pasiones corporales, pero creo que es una posibilidad real. —Intentó hacerle ver que no tenía problemas en hablar del tema, aunque odiaba ser tan inexperta—. Aunque creo que sería un error.

—¿Por qué? —Sabía que el tema la incomodaba, pero la curiosidad pudo más. Si Maren creía que el sexo antes del matrimonio era un error, necesitaba saberlo.

—Compartir algo que se me antoja tan personal e íntimo en un momento de acaloramiento no puede llevar a nada bueno —le

explicó con reticencia—. Después llegarán los arrepentimientos y las acusaciones, lo que empeorará la relación.

—Siempre pueden volver a acostarse para solucionarlo. —Le guiñó un ojo para que supiese que estaba bromeando.

—Lo que lo empeoraría más —sonrió ante sus palabras.

—Supongo que es mejor iniciar una relación de forma pausada —dijo después, entrando en la cuestión que más le importaba—. Así como lo estamos haciendo nosotros.

No habían vuelto a hablar de ello y le pareció un buen momento para aclarar lo que había entre ellos. No quería que pensase que solo era una atracción momentánea y que se acabaría cansando de ella, porque no tenía nada que ver con eso. Desde que la había conocido, no se imaginaba con nadie más que con ella y necesitaba hacérselo entender. Lo que sentía por ella era duradero.

—Supongo que sí. —Su intenso sonrojo le indicó que no había estado falto de razón en sus teorías.

—¿Solo lo supones?

—Bueno, no lo hemos hablado. —Se mordió el labio—. Y aunque intuyo que tus intenciones no son llevarme a la cama únicamente, no estaba segura de cómo preguntar sin que pensases que te estaba exigiendo algo más duradero.

—Podrías haber mirado en tus runas —sugirió—. ¿O no funciona así?

—Las runas no siempre me indican las cosas de forma clara.

—¿Las has usado con nosotros? —se sorprendió.

—En realidad no —negó—. No me gusta rebuscar en mi propio futuro.

—Yo también preferiría averiguarlo por mi cuenta — asintió Olin—. Puede que algunos quieran saber su suerte antes de una batalla, pero creo que, si las runas llegasen a vaticinarles la muerte, sus mentes los prepararían para eso y no lucharían con la concentración necesaria. Al final, eso es lo que los llevaría a ella y no las piedras.

—Crees que te sugestionan para que suceda lo que leo en ellas. —No era una pregunta, pero Olin lo entendió así.

—No en todos los casos, pero puede que, en ocasiones, suceda de ese modo.

—Es posible.

Groa les había hablado del poder de la mente y de la sugestión, y les había explicado cómo usarlos, pero no lo habían hecho nunca. Lo que Guthrum les había obligado a hacer cuando las secuestró no tenía nada que ver con la sugestión, sino con una realidad tan oscura que asustaría al más valiente. Aquella era una magia que no solían usar a la ligera, pues era demasiado poderosa. Porque, aunque muchos creyesen que las völur eran unas embaucadoras y unas embusteras, sus dones eran reales.

El miedo que habían infundido con sus rituales en los enemigos de Guthrum y el valor en los daneses durante la batalla, no tenían nada que ver con un juego mental, sino con el poder de la naturaleza en estado puro. Existían hierbas, que bien mezcladas entre sí, podían provocar el efecto que las völur deseasen. Solo había que conocer sus cualidades y propiedades y, en eso, Liv era una experta.

—Te has quedado muy callada. —Olin temió haberla molestado.

—De repente, me han venido a la mente los meses que Guthrum nos mantuvo cautivas —le explicó—. Fue duro hacer lo que nos pedía durante las batallas. Y más difícil aún no sentir remordimientos más tarde. Hay cosas que no querría repetir.

—Eso no parecía sugestión. Al menos, no del todo.

—Puede que solo vernos quemar las hierbas asustara ya de por sí, igual que escuchar los cánticos —le sonrió con amargura—, pero era mucho más que una actuación. Lo que hacíamos influía de forma real en los hombres. El olor de ciertas plantas puede incentivarte a hacer algo, aunque no quieras, así como puede provocarte rechazo. No es fácil de explicar, pero…

—La sugestión es cosa de las plantas, no vuestra —acabó en su lugar.

—Podría decirse así, aunque es más complejo que eso.

—Ya lo supongo —asintió—. Recuerdo las historias que nos contaban en la aldea cuando era pequeño y llegué a tener miedo a las völur durante mucho tiempo.

—La mayoría de esas historias no son ciertas, aunque se cuentan para eso. Ahí sí que se sugestiona la mente —rio.

—Pues creo que no sería necesario hacerlo porque veros actuar es suficiente para comprobar cuánto poder tenéis.

—Las völur necesitamos infundir temor para que se nos respete. ¿Crees que alguien nos dejaría marchar una vez el trabajo por el que se nos reclamó esté acabado? Hay gente que nos querría a su lado siempre para beneficio propio. Si nos temen, nadie intentará gobernarnos. Y no acabaremos muertas en el camino tampoco.

—Una vez más, tienes razón.

El paisaje se volvió conocido a medida que avanzaba la tarde y, de repente, en una de las últimas curvas, divisaron a lo lejos el castillo. Al parecer, habían mejorado las fortificaciones aquellos meses y ahora los soldados patrullaban las almenas.

—¿Quién va? —preguntó uno de ellos al verlos junto a la puerta.

—Maren y Eline Landvik —respondió Olsen antes de que nadie más pudiese hacerlo—. Han venido a ver a su hermana.

Los portones se abrieron, tras unos segundos de espera, y les permitieron la entrada. Cuando apenas llegaban al patio, una figura salió del interior del castillo y corrió hacia ellos. Era Liv, que se fundió en un eterno abrazo con sus hermanas cuando les dio alcance.

—Os estaba esperando —les dijo con seguridad—. Ha llegado el momento.

Capítulo 4

—No sé cómo lo haces. —Maren hablaba a solas con sus hermanas en un cuarto lleno de hierbas y brebajes al que Liv llamó la botica. Se había convertido en la curandera de Sussex y estaba feliz con el nuevo papel que tenía en el castillo—. Siempre sabes todo lo que pasa.

—Solo tengo buena memoria —sonrió la mayor—. Eline habló de un viaje después de la primavera y casi ha llegado el verano. En realidad, me estaba preguntando cuándo apareceríais.

—Pero nunca dijimos que pasaríamos antes por aquí — remarcó Eline—. ¿Cómo podías estar tan segura de que lo haríamos?

—Porque os conozco y sabía que querríais contármelo. Bera también es amiga mía.

Eline se sintió mal al notar su seguridad al decirlo, pues ella había pretendido seguir su camino sin detenerse allí. Se había obsesionado tanto con encontrarla antes de que le pasase algo malo, que no se había parado a pensar en que Liv tenía derecho a saberlo. Quiso disculparse, pero Maren la interrumpió con su inesperada pregunta.

—¿Crees que hacemos lo correcto?

—¿Acaso tú dudas?

—Me preocupa que estemos arrastrando a los demás a una búsqueda inútil y nos pongamos en peligro para nada.

—Una búsqueda nunca es inútil —respondió Liv—. Ya sea Bera quien esté al final del camino o la nada, intentarlo siempre será lo correcto. Ella es familia, Maren. Y como tal, no la podemos dejar a su suerte —suspiró—. Aunque tenía la esperanza de que el motivo no fuese un rescate.

—La encontraremos y la traeremos a casa —sentenció Eline, que no aceptaba otro final.

—Estoy segura de ello. —Su hermana mayor les sonrió.

Y después les preparó un pequeño hatillo con remedios básicos que tal vez pudiesen necesitar en el camino, antes de reunirse con los demás en el salón, donde les esperaba una cena copiosa y música para celebrar la visita.

Aunque Mael sabía que no habían ido por cortesía, pues los vikingos le habían explicado la razón de su viaje, quería darles un momento de relajación y diversión, antes de que se marchasen para cumplir una misión que se le antojaba, no solo imprevisible, sino también peligrosa. Sobre todo, si iban detrás de los daneses rebeldes. La paz con Guthrum no había impedido que algunos vikingos que no le habían jurado lealtad saqueasen Wessex y Mercia a su antojo. Los sajones los combatían en grandes grupos para no ceder terreno ante aquellos salvajes que no parecían temer a la muerte. Cinco viajeros no les supondrían ningún reto. Sin embargo, no sería él quien comentase lo obvio, pues estaba seguro de que, a pesar de todo, ya lo habían tenido en cuenta. Aquella joven debía ser muy importante para las hermanas si estaban dispuestas a arriesgarse por ella.

—Procuraremos alejarnos de los caminos para evitar el peligro. —Escuchó que le decía Olsen a Godric—. Corren rumores de que algunos daneses se niegan a someterse a un Guthrum bautizado, así que hay que tenerlo en cuenta.

—Siempre habrá rebeldes, me temo, pero no son tantos —le aseguró Godric—. Al menos por aquí. En el norte es diferente. Todavía hay ciudades a las que consideran poco más que reinos, a pesar de no haber sido reconocidas como tal por Alfredo. Allí se reúnen y siguen sus propias leyes y creencias. Solo espero que vuestra búsqueda no os lleve tan lejos.

—Llegaremos hasta donde debamos —sentenció Olsen —. Esa joven es importante para ellas.

—Me consta que, de seguir con vida, no lo estará pasando muy bien. —Olin intervino en la conversación—. Por eso debemos rescatarla cuanto antes.

—Lo haremos —asintió su hermano hacia él.

—Tal vez Mael deba acompañaros con algunos hombres de su confianza —sugirió Godric, siempre tan pragmático, antes de

dirigirse al aludido—: Para ti sería una gran oportunidad para probar que eres el líder que necesitamos. Yo no tengo dudas, pero hay algunos lores que me siguen buscando en primer lugar. No lo hacen por desconfianza, sino porque aún no te ven como el conde de Sussex. El cambio ha sido repentino y llevará tiempo que se asiente, pero si elijes a dos o tres guerreros, no solo las jóvenes irán más protegidas, sin desmerecer vuestras habilidades —se dirigió a los vikingos—, sino que además fortalecerás lazos como nuevo líder. Te ven como a uno más de ellos, y no es malo, pero ahora eres mucho más que eso y han de tenerlo claro.

—No necesitamos… —comenzó a declinar Arik, molesto porque se fuese a unir más gente a lo que debería haber sido una misión en solitario.

—Será un honor que el conde de Sussex nos acompañe —lo interrumpió Olsen lanzándole una mirada de advertencia—. Sin embargo, he de insistir en que no sean más de dos o tres en total, ya que nuestro plan consiste en pasar tan desapercibidos como nos sea posible. Un número más elevado de hombres llamaría demasiado la atención, que es lo que queremos evitar. Con dos mujeres en el grupo, preferiría no tener que entrar en batalla.

—No pretendo sonar evasivo, Godric —dijo Mael a su vez—, pero aquí hay mucho trabajo por hacer todavía y no sé si sería sensato alejarme del condado. No tan pronto, al menos.

—Pues yo diría que es justamente lo contrario —ratificó Godric—. Es ahora cuando debes hacerlo. Todos conocen tus habilidades frente al ejército, pero les falta descubrir la clase de jefe que serás. ¿Autoritario y tiránico? ¿Perezoso y pendenciero? ¿Exigente pero justo? Encárgate de darles las órdenes pertinentes antes de irte y te aseguro que agradecerán con lealtad la confianza que estarás depositando en ellos para que todo esté listo a tu regreso sin la supervisión de nadie. Me encargaré de controlar que todo vaya según lo previsto si acaso hiciese falta. Pero eso no tienen por qué saberlo. Será bueno para todos, hijo.

Godric siempre había sido un gran estratega y le había funcionado bien, así que, finalmente, Mael decidió aceptar su palabra, no sin antes asegurarse de que los vikingos se sentían a

gusto con aquel nuevo plan. No pretendía imponerse, aunque en la teoría le debían lealtad. Sería solo un acompañante más y así se lo hizo saber, cuando le dijeron que era bienvenido en el grupo.

—Sé a quién nos llevaremos —dijo entonces— y solo serán dos. Son buenos guerreros y conocen bien las tierras que pretendéis visitar. Uno de ellos vivió varios años en la costa y estoy seguro de que todavía tendrá contactos allí. E incluso familia de la que querrá saber. Será más fácil que le respondan a él que a cualquiera de nosotros.

—Toda ayuda será bienvenida. —Olsen había decidido ser el portavoz de los vikingos, sobre todo, después de que Arik expresase su descontento con miradas malhumoradas y gestos de disgusto. No por Mael, que se había convertido en un gran amigo para ellos, sino por añadir más gente al grupo. Pero el mayor ya había pensado en el contratiempo que les supondría la confianza de los sajones, que solo habían conocido a los daneses belicosos. Si tenían que buscar información hablando con los lugareños, quizá nadie les diría nada.

Arik, por su parte, dejó de prestar atención en cuanto se pusieron a hacer planes, y desvió la mirada hacia la mesa donde las tres hermanas hablaban y reían de algún chiste privado. Por un momento, a pesar de las burlas que tendría que soportar por parte de sus amigos, quiso acercarse a ellas solo por el placer de estar junto a Eline, y eso lo sorprendió tanto que tuvo que disculparse y salir del salón para estar solo y procesar aquella revelación, con calma.

—Hola, Arik. —Una joven de cabello oscuro y curvas sugerentes se había acercado a él y ahora lo observaba con una complicidad que le dijo que, quizá, habían compartido algo más que palabras en el pasado. Aunque no la recordaba. La mayoría de las mujeres que había tenido en su cama alguna vez eran como un borrón en su mente tras meterlas allí—. Después de nuestro último encuentro, me he estado preguntando si algún día te volvería a ver. Y ahora estás aquí.

—Hola, preciosa —la saludó—. Aquí me tienes.

Después de varios meses de abstinencia, no se le ocurría mejor forma de borrar a Eline de la mente que acostándose con otra. Tal

vez eso era lo que debería haber hecho desde el principio, cuando empezó a obsesionarse con ella. Solo el tacto de otra mujer lo solucionaría. Aunque no habría querido jugar con las nórdicas. No era poca broma cuando se enfadaban.

Pero ahora estaba frente a una mujer que parecía más que dispuesta a ayudarle con ello y no pensaba negárselo. Tenía un cuerpo bien torneado y sería un gusto recordarlo con la boca y las manos.

—Te he extrañado todo este tiempo —añadió la mujer, acariciándole con atrevimiento el pecho—. No ha habido ningún otro que me diese lo mismo que tú y quiero volver a sentirte dentro.

—Será un placer satisfacerte, preciosa. —Subió la mano hasta su mejilla y le sonrió seductoramente.

—¿Cómo se llama? —La voz detrás de él lo paralizó por un momento.

—Lárgate, Eline, esto no tiene nada que ver contigo —le dijo sin mirarla.

—Desde luego que no tiene nada que ver conmigo, pero dime cómo se llama. Por favor, ardo en deseos de saberlo.

—Mi nombre es…

—No —Eline la interrumpió—, prefiero que me lo diga él… preciosa.

Ni siquiera sabía por qué estaba tan molesta, pues conocía la reputación del vikingo. Sin embargo, verlo en acción no era lo mismo que oírlo de boca de las mujeres con las que había yacido. No debería importarle, en realidad, pero lo hacía. No porque usase a las mujeres para su propia satisfacción, sino porque la había considerado a ella una conquista más. Y, por eso, quiso estropearle la noche. Ella nunca sería una más en la cama de nadie.

—Estoy segura de que no se acuerda de ti —continuó hablando—. No eres más que una mujer en la larga lista de las que han pasado por su lecho y ya no necesita recordar nada. Si quieres repetir, lo hará, pero no te llamará por tu nombre porque no lo sabe. ¿O me equivoco, Arik?

—¿Arik? —La joven miró hacia él, interrogándolo con la mirada.

—No le hagas caso, preciosa. —Le sonrió, al tiempo que bajaba una mano por su espalda—. Solo está celosa.

—¿Celosa? —Eline apenas contuvo el enfado. Sintió las ganas de golpearlo hormigueando en los dedos. Un grito crecía en su interior, con el único deseo de insultarlo hasta que la voz se le apagase de agotamiento—. Debería sentir algo por ti para tener celos. Y no es el caso.

—¿No sientes nada por mí? —Abandonó a la sajona y se acercó a Eline. Ya no le interesaba nadie que no fuese ella —. ¿No me deseas? ¿No te mueres por probar mis labios? ¿No quieres que mis manos te toquen hasta hacerte perder el sentido?

—Lo que siento es asco —le espetó—. De cómo tratas a las mujeres. Eres…

—No sé qué pasa aquí, pero yo solo quería una noche contigo, Arik —la interrumpió la mujer—. No me meteré en medio de una pareja.

—No somos pareja —dijeron ambos a la vez, pero ella ya se estaba alejando, decepcionada por haber perdido una noche de lujuria con el rubio guerrero.

—Pobrecito —dijo Eline entonces, triunfante—. Nadie te calentará la cama esta noche.

—Deberías hacerlo tú —sugirió—, ya que ha sido culpa tuya que la muchacha se fuese.

—¿Culpa mía? Es solo tuya —lo acusó—, por tratar a las mujeres como objetos para satisfacer tu lujuria. Tenemos corazón, Arik, sentimientos. Algo que a ti parece importarte más bien poco. Eres un bastardo que…

Aquello fue demasiado para Arik, que la arrastró a una zona en la que nadie pudiese verlos y la acorraló contra la pared, dejándola sin aliento y sin voz.

—Bastardo es una palabra bastante fuerte que no deberías usar tan a la ligera, Eline —susurró provocándole un escalofrío—. Tal vez alguien podría ofenderse y lastimarte.

—Sé defenderme sola, bruto —lo insultó mientras trataba de alejarlo.

—Adelante —la retó—. Defiéndete.

Antes de que Eline pudiese decir algo más, Arik inclinó la cabeza y unió sus labios en un beso que pretendía romper las barreras que la volva hubiese levantado en torno a ella. La joven luchó, por un momento, para separarse, pero el hombre era muy persuasivo y su propio cuerpo había estado deseando aquello demasiado tiempo como para frenarlo. Dejó ir un gemido y le rodeó el cuello para que no se detuviese, aunque no creía que fuese a hacerlo, por las ganas que le había puesto al beso.

Arik se apretó más contra ella para sentirla en su totaldad y un gruñido de satisfacción escapó de su garganta al notar cuán bien se ajustaban el uno al otro. Parecía haber sido hecha para él y el pensamiento lo turbó y lo enardeció en igual medida. Sabía que debía detener esa locura, pero su fuerza de voluntad desapareció en el mismo instante en que se tocaron sus bocas. Eline era ambrosía para su alma desesperada.

—Arik —logró decir ella cuando este descendió por su cuello y sus manos se apoderaron de sus pechos con deseo —. Detente. Esto no está bien.

—¿Quién lo dice? —La miró a los ojos. Había parado las caricias, pero no la había liberado del peso de su cuerpo—. Yo diría que está mejor que bien.

—Sabes a lo que me refiero —lo reprendió. Cuando lo empujó de nuevo, Arik se lo permitió—. No soy una de tus fulanas.

—El amor libre no convierte a una mujer en una fulana, Eline. Deberías saberlo. Ellas tienen el mismo derecho que los hombres a disfrutar del sexo cuando les apetezca.

—Pues no compartiré amor libre contigo, Arik —espetó —. No tengo intención de acostarme con alguien que me olvidará después de dos días y se buscará a otra. Cuando acepté convertirme en volva, sabía que debía renunciar a la familia y me resigné. Estaba lista para obtener a cambio un poder mayor, pero ahora que ya no es necesario negarme nada, no me convertiré en una más de nadie. No seré una más, Arik. Nunca. El hombre que me quiera en su cama tendrá que quererme también en su vida. Y en exclusiva.

Dicho aquello, se giró y se alejó de allí con el corazón desbocado y un anhelo en su interior que sabía que solo él podría apagar. Ya no

tenía dudas.

—Maldita sea yo —se quejó entrando en la alcoba. Y habría cerrado la puerta de golpe si no fuese tan pesada.

Ahora se arrepentía de haberlo seguido cuando lo vio salir del salón. Ni siquiera sabía por qué le molestaba tanto habérselo encontrado con aquella sajona, dispuesto a irse a la cama con ella, aunque no recordase ni quién era. Sabía cómo era el vikingo y no había actuado de diferente forma a la esperada. Debería haberlo ignorado, pero no pudo. La rabia la consumía al comprobar cómo trataba a las mujeres y quiso darle una lección. Al final, fue ella la que la recibió. Su primer beso había sido de todo menos como se lo había imaginado. Y ahora el recuerdo del mismo la atormentaría durante horas. O tal vez días, en el peor de los casos.

Por eso, después de incontables horas sin ser capaz de conciliar el sueño, pensó que hablar con su hermana menor le ayudaría a dejar de pensar en lo que había pasado y salió de su alcoba a hurtadillas, esperando no encontrase a nadie por el camino.

Llegó sin problemas, sin embargo, cuando se disponía a abrir la puerta, vislumbró luz por debajo y le extrañó tanto que aquellas horas aún estuviese despierta, que acercó la oreja a la madera para escuchar primero. Solo necesitó un par de segundos para saber lo que estaba pasando allí y se alejó, aturdida y sorprendida de que su hermana estuviese compartiendo la cama con Olin.

Se metió en la suya, avergonzada por haber estado a punto de interrumpir algo tan íntimo, y frustrada porque Maren estaba haciendo con el hombre al que amaba, lo que ella habría deseado hacer con Arik no hacía tanto tiempo.



Maren miró hacia la puerta, como si sintiese que había alguien detrás y Olin la imitó al notar su incomodidad.

—¿Qué sucede? —le preguntó el vikingo.

—No lo sé —negó—. Por un momento, pensé que había alguien tras la puerta.

—¿Quieres que vaya a comprobarlo?

—Por favor.

Olin se levantó, dispuesto a tranquilizarla. Caminó por la alcoba desnudo, con la seguridad del que no se avergüenza de su cuerpo, y la joven no pudo sino admirar su apostura. Ella era una inexperta en cuestiones íntimas y le agradecía la paciencia que estaba teniendo. Cualquier otro se habría desesperado por sus dudas, pero el vikingo no le exigía más de lo que estuviese dispuesta a darle.

—Aquí no hay nadie, Maren —le dijo después de mirar a ambos lados del pasillo.

—Habrá sido solo una sensación —le restó importancia con sus palabras y tendió la mano hacia él—. Vuelve a la cama conmigo.

—¿Sigues nerviosa? —le preguntó—. Sabes que no tenemos por qué continuar si no quieres.

Cuando había visto a Olin desnudo por primera vez, se había asustado por la erección que tenía. El hombre había permanecido inmóvil, esperando a que ella lo estudiase y se acostumbrase a su cuerpo. No la había tocado hasta que le dio permiso. Saber que respetaría sus deseos le dio la confianza suficiente para sentirse cómoda a su lado. Con cada gesto suyo, se enamoraba más de él.

—No. —Le acarició la mejilla y Olin aprovechó el toque para unir sus labios de nuevo.

No había pretendido acabar en su cama cuando se había ofrecido a acompañarla hasta la alcoba. Solo quería pasar más tiempo con ella, pero cuando Maren lo besó a modo de despedida, ya no pudo detenerse. Solo cuando cerró la puerta tras él, tuvo la cordura suficiente para preguntarle si era lo que quería. No negaría que lo estaba deseando y que le costaría tener que parar, pero no quería obligarla a hacer algo para lo que no se sintiese preparada.

—Eres tan hermosa —le susurró antes de descender por su cuello con la boca y llegar a sus pechos.

Quería que se sintiese cómoda con él antes de avanzar, pero le costaba frenar el ritmo. Llevaba demasiado tiempo soñando con aquel momento y ahora parecía que no estaba llegando con la rapidez suficiente. Pero se prometió que le daría una buena primera vez, así muriese en el intento.

La saboreó mientras la sentía deshacerse de placer entre sus brazos, a medida que la desinhibición se apoderaba de ella. Escucharla gemir cada vez con mayor frecuencia y en un tono más alto, no solo enardecía su masculinidad, sino que despertaba en él un instinto que había permanecido en reposo durante toda su vida. A medida que iba conociendo el cuerpo de Maren, descubrió que ya no quería hacer eso con nadie más. Ya no se trataba de conquistar a cuantas más mujeres mejor, sino de conquistar a una sola cuantas más veces mejor. Maren era y sería la mujer de su vida y se proponía demostrárselo cada día hasta que no le quedasen dudas.

—Olin —clamó con sorpresa cuando la boca del hombre alcanzó la entrepierna.

La joven le sujetó el cabello, sin saber si quería detenerlo o mantenerlo allí, pero fue él quien decidió porque no estaba dispuesto a alejarse. Quería regalarle un orgasmo antes de obtener el suyo.

—Olin —repitió Maren. Las sensaciones eran tan fuertes que temió perderse para siempre en ellas. Quería detenerlo por la intensidad de que lo estaba viviendo, pero su instinto le decía que no se moviese. Se estaba volviendo loca y no estaba segura de que eso fuese malo.

—Déjate ir, Maren —susurró, provocándole un escalofrío placentero con el aliento—. Dámelo todo.

A la lengua se unieron los dedos y cayó en una espiral de placer que la mantuvo en el limbo de la realidad durante unos segundos. Vio, sin pretenderlo, un atisbo de su futuro, en el que Olin y ella tenían una gran familia feliz. Lágrimas de felicidad rodaron por sus mejillas. Nunca había querido conocer su futuro porque le aterraba lo que fuese a ver, pero se alegraba de haber obtenido aquel pedacito.

—¿Estás bien? —Olin se preocupó al verla en semejante estado, pues había creído estar haciéndolo bien para ella.

—Soy feliz —respondió atrayéndolo—. Seremos felices.

Aquello bastó para que el hombre lo entendiese y le devoró la boca de nuevo con una pasión descontrolada que la hizo temblar entre sus brazos. Cuando comenzó la incursión al interior de la

mujer, el dolor al romper la barrera virginal apenas fue perceptible. En cambio, sí sintió una conexión entre ellos mucho más profunda que la simple unión física de sus cuerpos.

—Te amo, Olin. —La necesidad de decirlo en voz alta fue más poderosa que el pudor de ser la primera en confesarlo. No entendía mucho del amor, pues hasta hacía poco se le había negado esa posibilidad, pero el instinto nunca le había fallado y supo que aquello no podía estar mal.

—Yo también te amo, Maren. —El vikingo sonrió satisfecho por oírle decir aquello—. Y lo haré por el resto de mi vida.

No necesitaba la visión de la volva para saber que tenía un futuro con ella porque, pasase lo que pasase, nadie los separaría. Así tuviese que bajar al mismísimo inframundo por ella.

Capítulo 5

Al amanecer, el grupo reemprendió la marcha rumbo a Somerset con tres hombres más. Lo que en un principio iba a ser un viaje rápido y solitario se había convertido en la misión de rescate más variopinta que nadie habría podido imaginar nunca. Tres vikingos, dos völur y tres sajones. Si Alfredo los hubiese visto, se habría sentido orgulloso, pues esa colaboración sana y fraternal era lo que siempre había querido lograr desde que los daneses decidieron quedarse en sus tierras. Como solía decir: si no puedes combatirlos, tenlos de tu parte.

Se suponía que el bautismo de Guthrum alcanzaría ese objetivo, pero todavía existían grupos minoritarios que se negaban a abandonar a sus dioses en favor del Dios único y verdadero de los sajones. También continuaban con los saqueos en Wessex y Mercia para demostrarles lo que pensaban de la paz entre pueblos. Alfredo había unido fuerzas con Mercia para combatirlos, pero su objetivo final siempre había sido construir una Inglaterra unificada bajo el mandato de un único rey. No sería tan fácil ni tan rápido como habría deseado, pero era un hombre firme y con una férrea determinación que no aceptaba la derrota. Con cada fallo, se reinventaba a sí mismo para no cejar en sus intentos. Ni siquiera su enfermedad parecía detenerlo, a pesar de que en muchas ocasiones había acabado postrado en la cama durante días. Quien lo viese, quien oyese sus hazañas, no pensaría que el hombre no gozaba de una salud de hierro. Pero la realidad era muy distinta y, por eso, Alfredo estaba educando a su hijo a marchas forzadas para que estuviese preparado para ocupar su lugar si sucedía lo peor.

Pero nada de eso incumbía a los viajeros, salvo por el hecho de que podrían toparse con el enemigo en el camino. Por ello, decidieron continuar moviéndose por los lugares menos transitados.

Sobre todo, ahora que eran un grupo más grande. Aquello llamaría la atención de cualquiera.

—Si llego a saberlo —les dijo Arik por el camino a sus amigos—, le habría insistido a Leif para que nos acompañase también.

—¿Tienes miedo de los sajones? —se burló Olin.

—Por supuesto que no, pero Leif sabe cómo tratarlos. Por mí, ni se habrían unido al grupo. Salvo Mael. Con él no tengo problema.

—Godric tiene razón —intervino Olsen—. Viajaremos por tierras sajonas y, después de tanta guerra y saqueo, no confiarán fácilmente en nosotros. Había esperado que ir con dos mujeres ayudase, pero saben que las vikingas son tan capaces como los hombres en la lucha. No nos habría servido. La mejor opción es que sean ellos quienes hablen con la gente.

—Maren y Eline ni siquiera van armadas —señaló Arik.

—Poseen armas más efectivas que las espadas —sentenció Olin defendiéndolas.

—Si un sajón hábil alzase una espada contra ellas, poco podrían hacer con sus dones para impedir que las matase. —A medida que hablaba, Arik comprendió que las völur estaban indefensas ante un ataque directo si en algún momento se separaban—. Hay que enseñarles a usar, aunque sea, un puñal. Si nos atacasen y fuesen más que nosotros, no podríamos protegerlas todo el tiempo. Deberían poder hacerlo solas si llegase el caso de necesitarlo.

—Normalmente no apoyo tus ideas, Arik —dijo Olsen —, pero esta es lo suficientemente sensata como para tenerla en cuenta.

—Me encargaré de Maren —se ofreció Olin con rapidez —. Si eso la mantiene a salvo, le enseñaré incluso a usar una espada si lo prefiere.

—Demasiado predecible, amigo mío —rio Arik al oírlo.

—No tanto como tú, amigo —le dijo este—, pues todos sabemos que tu idea no estaba dirigida a las dos, sino solo a Eline. Y serás tú quien enseñe a usar el puñal porque...

—Más te vale que no lo aproveches para tocarla de una forma indecorosa. —Olsen interrumpió a su hermano, mirando al otro—. O te las verás con mi puño, Arik.

—Puedes encargarte tú de enseñarle, Olsen —bufó airado. Las risas de sus compañeros lo enfadaron más que el hecho de que descubriesen sus verdaderas intenciones.

Porque no podía negar —aunque lo haría—, que la idea de ser él quien le enseñase no le atraía. Pasar más tiempo con ella a solas, molestarla con un sinfín de órdenes que debería obedecer para aprender, volver a tocarla, aunque solo fuese para ponerla en la posición correcta, se le antojaba un premio. Aunque también podía resultar peligroso después del beso que le había robado la noche anterior. No había podido sacárselo de la cabeza y, aunque tuvo otras oportunidades de dormir acompañado, las rechazó todas. El único cuerpo que quería explorar era el de Eline, pero ella le había dejado claro que no se conformaría con una noche. Quería el lote completo.

Podría haberle mentido, haberle hecho creer que quería más de ella, que le daría todo lo que deseaba, pero nunca se acostaba con las mujeres de la isla precisamente por eso: no quería problemas con ellas después. La volva sería más que un dolor de muelas si la engañaba, pero no era capaz de sacársela de la cabeza y necesitaba buscar la forma de convencerla de que pasar una sola noche juntos era lo que los dos querían. Y las clases de defensa serían el mejor momento para intentarlo.

Por eso, en la primera parada que hicieron, se acercó a ella. Parecía estar manteniendo un monólogo con el caballo mientras lo acariciaba. Sin embargo, cuando le dio alcance, notó que lo que hacía era recitar algo en una lengua que no conocía.

—¿Qué te ha hecho el pobre animal para que lo odies de esa forma? —la interrumpió, aunque la joven no lo escuchó porque continuó con su cántico sin mirarlo.

Él la observó durante interminables segundos, mientras no dejaba de hablar al viento. Le maravillaba verla usar sus dones y, aunque nunca lo admitiría en voz alta, la admiraba. A ella y a todas las mujeres que tenían dones otorgados por los mismos dioses. No había mayor prueba de su existencia, aunque no había dudado de ello ni una sola vez en su vida. Ni siquiera cuando su gente parecía dispuesta a repudiarlo y solo Leif lo defendió. Supo que los dioses lo

habían enviado para salvarlo de un final penoso porque lo querían en el Valhalla con ellos, cuando su hora llegase.

—¿No tienes nada mejor que hacer que molestarme? — La pregunta de Eline lo regresó a un presente donde esta lo miraba con enfado.

—Lo cierto es que no —sonrió consciente de que eso la enfadaría todavía más.

—Pues yo sí.

—Adelante. —La animó a continuar.

—No quiero a un zoquete alrededor que me entretenga, así que…

—¿Te entretengo, Eline? —la cortó.

—Más bien me molestas, pero no quise ser tan directa.

—Una pena porque voy a tener que molestarte mucho más a partir de ahora. —Rio por la cara que puso Eline—. Hemos estado hablando antes de lo que nos espera en el camino y hemos concluido que tenéis que aprender a usar un arma para defenderos. Aunque vayamos a estar cerca para protegeros en todo momento, no estaría de más que supieseis cuidar de vosotras solas. Solo por si acaso.

—Solo por si acaso —dijo sin llegar a creérselo—. Y lo habéis hablado entre todos.

—Exacto. —Se cruzó de brazos esperando sus protestas. Su impulsividad era lo que más le gustaba y la disfrutaba con ganas.

—Y supongo que tú eres el que me tiene que enseñar.

—Exacto —repitió.

—¿Qué arma?

—Un puñal sería perfecto.

—¿Y pretendes que me lo crea? —No lo decepcionó—. Un puñal, nada menos. La única arma que necesita de contacto físico para usarse y pretendes enseñarme tú. ¿Acaso piensas que soy estúpida?

—Eline. —Maren se les acercó sin ser consciente de la tensión que había entre ellos—. Me acaba de decir Olin que me enseñará a usar un puñal. ¿No es genial? Así podremos ser más útiles en el viaje. Al menos, no tendrán que estar tan pendientes de nosotras.

Arik no dijo nada, pero la mirada que le lanzó fue suficiente para que la joven supiese que se había equivocado con él esa vez y que

esperaba una disculpa, cosa que no le daría. No, cuando sabía que lo había hecho a propósito.

—Recuerdo que Bera nos lo sugirió una vez y ninguna quiso —le dijo a su hermana, en cambio.

—Por aquel entonces no necesitábamos defendernos — respondió Maren—. Las völur son respetadas en nuestro país y nadie se atrevería a hacernos daño, pero aquí somos mal vistas por muchos de los que profesan la fe a un único dios. No estaría de más saber pelear.

—Supongo. —Aunque sabía que tenía razón, no quería dársela con Arik escuchando. Este todavía sonreía y sabía que la molestaría con aquello tanto como pudiese.

—¿Le ayudarás tú a Eline? —Maren se dirigió a él.

—De eso mismo estábamos hablando —asintió—. Estoy deseando que tengamos un momento para empezar.

—Seguro —refunfuñó por lo bajo la futura pupila.

—¿Volvemos con el resto? —sugirió la menor.

—Adelántate —le pidió Arik—. Nosotros vamos ahora.

Eline hizo el amago de regresar con su hermana, pero la detuvo. Cuando quiso protestar, se le adelantó:

—¿Qué hacías antes de que te interrumpiese? Imagino que tiene algo que ver con tus dones.

—¿Qué más da lo que hacía? —A pesar de lo rudo de la pregunta, usó un tono de voz más pausado del habitual.

—Sé que no hemos empezado con buen pie, Eline —dijo —, pero me gustaría ser tu amigo.

—Si es otra de tus estrategias para meterme en tu cama ya estás…

—Solo amigos —la detuvo—. Me has dejado claro que no me quieres ahí y lo respetaré, pero no puedes negar la atracción que hay entre nosotros.

—No pienso responder porque te lo tomarás como una invitación a algo que no va a pasar nunca y no quiero tener que andar espantándote como a las moscas.

—Porque sabes que tengo razón. —Le sonrió—. Pero no haré nada que tú no quieras. Si me das la oportunidad de demostrártelo,

llegaremos a ser buenos amigos. ¿Qué te parece una tregua?

Eline miró la mano que le tendió, largo tiempo antes de decidirse a aceptarla.

—Tregua —admitió mientras lo sellaban con un apretón de manos.

—¿Y ahora me dirás qué hacías con el caballo?

—Solo lo estaba tranquilizando —le explicó—. Parecía más ansioso que de costumbre. La lengua antigua puede apaciguar a los animales y no me preguntes por qué, solo sé que funciona.

—Interesante. —Se rascó la barbilla—. ¿Qué cantabas?

—Una vieja nana. —Se encogió de hombros como si no fuese nada importante, pero Arik supo ver que había algo más detrás de aquella canción. Sin embargo, no pudo indagar porque ella ya se dirigía hacia el grupo.

Llegaron a tiempo de escuchar el plan para el resto de la jornada. Los sajones conocían el lugar y estaban sugiriendo viajar al noroeste para alcanzar una pequeña aldea que había por la zona antes de que cayese la noche. Decían que los aldeanos estarían encantados de alojarlos al saber que Mael iba con ellos.

—No será nada lujoso —les dijo este—, pero al menos tendremos un techo sobre nuestras cabezas.

—No suena nada mal —asintió Olin.

—Es más probable que nos alojen en un pajar que en la casa —les advirtió el conde.

—No sería la primera vez que me meto en uno —rio Arik, a lo que Eline le lanzó una mirada suspicaz. El vikingo se limitó a sonreír sin dar explicaciones.

—Cualquier lugar que nos puedan ofrecer —dijo Olsen —, será perfecto. No iremos para exigir.

—Así podremos empezar nuestras lecciones, Eline —le susurró Arik al pasar por su lado, cuando reemprendieron la marcha.

La joven prefirió no responder a la provocación porque, aunque se suponía que habían acordado una tregua, estaba igual de nerviosa que cuando le dijo la primera vez que le daría clases. Y eso, sin duda, no era bueno para ella.

—Tú puedes con eso —se dijo una vez en el caballo—. Y si te molesta, solo tienes que apuñalarlo.

—¿Qué dices, hermana? —Maren se situó a su lado.

—Nada —mintió—. Estoy recitando uno de los cánticos que nos enseñó Groa.

—¿Y funciona? —Se limitó a negar con la cabeza, para no confesarle que estaba preocupada.

Había intentado tener alguna visión de su amiga, pero, desde el día que combinaron los poderes, no había tenido suerte. Había evitado soñar con ella la primera noche, pero ahora lo buscaba y tampoco obtenía resultados. No quería hablarlo con nadie, por si decidían que las escasas posibilidades de encontrarla con vida no compensaban el riesgo del viaje, y eso la iba carcomiendo por dentro. No se quería dar por vencida sin haberlo intentado antes. Necesitaba creer que darían con ella para no sucumbir al dolor que le causaría descubrir que no habían podido salvarla. Sobre todo, porque sabía que, si estaba en Inglaterra, había sido para buscarlas y rescatarlas de Guthrum. Así de leal era siempre Bera.

—Todo saldrá bien, Eline —le dijo Maren, que supo ver en su mirada lo que estaba pensando. También ella creía que su amiga estaba allí por ellas.

—Lo hará. —Extendió la mano para sujetar la de su hermana y le sonrió.



Mael y sus hombres tardaron algo más de lo esperado en conseguir un refugio para la noche. A pesar de ir acompañados de sajones, muchos aldeanos desconfiaban de los vikingos. Habían sufrido mucho a manos de los daneses y, para ellos, todos eran iguales. La palabra del conde de que no harían nada malo fue lo único que logró que obtuviesen un pajar para descansar. Aun así, la familia que les prestó el lugar se resguardó en la casa buscando mantener la distancia con ellos.

Arik se situó junto a Eline, que parecía de nuevo absorta en sus pensamientos:

—Ahora sería un buen momento para empezar nuestra primera lección.

—No vuelvas a hacer eso nunca más. —La joven volva se llevó una mano al pecho—. Conseguirás que me muera del susto.

—Primera lección —le dijo tendiéndole la mano para ayudarla a ponerse en pie—: nunca desconectes de lo que te rodea. Si te pillan desprevenido, no lo contarás.

—Primera lección de las völur —contraatacó ella levantándose sola—: si quieres que tu don funcione bien debes abstraerte de lo que te rodea.

—Muy mala combinación cuando tu vida corre peligro. —Por primera vez, Arik no habló buscando una confrontación con ella, sino con verdadera preocupación. Si usar sus dones las hacía vulnerables, de nada les serviría el puñal. Alguien tendría que protegerlas siempre.

—En nuestra tierra nadie osaría interrumpir a una volva cuando está con sus cosas —le recordó.

—Pero no estamos allí.

—Y por eso mismo, os hemos traído a vosotros —le dijo extrañamente divertida—. Para que nos protejáis mientras usamos nuestros dones.

—Te recuerdo que era una misión en solitario, pero tú insististe en venir.

—No podrías haberla rescatado —señaló como si fuese obvio—. Lo más probable es que Bera te cortase en pedacitos antes de preguntar quién eras y para qué la buscabas.

—Qué agradable, tu amiga.

—Es leal, fuerte y decidida —constató—. Si hay alguien capaz de salir indemne de esta situación es ella. No se rendirá hasta reunirse con nosotras. Ya ha llegado hasta aquí, ¿no? Siguiendo pistas que Guthrum se ocupó de borrar. Es nuestro turno para corresponderle. Si le pasase algo…

—Estoy convencido de que la encontraremos —le dijo él tendiéndole el puñal—, pero por ahora, tenemos que hacer que seas

un poco más letal y un poco menos… volva.

—No estoy totalmente indefensa —le advirtió—, solo que somos más fuertes para la defensa si estamos las tres juntas.

—Pero no es el caso —remarcó—. Además, no deberías depender de ellas para mantenerte a salvo. No siempre vas a tenerlas cerca. Tienes que aprender a defenderte sola.

Arik cambió de actitud en cuanto iniciaron la clase. Era una versión más seria de sí mismo cuando le explicó cómo debía ajustar el puñal a la mano y los movimientos básicos. Era tan profesional, que Eline olvidó por un momento que odiaba la forma tan déspota que usaba con las mujeres y se concentró en la clase.

—Ahora presta atención a esto —le dijo él moviendo el puño como si sostuviese el arma, para señalar varias zonas de su cuerpo—. Es importante que memorices estos puntos porque serán la diferencia entre la vida y la muerte cuando tengas que enfrentarse a un oponente más fuerte que tú. Si le clavas el puñal en cualquiera de ellos, incapacitarás a tu atacante.

—¿Lo mataré? —La idea la perturbaba pues, aunque su don se podía usar para hacer el mal, había sido entrenada para lo contrario.

—En la mayoría, si lo haces bien, sí —asintió.

—No sé si eso me gusta. Yo no quiero matar a nadie.

—Eline. —La obligó a mirarlo a los ojos—. Si tienes que elegir entre tu vida o la suya, te aseguro que lo harás. No te pido que mates por placer, pero tienes que estar preparada para las ocasiones en que tu integridad peligre. Tú aprende a usarlo —le propuso— y yo haré todo lo que pueda para que no tengas que empuñarlo nunca contra nadie.

Le había sonado más a promesa que a trato, pero asintió como si le hubiese dado una instrucción para memorizar, mientras trataba de ignorar lo que le habían provocado sus palabras. Ya no podía negar que el vikingo la atraía, incluso si era un mujeriego sin solución. Sin embargo, se propuso no pasar de la amistad, si es que podían lograr tener algo así alguna vez.

—No te pongas sentimental —se burló para volver a encontrarse con el canalla. Aunque insoportable, le resultaba más fácil de manejar que aquel hombre tan comprometido con su seguridad.

—Intenta golpearme con el puñal donde te enseñé.

—¿Estás seguro? —Ni siquiera creía que pudiese hacertar, pero el arma parecía muy afilada.

—Tengo buenos reflejos, dudo que lo consigas —la retó.

—¿Y si te equivocas y te lo clavo en el pecho?

—Habrás cumplido uno de tus mayores deseos, ¿no? — Le sonrió—. Si no me equivoco.

—Con la muerte no se bromea, Arik —dijo seria.

—No lo hago —la alentó a intentarlo—. Vamos, sé que puedes con esto.

Eline vaciló por un momento, pero después se lanzó sobre él con el puñal bien sujeto, tratando de alcanzarle el cuello. Le parecía el lugar más accesible, incluso siendo más alto que ella. El pecho o el costado estaban muy protegidos por los brazos y no creía tener tanta puntería ni tanta fuerza para lograrlo.

Arik retrocedió ante el intento de Eline y la animó a hacerlo de nuevo. La joven avanzó hacia él una y otra vez, mejorando sus estocadas con cada intento, pero sin poder alcanzarlo jamás. El rubio vikingo era muy rápido y había participado en suficientes escaramuzas como para intuir a tiempo sus movimientos. Cuando fue consciente de que no se acercaría lo suficiente a él como para acertar, desistió.

—¿No sería más fácil lanzárselo al pecho? —preguntó.

—Te quedarías sin arma, tanto si fallas como si no.

—Si no fallo, podría recuperarla —sugirió.

—Siempre que no haya más de un atacante.

—Si hubiese más de un atacante echaría a correr. —La respuesta de Eline, dicha sin pensar, pero siendo totalmente sincera, hizo reír a Arik—. Es cierto, si no puedo con uno menos lo haré con varios. Mi mejor baza es huir y esconderme hasta que me rescatéis. O hasta que pueda usar mi don para salvarme por mí misma.

—Eres una superviviente nata —continuó riendo por lo que había dicho—, pero se trata de que aprendas a usar el puñal, no de que huyas porque eso ya lo sabes hacer.

—No tiene gracia. —Le molestó lo que había dicho, incluso si era cierto y ella misma lo hubiese aclarado segundos antes.

—Desde luego que la tiene —rio de nuevo, provocándola. Quería que respondiese a sus envites usando el puñal. Era una técnica temeraria, pero efectiva si lo conseguía—. Nunca imaginé que fueses una cobarde, Eline. Me estás decepcionando.

—Basta, Arik —le advirtió—. Sé lo que intentas y no te va a funcionar.

—No intento nada, solo constato un hecho —continuó con el ataque—. No quieres aprender porque prefieres esconderte. Eres cobarde y puedo entenderlo, pero creí que, por tu amiga perdida, harías lo que fuese. Aunque, por lo que veo, parece que estaba equivo…

Eline lo atacó finalmente buscando callarlo porque sus palabras dolían. Quizá fue la ira, la culpabilidad o puede que simplemente Arik sacase lo peor de ella en ocasiones, pero lanzó una estocada al aire cerca del cuello del hombre que lo lanzó al suelo. Arik gimió, con las manos en la zona.

—Muy gracioso —le dijo—. Levántate ya, no me lo creo. Deja de hacer el tonto.

Pero continuó en el suelo, encogido sobre sí mismo, con las dos manos sobre el cuello. No tardó ni dos segundos en preocuparse y se arrodilló junto a él tratando de darle la vuelta para ver la magnitud de la herida. Se sentía culpable por no haber sido capaz de controlarse ante sus palabras. La ira la había poseído y había actuado sin pensar. Y ahora podía haberle causado la muerte por su arrebato.

—Lo siento —le dijo asustada por lo que podía haberle hecho—. Arik, lo siento mucho.

El cuerpo del vikingo comenzó a convulsionar y Eline se temió lo peor, sin embargo, cuando consiguió darle la vuelta, los movimientos provenían de la risa incontrolada y no de los estertores de la muerte. Por un momento, no supo reaccionar. Había pensado que lo había matado en un arranque de furia, pero él solo había estado de broma. Una broma demasiado cruel para su gusto.

—Eres un imbécil —le gritó, dándole un manotazo en el brazo—. ¿Te parece gracioso? Porque a mí no. Es la cosa más cruel que alguien me ha hecho nunca. No sabes lo… lo que yo… maldito idiota.

Si vuelves a hacer algo así, te juro que… por todos los dioses que eres detestable.

—Lo has hecho bien —le dijo sin inmutarse por sus palabras. Le mostró el pequeño corte del cuello para demostrarle que no todo había sido fingido.

—¡Por los dioses! —Eline vio la sangre y se olvidó del enfado. Sin pensar en lo que hacía, se rasgó parte de la tela del vestido para detener la hemorragia. No se desangraría, pero habérsela infligido ella la hacía sentirse culpable.

—No debería haberme reído —se excusó él, mientras le limpiaba el corte—, pero me sorprendió ver cuán rencorosa puedes llegar a ser.

—No lo soy —se defendió, dispuesta a darle varias razones para demostrarlo, pero después de boquear un par de veces, añadió—. Soy lo que tú has dicho: una cobarde y… no creo que… no sé si podré hacer algo más para encontrar a mi amiga. No me parece que esto sea suficiente y mis visiones…

No había pensado desahogarse con él, pero necesitaba sacárselo de dentro y él estaba allí. Tendría que pagar las consecuencias después, pero no podía detenerse. Debía sacar el miedo de dentro o la envenenaría poco a poco.

—La encontraremos —le dijo él.

—Ya no sueño con ella. —Controló las lágrimas como pudo para no llorar delante suya—. Y mis cantos tampoco sirven. Tengo miedo de que… de que ella…

—No lo digas. —La detuvo con más delicadeza de la que nunca había empleado con ella—. No digas en voz alta lo que temes o lo estarás retando a que suceda. Piensa que saldrá bien y será más fácil que suceda de ese modo.

—No te creía tan…

—¿Irresistible? ¿Atractivo? —bromeó con ella para restarle tensión al momento.

—Sensato —sentenció ella.

—Puedo ser lo que tú quieras —le susurró, volviendo a su vena pícara.

—Y… se acabó el momento de conexión. —Se levantó, lamentando que Arik volviese a su actitud de siempre. Le había gustado hablar con él.

—Podemos conectarnos siempre que quieras, preciosa —le dijo con una sonrisa en los labios.

—No, gracias. No me interesa. —Recogió el puñal del suelo y se lo entregó—. Fin de la clase por hoy. Me voy a dormir.

—Eline —la llamó cuando se alejaba—, puedo ser muy insoportable cuando me lo propongo, pero también se me da bien escuchar.

No fue necesario añadir nada más. Le estaba ofreciendo un hombro sobre el que llorar y se sintió muy tentada a aceptarlo, aun sabiendo que se arrepentiría después.

—Buenas noches, Arik.

—Buenas noches, preciosa.

—¡Ah! Una cosa: como me vuelvas a llamar así, te rajo el cuello de verdad. —No le gustaba que usase aquel mote con ella porque era el que daba a las mujeres de las que no recordaba el nombre.

Aunque estaba muy cansada y se durmió enseguida, en sus sueños no apareció su amiga, por más que la hubiese intentado invocar. Sí lo hizo, para su desgracia, el insoportable e irresistible vikingo del que sabía que debía alejarse por su propio bien, pero que la atraía irremediablemente, incluso sin proponérselo de verdad.

Capítulo 6

Maren recogió las runas con manos temblorosas. Tenía el corazón a mil y le costaba respirar. Se arrepentía de haberlas leído porque no le habían dicho nada bueno sobre Bera, salvo que parecía seguir viva.

—¿Estás bien? —Olin, que no solía alejarse demasiado de ella, vio la preocupación en su rostro. También notó el temblor en sus manos. Algo había salido mal.

—Bera sigue en peligro —le dijo.

—Al menos sabes que sigue viva. —El hombre trató de ver el lado positivo.

—No es un gran consuelo cuando no consigo averiguar a dónde se la han llevado —negó con pesar—. La muerte la acecha, Olin. Está sufriendo.

—La encontraremos. —La abrazó, lamentándose por no poder darle algo más esperanzador.

—¿De qué me sirve tener un don que está tan limitado y no me da lo que necesito? En ocasiones así desearía ser una mujer normal.

—Entonces, nadie estaría buscando a Bera.

—No. Pero no haría falta. Estaría en nuestra tierra, probablemente intentando demostrarle a su padre que no fue tan malo que solo tuviese una hija.

—Y nosotros no nos habríamos conocido —concluyó él. Le disgustaba sonar tan egoísta, pero no podía ocultar que se alegraba de que Maren tuviese esos dones y la hubiesen llevado hasta él.

—Todo un dilema —suspiró, apoyando la cabeza en su pecho—. Estoy muy preocupada, Olin.

—No vamos a dejar de buscarla —le prometió, posando los labios en su frente—. No importa lo que tardemos o a dónde tengamos que ir. Daremos con ella.

Y aunque Maren temía no llegar a tiempo, se aferró a lo le decía para no sucumbir al miedo. La vida de su amiga pendía de un hilo y no podía soportar la idea de perderla.

Ya en el campamento, vieron a Eline y a Arik, no muy lejos, trabajando con el puñal. Su hermana se lo había tomado muy en serio y practicaban todos los días, incluso si en la mayoría, acababa molesta por las provocaciones del vikingo. Se había empeñado en aprender tan rápido como pudiese, así tuviese que soportar al taimado guerrero.

—Deberíamos practicar un poco también —sugirió Olin mirando al mismo lugar que ella.

—Cierto. —En realidad, no le apetecía, pues no se creía capaz de empuñar un arma contra nadie, pero sabía que no siempre habría alguien cerca para luchar por ella, así que debía hacerlo. Y ahora, más que nunca, después de lo que le habían mostrado las runas. Si debían viajar aún más al norte, como creía, no podía depender siempre de sus compañeros para mantenerse a salvo. Tampoco quería ser un estorbo para ellos.

Mientras buscaban un lugar en el que practicar, vieron cómo Eline se alejaba de Arik con paso enfadado y sonrió, segura de que el vikingo la había vuelto a molestar con un comentario hecho con ese propósito.

—¿Cuándo se darán cuenta de que juntos estarán mejor que separados? — pensó en voz alta.

—Arik nunca ha sido hombre de una sola mujer —respondió Olin—, aunque creo que por ella estaría dispuesto a pensárselo. Incluso si finge lo contrario delante de todos.

—Antes de venir aquí me había hecho a la idea de que nunca podría formar mi propia familia, de que el amor de un hombre no era algo a lo que pudiese aspirar. Las völur no podemos tener ataduras terrenales. Somos esclavas de nuestros poderes y a ellos nos debemos —le dijo—. Nunca quise renunciar a eso, pero la otra opción era renegar de mi don y no estaba dispuesta a hacerlo porque eso sería abandonar a mis hermanas.

—Nunca había pensado en todo lo que se os niega.

—En ocasiones, creo que mi falta de precisión es culpa mía por haber roto las leyes de las völur —le confesó en un susurro.

—No digas eso. No es…

—No —lo interrumpió—. No me molestaría si fuese así porque he conseguido algo mucho mejor. Ahora que tengo tu amor, no siento que necesite dominar mis poderes. Me basta con lo que poseo. Si no fuese por Bera, abrazaría mi nueva realidad sin preocupaciones ni miedo.

—La encontraremos, Maren —le aseguró—. Solo has de creer en que será así.

—He visto tanto dolor y rabia a su alrededor, Olin. —Se abrazó a sí misma—. ¿Y si se rompe su voluntad? ¿Y si al dar con ella ya no es la misma Bera que conocía? No quiero que le pase nada malo. Vino a este lugar buscándonos y no soportaría que, por nuestra culpa, acabase perdida.

—La encontraremos —repitió, abrazándola—. Si se ha embarcado en un viaje tan largo a tierras desconocidas solo para encontraros, estoy convencido de que resistirá todo lo que le esté pasando. La valentía no es para los débiles de mente, Maren. No creo que la quiebren tan fácilmente.

—Eso espero.

El hombre se propuso hacerle olvidar por unas horas las preocupaciones y la mantuvo ocupada practicando con el puñal hasta que los músculos se le resintieron. No quería llevarla al límite porque tenían un largo viaje por delante, pero esa noche necesitaba dormir bien y el ejercicio extra le ayudaría.



—¿Estás bien? —le preguntó al verla poner una mueca después del último ejercicio. Temía haberse excedido.

—Lo soportaré —asintió—. Pero preparé una infusión, solo por si acaso.

—Siento haberte exigido tanto.

—Está bien. Lo necesitaba. —Se acercó para besarlo—. Gracias.

—Si esta es la recompensa, mañana seré más exigente. —Le rodeó la cintura para que no se alejase todavía.

—Tampoco te emociones tanto —rio ella.

—Por un beso tuyo, lo que sea. —Le robó otro.

—¿Crees que volverán pronto? —preguntó, ya seria.

Habían llegado esa mañana al lugar de la batalla y Mael y sus hombres se habían adelantado para hablar con los lugareños en busca de información. OIin miró el horizonte, preocupado. Si no aparecían pronto, la noche se les echaría encima.

—Eso espero —respondió antes de dejarla ir con Eline. Él se reunió con Arik para recoger más leña que les durase toda la noche y se lo comentó.

—Es posible que hayan encontrado un lugar más cómodo y cálido que el suelo para dormir y se hayan quedado allí. —No parecía compartir su preocupación—. Dudo que los vayamos a ver antes de mañana.

—No nos dejarían solos durante la noche conociendo la desconfianza de los sajones con los extranjeros —negó.

—Aquí nadie nos verá, estamos a salvo —dijo—. ¿Crees que les será fácil encontrar pistas sobre Bera? Para ellos, es una vikinga más en medio del caos de la batalla. Dudo que alguno pueda identificarla entre los demás, aunque les den una descripción exacta. No quería decirlo delante de ellas dos, pero no van a averiguar nada en este lugar. Si algún danés ha sobrevivido a la masacre, habrá ido a Danelaw. O a York, en el peor de los casos. Nuestro viaje nos llevará más lejos de lo que habíamos planeado en un principio.

—Te veo muy seguro. —Arrugó la frente con preocupación. Arik podía ser un bromista, pero también era un gran estratega y sabía de lo que hablaba. Confiaba en él.

—Cuando me ofrecí a venir solo, no pensé realmente en lo que pasaría una vez llegase —le explicó—. Mira, Olin, es evidente que no la encontraremos aquí. En caso de que no esté muerta, no se habrá quedado en un lugar donde tiene más enemigos que amigos. Los sajones no la querrían aquí, así que habrá tenido que huir; si acaso el que la tenía presa no sigue vivo también y se la haya llevado con él obligada. Sea como sea, sola o acompañada, habrá ido al norte.

—De ahí tu empeño en que Eline practique con la daga todos los días. —Ahora lo entendía todo. Y tal vez debería hacer lo mismo con Maren, empezar a ser más regulares en las lecciones.

—Bueno —sonrió—, me empeño más en molestarla que en enseñarle porque es mucho más divertido, pero sí. Debe estar preparada para lo que nos podamos encontrar allí.

—Diría que en ese empeño hay algo más que molestarla y prepararla —bromeó—, pero quién soy yo para decirlo.

—No veas nada donde no lo hay, Olin. —La diversión se le esfumó de la sonrisa, que se apagó poco a poco para dejar un rictus serio en su lugar—. Solo quiero mantenerla a salvo.

—También yo a Maren —constató—. La amo y, por eso, no quiero que le pase nada malo.

—No es el mismo caso —bufó al escuchar la confesión y se alejó. No estaba dispuesto a soportar más insinuaciones como aquella.

Olin sabía que Arik sentía algo por Eline, pero nunca se lo confesaría si no lo presionaba, así que estaba dispuesto a hacerlo, incluso si este se enfadaba con él. Quizá años atrás hubiese jurado que se quedaría soltero porque le gustaban todas las mujeres en general, pero estaba claro que con ella había algo especial. Ahora que había encontrado el amor con Maren, quería lo mismo para su compañero de batalla y la joven volva era la indicada. Puede que, antes de que se declarasen amor eterno, se matasen el uno al otro, pero, sin duda, nunca se aburrirían.

Se disponía a seguirlo para continuar con las bromas a su costa, pero vio llegar a Mael y uno de sus hombres. Que solo fuesen dos lo alertó y se dirigió hacia ellos, seguido de cerca por su hermano, que había estado pendiente de aquel momento. Arik se les unió cuando el sajón habló:

—Todo bien —los calmó—. Se ha quedado en la granja en la que nos han permitido pasar la noche.

—Habéis tardado mucho. —Olsen sabía que había algo más que no les estaba contando.

—Más de lo mismo —admitió Mael sin tapujos—. Aquí la desconfianza es mayor, por lo que pasó con los daneses en la costa,

así que hemos tenido que visitar algunas casas para dar con una familia que accediese a darnos cobijo.

—Más bien que aceptasen las monedas con las que les llenaste los bolsillos —añadió su compañero, molesto.

—Ese es un mal menor. —Lo miró con reprobación por haber sacado el tema.

—No gastes tu dinero en eso, Mael —le dijo Olin—. Habríamos dormido sin problema junto al fuego.

—Lo hecho, hecho está. —Mael dirigió una mirada a las mujeres, que se habían mantenido al margen, pero habían estado escuchando por si Bera salía en la conversación. Lo había hecho por ellas.

—No perdamos más tiempo. —Olsen cargó sus cosas al hombro—. Pronto anochecerá y no quiero andar a oscuras por los caminos.

Maren se acercó a Mael mientras cabalgaban rumbo a la granja y este aminoró la marcha al notar sus intenciones. No había hablado mucho con ninguna de ellas en los días que llevaban viajando y sentía curiosidad por las hermanas de Liv y por el don que ostentaba cada una. Había llegado a apreciar a la volva, no solo por su habilidad para curar, que tan útil había resultado, sino porque era una buena mujer. Puede que, para los suyos, aquellos poderes fuesen un insulto a su fe, pero él no podía verlo del mismo modo, pues Ivalyn había nacido con el don de la adivinación. No había nadie más creyente que su amiga de infancia y no podía imaginar que Dios la fuese a castigar por algo en lo que no había tenido elección. Y si ella no era una amenaza para el cristianismo, las hermanas no lo serían tampoco. Al menos, mientras accediesen a bautizarse como el rey había exigido. Aunque algo le decía que eso no las haría renunciar a unos dioses que las habían convertido en mujeres tan especiales.

—No deberíais haber pagado para dormir en la granja —le dijo esta al alcanzarlo.

—El miedo les hace actuar con precaución —los justificó —. Solo les proporcioné un pequeño aliciente.

—No malgastéis el dinero en eso —le sugirió—. Es muy posible que lo necesitéis más adelante.

—¿Por qué lo decís? —La miró.

—Me temo que el viaje se alargará más de la cuenta. — Se mordió el labio, dudando entre contarle más o guardar silencio—. Tal vez tengamos que viajar más al norte.

—¿A Danelaw? —Eso era preocupante. No solo por el peligro que suponía adentrarse en territorio danés siendo un grupo tan pequeño, sino porque, en caso de ser capturados, podrían pedir un rescate cuantioso por ellos que mermase todavía más las arcas reales. Eso siempre que no decidiesen matarlos en el acto.

—No tenéis que acompañarnos —le recordó—. Vuestra ayuda estaba pactada hasta aquí. Si tenéis que regresar, no pasa nada. Nosotros continuaremos hasta donde haga falta para recuperar a Bera.

—¿Cómo podéis estar segura de que se encuentra tan al norte? —preguntó con curiosidad.

—¿De verdad queréis saberlo? —Un amago de sonrisa le bailó en los labios.

—Mientras no me digáis que hacéis sacrificios humanos para ello… —Le sonrió para quitarle peso a las palabras, pero había mucho de verdad en ellas. Había ciertas cosas que no podría tolerar.

—Las runas son solo piedras —le explicó con calma—. Especiales, pero piedras, al fin y al cabo. Y los huesos que uso en las lecturas son de animales que han dejado este mundo de forma natural. No negaré que hay ciertos rituales que requieren sacrificios de sangre o que las ofrendas a los dioses sean más poderosas si se usan humanos, pero no es el caso aquí. —Al ver que el color abandonaba el rostro del hombre, pudo imaginar lo que estaba pensando—. Leif ha renunciado a esa parte de su herencia, Mael. Se marchó de Noruega en busca de una vida mejor, lejos de todo eso. Fue bautizado, después de todo. —Obviaría el hecho de que no practicase el cristianismo—. Nos han acogido en su hogar, por lo que también lo dejaremos atrás. Las viejas costumbres deben morir o se repetirá el ciclo de muertes sin sentido.

—¿Os bautizaréis?

—No lo hemos decidido todavía. —Decidió ser sincera con él—. No sé si podremos renunciar a aquellos que nos han dado tanto.

Pero debéis saber que el propósito de las völur es el de salvar vidas, no arrebatarlas. Como en todo, ha habido mujeres que emponzoñaron sus dones al usarlos en beneficio propio sin importarles usar métodos inmorales y deshonestos. La ambición nunca ha sido buena guía, pero todo se paga en esta vida y, más aún, cuando se abusa de los regalos que conceden los dioses. Nadie se queda sin castigo.

—Entiendo. —Guardó silencio mientras pensaba en ello y Maren lo respetó, esperando a que le preguntase más—. Así que vuestro… don es leer piedras y huesos.

—Entre otras cosas —asintió—. En esta ocasión he leído las runas. Me han dicho que Bera está rodeada de daneses.

—Danelaw —supuso.

—York —sentenció Eline, que se había acercado a ellos mientras hablaban—. Aunque todavía no han llegado.

—¿Cómo estás tan segura? —le preguntó su hermana sin sorprenderse por ello, en realidad. Como si aquel tipo de conversación fuese tan habitual entre ellas como lo era para él hablar del tiempo o de las obligaciones que tenía como nuevo conde de Sussex.

—Reconocí el paisaje en mi último sueño. Llevaba días sin poder verla, Maren, y esta vez apenas fue un momento. —Estaba preocupada—. Creo que… está herida. Tenemos que dar con ella cuanto antes.

—Lo haremos. —Maren miró a su hermana con sonrisa trémula. No había querido contarle nada para no preocuparla pero, al parecer, ambas habían tenido la misma idea. Tendrían que hablarlo cuando llegasen al granero porque ocultarse cosas no era la mejor vía para llegar a Bera.

—Estamos llegando a la granja. —Mael no quiso seguir preguntándoles sobre lo que podían hacer, porque ahora que le habían dicho que el viaje se alargaría, tenía mucho en lo que pensar.

En sus planes nunca había contemplado ir tan al norte, ni meterse en territorio enemigo. Si los acompañaba, algo que todavía tenía que decidir, no arriesgaría la vida de sus hombres. No, al menos, por una mujer a la que no conocía. Un sacrificio así solo se

hacía por el rey o alguien de vital importancia para Wessex. Godric le había pedido que los guiase hasta allí y lo había hecho. Ahora podía regresar a su hogar con la cabeza alta y nadie se lo reprocharía. Salvo, tal vez, el hombre al que siempre había considerado su segundo padre. Sentía que, tomase la decisión que tomase, algo en su vida cambiaría para siempre.



—Gracias por dejarnos dormir en el granero —repitió Mael al despedirse del hombre que les había llevado algo de comer, a pesar de que, en realidad, había pagado por tal privilegio.

Puede que Godric le hubiese insistido en viajar con los vikingos con la excusa de hacer ver a sus señores que confiaba en ellos, pero ahora sabía la verdadera intención del antiguo conde. La victoria sobre los daneses que creían que el rey había obtenido no era, sino, una ilusión. El sueño de un hombre que todavía distaba mucho de ser una realidad. La desconfianza del pueblo y el miedo que los vikingos le inspiraba todavía a la gente no habían desaparecido y, por lo que estaba comprobando, tardaría mucho en esfumarse. El trabajo de Alfredo no había hecho más que empezar y él debería estar preparado para cuando lo necesitase.

Pero, por el momento, tenía que hablar con los hombres. Porque, a pesar de sus reticencias iniciales, había decidido continuar acompañando al grupo hacia el norte. Esta vez, solo. Los enviaría de regreso con instrucciones para Godric y los lores.

—No os pediré que me sigáis —terminó la explicación — y no aceptaré que os ofrezcáis tampoco. No le debemos nada a esa mujer y, por tanto, no arriesgaré vuestras vidas para rescatarla.

—Pero vas a arriesgar la tuya —lo interrumpió uno de ellos.

—Debería ir uno de nosotros —comentó el otro—. Eres el conde y…

—Soy el conde, sí. —Se le adelantó, sabiendo lo que iba a decir—. Y soy yo quien decide lo que hay que hacer. Iré con ellos a York y vosotros volveréis a casa.

—Juramos protegerte, Mael. No nos puedes pedir que te dejemos solo.

—No estaré solo. —Señaló con la cabeza a los vikingos —. Donde vamos, ellos sabrán camuflarse mejor. Tenemos muchas posibilidades de pasar desapercibidos y conseguir el objetivo si somos pocos. Sé que podrían hacerlo sin mí, pero creo que debo ir. Debo conocer la realidad del norte para estar mejor preparado para el futuro.

—Destacarás demasiado —insistieron—. Se te notará de lejos que eres sajón.

—Entre ellos no llamaré tanto la atención —les aseguró.

—Tampoco lo haremos nosotros.

—Un grupo pequeño pasará desapercibido —negó.

—Somos dos, no supondrá ninguna diferencia.

—No es discutible —sentenció—. Al amanecer, regresaréis para informar a Godric de los nuevos planes.

Nunca le había gustado imponerse a los demás, pero se había convertido en el conde y sabía cuál era su obligación. Si debía recurrir al poder que tenía ahora para mantener a salvo a sus hombres, lo haría. Puede que él debiese seguir con los vikingos, pero no arrastraría a nadie en el proceso.

En su momento, cuando el padre de Ivalyn le ofreció su lugar, con el beneplácito de la hija, casi lo había rechazado. No se creía merecedor de tal honor. Tampoco creía estar preparado para asumir semejante responsabilidad. Pero la seguridad con la que su amiga le había hablado esa noche sobre su potencial, la forma en que lo miró, con el convencimiento de que sería mejor líder de lo que él mismo creía, lo decidieron a aceptar.

Nunca lo admitiría en voz alta, pero los primeros meses, incluso con la inestimable ayuda de Godric, se había visto sobrepasado en muchas ocasiones por el deber. Nunca se habría imaginado que el trabajo fuese tan agotador porque el anterior conde lo hacía parecer un juego de niños. Sin embargo, como siempre, Ivy tenía razón: había nacido para ese puesto. Una vez acostumbrado a la nueva rutina, sentía que estaba siendo más útil para el pueblo sajón que siendo solo un simple soldado, por más hábil que fuese. Y aunque

siempre intentaba mostrarse amistoso, si tenía que ser más firme, no le temblaba la mano, ni la voz. Sabía cuál era su lugar y lo que debía hacer para procurar lo mejor para los que estaban bajo su cuidado. En ese caso concreto, enviar a sus hombres de regreso era lo correcto, así que no vaciló a la hora de ordenárselo y desoyó sus protestas.

Olsen, que los había oído discutir y veía el descontento de los hombres, se acercó a él para preguntar.

—Los envío de regreso a casa —le informó—. Si vamos a viajar más al norte, no puedo exigirles que nos sigan. No arriesgaré sus vidas.

—Tú tampoco deberías venir —sentenció este—. No es tu responsabilidad encontrar a la muchacha. Nos has ayudado a llegar hasta aquí y has tratado con los sajones por nosotros, algo que te agradecemos, pero ahora serán vikingos los que nos topemos. Sabremos manejarlos.

—No lo dudo —vaciló antes de continuar—. Pero siento que debo acompañaros. No me preguntes por qué, pero es así, y mi instinto nunca me ha fallado. No lo desoiré ahora.

—Godric puede ser muy persuasivo y…

—No lo hago por él —lo interrumpió—. Bueno, puede que un poco, tal vez. Pero quiero ir, de todas formas.

—Medítalo esta noche —sugirió el vikingo—. Mañana decidirás si te quedas o regresas con tus hombres. Nosotros nos las apañaremos igual de bien vengas o no.

Mael no se ofendió por sus palabras, pues supo a qué se refería: lo estaba eximiendo de aquella responsabilidad. Y, aunque lo más sensato parecía volver a Sussex, cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que debía seguirlos. No solo porque el viejo conde se lo hubiese pedido, sino porque algo en su interior le decía que era importante.

Así que cuando amaneció, se acercó a sus hombres para reiterarles las órdenes y enviar aviso a Godric pidiéndole que tomase las riendas de Sussex en su ausencia, incluso si debía hacerlo de forma más contundente, porque no sabía cuándo volvería. No expuso sus dudas respecto al regreso del grupo porque sacarlo de la

mente era como llamar a la desgracia y materializar sus miedos a no salir con vida del norte.

—Bien. —Olsen, como venía haciendo desde que habían iniciado el viaje, se puso a la cabeza del grupo en cuanto los sajones desaparecieron de la vista—. En marcha. Tenemos un largo camino por delante.

Mael ni siquiera miró atrás cuando azuzó al caballo. Estaba decidido a llegar hasta el final de ese viaje, aunque lo llevase a las mismísimas fauces del lobo.

Capítulo 7

—¿Dónde están las völur?

Cuando Bera averiguó que el padre de sus amigas las había enviado con la vieja volva, decidido asegurarse de que estuviesen bien con ella. Aunque no tenía derecho a ir a esa casa, porque no poseía ningún don, eso no la había detenido. Eran sus amigas y nunca les daría la espalda.

Groa la toleraba solo porque veía en ella el potencial para ser una valkiria, o eso le decía. «Siempre podría veniros bien tener a una valkiria protegiéndoos cuando salgáis al mundo», les decía a las tres hermanas. Y, aunque dudaba de que llegase a serlo, no le importaría ser esa protectora de la que hablaba. Ellas habían sido, desde siempre, las únicas que la habían apoyado y entendido.

Después de ocho largos meses sin poder visitar a las Landvik, había logrado escabullirse de sus responsabilidades por unos días, así su padre se enfadase con ella. Y se había encontrado una casa convertida en cenizas y ni rastro de ellas.

—Alguien se las llevó —respondió la mujer a media voz.

Después de preguntar a la gente en la aldea, y de que no se lo explicasen, aquella era la única persona que se había dignado a decirle lo que había pasado. Al menos, vagamente. Parecía que creía que hablar de ello le traería alguna desgracia.

—¿Quién?

La mujer negó, como si pronunciar su nombre pudiese invocarlo. El miedo que veía en sus ojos era más preocupante que el hecho de que no estuviesen allí.

—Necesito saberlo —insistió.

—Harías bien en volver a tu casa, muchacha —dijeron tras ella. El hombre le indicó a la mujer con un gesto de cabeza que se fuese y esta no dudó en obedecer, agachando la suya.

—No me iré hasta que me deis un nombre —lo amenazó Bera.

—No te traerá nada bueno ir tras él —advirtió—. Ni siquiera podrás hacerlo, aunque quieras.

—De eso ya me encargaré yo.

—Se ha ido a conquistar nuevas tierras y se ha llevado a las völur para que le ayuden.

—¿Qué nuevas tierras?

—Al oeste, por mar.

Bera arrugó la frente, preocupada. Si se había llevado más allá del mar a sus amigas, el hombre estaba en lo correcto y no sería capaz de seguirlas. No, sin hacer un trato que la atase por años a un vikingo dispuesto a llevarla con él a cambio de su espada.

Desde que Ragnar LodBrok había viajado al oeste, años atrás, lo habían seguido muchos otros, buscando riquezas como las que él había traído. Incluso sus hijos se estaban aventurando ahora al gran viaje, aunque sus motivos eran más personales: buscaban venganza por la muerte de su padre a manos de los sajones.

Sabía que cualquier vikingo que la viese luchar la querría con él, pero no estaba dispuesta a sellar un trato que la convertiría en una saqueadora. Aunque podía engañarlo y, una vez llegasen a tierra firme, huir. Pero antes debía asegurarse de que sus amigas estaban allí. Sabía que era arriesgado si no acababan en el mismo lugar, pero no podía quedarse allí sin hacer nada. Sus amigas no se habían rendido con ella cuando su padre la lastimaba una y otra vez por no ser lo suficientemente fuerte como lo habría sido un hombre. Tenía que encontrarlas y liberarlas. Tenía que llevarlas de regreso al hogar. Donde fuese que estuviese eso.

—¿Se llevó a las cuatro mujeres? —preguntó.

—A la vieja la mató.

Ya no pudo sacarle nada más.

—Vamos —Otto la empujó para que no se detuviese.

Después de que el desembarco de la flota en Wessex se convirtiese en un fracaso absoluto y que Halfdan muriese en la reyerta —bajo la espada de Bera—, los supervivientes pensaron en matarla allí, pero Otto, que se había obsesionado con ella, los

convenció de que debían llevarla a York para ejecutarla en público como dictaba la ley vikinga. Sin saberlo, le había dado tiempo para encontrar la forma de escapar y continuar con los planes que tenía antes de que Halfdan se interpusiese en su camino.

¡Cómo había odiado que aquel vikingo la arrancase del barco al que se había unido y la hubiese intentado someter, complicando su huida una vez en tierra! Pues, como no la pudo doblegar, decidió que le serviría mejor como esclava y la encadenó. La había humillado esperando que así lo aceptase, pero no contaba con la férrea voluntad de una mujer que había luchado toda su vida por hacerse valer. No se había rendido ante nadie, ni siquiera ante su padre, y menos lo haría ante un vikingo que pensaba con lo que tenía entre las piernas.

Lo mismo pasaba con Otto. Algunos hombres eran demasiado simples y no concebían la idea de que una mujer no quisiese compartir la cama con ellos, solo porque a las demás les resultaban atractivos. Halfdan, al menos, había intentado atraerla sin usar la fuerza bruta. Quizá humillarla no fuese tampoco el camino correcto, pero era mejor que lo que planeaba aquel danés. Porque no lo había dicho en voz alta, pero Bera sabía lo que se proponía.

—No me toques —gruñó sin llegar a mirarlo.

No soportaba la forma en que la devoraba con los ojos cada vez que la tenía al alcance de la vista. Se sentía observada todo el tiempo y le asqueaba pensar en lo que tenía en mente para ella. Era un hombre atractivo, con un porte con el que pocos compañeros podían competir, pero la mirada lasciva que le lanzaba en todo momento, la sonrisa petulante, el aire de superioridad… todo ello lo convertía en un ser repugnante a sus ojos. No permitiría que le pusiese un solo dedo encima. Antes se dejaría devorar por una manada de lobos hambrientos.

—¿Qué piensas hacer? —rio—. ¿Morderme? Tienes las manos atadas y…

Bera saltó sobre él antes de que pudiese preverlo e hizo precisamente lo que le había sugerido. Le clavó con fuerza los dientes en el hombro hasta sacarle sangre. El grito del hombre

rivalizó con su gruñido después de escupir parte de la piel que se había llevado con la boca.

—Estás podrido por dentro —le dijo con asco.

Otto alzó la mano para golpearla, pero otro hombre le recordó que no podía hacerle nada. Era una prisionera que debían castigar en York y en ningún lugar más. Él mismo le había otorgado la inmunidad al sugerir que la llevasen al reino danés.

—Te daré lo tuyo más tarde, zorra —la amenazó, limpiándose la sangre.

—Puedes intentarlo… si estás dispuesto a perder otra parte de tu anatomía. —Miró a su entrepierna—. Aunque tal vez no la echarías de menos. Si tienes que recurrir a la violación es que no la usas demasiado. O no todo lo bien que debes para que una mujer te acepte en su cama. ¿Cuándo ha sido la última vez que sucedió algo así, Otto?

—Cállate, mujer —la amenazó—. O lo haré por ti.

—¿La verdad duele? —lo provocó.

—Maldita…

—Otto.

El vikingo que lo había detenido la primera vez bramó su nombre como advertencia y este guardó silencio. Pero Bera no lo sintió como una victoria porque sabía que la verdadera lucha se daría cuando acampasen. Cuando los demás no pudiesen frenarlo, el hombre se acercaría a ella para cobrarse la ofensa. Sin embargo, no lograría tocarla. Halfdan no había podido tomar su cuerpo, siendo más listo y más fuerte, menos lo haría este. Ser la única hija de un hombre que había deseado un varón tenía sus ventajas y una de ellas era haber aprendido a luchar mejor que nadie para impresionarlo. Incluso con las manos atadas, podía matar a un hombre si era preciso, y lo haría si Otto se acercaba lo suficiente a ella. La habían subestimado desde el principio y Halfdan lo había pagado con la vida. Otto sería el siguiente si no se andaba con cuidado.

No obstante, su mayor preocupación no era el hombre, sino escapar del grupo que la llevaba a York. Si alcanzaban el reino, la ejecutarían de inmediato. No habría juicio para ella porque muchos la habían visto matar a su líder. Y no lo había negado tampoco,

cuando la acusaron. ¿Para qué, si había testigos? No podía retrasarlo más y, por eso, había estado provocando a Otto. Esperaba que se acercase a ella por la noche e intentase cumplir sus amenazas. Sabía que era tan presuntuoso que se presentaría armado, sin pensar en que ella pudiese aprovecharlo en su beneficio. Creería que así la intimidaría, el muy iluso. Al parecer, no había aprendido nada de la muerte de Halfdan ni de la herida sangrante que lucía ahora en el hombro. Aunque a ella le convenía así. Cuanto más bajase la guardia, más fácil sería deshacerse de él y escapar.

—Pronto tendremos que buscar refugio —dijo alguien a la cabeza del grupo—. Se avecina una tormenta.

—Y la noche está cerca —añadió otro—. No podremos avanzar mucho más.

Bera contuvo un sonido de triunfo. Las tormentas eran peligrosas, pero aquella le serviría para huir sin que nadie la oyese. Ocultaría los ruidos de la pelea con Otto y podría alejarse sin miedo a que siguiesen después sus huellas. Era la ocasión perfecta y no era la única que pensaba así, pues el hombre la estaba observando como si le estuviese advirtiendo que los truenos y la lluvia impedirían que sus gritos fuesen escuchados por otros. Que disfrutaría de su cuerpo y nadie lo sabría nunca. Ella reprimió una sonrisa para no delatar sus propias intenciones.



Habían montado varios refugios a lo largo de la base de una elevación rocosa que los protegería de lo más duro de la tormenta y Bera fue colocada en el centro de los mismos. Al rodearla, tenían la certeza de que no intentaría huir. Se llevarían una sorpresa.

—Yo haré la primera guardia —se ofreció Otto, junto a otros dos hombres. Con la montaña detrás, solo tenían que vigilar tres frentes. Se encargó de que le asignasen el que lo acercaba más a ella.

La habían atado a un poste de madera que clavaron en el suelo de la tienda y que lo único que le permitía hacer era permanecer sentada con la espalda apoyada contra él. La primera noche había

intentado ponerse en pie y pasar los brazos por el extremo del tronco para liberarse, pero no pudo lograrlo, así que no lo había hecho de nuevo. Prefería guardar sus fuerzas para cuando las necesitase de verdad. Como esa noche, en la que Otto iría a por ella. Y, por el sonido ensordecedor de la lluvia, sabía que no tardaría en aparecer. Por eso, cerró los ojos y se concentró en el ruido fuera de la tienda.

Sus oídos estaban bien entrenados y oyó cómo algunas piedras rodaban cerca de la entrada. Una, incluso, alcanzó sus pies, por si el deslizamiento fuera no la hubiese alertado ya. Cuando abrió los ojos, se encontró a Otto allí.

—Hola de nuevo, putita. ¿Qué tan valiente serás ahora? Nadie te va a salvar aquí.

—Puedo salvarme sola, Otto —habló bajo para obligarlo a acercarse más.

Tenía los ojos puestos en ella y la recorrió lentamente antes de alcanzarla y obligarla a ponerse en pie. Bera gimió para que creyese que la postura le resultaba incómoda y se confiase. Si bajaba la guardia, le resultaría más fácil acabar con él. Como había imaginado, llevaba la espada y el puñal en las fundas. Si conseguía que se acercase lo suficiente, lo noquearía y usaría el filo de cualquiera de ellos para cortar las cuerdas. Eso, si el vikingo no la liberaba. El poste no le proporcionaría una buena base para lo que pretendía, así que quizá hacía el trabajo por ella.

—Eso me gustaría verlo.

La sonrisa petulante que le regaló rivalizó con la mirada lasciva y el gesto obsceno de recolocarse las partes bajas. Ella permaneció inmóvil, haciéndole creer que estaba indefensa. Esperaría el momento adecuado para atacar.

—Aunque grites, nadie vendrá a rescatarte. —Repitió el gesto—. Nadie sabrá lo que te voy a hacer. Y para cuando acabe contigo, rogarás por más.

Una risa baja reverberó en el pecho de Bera.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Dio otro paso hacia ella.

—Tu confianza en esa cosita que te cuelga ahí abajo —lo provocó. Solo necesitaba que se acercase un paso más.

—Estás en desventaja —gruñó rabioso—. Yo de ti sería más complaciente conmigo.

No replicó, sino que bajó la cabeza para que creyese que la había acobardado. Ese pequeño gesto fue suficiente para que Otto se apoyase contra ella y llevase la boca a su oreja. No le dio tiempo a decir nada, simplemente lo golpeó con fuerza en la cabeza. El impacto de cráneo contra cráneo la aturdió un momento y temió perder el conocimiento, pero logró mantenerse despierta y sonrió al ver que este yacía a sus pies, inconsciente. Cuando pudo enfocar bien la vista, se giró y bajó hasta el suelo a lo largo del poste. Alcanzó con los dedos el puñal que colgaba del cinto del hombre y cortó las cuerdas con él, liberándose. Lo amordazó con los restos, no sin haberlo desnudado primero. Le vendría bien la humillación para resarcirse por lo que había pretendido hacerle a ella. Después se preparó para la siguiente fase del plan. Aquella había sido la parte fácil.

Le habría gustado esperar al cambio de guardia porque sería más fácil despistarlos, pero tenía que marcharse antes de que alguien notase la ausencia de Otto. Si daban la voz de alarma, la lucha sería inevitable y, aunque ahora tenía una espada y un puñal, no podía enfrentarse a todos sola.

Se escabulló entre las tiendas, tratando de pasar desapercibida. La tormenta seguía en su apogeo y los rayos le mostraban el camino intermitentemente. La lluvia ocultaba sus pasos, una ventaja con la que había contado al saber que se acercaba el mal tiempo. Pensaba aprovecharlo en su beneficio y agradeció a los dioses que se la hubiesen enviado precisamente esa noche.

No tardó en sentir la ropa pesada por el aguacero que le caía encima y el pelo se le pegaba a la cara de forma molesta, pero nada importaba. Su vista estaba fija en el hombre que vigilaba el extremo este del campamento y, con cada rayo que iluminaba la noche, se acercaba un poco más a él en un silencio impuesto por el acecho. Hasta que lo tuvo al alcance del cuchillo y le rebanó el pescuezo sin ningún remordimiento.

«Cuando tu vida dependa realmente de ello, niña, harás lo que debas para sobrevivir», eso decía siempre su padre cuando la veía

dudar. Lo odiaba y, a pesar de ello, quería tanto impresionarlo, que se había esforzado cada día para alcanzar el objetivo que le imponía. Quería ver el orgullo en su mirada, algo que no había pasado ni una sola vez, porque él seguía viendo en ella el sexo equivocado.

Dejó que el hombre degollado se deslizase lentamente hacia el suelo, aunque sabía que nadie escucharía el golpe si lo soltaba sin más, y limpió la daga en la ropa empapada del cadáver antes de guardarla en el cinto. Comprobó que todo seguía tranquilo y después se movió con sigilo hacia la linde del bosque que había divisado a lo lejos antes de que decidiesen acampar. Sentía que todo se había dispuesto de forma perfecta para ayudarle a huir de los vikingos. Quizá por eso, bajó la guardia y, quizá por eso, el destino decidió recordarle una lección que no debería haber olvidado nunca:

—¡Alto ahí!

Desenvainó la espada al tiempo que se giraba hacia la voz. Apenas veía nada, pero escuchó más sonidos al borde del campamento. Al parecer, los hombres se habían despertado y se acercaban a ella dispuestos a detenerla.

—Maldición —gruñó, antes de correr hacia el bosque para perderse en él. O, al menos, para usarlo en su beneficio si tenía que enfrentarlos, porque sabía que no podría con todos a la vez. Cuando alcanzó los primeros árboles, una espada zumbó en el aire y pudo sentir el roce del filo en la mejilla. No era tan profundo como para preocuparle, o para dejar marca, pero sintió la sangre deslizarse hasta el cuello y perderse bajo la ropa. En la siguiente estocada, ya estaba preparada para repeler el ataque.

—Has matado a Bork, maldita —la acusó.

—Dime algo que no sepa —rio para provocarlo. Necesitaba sacárselo de encima antes de que llegasen los demás.

—Vas a morir por eso —la amenazó al atacarla.

Bera esquivó el filo por muy poco. La oscuridad no le facilitaba el trabajo, pues solo podía ver a su adversario si un rayo iluminaba el cielo. Por suerte, él tenía las mismas dificultades. Ambos luchaban a ciegas, lo que igualaba la situación. Retrocedió con cada envite, protegiéndose solo por el sonido que hacía la espada al avanzar hacia ella. No resultaba fácil escucharlo por la rugiente tormenta

sobre sus cabezas, pero pudo mantenerlo a raya hasta que vio la posición exacta de su oponente en el fugaz instante de luz que le proporcionó un nuevo rayo. Entonces atacó. El gruñido del hombre y la resistencia que encontró la espada en el arco trazado le dijeron que había acertado, aunque no podía asegurar que hubiese logrado eliminarlo de la ecuación definitivamente.

Una flecha voló hacia ella, desviándose varios centímetros sobre su cabeza, pero el instinto la hizo agacharse y moverse en la dirección contraria. Necesitaba adentrarse en el bosque de inmediato. Las antorchas que cargaban algunos hombres, desafiando a la lluvia, lanzaban destellos que le decían que eran demasiado para vencerlos a todos si la alcanzaban. Debía despistarlos entre los árboles. Esa era su mejor opción.

Zigzagueó entre los árboles, dispuesta a perderlos de vista sin tener que pelear, pero la oscuridad no le facilitaba la tarea. Sentía cómo las ramas más bajas le arañaban el rostro y los brazos, sin embargo, no se detuvo en ningún momento porque las luces parpadeantes se acercaban a gran velocidad.

De repente, al torcer junto a un árbol de mayor tamaño, sintió el acero cortando carne y aulló de dolor. La sangre comenzó a manar con cada latido y, en su desesperación por evitar un nuevo ataque, lanzó una estocada a ciegas, antes de echar a correr, medio arrastrando la pierna herida. El gorjeo ahogado que escuchó detrás le aseguró que había acertado de pleno en el cuello de su oponente. No viviría para ver un nuevo día y eso la consoló, aunque no ayudó a que caminase más rápido.

Buscó fuerzas de donde pudo para seguir moviéndose, aunque el muslo le palpitase cada vez más. Los gritos de los vikingos a sus espaldas también eran un buen incentivo para no detenerse. Sus posibilidades de éxito si luchaba se habían reducido al mínimo. Para cuando consiguió despistarlos, se le empezaba a nublar la vista por la pérdida de sangre.

Encontró una oquedad en una roca, escarbada por el paso del tiempo, y se ocultó en ella para intentar cortar la hemorragia antes de perder el conocimiento. Si no lo hacía, era muy probable que no despertase nunca más. La noche continuaba oscura y solo podía

sentir la pernera del pantalón empapada en sangre, lo que le decía que era grave. Las manos le resbalaban en aquella humedad roja, así que se le ocurrió rasgar la parte inferior de la capa que, milagrosamente, todavía conservaba, y atarla con fuerza sobre el corte. Habría sido mejor cauterizar la herida, pero no tenía con qué hacer un fuego para calentar el cuchillo. Debería bastar con el torniquete. Para cuando terminó, estaba tan agotada que se le cerraron los ojos. Solo pudo rezar a los dioses para que le permitiesen despertar de nuevo, antes de caer en la más profunda de las inconsciencias. Ni siquiera fue capaz de recostarse contra la roca: la cabeza se le inclinó hacia adelante y así permaneció, con la respiración tan lenta que bien podría parecer que había abandonado aquel mundo.

Capítulo 8

Cuanto más al norte viajaba el grupo, más niebla cubría el mundo, como si les previniese de lo que se encontrarían si continuaban el viaje. Horas antes los había precedido el amanecer, pero el sol no se había llevado las sombras que los acompañaban todavía y tampoco parecía que fuese a suceder pronto.

Mael se cubrió mejor con la capa, después de sentir un escalofrío. Y aunque podría haberlo achacado al frío que se negaba a abandonar la tierra, una inquietud desconcertante se apoderó de él y le hizo avanzar a la cabeza del grupo para hablar con el mayor de los vikingos.

—También lo has notado —dijo Olsen cuando lo alcanzó, incluso antes de que dijese nada.

—¿Nos están siguiendo? —susurró.

—Hace ya algunas millas —asintió el vikingo.

—¿Y a qué esperan para atacar?

—Supongo que querrán saber si somos amigos o enemigos —le dijo Olin, que se había acercado a ellos cuando los vio hablar.

Arik se había quedado con las mujeres para proteger la retaguardia, aunque parecía estar también al tanto del problema que los acechaba.

—¿No les sería más fácil preguntar después? —inquirió Mael.

—Quizá no sean los suficientes —sugirió Olsen.

—O estén esperando refuerzos —continuó su hermano.

—En ese caso, deberíamos despistarlos cuanto antes. — El sajón arrugó el ceño con preocupación.

—Si escapamos —repuso el mayor—, sabrán que somos enemigos y nos perseguirán. Estas son sus tierras…

—Las robaron por la fuerza —lo interrumpió el nuevo conde, sin poder evitarlo.

—Nos alcanzarían y no sería agradable. —Olsen decidió ignorar, inteligentemente, la acusación. No era el momento de discutir. Sabía que a los sajones les disgustaba el arreglo que había tenido que negociar su rey con los daneses, pero necesitaban estar alerta y aquel debate no les ayudaría—. Solo podemos seguir adelante y esperar que se cansen de ir tras el grupo cuando comprueben que no suponemos una amenaza para ellos.

—Eso no lo sabrán simplemente siguiéndonos —bufó.

—Es probable que nos dejen ir cuando salgamos de su territorio. —Aunque Olin había intentado sonar seguro, no lo logró.

—¿Y si no es así? —Dejó ir el aliento, seguro de que se estaba fraguando una pelea. Su instinto no lo había advertido por nada—. Hay que colocar a las mujeres en el centro para protegerlas.

—Si hacemos eso, sabrán que los hemos descubierto y atacarán —negó Olsen—. Por ahora estamos seguros.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque, si yo estuviese en su lugar, atacaría al caer la noche para tener el resguardo de la oscuridad a mi favor. Y si pudiese pillarnos desprevenidos, mucho mejor.

El silencio se apoderó de ellos mientras continuaban avanzando, a la espera de lo que decidiesen hacer sus perseguidores. Al final, la tensión se extendió por el grupo e, incluso las mujeres, se sentían incómodas.

—Deberíamos confrontarlos —sugirió Eline—. Si son vikingos, no nos atacarán si saben que somos völur. Nos tienen miedo.

—Cabe la posibilidad de que no nos crean —negó Arik —. Somos pocos, si tenemos que luchar contra un número elevado de daneses, nos reducirán con facilidad.

—¿Y qué sugieres? —le preguntó la volva con inquina.

—Hay que evitar la lucha tanto como podamos. Por la noche, podremos evaluar la situación sin que se den cuenta y decidir si atacamos o huimos.

Sus compañeros asintieron conformes con el plan. Nada les podía asegurar que creyesen en su palabra. Después de todo, en su tierra natal, las völur nunca habían necesitado escolta y viajaban solas. A ninguno les parecía buena idea ponerse a discutir con ellos sobre la

razón por la que estas se rodeaban de vikingos. Y también cabía la posibilidad de que los creyesen y pensasen que capturar a las brujas sería un premio extra para ellos.



—Nos detendremos junto al lago —ordenó Olsen a mediodía.

—¿Es seguro? —preguntó Maren en un susurro.

—Los caballos necesitan descansar y beber —asintió el hombre—. Además, tenemos que convencerlos de que no sabemos que nos siguen. Hay que actuar con normalidad.

—Estad alerta, pero que no se os note —añadió Olin—. Si intentan algo cuando desmontemos, tendrían ventaja.

Arik se situó junto a Eline, fingiendo ayudarla, y asintió hacia ella a modo de reconocimiento. Con aquel gesto pretendía recordarle las clases de defensa que le había estado dando. La joven le devolvió el movimiento, pero apretó las riendas con fuerza para que no le temblasen las manos. Una cosa era practicar y otra llevarlo a cabo. En su tierra siempre se había sentido protegida por su don y el respeto de los vikingos a la tradición, pero allí no le servía de nada.

Cuando decidió salir a buscar a Bera, no pensó realmente en lo que eso supondría, ni en los riesgos que correrían en el camino. Solo quería encontrar a su amiga y llevarla a la isla para mantenerla a salvo. Sabía que estaba en peligro y se lanzó a la aventura sin comprender que también ella se expondría. Le había parecido tan fácil, que no había escuchado a nadie. Y aunque no se arrepentía de estar allí, no le gustaba lo que estaba a punto de pasar.

—Quédate cerca de mí —le susurró Arik, sabiendo ver más allá del temple que creía mostrar al mundo.

Podría haber protestado, como cada vez que el vikingo se le insinuaba de alguna forma solo para molestarla, pero no había segundas intenciones en aquella petición y decidió que haría lo posible por no alejarse de él. La protegería y esa certeza la hizo mirarlo con otros ojos. Podía ser un insoportable, pero también era

leal y decidido. Eso no se lo podía negar. Tampoco podía obviar que esas cualidades en un hombre le gustaban bastante.

La sonrisa que le dedicó al descubrir su escrutinio, por una vez, no iba cargada de picardía, sino de preocupación y eso la deleitó más de lo que admitiría nunca en voz alta. Bajó la vista para que el vikingo no viese el ligero sonrojo que le calentó las mejillas y acercó el caballo a la orilla para que pudiese saciar la sed. También ella bebió, con Arik al lado imitándola y estudiando el lugar. Seguramente quería descubrir los puntos débiles de su posición y, aunque intentó hacer lo mismo, no sirvió de mucho. Ella no sabía sobre esas cosas.

Encontró a su hermana sentada junto a OIin, buscando comida en la alforja que habían descargado del caballo de este. La mirada con la que el vikingo la estaba obsequiando iba cargada de amor y preocupación. También ella quería algo así. Se alegraba por Maren, pero la envidiaba un poco.

—Comamos también —sugirió Arik, acompañándola a reunirse con el resto—. Cuanto antes terminemos, antes nos podremos alejar de aquí.

—¿Crees que atacarán? —le preguntó preocupada.

—Prefiero no arriesgarme a darles la ocasión de hacerlo. Aunque, si fuese ellos, no haría nada mientras hubiese luz.

Eline miró al cielo instintivamente, como si así pudiese detener el avance del día. Después se acercó a su hermana para hablar con ella en susurros:

—Quizá deberíamos hacer algo cuando nos detengamos por la noche —le dijo—. Para proteger el campamento.

—También lo he pensado, pero no sé si es buena idea —sugirió—. Sabrían que los hemos descubierto y atacarían.

—No podríamos terminar el ritual a tiempo —pensó en voz alta Eline, comprendiendo el trasfondo de lo que había dicho Maren.

—Aunque no me guste la idea —añadió esta—, nuestra mejor opción es usar las dagas si nos atacan.

—No sé si estoy preparada para matar a nadie.

—Tampoco yo, pero no podremos ayudar a Bera si estamos muertas. Y tampoco podemos depender de los demás para

mantenernos a salvo siempre.

Eline asintió. Estaba de acuerdo con lo que decía, pero eso no lo hacía más fácil. Aun así, rezó a los dioses para encontrar la valentía que necesitaría llegado el momento. Y, quizá, para que evitasen de alguna forma la pelea que, a cada paso que daban, veía más cerca.

La tensión era tal, que apenas hablaron. Si lo intentaron fue para aparentar una normalidad que no sentían, para no levantar sospechas.

—Pongámonos en marcha ya —anunció Olsen—. Quizá podamos avanzar unas cuantas millas antes de detenernos a pasar la noche.

Nadie añadió nada, pero eran conscientes de las nubes que se estaban formando en el horizonte y que darían una buena cobertura a sus perseguidores si llegaba la tormenta que profetizaban. La situación se complicaba por momentos y Eline no pudo evitar buscar con la mirada a Arik para que le infundiese valor. El hombre se limitó a guiñarle un ojo, lo que, por primera vez desde que se conocían, la hizo sonreír en lugar de molestarla.

—Supongo que ya no es tan insoportable —susurró su hermana, que había captado el intercambio entre ellos.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Claro, claro. —Maren se removió en su montura para que no la alcanzase cuando intentó golpearla en el brazo.

Los caballos se quejaron por lo cerca que habían estado el uno del otro y Arik las miró por encima del hombro:

—Estaos quietas, niñas —bromeó—. No os peleéis por la atención de papá.

—Eso ha sonado horriblemente mal, Arik —se quejó la menor de las hermanas.

—Empezabas a caerme bien —le advirtió Eline—, no hagas que me arrepienta.

—Tus deseos son órdenes para mí —rio este, lanzándole una mirada que decía mucho más que sus palabras.

—Era una advertencia. —Arrugó la frente molesta—. El deseo no tiene nada que ver aquí.

—No hablaba de ese… deseo, pero lo has dicho tú.

—Si es que no cambias —bufó.

—Y así se termina lo que parecía ser una tregua entre ellos —añadió Olin, que los había estado escuchando, con diversión.

—Es que no pone de su parte —protestó Eline.

—El problema es que tú no quieres lo que pongo —rio Arik.

—Eres un vulgar.

—¿Ahora que he dicho?

Por la sonrisa en sus labios, lo sabía perfectamente, así que la volva decidió no responder. No le apetecía seguirle el juego, aunque tenía que admitir que le estaba ayudando a olvidarse de lo que había detrás de ellos. Incluso si era a su costa, las bromas en ese momento se agradecían. Y solo por eso, no se lo tendría en cuenta.

—Atentos al camino —gruñó el mayor de todos ellos, que veía cómo el día se oscurecía a cada paso que daban—. Me temo que no vamos a poder ir tan lejos como había planeado. Tenemos que encontrar un lugar seguro cuanto antes. No me gusta lo que se avecina. —No hablaba solo de la tormenta, aunque, por sus miradas cautelosas al cielo, pudiese parecerlo.

—Hay una cadena montañosa no lejos de aquí —sugirió Mael—. Quizá encontremos donde guarecernos.

—Guíanos —asintió Olsen.

—No me quejaría si diésemos con una cueva —señaló Arik mientras espoleaba al caballo para que avanzase más rápido—. Estaríamos secos y podríamos protegernos de los que nos siguen. Todo ventajas.

—Conformaos con un risco que nos evite lo peor de la tormenta —repuso el sajón—. Hace tiempo que no vengo, pero recuerdo que no era tan grande como para albergar un refugio de esa envergadura.

—Si puedo permanecer seco —añadió Olin—, me vale.

No tardaron en ver las primeras rocas, que señalaban el inicio de la cadena. A medida que se acercaban, crecían en tamaño, pero no lo suficiente para encontrar un hueco en ellas. Buscaron, no obstante, un saliente que los resguardase de la lluvia y que les proporcionase protección extra.

Sin embargo, no tuvieron ocasión de alcanzarlo porque se toparon con un grupo de cuatro hombres frente a ellos y con otro de

seis detrás. Definitivamente, habían estado esperando refuerzos.

—Entregadnos al sajón y os dejaremos ir —gritó uno de ellos por encima de la tormenta.

—Si buscáis un rescate —dijo Olsen en respuesta—, con este no lo obtendréis. No lo vale.

Habían oído hablar de grupos de daneses que se secuestraban sajones de las casas más pudientes para luego pedir oro por ellos. Pensando en la discreción de la misión, Mael no había llevado su mejor armadura, pero ir acompañado de tres vikingos fuertemente armados los había alertado.

—Eso lo decidiremos nosotros —insistió el hombre.

—Tendremos que dispersarnos —susurró Olin, después de una mirada de su hermano—. No podremos con ellos si los enfrentamos.

—No —dijeron las völur a la vez.

—Es la única forma —corroboró Arik.

—Y yo debería ir solo —anunció Mael—. Me seguirán a mí. Conozco estas tierras, puedo despistarlos y la tormenta me ayudará.

—Todos sabemos hacia dónde debemos ir —les explicó Olsen—. Nos reuniremos en el último pueblo sajón antes de la frontera con Danelaw. Arik, te llevas a Eline. Olin, tú con Maren. Iré contigo —se dirigió a Mael— y después nos separaremos para que no sepan qué rastro deben seguir.

—¿Qué cuchicheáis ahí? —gritó el portavoz—. Parecéis viejas. ¿Nos lo entregaréis o tendremos que ir a por él?

—Como he dicho, no lo vale —anunció Olsen—. Pero si queréis venir a por él, no os lo pondremos fácil.

—En ese caso… —Miró hacia sus compañeros y dio una orden silenciosa.

Los hombres se acercaron poco a poco a ellos, tratando de cercarlos para cortar su posible huida. Ninguno de ellos se movió, esperando a que Olsen les diese la señal. Arik había sujetado las riendas del caballo de Eline y la mantenía suficientemente cerca de él como para guiarla cuando llegase el momento. Olin había hecho lo propio con las de Maren. Solo tendrían una oportunidad para escapar y no podían fallar.

—¡Ahora! —anunció Olsen de repente.

Las tres parejas se dispersaron en diferentes direcciones, lo que provocó desconcierto entre los daneses, que esperaban una pelea, y les dio un valiosísimo margen para huir. Para cuando estos lograron organizarse, estaban suficientemente lejos como para poder despistarlos con facilidad.

El grueso del grupo danés persiguió al sajón, que era el que les interesaba capturar. Mael y Olsen se mantuvieron a la par varias millas, con seis hombres tras ellos. El vikingo se dejaba guiar por él, que los llevó hacia una zona con árboles frondosos con la intención de ocultarse entre ellos para poder separarse sin que sus perseguidores supiesen qué camino tomaba cada uno. Acabarían encontrando el rastro, por supuesto, pero les resultaría complicado averiguar cuál era el que les interesaba. Esa era la estrategia que habían elegido, la única forma en que podían vencer a diez oponentes.

—Nos veremos en la frontera —anunció el primero en cuanto quedaron ocultos a la vista—. Ten cuidado.

—Cambiemos los caballos —sugirió el vikingo bajando del suyo, aprovechando que tenían algo de tiempo antes de que los alcanzasen—. Y cúbrete la cabeza para que no sepan a cuál de los dos deben seguir. Les obligaremos a separarse de nuevo.

—Te seguirían a ti porque llevas mi montura —dudó—. Yo puedo despistarlos, conozco estas tierras.

—Nos han perdido de vista, no se arriesgarán a elegir la presa incorrecta —negó—. Sé cómo piensan y se dividirán para ir tras ambos. Es nuestra mejor oportunidad. Cuantos menos sean, más fácil será despistarlos.

—De acuerdo —cedió después de pensar en ello. No le gustaba saber que Olsen se convertiría en un objetivo, pero sabía que tenía razón.

Los caballos relincharon durante el intercambio, nerviosos. La cabalgata los había alterado, pero la tormenta que ya estaba casi sobre ellos no mejoraba su ánimo. Ni el de los hombres que los montaban.

—No te arriesgues sin necesidad —le advirtió Olsen.

—Tú tampoco.

—Nadie te juzgará si decides regresar a Sussex en lugar de seguir hacia el norte —añadió, con cierta cautela, para evitar ofenderlo con la sugerencia—. Godric no imaginaba que te estaba enviando a un lugar tan peligroso cuando te sugirió acompañarnos. Supongo que no pensó que iríamos más allá de la frontera. Danelaw no es seguro para ti, Mael.

—Seguiré adelante. —Se negó a retroceder. Había tomado una decisión y no se retractaría.

—¡Buena suerte! —gritó Olsen por encima de un trueno antes de alejarse al galope.

Mael lo siguió con la mirada por un momento, antes de escapar en sentido contrario. Y entonces, comenzó a llover.

Capítulo 9

Apenas veía por dónde iba, la cortina de lluvia intensa la cegaba. El dolor en el muslo le impedía moverse con la rapidez que hubiese deseado, pero, al menos, seguía viva. Por un momento, había pensado que no lo conseguiría.

No sabía el tiempo que había permanecido en el hueco de la roca hasta que pudo reunir fuerzas para salir, pero se había hecho de día —ignoraba en cuántas ocasiones, pues la inconsciencia se había apoderado de ella varias veces—, incluso si la tormenta se empeñaba en mantenerlo todo en semipenumbra. Se habría quedado a resguardo si pensase que podría soportar el frío que le había calado los huesos, pero la única forma de combatirlo era moverse, por más que la herida le palpitase con cada paso.

No conocía el terreno, lo que añadía más dificultades a su avance, pero eso no la detuvo porque sabía que la estarían buscando. Después de matar a dos de sus hombres, no la dejarían ir sin más. Puede que los hubiese despistado al esconderse, pero no estarían lejos y darían con ella si no se hacía con un caballo con el que poder alejarse más rápido. El problema era que no podía regresar —aunque fuese tan tentador robarles el animal en sus propia narices—, pero tampoco sabía a dónde dirigirse para seguir buscando.

Suponía que sus amigas podrían estar en las tierras que les habían otorgado a los daneses tras el final del conflicto, pero, por lo que había oído, era un lugar basto y poblado. Le llevaría meses recorrerlo entero, así que necesitaba prepararse antes: ropa adecuada, comida, armas… Y no tenía nada, salvo la espada que se había llevado en su huida y que, por el momento, le servía de improvisado bastón.

—Un paso cada vez —susurró, antes de continuar.

Primero despistaría a los daneses, después buscaría un refugio decente donde revisar bien la herida y, por último, pensaría en la mejor forma de seguirles la pista a las völur. Tres brujas vikingas no pasarían desapercibidas. Alguien tendría que haber oído hablar de ellas o haberlas visto en algún momento. Solo debía cuidarse de los que pretendían apresarla.

Por suerte, la lluvia había decidido darle una tregua, así que ya no tenía que preocuparse de eso mientras durase la calma. Quizá, incluso podría entrar en calor, si escampaba el tiempo suficiente para que su ropa se secase. Suponía un alivio después de tantas horas caminando bajo un torrente de agua interminable, aunque las nubes oscuras en el cielo le decían que no se acomodase demasiado.

De repente, escuchó el ruido de cascos que se acercaban. El pánico se apoderó de ella un instante, antes de entrar en acción y buscar un lugar donde ocultarse. Si eran ellos, no les daría la oportunidad de atraparla otra vez. No tardó en divisar al jinete y, cuando su mente registró que solo había uno, su cuerpo actuó por instinto. Se lanzó al camino sin pensarlo y asaltó al desprevenido hombre para sacarlo del caballo. Necesitaba aquel animal.

—Pero ¿qué demonios? —Escuchó el quejido mientras caía al suelo. Por suerte, el caballo se detuvo en cuanto se quedó sin guía.

—Lo siento —dijo sin demasiada convicción—, pero me llevo tu caballo.

—Lo siento —rebatió él, poniéndose en pie, dispuesto a impedírselo—, pero no.

—Lo necesito —insistió.

—Pues tenemos un problema, porque yo también. —Se aferró a su espada, preparado para desenvainarla.

Bera lo estudió con detenimiento, al tiempo que él hacía lo mismo con ella, midiéndose el uno al otro. Era más alto que ella y tenía un cuerpo cincelado por la espada, pero no era un vikingo, por lo que, tal vez, no conocía la pericia de las mujeres de su pueblo en la lucha y eso le daría ventaja. Aun así, con la herida del muslo, no sería tan efectiva.

—Te dirigías al norte. —Cambió la estrategia—. Ahí es a donde debo ir. ¿Qué tal si compartimos montura?

—¿Qué tal si os dejo aquí? —Fue su alternativa—. No os conozco de nada y habéis intentado robarme. ¿Qué me garantiza que no lo intentaréis de nuevo en cuanto baje la guardia?

—¿Abandonarías a una mujer a su suerte? —preguntó. Después remarcó lo obvio, por si no lo había notado—. A una mujer herida.

—Al parecer, no lo suficiente como para no desmontar a un hombre sin problemas.

—Tengo resistencia. —Lo vio mirar hacia atrás, como si le preocupase algo, y quiso aprovecharlo en su favor—. Sé luchar, podría ayudarte con eso de lo que estás escapando.

—¿Qué pasa con lo que os hace huir a vos?

—Ahí, podrías ayudarme tú.

Pero no tuvo ocasión de responder porque el sonido de más caballos acercándose a gran velocidad lo interrumpió. Bera lo escuchó maldecir antes de que tirase de ella hacia el caballo. Las flechas comenzaron a volar cuando ya estaban sobre el animal y el hombre lo azuzaba para que corriese.

—Agáchate —le dijo, a pesar de que ya lo había hecho.

Bera no conocía aquellas tierras; ni las costumbres o a su gente, pero sabía las intenciones de los vikingos al viajar tan lejos, desafiando embravecidos mares: riqueza y poder. Nada les gustaba más que eso y, si lo perseguían, es que debía ser alguien importante allí. Quizá, con suerte, habría oído algo sobre sus amigas o sobre el hombre que las había secuestrado, así que necesitaban escapar para preguntarle después; pero no tenía ni idea de cómo ayudarle, salvo intentando no estorbar.

No tardó en comprender que las flechas iban dirigidas al caballo y que el hombre hacía todo lo posible para evitar que lo alcanzasen. Lo querían con vida, lo que confirmaba su primera impresión de que buscaban un rescate.

—Hacia los árboles —gritó. Para acabar con aquella loca carrera, tenían que despistarlos.

—Hay un río ahí abajo —negó—. Nos despeñaríamos.

Continuó por el camino, con las saetas silbando cerca de sus piernas. Solo la pericia del jinete lograba evitarlas, pero sería

cuestión de tiempo que una diese en el blanco. Esa no era la solución.

—Seguir en el camino es peligroso —insistió.

—¿Creéis que no lo sé? —protestó él.

No había terminado de pronunciar la pregunta cuando una flecha provocó que las patas del caballo fallasen y que su cabeza acabase chocando contra el suelo, enviándolos a ellos varios metros por delante.

El dolor en el muslo estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento, pero se obligó a ponerse en pie para recuperar la espada antes de que los alcanzasen. El hombre tomó su brazo con fuerza y tiró de ella una vez más para alejarla del camino. Ahora, sin montura, se dirigió al bosque al que no había querido ir antes. Bera no supo lo que se proponía hasta que vio que no reducía la velocidad al alcanzar el pequeño acantilado que daba paso al cauce del río.

—¡Ni se te ocurra! —gritó, justo antes de que el suelo se terminase bajo sus pies. Ni siquiera tuvo tiempo para coger aire. Por suerte, sabía nadar.

Las gélidas aguas le cortaron la piel y el aliento, pero no dudó en bracear para evitar hundirse de nuevo. Tenía que salir de allí antes de que se le congelasen los músculos y no le respondiesen como era debido, pero debía encontrar al sajón, que no había vuelto a asomar la cabeza después de sumergirse la primera vez. Era una carrera contra el frío y, de eso, sabía un poco.

—Por todos los dioses, ¿dónde está? —Le temblaban los labios al hablar y casi no sentía el cuerpo, pero, por si eso no fuese suficiente, los vikingos aparecieron en la orilla en ese momento. No le quedaba demasiado tiempo.

Sabía que se estaban gritando los unos a los otros para organizarse, pero no podía oír lo que decían. La corriente apagaba sus voces, aunque no dudaba de sus intenciones: estaban buscando la forma de capturarlos sin tener que mojarse. Y, aunque se podría haber alejado de allí y dejar al hombre a su suerte, este no la había abandonado cuando falló el caballo, por lo que se sentía en deuda.

Se metió bajo el agua por enésima vez y dio con él, para alivio de su maltrecho cuerpo. Lo arrastró a la otra orilla y así ganar tiempo. El frío le había insensibilizado la zona de la herida, lo que le permitió moverse con bastante soltura y rapidez.

Una vez fuera del agua, continuó tirando de él hasta un lugar que los resguardase de la vista de sus perseguidores, que estaban organizándose ya para vadear el río e ir a por ellos. Le revisó la lesión y, por suerte, solo era superficial. La flecha le había abierto la piel, pero no se había clavado en ella. Había sido muy escandalosa, pero poco peligrosa. Aun así, se la vendó con parte de su propia camisola para cortar la hemorragia, antes de intentar despertarlo y huir. Cuanta más distancia pudiesen poner entre ellos y los que los seguían, mejor porque ninguno estaba en condiciones de luchar por su vida.

—Tenemos que alejarnos del río y buscar refugio —dijo cuando el hombre abrió los ojos por fin—. No tardarán en cruzar. He perdido la espada en el agua y la tuya se quedó en el caballo. No podremos defendernos, así que levántate y larguémonos.

Lo exhortó a ponerse en pie, esperando que se despejase lo suficiente como para servirle de apoyo. La pierna le palpitaba, ahora que los músculos empezaban a calentarse, y se resentiría si tenían que avanzar a marchas forzadas.

—Sería mejor que os quedaseis aquí —le sugirió—. Me buscan a mí, así que me seguirán y os dejarán en paz.

—No te he sacado del agua para que te sacrifiques por mí ahora —lo retó—. Además, tú eres el que conoce estas tierras, tenemos la ventaja de nuestro lado.

—¿Por qué querríais ayudarme? —Se movió, aunque la pregunta insinuase desconfianza—. Ya no tengo el caballo.

—Lo hago por tu cara bonita, sajón —replicó, señalando el camino para que el hombre le indicase por dónde ir. No le apetecía seguir hablando mientras los buscaban vikingos con la clara intención de atraparlos.

Puede que a él lo quisiesen vivo para pedir un rescate, pero ella les daría igual. Ya había sido esclava una vez, no le apetecía repetir. Lo siguió en silencio, observándolo todo a su alrededor para evitar

sorpresas. El hombre conocía el terreno, pero ella sabía cómo actuaban sus congéneres. No la pillarían desprevenida.

—Además —añadió minutos después—, también estoy huyendo de alguien. Tu ayuda será tan estimable como lo habría sido el caballo.

—Me ayudáis en vuestro beneficio. —Aquello pareció tranquilizarlo.

—No te ofendas —sonrió mirando atrás—, pero no eres tan guapo.

—Lo habéis dicho vos —se defendió.

—Y tú te lo creíste. —Alzó las cejas, sin abandonar la sonrisa.

—No he dicho…

—Engreído —lo interrumpió. A pesar de las bromas, su vista paseaba por cualquier punto donde pudiesen estar esperándolos para emboscarlos.

—Yo no…

—Engreído —canturreó, dejando escapar otra sonrisa.

Continuaron caminando en silencio, abandonando el río para adentrarse en una arboleda tan densa que les resultaría útil para esconderse de sus perseguidores. Bera procuró no quejarse, pero la pierna protestaba por ella.

—No tienes que bajar el ritmo por mí, sajón —le dijo—. Estoy bien.

—La sangre en vuestra pernera no dice lo mismo.

—Estoy bien, sajón —repitió. Aun así, cuando se ofreció para que se apoyase en él y poder mantener la velocidad, no se negó.

—Por cierto, tengo nombre. Es…

—Ya me lo dirás cuando estemos a salvo —lo cortó.

Bera notó la curiosidad del hombre, pero no se explicó. Estaba concentrada en no desfallecer. Si salían vivos de esa situación, entonces harían las presentaciones. Antes de eso, no tenía sentido. No quería tener que recordar el nombre de otra persona muerta más. Ya tenía una pequeña lista en su haber y no pretendía ampliarla.



Ya oscurecía cuando divisaron la granja. Habían conseguido despistar a los daneses un par de horas antes y las luces de aquel lugar se les antojaban el paraíso.

—Esperad aquí —susurró él—. Hablaré con el granjero. A ver si podemos pasar la noche en el granero.

—Suena estupendo. —Dejó escapar un quejido mientras se sentaba en el suelo, apoyando la espalda en uno de los tantos árboles que bordeaban el lugar. Estaba al límite de su resistencia, pero jamás lo diría en voz alta. Su orgullo se lo impedía. Había estado en peores situaciones y sabía que podría con ello si conseguía una buena noche de descanso.

Mientras el sajón hablaba con aquella familia, Bera cerró los ojos y se concentró en calmar cada parte doliente de su cuerpo. Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de caminar tantas horas sin que le fallase la pierna, porque en ese momento apenas la sentía. Quería comprobar cómo estaba, pero no se atrevía a hacerlo hasta saber si podrían pasar la noche allí. Si debían seguir moviéndose, prefería no saber todavía lo que había debajo de la tela. Si lo ignoraba, podía seguir forzándose.

—Tenemos suerte. —La llegada del sajón la sobresaltó. Se reprendió por haberse relajado tanto que ni había notado su presencia. De haber sido otros, estaría en problemas —. Podemos dormir esta noche en el granero. Y nos dará algo de comer también.

—Magnífico. —Aceptó la ayuda que le ofrecía para ponerse en pie—. Comida en el estómago y un lugar calentito donde descansar. No podría pedir nada más.

—No estar herida, tal vez —sugirió él, sujetándola por la cintura, como había estado haciendo las últimas horas.

—Tampoco abusemos de nuestra buena suerte.

Cuando estaban a unos pasos del hombre, que los esperaba con una bandeja en las manos, el sajón susurró:

—Por cierto, cree que sois mi esposa.

—¿Qué?

—Era la única forma de que no sospechase de vos —le explicó con rapidez—. Por aquí desconfían de los vikingos.

Quería replicarle que podía haber dicho que era su hermana o su prima, pero no tuvo tiempo porque el hombre se adelantó para saludarla.

—Gracias por permitirnos dormir aquí —le dijo.

—Estáis herida, mi señora.

—No es grave —mintió, deseando que fuese cierto.

—Os traeré agua limpia y una botella de licor para que podías limpiarlo. —Antes de que pudiese negarse, ya se alejaba en dirección a la casa.

—Parece que le habéis caído en gracia.

—Todos me adoran —respondió, buscando un lugar en el que sentarse y reposar la pierna.

—Deberíamos presentarnos, antes de que regrese —sugirió, mirando hacia la casa—. Me llamo Mael.

—Bera —señaló ella.

—¿Bera? —La miró con sorpresa—. ¿Os llamáis Bera?

—No es tan raro —se quejó, sintiéndose ofendida.

—Os he estado buscando.

Capítulo 10

—¿A mí? —Aquello la alertó y retrocedió algunos pasos para defenderse, en caso de que fuese necesario—. ¿Y por qué me buscarías tú? Ni siquiera te conozco.

—Viajaba con dos mujeres —explicó, alzando las manos al ver cómo se había tensado—: Maren y Eline. —Notó la sorpresa que le produjo la revelación, pero como no le dijo nada, Mael decidió continuar hablando—. En realidad, son tres hermanas, pero Liv sigue en Sussex.

—Ellas nunca se separan. —Desconfió.

—Bueno, Liv ahora está casada y…

—Las völur no pueden casarse —lo interrumpió.

—No sé cómo eran las cosas en vuestro país de origen, pero aquí, para ellas, han cambiado un poco.

—Jamás dejarían de lado sus dones —insistió.

—No lo han hecho. Por eso estamos aquí, buscándoos.

—¿Y dónde están? Porque solo te veo a ti. Un sajón que bien podría estar mintiendo.

—Éramos un grupo de seis. Tres vikingos, ellas y yo. Os habían… Ellas habían soñado con vos o algo de eso. Creían que estabais en peligro y querían rescataros. Sabían dónde habíais estado por unas piedras o… huesos. —Arrugó la frente al comprender que cada vez sonaba menos creíble —. Mirad, solo he tenido un trato más cercano con Liv porque está bajo mi protección, así que no sé cómo funcionan los dones de las otras dos. Supongo que vos me lo podríais explicar mejor, puesto que sois amigas.

—Ellas no se separarían nunca —repitió, al comprender lo que había querido decir.

—Ya os he dicho que las cosas aquí son diferentes. No tenéis por qué creerme, pero ¿cómo podría saber vuestro nombre sino? Según

entendí, lleváis poco tiempo en estas tierras, no podría saber nada de vos si no hubiese hablado con ellas antes.

Bera permaneció inmóvil tanto tiempo que Mael creyó que se había quedado dormida de pie y con los ojos abiertos. Carraspeó, buscando otra forma de convencerla de que decía la verdad, pero ella se le adelantó.

—¿Por qué no están contigo?

—Tuvimos que separarnos cuando los vikingos nos atacaron —admitió a desgana—. Pero tenemos que reunirnos en el último pueblo sajón junto a la frontera danesa. Creían que os estaban llevando al norte y pensábamos seguiros. Si venís conmigo, os reencontraréis.

—Y si me estás mintiendo y pretendes venderme, te lo habré facilitado al acompañarte por propia voluntad.

—¿Por qué habría de querer venderles algo a esos salvajes? —preguntó ofendido—. Mi deseo es que abandonen estas tierras, no engrosar sus filas.

—Y, aun así, viajabas con cinco vikingos.

—Leif y su gente se ganaron el derecho a vivir aquí con la ayuda que nos han prestado todos estos años. No tengo nada en su contra. Además, una de las personas más importantes de mi vida es una de ellos ahora. Solo por eso, les ayudaría en todo lo que necesitasen.

—Y dices que te reunirás con ellos en un pueblo cerca de aquí. —Al menos parecía dispuesta a pensárselo.

—Con más urgencia que nunca porque el plan es seguir hacia el norte para buscaros. Debemos evitar que entren en tierras danesas. La situación está tensa y no querría que se complicase, pudiendo evitarlo.

—Sin caballo no será rápido —señaló.

—Hablaré con el granjero.

Como si nombrarlo lo hubiese atraído, el hombre llegó con lo que había prometido. En esa ocasión, lo acompañaba una mujer.

—Ella es mi esposa Willa —la presentó. Después miró hacia Bera para continuar—. Os ayudará.

—Gracias —dijo esta.

Mael le advirtió con la mirada que no dijese nada que los delatase. Le estaba recordando así que para ellos eran esposos. Aprovechó el momento para comentarle el asunto del transporte en privado a Edgar.

—Necesitamos llegar a Northwich cuanto antes —dijo, una vez fuera—. El carro en el que viajábamos sufrió una caída y no pudimos salvar a los animales.

—Me temo que solo tengo un viejo caballo de tiro que uso para labrar la tierra y del que no puedo prescindir. No os llevaría muy lejos, de todas formas, si no lo dirijo yo. Es muy testarudo.

—¿No hay nadie cerca que pueda venderme alguno? Se lo pagaría bien.

—El pueblo más cercano está a un día en carreta —dijo, después de sopesar las opciones—. No sé lo que os llevaría a pie, pero con vuestra esposa herida…

—No tenemos otra opción. Es imperioso que lleguemos a tiempo.

—Debo revisar la linde de mis tierras —sugirió tras un pequeño silencio—. No pensaba ir mañana, pero lo podría hacer. Os acortaría un poco el viaje.

—Sabré compensaros por ello —le agradeció el gesto. Si conseguían una montura al día siguiente, sería perfecto.

Por suerte, todavía conservaba la bolsa con las monedas que se había llevado con él en previsión de situaciones de aquella índole. Puede que más al sur su reputación fuese suficiente, pero no tan cerca de Danelaw.

—Saldremos al alba —informó el granjero—. No quiero pasar mucho tiempo lejos de casa. Son tiempos peligrosos y no me gusta dejar sola a mi esposa.

Mael guardó silencio, rezando para que aquellos que los perseguían no lograsen seguir su rastro hasta allí. Después de la ayuda que les estaban prestando, no quería que les hiciesen daño. Tampoco quería preocupar a la familia, por lo que pensó que sería mejor que no supiesen nada.

—Gracias por todo —se limitó a decir antes de regresar al establo.

Bera se había vestido con ropa limpia y ambas mujeres estaban recogiendo las vendas ensangrentadas. Al verlo, la joven golpeó la

bala de heno seco en la que había estado sentada ella mientras le limpiaban la pierna.

—Tu turno —le dijo.

—Solo ha sido un rasguño —se quejó cuando ella quiso sacarle los pantalones.

—Será mejor desinfectarlo o podría empeorar —insistió —. Vamos, esposo, no seas tímido. No veré nada que no haya visto antes. —No le pasó desapercibida la burla en la voz, pero hizo lo que pedía—. Podéis volver con vuestro esposo, Willa, yo me ocupo del mío. Gracias por todo. Dios os recompensará por vuestra generosidad.

En cuanto la mujer los dejó solos, Bera regresó la atención al muslo de Mael.

—¿Desde cuándo un vikingo cree en Dios? —preguntó, convencido de que ella no sabía nada sobre su religión. No debía haber tenido tiempo para eso.

—Hay que adaptarse para sobrevivir —respondió ella, mientras retiraba la venda. Asintió, conforme. A pesar del esfuerzo y de la suciedad del camino, tenía buen aspecto.

—A eso se le llama blasfemia.

—Llámalo como quieras —dijo, antes de echarle alcohol en el corte sin avisar—. Esto te va a escocer, sajón.

—Se supone que debéis avisar antes —siseó y apretó los puños a ambos lados del cuerpo. Pero no se retiró, estaba acostumbrado al dolor.

—¿Nos conseguiste montura? —Ignoró la protesta y le limpió la zona.

—No exactamente. Edgar nos llevará hasta el límite de sus tierras. Después tendremos que caminar.

—Podría haber sido peor. —Empezó a vendarlo—. Me vendrá bien el descanso, de todas formas.

—Lo intentaré de nuevo en el próximo pueblo. Hay uno a un día de aquí. Con suerte, podríamos llegar mañana por la noche y conseguir alojamiento también.

—¿Cuánto tardaremos en encontrarnos con mis amigas?

—Un par de días, si puedo comprar un caballo.

—¿Por qué solo uno? —Ahora sí lo miró.

—Porque no tengo suficientes monedas. Se suponía que el viaje no duraría tanto ni subiríamos tan al norte. En las tierras sajonas del sur me conocen y bastaría con mi palabra para que nos ayudasen, pero aquí… Ya he tenido que pagar algunos favores. Por suerte, no perdí la bolsa en el río, así que podremos conseguir una montura para ambos.

—También podríamos robarla.

—Esta gente lo está pasando mal —aseveró con enfado —. No seré yo quien les complique más la vida. Puede que los daneses no veáis el robo como…

—Primero —lo interrumpió—, no soy danesa, sino noruega. Y segundo, eres tú el que dice que debemos llegar a tiempo.

—No a costa de los sajones que se ganan la vida honradamente —remarcó.

—De acuerdo, señor de los justos. Aunque no lo creas, a mí tampoco me gusta robar. —Se puso en pie y señaló a la derecha—. Te han traído ropa limpia. Deberías cambiarte. —Le dio la espalda, supuso que para que tuviese privacidad—. La comida ya se habrá enfriado.

—No tengo problema con eso —señaló—. He comido en peores condiciones.

—Y yo —murmuró ella.

Se alimentaron en silencio, sumidos en sus propios pensamientos. Mael planificaba la forma de llegar a Northwich sin dejar rastro y la mente de Bera había viajado al pasado, cuando conoció a las Landvik.

La habían acogido como a una hermana más y se había propuesto cuidar de ellas para compensar el cariño que le habían dado. Por eso se había embarcado en aquella odisea al enterarse de que las habían secuestrado. Tampoco tenía nada que la atase al hogar. Si acaso lo podía llamar así. Su padre nunca la había tenido en cuenta, por ser mujer. No importaba cuánto se esforzase para impresionarlo, para él, nada era suficiente. Ni siquiera cuando superó a alguno de sus hombres en la liza. Y su madre, la única

persona que la había querido aparte de sus amigas, había muerto tiempo atrás. Nadie la echaría de menos si se marchaba.

—Deberíamos intentar dormir un poco. —Mael habló a su lado—. Edgar quiere partir al amanecer.

—Ve acostándote —le dijo—, yo voy fuera a mear. —Al ver cómo se le coloreaba el rostro, Bera sonrió—. ¿Acaso te he escandalizado, sajón? ¿O es que pensabas que las vikingas no hacemos esas cosas?

—Ha sido la forma tan directa en que lo habéis dicho — se defendió.

—Es una necesidad natural en los humanos —insistió, al tiempo que se dirigía a la salida—. Si también tienes que vaciar la vejiga, no me sigas. Por muy natural que sea, no es algo que me apetezca compartir contigo.

Mael sabía que se estaba burlando de él, pero el calor en sus mejillas se intensificó con el último comentario. Nunca había conocido a una mujer tan desinhibida como ella. Ni tampoco que lo tratase con aquella confianza sin conocerlo. De hecho, aparte de su familia, la única que lo hacía era su amiga de infancia, Ivalyn. La confianza cultivada durante tantos años le otorgaba ese privilegio. No le molestaba que Bera lo hiciese, solo le resultaba desconcertante.

Aprovechó la ausencia de la joven para acondicionar un lugar donde dormir. El granjero le había permitido usar la paja seca para crear un lecho cómodo, así que hizo dos, tan cerca como pudo, sin que pareciese que pretendía algo más con ella. Lo hacía por si tenían una visita inesperada, pero trató de mantener cierta sensación de intimidad. Ya podía imaginar los comentarios de la joven si notaba algo raro.

—¿Qué es eso? —preguntó ella nada más entrar en el establo. Señalaba a las camas improvisadas.

—Debemos mantener las apariencias, así que no puedo separar más los… —Se interrumpió al ver que Bera añadía más paja entre los lechos—. ¿Qué estáis haciendo?

—Si alguien entrase de improviso, notaría la separación, por muy sutil que haya quedado —le explicó—. Vayamos a dormir, sajón. Mañana nos espera un día muy largo.

—Me llamo Mael —le dijo mientras se tumbaba—. Por si se os había olvidado.

—Ya lo sé, sajón —le respondió, recostándose.

Mael guardó silencio, aunque hubiese preferido responder a lo que le había parecido una provocación, cuando la sintió más cerca de lo que había esperado. No sabía si lo hacía para cubrirlos si los visitaban durante la noche o por el simple hecho de molestarlo más, y eso lo mantenía en tensión. Aquella mujer lo desconcertaba.

Cerró los ojos, dispuesto a ignorarla, y trató de dormir. En algo tenía razón Bera, les esperaba un día difícil. Varios, de hecho, porque hasta dar con el resto serían vulnerables. No solo por los que lo perseguían a él, sino también por culpa de aquellos de los que huía ella. Si ambos grupos los encontraban, estarían en apuros.

—¿Qué hacéis? —La tensión, que se había ido deshaciendo poco a poco, regresó con más fuerza, al notar cómo la joven lo rodeaba con los brazos.

—Shh, calla y duerme, sajón. —Se apretujó más contra él mientras hablaba, buscando una postura cómoda.

—Pero…

—Hace frío —lo interrumpió—. No te preocupes, no te violaré. Al menos, esta noche —añadió en un susurro, pero Mael estaba seguro de que pretendía que lo escuchase. ¿El motivo? Quizá, incomodarlo. O puede que fuese siempre así con todo el mundo—. Relájate, hombre, solo bromeaba.

Aun así, le costó dormirse.

Capítulo 11

—Todavía no hay señales de los demás —informó Arik al regresar al cuarto que habían pagado al doble de lo que valía, solo por ser vikingos.

Al menos, en aquella posada, les permitían la entrada. Cuando llegaron al pueblo, tuvieron que pasar la primera noche en el bosque, al cobijo de los árboles, porque nadie los quería cerca. Pero al hombre que regentaba aquel lugar solo le interesaba cuántas monedas podía sacarles, así que, después de que le jurasen que no buscaban líos, les ofreció una habitación.

—Pues no nos queda mucho dinero después de pagarle al dueño por dos noches —se quejó Eline—. Si no aparecen pronto, nos tocará buscar refugio fuera otra vez.

—¿Ves cómo fue buena idea compartir cuarto? —Sonrió con picardía.

Lo habían discutido antes de decidirse a pedir uno solo. Eline no quería compartirlo con él. No porque desconfiase de él, sino porque lo hacía de sí misma. Haberlo visto tan entregado a la hora de mantenerla a salvo después de que se separasen del resto había acabado barriendo cualquiera de las objeciones que había tenido sobre él. Puede que, en cuestión de mujeres, fuese demasiado promiscuo, pero era un gran guerrero y un buen hombre. Tenía todo lo que le gustaba, salvo la costumbre de acostarse con todas las que se lo permitiesen. Aunque ese era un punto determinante para ella, cuanto más tiempo pasaban juntos, más deseaba que no fuese tan mujeriego.

—Claro —bufó—. Y que solo tenga una cama fue casualidad, ¿verdad?

—Es lo que nos dio el hombre. —Levantó los brazos en señal de inocencia—. Quizá crea que estamos juntos. Como irradiamos esa

atracción sexual tan grande…

Aunque no dejaba de lanzarle aquellas pullas, ahora era consciente de que formaba parte de su personalidad. No es que fuese a rechazarla si ella se lo proponía, pero sabía que no intentaría forzar la situación. Eso también lo había comprendido en aquellos tres días que llevaban vagando por el bosque.

—Eso lo harás tú. —Por si acaso, se alejó un poco de él. Después volvió a la carga—. ¿Qué vamos a hacer si no aparecen pronto?

—Aparecerán —respondió, ya serio—. Es muy posible que el camino que tomaron haya sido más largo y, por eso, todavía no están aquí. O quizá hayan tenido que dar un rodeo.

—¿Y si les ha pasado algo?

—Olin es listo. Sabrá mantener a tu hermana a salvo. Y el que se haya atrevido a enfrentarse a Olsen —dijo con diversión— ya se habrá arrepentido.

—¿Y Mael? Se iban a separar.

Era al sajón a quien buscaban, por lo que suponían que lo seguirían a él. Yéndose solo podría despistarlos con más facilidad, pero también corría el riesgo de que lo emboscasen y no pudiese defenderse.

—Debería regresar a Sussex, pero algo me dice que no lo hará. Es un hombre de honor. —La miró por un momento, antes de continuar—. Si tan preocupada estás, ¿por qué no usas tus poderes? Seguro que sabrás más que lo que pueda averiguar yo preguntando.

—Me da miedo lo que pueda ver. Quiero decir, si están en apuros… —No terminó la frase.

Había estado tentada a hacerlo la última noche antes de llegar a Northwich, pero no estaba segura de querer saber si su hermana corría peligro porque no había nada que ella pudiese hacer al respecto. Y eso la aterraba.

Una cosa era separarse de Liv, sabiendo que estaría bien con Edric, y otra perder a una de ellas para siempre. No se imaginaba una vida sin que sus hermanas estuviesen cerca. Si Maren necesitaba ayuda y ella no se la podía ofrecer, no creía poder soportarlo.

—Estarán bien —le aseguró.

—No puedes saberlo.

—Claro que puedo. Conozco a Olin.

Muchas cosas podían salir mal, aunque el hombre estuviese preparado para enfrentarse a quien fuera.

—¿Quieres bajar a cenar o prefieres que suba algo? — Cambió de tema para que dejara de preocuparse. También él lo estaba, pero no quería empeorarlo. Por eso, intentaría tranquilizarla hasta que ambos se convenciesen de que no pasaría nada malo.

Sabía que separarse había sido la mejor opción y que el resto sabría apañárselas, pero no se relajaría hasta que estuviesen de nuevo todos juntos. No era seguro viajar tan al norte solos y menos siendo nórdico. La desconfianza que se respiraba en el ambiente le decía que podrían tener problemas, y no solo con los daneses. Ya había visto a algunas personas cuchichear cuando lo veían pasear por el pueblo y prefería no tener que enfrentarse a nadie antes de que los suyos llegasen.

—Quizá sea mejor no tentar a la suerte —sugirió ella.

—De acuerdo. Volveré con un festín para dos.

—No gastes mucho —le advirtió—. Lo necesitaremos.

—Ya hablamos como un matrimonio, querida —rio.

Al salir en ese momento, no vio la cara que Eline puso por el mote o, tal vez, habría preferido quedarse y tentarla con algo más que comida.

—No seas estúpida —se dijo, una vez sola—. Arik no va a cambiar por ti.

Se paseó por la alcoba, nerviosa. No había podido olvidar el beso que le había robado aquella noche en el castillo del conde, incluso si sabía que él no le habría dado ninguna importancia. Besaba a tantas mujeres, que una más no le supondría ninguna diferencia. Pero, para ella, había sido el primero y se le había grabado a fuego en la memoria.

Se frotó los brazos, recordando cómo se sentía cada vez que la tocaba cuando entrenaban con los puñales. Muy al contrario de lo que había pensado cuando se lo sugirió, no había intención sexual en las lecciones, pero sentía que la seducía de igual manera. En alguna ocasión, incluso, se había visto atraída sin motivo, buscando

el contacto con él. Y no es que él la incitase, sino que era su propio cuerpo el que la traicionaba.

Ahora estaban solos y Arik se desvivía por cuidarla, lo que lo hacía más tentador. Y, aunque intentaba no caer en sus redes, el hombre lo estaba logrando sin siquiera molestarse. Demasiado fácil se lo ponía. Por suerte, él no parecía darse cuenta de su dilema, lo que le permitía fingir que no pasaba nada.

Escuchó ruido tras la puerta y, aunque no quería salir y exponerse a los sajones, cuando el alboroto aumentó, abrió la puerta con cuidado para investigar. La gente corría hacia las escaleras y los siguió, temiendo que hubiese algún problema. Pero, al alcanzar los primeros peldaños, vio a Arik rodeado de hombres, mientras se afanaba en sostener una bandeja con lo que, suponía, era su cena.

—No quiero problemas —decía el rubio.

—¿Por qué habríamos de creerte? Eres danés.

—Soy noruego —remarcó—. Pero…

—Robas, quemas y violas —escupió uno de los hombres —. ¿Qué importa de dónde vengas?

—Por supuesto que importa —intervino Eline entonces. No se detuvo a pensar en las consecuencias, pues también ella era extrajera en aquellas tierras, pero no permitiría que acusasen a Arik de algo que no había hecho—. ¿Es que no lo reconocéis, acaso? ¿O sois tan ingratos que habéis olvidado quién le proporcionó al rey de Wessex una flota tan poderosa que mermó la capacidad de los daneses de atacar las costas? —Empezó a bajar las escaleras en cuanto tuvo la atención de todos. Estaba empleando el influjo de las völur para que no pudiesen apartar la mirada de ella—. ¿Habéis olvidado quién luchó junto a los sajones en la batalla que os consiguió la paz de la que disfrutáis ahora? ¿Así se lo agradecéis? —La duda asomó a los ojos de algunos, así que prosiguió—. Este hombre es uno de los guerreros de Leif Erickson. No llegaron aquí para conquistar sino para encontrar un hogar. El rey Alfred les concedió las tierras en las que viven. Ahora pertenecen a este lugar. Han luchado bajo su estandarte y han sangrado por él. Por vosotros. Les debéis respeto y gratitud, no acusaciones y desconfianza.

Sus palabras enmudecieron a los alborotadores y Arik aprovechó el momento para acercarse a ella.

—Impresionante —le susurró, al tiempo que la instaba a regresar al cuarto. No quiso tentar a la suerte con uno de sus comentarios socarrones, así que la siguió hasta el piso superior, sin dejar de mirar a los sajones, y antes de entrar, añadió—: Solo queremos comer algo y descansar. Cuando lleguen nuestros amigos, nos iremos a casa. Prometido. No buscamos líos.

Una vez en la alcoba, Arik colocó la bandeja en la mesa. Había logrado mantener el contenido en cada recipiente y se sintió orgulloso de ello:

—Fíjate, ni una gota fuera.

—¿Crees que estaremos bien aquí? ¿Deberíamos irnos?

—¿Después de tu discurso? —La miró con diversión—. Lo más probable es que hagan una fiesta en nuestro honor.

—¿Por qué siempre tienes que bromear con todo? —se molestó—. ¿Nunca te tomas nada en serio?

—Me tomo en serio tu seguridad —constató, lo que provocó que el corazón de Eline se alterase—. Pero veo que te sabrías defender bien tú solita. Has sido increíble. Si les hubieses pedido que se pusiesen a bailar, lo habrían hecho.

Por un momento, había sentido miles de alas en el estómago, pero el vikingo lo había estropeado con su siguiente comentario. Y, aunque le había gustado ver la admiración en sus ojos, prefería al hombre sarcástico. Así le resultaba más fácil mantenerse lejos de él.

—No funciona así —le explicó, aunque no se lo hubiese pedido—. Puedo influir hasta cierto grado, pero no puedo obligarlos a hacer lo que quiero.

—Si creyesen en el poder de las völur como hacemos los vikingos, te aseguro que lo habrías logrado. Tienes fuerza, Eline. Más, incluso, que yo.

—Tu fuerza es de otro tipo —refutó.

—Mi fuerza no me habría librado del escarnio ahí abajo —le recordó—. La tuya nos ha salvado a los dos.

—Pero no lo haría en una lucha cuerpo a cuerpo.

—Y, por eso, practicamos todos los días con los puñales —señaló—. Hablando de eso…

—Primero cenemos —lo cortó. No estaba segura de que fuese buena idea tenerlo tan cerca después de lo que había dicho. Todavía sentía un calor extraño en el pecho por las palabras que le había dedicado. Si el Arik mordaz y sarcástico la desesperaba, el amable y halagador le derretía el corazón. Y no podía permitírselo.

—Mañana pensaba buscar a los demás —comentó Arik después de tragar un bocado especialmente grande—, pero tendría que alejarme un poco del pueblo.

—Vale.

—Pero no quiero dejarte sola —añadió—. Que los hayas impresionado esta noche no quiere decir que ya no vayan a dar problemas. No me fío de ellos.

—¿Entonces?

—Tendrías que venir conmigo.

—¿Es buena idea? Quiero decir, tenemos el cuarto pagado por dos días. ¿No nos echará el posadero si nos vamos?

—No debería, aunque, después del caos de antes, no me extrañaría que lo aprovechase en su beneficio.

—¿No creerás que nos pedirá que nos vayamos ahora? —se preocupó. Habían pagado mucho dinero y sabía que no se lo devolvería.

—Depende de lo que estén hablando los alborotadores. Es posible que esta noche no nos pueda tocar, pero…

Dejó la frase sin terminar y Eline la completó por él en la mente. «Mañana no tendremos dónde dormir».

—Venga. —Arik se puso en pie—. Entrenemos.

—Si esta va a ser la única vez que podamos dormir en un lugar en condiciones, prefiero aprovechar la cama.

—Si es lo que quieres… —El tono que usó para decirlo alertó a Eline.

—Para dormir, Arik —protestó.

—Claro, claro. Para dormir —rio, antes de acomodar las sillas cerca de la chimenea—. Estaré atento para que no se apague el fuego. Tú descansa.

La volva lo vio recostarse en las sillas y comprendió que le estaba dejando la cama a ella. Un gesto muy noble por su parte, del que prefirió no hablar. Se metió bajo la manta con rapidez, después de quitarse el vestido, aprovechando que el hombre le daba privacidad al cerrar los ojos.

—Buenas noches —susurró.

—Descansa, Eline.

Que la llamase por su nombre le afectó. No diría que no. Cuando Arik se olvidaba de la vena pícara, se volvía muy irresistible. Permaneció en silencio, fingiendo que dormía, mientras en su mente se repetían las palabras de su hermana una y otra vez. Las mismas que le había dicho ella para que se acercase a Olin. Si el rubio vikingo que se removía en las sillas no fuese un mujeriego, quizá habría seguido su propio consejo.

—No es justo que tengas que dormir en las sillas —dijo, sin pensar demasiado en ello, después de unos minutos de silencio en los que Arik seguía buscando una postura cómoda— cuando hemos pagado por el cuarto más de lo que vale. La cama es grande, podemos compartirla. Si prometes mantener las manos quietas. —Sintió la necesidad de aclararlo, no solo por él, sino también por sí misma y por lo que llevaba sintiendo desde hacía unos días.

—¿Y si no lo prometo? —bromeó este, sin moverse.

—No seas tonto y ven a la cama. Mañana, quizá, ya no esté disponible y tengamos que volver al bosque.

Arik se puso en pie y estiró los músculos entumecidos. No negaría que dormir en una cama le apetecía bastante, pero saber que Eline estaría al alcance de la mano resultaría demasiado tentador. No obstante, él no era uno de esos santos de los que hablaban los cristianos, así que no dudó cuando ella lo invitó a acompañarla. Tampoco lo hizo para quitarse la ropa, antes de meterse bajo las mantas. Le sorprendió que la volva no protestase.

—Mantente en tu lado. —Fue lo único que le dijo.

Y lo haría, por supuesto, aunque el calor que llegaba del extremo donde yacía Eline el resultase tan embriagador. Le cosquilleaban los dedos por acariciar la piel suave y sedosa de la joven. No había podido olvidar el sabor de sus labios y el deseo de volver a probarlos

crecía a cada minuto que pasaba y escuchaba su respiración agitada. Aquella iba a ser una noche muy larga.



Apenas había logrado relajarse lo suficiente como para cerrar los ojos e intentar dormir, cuando sintió que su compañera de cama se movía, lo que lo despejó de golpe. No porque no pudiese hacerlo, sino porque lo había hecho en su dirección. Ahora, el costado de Eline se pegaba al suyo de una manera demasiado dolorosa para la inacción que se había prometido mantener. Pero cuando la volva apoyó la mano en su pecho, no pudo guardar silencio:

—Me lo estás poniendo muy difícil, preciosa.

—Si me vuelves a llamar así, cambiaré de opinión —lo amenazó.

—¿Qué?

—No voy a suplicar, Arik —le dijo mientras le acariciaba el pecho de manera tosca e inexperta—. Lo tomas o lo dejas.

—Lo tomo —sentenció al comprender lo que le estaba ofreciendo.

Se giró con tal rapidez que, antes de que Eline emitiese el grito de sorpresa, ya estaba sobre ella y buscaba su boca en la oscuridad. El beso que le robó fue impetuoso y torpe por el deseo de abarcarlo todo en poco tiempo. Había tenido demasiadas ganas de ella en los últimos días.

—¿Estás segura? —Se obligó a preguntarle para rebajar la intensidad. No era una mujer experta, capaz de soportar cualquier embate. Necesitaba ir despacio con ella.

—No, pero quiero hacerlo de todos modos. Tal vez así se acabe la tensión entre nosotros.

—No es…

—No hables más y bésame, Arik —le exigió, nerviosa.

Le había costado tomar la decisión, pues seguía pensando que se merecía a un hombre fiel, pero la atracción entre ellos era demasiado evidente y no quería arrepentirse de no haber aprovechado la ocasión, en algún momento del futuro. Solo tendría

que recordarse a sí misma que aquello se convertiría en la única noche con él. Que no habría más.

Por suerte, el hombre obedeció y, en cuanto tuvieron los labios ocupados, Eline dejó de pensar en las consecuencias y se concentró en lo que le hacía sentir.

Se le escapó un gemido cuando Arik deslizó la boca por su cuello y dejó un rastro húmedo en la piel expuesta que iba liberando de la camisola poco a poco. Cuando alcanzó el pezón endurecido, se arqueó hacia él en busca de más.

—No sabes cuántas noches he soñado con esto, Eline — le susurró al oído, después de dejar el lugar a su mano, que acariciaba el pecho casi con devoción—. Con tenerte bajo mi cuerpo, con saborear cada parte del tuyo, con escucharte gritar mi nombre cuando te corras.

—Arik… —empezó a protestar.

—No me calles, Eline —pidió—. Necesito decírtelo aquí o ya no lo haré nunca.

—Dímelo con hechos, no con palabras. —Tiró de él para que la besase y el hombre no se hizo de rogar. Le arrebató el aliento con un nuevo asalto.

Una de sus manos descendió por el vientre de la volva y alcanzó el lugar entre las piernas que le dio la bienvenida con una humedad excitante que casi le hizo terminar antes de empezar siquiera. Los sonidos que emitía ella no ayudaban tampoco a controlarse.

—Divina —susurró con admiración.

Introdujo un dedo en ella para probarla y dejó ir un gemido gutural de placer al notar cuán apretada estaba. No le interesaban las vírgenes, pues la falta de experiencia le aburría, pero con Eline no le pasaba eso. A ella quería enseñarle a disfrutar, a descubrir el placer que un hombre y una mujer podían sentir juntos.

Descendió con la boca por su estómago, dejando besos a lo largo de aquella piel que ahora ardía con sus atenciones. Ignoró la orden que Eline le dio sin palabras, al sujetarle el pelo con ambas manos, de no avanzar más. Quería hacerlo, quería que ella sintiese su lengua donde antes había tenido los dedos. Quería absorber su sabor, hacerlo suyo, como la haría a ella justo después.

—No seas vergonzosa —le dijo—. No hay nada de malo en lo que estamos haciendo. Y te lo voy a demostrar.

Con la cabeza entre sus piernas, jugó con ella hasta que la tuvo gimiendo y gritando su nombre con desesperación. Pero ya no le pedía que parase, sino que siguiese hasta el final, hasta ese punto de no retorno del que nada sabía ella, pero sí su cuerpo.

—Déjate ir, cariño —la instó, justo antes de chuparle el clítoris una vez más para ayudarle a llegar al orgasmo.

—Arik. —Eline tembló por la oleada de placer que la recorrió y, por un momento, no fue consciente de nada más que de su propio cuerpo elevándose a lo más alto.

Para cuando regresó a la cama donde el vikingo la esperaba, este ya se había situado sobre ella una vez más y la besaba, al tiempo que buscaba su abertura con la punta de su miembro erecto.

—Intentaré ir despacio —dijo él con una voz tan ronca que casi logra hacerla subir de nuevo en aquella ola que no parecía querer abandonarla todavía.

—No, por favor —le rogó, avariciosa. Quería más de lo que ya había obtenido.

—Podría lastimarte. —Si se lo pedía de nuevo, cedería.

—Por favor.

Y Arik se enterró en ella. No con brusquedad, pero con decisión. Hubo un momento de tensión mientras se habría paso, pero la resistencia desapareció cuando Eline fue a su encuentro. Por un momento, mientras se movía sobre ella, sintió que la conexión iba mucho más allá de lo físico, de la unión de dos cuerpos que se deseaban. Y sintió miedo.

—Arik —gritó ella, aferrándose a su espalda cuando un nuevo orgasmo la alcanzó.

El vikingo olvidó sus temores y la embistió varias veces hasta llegar, entre gemidos de placer, al éxtasis más brutal que había obtenido nunca.

Capítulo 12

Se despertó sola y, por un momento, se sintió decepcionada.

—¿Qué esperabas? —se reprendió a sí misma—. ¿Que se enamoraría de ti solo por haber compartido una noche? Seguramente ya esté buscando a la próxima.

Se levantó molesta. Con él, por haberse ido sin despertarla, pero, sobre todo, con ella por hacerse ilusiones. Cuando tomó la decisión de acostarse con él, lo había hecho a sabiendas de que no se repetiría. Al menos, no como a ella le habría gustado. Habían hecho el amor en dos ocasiones, antes de dormirse abrazados, y ambas habían sido mejor de lo que se había imaginado. No se arrepentía de haberlo elegido como el primero, pero ahora tendría que lidiar con las consecuencias de sus actos.

La noche anterior habían hablado de salir a buscar a sus compañeros, así que recogió sus pertenencias antes de salir del cuarto. Si no podían volver a él más tarde, mejor que no se les quedase nada olvidado allí.

Estaba hambrienta, así que se acercó al posadero para ver si podía conseguir algo para desayunar. Y, quizá, también para llevárselo en su expedición. Puede que fuese su última oportunidad de comer algo caliente.

—Buenos días —saludó al hombre.

Todavía recordaba lo perdida que se había sentido en su llegada a la isla. Solo podían comunicarse con los daneses que las habían secuestrado y veía que no tenían escapatoria. ¿Cómo se comunicarían con los sajones si conseguían huir? Por eso, se había afanado en aprender su idioma en poco tiempo. Con una mente entrenada como la suya, no le había resultado difícil. A ninguna de las tres.

—Si buscáis a vuestro esposo, está peleando con algunos ahí fuera. —La respuesta del hombre no fue lo que ella esperaba recibir.

—No es mi… —Se detuvo al procesar el resto de la información—. ¿Peleando?

Antes de que le pudiese responder, ya caminaba hacia la salida con un único pensamiento en mente: detener aquella locura. Sin embargo, una vez fuera, descubrió que la pelea era consentida. Un Arik sudoroso y con el pecho descubierto les estaba enseñando alguna técnica de combate cuerpo a cuerpo a unos aplicados aprendices. La mayoría demasiado jóvenes, que lo miraban con admiración. Podía entenderlos, pues también ella quedó deslumbrada con las vistas. Aunque no por sus movimientos, precisamente.

Rememorar lo que habían hecho en la cama le calentó las mejillas y tuvo que apartar la mirada para evitar quedar en evidencia delante de tantos testigos. Decidió regresar a la posada para seguir con el plan inicial, pero alguien la detuvo al saludarla:

—¿También vos participasteis en la batalla de Ethandun? —El sonrojo del joven la sorprendió—. He oído decir que las mujeres vikingas son guerreras también.

—Algunas sí —asintió—, pero yo no.

—Entonces, no estuvisteis en la batalla.

—No en el campo luchando, pero sí estuve allí.

—Vaya —respondió con admiración—. Habíamos oído hablar de Leif Erickson y sus hombres, pero nunca llegaron tan al norte, así que no sabíamos que Arik era uno de ellos. Lo defendisteis bien.

—Solo constaté un hecho.

—Seguro que, si quisierais, podríais ser una guerrera tan buena como él.

—La lucha con armas no siempre es la respuesta.

—Pero podríais serlo. —La miró con embeleso.

—Podría. —Estaba claro que no aceptaría otra respuesta, así que le dio la razón.

—¿Es cierto…? —Se detuvo, con el rostro más rojo todavía, antes de intentarlo de nuevo—. ¿Es cierto lo que dicen de que las vikingas no se guardan para el matrimonio?

—Es cierto, pero a esta en concreto no te la llevarás a la cama, así que ya te estás largando. —Fue Arik el que le dio la réplica, mientras rodeaba la cintura de Eline en un gesto posesivo que le dijo más al muchacho que cualquier palabra que pudiese pronunciar.

—No sabía… yo no pretendía… lo siento.

—¿Qué te pasa? —Eline lo enfrentó, molesta por aquella actitud—. No tenías por qué ponerte así. Solo hablábamos. ¿Acaso quieres que empiecen a pensar de nuevo que eres tan bruto como creían anoche que eras? Se supone que debemos llevarnos bien con ellos mientras no llegan los demás, pero lo has asustado.

—Ese no estaba siendo solo amable contigo, Eline —repuso—. Quería algo más de ti.

—¿Y a ti qué te importa lo que quiera o no de mí?

—Solo le explicaba que no estás disponible para él.

—Eso no lo sabes. —Era cierto, pero no pensaba darle la razón.

—Desde luego que lo sé. Ahora eres mía.

—Que soy… Yo… No puedes estar hablando en serio. — Le costaba hablar después de oírle decir aquello—. ¿Así que soy tuya, eh? ¿Desde cuándo? No, no respondas. No quiero saberlo. Mejor dime, ¿y tú serás solo mío también? O tendré que compar…

—Sí —la interrumpió.

—¿Qué?

—Que si el precio por que nadie más te tenga es que no me acueste con otras mujeres, lo pagaré con gusto.

Eline se quedó muda con aquella confesión. Hasta que el enfado empezó a crecer en su interior al comprender que no le estaba hablando de amor, sino de posesión. Que se creía con derecho a decidir solo por haber sido el primero.

—Si crees que me conformaré con calentarte la cama…

—También yo te la calentaré. —Se le acercó—. Por eso no te preocupes.

—Si crees que me conformaré con calentarte la cama — empezó de nuevo, hablando más despacio para que le prestase atención—, estás muy equivocado. Te lo dije una vez y te lo repetiré, por si se te ha olvidado. Lo quiero todo o no quiero nada, Arik. Así que, si no

estás dispuesto a darme tu amor, ya te puedes ir por donde has venido porque no me interesa.

—Anoche no parecías pensar lo mismo. —La siguió al ver que se alejaba.

—Anoche solo quería saber qué me estaba perdiendo — le dijo con toda la rabia posible para que no descubriese la mentira en sus palabras—. ¿Cómo sabría, si no, la diferencia entre acostarme con un hombre por diversión y hacerlo por amor? Gracias por ser tan concienzudo, ahora ya sé lo que debo buscar en una relación a largo plazo. Con otro hombre.

Entró en la posada antes de que le pudiese dar la réplica, aunque se moría por escuchar que aquel comportamiento se había debido a los celos y no a un simple reclamo de macho alfa. «Estúpida», se dijo, «deja de hacerte ilusiones».



Deberían haber salido los dos, tal como lo habían hablado la noche anterior, pero Arik no estaba seguro de que ella quisiese verlo en ese momento. Al menos, sabía que no iba a tener problemas quedándose en la posada. Después de la vehemente intervención de Eline, los sajones del pueblo se habían desvivido por pasar tiempo con él. Cuando aquellos muchachos le pidieron una demostración, no dudó. Quizá su ego, algo subido por aquel entonces, había ayudado, pero también quería enseñarles algunos trucos. Viviendo cerca de la frontera con Danelaw, no les vendrían mal.

Todo iba bien hasta que aquel joven se había acercado a Eline y había pretendido llamar su atención. Pensar que la podría conseguir le calentó la sangre hasta cegarlo por completo. Ni siquiera lo había pensado: solo actuó. Y ahora, ella estaba enfadada, incluso después de decirle que renunciaría a las demás por ella.

—¿Quién entiende a las mujeres? —rumió.

—¿Hablando solo, Arik?

El aludido se giró hacia la voz, con un puñal en la mano y preparado para desenvainar al espada si lo necesitaba.

—Buenos reflejos —añadió Olsen—, pero podría haberte matado varias veces en los últimos cinco minutos. No me impresionas.

—Podrías haberlo intentado —enfundó la daga.

—Lo habría logrado. Ni me has sentido llegar —le recriminó—. Te he ensañado mejor que eso, muchacho.

—¿Vienes solo? —Cambió de tema. Lo último que necesitaba ahora era la bronca del viejo vikingo.

—¿No han llegado los demás?

—Estamos solo Eline y yo. —Y le habría gustado seguir así un día más para poder hablar con ella, pero con Olsen cerca, se escudaría en él para no tener que lidiar con lo que había pasado entre ellos en aquella cama.

Y él no podía sacárselo de la cabeza.

—Llegarán —sentenció el hombre—. Volvamos con la muchacha. No deberías haberla dejado sola.

—Es más capaz de lo que crees —la defendió—. Ayer me salvó de darle una paliza a unos cuantos sajones.

—¿No sería al revés?

—Ya te gustaría.

Reemprendieron la marcha hacia el pueblo.

—Espero que te hayas portado bien con ella, Arik.

—No hemos hecho nada que ella no haya querido, amigo mío. —Y no mentía—. Aunque es posible que esté enfadada conmigo por un desafortunado comentario que le hice esta mañana.

—Ninguna novedad, pues.

—¿Algún problema por el camino? ¿O has logrado que dejasen de seguirte por lo aburrido y gruñón que eres?

—Me he deshecho de algunos. —No entró en su juego—. Pero no todos me siguieron a mí cuando nos separamos.

—Mael sabrá apañárselas.

—Me preocupa que no hayan llegado ya.

—Por eso mismo los estaba buscando —asintió.

—¿Eso hacías?

—¿Quieres darme una tregua? Desde que has llegado solo has sabido regañarme por todo.

Olsen no dijo nada más, pero Arik no creía haber logrado que lo dejase. Seguramente estaría esperando la siguiente oportunidad para recriminarle algo. Y normalmente se lo tomaría a broma, pero ahora solo podía pensar en Eline y en la forma de hablar con ella sin que el viejo sospechase nada. Porque, aunque odiase admitirlo, desde que la había tenido en los brazos y la había oído gritar su nombre al correrse, no podía pensar en otra cosa que no fuese repetirlo.

—¿Cuándo habéis llegado? —preguntó Olsen un tiempo después.

—Hace dos noches. La primera nadie quiso hospedarnos en el pueblo, pero ahora hemos podido pagar un cuarto —le informó—. Y, después del discurso de Eline de anoche, no creo que hay problema en que pillemos otro para ti.

—No será necesario. Estaré de guardia.

—¿No piensas dormir?

—Si mañana no han llegado todavía, saldremos a buscarlos. —Lo señaló—. Tú y yo.

—No podemos dejar a Eline sola.

—¿No dices que los sajones son amistosos?

—Sí, pero no pienso dejarla atrás.

Olsen gruñó, lo que no le aclaró nada a Arik. Aunque intuía que estaba cambiando los planes, ahora que disponía de aquella información, y que no tardaría en exponérselos.

—Mira. —Se le adelantó—. Aunque saliésemos a buscarlos, no podríamos estar seguros de qué ruta han seguido. Llevo dos días intentando averiguarlo, pero este lugar es demasiado vasto y no lo conocemos bien. Nos guste o no, solo podemos esperar.

—Les daremos dos días —sentenció después de pensar en ello.

—Podemos seguir haciendo guardias. Por si acaso.

Su propuesta recibió otro gruñido, aunque esta vez pudo determinar que estaba de acuerdo con él. En ocasiones, era fácil interpretarlo.

Divisaron el pueblo a lo lejos y Arik sintió el impulso de cabalgar más rápido, pero se contuvo para no levantar sospechas. Si Olsen se enteraba de lo que había pasado entre ellos, le daría otra charla. Una que no estaba dispuesto a escuchar.

—¿Estás seguro de que no querrás un cuarto? —le dijo.

—Lo quiero —sentenció el hombre—. Y tú te quedarás en él conmigo.

—¡Eh! No me mires así. Cuando llegamos, no confiaban en nosotros y el posadero abusó de ello. Nos cobró el doble.

—Estoy seguro de que intentaste convencerlo de obtener dos cuartos —ironizó el mayor.

—Piensa lo que quieras, viejo, pero después de que nos rechazasen en las demás posadas, solo por ser vikingos, no estaba dispuesto a perder la única en la que teníamos alguna posibilidad.

Aquel tercer gruñido lo sacó de quicio, pero no pudo replicar porque se encontraron con una Eline que salía de la posada con una sonrisa en los labios que le quitó el aliento.

—Olsen —lo saludó—. Empezaba a temer que ninguno llegase ya. ¿Vienes solo?

—Ya llegarán, no te preocupes.

—Eso espero.

Arik sabía que lo estaba ignorando a propósito y, si no le preocupase que el viejo le diese una paliza, la habría besado allí mismo para hacerla partícipe de lo que su sola presencia le provocaba a él.

—Entremos —les sugirió, en cambio—. No sé vosotros, pero yo me muero de hambre.

Y aunque Olsen no era el hombre más hablador, los otros dos lograron mantener una conversación bastante inofensiva que evitase que el mayor sospechase algo. Eline, incluso, le había sacado información sobre la ruta que tomó hasta llegar a Northwich.

De hecho, la tranquilizó lo suficiente como para atreverse a escudriñar el futuro, por si descubría algo sobre los demás. Con aquella excusa se retiró al cuarto una vez terminaron la comida. Necesitaba calma y silencio para entrar en trance.

Arik, por su parte, informó a Olsen de que se quedaría frente a la puerta por si la mujer necesitaba algo. Después de lo que le había pasado a Maren aquella vez que habían combinado poderes, prefería no correr riesgos con ella.

—Estará bien —dijo el mayor—, pero quédate cerca. Yo daré una vuelta a ver qué averiguo.

—Si tienes problemas, recuérdales que eres uno de los hombres de Erik. Parece que su fama a llegado hasta aquí. —Olsen gruñó de nuevo, antes de marcharse—. Lo que le cuesta a este hombre hablar.

Subió las escaleras y se situó frente al cuarto. Arrimó la oreja por si podía escuchar algo, pero solo había silencio tras ella. Estuvo tentado a entrar, pero se mantuvo fuera. Solo lo haría si presentía algún problema. Se sentó en el suelo y se apoyó contra la puerta. Cerró los ojos y, aunque no pretendía dormirse, lo hizo.



—Maren y Olin están cerca. —Eline abrió la puerta para buscar a los vikingos y contarles lo que había visto y algo la golpeó en los pies. Descubrió que era Arik, que había perdido el punto de apoyo cuando ella se lo retiró—. ¿Qué estás haciendo ahí?

—Vigilar que nadie entrase mientras estabas ocupada.

—¿Por qué soy solo tuya? —protestó.

—Porque una vez dijiste que eras vulnerable cuando usabas tus poderes —replicó mientras se ponía en pie.

Eline se arrepintió de su arrebato porque notó que Arik estaba dispuesto a continuar aquella conversación y, ahora que estaban solos, era la mejor oportunidad, pero no sabía si estaba preparada para ello.

—Siento lo que dije antes. —No se había equivocado—. Bueno, no lo siento, porque en realidad es cierto. Ahora que te he tenido en mi cama, no quiero a nadie más en ella.

—Eso no es lo que dijiste, Arik.

—Puede que no, pero es lo que siento. —Dio un paso hacia ella. El mismo que retrocedió ella.

—Lo que pasa es que te gusta la idea de ser el único para mí —lo acusó—. Al menos, hasta que te canses y encuentres a otra que te divierta más.

—No…

—Ya te lo dije, Arik. O lo obtengo todo o no quiero nada. No hay nada más que discutir.

—¿Por qué tenemos que complicarlo, Eline? Lo pasamos bien anoche, ¿por qué tenemos que ponerle nombre o darle sentimientos? Solo…

—Porque yo no quiero ser una más —lo interrumpió—. No quiero perder mis mejores años en tu cama para encontrarme un día sola y sin posibilidades de formar una familia. No es complicado, Arik. Me quieres para todo o te buscas a otra que te caliente el lecho. Yo no estoy dispuesta a eso.

—Eline. —Extendió una mano hacia ella.

—No. —Retrocedió—. Lo siento, Arik, pero no lo acepto.

—Estoy siendo sincero contigo. ¿Acaso no es eso más importante? ¿Prefieres que te diga que te amo cuando no es verdad?

—Prefiero que me lo digas si es verdad. O que te alejes si no lo es.

Arik se volvió hacia la puerta, dispuesto a irse, pero se lo pensó mejor y regresó con ella:

—Me gustaría poder decirte que tendrás mi amor algún día, pero…

—El gran Arik no puede concentrar su amor en una sola mujer —ironizó ella—. Me sé el cuento.

—Pues no lo sabes bien —dijo, irritado. Y frustrado.

—Explícamelo, Arik. Si crees que estoy equivocada, dime qué es lo que no sé.

El hombre se paseó por el cuarto y se pasó las manos por el pelo para intentar tranquilizarse. Eline supo que estaba teniendo una lucha consigo mismo y le preocupó lo que estuviese a punto de contarle. ¿Tan terrible era?

—No creo que pueda volver a amar a nadie —le confesó.

—¿Qué?

Había dicho «volver a amar», lo que significaba que ya lo había hecho una vez y, por un momento, Eline sintió celos de la mujer que había obtenido su corazón. Y también sintió odio por ella, porque

parecía habérselo roto en demasiados pedazos como para que el hombre lograse recomponerlo.

—Era joven cuando pasó. Yo… creía que sería para toda la vida. Incluso estaba dispuesto a luchar por ella cuando no lo teníamos fácil. Bueno, era la hija del jefe y yo un bastardo sin futuro, así que… No, no era fácil.

Eline recordó cuánto le había afectado que lo llamase así y se arrepentía de ello. Cargar con un estigma, del tipo que fuese, ya era suficientemente duro, sin que te lo recordasen.

—¿Qué pasó?

—La historia resumida es que ella no me amaba y que yo quedé como un idiota al desafiar a su prometido. El jefe me expulsó y tuve que subsistir de migajas durante un tiempo. Era un bastardo sin patria, así que nadie confiaba en mí y no podía ganarme la vida honradamente. Los dioses saben que lo intentaba.

—Arik…

—No quiero tu lástima, Eline. Te lo estoy contando para que me comprendas. Nadie más que tú lo sabe y espero que siga siendo así.

—Yo… —No sabía qué decir. En asuntos del corazón era una inexperta.

—A Leif lo conocí dos años después —continuó sin que ella tuviese que añadir nada—. Fue el primero y el único que me dio una oportunidad. El único que creyó en mí cuando me acusaron de haberla matado. Dijeron que había sido en venganza por rechazarme —bufó—. No volvimos a vernos después de mi expulsión. ¿Cómo iba a acabar con su vida?

—¿Se supo quién la mató?

—Algunos dicen que se quitó la vida porque su esposo era cruel con ella. No pudo darle hijos. Yo la habría aceptado igual. —Eso último lo susurró, pero Eline lo escuchó.

—¿Todavía la amas? —le costó pronunciar las palabras. Porque, por más que se negase a admitirlo, ella podría llegar a amarlo a él y no podía soportar la idea de que no tendría ninguna posibilidad de conquistarlo. ¿Cómo podría luchar contra el recuerdo de una mujer muerta?

—No se puede amar a alguien que te ha traicionado.

—Por cómo hablas, diría que sí se puede.

—Mi amor por ella murió el mismo día en que se rio de mí en público. El día en que me llamó bastardo estúpido y soñador. Me ridiculizó y permitió que su prometido y sus hombres me diesen una paliza que casi me mata —lo decía con voz monótona, pero Eline supo que todavía le dolía.

—No sé lo que se siente cuando te rompen el corazón, no soy experta en el tema, pero…

—No me rompió el corazón. Me lo apuñaló y después me tiró a la mierda para que me pudriese.

—Aun así, no puedes juzgar a todas las mujeres por lo que te hizo una.

—Si lo que buscas es sanarme, no lo conseguirás. No hay nada que curar. Puedo darte sexo del bueno, exclusividad, grandes momentos, pero nada más.

Mientras hablaba, sentía el peso del anillo en el cuello. Y el de la mentira en sus labios. Pero no se retractó. No estaba preparado para aceptar aquella realidad todavía.

—Entiendo que aquello te haya marcado, que hayas preferido una vida sin ataduras para no volver a sufrir. Entiendo que te engañes a ti mismo creyendo que estás mejor así —le dijo ella—. Pero no me digas que nunca te volverás a enamorar porque ni tú mismo puedes saberlo. Eso es algo que no se puede controlar. Incluso yo, que soy una novata en esto, lo sé. Es algo que surge sin más.

—Yo me encarga…

—Lo que tú tienes es miedo. —No le dejó terminar—. Sientes auténtico pánico a intentarlo y que funcione. A que te enamores de alguien y seas vulnerable de nuevo. Acepto que no vaya a ser conmigo, pero te puedo asegurar que un día caerás y no podrás evitarlo. Y compadezco a la mujer que se gane tu corazón porque tus traumas la harán sufrir. —Estiró la ropa, como si estuviese reuniendo fuerzas—. Y, ahora, si no te importa, saldré a recibir a mi hermana. La he visto y está a punto de llegar.

Salió del cuarto con toda la dignidad de la que fue capaz y lo dejó solo para que pensase en lo que le acababa de decir.

Capítulo 13

—¡Eline! —Maren se abrazó a ella—. Estás bien.

—Y tú también. —Sonrió—. Ya empezaba a preocuparme al ver que no llegabais.

—Olin quiso acercarse a la frontera por si oía algo sobre un grupo de vikingos con una mujer entre ellos. Pero fueron las runas las que nos dijeron lo que queríamos saber.

—¿Has podido averiguar algo?

—Algo ha debido cambiar porque ya no está rodeada de personas. Viaja con alguien, no sé con quién. Solo uno. Pero no parece correr peligro inminente.

—Eso es bueno. ¿Has podido averiguar hacia dónde va?

—¿Al norte? —dudó—. No reconocí el lugar.

—La encontraremos —añadió Olin, que había escuchado la conversación.

Arik se les unió en ese momento y saludó a su amigo con un par de fuertes palmadas en la espalda.

—Ya solo falta el sajón —dijo, ajeno a lo que habían hablado— y podremos ir a por la chica. ¿Qué? ¿Qué pasa? — añadió al notar que todos lo miraban.

—Ya no está con el grupo que la retenía a la fuerza —le explicó Olin—. Maren ha visto que ahora va sola.

—Con una persona —concretó la aludida—. Pero no sé quién es ni qué intenciones tiene.

—¿Sabemos, al menos, dónde está?

—No, no lo sabemos —respondió Eline.

Todavía estaba molesta con él, pero no quería que Maren lo supiese, así que le hablaría como si entre ellos no hubiese pasado nada. Era lo mejor.

—Entonces, estamos igual —sentenció el vikingo.

—Estamos peor —refutó Eline de mala manera— porque ahora no sabemos si irá a Danelaw o si nos buscará más al sur. Tampoco sabemos si esa persona con la que va es amigo o enemigo. Podría estar escoltándola o habérsela robado a los otros vikingos. Y no…

—Lo capto —la detuvo.

—¿Ah, sí? Porque no estoy tan segura de ello.

—Sí, Eline, me ha quedado muy claro lo que piensas. No tienes que repetírmelo.

Ahora también dudaba de si seguían hablando de Bera, pero no quería indagar sobre ello. No con su hermana y con Olin delante, al menos.

—¿Y mi hermano?

—Os estaba buscando —rio Arik—. No parece haberlo hecho muy bien si estáis aquí y él no ha vuelto todavía.

—¿Hablando de mí a mis espaldas, Arik? —El aludido lo atajó desde la derecha.

—Justamente les decía que estarías cerca —mintió sin remordimientos—. No se te escapa nada.

—Sí, claro —bufó Eline por lo bajo.

—¿No crees que Olsen sabía que estaríamos todos aquí? —la pinchó Arik, que la había escuchado.

—Lo decía por ti, imbécil.

—Vaya —Maren los miró a ambos—. Parece que nada ha cambiado por aquí estos días.

—Como si fuesen a cambiar algún día. —Atrás quedó la intención de que su hermana no sospechase que había algo más tras sus palabras.

Aunque quería hablar con ellos sobre Bera, prefirió irse a la posada. Necesitaba tranquilizarse primero o acabaría delatándose ella sola. Por desgracia, Maren la siguió.

—Os habéis acostado, ¿verdad? —le preguntó antes de que intentase cerrar la puerta para que no pudiese entrar con ella—. No me mientas porque sé cómo averiguarlo por mi cuenta.

—Pues averígualo.

—Creo que no me hace falta. ¿Tal malo fue? —Se sentó en la cama con ella.

—Fue estupendo. —¿Para qué negarlo si lo acabaría descubriendo de todas formas?

—¿Entonces?

—Entonces… Me dará exclusividad, si quiero tener más sexo con él, y buenos momentos en la cama y… todo lo físico que quiera obtener de él.

—Pero…

—No me dará su corazón.

—Y…

—Y no quiero aceptar, por muy tentador que sea, porque sé que podría enamorarme de él con mucha facilidad —dijo casi sin respirar— y entonces sería desdichada, mendigando un amor que nunca me va a dar.

—Eso no lo sabes.

—No quiero arriesgarme, Maren. No quiero despertarme dentro de unos años y comprender que he perdido tiempo y vida con un hombre que nunca me querrá.

—¿Por qué estás tan segura de que pasará eso?

—Porque… —Arik no quería que nadie más conociese esa parte de su pasado y Eline decidió respetarlo—. Lo sé y punto.

—Vale. —Maren supo entender su silencio y no insistió más al respecto.

—Quería saber lo que se sentiría teniendo su atención — le confesó—. Que me mirase y me agasajase a mí. Creía que conmigo podría ser diferente. Especial… Me equivoqué y ahora tendré que pagar las consecuencias.

—Ay, Eline. —La abrazó. No necesitó decir nada, pues ambas sabían que el corazón de la volva se había quedado con el vikingo.

—No pasa nada —dijo más para sí misma que para su hermana—. Sabré desenamorarme de él. Con lo estúpido que es, no será difícil. —Maren rio por su último comentario y acabó imitándola—. Liv y tú sois afortunadas.

—Estoy segura de que tú también lo serás. —La tomó de las manos—. Con Arik o con cualquier otro. Encontrarás el amor que buscas. Te lo prometo.



—Es mejor no separarse de nuevo —repuso Olsen. Se habían sentado en la mesa más discreta de la posada para cenar y planificar su siguiente movimiento—. Sé que sería más efectivo hacerlo, pero corremos el riesgo de que alguno tenga problemas y el resto no esté ahí para ayudarle.

—Opino igual —asintió su hermano—. El problema será decidir por dónde empezamos. Patrullar la frontera no es una opción. Somos muy pocos y el terreno es grande.

—Nosotras podemos seguir intentando averiguar algo más por nuestra cuenta. —Maren no quiso decir en voz alta lo de sus dones por si alguien estaba escuchando aquella conversación. Aunque parecían relajados después de que Eline les dijese quienes eran, no podían dar por hecho que todo estaba bien. El odio hacia los daneses estaba arraigado en aquellas tierras.

—Aunque me guste dormir en una cama cómoda —añadió Arik—, deberíamos ir pensando en otra alternativa para cuando llegue Mael. No deberíamos abusar de la hospitalidad de los lugareños. Si ven que nos quedamos demasiado, podrían cambiar de opinión sobre ser bienvenidos.

—Habéis luchado por ellos. No creo que…

—Seguimos siendo vikingos. —Arik interrumpió a Eline.

—Pero yo…

—Si abusamos —la cortó de nuevo—, habrá problemas.

—Podemos probar suerte en otro pueblo —intervino Olsen para acabar con la discusión—, aunque espero que la encontremos antes de eso. Si está con una única persona y se dirige al norte pensando que sus amigas están allí, el lugar más probable para cruzar la frontera es este.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó su hermano.

—Si el que la acompaña es un sajón que la está guiando, se lo recomendará como hizo Mael con nosotros. El conde no eligió este lugar al azar.

—De acuerdo. Entonces, ¿nos limitamos a esperar?

—Tampoco he dicho eso. Pero no nos alejaremos mucho. Al menos, mientras no llegue Mael o no nos diga otra cosa cuando ya esté con nosotros.

—Uno de nosotros debería regresar sobre nuestros pasos para buscarlo —le sugirió Olin—. Era a él a quien querían, seguro que han sido más persistentes.

—Cuenta con la ventaja de ser sajón —lo defendió Olsen —. Habrá sabido despistarlos.

—¿Y por qué no ha llegado todavía? —intervino Eline.

—Le daremos un día más —sentenció el mayor de los vikingos después de pensarlo—. Si para entonces sigue sin aparecer, buscaremos la forma de dar con él.

—Se nos acumulan los desaparecidos —bromeó Arik.

—Esto es serio —lo reprendió Eline—. Podrían estar en peligro.

—Una cosa no tiene que ver con la otra. Me lo tomo muy en serio.

—Pues no lo parece. Para ti todo es diversión y cero compromiso. Hay cosas más importantes que pasarse el día a bromas y risas.

—¿Crees que si no estuviese comprometido con la causa, estaría aquí, tan al norte, dispuesto a meterme en la guarida del lobo de ser necesario? Me estoy jugando la vida por ti… por vosotras, y no me oirás quejarme porque es lo que hay que hacer.

—Lo que tú digas —bufó. Sabía que estaba siendo injusta con él, pero seguía resentida.

—Deberías probar, Eline. Quizá te guste.

—Lo dudo.

—No sé qué está pasando aquí. —Olsen le lanzó una mirada severa a Arik, pues le echaba la culpa a él—. Y no me importa, mientras lo solucionéis. Tenemos que permanecer unidos, así que vais a subir a la… no, mejor vais a salir a dar un paseo y lo vais a hablar con calma. Y no volveréis hasta que lo hayáis arreglado. Ya —añadió la orden al ver que ninguno se movía.

Eline precedió a Arik, pero no se dignó a mirar hacia él, ni cuando salieron de la posada. Continuó caminando hasta que alcanzó el límite del pueblo. No porque quisiese hablar sin testigos alrededor, sino porque no quería hacerlo en absoluto. Ya le había dicho todo lo

que podía sin delatar lo que empezaba a sentir por él, así que lo único que necesitaba era despejar la mente y olvidar lo que había sucedido entre ellos la otra noche. Solo así podría convivir con Arik y evitar que su corazón no sufriese cada vez que lo viese con otra.

—¿Piensas dejar de andar en algún momento para que podamos hablar? —la increpó este.

—¡Oh! ¿Quieres hablar? —Se giró hacia él—. ¿Ahora le haces caso a Olsen?

—Siempre le hago caso. Es más viejo y más experimentado que yo.

—Pues, en este caso, se equivoca, porque tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—¿Eso crees?

—Por supuesto. Yo ya te he dicho lo que busco y tú me has dicho lo que puedes ofrecer. No es suficiente para mí.

—Quizá deba mostrártelo en lugar de decírtelo, preciosa.

—No me llames así. —Lo empujó con rabia—. No te atrevas a llamarme como a cualquiera de tus mujeres. Y no soy una más, maldita sea. —Continuó empujándolo—. Para ti, soy Eline. Y no puedes…

—¿Has terminado de golpearme? —la interrumpió.

—¡Oh, no! Acabo de empezar.

—Perfecto. —Entonces le sujetó los brazos a la espalda y le atacó la boca con voracidad.

Si la Eline tranquila le gustaba, la que lo enfrentaba sin miedo le aceleraba el pulso. Y, desde luego, le atraía mucho más. Aquella Eline que hablaba de una forma tan visceral era puro fuego y él quería arder en sus llamas.

—Suéltame —le exigió ella cuando se detuvo a respirar.

—Suéltate —la retó. Y Eline lo volvió a besar.

El vikingo le liberó los brazos para rodearle la cintura y atraerla hacia él, mientras emitía un gruñido de satisfacción, que rápidamente se convirtió en otro de dolor, cuando la rodilla de la volva lo golpeó en la entrepierna.

—¡Ala! —le dijo ella con satisfacción—. Ahí está. Olsen tenía razón, al final. Necesitaba esto para calmarme.

Recorrió el camino de regreso a la posada sin mirar atrás. Porque, si lo hacía, se arrepentiría de haber sido tan bruta. Sin embargo, Arik se lo merecía. Al menos, eso quería creer, porque la otra opción era que ella se lo había buscado por ignorar adrede que el hombre era un mujeriego que nunca cambiaría. Que era culpa suya por hacerse ilusiones y por pensar que ella conseguiría lo que las demás no habían logrado alcanzar: el corazón del guerrero.

Capítulo 14

Bera se tomó su tiempo antes de regresar con el sajón. Le ardía la pierna, pero se sentía vigorizada después del ascenso hasta el saliente. El hombre hubiera preferido cabalgar a su destino sin más, seguro de que llegarían sin problemas, pero ella conocía a los hombres que la estaban buscando. No creía que se hubiesen rendido. Y, si los que lo seguían a él eran igual de persistentes, el asunto se complicaba. No dejaría que los acorralasen. No estando ambos desarmados y heridos.

—Debería haber ido yo —repuso Mael cuando la tuvo al alcance de la voz—. Tenéis una herida en el muslo.

—Y tú también, sajón.

—La mía es superficial —se defendió.

—Y la mía ya está en proceso de curación. Pero no vamos a pelearnos por ver quién sufre más. Se me da bien escalar y quería comprobar algo. Tú pretendías moverte sin tomar precauciones. Con esas premisas, es justo que sea yo quien suba la loma. No te sientas menos hombre porque te haga el trabajo sucio, sajón. Las mujeres en mi tierra tienen mucho más poder del que puedas suponer.

—No es… Lo decía por vuestra pierna. —La señaló—. Se ha manchado de sangre.

Bera bajó la vista para comprobar que lo que decía era cierto, aunque ya lo sabía. Y no tenía que ver con la subida.

—Eso ha sido por el caballo —le restó importancia—. Ya está seca, de todas formas.

—Deberíais cambiaros la venda.

—Ahora mismo tenemos el camino despejado, es mejor que sigamos. Ya lo haré cuando lleguemos.

Mael quiso protestar, pero sabía que necesitaban alcanzar el pueblo cuanto antes. Sin él, los vikingos no estarían a salvo allí. No

por el odio de los lugareños hacia los daneses, sino por el miedo. Cualquier hombre era capaz de la más vil de las acciones cuando estaba asustado. Lo había visto en demasiadas ocasiones ya. Así que guardó silencio y subió al caballo antes de ayudarla a colocarse detrás suya. Cabalgarían lo más rápido que la montura se lo permitiese, incluso si su propia herida se resentía también, como lo había hecho la de su compañera.

Solo había ido una vez tan al norte, pero, por suerte, tenía un sentido de la orientación excelente y una memoria mejor todavía, así que recordaba el camino a Northwich. Si nadie les cortaba el paso, estarían allí antes del anochecer. Aunque tendrían que exigirles mucho a sus cuerpos.

—Tú dale, sajón —le dijo ella cuando se lo comentó—. Por mí no te preocupes. En peores situaciones me he visto.

Y no mentía. Siempre había sido una mujer valiente y decidida, por eso, no había dudado en emprender aquel viaje para rescatar a sus amigas. Sin embargo, no había sido como ella lo había imaginado. Durante su cautiverio, había sufrido muchas vejaciones y no fueron a más porque la primera vez que alguien lo intentó, acabó con una oreja menos. Pero los insultos, los golpes, las humillaciones… tardaría mucho en olvidar todo eso.

Durante el día podía ignorarlo, era fácil porque mantenía la mente ocupada, pero era la noche la que le traía pesadillas que la despertaban entre sudores fríos y latidos frenéticos. La noche anterior apenas había dormido para no asustar al sajón con los gritos que a veces se le escapaban. O, quizá, porque no quería tener que darle explicaciones. No le gustaba parecer vulnerable; su padre siempre lo había usado en su contra, así que había aprendido a ocultarlo, y a combatirlo. Cuanto más se burlaba él, más fuerte se volvía ella. Y más insensible.

Haber conocido a las Landvik la había salvado en más de un sentido y, por eso, iría al fin del mundo para mantenerlas a salvo. De hecho, lo había hecho. Lo había dejado todo atrás por ellas y, aunque había sido duro, no se arrepentía. Solo esperaba poder reunirse con ellas de una vez y ver con sus propios ojos que estaban bien como le decía el sajón.

En realidad, confiaba en él. Y no sabía por qué o cuándo había pasado. Nunca antes había creído en nadie hasta que no le hubiese demostrado que lo merecía, pero con Mael no había dudado. Cuando le dijo que Maren y Eline la estaban buscando, lo había aceptado como una verdad indiscutible. Incluso si se mostró recelosa segundos antes, al decirle que la conocía.

—Debemos detenernos. —La voz del hombre la sacó de sus pensamientos—. El caballo necesita descansar un poco. Por aquí cerca pasa el río, podremos refrescarnos.

—Haré la primera guardia —le dijo, desmontando antes de que el animal frenase de todo.

—No estaremos por aquí tanto tiempo —advirtió él, pero Bera ya se estaba alejando en busca de un lugar desde el que poder ver el camino.

No se arriesgaría a caer en una emboscada, ahora que ya estaban tan cerca.

Mael llevó al caballo hasta la orilla para que saciase la sed e hizo lo propio con la suya mientras murmuraba por lo bajo sobre lo difícil que era lograr que Bera le hiciese caso. Había pretendido detenerse apenas unos minutos y continuar cabalgando hasta el pueblo, pero ahora tendría que perder el tiempo buscándola para seguir.

—Mujeres —se quejó mientras se echaba agua en la cara.

—Son un incordio, ¿verdad? —dijo alguien detrás de él.

Mael se giró tan rápido que estuvo a punto de caer al río. Se topó con tres vikingos que lo instaron a ponerse en pie. Uno de ellos había desenfundado la espada, aunque no la necesitasen, pues él estaba desarmado.

—Hablando de mujeres —dijo uno—. ¿No habrás visto a una por aquí? Morena, más o menos de esta altura. —Puso una mano en el aire para marcarlo—. Herida en una pierna.

Revisó por si encontraba una vía de escape, pero estaba acorralado. Salvo que se lanzase al agua, cosa que solo haría si no tenía más opción porque no quería dejar sola a Bera, cuando esos tres iban a por ella.

—La verdad es que no —respondió con calma—. No me suena de nada.

—Verás, es que tiene una cuenta pendiente con nosotros —le insistió el mismo— y la estamos buscando.

—Como he dicho, no la he visto. No puedo ayudaros.

—Mató a dos de nuestros compañeros —la acusó otro.

—No debían ser muy buenos si una simple mujer hizo eso. —Sabía que no era buena idea provocarlos, pero no fue capaz de callar.

—Nuestras mujeres no son sumisas como las vuestras, sajón —rio el primero—. Cualquiera de ellas podría rebanarte el pescuezo mientras duermes sin que le tiemble la mano.

—Noto orgullo en vuestra voz y, aun así, decís que a esta la queréis muerta.

—Porque esta se ha metido con quien no debía.

—¿Seguro que no la has visto? —repitió otro.

—Y espero no verla, me gusta mi gaznate.

—Esa zorra ya está muerta, solo que no lo sabe —rio el tercero, que hasta ese momento había estado en silencio.

De repente, se le abrieron más los ojos y se le movió el pecho hacia adelante, hasta que sus compañeros vieron salir de él la punta de una espada. De su propia espada.

—Creo que el que está muerto y no lo sabe eres tú —dijo Bera en su oído, justo antes de empujarlo hacia el vikingo que tenía al lado y que ya estaba desenvainando. La joven blandió el arma hacia el tercero, que se disponía a atacarla y le cercenó el brazo, con una velocidad tan pasmosa que este tardó en comprender lo que había sucedido. Para cuando el último se desembarazó del muerto, ella ya lo estaba apuntando con la espada. Mael ni siquiera se había movido del lugar en el que estaba. No había sido capaz de reaccionar.

—Si quieres seguir el camino de tu amigo, adelante —lo retó Bera—, pero te recomendaría que te llevases al manco y no volvieseis a intentar acercaros a mí. El Valhalla no necesita inútiles como vosotros, pero os juro por Odín que es ahí a donde os mandaré a todos.

—Solo somos la avanzadilla. Sabes que podría volver con muchos más hombres —la amenazó—. Demasiados para ti.

—Y tú sabes de lo que soy capaz. Ya os enfrenté una vez y gané. Mejor ve a decirle al cobarde de tu jefe que deje de buscarme. Miéntele si quieres, no me importa, pero no os acerquéis a mí o lo pagaréis con vuestras miserables vidas.

Por un instante, se midieron con la mirada. Hasta que el vikingo cedió a los gemidos de dolor del otro y lo ayudó a moverse hacia el caballo. El rastro de sangre no auguraba un buen final para él. Y, aunque lograse superarlo, estaría el asunto de haber perdido el brazo. Un hombre manco era un guerrero inútil.

—¿Estás bien, sajón? —le preguntó cuando se quedaron solos. Recogió la segunda espada del suelo y se la pasó. Al menos, ahora iban armados.

—Sois muy buena con la espada —la elogió. Se perdió la sorpresa en su cara porque estaba mirando al muerto—. ¿Y qué hacemos con este?

—Volverán a por él para enviarlo al Valhalla. Si acaso son tan buenos compañeros como deberían —comentó una vez repuesta del elogio inesperado. Sus amigas habían sido las únicas que habían dicho algo bueno de ella hasta entonces.

—¿Y si no lo son? —Había preocupación en su voz—. No podemos dejarlo así. Deberíamos enterrarlo.

—Él pensaba matarte, sajón. ¿En serio te preocupas por su cuerpo ahora?

—Lo hago por su alma —remarcó—. No importa lo que hayamos hecho en vida, todos merecemos alcanzar el Reino de los Cielos.

—Reino de los Cielos —murmuró, antes de hablar más alto—. Creía que teníamos mucha prisa.

—Pero… —dudó—. Deberíamos enterrarlo para que su alma descanse en paz.

—Te aseguro que este no te agradecerá que lo metas bajo tierra. Habría que quemar su cuerpo y no podemos perder tanto tiempo recogiendo la madera suficiente. —Miró a su alrededor—. Ayúdame a llenarle la pechera de piedras.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo hundiremos en el río. Sabrá encontrar el camino —respondió como si no estuviese hablando de un muerto—. Y, si al

final vienen a por él, lo verán en el agua y lo sacarán para quemar el cuerpo. Vamos. ¿A qué esperas?

Mael obedeció, aunque hubiese preferido enterrarlo. No veía tan claro que el agua fuese suficiente.

—Dame dos monedas —le pidió Bera una vez preparado todo. Él se las entregó con curiosidad y ella se lo explicó mientras se las ponía en los ojos y cubría estos con una tela para que el metal se mantuviese en su lugar—. Son para el barquero.

Una vez hundido, dudando de que dos monedas fuesen suficiente para salvarlo del infierno, el sajón rezó por su alma y para que Dios lo acogiese en su seno aunque no estuviese bautizado. Era lo único que podía hacer por él en aquellas circunstancias.



Divisaron el pueblo en la distancia unas horas más tarde. No habían vuelto a tener problemas por el camino y tampoco necesitaron detenerse más veces. Sin embargo, cuando ya podían escuchar los sonidos procedentes del lugar, Bera le pidió que se detuviese.

—Deberíamos entrar con sigilo —le expuso—. Primero tenemos que asegurarnos de que están aquí y de que están bien. No es que no me fíe de vosotros, sajón, pero la experiencia me ha enseñado a ser precavida.

—Podría entrar yo por delante —sugirió— y cuando dé con ellos, volveré a por vos. Aquí no llamo tanto la atención y podría pasar desapercibido.

—No te ofendas por rechazar tu idea, pero preferiría que no nos separásemos. Nos hemos deshecho de mis perseguidores, pero los tuyos todav… —Su voz se detuvo por un momento al fijar la vista en el pueblo—. Maren… Es ella de verdad. Por fin.

Hizo el amago de acercarse, pero algo en la postura de la joven la alertó. Mael también dio un paso adelante, pero lo detuvo. Solo segundos después apareció el resto, escoltados por varios daneses.

Algunos sajones rodeaban al grupo en la distancia. Solo uno se había acercado lo suficiente como para hablar con ellos.

—Vamos —le susurró a Mael y tiró de él para esconderse detrás de una casa desde la que podrían escuchar lo que estaban diciendo.

—¿Entonces hay trato? —preguntó el sajón, que parecía ansioso—. Os dije que estaban aquí, ¿no? Era verdad.

—Si son quienes dices, habrá trato.

—¿Y cómo lo sabré? —Miró a unos y otros buscando la respuesta.

—Porque no nos verás más por tus tierras —rio el danés, al que corearon varios de sus compañeros.

Estaba claro que esos se conocían de antes y, por lo que contaban, Mael supuso que los vikingos habían estado asaltando la granja del sajón. La tregua no parecía funcionar tan bien como había esperado el rey. Los saqueos continuaban y más salvajes de lo que habían supuesto. Cuando regresasen, tendría que informar. Quizá, con aquella información, Wessex y Mercia se uniesen por fin y colaborasen para acabar con aquella amenaza de una vez por todas.

—Pero si nos has mentido —lo amenazó otro—, volveremos a vernos muy pronto y nos divertiremos con las dos hijas que te quedan. Tu mujer nos supo a poco. —Las risas de sus amigos acompañaron al comentario.

—He hecho lo que me habéis pedido, os los he entregado. —Se desesperó el hombre—. Mis hijas son inocentes. Por favor, he hecho lo que me habéis pedido.

—Eso ya lo veremos.

Mael sujetó la empuñadura de la espada al ver que ya se iban, dispuesto a detenerlos y liberar a los demás, pero Bera lo detuvo.

—No —susurró—. Son demasiados. Acabaríamos como ellos. O quizá muertos.

—No podemos dejar que se los lleven.

—No podemos enfrentarnos a tantos aquí. Tenemos que esperar el momento idóneo. Los seguiremos y buscaremos la forma de vencerlos sin que eso nos lleve al Valhalla. —Lo miró por un momento y añadió—. O a dónde sea que tu dios te envíe a ti.

—¿Y si cruzan la frontera antes de que podamos acabar con ellos?

—Entonces habrá que buscarte un atuendo más acorde, sajón. Y, tal vez, cortarte ese pelo tan perfecto que tienes.

—Esto no es ninguna broma —protestó.

—Desde luego que no lo es. —Lo sujetó de la pechera y tiró una vez más de él para que la siguiese—. Si cruzan la frontera, haré de ti un buen vikingo para que no nos mate la primera patrulla que nos topemos. Sea como sea, los rescataremos.

Mael se dejó llevar a las afueras para recuperar la montura y poder seguir al grupo. Sabía que Bera tenía razón, pero le había podido el deseo de protegerlos. Todos conocían los riesgos cuando continuaron el viaje al norte, pero había sido él quien les había sugerido encontrarse allí. Y había sido él quien había llegado tarde. Se sentía culpable por lo que les había pasado y necesitaba ponerle remedio.

—Tal vez deberíamos robar otro caballo —sugirió ella—. Iríamos más rápido.

—No vamos a robar nada. Esta gente ya ha perdido suficiente. No les qui…

—De acuerdo, lo entiendo —lo interrumpió. En cuanto emprendieron la marcha, le apretó la cintura y añadió, con una sonrisa en los labios que este no podía ver—: Si lo que quieres es tenerme cerca, solo pídelo, sajón. No soy una mujer difícil. No para ti, al menos.

Cuando comprobó que el rostro del hombre estaba otra vez colorado, rio y aflojó el agarre. Era tan fácil de provocar que no podía evitar hacerlo.

Capítulo 15

Anochecía cuando la partida se detuvo. Bera y Mael no andaban lejos, pero sí lo suficiente como para que nadie escuchase los pasos del caballo.

—Veamos cómo se distribuyen —susurró ella— y luego decidiremos cómo rescatarlos.

—Están fuera de Danelaw, se rotarán para las guardias —añadió él—. No va a ser fácil despistarlos.

—No pretendo despistarlos, sajón. Si nos descubren, no podremos con todos. Hay que deshacerse de tantos como nos sea posible antes de que alguien de la voz de alarma.

—Podríamos entrar con sigilo, matar a los que vigilen a los prisioneros y salir sin que nadie nos vea.

—Es arriesgado. —Sopesó la idea—. Demasiados ojos.

—Esta noche no habrá luna. Eso impedirá que nos vean.

—Tampoco los veremos nosotros a ellos. Tiene que ser al amanecer, o al menos, tan cerca de él como se pueda. De esa forma, estarán cansados de una noche de vigilancia y con la guardia baja.

—Vuestro plan sería factible si fuésemos más, pero hay al menos una docena de hombres ahí.

—Solo hay que ser más cuidadosos.

—Como habéis dicho, hay demasiados ojos alerta. Si ven los cuerpos, se acabó.

—Entonces seremos rápidos también.

—Rápidos y cuidadosos. Complicada combinación.

—Pero no imposible.

Mael sabía que ella tenía razón. Era la única forma de llegar a los demás sin tener que enfrentarse directamente a todos. Además, cuanto más se acercasen a la frontera, más difícil sería rescatarlos.

—Nos separaremos —sentenció—. Será peligroso, pero, al menos, tendremos más oportunidades de conseguirlo. Si atrapan a uno, el otro puede continuar más tarde.

—Ya empiezas a pensar como un vikingo. —Le sonrió—. No me mires así, sajón, a vosotros os disgusta segar vidas, eso es un hecho.

—Preferimos evitar muertes innecesarias. Ser piadoso no es malo.

—Depende de en qué situación. Por si acaso, no lo seas aquí. —Le guiñó un ojo—. Comamos algo y descansemos. Nos espera una tarea importante y hay que estar despejado para evitar riesgos.

—Siempre hay riesgo.

—Tú ya me entiendes, sajón.

Se alejaron del campamento y buscaron un lugar oculto donde alimentarse sin preocuparse de que los descubriesen antes de tiempo. Mael observó a Bera con disimulo, pero ella supo verlo.

—Si quieres preguntarme algo, adelante, sajón. Hemos dormido juntos, hay confianza.

—No hemos… —Cambió de opinión e hizo la pregunta que tenía en mente—. En vuestro país, ¿todas las mujeres son como vos? —Ante la mirada inquisitiva que le lanzó, se explicó mejor—. Quiero decir, que si todas sabéis usar una espada y luchar tan bien como vos.

—Algunas lo hacen mejor que otras, pero ninguna como yo —se jactó en broma—. No, en serio. No todas aprenden. Las hay que prefieren quedarse en las granjas, sin más. Y las völur ni siquiera necesitan armas. Son respetadas y temidas por los dones que tienen. Algunas aprenden solo por precaución. Para poder defenderse.

—¿Vos cuál de todas sois?

—Yo… —dudó sobre contarle la verdad o soltarle la primera mentira que se le viniese a la cabeza.

—No tenéis por qué decírmelo si no queréis. Es personal, no debí preguntar.

—Mi padre quería un hijo —respondió, sin mirarlo, porque le resultaba difícil hablar de ello—, pero nací yo. Así que me he pasado la mayor parte de mi vida intentando demostrarle que puedo ser tan

buena como cualquier hombre. E incluso mejor. Pero… para él nunca era suficiente. Nunca lo hacía bien, nunca era todo lo fuerte que esperaba, nunca era tan rápida como debería… —Una vez abrió la puerta, ya no pudo cerrarla—. Era demasiado baja, demasiado delgada, demasiado débil, demasiado… demasiado mujer para ser el hijo que él había esperado conseguir.

—Lo siento —dijo al ver que guardaba silencio—. Sé que mis palabras no significarán nada para vos, pero lo siento mucho. Un padre debería querer a sus hijos incondicionalmente. Debería protegerlos y hacerlos sentir seguros. Un padre debería ser un ejemplo a seguir. Siento que el vuestro no haya sido nada de eso.

—Consiguió que fuese más fuerte. En muchos sentidos. El resto no me importa.

—Yo creo que sí y lamento haber sacado el tema.

—¿Y tú, qué, sajón? ¿Has tenido un padre amoroso como el que tanto elogias?

—El mejor —asintió.

—Bueno, eres hombre. No habrá sido difícil.

—Tengo una hermana —lo defendió—. Y ha sido igual con ambos. Firme, pero cariñoso. Nos quiere y lo sabemos porque nos lo hace saber de muchas formas diferentes. Nos cuida y nos protege. Nos enseña a ser buenos, pero también a defendernos si es necesario. Es justo y piadoso, pero no le tiembla la mano para impartir castigos, de ser necesario. Es un buen padre.

—Eso está bien. —Desvió la mirada para que no viese las lágrimas que amenazaban con rodar por sus mejillas. Había en su pecho un anhelo de conseguir algo así del suyo, incluso si sabía que nunca sucedería. Le habría bastado con un gesto de cariño que le dijese que era querida. Solo uno.

—¿Estáis bien?

—Perfectamente.

—No tenéis por qué hacer eso. —Cuando Bera lo miró sin entender, continuó—. No tenéis que haceros la fuerte delante de mí. A estas alturas de la historia, diría que ya somos amigos.

—¿Lo somos, sajón?

—Ciertamente.

—Entonces, podrías dejar de hablarme como si no nos conociéramos de nada.

—Eso es respeto.

—Pues respétame un poco menos, sajón. —Sonrió.

—Os trataré como me pedís, si vos dejáis de llamarme así —la retó.

—¿Qué gracia tendría llamarte Mael? Así es como todos lo hacen.

—Pues los vikingos lo usan a modo de insulto, así que… —Ni siquiera entendía por qué se empeñaba en que cambiase la forma de llamarlo si ya se había acostumbrado y no le molestaba. Aunque, en el fondo, le gustaba cómo sonaba su nombre pronunciado por ella, en las pocas ocasiones en que lo había empleado.

—De acuerdo… Mael —remarcó el nombre—. Seré como todos los demás y usaré tu nombre.

—Y yo te hablaré como a la amiga que eres —le concedió a cambio.

Había estado tentado a decirle que no era como todos los demás, pero pensó que eso solo lo acabaría avergonzando, así que se limitó a olvidarse de las formalidades con ella.

—Por fin —rio ella. La tristeza que había notado en su mirada instantes antes ya no estaba ahí.

—Como tenemos que esperar antes de ir a rescatar a los demás —dijo, mirando al cielo—, descansa un poco. Yo haré la guardia esta vez.

—No tengo sueño.

—No creas que no he notado que apenas has dormido en los días que llevamos viajando juntos.

—No tengo sueño —repitió. Mael la miró con incredulidad y ella cedió—. Cuando duermo, tengo… revivo ciertas situaciones. No es agradable, así que prefiero no hacerlo tan cerca de un campamento lleno de enemigos.

—De acuerdo. Aun así, yo vigilaré ahora. —Cuando ya se alejaba, giró la cabeza hacia ella y añadió—. Si algún día necesitas hablar, se me da bien escuchar.

—No me obligues a llamarte sajón de nuevo —amenazó, con una sonrisa en la cara, no obstante.

En el fondo, le agradecía el ofrecimiento, pero no estaba preparada para hablar de ello con nadie por el momento. No porque hubiese sido humillante, sino porque no quería confesar cuán vulnerable se había sentido mientras estuvo encadenada. Esa había sido la peor parte para ella. Al dolor estaba acostumbrada.



Se movieron con sigilo hasta alcanzar el campamento. La luna apenas les permitía ver dónde pisaban, pero era lo que habían planeado. Tendrían el tiempo justo para sacar a sus amigos de allí antes de que la claridad del día llegase.

Mael le tocó un brazo a Bera para que le prestase atención y, cuando esta lo miró, él le señaló hacia donde estaban los prisioneros para que avanzase hacia allí. Sin embargo, la vikinga negó y le indicó que se intercambiarían los lugares. Después de la conversación que habían mantenido sobre la piedad, prefería que él los liberase mientras ella se ocupaba del resto. Por suerte para la vikinga, no podían discutir, así que Mael solo pudo obedecer. «Mujeres», pensó este al verla avanzar por el camino que había pretendido recorrer él. Pero no había dado ni dos pasos cuando volvió a su lado. Bera lo sujetó por la pechera y tiró de ella para acercarlo hasta que sus labios se unieron en un beso que lo sorprendió por lo inesperado y por cuánto le gustó.

—Por si pasase lo peor —le susurró al oído—, ha sido un placer conocerte, Mael.

Cuando la vio marchar, ya no se sentía tan seguro de lo que estaban a punto de hacer y sopesó detenerla, pero luego pensó que si ella era capaz de seguir adelante sin titubear, él haría lo mismo. Incluso si todavía le latía el corazón a toda velocidad y si no tenía nada que ver con el miedo.

Bera se acercó lentamente al hombre que vigilaba la zona norte del campamento y, antes de que pudiese presentirla siquiera, le cortó el cuello. Le costó no dejarlo caer de golpe al suelo porque pesaba más de lo que había previsto, así que al siguiente le pegó

antes en la parte trasera de las piernas para que acabase de rodillas. Tampoco este tuvo tiempo de emitir ningún sonido. Al tercero lo apuñaló en el pecho, ya que dormía con la espalda apoyada en el tronco de un árbol.

Todavía recordaba la primera vez que había matado. Su padre la había llevado a una escaramuza con unos vecinos; para probarla, había dicho él, pero Bera supo que buscaba humillarla delante de sus hombres porque los había superado a todos en destreza. No así en crueldad, pues cuando le arrebató la vida a aquel hombre, no pudo evitar vomitar. Su padre, que se había mantenido a su lado en todo momento, se rio de ella y la envió a la retaguardia al grito de «no sirves para nada». Después de aquel día, cada vez que tenía que matar, nunca miraba a la persona a la cara, una vez hecho el trabajo. Y, aun así, los remordimientos no desaparecían.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

Bera se tensó con aquella voz, pero nada en su postura la delató. La había descubierto lejos de cualquier cadáver, así que todavía tenía una posibilidad de acabar con él antes de que diese la voz de alarma. Ya había previsto que algo así pudiese pasar, por lo que estaba preparada para ganar todo el tiempo que pudiese para Mael. Por eso lo había besado, porque no estaba segura de cómo terminaría aquello. Si el sajón conseguía liberar a sus amigas, se daría por satisfecha.

—Estoy perdida —le dijo, mientras escondía el cuchillo tras ella. Contaba con que no la creyese, pero empezaría con aquella táctica. Solían subestimarla, así que el hombre no la creería una amenaza inminente y jugaría con ella antes de asestarle el golpe final.

—Yo diría, más bien, acabada. —El ultimátum explícito fue muy evidente, pero eso no la asustó.

—¿En serio matarías a una mujer?

—¿Una que tiene una daga en la mano? Por supuesto.

—Vaya. —La giró en sus manos con torpeza fingida para que creyese que no sabía cómo usarla—. La has visto. Es que no es seguro viajar sin algo con lo que poder defenderse. Y como vi el fuego desde lejos, pensé que podría pedir indicaciones, pero claro… una mujer sola.

—Tenías que cuidarte las espaldas. —Había escepticismo en su voz, pero también un toque de diversión, que es lo que buscaba Bera.

—Veo que lo entiendes.

—Lo que entiendo es que alguien que se mueve entre las sombras no quiere, precisamente, preguntar nada. —Dio un paso hacia ella—. Pero yo te haré una pregunta a ti y, por tu bien, espero que seas sincera. ¿Qué estás haciendo aquí?

—La verdad es que os vi en el pueblo y os seguí —mintió a medias—. Los sajones no son muy amistosos y ya me han hecho saber que no hay sitio para mí entre ellos. Y esos que os habéis llevado parecen bastante valiosos, así que pretendía robároslos para entregárselos a Guthrum como ofrenda para que me permitiese quedarme en Danelaw.

—Guthrum los soltaría. —Escupió en el suelo al pronunciar aquel nombre—. Se ha vuelto débil y ya solo vive para complacer al rey de Wessex.

—Vaya, es una pena. Había oído tantas cosas buenas de él… ¿Y qué pensáis hacer con ellos? Tal vez me interese ese plan también.

—Somos quince, no podrás hacer nada contra nosotros. Te habremos matado antes de que lo intentes siquiera.

Estaba claro que la creía inofensiva, así que lo usaría en su beneficio para que bajase la guardia. Mientras lo mantuviese entretenido, no recordaría que se había colado en el campamento a escondidas con intenciones que desconocía.

—Compláceme —le dijo, acercando la cara a la suya por un segundo—. Si no puedo ganaros, al menos, quiero saber qué me estoy perdiendo.

—Si son quienes dicen, pediremos un rescate por ellos.

—¿Pagan bien? —Ahora fue ella la que se acercó sin que el hombre se percatase—. Verás, acabo de llegar a la isla y la gente con la que vine está… muerta. No tengo dinero, así que me vendría genial eso del rescate.

—Como te he dicho, no podrás hacer nada con… —No pudo terminar de hablar porque Bera le rajó el cuello en un movimiento rápido y certero.

El danés agonizante la sujetó por un brazo y le impidió alejarse, por más que lo intentó. Tuvo que pelear con él para impedir que desenvainase la espada para atacarla con ella y, por ende, tuvo que mirarlo a los ojos hasta que la luz en ellos se apagó. Las arcadas llegaron justo después, cuando comprendió que estaba muerto, pero logró controlarlas. No fue así con las lágrimas de culpabilidad. Estas se deslizaron por su cara, antes de limpiárselas con rabia. «No vales para nada». Las palabras de su padre se repetían en su mente.

Y entonces lo oyó: el grito de un hombre llamando a las armas. Los habían descubierto.

Capítulo 16

Llegar hasta ellos no resultó fácil. Mael tuvo que matar a dos vikingos y esquivar a varios de los que no sería factible deshacerse porque no podría esconder sus cadáveres. Pero avanzar sin que nadie lo viese le hizo creer que podrían irse sin tener que pelear.

—Mael, no deberías haber venido. —Olsen fue el primero en verlo—. Deberías haber regresado a casa.

—No iba a dejaros a vuestra suerte. —Usó el puñal para cortar las cuerdas que los retenían—. Estamos juntos en esto para lo bueno y para lo malo.

—Van a pedir un rescate por nosotros que Leif pagará sin más —insistió—. No hay riesgo. En cambio, contigo. Eres el conde de Sussex. Eso los volvería codiciosos. Ha sido muy arriesgado venir solo a rescatarnos.

—¿Quién dice que he venido solo?

—¡Eras tú! —exclamó en susurros Maren.

Mael no quiso saber a qué se refería, porque tendría algo que ver con el don que poseía y que él no entendía. Prefirió liberarla para que se pudiese reunir con su amiga e ignorar el hecho de que los hubiese visto de alguna forma.

—Solo he podido conseguir dos espadas —les dijo—. Si somos silenciosos, quizá no nos hagan falta.

—O podemos recuperar las nuestras —rebatió Arik—. Sé dónde las tienen y nos vendrían bien por si la cosa se pone fea por aquí.

—Es peligroso —negó Mael.

—Será peor cuando sepan que nos hemos escapado y nos persigan. Sin armas con las que defendernos ni caballos que nos alejen rápido de aquí, seremos vulnerables. —Olin estaba de acuerdo con Arik.

—Están cerca —añadió el vikingo como aliciente.

—Vayamos a por ellas —sentenció Olsen—. Y salgamos de aquí cuanto antes.

—¿Cómo sabrá Bera que tiene que reunirse con nosotros? —preguntó Eline por el camino—. ¿Y si la atrapan?

—Es una mujer muy capaz —la defendió el sajón—. No tendrá problemas.

Aun así, no pudo evitar preocuparse. Seguía estando sola y si la descubrían, no tendría a nadie que la ayudase.

—Ella no, pero nosotros quizá sí —susurró Olsen al ver a tres hombres sentados junto a la pila donde habían dejado sus armas.

—Con sigilo y al mismo tiempo —propuso Olin.

—Como siempre —remarcó Arik.

—Mael, protege a las mujeres —añadió el mayor antes de dar la orden de avanzar.

—Alguien debería ir a por Bera —insistió Eline cuando se quedaron solos.

—Os prometo que la buscaré en cuanto os saque a todos de aquí —le dijo Mael—. Me salvó la vida en dos ocasiones, se lo debo.

«Y, aunque no lo hubiese hecho, nunca la dejaría atrás», pensó, pero no lo verbalizó. Se pasó la lengua por los labios rememorando el beso que le había dado. Sabía que no había significado nada para ella, pero él ya no podía sacárselo de la cabeza. Esa mujer acabaría volviéndolo loco, incluso sin proponérselo.

Entonces, cuando los vikingos se preparaban para atacar, un cuarto hombre apareció de repente y los vio:

—Pero ¿qué? —Dos segundos tardó en comprenderlo y actuar—. Los prisioneros se escapan.

—Quedaos aquí —pidió Mael a las völur antes de acudir en auxilio de sus compañeros, que se habían visto acorralados sin haber podido armarse.

Detuvo el primer golpe, rompiendo así la formación, lo que les dio tiempo a los demás a avituallarse. Después de eso, fue fácil deshacerse de los atacantes y regresar con las mujeres.

—Tenemos que sacarlas de aquí —dijo Arik, que sujetó a Eline por el brazo para arrastrarla con él.

—No podemos irnos sin Bera —protestó esta.

—Tenemos que salir de aquí ya —Olin estaba de acuerdo con su amigo e hizo lo propio con Maren—. Son demasiados y no podremos protegeros si nos atacan todos juntos.

—Volveremos a por ella en cuanto estéis a salvo —repuso Olsen para tranquilizarlas—. No la dejaremos atrás.

Regresaron sobre sus pasos, dispuestos a seguir el camino que había hecho Mael para llegar hasta ellos, pero ya no estaba disponible. Varios daneses se acercaban en aquella dirección.

—Retroceded —gritó Olsen.

—¿No se suponía que eran doce? —se quejó Arik—. Yo veo a demasiados, después de haber matado a cuatro.

—No deberían quedar más de tres o cuatro. —Mael le dio la razón.

—Pues por ahí se acercan, al menos, siete —dijo Olin.

—Y otros tres por el sur —añadió Olsen—. Me temo que estaban esperando refuerzos. Es la única explicación. Poned a las mujeres en el centro. Protegedlas con vuestra vida.

Las völur desenfundaron las dagas, pero ninguna estaba preparada para matar a nadie y se notó en el temblor de sus manos.

—Rendíos y no habrá que lamentar muertes —dijo uno de los daneses, que ya los habían rodeado—. Vienen más hombres en camino, así que no tenéis ninguna oportunidad de salir con vida si os resistís.

—Si pretendéis pedir un rescate —habló Olsen—, no creo que os convenga matarnos.

—¡Qué se le va a hacer! —Alzó los brazos y miró a sus compañeros—. Habéis matado a diez de los míos. Esto se ha vuelto personal. Si no cobro en monedas, lo haré con vuestra sangre en mi espada.

—Que así sea, pero con vuestra sangre en la mía. —Se oyó fuera del círculo, antes de que dos hombres cayesen al suelo. Uno, con un puñal en el cuello y el otro, con el costado sangrando profusamente.

Bera había dado inicio a la lucha y los nórdicos no se lo pensaron antes de secundarla. En cuestión de segundos, la pelea se había convertido en un caos de metal contra metal y órdenes lanzadas al viento.

Maren y Eline se sentían inútiles en ese momento. Más un estorbo que una ayuda. Pero no podían hacer nada por cambiarlo, solo tratar de mantenerse lejos de la contienda para que los demás no tuviesen que preocuparse de ellas.

—Hasta que nos reunimos de nuevo. —Bera las siguió.

—¿Estás bien? —preguntó Maren, que deseaba abrazarla y sabía que no podría todavía—. Te sangra la pierna.

—No es nada.

Uno de los daneses se acercó a ellas y Bera las defendió. Detuvo el golpe de la espada enemiga, que le vibró por todo el brazo de la fuerza que llevaba, y lanzó un contraataque para alejarlo de sus amigas. El hombre falló de nuevo al blandir el arma contra su cuello y Bera aprovechó aquel movimiento para atacar el flanco desprotegido que había dejado a su alcance. El corte no resultó profundo, pero fue suficiente para desestabilizarlo, lo que le dio la oportunidad de clavarle la espada en el pecho. Antes de tocar el suelo ya estaba muerto.

Sin embargo, la disputa la había alejado de sus amigas y, cuando miró hacia ellas, descubrió, con horror, que se les acercaban más hombres por la espalda.

—¡Cuidado! Eline, Maren —gritó para advertirles.

Corrió hacia ellas a sabiendas de que no llegaría a tiempo de protegerlas. Los puñales que blandían tampoco serían de utilidad contra las espadas que las amenazaban.

—Corred —les pidió—. Salid de ahí.

Pero ya era tarde. Los primeros hombres estaban allí.



Arik lo vio todo como si el tiempo se hubiese ralentizado de repente. Escuchó el grito de Bera al mismo tiempo que divisó a los hombres que se cernían sobre las völur. Y supo que tampoco él llegaría a tiempo de salvarlas.

Por su cabeza pasaron cientos de imágenes: Eline riendo con las mujeres de la isla, Eline ayudando en las labores de la casa con una

sonrisa en los labios, Eline enfadada con él por cualquier cosa, solo porque le gustaba provocarla. Pero, sobre todo, recordó el primer beso que le había robado; la noche que habían compartido y que quería repetir cada día por el resto de su vida. Había sido un estúpido por no confesarle que la amaba. El miedo a sentirse vulnerable lo había detenido y ahora nunca se lo podría decir. Nunca podría demostrárselo.

Corrió hacia ella, aunque sabía que era inútil. Estaba demasiado lejos y había demasiados hombres en medio de los que librarse. Aun así, lo intentó. Golpeó, detuvo estocadas, cortó carne, rompió huesos, hizo fintas imposibles para que no lo alcanzasen, pero parecía que no avanzaba lo suficientemente rápido.

—Eline —gritó con desesperación.

Sus ojos se conectaron y vio el miedo en los de ella. Vio, con impotencia, que aceptaba su destino, después, incluso si se cubría el rostro con los brazos como si pudiese detener el metal que se cernía sobre ella. Y, entonces, cuando ya lo creía todo perdido, Olsen detuvo el mortífero filo y la salvó. El corazón de Arik comenzó a latir de nuevo, pero no por mucho tiempo, porque su amigo estaba ahora rodeado de hombres. Los pocos que quedaban ya.

Se deshizo del único que le impedía llegar a ellos y vigiló que Olin no tuviese problemas para seguirlo. Mael y Bera venían desde el otro extremo, protegiendo a Maren.

—Nooo. —El grito de Eline lo devolvió con ella, solo para ver cómo un danés le atravesaba el estómago a Olsen.

El corazón se le detuvo de nuevo unos segundos. Los que tardó la joven en lanzarse, con lágrimas en los ojos, sobre el hombre, con el cuchillo en la mano. Arik echó a correr, sin perderlos de vista ni un momento. Para cuando los alcanzó, Eline ya le había clavado el filo en el cuello, y continuaba apuñalándolo con rabia y dolor.

Poco tardó en deshacerse que los que quedaban, con la ayuda del resto, y después se acercó a ella, que se había sentado en el suelo, con la cabeza de Olsen en los muslos y con su hermana abrazándola. Ambas lloraban.

—Todavía no me he muerto —dijo el vikingo—. No me lloréis.

Pero perdía demasiada sangre y no había forma de detenerlo. Todos conocían lo inevitable de la situación.

—Iré a por los caballos —se ofreció Mael. Bera lo siguió.

—Ni se te ocurra morir ahora, viejo —dijo Arik, aunque el tono burlón que siempre usaba se sintió apagado—. Nos quedan muchas batallas por vivir juntos.

—Olsen… —Olin ni siquiera fue capaz de decir más.

—Ayúdame a levantarme, hermano —le pidió este. Una vez en pie, los miró a todos—. Arik, espero que hagas lo correcto de una maldita vez. Tú sabes de qué hablo. Olin…

—Ni se te ocurra despedirte de mí, maldito.

—Eres el mejor hermano que un hombre podría tener.

—Te he dicho que…

—Maren, Eline. —Lo ignoró—. No dejéis que estos dos se porten como idiotas. He hecho lo que he podido con ellos, espero que sea suficiente.

—Olsen —lo llamó su hermano—. Te he dicho que no.

—Sabes tan bien como yo que no soportaré la cabalgata.

—Podemos traer a alguien para que te cure aquí.

—Decidle a Leif que ha sido un honor servir con él — continuó.

—Podemos esperar en el pueblo a que te recuperes antes de viajar.

—Decidle a Ivalyn que… dadle las gracias por haberme hecho un viejo más feliz.

—Todavía hay opciones —gritó su hermano.

—Me habría gustado conocer a su retoño.

—Olsen, no.

—Olin. —Le apretó el brazo con la mano que no tenía en la empuñadura de la espada sobre la que se apoyaba—. No pasa nada. Mi hora ha llegado. No…

—Vienen más daneses —anunció Mael, que arrastraba a los caballos.

—¿Cuántos? —preguntó Arik.

—Tenemos que irnos ya. —Fue la respuesta de Bera.

—Marchaos —les pidió Olsen—. Yo los entretendré.

—No me iré sin ti —negó su hermano—. Todavía puedes salvarte.

—Olin.

— No te dejaré aquí para que mueras solo.

—Olin —levantó la voz—. Está bien, hermano. No pasa nada. Está bien. Sabes que siempre quise morir en batalla, con la espada en la mano. Y qué mejor motivo para hacerlo que proteger a aquellos que más quiero. Nos veremos en el Valhalla, hermano. Y brindaremos con Odín por nuestro reencuentro.

—No…

—Está bien. —Olsen lo abrazó y después empujó hacia los caballos—. Vete ya. No hagas que me enfade.

—Nos veremos en el Valhalla, hermano. —Cedió al fin. Le entregó dos monedas, que el hombre guardó en el puño que se llevó al pecho a modo de despedida.

La última vez que Olin miró atrás, Olsen estaba rodeado de enemigos, luchando y riendo. Feliz por alcanzar la gloria como siempre había deseado. En cambio, su corazón estaba roto por la pérdida, incluso si se alegraba de que su hermano caminase por los pasillos del palacio de Odín, junto a tantos otros grandes guerreros, que esperarían comiendo y bebiendo, al final de los días.

Capítulo 17

Nadie los siguió. Tampoco se detuvieron en el pueblo en el que habían sido traicionados. Continuaron avanzando en silencio y a galope, para alejarse lo máximo posible de aquel lugar —con el peso del dolor sobre sus hombros— hasta que la noche se les echó encima. Solo entonces pararon.

—Bera —Eline se bajó del caballo tan rápido que casi se cayó al suelo. Había estado esperando aquel momento para abrazar a su amiga como no había podido hacerlo antes. Se había repetido por el camino que estaba viva y que estaba bien, que eso era lo que importaba, pero necesitaba tocarla, sentirla para asegurarse de que era real.

Maren se les unió y, durante un instante eterno, pero al mismo tiempo efímero, solo se escucharon los sollozos de las tres, a través de la maraña de brazos en que se habían convertido. Después de meses de sueños y pesadillas, por fin estaban juntas.

—¡Eres una loca! —protestó Eline, con evidente cariño, a pesar de sus palabras, y feliz de tenerla allí—. ¿Cómo se te ocurre hacer semejante viaje? ¡Y sola! Podrías haber muerto.

—¿Cómo podría no hacerlo? Sois mi familia —sentenció esta, sosteniendo las manos de ambas entre las suyas—. Lo daría todo por vosotras, hasta mi vida.

Conscientes de que lo que había dicho era lo que Olsen había hecho por todos ellos, se abrazaron de nuevo, esta vez con una pena mayor en el pecho. Bera no lo había conocido, pero comprendía el sacrificio y el dolor que este les había producido.

—¿Estáis bien? —les preguntó—. ¿Os han tratado bien? Creía que estabais con Guthrum. Eso me dijeron cuando os fui a visitar y lo encontré todo reducido a cenizas.

—Es muy largo de contar, pero Alfred, el rey de Wessex, nos liberó —dijo Maren.

—Y le ayudamos a vencer a Guthrum —añadió Eline—. A cambio, nos permitió quedarnos en sus tierras.

—Hemos estado viviendo con Leif Erickson y su gente en una isla preciosa. Te gustará —asintió la menor.

—Pero Liv no está allí con vosotras.

—Está en Sussex, pero ¿cómo sabes tú eso? —le preguntó Eline.

—El sajón y yo tuvimos mucho tiempo para hablar antes de encontraros. Y vosotras erais lo único que teníamos en común.

—Sea como sea, me alegro de que estés aquí —Maren la abrazó de nuevo—. Pasamos tanto miedo por ti. Por si no te podíamos localizar a tiempo.

—Soñé cosas horribles, Bera. Lo que te hicieron… lo que sufriste por culpa de esos hombres fue…

—Ya hablaremos de eso —la interrumpió. No estaba lista aún para contarles nada sobre esa parte de la travesía, por más que ellas lo hubiesen soñado ya—. Ahora mismo hay cosas más importantes que hacer. —Miró hacia el resto, que habían estado montando el campamento para darles algo de privacidad—. Yo estoy bien, pero vuestros hombres han perdido a un hermano. Id con ellos. Os necesitan.

—Yo no tengo hombre —bufó Eline.

Maren, en cambio, le apretó la mano a su amiga antes de marcharse.

—Pues quizá el rubio que no deja de mirarte tiene algo que decir sobre eso, Eli —respondió Bera—. Ve con él.

—¡Qué pérdida de tiempo! —Aun así, obedeció.

—Yo haré la primera guardia —se ofreció Bera entonces, en voz alta. Era lo menos que podía hacer por ellos, después de la pérdida que habían sufrido. Pensaba quedarse toda la noche despierta para que pudiesen dormir. Si es que alguno lo lograba.

Maren se acercó al hombre que amaba y lo abrazó. Este dejó ir un suspiro y la besó en la sien.

—Lo siento mucho, Olin.

—Era terco y estaba acostumbrado a mandar —dijo él—. No podía ser diferente en su muerte. Él… Él siempre…

—Siempre cuidó de vosotros —terminó por él—. Hasta el final.

—Hasta el final —asintió y la apretó más en busca de un consuelo que no encontraría tan pronto. La herida seguiría abierta durante un tiempo.

Maren quería decir muchas más cosas, pero sabía que no serviría de nada. El dolor no se aplacaba con palabras, sino con tiempo y aceptación.

—No recuerdo un solo día de mi vida en el que no estuviese él —continuó el vikingo—. Me enseñó a luchar con los puños antes de que pudiese blandir una espada, y después me convirtió en el guerrero que soy hoy. Ahí donde lo ves, tan serio y correcto —sonrió al recordarlo—, me enseñó mis primeras palabras malsonantes. ¡Cómo se enfadó madre con él! Y cuando… —Se le cortó la voz—. Cuando mis padres murieron, cuidó de mí. Siempre lo ha hecho.

—Tu hermano era un gran hombre. —Maren le puso una mano en el pecho—. Todos lo echaremos de menos. Pero no lo olvidaremos. Siempre que necesites hablar de él, estaré ahí para ti.

—Lo sé. —La abrazó con más fuerza—. Doy gracias a los dioses todos los días por tenerte, Maren. Te amo.

—Yo también te amo, Olin. —Lo besó.



—¿Crees que estará bien? —Eline no quería hablar de lo que Bera le había dicho, así que eligió hacerlo de Olin. Era más seguro—. No sé si yo podría recuperarme de la muerte de una de mis hermanas.

—Yo no podría recuperarme de la tuya.

—¿Qué? —No había esperado esa respuesta.

—Casi te mueres, Eline. Si no hubiese llegado Olsen… —La miró con una intensidad que la incomodó un poco. No lo había visto así nunca.

—¿Estás bien, Arik? —Dio un paso tentativo hacia él.

—Podrías haber muerto. —Arik recorrió la distancia que todavía quedaba entre ellos—. Podrías haber muerto y yo no concibo un mundo en el que tú no estés. Ya no.

—Arik, no sé que…

—Debí habértelo dicho —la interrumpió. La sujetó de los hombros—. Aquella mañana, cuando te dije que te daría mi cuerpo pero no mi corazón. Aquella mañana debería haber sido valiente y haberte dicho que no te puedo dar algo que ya tienes. —Tragó con dificultad—. Pude haberte perdido sin haberte dicho que te amo. Y que si todavía me quieres al completo, soy tuyo. En cuerpo y alma. Cada ínfima parte de mí te pertenece, Eline. No sé cuándo sucedió ni cómo, pero no puedo negarlo más. Olsen supo verlo desde el principio, incluso cuando yo me empeñaba en desmentirlo. Me pidió que hiciese lo correcto y eso hago.

—¿Lo haces por él? —La declaración le había llegado al corazón, pero temía que sus motivos no fuesen los correctos. No quería acabar con el corazón más roto de lo que lo había estado desde que Arik le dijo que solo obtendría su cuerpo.

—Lo hago por ti. Por nosotros. Si todavía me quieres —remarcó—. Pero en honor a uno de los hombres que más he respetado y admirado en mi vida.

—Arik. —Levantó la mano para acariciarle la mejilla—. No tomes decisiones tan transcendentales después de una pérdida como la que habéis sufrido. Podrías arrepentirte de ella des…

—Cuando vi el filo de aquella espada —la detuvo una vez más— descendiendo sobre tu cabeza, lo supe. Te amo, Eline, y de lo único que me arrepentiría sería de perderte por ser un cobarde y habértelo ocultado. No volverá a suceder. De ahora en adelante, si me aceptas, me esforzaré para que no vuelvas a dudar de lo que siento por ti. Hace tiempo, Ivy me regaló esto —le explicó, sacándose el colgante para retirar el anillo de él—. Me dijo que un día se lo entregaría a la mujer que me robase el corazón. En aquel momento me reí y le dije que nunca tendría dueña. Ahora quiero que lo tengas tú como muestra de mi compromiso con nosotros.

—Arik…

—No importa si ya no me quieres a tu lado. —Le puso el anillo en la mano—. Me ganaré ese honor. Pero quiero que te quedes esto para que sepas que haré lo que sea para que me ames.

—Arik, te acepto —le confesó—. Te habría aceptado solo en mi cama si no te amase ya cuando me lo propusiste. No tienes que ganarte nada, porque, si yo tengo tu corazón, tú tienes el mío desde mucho tiempo antes. Te amo. Los dioses saben que intenté no hacerlo, pero lo hago.

El hombre la rodeo por fin con ambos brazos y la besó. Después de aquellas confesiones, no necesitaban palabras.



—Deberías descansar, Mael. —Bera no miró hacia él.

Lo había detectado mucho antes de que llegase hasta ella. No porque fuese ruidoso —que no—, sino porque siempre sabía dónde estaba. Era algo que solía hacer cuando alguien le importaba. Con las Landvik había empezado a hacerlo a los pocos días de conocerlas. Descubrir que las había raptado Guthrum había sido muy duro. Durante mucho tiempo, se había sentido culpable por no visitarlas más a menudo. Había supuesto que estarían a salvo con Groa y se había equivocado.

Por eso, había buscado la forma de ir tras ellas. No le dijo nada a su padre, tampoco creía que a él le importase lo que hiciese o si se iba o no. Era probable, incluso, que se alegrase de no tenerla cerca por más tiempo. Para él, siempre había sido un recordatorio de que no tenía un heredero digno.

El caso era que, desde que le saltó encima a Mael, sintió una conexión con él que no podía explicar. Por eso lo había sacado del río, aunque abandonarlo habría sido mejor para ella. Por eso había matado a los hombres que lo amenazaron cuando se dirigían a Northwich. Por eso había acudido en su ayuda durante la batalla donde Olsen había muerto.

—Nadie debería estar solo esta noche —dijo este sin más, y se sentó a su lado.

—¿Necesitas compañía, sajón? —Él la miró al escuchar el mote y ella sonrió porque le había salido sin pretenderlo—. Mael. Lo siento, me llevará un tiempo olvidar que no debo llamarte así.

—En realidad, no me molesta —le confesó—. Aunque me gusta más que uses mi nombre.

—Puestos a confesar —sonrió con picardía—, te diré que no pensaba dejar de llamarte sajón de vez en cuando.

—Eso, si volvemos a vernos. —Solo fue un susurro, pero Bera lo escuchó.

—¿Por qué no íbamos a hacerlo?

—Imagino que te irás con tus amigas cuando regresemos a casa. No vivimos tan cerca, así que…

—¿Me echarás de menos? —bromeó con él.

—Me he acostumbrado a tu inquietante presencia. No en el mal sentido —se apresuró a decir al darse cuenta de que había sonado mal—. Me refiero a que nunca había conocido a una mujer tan directa y desinhibida como tú a la hora de hablar. O de comportarse. Es… No es algo que uno pueda olvidar así como así.

—Eso dicen mis numerosos amantes. —Se burló, solo por mortificarlo una vez más—. Dejo una huella imborrable en ellos. ¿Debería limpiarme las manos antes de tocarlos? — bromeó—. ¿Tú que crees?

—Yo no… eso no es lo… No me refería a eso.

—Por supuesto que no, sajón —rio. Qué fácil le resultaba incomodarlo—. No podrías saberlo. Aún no te he violado, ¿recuerdas?

—¿Sois todas las vikingas así? —Ocultó la mirada.

—¿Así cómo? ¿Valientes? ¿Decididas? ¿Maravillosas?

—Directas. —La miró de nuevo.

—Yo soy única, sajón —se pavoneó—. Nadie me puede superar. ¿Quién podría olvidar mis muchos encantos?

—Quizá yo no te eche tanto de menos, después de todo —le siguió la broma, al fin.

—Estamos a tiempo de dejar esa huella imborrable en ti. —Lo golpeó con el hombro y sonrió—. No quisiera que me olvidases tan pronto.

—No lo haré.

Bera se acercó más a él y lo besó. No fue un beso intenso como el que le había dado antes de entrar en el campamento la noche anterior, sino que se lo tomó con calma. Y, cuando Mael respondió, durante interminables minutos, sus labios bailaron al mismo son, haciendo promesas que quizá nunca pudiesen cumplir. Pero, en ese momento, solo importaba lo que estaban sintiendo.

—Deberías descansar, Mael —repitió ella cuando por fin se separaron—. Yo haré de guardia toda la noche.

—Me quedo contigo —sentenció.

Y, así, con las manos tan cerca que podrían tocarse si se moviesen un poco, permanecieron en silencio, vigilando el horizonte.

Capítulo 18

Godric y Liv no los esperaban solos cuando llegaron a Sussex. Ivalyn y Leif estaban con ellos. Y, a medida que se acercaban, pudieron descubrir la aceptación en el rostro del jefe y el dolor en el de su esposa. Pero, cuando la joven se acercó a Olin y lo abrazó, con lágrimas en el rostro, constataron lo que ya intuían. Lo sabían.

—Lo siento tanto —sollozó la sajona—. Tengo el corazón roto, Olin. Por él, pero también por ti. Por todos.

—Nos salvó la vida —la consoló en vikingo—. Entregó la suya por nosotros. No hay mayor honor para un vikingo.

—Lo vi. —Lo miró a los ojos—. Vi cómo sucedió. Estuve con él hasta que soltó su último aliento. —Se abrazó a él de nuevo—. Fue tan valiente. Resistió tanto. Y, a pesar de todo, no me arrepiento de haber cantado para saber de vosotros. Pero es tan triste. Me duele tanto. Era… Olsen era mi ángel guardián. Lo echaré de menos cada día mientras viva.

—Lo sé, Ivy. —Le acarició la espalda—. Lo sé. Te quería como a una hija. Estoy seguro de que sabe que estuviste a su lado. Y que habrá agradecido no estar solo.

—Veo que la habéis encontrado. —Leif no quiso hablar de Olsen delante de los que se empezaban a congregar en el patio. Ya tendrían tiempo después, en privado.

—Bienvenida a Sussex, Bera —añadió Godric y le tendió una mano, que ella aceptó.

La mujer había tenido su propio reencuentro con las tres völur. Y, aunque estaba feliz por verlas a todas por fin, se contuvo de mostrar ese entusiasmo por respeto al hombre caído. Estaba claro que todos los presentes lo apreciaban. Incluso sus amigas.

—Gracias —susurró.

—Pasad —los animó el anciano—. Tenemos mucho de lo que hablar.

Una vez en el salón, ya a solas, los viajeros relataron todo lo que había pasado. Unieron las partes en las que se habían separado, hasta crear la historia completa.

—Regresé al campo de batalla —les confesó Olin—. Esa noche, mientras todos dormíais, volví sobre nuestros pasos para… Necesitaba asegurarme de que…

—Lo habría acompañado —intervino Bera por primera vez para darle tiempo, al ver que guardaba silencio—, pero no quiso. Era algo que quería hacer solo.

Nadie lo juzgó, a pesar de haber corrido un gran riesgo. Entendían por qué había tenido que ir. Cualquiera en su situación habría hecho lo mismo.

—No noté tu ausencia —dijo Maren con la vista fija en el hombre al que amaba. Le habría gustado acompañarlo para que no estuviese solo, incluso si quería estarlo.

—No tardé mucho en volver —continuó Olin, cuando logró reunir fuerzas—. No hubo tiempo para hacer una pira funeraria adecuada, tampoco se pudo llevar nada más que la espada y las pocas monedas que me quedaban. Quemé su cuerpo.

Godric y Mael no dijeron nada al respecto, aunque se suponía que los vikingos habían abrazado su fe. En el fondo, sabían que no habían abandonado sus creencias, aunque las profesaban con discreción. Mientras el rey creyese que eran cristianos, por ellos estaba bien.

—Estaréis muy cansados —dijo Godric de repente—. Os hemos preparado alcobas a todos. Esta noche, durante la cena, podremos hablar más. Si acaso os sentís con ganas de bajar. En caso contrario —continúo—, se os llevará comida a vuestros aposentos. Que nadie se sienta obligado a asistir.

—Gracias, Godric —asintió Olin.

—Mael —el viejo lo llamó—, ¿podrías quedarte un poco más? Debemos hablar.

—Desde luego.

—No te entretendré mucho, sé que necesitas dormir.

—No pasa nada, Godric. De todas formas, pretendía ir a ver a mis hombres ahora.

—Solo quería decirte que todos han respondido bien en tu ausencia —le informó—. Tal como predije, tu muestra de confianza ha sido efectiva.

—Confianza que no les habría dado sin tu consejo.

—Los hombres que enviaste de regreso han estado hablando bien de ti —continuó como si Mael no le hubiese dicho nada—. Dicen que eres un gran líder, que se preocupa por su gente.

—Pues no estaban muy conformes cuando les di la orden de volver.

—Su trabajo era protegerte, por supuesto que no estarían de acuerdo en dejarte solo.

—No estaba solo.

—Lo sé, pero os dirigíais a tierras danesas. El que mayor peligro corría eras tú. —Arrugó la frente—. Lo que habéis contado sobre los saqueos en la frontera… Una cosa es que roben de vez en cuando, algo que podemos controlar, pero que violen a nuestras mujeres o maten a nuestros hombres, eso ya es otra cosa.

—El rey debe saberlo.

—Ciertamente. ¿Y qué pasa con Bera?

—¿A qué te refieres? —Tragó con dificultad. Godric era un hombre muy intuitivo y temió, por un momento, que se hubiese dado cuenta de todas las veces en que su mirada se había dirigido a ella, incluso cuando no estaba hablando.

—¿Se quedará con las völur? ¿O regresará a su hogar?

—Nadie ha dicho nada al respecto, pero supongo que se quedará con ellas. —No estaba dispuesto a confesar que lo habían hablado en una ocasión.

—Entonces también hay que informar a Alfred. Querrá conocerla.

—Se lo comunicaré a las hermanas.

—Deberías hablar con Ivalyn también.

—¿Sucede algo? —se preocupó—. ¿Vio algo más?

—No, no. No se trata de la visión. Eso fue horrible. La pobre llegó con Leif hace dos días llorando tanto que nadie podía consolarla. Al parecer fue una visión muy nítida sobre lo que pasó. Y muy larga.

Leif no conseguía despertarla. Se asustó de verdad porque… Bueno, ve a hablar con ella. No querrá que te lo diga yo.

—La buscaré.

—Estoy orgulloso de ti, Mael. Lo has hecho bien.

—Viniendo de ti, significa mucho, Godric.

—Serás un gran conde. Ya lo sabía, claro, pero es bueno ver que ya está pasando. Y que pueda verlo.

—¿Estás bien?

—Cansado, pero bien. No te preocupes, todavía queda mucho que hacer antes de que abandone este mundo.

—Tal vez deberías ir tú a descansar. Yo me ocuparé de todo.

—Has hecho un largo viaje. Mereces…

—No tengo sueño, ni creo que pudiese dormir ahora. Ve y descansa. Yo hablaré con todos.

La primera persona a la que buscó Mael, después de que Godric se fuese, fue a Ivalyn. Le preocupaba lo que había dicho su padre sobre la visión. Se suponía que quería callar el don, no potenciarlo.

—Tu padre me envía, Spunky. Al parecer tienes algo que contarme —le dijo cuando la encontró, como siempre, en el banco en el que solía sentarse para contemplar las estrellas. Todavía era de día, pero se sintió tan familiar como siempre.

—Quería anunciarlo cuando estuviésemos todos juntos, pero ya no podrá ser y ahora… No quiero nada ostentoso. Solo que todo salga bien. —Se tocó el vientre de forma instintiva y Mael lo supo.

—Esa es una gran noticia, Ivy. —Le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra él—. No deberías callarlo.

—Olsen…

—Olsen estaría feliz por ti. No tienes que esconderlo porque él ya no esté. No conozco mucho de su Valhalla, pero si está en nuestro cielo, te estará viendo sufrir y no le gustará. Entregó su vida para que nosotros pudiésemos vivir, así que debemos honrarlo haciendo que cada día merezca la pena.

—Llegarás a ser un conde más sabio que mi padre. —Lo miró con infinito cariño—. Y eres el mejor amigo que podría haber tenido. Gracias, Mael.

—Solo quiero que seas feliz, Spunky. —Alzó la vista y se encontró con Leif—. Ya viene el relevo. Te dejo en buenas manos. Yo tengo cosas que hacer.

—Gracias por todo lo que has hecho, Mael —le dijo Leif.

—Ahora somos familia. —Le puso la mano en el hombro—. Cuidamos los unos de los otros.

Mael los dejó atrás para continuar con la ronda. Aunque se moría de ganas de ver a Bera —no quería pensar en la razón— imaginaba que se habría acostado, así que se reunió con sus hombres, que le hablaron de todo lo que habían hecho en su ausencia. Por un momento, fue como volver a ser uno más de ellos. No se arrepentía de haber aceptado el condado, pero, en ocasiones, echaba de menos ser un simple soldado sin más responsabilidad que cumplir con su deber.

Para cuando llegó la hora de la cena, no le sorprendió que ningún vikingo, salvo Leif, bajase al salón. También a él le apetecía acostarse, pero no quería faltar el día de su llegada después de casi un mes fuera. Así que aguantó como pudo, hasta que Godric lo envió a su alcoba de forma cariñosa pero contundente, como siempre hacía con todos, y sin menoscabar su autoridad.

—Has hecho más que suficiente por hoy. Te mereces un descanso —le dijo.



Bera abrió los ojos y colocó la mano sobre la boca para no gritar. Después de tantos días sin dormir apenas, se había quedado traspuesta nada más probar la cama. Ahora, por culpa de la pesadilla, ya no podría conciliar el sueño, así que se levantó y cubrió la camisola que le habían entregado, con una de las mantas. Necesitaba encontrar un lugar donde respirar aire fresco.

Sin embargo, por el camino, atisbó a Mael dirigiéndose a una de las alcobas del final del pasillo. Por la poca luz que entraba por las ventanas, debía ser tarde y le extrañó que no estuviese durmiendo ya. Sin pensar mucho en ello, lo siguió a escondidas.

Esperó varios minutos para darle tiempo a meterse en la cama y después entró con sigilo. Si advirtió su llegada, no se lo hizo saber. En la penumbra, se ayudó de los rescoldos de la chimenea para llegar hasta la cama y se coló dentro.

—Pero ¿qué? —Mael trató de ponerse en pie.

—Shhh, sajón, vas a despertar a todo el mundo —le dijo ella después de cubrirle la boca con una mano—. Siento no haber estado para la cena. Me quedé dormida.

—Necesitabas descansar. —Aunque intentaba aparentar normalidad, tenerla en la cama a su lado lo ponía nervioso.

—Pero tu gente merecía que estuviésemos allí. Porque es tu gente, ¿verdad? Aquí es donde vives y donde gobiernas.

—Sí. Godric, el padre de Ivalyn, fue el anterior conde.

—¿Cómo es que no pasó el puesto a Leif? Es el esposo de su hija, después de todo.

—No lo querían. Ninguno de ellos quería abandonar la isla donde viven.

—Y te propusieron a ti. —Le apartó un mechón rebelde de pelo de la frente. La luz de la luna le permitía ver sus facciones difuminadas.

—Sí. —Le costaba tragar teniéndola tan cerca—. Creían que sería un buen conde.

—¿Y lo eres?

—Eso intento.

—Estoy segura de que acertaron contigo. Eres un hombre extraordinario, Mael. Capaz de todo lo que te propongas.

—Gracias. Aunque, la mayoría del tiempo, no me siento así. Tengo mucho que aprender todavía.

—Y por eso serás un gran conde. Los arrogantes siempre lo estropean todo.

—¿Quién dice que no soy uno de esos?

—Te conozco, sajón. No podrías ser arrogante ni aunque lo intentases —Se sentó a horcajadas sobre su vientre.

—Bera… —Aunque pretendía ser una advertencia, no lo pareció. Mucho menos cuando sus manos fueron a las caderas femeninas sin su consentimiento.

—Te mentí —le confesó.

—¿En qué?

—No he tenido ningún amante. —Se recostó sobre él—. Pero me gustaría saber lo que se siente al tenerte a ti.

—No podemos. —Nunca le había costado tanto pronunciar dos palabras tan simples—. No está bien.

—No soy sajona, Mael. —Le rozó la oreja con los labios al susurrar—. En mi tierra hacemos las cosas de otra forma.

—Pero tu honor…

—Deja de preocuparte por eso. Después de esta noche es muy probable que no volvamos a vernos en mucho tiempo. —Continuó besándole el cuello mientras hablaba—. En mi tierra, una mujer no tiene que reservarse para nadie. Puede meter en su cama a quien quiera sin que eso implique que deba convertirse en la esposa de nadie. No te exigiré nada mañana, sajón. —Lo miró a los ojos—. Puedo entregar mi cuerpo a quien quiera y te elijo a ti.

Antes de que pudiese pensar en algún tipo de protesta, Bera lo besó. Y aquel roce fue su perdición. Aunque sabía que no era correcto arrebatarle la virtud, Mael acalló a su conciencia y le devolvió el beso.

Los hizo girar para acabar sobre ella y veneró cada pedazo de piel que fue destapando, como el que venera a un dios pagano y sabe que está condenado, pero aun así no puede detenerse. Marcó cada curva de su cuerpo con el calor de su boca y el rastro de sus caricias. Si aquella iba a ser la única noche en la que podría tenerla, quería conocer cada recoveco de Bera y grabarlo a fuego en su mente para rememorarlo en las noches venideras, cuando el recuerdo de la joven lo golpease sin piedad.

—Mael —gritó Bera contra la boca del hombre cuando la penetró—. Mael, Mael…

Lo repitió una y otra vez hasta que el orgasmo la sobrevino y le clavó las uñas en la espalda, incapaz de controlar lo que estaba sintiendo. Mael fue tras ella con un par de empeñones más. Habría sido capaz de acabar cuando escuchó su nombre salir de sus labios con tanto deseo.

Pero, de manera egoísta, quería que no olvidase aquella noche. Así que hicieron el amor hasta que el amanecer los encontró en los brazos del otro, exhaustos y satisfechos.

Capítulo 19

—Hola, amor. —Maren le dio un beso a Olin cuando este abrió los ojos—. Me alegro de que hayas podido dormir.

—Parece que tú no. —Se sentó en la cama, como estaba ella, y miró las runas esparcidas por las mantas—. ¿Ocurre algo?

—He tenido un sueño y estaba comprobando qué tenía de cierto.

—Creía que los sueños eran cosas de Eline.

—Y lo son, por eso estoy leyendo las runas. Es que… fue tan real. Era como si estuviese allí, viviendo todo aquello. Cuando me desperté, esperaba encontrar… —Lo miró—. El día que Liv nos dijo que era hora de abandonar las viejas costumbres, tuvo una visión del futuro. Ella no es de las que tiene premoniciones. Y, aun así, vio una parte del suyo que se cumplió al final. Así que…

—¿Y qué soñaste? —La tomó de las manos.

—Digamos que… —Removió las runas de nuevo antes de sonreír—. Ivy no será la única que aumente el número de vikingos en la isla.

—¿Estás embarazada? —Olin tiró de ella para sentarla en sus piernas. La abrazó y la besó, emocionado—. Esa es una gran noticia, amor. Me haces muy feliz.

—También yo lo soy. —Le sonrió—. Pero eso no es todo.

—¿Qué más puede haber?

—Mis hermanas también lo están.

—Tus… ¿las dos? Pero Eline…

—Ay, amor —rio—. ¿No te has dado cuenta de que Arik y ella están juntos?

—Bueno, sí. Pero… ¡Oh! Cuando nos separamos —comprendió de repente—. Los vi tan distantes que no pensé que fuese por eso. Siempre discuten, así que…

—Solo que esta vez fue porque ella quería más que una noche y él no estaba dispuesto a dárselo.

—Hasta que creyó que la perdería para siempre.

—Hasta que creyó que la perdería para siempre —asintió Maren—. Y, ahora, las cuatro vamos a tener a nuestros hijos al mismo tiempo.

—Me alegro por todas —dijo Olin acariciándole la espalda—, pero permíteme disfrutar más de nuestra dicha. Eres más de lo que nunca creí merecer, Maren. Y te juro aquí y ahora que os protegeré con mi vida. —Le puso una mano en el vientre—. A ti, a este bebé y a todos los que puedan llegar en el futuro. Te amo.

—Yo también te amo, Olin.



Mael se despertó solo. Ni siquiera le sorprendió porque Bera siempre hacía las cosas de forma diferente a las demás mujeres. Aunque le decepcionó no poder despedirse de ella en privado. Porque, si algo tenía claro, era que se marcharía con sus amigas. La lealtad que les profesaba era digna de admiración. Nada podría competir contra eso.

Se levantó, dispuesto a cumplir con sus deberes, pero la joven que tanto trastocaba sus minuciosas planificaciones, apareció por la puerta con una bandeja cargada de comida. Corrió a ayudarla, después de un momento de sorpresa.

—He pensado que podríamos desayunar juntos —le dijo esta—. Todavía no hay nadie levantado, así que no he podido traer nada más elaborado.

—Cualquier cosa estará bien —dijo sin pensar, mientras colocaba la bandeja en una mesa pequeña que acercó a la cama, al ver que Bera se sentaba allí.

—Seguramente tú hayas cenado anoche, sajón, pero yo me muero de hambre.

—Pensé que no volverías —le confesó.

—¿Por qué? ¿Porque eso es lo que hacéis los hombres? Sé que, para tu recta sensibilidad sajona, no me comporto de la forma correcta, pero eso no quiere decir que sea de esas que desaparecen después de meterse en la cama de la persona que codician.

—No quería… no era eso…

—Tranquilo, Mael. —Le sonrió—. Solo bromeaba. Puede que me haya planteado irme y fingir que no ha pasado nada entre nosotros, pero, ya que no sabemos cuánto tiempo más podremos compartir antes de que me vaya con mis amigas, he pensado que estaría bien pasarlo contigo.

—Yo…

—Sé que tienes cosas que hacer —lo interrumpió otra vez —. Y que, probablemente, no quieras que nos vean juntos en público. —Hizo un gesto con la mano como si le quitase importancia al comentario—. Solo disfrutemos del momento. En privado. Después, cada uno puede ir por su camino. —Mordió la carne fría del día anterior—. Mmmm. Perfecto.

—Quizá si estuviese caliente… —sugirió Mael, una vez repuesto de lo que había dicho ella—. Tenemos muy buenas cocineras en el castillo.

—Si quieres calentarme, no diré que no, sajón. —Lo malinterpretó a propósito—. Pero antes déjame comer un poco o mi estómago empezará a protestar.

—No te ofendas por lo que voy a decir, pero…

—Si empiezas así, creo que me ofenderé —bromeó.

—Hablar contigo es como hacerlo con un compañero de armas que siempre dice algo para que el resto se ría.

—Soy así —admitió—, pero con menos pelo en la cara. Y ¿puedo añadir que te gustan más mis curvas que los músculos de tus compañeros?

—Definitivamente. —Sonrió.

—Eso me parecía. —Le devolvió el gesto.

Comieron en un silencio cómodo, que solo rompió Mael una vez terminaron.

—Te echaré de menos, Bera.

—Dime que me quede y lo haré, sajón —respondió con la misma naturalidad con la que hablaba siempre, como si lo que le acababa de decir no fuese transcendental.

—Tus amigas no querrían…

—Dime que me quede —le susurró al oído— y lo haré.

Se levantó y se llevó la bandeja vacía con ella. Mael no pudo reaccionar a tiempo y, para cuando quiso hacerlo, ella ya había abandonado la alcoba.



Levantarse con Eline entre los brazos era una gran sensación. Y, ahora que sabía que lo amaba, la cosa no hacía más que mejorar. Podría hacer aquello por el resto de sus días. De hecho, esa era su intención.

Pero la mujer todavía dormía profundamente —después de una noche movida—, así que salió del cuarto sin hacer ruido para que pudiese descansar más. Él tenía que reunirse con sus amigos para decidir cuándo regresarían a la isla. En Sussex siempre los habían acogido bien, pero estaba deseando volver a casa.

—Contigo quería hablar yo, Arik. —Ivalyn lo interceptó por el camino—. No creas que no me fijé en que cierto anillo ya no cuelga de tu cuello.

—¿No crees que hay cosas más importantes que debatir?

—En este momento, lo más importante es decirte que me alegro de que la elegida haya sido Eline porque sé que no dejará de recordarte que una vez fuiste un idiota que negaba el amor. Y no —lo detuvo antes de que pudiese defenderse —, no me importa tu triste historia, amigo mío. Ya lo hablamos en su momento. Un desengaño amoroso no te convierte en experto.

—Tú siempre tan cariñosa, mi señora.

—Podría ser mucho peor —lo amenazó—. Da gracias de que estoy embarazada y solo pienso en comida o me habría burlado tanto de ti que tendrías que rehuirme durante una buena temporada.

—Ya amo a ese bebé —rio él—. Venga, futura mamá, que te acompaño al salón a desayunar.

—Dame comida —gruñó.

El resto estaba allí y, por un momento, pensó que debería haber despertado a Eline. Si iban a hablar de la vuelta a casa, debería estar presente. Pero, cuando comprobó que tampoco estaba Bera, decidió que dormir le sentaría mejor.

—Buenos días —los saludó Godric—. Mael me ha pedido que empezásemos sin él. Vendrá enseguida.

Liv y Edric estaban allí también. Maren se sentó junto a su hermana. Quería hablarle de su descubrimiento, pero no era el momento. No sabía si su hermana querría que el resto lo supiese todavía, así que esperaría a estar a solas con ella.

Ivalyn se sirvió unas raciones inmensas para el pequeño tamaño que tenía y Arik no pudo evitar bromear al respecto.

—Deja algo para los demás. Te recuerdo que algunos de los presentes ni siquiera cenamos anoche.

—Ese no es mi problema —le dijo ella y lo golpeó en la mano cuando este intentó robarle una tira de cecina.

—Vaya, nuestra señora se ha vuelto una egoísta —rio—. Ver para creer.

—No me tientes, Arik. Ahora, sin comida me pongo de mal humor.

—Y es peligrosa. —Leif continuó con la broma.

—¿Te vas a dejar dominar por ella, jefe?

—Hace tiempo que lo domino —repuso ella—. Y ahora tú serás igual que él. Harás lo que Eline diga. ¡Cómo me voy a divertir! Tengo que hablar con ella.

—Ni se te ocurra.

—¿Hablar con quién? —La aludida llegó en el momento adecuado, como siempre.

—Con nadie —respondió el hombre.

—Contigo —dijo, al mismo tiempo, Ivalyn. Luego añadió —: Para que molestes mucho a Arik.

—Hablamos cuando quieras.

—Te recuerdo que será mi cama la que compartas.

—O tú la mía.

—Esto es lo que necesito —habló Olin por primera vez—. Estar con la familia, como siempre.

—Es lo que Olsen habría querido —asintió Leif—. Que la vida siguiese igual, incluso si él ya no está.

—Siempre estará —lo contradijo Ivalyn—. En el recuerdo y en nuestros corazones.

—Y la mejor forma de recordarlo es esta —concluyó Olin.

—Disculpad el retraso. —Mael entró en el salón apurado —. Parece que hoy voy más lento de lo habitual.

—Llegas a tiempo —lo tranquilizó Leif.

Bera entró minutos después y se sentó con sus amigas.

—Parece que ya estamos todos —anunció Godric.

—Sí, ya es hora de hablar de nuestro regreso —corroboró Leif—, ahora que mis hombres han rescatado a Bera.

—Podríamos decir que ella nos rescató a nosotros —les explicó Mael—. A mí, al menos, en un par de ocasiones.

—Quién salvó a quien es irrelevante —añadió ella.

—Imagino que vendrás con nosotros —le habló Leif.

—También te puedes quedar aquí —repuso Liv—. En mi casa siempre tendrás la puerta abierta para ti.

—¿Cuándo tenías pensado regresar? —Bera no quiso dar una respuesta, aunque si Mael no había dicho nada, quizá no la quería allí. Miró a Leif para que supiese que hablaba con él, incluso si se moría por ver la reacción del sajón.

—Mañana al amanecer. Mi gente puede estar sin mí una temporada, pero prefería no esperar mucho más, ahora que estamos todos aquí. Y, para Ivalyn, pronto será complicado viajar.

—Todavía no se me nota siquiera —protestó ella, aunque sabía que tenía razón.

—Te iré a ver, hija —le recordó su padre—. Y me quedaré una temporada allí si quieres. Hasta que nazca mi nieto.

—Podrías venirte ya.

—Puedo encargarme de todo por aquí —le sugirió Mael—. Ya no necesitaré consultarte tan a menudo como antes.

—Quizá en unas semanas.

—Si nos vamos mañana, tengo algo que hablar con mis hermanas. —Maren se levantó—. En privado.

—Nosotros iremos a prepararlo todo —anunció Leif.

—Y yo debo volver con los hombres —dijo Edric.

—También yo. —Se le unió Mael.

—Quisiera hablar contigo a solas un momento, Mael —lo detuvo Godric. En cuanto se despejó el salón, continuó—: ¿Tienes algo que contarme?

—No sé a qué te refieres.

—Soy viejo y he estado enamorado en dos ocasiones. Lo que no sé del amor por la edad, lo sé por experiencia, así que dime por qué no has mirado ni una sola vez a Bera. Y no me mientas, muchacho —lo amenazó—. Vi el brillo en tus ojos ayer cuando hablamos de ella.

—No importa lo que haya, Godric. —Se sentó de nuevo —. Es nórdica. Ya tuvimos problemas en una ocasión por eso, así que no hay nada de qué hablar.

—Mira, Mael, si hay algo que sé con absoluta certeza es que el amor de una mujer es el mayor regalo que un hombre puede obtener. Y viceversa. Si te gusta la joven, que nada te impida estar con ella.

—El rey podría hacerlo.

—Si de verdad la quieres, deja que yo me ocupe de él. Ya lo convencí en una ocasión de que entregar el condado a un vikingo era buena idea. —Le sonrió.

—Nunca hemos hablado de sentimientos. Quizá ella no quiera, Godric.

—Pues pregúntaselo. He tenido el placer de hablar antes con ella y te aseguro que será muy directa en su respuesta. Si tienes dudas, házselo saber. No dejes escapar el amor por miedo —concluyó, posando una mano sobre el hombro del conde antes de alejarse—. Te arrepentirías toda la vida.



La noticia de que las tres völur estaban esperando un hijo también fue motivo de celebración, incluso con el duelo por Olsen. Y esa misma noche se celebró un banquete.

—Nos casaremos de inmediato —le dijo Arik a Eline. No le preguntó, sino que lo exigía y, por primera vez, la mujer no protestó. Conocía las circunstancias del hombre y sabía que era importante para él.

Cualquier otra mujer se habría sentido opacada por algo tan insólito, pero Ivalyn estaba exultante. Le gustaba la idea de poder compartir aquel momento con ellas y no dejaba de imaginarse que en el futuro serían grandes amigos, como lo habían sido Leif y los suyos. Con su entusiasmo innato, convenció a Maren y a Olin para que celebrasen la boda con los otros. Una ceremonia doble donde se reunirían todos los que les importaban y celebrarían el amor. Así se lo describió y así lo logró. Aunque, conociéndola, todo lo que se propusiese acabaría sucediendo.

Mael disfrutaba viéndola tan feliz. Su mejor amiga lo había pasado mal en su niñez y, a pesar de todo, era fuerte, valiente y encantadora. De noble corazón. En eso, había salido a su padre. Un hombre como pocos del que esperaba seguir aprendiendo durante un tiempo.

—¿Te imaginas que de lo que hicimos anoche saliese otro bebé, sajón? —Bera estaba a su lado. Había intentado con tanto esmero no mirar hacia ella que ni siquiera la había sentido acercarse—. ¿Y que, en lugar de cuatro, fuesen cinco los nuevos miembros de esta familia tan atípica que habéis formado?

—Ahora es tu familia también —dijo, sin mirarla, una vez repuesto de lo que aquella suposición le había hecho sentir. No había pensado en las consecuencias y ahora se sentía un miserable por ponerla en riesgo—. Si sucediese, si fuésemos a ser padres…

—Tranquilo, Mael —rio—. Ya me he ocupado de eso.

—¿Qué?

—No creo que quieras saberlo, pero las mujeres tenemos nuestros trucos desde mucho antes de que tu dios apareciese por estas tierras. —Miró al frente—. El día que decida ser madre, estaré felizmente casada primero.

—No te creía tan tradicional.

—Quiero que mi hijo tenga un hogar amoroso donde se lo acepte por encima de todas las cosas. Y, para eso, tengo que encontrar a un padre mejor que el que tuve yo.

Permanecieron el uno al lado del otro, sin hablar, pues el sajón no sabía qué responder a aquello. ¿Pretendía que se ofreciese? ¿O solo se lo contaba porque siempre había sido abierta con él? Dejó pasar tanto tiempo que perdió la oportunidad de preguntarle.

—Buenas noches, sajón —dijo ella al final—. Nos vemos al amanecer.



Mael no había dormido mucho, quizá porque esperaba la aparición de Bera en su alcoba, quizá porque no se atrevía a acudir a la de ella por miedo a haberla decepcionado y que lo rechazase. Las palabras de Godric se habían repetido una y otra vez en su mente, impidiéndole conciliar el sueño.

Y allí estaban todos ahora, en el patio, para despedir a los vikingos que partían rumbo a su hogar. Si habían iniciado aquella aventura como buenos amigos, la habían terminado siendo familia, más unidos que nunca.

—Ven a verme en cuanto puedas, Mael —le pidió Ivalyn — y trae a mi padre contigo. Ya me encargaré yo de que se quede después.

—Hablas como él, Spunky. —Le sonrió.

—Gracias por todo, Mael. —Leif se les unió y le tendió la mano—. Has arriesgado la vida por una mujer a la que no conocías. No tengo cómo pagártelo.

—Amas a Ivalyn, con eso me doy por satisfecho.

—Nos vemos, hermano —le dijo Arik. Se sujetaron los antebrazos en un saludo fraternal que dijo más que aquellas pocas palabras.

—Seréis siempre bienvenidos en Sussex —añadió este.

Olin y Mael se abrazaron. De la forma en que lo hacen los hombres rudos y fieros, con golpe en la espalda incluido. Ni siquiera necesitaron decirse nada para entenderse.

También se despidió de las mujeres, una a una. Cuando le llegó el turno a Bera, Mael vaciló. Fue ella, como siempre, la que dio el primer paso.

—Sé feliz, Mael —le susurró mientras lo abrazaba.

Este le sostuvo la mano más tiempo del necesario, pero finalmente la dejó ir. Permaneció en el patio, con el corazón oprimido, viendo cómo se alejaban.

—Nunca te he tomado por un tonto, hijo —le dijo Godric con voz decepcionada, cuando el grupo se había perdido ya en el horizonte.

Solo un instante dudó. Después, corrió a los establos. No ensilló el caballo, no había tiempo. Montó en él y salió a galope. En su mente iba repasando todo lo que le diría para no olvidarse de nada. Quería que la declaración fuese lo suficientemente memorable como para que Bera no se negase a permanecer en Sussex con él.

Sin embargo, cuando los alcanzó y la vio. Cuando ella le sonrió, con la esperanza brillando en sus ojos. Cuando bajaron del caballo al mismo tiempo para reunirse en tierra. En ese momento solo le salió una palabra:

—Quédate.

—Empezaba a pensar que nunca me lo pedirías, sajón. Te haces de rogar.

—No volverá a pasar —le prometió—. A partir de ahora seré tan directo como tú.

—No cambies, Mael. Me gusta cómo eres. —Tiró de él y sus cuerpos colisionaron—. Atento, correcto hasta la saciedad y siempre, siempre, encantador.

Mael la tomó de la nuca y acercó sus bocas para darle un beso abrasador que desmentía aquellas palabras.

—Parece que seremos uno menos en el viaje —intervino Leif desde el caballo.

—Me alegro tanto por vosotros. —Se emocionó Ivalyn—. Hacéis una pareja tan bonita.

—Debería haber aceptado la apuesta, Arik —dijo Eline —. La habría ganado.

—No te habría pagado, porque Bera salió del castillo con nosotros.

—Pero se quedará con Mael.

—Pero salió del castillo —repitió.

—Hay cosas que nunca cambian —comentó Olin.

—Debemos continuar. —Leif puso orden en el grupo—. No quiero pasar la noche en el bosque.

—Buen viaje. —Les deseó Mael, que sostenía a Bera por la cintura.

—Iré a visitaros —les prometió, esta, a sus amigas.

—Más te vale —la amenazó Eline—. Mi hija debe tener a sus tías cerca cuando venga al mundo.

—¿Por qué crees que será una niña? —preguntó Arik.

—Porque así pagarás por todas las que has hecho antes de conocerme, mi amor.

—Será niño. —El hombre arrugó la frente al pensarlo.

—Este va a ser un viaje muy largo —se quejó Maren—. Bera, te queremos allí cuando nazcan nuestros hijos. Pero si veo que Eline se pone insoportable, te lo haré saber por si prefieres no venir.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Despidieron por segunda vez a los vikingos y, cuando ya no eran más que motas en el horizonte, reemprendieron la vuelta a casa.

—Bueno, sajón. ¿Qué le dirás a tu rey cuando sepa que te has enamorado de una nórdica? —le preguntó en el establo.

—Tendrá que aceptarte porque no renunciaré a ti. Casi te pierdo por miedo a lo que podría decir. No volverá a pasar.

—No sé si ese argumento lo convencerá.

—Puedo darle muchos más. —Le rodeó la cintura con el brazo para atraerla hacia él—. Puedo decirle que ganará una guerrera diestra. Que tendrá entre sus súbditos a una mujer leal, sincera, directa, atrevida, valiente, hermosa, bella…

—Eso es lo mismo —rio—. Te repites, sajón.

—Graciosa. —Se mordió el labio para no reír—. Con un cuerpo que me quita el sueño y una boca que me muero por besar a todas horas.

—No creo que quieras decirle eso a tu rey.

—Eso es solo para ti. —Le acarició la mejilla.

—Te dije que me gustabas tal cual eras, pero creo que esta nueva faceta tuya tan atrevida no está tan mal.

—Puedo ser todo lo que quieras.

—Yo te quiero a ti, sajón. Tal cual eres.

—Y yo te amo, mi bella vikinga.

Entonces la besó y se olvidaron del mundo.

Epílogo

Godric había apurado los primeros meses del embarazo de Ivalyn para enseñarle todo lo que sabía a Mael. En cuanto vio que ya no lo necesitaba, decidió cumplir la promesa que le había hecho a su hija y viajó a la isla para esperar juntos el nacimiento del bebé. El camino se le había antojado duro, por lo que había decidido compartir con ella el poco tiempo que le quedase de vida. Ya no regresaría a Sussex, salvo para ser enterrado junto a sus amadas esposas y su hijo nonato.

Sabía que no le había gustado hablar de su muerte, pero era un hecho que había vivido más que cualquiera de sus coetáneos. Había estirado el tiempo —y Dios se lo había permitido— porque no se quería ir hasta asegurarse de que sus hijas serían felices. A una la había perdido por el camino, algo que todavía le pesaba en el alma, y la otra lo acababa de convertir en abuelo.

Entró en la alcoba de su hija cuando Liv se lo permitió, pues le había querido dar privacidad a los recién estrenados papás. La volva se había recuperado rápido —después de haber dado a luz a un rollizo niño, idéntico a su padre, dos meses antes— y había asistido a Ivalyn durante el parto. No habría podido encontrar a nadie mejor que ella para hacer que todo saliese bien.

También se quedaría una temporada allí, hasta que sus hermanas diesen a luz. Pronto, el lugar se llenaría de niños.

Le temblaban las manos y el corazón se le quería salir del pecho por la expectación, cuando vio a Leif sentado en el borde de la cama, con un pequeño bulto entre los brazos, y a su hija mirándolo con infinito amor. Nunca había deseado otra cosa para sus hijas que aquel sentimiento, que aquella conexión. La misma que había sentido él con sus esposas en su momento. Cada una diferente a la otra, pero igual de especiales para él.

—Papá —lo llamó Ivalyn—. Acércate.

Recorrió el espacio que los separaba con pasos lentos. No porque no estuviese deseando conocer a su nieta, sino porque quería disfrutar del momento. Quería grabar en la retina la imagen que se presentaba ante él. La imagen de una pareja que se ama, con el producto de ese amor entre ellos.

La pequeña aprovechó ese momento para protestar y su padre la acunó de nuevo. Godric no había visto nada más perfecto desde que nacieron sus gemelas. Pero, cuando Leif se la entregó para que pudiese sostenerla, pensó que podría morir en ese momento y que lo haría sin lamentar nada. Esa niña era todo lo que había esperado y mucho más.

—Es preciosa —les dijo sin mirarlos. Solo tenía ojos para ella—. Tan pequeña, pero tan llena de vida. Hola, mi dulce niña. Bienvenida a este mundo. Puede que no sea el mejor, pero tendrás a tu alrededor a muchas personas que te aman y que te protegerán. —La niña le agarró el dedo con fuerza —. Serás fuerte como tu padre y decidida como tu madre.

—Y generosa como su abuelo —añadió Ivalyn.

—Y feliz —concluyó Godric—. Feliz y amada. Es todo lo que podría pedir para ti. —Miró ahora a su hija—. ¿Cómo estás tú, cariño?

—Cansada pero bien. Daría lo que fuese por detener el tiempo aquí. En un momento en el que soy tan feliz.

—No pidas eso, mi bien. Deja que avance, que cambie, que logremos hacer que este mundo sea cada día mejor para los que estamos y para los que vendrán. —Observó a la niña con una sonrisa en los labios—. También yo soy feliz ahora, pero esta pequeña necesita crecer y experimentar. Necesita vivir. Y os tendrá a vosotros para hacerlo sin riesgo.

—También a ti, papá.

—¿Ya tiene nombre? —No insistió en ello porque sabía que le afectaba mucho y no quería empañar el momento.

—Sí. —Le sonrió, después de cruzar miradas con Leif en primer lugar—. Te presento a Lynna Leifdottir de Sussex.

Entonces, al escuchar el nombre, su viejo corazón se llenó de una esperanza como no había sentido nunca. Puede que, después de todo, el mundo que había intentado dejar a sus hijas no fuese un sueño imposible. Tal vez, su nieta pudiese disfrutarlo, llevando consigo el recuerdo de un pasado que no debían olvidar para no repetirlo. Tal vez, la vida no era tan terrible como le habían hecho creer a la temprana edad de ocho años.

Su niño interior se regocijó con las posibilidades.

BIOGRAFÍA

Sonia López Souto nació en Galicia en enero de 1979. Madre de una niña, ama leer y ama escribir. No concibe lo uno sin lo otro.

Su pasión por la lectura nació a sus 12 años, cuando su madre le regaló su primer libro para leer por placer y no por obligación. Esa pasión fue la impulsora de que comenzase a escribir a la edad de 15 años.

Casi todas sus obras están ambientadas en Escocia, un lugar que la enamoró por sus increíbles paisajes y su historia cargada de luchas, donde el orgullo y la dignidad de los escoceses prevalecen sobre cualquier otra cosa.

Roba tiempo al sueño, para crear historias que hagan soñar a sus lectores. Romántica obstinada, deja fiel reflejo de ello en cada una de sus obras.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<amazon.com/author/sonialopezsouto>>

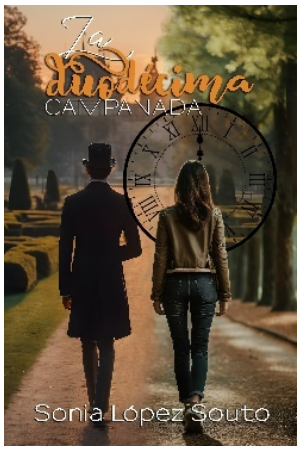
<<https://www.facebook.com/groups/SoniaLopezSouto>>

<<https://www.facebook.com/SoniaLopezSouto>>

<<https://www.instagram.com/SoniaLopezSouto>>

ALGUNAS OBRAS DE LA AUTORA

HISTÓRICA





CONTEMPORÁNEA



